
3 1761 08831788 8

ISABEL la CATÓLICA
Ó EL CORAZON DE UNA REINA



M. CASTRO - EDITOR — MADRID

Cuaderno 1.º **30** céntimos.

MANUEL CASTRO.—EDITOR (Antes Viuda de Cruz)

ISABEL LA CATÓLICA

— Ó —

EL CORAZÓN DE UNA REINA

NOVELA HISTÓRICA

SU AUTOR

Antonio Contreras

Ilustraciones de L. LABARTA

TOMO PRIMERO

OFICINAS Y TALLERES
Calle de Mazarredo, 4 (esquina a Segovia)

ALMACENES
Pretil de los Consejos, 3, y Juan Duque, 7

MADRID





PORTADA

Isabel.

DEDICATORIA

A nuestros hermanos de América; a los que al otro lado del mar hablan la hermosa lengua de Cervantes; a los que magnánimos, en horas para nosotros tristísimas, recordando su origen español tuvieron nobles y consoladoras demostraciones de compasión y afecto para la infortunada madre España, en prueba de gratitud y fraternal cariño dedico esta modesta obra, fruto humilde de mi pobre pluma.

La memoria gloriosa de Isabel la Católica pertenece tan a los americanos como a los españoles; unos y otros tenemos igual deber de amarla y enaltecerla, y unos y otros encontramos en ella motivos comunes de legítimo orgullo, que estrechan y afirman los lazos que nos unen y nos unirán siempre, a despecho del tiempo, la distancia y las evoluciones naturales a que los pueblos, las razas y la humanidad toda se halla sujeta. El nombre excelso de Isabel la Católica bastará por sí solo para que unos y otros recordemos siempre que somos hermanos.

Al novelar la vida de la gran reina, rindiéndole de este modo un tributo de admiración y respeto, yo, el más humilde de los españoles, saludo a nuestros hermanos de América, cumplo lo que creo un deber dedicándoles mi modesto trabajo, les invito a que conmigo se acerquen al pedestal de nuestra común heroina y les envío un estrecho y fraternal abrazo.

A. CONTRERAS.



LIBRO PRIMERO

EL TRIUNFO DEL AMOR

CAPITULO PRIMERO

Los galanteos de una ventera y los manejos de un noble.

ORRÍA el año de gracia de 1468; ocupaba el trono de Castilla Enrique IV, designado después por la historia con el sobrenombre de *el Impotente,* y ardía la guerra civil en todo el reino, suscitada por el infante don Alfonso, a quien algunos nobles proclamaron rey, para evitar de este modo que la corona pasase a las sienes de la princesa doña Juana, llamada despreciativamente *la Beltraneja,* por suponerla fruto de los ilícitos y escandalosos amores de la reina con su favorito el apuesto caballero don Beltrán de la Cueva.

La noche del 4 de julio del año anteriormente citado, al toque de ánimas, un mozo villano, a juzgar por su traje, detúvose ante las cerradas puertas de una venta si-

Sacó de debajo de su capa un envoltorio, y lo entregó a la ventera, agregando:

—Cuando la cena sirvas a don Alfonso, ofrécele este exquisito pastel de truchas, que será muy de su agrado.

Quedóse Margarita con el envoltorio en la mano, mirando sorprendida al caballero.

—Extraño es, en verdad, mi señor, lo que me proponéis —dijo tras corta pausa—. ¿No encubrirá este obsequio algún maleficio que daño cause en la salud de don Alfonso?

—Astuta y maliciosa eres—replicó el desconocido riendo.

Y acercándose más a la ventera, le dijo muy por lo bajo:

—Está tranquila. No se trata de la salud de don Alfonso, sino de su corazón. Hay una ilustre dama, que por él muere de amores, y existen sabios alquimistas que poseen el secreto de filtros maravillosos que esclavizan la voluntad de quien los toma. Una linda joven como tú, de corazón sensible, no puede negar su ayuda a una inocente intriga de amor. Cuando vayas a la corte, e irás muy pronto, pues tu hermosura y tu talento te autorizan para salir de tu humilde condición de villana, la protección de la poderosa dama para quien pido tus servicios, no ha de faltarte; yo en su nombre te la ofrezco; y si aún restan en ti algunos escrúpulos, destrúyalos el contenido de este bolso, que yo en premio de tu condescendencia te regalo.

Así diciendo, entrególe un bolso de seda, por entre cuyas mayas veíase buena porción de monedas de oro.

Margarita sonrió, disipados sus temores por el oro y los ofrecimientos.

—¿Juraisme por vuestro honor de caballero—preguntó—que no hay engaño en cuanto habeisme dicho?

—¡Te lo juro!—respondió el enmascarado.

—Id, pues, tranquilo: vuestra voluntad y la de esa misteriosa dama será cumplida.



...y si aún restan en ti algunos escrúpulos, destrúyalos el contenido de este bolso...

Isabel.

—Adviértote que don Alfonso no ha de saber ni sospechar siquiera de quién viene el obsequio.

—Se lo ofreceré como mío.

—Fío en tu discreción y en tu ingenio.

—Y yo en vuestras promesas.

—Con Dios queda, hermosa niña.

—Con El vayáis, noble señor.

Alejóse el caballero, entró Margarita en la venta y Sebastián salió de su escondite, exclamando:

—¿Qué es lo que he oído, cielos? ¡Se proponen, sin duda, envenenar al infante don Alfonso!... ¡Yo evitaré tal infamia!

* * *

Era media noche cuando, según el anuncio del misterioso enmascarado, llegó a la venta el infante.

Acompañábanle sus fieles partidarios el conde de Alba y el marqués de Villena, y seguíanle algunos servidores y reducida escolta de soldados.

Margarita y su anciano padre recibieron a sus nobles huéspedes con demostraciones de rendido acatatamiento y alojáronles en las mejores habitaciones de la venta.

En el momento de ir a entrar en la casa el ilustre don Juan Pacheco, marqués de Villena, que pasaba por ser el más entusiasta y decidido defensor de don Alfonso, acercósele un villano, diciéndole con muestras de gran agitación:

—¡Señor! He de hablaros reservadamente de un asunto que afecta a la preciosa vida de nuestro señor el rey, que Dios guarde.

Era Sebastián.

Pacheco, hombre de mediana edad, que reflejaba en u rostro la astucia y la malicia de su sutil ingenio, miróle jamente, preguntándole:

—¿De qué rey hablas? Porque en Castilla habemos dos.

—A don Alfonso me refiero—repuso el mozo, sorprendido por la pregunta—. Al que vos servís.

—Habla.

El desdeñado amante de Margarita refirió cuanto había escuchado escondido tras el tronco de un árbol y terminó diciendo:

—Como veis, señor, se trata quizá de una tentativa de envenenamiento, y heme creído en el caso de manifestaros mis sospechas, para que vos, uno de los más ilustres y fieles defensores de don Alfonso, le libréis del peligro que le amenaza.

Escuchóle Pacheco atentamente, sin que se alterase un sólo músculo de su rostro, y cuando hubo concluído de hablar, díjole con calma:

—Tu lealtad alabo y tu aviso tendré en cuenta. Ve tranquilo, que en tanto tenga servidores tan leales como tú y amigos tan fieles como yo, la vida de don Alfonso está segura.

Le volvió la espalda dicho esto, y Sebastián alejóse, pensando:

—He cumplido mi deber.

El de Villena quedóse unos instantes meditabundo.

—Bien puede ser lo que ese villano dice—murmuró, hablando consigo mismo—. Hay muchas personas a quienes la muerte de don Alfonso interesa. Esto cambiaría por completo mis planes, pero quién sabe si en sentido beneficioso.

Tras unos momeutos más de reflexión, añadió:

—Por lo que pueda ser, tomemos las debidas precauciones.

Y alzando la voz, exclamó:

—¡Hola, Gastón!

Acercósele su escudero, que manteníase inmóvil a respetuosa distancia.

—¿Te has fijado en el villano que habló conmigo hace poco?—preguntó el marqués.

—Sí, señor—contestó Gastón, lacónica y respetuosamente.

—¿Le reconocerías?

—Aunque cien años pasaran.

—Está bien: atiende. Es preciso que ese mozo esté en nuestro poder esta noche misma.

—Lo estará.

—Apodérate de él con sigilo y enciérralo a mi disposición donde nadie le vea ni con nadie hable.

—Vuestras órdenes serán cumplidas.

Hizo Pacheco ademán de entrar en la casa, pero detúvose diciéndose:

—Hay que atar bien todos los cabos.

Llamó de nuevo a su escudero, que ya se alejaba, y díjole:

—Oye. Antes de que sea de día, apodérate también de Margarita.

—¿La ventera, señor?—interrumpió Gastón asombrado.

—Sí. Enciérrala en lugar distinto que al mozo y tenla como a él incomunicada hasta recibir nuevas ordenes mías. Toma, para que mejor obedezcas mi voluntad.

Y arrojándole a los pies un bolso lleno de oro, entró en la venta.

Don Alfonso hallábase sentado ya a la mesa. Acompañábale el conde de Alba, pero no comía con él por ser cosa contraria a la etiqueta y a la dignidad real.

Era el infante un apuesto mancebo de quince años, afable y hermoso, en cuya frente parecía resplandecer todo el orgullo de la estirpe de Trastamara. Los azares de su vida aventurera habían desarrollado prematuramente sus facultades todas, y admiraba por la madurez de su juicio y la energía de su carácter.

Galanteador y enamorado, cual convenía a las cos-

tumbres de la época y a sus hábitos un tanto libres de guerrero, decía a la ventera:

—Permitiérasme, niña, libar el néctar de tus rojos labios, y sería para mí más agradable que el que en mi copa escancias.

Y Margarita, a cuya vanidad halagaban aquellos reales galanteos, respondíale, coqueta y melindrosa, ofreciendo con los ojos lo que con la lengua negaba:

—No puedo otorgar lo que fuera para mí inmerecida honra, señor.

La cena hubiese sido sobrado frugal e indigna de un rey, a no servir la ventera, como último plato, el suculento pastel de truchas que con tal objeto recibió del misterioso enmascarado.

—Esto he condimentado en vuestro obsequio—dijo, sonriendo maliciosa, al ponerlo sobre la mesa.

—¡Que me place!—repuso Alfonso—. Es uno de mis manjares predilectos.

El marqués de Villena palideció ligeramente; pero reponiéndose en seguida, dijo con admirable aplomo y como si ignorara que el pastel pudiese estar envenenado:

—Permitid, señor, que yo en persona de este manjar os sirva, para mejor honrar el delicado agasajo de esta amable joven.

Y cortando por sí mismo un trozo de pastel, lo sirvió al infante, quien comió de él buena porción, prodigándole elogios.

Terminada la cena, don Alfonso dijo:

—Me siento fatigado, señores, y, a pesar mío, el sueño cierra mis párpados. Quédese para mañana el tratar de lo que ha de contestarse a los representantes de la liga, que aquí aguardamos, respecto al pago exigido por Pedrerías de Avila, en premio de habernos entregado la ciudad de Segovia. Dios os guarde.

Retiróse a su habitación y los dos caballeros retiráronse más tarde a las suyas respectivas, luego de, a su vez,

haber cenado; pero sin que en su cena figurasen los restos del pastel de truchas, que Margarita tuvo buen cuidado de retirar.

* * *

A la mañana siguiente, presentáronse en la venta los representantes de la liga, para conferenciar con su rey.

Tales conferencias celebrábanse siempre en lugares apartados, para que los espías de don Enrique no se enterasen de ellas.

Cuando mayor era la confusión producida por la llegada de los representantes y los hombres de armas que los escoltaban, presentóse el viejo ventero, gritando:

—¡Justicia, nobles y poderosos caballeros! ¡Mi hija ha desaparecido! ¡Me la han robado!

Gastón, el escudero de Pacheco, llegó en aquel instante, y acercándose disimuladamente a su señor, le dijo:

—Vuestras órdenes están cumplidas. La ventera y el villano se hallan en poder de quienes nos responden de ellos con su cabeza.

El de Villena sonrió satisfecho.

Como fuera muy entrada ya la mañana, y el infante no se hubiese aún levantado, los nobles acordaron entrar en su habilación. Así lo hicieron y encontraron a don Alfonso muerto en la cama (1).

No repuestos aún los nobles del estupor producido en ellos por aquella muerte inesperada, don Juan Pacheco les dijo:

—El rey ha muerto, señores. Antes que deponer las

---

(1) Lafuente, Mariana, Pulgar, Valera, Palencia y otros muchos distinguidos cronistas e historiadores, convienen en que la muerte de don Alfonso, acaecida repentinamente en Cardeñosa, el día 5 de Julio de 1468, a los quince años de edad y en el tercero de su turbulento y convencional reinado, fué debida a un veneno que se le propinó en una empanada de truchas.—*N. del A.*

armas y someternos a don Enrique, con lo que llegaríamos a ser un día vasallos de *la Beltraneja,* ofrezcamos la corona a la infanta doña Isabel, proclamémosla nuestra reina y luchemos por su triunfo como hasta ahora hemos luchado por el de don Alfonso. Doña Isabel está en Avila. ¡A Avila, señores!

—¡A Avila!—respondieron todos—. ¡Viva Isabel!

Y en confuso tropel montaron la mayoría a caballo y partieron para la próxima ciudad, quedandó en la venta sólo algunos para guardar el cadáver del Infante.

El marqués de Villena iba a la cabeza de los primeros, pensando:

—Seguramente Isabel, a quien desde luego reconozco ajena a la muerte de su hermano, aceptará la corona que vamos a ofrecerle; pero si así lo hace y no secunda mis designios... esa corona no ceñirá su frente mucho tiempo.





CAPITULO II

El mensaje del Arzobispo

ONTABA a la sazón la infanta doña Isabel diez y ocho años, y hallábase en el palacio de Avila, al que se retiró buscando el amparo de su hermano menor don Alfonso, por avenirse mal su virtud y austeridad de costumbres, con los escándalos y liviandades de la reina doña Juana, última esposa de don Enrique.

Aquel día, como de costumbre, habíase levantado Isabel muy temprano; y después de orar largo rato en su oratorio, retiróse a su cámara, donde se entregó al trabajo, mientras la noble doña María de la Torre, una de sus damas favoritas, leíale en alta voz algunos versículos de la Biblia, su libro predilecto.

Pero aquella mañana la infanta no ponía atención ni en la lectura ni en el trabajo. Sus oídos parecían cerrados a las sabias y profundas sentencias, que en otras ocasiones tanto la conmovían, y sus manos permanecían inactivas, con la aguja entre los dedos, sin adelantar en el delicado bordado con que enriquecía una preciosa banda, destinada, sin duda, a servir de premio al valor de algún esforzado caballero.

Advirtió doña María la distracción de su señora, y

suspendió la lectura, sin que doña Isabel se diese cuenta de ello.

Levantóse la dama de su asiento, fué a arrodillarse a los pies de la infanta, cogióle las manos, que besó respetuosamente, y dijo:

—¿Qué tenéis, señora? ¿Por qué las sombras de la preocupación y la tristeza nublan vuestra purísima frente?

Dejándose llevar de los impulsos de su corazón, franco y expansivo, doña Isabel arrojóse en los brazos de doña María, rompió a llorar y balbuceó entre sollozos:

—¡Ay, mi fiel compañera, que tú no sabes ni adivinar puedes los sentimientos que angustian mi corazón!

Y hablándole quedo al oído, murmuró temblorosa:

—¿Te han atormentado alguna vez las inquietudes del amor?

A estas palabras quedóse doña María con el ánimo suspenso por el asombro, y cuando logró reponerse de su admiración, repuso:

—¡Vos...! ¿Vos amáis, señora?

—¿Qué te sorprende?—replicóle la infanta, con el rostro embellecido por el rubor que enrojecía sus mejillas—. Pues qué, ¿porque sea de estirpe real y sangre de príncipes corra por mis venas y el destino me depare quizá un trono para el porvenir, no he de tener corazón? ¿no he de rendir el debido y natural tributo al sentimiento?

—Admirado me habéis, en verdad, con vuestra confidencia, que me honra y agradezco. No es acreedora la más humilde de vuestras siervas a que depositéis en ella tal confianza; pero sed por completo bondadosa y reveladme el nombre del feliz mortal que ha logrado la dicha de interesaros. Seguramente será digno de vuestro afecto.

—¿No adivinas quién es?

—No...

Pronunció Isabel un nombre al oído de su dama, y ésta exclamó:

—¡El!...

—Sí, Fernando, mi primo Fernando, el heredero de la corona de Aragón.

—Pero si no le conocéis ni nunca le visteis, señora: ¿cómo de él habéis podido enamoraros?

* * *

Secó Isabel sus lágrimas y recobró su rostro la majestuosa serenidad que le era propia.

—Mira si alguien nos escucha,—dijo.—Los que en palacios habitamos tenemos la desgracia de estar siempre rodeados de espías y no quiero que nadie más que tú conozca los secretos de mi corazón.

Fué D.ª María á asomarse á la puerta de la antecámara y volvió diciendo:

—Nadie nos oye.

—Pues siéntate y escúchame:

Requirió la dama el sitial que antes ocupaba y esperó impaciente las confidencias de su señora.

La infanta guardó silencio unos instantes.

Era hermosa, blanca, con ojos azules de mirar dulcísimo, y aún la embellecía más la expresión de inefable ternura que en aquellos momentos resplandecía en ella.

Al fin habló diciendo:

—Hay en mi amor algo sobrenatural y misterioso que me sorprende y que yo misma no acierto á comprender; algo superior á mi voluntad que me domina, que me subyuga... Como has dicho antes muy bien, yo no conozco á Fernando, no lo ví nunca, y sin embargo, bastaron los ecos de sus proezas, que la fama hizo llegar hasta mí, para que le amase. Sé que es bueno y valiente, sé que en él se reunen las virtudes y méritos que llenaron de gloria á sus antepasados, y le he rendido mi corazón, reconociéndole como el único hombre á quien debo amar y de quien debo ser amada. Diriase que en mis sentimientos

hay predestinación, que he nacido ya destinada á amar á Fernando... y cumplo mi destino. ¿Y quién sabe si así será? No de otro modo concibo lo que por mí pasa.

Tornó á bajar la voz y prosiguió diciendo:

—¡Dices que no le conozco! ¡Es verdad! Y sin embargo podría describírtelo sin temor de equivocarme. Segura estoy de que cuando le vea, si alguna vez gozo la dicha de verle, ha de ser tal como yo le he concebido. ¡Le he contemplado tantas veces!

Miróla D.ª María alarmada, temiendo por lo que oía que el amor hubiese trastornado el juicio de su señora.

Ella sonrió como para tranquilizarla y añadió:

—En el silencio de la noche, cuando recogida y sola en mi cámara, después de mis oraciones, procuro conciliar el sueño, de entre las sombras veo surgir la arrogante figura de un apuesto caballero que me sonríe y con la mirada me acaricia... ¡Es Fernando! Cuando en las horas melancólicas del crepúsculo paseo por los jardines de este alcázar gozando de los últimos rayos del sol y oyendo como los pajarillos entonan con sus gorjeos un himno de despedida al astro rey, en la penumbra de la espesura, en las caprichosas revueltas de alguna encrucijada, en la semiobscuridad de una glorieta ó bajo los árboles de los bosquecillos que rodean el estanque, un valiente guerrero, ginete en brioso alazán, se me aparece saludándome con su espada, como si me la ofreciese para mi defensa... ¡Es Fernando! Y en el templo, en el recinto inviolable de mis habitaciones, en todas partes, bien esté sola ó bien me halle acompañada, siempre le veo bajo una ú otra forma, siempre está junto á mí... Bien sé que estas apariciones no son otra cosa que delirios de mi amor; pero ¿verdad que ha de ser un amor muy grande el que tales delirios tiene?

*
* *

Calló Isabel, dando por terminadas sus confidencias, y D.ª María dijo:

—Convencido me habéis de vuestro afecto, que por lo sincero y profundo y por la persona que lo inspira, digno es de vos; y no necesitáis decirme más para que vuestras lágrimas me explique y vuestro dolor comprenda. ¡Amáis á D. Fernando y no sabéis si sois de él correspondida!

—¡Has adivinado, al fin, la causa de mis pesares!—exclamó la infanta suspirando.—Más que dudarlo tengo la seguridad de que Fernando no piensa en mí siquiera. ¿Qué pruebas me ha dado hasta ahora de lo contrario? Ninguna. Además, nosotros los que por suerte ó por desgracia pertenecemos á estirpe real, rara vez nos casamos según nuestros deseos. Casi siempre nuestros sentimientos son sacrificados á los intereses del trono. D. Fernando es ya rey de Sicilia, y por la muerte de su hermano el desgraciado príncipe de Viana, heredero de las coronas de Aragón y de Navarra. Llegará un día á ser uno de los monarcas más poderosos de la tierra; y en cambio ¿yo qué soy?

—Tenéis derechos á un trono: al trono de Castilla.

—Sí, pero antes que yo están mi hermano Enrique que lo ocupa, su hija Juana, cuya ilegitimidad es discutible y mi hermano Alfonso, que lo pretende. Soy muy poco para Fernando. Aunque pusiera su atención en mí, que no lo espero, le harían desistir de sus propósitos. Algo se habló de nuestra unión en cierto tiempo, y antes que con él se intentó casarme con su hermano Cárlos, ya difunto; pero cuando en tales proyectos no se ha insistido, señal es de que el rey de Aragón, mi tío, no considera conveniente nuestro enlace. Ya ves, pues, que no hay para mí esperanza.

Reanimóse de súbito y con entusiasmo exclamó:

—¡No obstante! ¡Tengo la convicción de que si con Fernando me casara, unidos los dos por el amor habíamos de

realizar grandes empresas! También en esto sueño en mis delirios amorosos y me parece oir dentro de mí una voz misteriosa que me dice: «tenéis una elevada misión que cumplir reunidos... la de salvar á España, poniendo fin para siempre á las luchas que la ensangrientan y empobrecen; moralizar las costumbres, destruir el favoritismo, volver por los fueros de la verdadera justicia, hoy escarnecida y hollada...»

Habíase ido animando y hablaba con acento inspirado que parecía sobrenatural, levantada la cabeza, brillantes los ojos, resplandeciente el rostro, animado por expresión imponente de energía avasalladora.

—¡Qué hermoso, qué grande sería realizar todo lo que yo sueño!—prosiguió, como hablando consigo misma.—¡Hacer la felicidad de un pueblo, engrandecerlo, cubrirlo de gloria, guiarlo por el camino del bien y la prosperidad, sacarlo de la ignorancia, redimirlo de la degradación, ennoblecerlo, dignificarlo, sacarlo de las obscuridades de la miseria para elevarlo á los esplendores del bienestar y la riqueza! ¡Obra meritoria, obra sublime á la que deben aspirar todos los elegidos por Dios para ocupar un trono, empuñar un cetro y ceñir á sus sienes una corona! ¡España, mi pobre y querida España! ¿Por qué no he de ser yo la que la obra de tu redención y engrandecimiento realice? ¡De ello me siento capaz con la ayuda y con el amor de Fernando! Sola no; sería empresa demasiado grande para mis escasas fuerzas.

Suspiró, y tornando á su habitual sencillez, murmuró humildemente:

—Dios me perdone si en mis ambiciosos deseos hay vanidad ú orgullo. Los juzgo impulsos sinceros de mi corazón y por eso no los desecho, por eso los acaricio. ¡Qué tristeza tan grande pensar que nunca han de verse realizados!

D.ª María escuchaba á su señora, conmovida, admirada, llena de entusiasmo y respeto.

—¿Por qué no ha de realizarse lo que decís?—repuso.—¡Quién sabe! Vuestros deseos no son ambición, no son vanidad, no son orgullo: son aspiración noble y legítima de vuestra alma grande. Oyéndoos se comprende que seais capaz de hacer lo que soñáis. Hay en vuestro acento algo superior que convence, que anima, que eleva el ánimo, que infunde valor y esperanza. Si cual yo os oyesen los que apenas os conocen, los pueblos que ambicionáis engrandecer, mostrándoos con ello digna de dirigirlos y gobernarlos, por su reina os aclamaran y entusiasmados os seguirían á la victoria; y si D. Fernando conociera vuestras nobles aspiraciones, rendido de amor caería á vuestras plantas ofreciéndoos su corazón y su ayuda. Animo y esperanza, mi señora; que no os engaña esa voz misteriosa que en vos habla, inspirándoos el anhelo de tan gloriosas empresas. Tengo para mí que nacido habéis para algo grande, y tarde ó temprano veréislo cumplido; yo os lo fío.

—El afecto que me profesas te alucina, mi buena y cariñosa amiga,—replicó Isabel sonriendo,—y te hace participar de mis desvaríos. Quede entre las dos lo que hablado habemos y volvamos á la realidad; renunciemos á mis quimeras todas, que como quimeras al fin, á ellas entregarse es condenarse al desengaño.

—¿Hasta al amor de D. Fernando renunciáis?

—¡A eso no!... ¡No podría aunque quisiera! Aunque él no me ame, aunque no piense nunca en mí... ¡yo seguiré amándole siempre!... ¡Siempre! Testigo eres de que he rechazado cuantas proposiciones se me han hecho de matrimonio, algunas de ellas muy ventajosas. Pues lo mismo seguiré haciendo. ¡O de Fernando ó de nadie! De las virtudes, el talento y el valor de ningún otro habló tanto la

fama, y mi voluntad quedó á él encadenada por los ecos de sus grandezas que hasta mí llegaron. ¡No hay modo de romper esta cadena que para mí es de flores aunque entre ellas se oculten las punzantes espinas del desengaño!

Y añadió con majestuosa serenidad:

—Reanuda tu lectura mientras yo prosigo mi trabajo.

*
* *

En la puerta de la cámara oyóse la voz de Gutierre de Cárdenas, maestresala de la infanta, que pedía la venia de su señora para comparecer en su presencia.

Otorgó Isabel el permiso solicitado, y presentóse á ella el buen Gutierre, diciéndole presuroso:

—Señora: acaba de llegar el capellán D. Alonso de Palencia, (1) que es portador de un mensaje urgente y reservado, que su eminencia el señor Arzobispo de Toledo os envía.

—Conducidle ante mí,—respondió la infanta, suspendiendo su trabajo, para recibir con la atención debida al ilustre mensajero.

Compareció el enviado del Arzobispo y saludó á Isabel con rendido acatamiento.

—Bien venido seáis,—díjole ella contestando á su saludo y dándole á besar su mano.—¿Qué noticias me traéis de la preciosa salud de su eminencia?

—Es tan satisfactoria como todos para vos la deseamos, señora,—respondió D. Alonso.—Mi señor el Arzobispo honróme con el encargo de venir á saludaros en su nombre, traeros su bendición, reiteraros el testimonio de

(1) De los trabajos auténticos de Alonso de Palencia, capellán del Arzobispo de Toledo, cronista primero del infante D. Alfonso y luego de la reina D.ª Isabel, y testigo ocular, por consiguiente, de los hechos que narramos, están sacados muchos de los datos de esta obra.—(N. del A.)

su respetuoso afecto y haceros entrega de este mensaje que os envía.

Así diciendo inclinóse y puso en manos de la infanta un arrollado pergamino, cerrado con varios sellos.

—¿Esperáis respuesta?—preguntó Isabel.

—Nada advirtióme su eminencia en tal sentido,—respondió Palencia;—y pues su encargo he ejecutado, pídoos vuestra venia para retirarme.

—Ordenes daré para que os alojen en este alcázar y os atiendan como merecéis durante el tiempo que queráis tomar en él de descanso.

—Agradezco vuestra bondad, pero no puedo aceptar el ofrecimiento con que me honráis. He de partir inmediatamente para Cardeñosa donde he de representar á mi señor el Arzobispo en la liga de nobles allí convocada para conferenciar con vuestro noble hermano D. Alfonso.

—Id, pues, con Dios, que no fuera bien en mí estorbaros ni retardar el cumplimiento de vuestros deberes.

—El cielo os guarde, señora.

—El os guíe.

Salió D. Alonso acompañado por Gutierre de Cárdenas, caminando los dos de espaldas y saludando con tres profundas reverencias, según imponía la etiqueta de la época, y tornaron á quedar solas D.ª Isabel y su dama.

—Veamos qué me comunica el buen Arzobispo en su mensaje,—dijo la primera.

Y rompiendo los sellos del pergamino, comenzó á leer para sí el contenido de éste.

A poco que hubo leído cubrióse de palidez su rostro, coloreando luego el carmín del rubor sus mejillas.

Habíase puesto en pié y acercado á un ventanal, para á la claridad del sol, que por él entraba, leer más cómodamente, y cual si las fuerzas la abandonasen dejóse caer en un sitial, balbuceando:

—¡Dios mío! ¿Será cierta tanta ventura?

Al verla demudada, D.ª María corrió en su auxilio, preguntándole:

—¿Qué os sucede, señora?

—¡Albricias!—exclamó D.ª Isabel como respuesta, llorando de emoción y riendo de gozo.—¡Mis ensueños van á realizarse! ¡Mis deseos van á cumplirse!... ¡Fernando me ama!

—¿Qué decís?

—Al menos aspira á ser mi esposo. Así me lo comunica el Arzobispo en su mensaje. El rey D. Juan II de Aragón, mi tío y padre de Fernando, ha comisionado á su eminencia para que explore mi ánimo antes de entablar las negociaciones para nuestro matrimonio. ¡Si me parece mentira dicha tanta! ¡Oh! No me equivocaba al suponer que en mi afecto había predestinación. Fernando y yo hemos nacido para amarnos y cumplimos nuestro destino. ¡Mira cómo cuando mis anhelos parecíanme más imposibles, se convierten en realidades! ¡Dame los brazos, mi fiel confidente y cariñosa compañera! ¡Nadie tiene más ni mejores derechos que tú á ser partícipe de mi felicidad! La primera parte de mis ensueños se cumple.

—También se cumplirá la segunda, no lo dudéis,—respondió D.ª María.—Ya os lo predije. Como reináis en el corazón del que en silencio amábais, reinaréis sobre un pueblo al que conduciréis á la prosperidad y la grandeza.

—¡Ojalá tus profecías se cumplan! Pero como nada ocurre á los mortales, que no se halle sujeto á la suprema voluntad de Dios, démosle gracias por su misericordia para conmigo, de la que me dá tan elocuentes pruebas.

Y arrodillándose las dos, tradujeron su gratitud y su alegría en fervorosas plegarias al Altísimo.

———



CAPÍTULO III

Abnegación y grandeza



ROPEL de caballos que resonó en el patio del alcázar, sacó á la infanta y á su dama de las fervorosas oraciones á que se habían entregado.

—Inquiere qué ocurre y cuál es la razón de tal estrépito,—ordenó Isabel á D.ª María.

Salió ésta de la cámara y volvió á poco diciendo:

—Los representantes de la liga, que en Cardeñosa hallábanse reunidos para conferenciar con vuestro hermano D. Alfonso, vienen á vos.

—¿Con qué objeto?

—Lo ignoro.

—Sorpréndeme su venida, porque nunca quise autorizar con mi intervención sus deliberaciones. Jamás aprobé la rebelión de Alfonso contra Enrique, que ellos apoyan, aun teniendo por causa y disculpa la ilegitimidad de la princesa Juana, mi sobrina.

—Háme extrañado el entusiasmo con que os aclaman.

—¿A mí?

—Escuchad y os convenceréis.

En efecto, hasta la cámara llegaban las voces de los nobles, que decían:

—¡Viva Isabel! ¡Viva nuestra reina!

—¿Qué significan esos vítores?—murmuró la infanta palideciendo.—Aunque desconozcan á mi hermano Enrique como legítimo monarca de León y de Castilla, antes que mis derechos á ambos tronos están los de mi hermano Alfonso, que ellos han reconocido proclamándole rey. ¿Por qué, pues, á mí me aclaman como reina? ¿Habrá ocurrido á Alfonso alguna desgracia? ¡Dios no lo permita!

Y llena de ansiedad dijo á su dama:

—Dispuesta me hallo á recibir á esos nobles caballeros, para saber qué es lo que á mí les trae. Ordena á mi maestresala que los introduzca á mi cámara de honor. Al instante soy con ellos.

Tornó á salir D.ª María y la infanta al quedarse sola balbuceó:

—El corazón me anuncia que voy á verme llamada á decidir algún importante y grave asunto. ¡Dios me ilumine y haga que mis actos todos se inspiren en la justicia!

Y después de arreglar su tocado, más por dignidad de su jerarquía que por frívolo deseo de parecer bien, encaminóse á la cámara donde los comisionados la esperaban.

Entre ellos figuraba D. Alonso de Palencia, quien al dirigirse á Cardeñosa, después de cumplida su misión cerca de la infanta, para representar al Arzobispo en la Asamblea, como ya sabemos, encontróse á las puertas de la ciudad á los nobles que le dieron noticia de la muerte de D. Alfonso, y con ellos entró de nuevo en Avila.

*
* *

La aparición de Isabel ante los representantes de la liga, provocó entusiastas vítores y aclamaciones.

Impuso ella silencio con un ademán lleno de majestuosa arrogancia, y con voz clara y vibrante dijo:

—Pavor y amargura infúndenme, nobles caballeros, las aclamaciones con que me honráis sin halagarme, y temo que ellas sean el anuncio de una desgracia. ¿Por qué como vuestra reina me aclamáis no siéndolo? Si bien es cierto que vuestra obediencia negasteis á Enrique, proclamado habéis, en cambio, por vuestro rey á Alfonso. ¿Cómo y con qué razón, pues, me asignáis un título que no pretendo, y que con mejor ó peor derecho mis dos hermanos ostentan y se disputan? Si es que en vosotros ha germinado la desdichada idea de levantar por mí bandera, aún agradeciéndoos con el alma el propósito, por adelantado os prevengo, que ni intervendré en provecho propio en las disputas de mis dos hermanos, que entristecen mi corazón, ni contribuiré en modo alguno á alimentar y sostener la guerra civil que asola y convierte en desnudos yermos los fértiles campos de León y de Castilla. ¡Ojalá tuviera poder y autoridad bastantes para conseguir que Enrique y Alfonso llegaran á un acuerdo y mútuamente se ofrecieran el ramo de olivo, símbolo de la paz que debe reinar entre hermanos, y á cuyo benéfico amparo los pueblos prosperan y se engrandecen.

D. Juan Pacheco, marqués de Villena, en nombre y representación de los demás nobles allí reunidos, adelantóse y saludando dijo:

—Señora: en día para nostros memorable, como protesta de las infamias que manchan y obscurecen el esplendor del trono, y que no necesito mencionar, porque vos las conocéis y repetirlas fuera ofender vuestra virtud; para impedir que la corona pasase á las sienes de una princesa espúrea, ridiculizada con el sobrenombre de *la*

Beltraneja, merecido baldón de su ignominia, vinimos á ofrecer nuestras espadas y nuestras vidas á vuestro hermano D. Alfonso, jurándole obediencia y reconociéndole desde aquel momento como nuestro rey. Nuestra causa era justa, el cielo nos protegía y el triunfo hubiese sido nuestro; pero á lo mejor de la jornada nos hemos quedado sin caudillo. Vuestro hermano ha muerto, señora.

—¿Qué decís?—exclamó Isabel.

Dió el de Villena detalles de la muerte de don Alfonso, acaecida pocas horas antes, y añadió luego:

—Muerto D. Alfonso os reconocemos á vos como sucesora y legítima heredera de todos sus derechos, que nosotros defendíamos, y venimos á ofreceros su corona, nuestras espadas y nuestras vidas, como á él las ofrecimos; aceptadlas cual él, sed nuestra reina, reconocednos por vasallos vuestros, y por vos seguiremos peleando hasta vencer á don Enrique, hasta conseguir que vuestra autoridad sea la única reconocida por ambos reinos, hoy en guerra. El triunfo es nuestro, y aún confiaremos más en conseguirlo, si como enseña de combate nos dáis vuestro nombre prestigioso y respetado.

Y volviéndose á los demás nobles, exclamó:

—¡Viva nuestra reina!

—¡Viva Isabel!—respondieron todos, hincando una rodilla en tierra.

***

Al anuncio de la muerte de D. Alfonso, la infanta había palidecido, revelando en su rostro el pesar profundo y sincero que tan triste noticia le producía; pero luego, al oír el ofrecimiento que por boca de Pacheco, hacíanle los nobles caballeros de la liga, de la corona y el cetro que su hermano dejaba vacantes, reaccionóse, la energía de su carácter se reveló imponente, irguióse majestuosa, secá-

ronse las lágrimas que habían asomado á sus ojos y dijo, con voz que hizo inclinar la cabeza á cuantos la oían:

—¿Cuándo os dí lugar con mi conducta, á que me creyéseis capaz de amparar rebeliones más ó menos justificadas, contra derechos que considero sagrados?

Templó un tanto la severidad de su acento y continuó diciendo:

—Contristado habéis mi corazón con la noticia de la muerte del que llamábais vuestro rey, y no hay espacio ni lugar en él para otra cosa que para el dolor y la amargura. ¡Era mi hermano! Pero preciso es que me sobreponga á mis sentimientos para contestar como es debido á la proposición que acabáis de hacerme. Oidme, pues, y habed en cuenta que mi resolución es irrevocable y no han de torcerla ni halagos ni súplicas. Levantáos.

Obedeciéronla todos, y paseando ella su severa mirada por cuantos la rodeaban, prosiguió con entereza:

—Yo os agradezco, nobles caballeros, el ofrecimiento que habéisme hecho de la corona que por vuestra voluntad adjudicasteis á mi difunto hermano; os lo agradezco porque comprendo que lo inspira el respeto que profesáis á mi persona, superior á mis merecimientos; si así no lo entendiese, vuestra oferta sería para mí motivo más de ofensa que de halago. Pero aún habiendo en cuenta estas consideraciones y cuantas á la rectitud de vuestros propósitos puedan referirse, yo rechazo lo que me ofrecéis.

Levantóse un murmullo de disgusto y extrañeza entre los nobles, é Isabel repitió con firmeza:

—¡Lo rechazo, porque fuera contrario á mi conciencia admitirlo, y nunca mi conciencia se doblegará al interés, al egoismo, á la vanidad ó á la ambición! Por derecho divino y humano, la corona que me ofrecéis, no siendo los llamados á ello, pertenece á mi hermano mayor D. Enrique, rey actual de León y de Castilla, aunque vosotros lo

neguéis y lo desconozcáis como tal. ¿Quién habrá que se atreva á sostener lo contrario? Vosotros mismos como rey lo reconocisteis y acatasteis hasta que la rebelión os llevó á negarlo, proclamando otro en su lugar. Pero yo vuestra rebelión no autorizo ni autoricé nunca y por lo tanto mal puedo hacerme cómplice de ella; yo condené siempre el que mi hermano Alfonso aceptase los ofrecimientos que le hicisteis antes que á mí; yo os he dicho hace pocos momentos que anatematizo la guerra civil, que no quiero que sin motivo justo y fundado los hermanos viertan la sangre de sus hermanos, esterilizando con ella los campos que al amparo de la paz deben hacer fructíferos con su trabajo y el sudor de sus frentes. Si como buenos patriotas la grandeza y prosperidad de nuestro pueblo pretendéis, conseguidlo dándole la paz; no lo busquéis lanzándole á una guerra fratricida, sin razón que la autorice, porque la guerra es la desolación, es el esterminio, es la pobreza, es la desgracia. ¡Luchemos denodados cuando se trate de defender justos derechos; pero depongamos las armas cuando los derechos defendidos no tengan otro fundamento que la ambición ó el capricho! Escuchad bien lo que á deciros voy, porque en mis palabras se encierra la contestación á vuestra oferta y la convicción invariable que ha de inspirar siempre mi conducta: pese á vuestra voluntad y pese á sus errores ó desdichas, que también los soberanos, con serlo, se hallan sujetos á las miserias inherentes á la condición humana, el rey único y legítimo de Castilla y de León es mi hermano Enrique, y mientras él viva y por su voluntad expontánea no renuncie al trono de nuestros mayores, yo, su hermana, á pesar de las consideraciones de índole privada que de él me tienen alejada, seré siempre la primera en rendirle el debido vasallaje, en reconocerle como mi rey, en respetar sus derechos y acatar su voluntad. Nunca en mi la rebelión con-

tra Enrique hallará abrigo, ni aun proponiéndomela caballeros tan nobles como vosotros, ni aunque con el triunfo seguro de ella contase de antemano. Hé aquí mi respuesta á vuestro ofrecimiento.

*
* *

Calló Isabel y todos miráronse sorprendidos.

No esperaban tanta energía ni desprendimiento tanto en doncella de sus años.

Aun siendo cosa contraria á sus propósitos y deseos, admiraban respetuosos la rectitud y madurez de juicio de la que con tan fundadas razones condenábales.

Intentó replicar y defenderse el de Villena y dijo:

—Habed en cuenta, señora, que los derechos de don Enrique reconocemos, y que todos los presentes, como vos misma habéis dicho, fuimos sus vasallos fieles en época no lejana.

—Pues si así lo reconocéis,—replicó Isabel,—y así obrasteis en cumplimiento de vuestros deberes, ¿por qué vuestro deber no seguís cumpliendo?

—Nuestra rebelión no es contra D. Enrique, sino contra su heredera. El día que D. Enrique abandone el trono lo ocupará una princesa espúrea, que pasa por su hija sin serlo, y fuera para nosotros baldón y mengua tolerarlo.

—Si tal creéis, cuando ese día llegue, rebeláos contra la heredera de mi hermano; estaréis en vuestro derecho y no seré yo entonces la que os condene. Pero mientras tanto, ¿por qué los derechos de Enrique negáis y su autoridad desobedecéis, reconociendo que es vuestro legítimo rey? Bueno es prevenir el mal, pero no con perjuicio de tercero, porque entonces la previsión es injusticia.

No había modo de rebatir estos argumentos, y los nobles se quedaron silenciosos, mirándose unos á otros, sin saber qué contestar.

Avanzó Isabel hacia ellos, y deponiendo la arrogancia con que hasta entonces les había hablado, humilde, cariñosa, les dijo:

—Si en algo tenéis mi voluntad, si algún esfuerzo ó sacrificio estáis dispuestos á hacer, para congraciaros conmigo, yo, á quien dábais hace poco el derecho de mandaros, voy á dirigiros una súplica. Atendedla. ¡Cese la rebelión! ¡Deponed las armas! ¡Volved á la obediencia á Enrique, vuestro único y legítimo rey, y brille el sol de la paz sobre los yermos campos de León y Castilla, esterilizados por la guerra! Si el cetro que mi hermano empuña vacila en su diestra, afianzadlo y fortalecedlo vosotros con vuestro valor y vuestra ayuda; si obcecado y confundido no inspira siempre sus actos en la justicia y en el respeto debido á la dignidad real, iluminadle vosotros con vuestros consejos. Este es vuestro deber y yo os suplico que lo cumplais. Cumplidlo y con mi gratitud mereceréis bien de Dios y de nuestro pueblo, que verá en vosotros los continuadores de sus prosperidades y pasadas glorias. En cuanto á mí, dejadme en mi retiro, dispuesta siempre á cumplir con mi deber si el caso llega; pero viviendo mientras tanto, tranquila é ignorada, sin ambiciones ni inquietudes. Si Dios tiene dispuesto que ocupe algún día por derecho propio el trono que gratuitamente me ofrecéis y yo rechazo, Él me sacará de mi obscuridad, disponiendo las cosas de modo adecuado para que su voluntad se cumpla. Esto me dicta mi conciencia y esto os aconsejo. ¡No me desatendais!

Comprendió la infanta que sus nobles palabras habían producido efecto, y aùn lo acentuó más agregando:

—Y ved, que os halláis en la imposibilidad de hacer otra cosa que la que os recomiendo. Muerto Alfonso y no dispuesta yo á amparar vuestra rebelión, ¿á quién acudiréis para ofrecerle la corona que injustamente queréis

arrancar de las sienes de Enrique? ¿Mendigaréis de las cortes extranjeras, que os cedan un príncipe para proclamarlo vuestro rey? Fuera crimen de lesa patria que de vosotros no espero, y si tal hiciérais, yo, débil mujer, empuñaría una espada, y con los patriotas de buena voluntad que quisieran seguirme, pelearía en contra vuestra. No os queda, pues, otro remedio, que hacer lo que yo os digo.

Consultó Pacheco con los demás nobles, y de acuerdo con ellos pidió á la infanta que les permitiese deliberar sobre lo que debían hacer.

Accedió ella y retiróse con sus damas, diciendo:

—En mi cámara aguardo el resultado de vuestras deliberaciones.





CAPÍTULO IV

La osadía de un monje y los celos de una dama



A entrada presurosa en Avila de los comisionados y representantes de la liga, alarmó á la ciudad toda, poniéndola en conmoción y haciendo comprender á sus moradores que algo extraordinario pasaba.

Muchos de ellos echáronse á la calle, y en la plaza, ante el palacio, comenzaron á formarse compactos grupos de gente, en los que se discurría y comentaba sobre lo que podía ocurrir, echándose á volar las más absurdas y estupendas especies.

O por instinto de adivinación ó por alguna palabra suelta oída á los soldados que formaban la escolta de los caballeros de la liga, alguien supuso en parte la verdad, y pronto corrió de boca en boca la noticia de que D. Alfonso había muerto.

Nadie sabía de donde era salido aquel rumor; pero todos lo daban por cierto, y en lo que había discordancia era en lo de apreciar el género de muerte que había puesto fin á los días del malogrado príncipe.

Unos decían que había sido asesinado á puñaladas; otros, que los secuaces de D. Enrique habíanse apoderado de él, tendiéndole una celada, y que en castigo y venganza de la ofensiva burla del 5 de Junio de 1465, que aún no habían olvidado, habíanle colgado de un árbol; (1) otros, en fin, los menos, acercándose más á la verdad, sostenían que el infante había muerto envenenado.

Por entre la muchedumbre, afectando indiferencia y temerosos de ser reconocidos, circulaban los espías de D. Enrique, que también los tenía dentro de la misma ciudad de Avila, fiel al infante, procurando indagar noticias que transmitir luego á su señor.

Por suerte suya, gracias á los variados y perfectos disfraces con que se encubrían, nadie se fijó en ellos.

* * *

Cuando era mayor la animación en la plaza, presentóse en ella un monje venerable, cubierta la cabeza con la capucha de su hábito, la cual, cayéndole sobre la frente, dejaba ver sólo la parte inferior de su rostro, que desaparecía bajo luenga y poblada barba blanca.

---

(1) Según Palencia, Castillo y otros cronistas, el día 5 de Junio del año 1465, los nobles de la liga acordaron celebrar de modo ostentoso y burlesco la ceremonia de la destitución de D. Enrique. Al efecto reuniéronse en un llano inmediato á la ciudad de Avila, en el cual habíase levantado un alto tablado, y en él, en un trono, habíase puesto la efigie de D. Enrique, adornada con todas las insignias de la dignidad real. Ante inmensa muchedumbre, los nobles despojaron al monigote de las insignias que ostentaba, y luego lo arrojaron al pueblo, que lo quemó, sentando en el trono, en su lugar, á D. Alfonso.—(N. del A.)

Sin dificultad llegó hasta las primeras filas de curiosos, pues todos le abrían respetuosamente paso y hasta muchos descubríanse y se inclinaban para besarle la mano.

El repartía bendiciones... y avanzaba.

—¿Qué sucede, hermanos?—preguntó, llegado que hubo á los primeros puestos.—¿Por qué esta agitación?

Los que le rodeaban apresuráronse á contestar á sus preguntas y á satisfacer su curiosidad, repitiéndole las noticias más ó menos fundadas que corrían de boca en boca.

El monje escuchábales haciendo frecuentemente la señal de la cruz, como si le escandalizara lo que oía.

Sus labios agitábanse cual si murmuraran una oración; pero sin la poblada barba que desfiguraba su rostro hubiérase podido ver que aquellos labios sonreían irónicamente en vez de orar, así como sin la capucha que cubría su cabeza, hubiérase visto que sus ojos brillaban con expresión de gozo.

Escuchado que hubo los comentarios de todos, el monje levantó las cruzadas manos al cielo, exclamando con voz que parecía empapada en llanto:

—¡Señor, Señor! ¿Cuando se calmará tu cólera, justamente irritada, y cuándo dejarás de enviar calamidades sobre este malaventurado pueblo?

Luego, con voz vibrante é imponente que hizo estremecer á cuantos le escuchaban, añadió, cual si lanzase un anatema:

—¡Lo que sucede es justo y merecido! En tanto continue el imperio de la maldad y la injusticia, Dios no tendrá piedad de nosotros. Mi misión es de paz; pero aunque la paz se altere la verdad debe salir de mis labios. D. Alfonso ha muerto. ¡Infortunado príncipe! ¡La ambición le ha perdido! ¿Sabéis que ha sido su muerte? Pues el castigo de su rebelión y su soberbia.

Estas palabras provocaron un murmullo.

El monje lo dominó exclamando con voz potente:

—¡Sí! ¡Un castigo merecido y justo! ¿Cuándo pudo estar el triunfo de parte de la usurpación? D. Alfonso intentó usurpar el trono que por ley divina pertenece á la única y legítima heredera del rey D. Enrique: la princesa doña Juana.

Repitiéronse los murmullos, en tonos amenazadores.

¿Cómo el atrevido monje osaba proclamar y defender los derechos de la *Beltraneja*?

A no ampararle su hábito, caro habría pagado su atrevimiento, pues eran muchos los ojos que le miraban airados y muchas las manos que acariciaban nerviosas la empuñadura de la daga.

Un humilde plebeyo que junto al monje había y que de él no se separaba, siguiéndole por donde quiera que iba sin que nadie lo advirtiese, díjole en voz baja:

—¿Qué hacéis, señor? Ved que vuestra imprudencia os compromete. Si excitados por vuestras palabras descubren quién sois bajo el disfraz que os cubre, estáis perdido.

—Déjame,—le respondió el monje en el mismo tono,—que yo sé lo que hago. Propicia es la ocasión para aumentar el número de los defensores de nuestra causa, conquistando algunos adeptos, y no quiero desaprovecharla. En último caso, nuestras armas llevamos bajo nuestros disfraces y nos defenderemos.

Y prosiguió, dirigiéndose á los demás:

—El mismo D. Enrique no ocupará tranquilo su trono hasta que reconozca como es debido los derechos de su hija, cuya purísima frente él mismo cubre de lodo con sus vacilaciones y debilidades.

Agotóse la paciencia de los que le oían, y unos volviéronle la espalda, temerosos de cometer un desacato, mientras otros decíanle con tono poco tranquilizador:

—Tenga la lengua el buen padre y tiento ponga en lo que dice, que aún hay aquí quien sepa hacer respetar como es debido, la memoria de D. Alfonso.

***

Momentos antes habían desembocado en la plaza por una callejuela, á la que daba la puerta posterior de una iglesia, dos mujeres rebozadas en sus mantos, con los que ocultaban el rostro.

Era una de ellas de esbelto cuerpo y arrogante apostura, denotando su elevada posición en la riqueza de su traje, mientras la otra, tipo de dueña quintañona, inclinábase al peso de los años.

Atraídas por la curiosidad acercáronse al grupo donde estaba el monje, y apenas la voz de éste hubieron oido, la joven lanzó una exclamación de sorpresa y en poco estuvo que al suelo cayera sin sentido:

—¿Qué tenéis, mi señora?—le preguntó la dueña atribulada.—De aquí alejémonos si la presencia de tanta gente os trastorna ó asusta.

Pero su compañera parecía clavada en aquel sitio y permaneció inmóvil oyendo y mirando atentamente al monje.

Insistió la dueña en su invitación de marcha, y la dama entonces díjole, con la angustia de quien sufre una gran emoción:

—Aguarda, Mónica, que suspenso el ánimo y turbado el espíritu, á determinar no acierto si presa soy de un sueño ó testigo de la realidad. ¿Nada te dice esa voz que escuchas y que en mi corazón resuena? ¿No la conoces? ¡Es la voz querida de mi D. Pedro amado!

—Desvariais, doña Violante.

—No desvarío. ¿Cómo quieres que la voz que tantas veces me hizo estremecer de amor y de ventura, confun-

da con ninguna otra? ¡Es la suya, aunque por conveniencia del disfraz que viste procura disimularla!

—Pero ¿cómo queréis que D. Pedro se halle aquí en semejante guisa?

—No lo sé ni de comprenderlo acabo. ¡Pero es él! ¿Oyes? A la princesa doña Juana defiende con arrogante bizarría, sin miedo á la cólera de los que le escuchan. ¡Oh temeridad de una pasión infame! ¡Por amor á la madre defiende los falsos derechos de la hija! ¿Qué mayor prueba quieres de que es él, de que no me equivoco?

En esto, doña Violante lanzó otra exclamación de asombro.

—¿Qué tenéis ahora?—le preguntó Mónica.

Y la dama le respondió, cogiéndola por el brazo y oprimiéndolo fuertemente:

—¡Mira! ¡Mira aquel villano que junto al monje está y dime si le reconoces!

—¡Nuño!—exclamó la dueña.

—El mismo; Nuño, el escudero de D. Pedro. ¿Dudarás ahora que el monje sea el que yo adoro, el que traidor y perjuro desprecia mi amor y de mí huye, para gozar de los favores de la reina doña Juana? ¡Es él! ¡Es él! ¡El corazón me lo asegura aunque no me lo anunciaran los sentidos!

* * *

Hubieron de retirarse á un ángulo de la plaza, porque la gente comenzaba á advertir la agitación de la dama y la inquietud de la dueña.

Allí pudieron hablar más libremente y doña Violante dijo:

—¡Mónica, mi buena Mónica! Si de verdad me quieres y en algo aprecias mi tranquilidad y mi dicha... ¡haz que con D. Pedro hable!... ¡Nadie sabe mejor que tú la angus-

tia en que vivo desde que sus desdenes sufro y la noticia de su traición llegó á mis oidos! Quiero convencerme por mí misma de la verdad de mi desventura; quiero oir de sus propios labios que se extinguió para siempre en su pecho el amor que me juró tantas veces; quiero saber si merece mi indulgencia, mi desprecio ó mi venganza... Ve y con cualquier escusa acércate á él y dile de mi parte que venga, que le aguardo; que venga enseguida, si no quiere que aquí mismo descubra quién es y lo entregue á las iras de los que le rodean. ¡Ve, no tardes!

—Pero señora,—balbuceó la dueña,—advertid...

—No advierto nada ni en nada paro mientes,—la interrumpió doña Violante.—¿Qué escrúpulos ni temores quieres que contengan las ansias de mi corazón celoso?... ¡Ay de tí si no me complaces! ¡Obedéceme!

Inclinó Mónica la cabeza, asustada por el tono con que le hablaba su señora y respondió sumisa:

—A obedeceros voy.

En su manto envolvióse, recatando el rostro, y se alejó murmurando:

—¡Dios sea con nosotros! Si noticias há nuestro señor de estos manejos, del claustro no habrá quien nos libre: á doña Violante por enamoradiza y á mí por complaciente y débil á sus caprichos.

En tanto doña Violante se quedó diciéndose:

—Todo sabré perdonarlo, si arrepentido me devuelve su amor; pero si con desprecios paga mis súplicas... entonces sabré vengarme, aunque de mi venganza sea yo la primera víctima.

Y refugiándose en el hueco de una puerta, para más facilmente pasar inadvertida, esperó ansiosa el regreso de su dueña, mientras en los grupos seguía comentándose con animación creciente, la noticia de la muerte de don Alfonso.



CAPÍTULO V

¡Venganza!



LLEGÓ la dueña junto al monje, en el momento mismo en que los que le rodeaban disponíanse á no dejarle proseguir la entusiasta defensa que hacía de los derechos al trono de la hija de D. Enrique.

Mónica se acercó á él y se inclinó diciendo:

—Permitid que bese vuestra mano, padre mío, y escuchad una súplica que tengo que dirigiros.

—¡Es Mónica, señor!—dijo Nuño al oído del monje.

Estremecióse éste y miró á la dueña.

La enviada de doña Violante acercóse más á él, y díjole, hablándole de modo que nadie más pudiera oirlo:

—A pesar de vuestro disfraz habéis sido reconocido por mi señora, que cerca de aquí os aguarda. Venid; desea hablaros y en vuestra busca me envía.

Insistiendo aún en fingir, el falso monje repuso:

—Sin duda os equivocáis, buena mujer. Ni yo sé quién es vuestra señora, ni comprendo de lo que me habláis. Me tomáis por otro.

—¿Queréis convenceros de lo contrario?—replicó Mónica intencionadamente.—¿Queréis que vuestro nombre pronuncie en voz alta y veréis como cuantos os rodean os despojan de vuestro disfraz para convencerse de quien sois?

El monje tornó á estremecerse.

—Pues tal haré,—insistió la dueña,—si no accedeis á mi deseo. Venid y os saldrá más á cuenta.

—Vamos,—respondió el otro, con voz trémula por la indignación.

Y dijo en voz alta, de modo que los demás lo oyesen:

—No puedo negar mis auxilios espirituales á quien de ellos necesita.

Alejáronse juntos la dueña y el monje, calmándose con la ausencia de éste la cólera que sus palabras habían provocado en la muchedumbre, y Nuño, el escudero disfrazado de villano, les siguió á distancia, satisfecho de que la osada aventura de su señor hubiese tenido tal desenlace.

***

Llegado que hubieron al sitio donde doña Violante aguardaba arrebujada en su manto, salióles ella al encuentro y ordenó á su dueña:

—Vigila para que no nos sorprendan.

Apartóse Mónica, situándose en una esquina inmediata, y entonces la dama, apoderándose de una mano del monje, dijo con vehemencia:

—¡Al fin os hablo! ¡Al fin podréis escuchar los justos reproches de mi amor ofendido y de mi dignidad ultrajada!

—¡Ved lo que hacéis!—interrumpióla él temeroso.—Ni la ocasión ni el sitio ni el disfraz bajo que me oculto, son propios para...

—¿Qué me importa?—replicó ella.

—Reportaos ó me pondréis en el caso de no poder seguir oyéndoos.

—¿Luego oirme es para vos una violencia, un martirio? ¡Bien me demuestran vuestras crueles palabras la infame traición de vuestros sentimientos!

—¡Doña Violante!...

—No de ese modo me nombrabais en otro tiempo. Cuando con vuestras mentidas protestas de amor procurabais ganaros mi voluntad, me llamabais vuestro sol, vuestra vida, vuestra gloria.

—Pero advertid...

—Vencisteis en vuestro empeño, os rendí mi voluntad y el desprecio fué el pago de mi cariño. Huisteis de mi lado, y cuando á verme tornáis, no pronuncian vuestros labios sino frases de temor ó de prudencia. ¡Ni una disculpa! ¡Ni una palabra de afecto!

—Espacio no me habéis dejado para pronunciarla.

—No, no es eso. Si del corazón hubiese subido á vuestros labios, pronunciádola habríaisla apenas contempládome hubiérais. ¿Qué fuerza habrá que ahogue y contenga los gritos del amor? Es que ya no me queréis, D. Pedro; es que la que un día llamábais luz de vuestros ojos, por desventuras de su destino ha llegado á ser obscuridad de vuestra conciencia; es que pasaron ya los tiempos dichosos en que para mí viviais y por mi amor suspirábais; ¡es que me habéis olvidado!

Ahogando á duras penas los sollozos, mientras el perjuro amante inclinaba la cabeza, como avergonzado y confundido por aquellos amargos reproches, prosiguió diciendo:

—¿Qué os hice yo, en qué os ofendí, en qué os falté, para que de tal modo me despreciéis? ¿No fuí siempre dócil á vuestros deseos y complaciente á vuestros caprichos? ¿No me desviví por halagaros? ¿No puse vuestro amor por

encima de todo, hasta de mis deberes de hija y mi dignidad de doncella? Por vos me expuse á provocar la cólera de mi padre, á atraer sobre mí el desprecio de las personas honradas, á comprometer mi nombre y mi nobleza... ¡y vos me traicionáis! ¡Justo castigo á mi debilidad! Pero si falté, no sois vos, que por caballero os tenéis, quien mi falta ha de castigar con el abandono. La culpa fué vuestra y me debéis respeto, compasión y amparo. Porque yo era dichosa, vivía tranquila y descuidada, gozando en mi inocencia de los placeres que me ofrecían mi posición y mi fortuna, y vos vinisteis á turbar mi calma, emponzoñando mi corazón con las primeras frases de amor que escucharon mis oidos. ¿Por qué cuando rechacé vuestros ofrecimientos insististeis? ¿Por qué cuando condené vuestra osadía suplicásteis? Supísteis ser tenaz para convencerme, humilde para engañarme, rendido para seducirme, y cuando la victoria alcanzásteis y de ella gozado hubísteis breve espacio, después de haberme entreabierto las puertas de la gloria, enseñándome lo que es la dicha del amor, satisfecho vuestro capricho me dejásteis, despeñándome desde las alturas de la felicidad en los negros abismos de la desesperación y el desengaño. ¡Oh D. Pedro, D. Pedro! ¡Fuísteis muy cruel y Dios os tomará en cuenta lo que hecho conmigo habéis!

* * *

En este punto la enamorada dama ya no pudo contenerse y rompió á llorar con desconsuelo.

Por insensible que D. Pedro fuera, obligado vióse por tales pruebas de sincero afecto, á mostrarse compasivo.

—Volved en vos, doña Violante,—dijo.—No así al pesar os entreguéis.

—El pesar es mi único compañero desde que de vuestro amor empecé á dudar,—replicó ella.—¡Si su-

piérais lo que por vuestra culpa sufro y he sufrido!...

Separó el manto para descubrir el semblante, y agregó:

—¡Mirad mi rostro! Marchita su belleza por el sufrimiento, ya no brilla en sus mejillas el encendido color que tantas veces comparásteis con el de las rosas. ¡Mirad mis ojos! Apagáronse sus fulgores de tanto llorar vuestros desvíos. Y si mi corazón pudiérais contemplar como miráis mi cara, lleno de amargura y dolor lo veríais por vuestros desengaños. ¡Ved si infortunada y mísera soy, que mis cuitas os cuento para halagar con ello vuestro orgullo, cuando por propia dignidad callarlas debiera y sólo insultos habrían de pronunciar mis labios!

Calló doña Violante, y viendo que D. Pedro permanecía silencioso, le dijo despechada:

—¿Ni una frase de consuelo ó de esperanza para mi infortunio os dicta vuestra compasión; ni una palabra de disculpa halláis en vuestro abono?

Forzado el falso monje á contestar, respondió cohibido:

—¿Qué queréis que os diga, si reproches me dirigís que no merezco?

—¿Según eso en vuestro alejamiento de mí no hubo ni traición ni perjurio? ¿Luego seguís amándome? Demostrádmelo y todo os lo perdonaré.

—Oid, hermosa Violante,—dijo D. Pedro, tras breve y embarazosa pausa:—sin duda en vuestra inocencia no sabéis, que es la vida un jardín en el que las mujeres son las flores que adornan el terrenal edén, y los hombres somos las mariposas que el dulce néctar del amor libamos de flor en flor.

—¡No prosigáis!—le interrumpió colérica la dama.

—Como gustéis. Pero achacad á vuestra ignorancia de la vida y no á mi culpa, las desventuras que lloráis. Amores pasajeros, amores de un día, habrá y ha habido siempre muchos. ¡Todos!

—¡Mentís! El amor verdad, el amor eterno que une para siempre dos almas...

—¡Quimeras!

—¿Que no existe, decís?

—Engendro poético de los trovadores de antaño. ¿Cómo ha de ser eterno el amor, si no es eterna la vida de los seres?

—Pues si en él no creías, ¿por qué me lo jurásteis?

—Porque es costumbre jurar tales cosas aunque no se crean.

—¡Oh!...

—El amor es una embriaguez, una locura, un delirio, que dura sólo lo que tarda el juicio en recobrar su imperio. Cuando el juicio vuelve, la calma torna, el amor se extingue y quedan la estimación, la amistad, el aprecio. ¿De quién es culpa que la embriaguez que un día nos hizo amarnos, en mí se haya ya disipado y en vos dure aún? Se disipará también, comprenderéis la razón, me haréis justicia, cesarán vuestras quejas y buscaréis consuelo en otra nueva embriaguez, en otro nuevo amor. Tal es la vida y tal es la ley natural de las cosas. Y si así no lo hacéis, peor para vos, pues por vuestra culpa seguiréis siendo desgraciada, víctima del error de concebir como esencial y eterno, lo que es accidental y transitorio. Creedme: tomad la vida y los sentimientos tal cual son; no tal como vuestra exaltada fantasía desearía que fuesen. Vivid en la realidad, no os salgáis de ella.

* * *

Conteniéndose á duras penas, devorando la cólera y la indignación que sentía, doña Violante exclamó con arrogancia:

—¡Basta! Si incapaz sois de concebir y comprender el verdadero amor, no lo profanéis con vuestras falsas y pe-

regrinas razones, escudo débil con que en vano pretendéis encubrir la infamia de vuestra conducta. ¡Que el amor no existe! ¡Que es una embriaguez pasajera!... ¡Peor para vos si tal creéis! Horrorizado me habéis descubriéndome el fondo de vuestro corazón insensible y descreído, que nunca supe ver hasta ahora. ¡Ah, si antes á mí os hubiérais mostrado tal cual sois! ¡En vez de amaros como os amé, os despreciara! Por lo demás, los motivos de vuestra mudanza, que cobarde no os atrevéis á confesar, yo los he averiguado. Habéisme dejado de amar... porque amais á la reina D.ª Juana.

—¿Quién tal calumnia ha osado propalar contra la que por sus virtudes y desdichas merece el respeto y la consideración de todos?—replicó airado D. Pedro.

—Cuantos la conocen y os conocen.

—¡Mienten!

—Alejada de su esposo el rey D. Enrique, en justo castigo á sus liviandades, la reina D.ª Juana se acogió al amparo de vuestro tío el arzobispo de Sevilla, uno de los pocos defensores que le quedaban. No pudiéndola tener á su lado, por no ser el palacio arzobispal morada propia para dama de tan escandalosas costumbres, vuestro tío la confió á la custodia de sus aliados los Mendozas, y junto á ella os puso, como hombre de toda su confianza, para que la defendiéseis y sirviérais. Ya veis que estoy bien al tanto de cuanto en vano me ocultáis.

Doña Violante habia dejado de llorar y sonreía irónicamente.

—No supo el buen arzobispo,—prosiguió,—ni sospechar pudo á pesar de su talento y su experiencia, el peligro á que os exponía; ó quizá fué que confiando en vuestra virtud más de lo que merece, os tuvo por incorruptible. Caprichosa la reina, puso los ojos en vos, el más apuesto de sus servidores, sin duda para distracción de

su destierro y consuelo de sus cuitas; y ambicioso y enamoradizo vos, aspirásteis á ser el sustituto del destronado favorito D. Beltrán de la Cueva, padre de la princesa doña Juana, como todo el mundo sabe. ¡Lindo papel para un noble! Vuestro empeño conseguísteis, y desvanecido por el honor de los favores reales, preferís el ilícito amor de una reina adúltera, al amor honrado de una noble doncella... ¡Bien, D. Pedro! Seguid la senda que os trazan vuestra ambición y vuestra vanidad. ¡Yo os felicito por vuestro triunfo! Pero habed en cuenta, que según vuestras propias teorías, el amor es una embriaguez pasajera; D.ª Juana ha demostrado prácticamente que participa de vuestra opinión, y quién sabe si á estas horas tendrá ya elegido el amante con el que ha de sustituiros! Cuando ese día llegue, que llegará... entonces sabréis por experiencia lo que duelen la traición, el desprecio y el desengaño.

* * *

Mientras hablaba la dama, con acento irónico que hacía aún más mortificadoras sus frases, D. Pedro apretaba uno con otro los crispados puños, é inconscientemente metió más de una vez la diestra entre los pliegues de su hábito, bajo el cual ocultaba sus armas.

—¡No sé cómo me he dominado al escucharos,—exclamó con voz sorda,—y sólo ha podido contenerme la consideración debida á vuestro sexo! ¡Nadie en mi presencia osará repetir lo que vos habéis dicho de la reina!

—¿La defendéis?—replicó doña Violante.—Nueva prueba de que la amáis... Oid, D. Pedro: al empezar á hablaros, acariciaba aún la esperanza de que os justificáseis é imploráseis mi perdón. ¡Mirad si seré necia, que dispuesta me hallaba á concedéroslo! He sido tan insensata, que deponiendo mi dignidad, os he hablado de mi amor y casi os he suplicado que de él os compadeciérais... Me

avergüenzo de mi desvarío... ¡Olvidadlo! Al fin cae la venda de mis ojos y comprendo que de vos no puedo esperar ya nada...

—Una sincera amistad...

—¡No la admito! ¡La desprecio! ¿Amistad donde ha habido amor?... Eso será bien para vos que no tenéis sentimientos: ¡para mí, que tengo corazón, es imposible!

—Como querais.

—Procuraré olvidaros, y pensando en vuestras infamias no me será difícil conseguirlo. ¡Si hasta creo que en vez de amaros os odio! ¡Sí, os aborrezco! Y como no soy hipócrita cual vos sino sincera, noblemente os prevengo que os guardéis de mí, porque me vengaré de vuestras traiciones.

—¡No os temo!

—Tanto peor para vos. ¡Aún no sabéis de lo que es capaz una mujer despechada! Roto queda el lazo que nos unía; pero antes de separarnos para siempre, un favor he de pediros, el último. Si caballero sois, confío en que no me lo negaréis.

—Decid.

—Recuerdos guardáis de mi afecto sincero, como yo los guardo de vuestro amor fingido. Razón es que mútuamente nos devolvamos las reliquias de una pasión ya extinguida.

—Lo considero justo.

—Pues bien: esta noche al toque de ánimas, os aguardo en la reja de mi palacio que da á la callejuela que tantas veces rondásteis buscando ocasión de hablarme. Llevad con vos cuantos recuerdos de mi amor tengáis, y al entregármelos yo os devolveré los vuestros. ¿Iréis?

—Os doy mi palabra.

—En ella fío.

—Hasta la noche, pues

—Hasta la noche.

Envolvióse la dama en su manto y se alejó con Mónica, mientras D. Pedro con Nuño mezclábase otra vez entre la muchedumbre, pensando:

—Pláceme, al fin, romper de una vez los lazos de un amor que ya me hastiaba. Acudiré esta noche á la cita, y luego... pondré fin á la aventura añadiendo un nombre más á la lista de mis conquistas amorosas.

*
* *

Poco después D.ª Violante y su dueña entraban en una lujosa mansión que había en una calle inmediata á la plaza, con heráldico escudo de armas esculpido en piedra berroqueña sobre el ancho portalón.

Era el palacio de D. Manuel de Medina, padre de doña Violante y uno de los más nobles y entusiastas partidarios de la causa del difunto D. Alfonso.

Retiróse la doncella á su cámara, y una vez á solas con Mónica despojóse de su manto y dió rienda suelta á su indignación y su cólera.

Frisaría en los veinticinco años y era soberanamente hermosa, morena, con cabellos de ébano, ojos brillantes y labios lascivos, abultados, rojos.

En aquellos instantes ofrecía un aspecto imponente.

Desencajadas las facciones, crispados los nervios y resplandecientes los ojos, casi inspiraba miedo.

—¡El perjuro! ¡El fementido! ¡El inícuo!—rugió mejor que dijo, como leona herida que se revuelve furiosa contra la mano que la castiga.—¡Me ha ofendido!... ¡Me ha engañado!... ¡Oh!... ¡Necesito vengarme!... ¡Sí, venganza! Pero venganza tal, que de ella quede memoria. ¡No haya piedad para quien me ultraja! ¡No haya compasión para quien me escarnece y desprecia! ¡No haya lástima para quien mi corazón destroza y mi ventura destruye! ¡Se ha

burlado de mí!... ¡Y aún con sutiles conceptos pretendía el infame convencerme! ¡Oh, Dios! ¿Por qué has negado á las hembras el derecho de vengarse por sí mismas? ¡Con valor me siento para matar al malvado! ¡De qué buena gana el corazón le arrancaría para estrujarlo entre mis manos!

Y como si entre ellas tuviese aquel corazón aborrecido, con sus crispados dedos destrozaba la tapicería del sitial sobre el que se había desplomado.

Asustada Mónica al ver á su señora presa de tal agitación, se atrevió á decirle:

—¡Calmáos! Al traidor dad al olvido, despreciadle y buscad el desquite en otro amor.

Volvióse airada contra ella la joven y gritó amenazadora:

—¡Calla, necia! ¿Qué entiendes tú de celos, si tu corazón petrificado por los años, olvidó ya lo que es querer? ¿Despreciarle dices? ¡Sí! Más aún: ¡aborrecerle!... ¡Pero después de la venganza!

Calmándose de pronto, quedóse pensativa, hasta que exclamó con tono de triunfo:

—¡Ya sé cómo vengarme!

Imperativa y enérgica, dijo á su dueña:

—¡Vete! ¡Quiero estar sola! Da orden de que aviso me traigan cuando mi padre llegue. Necesito hablarle.

—¿Qué intentáis?—interrogó Mónica, cada vez más compungida.—Considerad que por el afán de vengaros, podéis comprometeros y comprometerme.

—¡Sella el labio! ¿Cuándo tus advertencias necesité ni tus consejos pedí?

—Señora...

—¡Vete y cumple mi mandato!

La dueña salió sin replicar, murmurando entre dientes:

—¡El santo de mi nombre sea conmigo! Huélome que al fin en todo esto, á mi me tocará la peor parte.

D.ª Violante quedóse diciendo:

—En el punto á que mi indignación y mi despecho llegan, poco me importa perderme con tal de vengarme... Si D. Pedro asiste esta noche á la cita que le he dado... ¡hoy mismo quedaré vengada!





CAPÍTULO VI

Donde el interés comienza á crear obstáculos al amor.



AS deliberaciones de los representantes de la liga fueron breves.

Terminadas, una comisión de nobles, á cuyo frente iba el marqués de Villena, presentóse en la cámara de la infanta doña Isabel para dar á ésta cuenta de lo que habían acordado.

—Tengo el honor y la satisfacción de participaros,—díjole Pacheco,—que hemos decidido complaceros obedeciendo vuestras exhortaciones y rindiéndonos á vuestro hermano D. Enrique, al que de nuevo reconoceremos como nuestro rey.

—Recibid mis parabienes por vuestro sensato acuerdo,—le respondió Isabel sinceramente alborozada,—y hacedlos presentes á vuestros nobles compañeros. No podíais acordar cosa más de mi agrado.

—El afán de congraciarnos con vos nos ha impulsado á ello. Pero habed en cuenta, señora, que á nuestro rendimiento imponemos condiciones que no dudo aprobaréis.

—Decid cuáles son, y si justas las considero, aprobadas serán por mí.

—La reconciliación con caballeros de tanto prestigio y valía tanta, como los que la liga forman, es de gran importancia para D. Enrique, que de este modo verá asegurado su trono, hoy vacilante; justo es, pues, que algo conceda en pago. Nuestra favorable posición nos permite exigir.

—Y bien...

—Con todo transigimos, menos con que la princesa D.ª Juana herede un día la corona de vuestro hermano; no considerándola como no la consideramos hija suya, mal podríamos consentir tal injusticia. Por lo cual, en cambio de nuestra sumisión, impondremos á D. Enrique que os reconozca por su heredera y como tal os proclame, concediéndoos todos los honores y todas las prerrogativas de tal. No tendrá reparo en hacerlo, puesto que ya antes lo hizo con vuestro difunto hermano D. Alfonso, también á exigencia nuestra y antes de que lo proclamáramos rey alzando por él bandera. ¿Os halláis dispuesta á suscribir esta condición, por la que un día ocuparéis el trono que hoy noblemente habéis rechazado?

*
* *

Reflexionó D.ª Isabel unos instantes y al fin dijo resueltamente:

—Acepto.

Los comisionados manifestaron su gozo.

—Si mi hermano admite esa condición,—prosiguió la infanta,—prueba será de que él mismo reconoce y confiesa que D.ª Juana no es su hija, y mis derechos al trono que él ocupa serán entonces indiscutibles, y no sólo los aceptaré, sino que sabré sostenerlos y defenderlos si llega el caso.

—Vuestra contestación nos llena de alegría, señora.

—Os la doy consultando, no á mi interés sino á mi conciencia. Id, pues, señores, y entablad cuanto antes las negociaciones con mi hermano. Ansío que pronto brille el sol de la paz en el cielo de nuestra patria, obscurecido por los negros nubarrones de la guerra.

—Antes de que nos deis vuestra venia para retirarnos, permitid que os rindamos el acatamiento debido á la que un día ha de ser nuestra reina y señora.

Todos los nobles presentes besaron la mano de la infanta, y luego retiráronse acariciando halagüeñas esperanzas para el porvenir.

Al quedarse solas Isabel y D.ª María, ésta exclamó:

—¡Albricias, señora! ¿Veis cómo todos mis vaticinios se cumplen y Dios os otorga cuanto merecéis? ¡D. Fernando os ama y sois reconocida como la única heredera de un trono! ¿Qué más podéis ambicionar?

—Que todo eso se cumpla,—respondió la infanta.

Y añadió, cambiando de tono:

—Pero demos tregua al placer producido por tantas inmerecidas mercedes como me otorga el cielo, y lloremos la desgraciada muerte del infortunado D. Alfonso.

* *

Salieron los nobles del alcázar y encamináronse cada cual á su alojamiento, quedando en que Pacheco, en nombre de todos, entablase las acordadas negociaciones con D. Enrique.

El de Villena salió en compañía de D. Manuel de Medina, su gran amigo.

Aguardó D. Manuel á que se hallasen fuera de la plaza, llena de gente, como ya sabemos, y solos los dos, camino del alojamiento de D. Juan, dijo misteriosamente á éste:

—Una importante noticia he de comunicaros, que vos ignoráis, sin duda.

—¿Qué es ello?—preguntó Pacheco distraído, pues parecía presa de gran preocupación.

—Hámela comunicado Carrillo, capellán de nuestro aliado el arzobispo de Toledo.

—Decid de una vez...

—Carrillo ha sido portador de un mensaje del arzobispo para D.ª Isabel. Y ¿sabéis de lo que en ese mensaje se trata?

—Mal puedo saberlo si vos no me lo decís.

—Del matrimonio de la infanta.

—¡Qué escucho! ¿Con quién?

—Con D. Fernando, rey de Sicilia y heredero de las coronas de Aragón y de Navarra.

—El hijo de D. Juan II de Aragón?

—El mismo.

—Pero ¿estáis cierto de lo que decís?

—Seguro. Convendréis conmigo en que tal matrimonio es muy conveniente.

—Según.

—¡Cómo! ¿No lo aprobáis?

—Aventurado me parece hablar de ello.

—No obstante...

—Sólo Dios sabe lo que ocurrir puede. Creedme, don Manuel: aplacemos todo juicio sobre lo que en todo caso ha de ser objeto de detenido estudio.

Y como hubiesen llegado ante la puerta del domicilio de Pacheco, éste dijo:

—¿Queréis honrar mi casa con vuestra presencia, entrando en ella á tomar descanso?

—Honor y satisfacción fuera para mí seguir gozando de vuestra amable compañía,—respondió el de Medina;—pero ansío reunirme con mi hija y prévia vuestra venia me retiro.

—Como gustéis. Presente haced el homenaje de mi respeto á la hermosa D.ª Violante.

—Gracias en su nombre. Con Dios quedad, Pacheco.

—Con El vayáis, Medina.

Separáronse y D. Manuel encaminóse á su casa, pensando:

—¡Es particular! ¡Juraría que á D. Juan le ha contrariado lo relativo al matrimonio de D.ª Isabel! No concibo la causa.

***

Mientras tanto el de Villena retiróse á su cámara, en la que al hallarse solo, exclamó:

—¡Casarse D.ª Isabel con D. Fernando! ¡No en mis días! Peligro hay en ello para mi interés y no he de consentirlo. La mayor parte de los feudos que disfruto, pertenecieron en su orígen á los infantes de Aragón, y si un príncipe de esta real casa viniese á Castilla, perjuicio podría haber en ello para mi patrimonio. Acaso D. Fernando quisiera recuperar lo que perteneció á sus antepasados. Yo haré que ese matrimonio no se realice.

Permaneció largo rato pensativo, hasta que dijo, levantándose del sitial donde se sentaba.

—Pidamos consejo á quien siempre me lo dió en mis dudas, prudente y desinteresado.

Así diciendo acercóse á un armario que había en la cámara, y con la punta de su daga, que hundió entre las molduras que adornaban el mueble, tocó un resorte secreto. El armario apartóse por sí mismo de la pared y dejó al descubierto una abertura, lóbrega y estrecha.

D. Juan desapareció por ella, tocó otro resorte y el armario volvió á ocupar su sitio.

El de Villena comenzó á subir los peldaños de una escalera de caracol muy empinada.

A pesar de la obscuridad que le rodeaba, el caballero seguía subiendo con la seguridad y firmeza de quien conoce el terreno que pisa.

La ascensión fué larga.

Al fin Pacheco pasó repentinamente de la obscuridad á la luz.

La escalera había terminado y hallábase en la plataforma de una elevada torre.

Espesas celosías ponían aquel recinto á cubierto de indiscretas miradas.

En uno de los ángulos de la plataforma había una pequeña puerta.

D. Juan acercóse á ella, llamó y la puertecilla abrióse inmediatamente, apareciendo un mancebo vestido con rico y caprichoso traje oriental.

Una blanca túnica de lino caíale hasta los piés en artísticos pliegues; una faja de seda ceñía su cintura y un turbante de púrpura, recamado de oro y pedrería, cubría su cabeza.

De sus orejas pendían sendos aretes de oro y llevaba argollas del mismo metal en las muñecas y los tobillos.

—Alá te guarde, Alí,—díjole el de Villena.

—Tu Dios venga contigo, señor,—respondióle el mancebo, inclinándose hasta tocar el suelo con la frente.

—¿Y Zoraida?

—En su camarín.

—¿Reposa?

—Piensa en su señor y pide para él al profeta todas las delicias del edén. ¿Quieres que su alma alegre anunciándole tu visita?

—No, quédate aquí y cuida de que nadie nos interrumpa. Prefiero sorprenderla.

Inclinóse de nuevo Alí, colocóse ante la puerta, dispuesto á no consentir que nadie entrase, y Pacheco alejóse por un largo y obscuro corredor abierto en el muro.



CAPÍTULO VII

Lo que Pacheco ocultaba en las torres de su palacio.



Como correspondía á uno de los caballeros más nobles y más ricos de aquellos tiempos, Pacheco poseía casas y palacios en varios sitios é instalábase temporalmente en una ú otra de sus moradas, según las exigencias de su vida nómada y aventurera.

Por entonces hallábase instalado provisionalmente en Avila.

La casa de su pertenencia, que ocupaba en esta ciudad, era un inmenso y vetusto edificio, flanqueado por cuatro torres unidas entre sí por corredores abiertos en los muros de piedra.

Estos muros eran de un espesor y fortaleza tales, que podían muy bien representar el papel y hacer el oficio de resistente muralla.

Por uno de dichos corredores avanzaba D. Juan, de una torre á otra, recorriendo en toda su extensión uno de los lados de la casa.

Llegó, por fin, ante la puerta de la segunda torre, y se detuvo al oir tras ella las melodiosas notas de una guzla, pulsada por manos habilísimas en el manejo de tal instrumento.

A los sones de la guzla unióse pronto una voz de mujer, dulce y sonora, que entonaba un melancólico cantar.

En aquella canción, impregnada de poética tristeza, llorábase la nostalgia de la patria, la añoranza del suelo africano con sus bosques de palmeras y sus blancos aduares, iluminados por un sol ardiente.

Había momentos en los que parecía que aquella voz tan dulce gemía y sollozaba.

El de Villena frunció el entrecejo, como si el canto le contrariase, y apenas terminado empujó con ímpetu la puerta ante la cual se había detenido.

Cualquiera que no hubiera sabido como él lo sabía, lo que tras aquella puerta ocultábase, habríase detenido en ella lleno de admiración y asombro por el cuadro que se ofrecía á sus ojos.

Todo el recinto de aquella segunda torre formábalo un solo aposento de grandes dimensiones y alta bóveda de piedra, con caprichosos ventanales de arquitectura morisca, partidos por esbeltas columnillas de alabastro y cerrados por espesas celosías á través de cuyos enrejados filtrábase la luz ténue y suave.

Ricos tapices de Persia cubrían el pavimento y las paredes; cómodos divanes rodeaban el perímetro de la cámara, adosados al muro, y en los ángulos, artísticos pebeteros perfumaban el ambiente con las esencias orientales que en ellos se quemaban.

Pero no era lo que descrito queda, con ser tan extraordinario é impropio de aquel lugar, lo que más admiraba.

Entre tanta riqueza destacábase, obscureciéndola, la belleza de una mujer que más que ser humano parecía

una hurí del edén prometido por el Profeta á sus creyentes.

De veinte años apenas, blanca como el alabastro y con ojos y cabellos negros como la noche, hallábase recostada sobre mullidos cogines, con la guzla en la mano.

Era Zoraida.

Rico traje moruno de seda de vivos colores, recamado de oro y pedrería envolvía su cuerpo, sin encubrir sus perfecciones sino sólo velándolas, y sartas de perlas entrelazábanse con sus cabellos y ceñían su garganta.

***

Al ver á Pacheco, Zoraída lanzó un grito de gozo, tiró la guzla, púsose en pié de un salto y corrió á arrojarse á las plantas de D. Juan, exclamando:

—¡Mi señor!

El de Villena la levantó en sus brazos, la besó en la frente y púsola de nuevo cuidadosamente sobre los cojines en que antes se hallaba recostada.

—¡Alá te bendiga y te colme de venturas por haberte acordado de tu Zoraida, proporcionándole el placer de tu presencia, señor!—dijo ella, cruzando los brazos sobre el pecho y contemplándole con éxtasis.

Sentóse Pacheco silencioso á su lado, y al ver su actitud Zoraida añadió inquieta:

—¿Por qué las sombras de la preocupación ó del enojo nublan la luz de tu mirada?

—Por tu culpa,—respondió D. Juan severamente.

—¡Oh, señor! Pues que eres bueno, no angusties mi corazón con tus reproches. ¿En qué ofenderte pudo la que sólo para tí vive y con tu dicha sueña?

Héte dicho mil veces que tu tristeza me contraría.

—¡Pero si no estoy triste! Al contemplarte, ¿no ves brillar la felicidad en mi ojos?

—Ahora sí; pero cuando hace poco ante esa puerta llegué...

—Cantaba para distraer mi soledad. ¿Esto te enoja?

—Cantabas, es cierto; pero llorando. ¡Llorabas la ausencia de tu patria africana!

Zoraida inclinó la cabeza y sus hermosos ojos se llenaron otra vez de lágrimas.

—¡Perdóname, mi señor!—balbuceó humilde.—¡Mi patria! Es verdad: por ella lloro siempre, hasta cuando la sonrisa entreabre mis labios. S i de tu patria te vieses lejos, ¿no llorarías también?

—Pero cuando de tu patria no he logrado conseguir que te olvides, á pesar del tiempo que llevas ausente de ella, señal es de que no me amas tanto como dices.

—¡No digas eso, señor! Por tí yo lo sacrificaría todo: patria, creencias, afecciones... Pero es que todo lo sacrifico y sin embargo nada logro con ello. Si á mi lado estuvieras siempre, yo de nada me acordaría; pero de mí huyes, me abandonas, y en tu ausencia, la tristeza y la angustia me asaltan. ¡No te apartes nunca de mí, mi señor, y verás siempre á tu Zoraida dichosa!

Sonrió Pacheco, halagado por estas palabras, y acariciando á la hermosa joven, le dijo:

—Bien sabes que eso que ambicionas y que fuera también mi gusto, no puede ser. Los altos deberes de mi posición me lo impiden. Pero día llegará en que viva tranquilo y entonces viviré para tí sola; mientras tanto, quiero verte feliz, feliz siempre...

—Ahora lo soy porque tú estás conmigo,—replicó ella.

—Pues siempre has de serlo, porque tal es mi voluntad.

—No volverás á ver lágrimas en mis ojos, ya que eso te contraría, te lo juro.

Y postrándose Zoraida á los piés del caballero, le besó las manos.

***

Requirió Zoraida la guzla, como disponiéndose á cantar de nuevo; pero el de Villena la contuvo con un ademán.

—Para agasajarte voy á entonar una de las canciones de amor que tanto te gustan,—dijo ella.

—Espacio me falta para recrearme oyéndote,—la interrumpió él,—y no vengo hoy á tí en busca de distracción, sino en demanda de consejo.

—¿Qué deseas?

—Que los peligros y ventajas de un asunto para mí muy importante me pronostiques.

—Pronta estoy á complacerte.

—El viejo judío, maestro en las artes de la nigromancia, á quien te confié cuando niña, enseñóte los secretos de su ciencia prodigiosa, y desde que él murió, á ti acudo cuando deseo penetrar y conocer los arcanos del porvenir; eres mi Sibila; hoy necesito de los prodigiosos auxilios de tu ciencia.

Zoraida levantóse diciendo:

—Sígueme, pues. Vayamos á la que fué morada de mi sabio y ya difunto maestro; invocaré la ayuda de su espíritu, para mejor servirte, y quedarás complacido.

Salieron por otra puertecilla, distinta de aquella por la que Pacheco había entrado, anduvieron el corredor correspondiente á la parte posterior del edificio, y llegaron á una tercera torre.

El recinto de ésta hallábase dividido en dos compartimentos.

El uno era el dormitorio de Zoraida y el otro el de Alí.

Sin detenerse allí salieron á otro corredor, y llegaron, por fin, á la cuarta torre.

El recinto de ésta era sencillamente el laboratorio de un alquimista de aquella época.

En él veíanse hornillos, retortas, alambiques, y una infinidad de objetos fantásticamente raros.

En un ángulo, un inmenso cuervo disecado extendía sus negras alas.

Zoraida envolvióse en una negra hopalanda para resguardar su rico traje, y encendió un hornillo, sobre el cual puso una retorta.

Cerró todas las ventanas, cubriéndolas luego con espesas colgaduras negras, para que por las rendijas no entrase ni un rayo de luz, de modo que el laboratorio quedó iluminado sólo por los rojizos resplandores del hornillo.

—¿Qué deseas saber, mi señor?—preguntó entonces.

D. Juan habíase sentado en un viejo sitial.

Permaneció un instante silencioso y luego dijo:

—Se trata de estorbar unos amores, que son un peligro para mis intereses. ¿Qué debo hacer para estorbarlos?

De un armario sacó Zoraida varias redomas, parte de cuyo contenido vació en la retorta puesta al fuego; luego, cogiendo una varita, trazó con ella varios círculos y signos en el aire, sobre la retorta, mientras pronunciaba con voz gutural algunas palabras extrañas, incomprensibles.

Eran fórmulas é invocaciones cabalísticas.

*
* *

Transcurrieron unos instantes.

De la retorta comenzó á elevarse una columna de humo espeso, negruzco...

Zoraida vertió en ella el contenido de otra redoma y aquel humo nauseabundo convirtióse en nube de cristalino y diáfano vapor, que el rojizo resplandor del hornillo matizaba con irisados reflejos.

—El nombre de la dama cuyos amores quieres impedir,—dijo Zoraida con tono imperativo y breve.

—Isabel,—respondió Pacheco.

Volvió la joven á sus fórmulas y evocaciones.

El de Villena pudo ver cómo la masa de vapores que

flotaba sobre la retorta, adquiría una configuración semejante al contorno de un cuerpo de mujer.

—Ya está,—dijo Zoraida, apagando el hornillo, descorriendo las cortinas y abriendo las ventanas.

Luego, volviéndose á D. Juan que, pálido y tembloroso la miraba ansiosamente, díjole:

—Busca el auxilio de una mujer que odie á aquella cuyos amores quieres estorbar, y vencerás en tu empresa.

—Seguiré tu consejo,—respondió el de Villena.

Y besando á la joven en la frente, se alejó presuroso.

Al quedarse sola, Zoraida lanzó una carcajada y su hermoso rostro transformóse, adquiriendo una fiera y amenazadora expresión de odio.

—¡Imbécil!—murmuró despreciativamente.—Sigue en todo mis consejos, y tú mismo labrarás tu perdición, realizando mi venganza.

Despojóse de la hopalanda negra con que se había cubierto, tiró desdeñosamente al suelo la varilla que tenía en la mano y volvió á su camarín.





CAPÍTULO VIII

El idiota.



ON Juan bajó á su cámara más preocupado aún que de ella había salido.

—¡Una mujer que odie á la infanta! —decíase, recordando el consejo de Zoraida.—¿Quién? Tengo para mí que es amada por cuantos la conocen y su modestia la pone á cubierto hasta de las envidias femeniles. ¿Quién ha de odiar á la que no hace ostentación ni aun de su hermosura?

Acababa de cerrar la puerta secreta que ponía en comunicación su estancia con las torres, haciendo jugar el resorte que movía el armario que la ocultaba, cuando lanzó una exclamación de asombro y llevó la diestra á su daga, viendo un hombre sentado en el sillón que había tras la mesa cubierta con rico y blasonado tapete, sobre la que descollaba una monumental y artística escribanía de plata.

¡Un hombre allí sin su permiso!

A su exclamación y á su movimiento respondió una risa irónica, estridente.

Aquella risa tranquilizó á Pacheco, conociendo por ella al atrevido.

—¡Tarsio!—exclamó:—¿Eres tú?

Y agregó con cierta dulzura:

—Vete; necesito estar solo.

El otro volvió á reir, sin moverse de su asiento.

—¿No me has oido?—insistió el de Villena.

La misma inmovilidad y otra risita más sardónica aún que las anteriores.

El caballero se enojó.

—¡Necio!—dijo, acercándose amenazadoramente á la mesa.—¿De qué te ríes?

Tarsio saltó de su asiento y fué á refugiarse en un ángulo de la cámara, contestando con voz chillona:

—Me río de tí.

Era un hombrecillo pequeño, raquítico, de edad indefinible.

Su rostro, horriblemente feo, carecía en absoluto de expresión; era uno de esos rostros que reflejan la imbecilidad.

—¡De mí!—repuso Pacheco.—¡Te ríes de mi y tienes la audacia de confesármelo!

Y avanzó de nuevo hacia él en actitud poco tranquilizadora.

Antes de llegar á él detúvose y murmuró encogiéndose de hombros:

—¡Quién hace caso de un idiota!

Como si de pronto le asaltara una idea, añadió:

—Acércate, Tarsio, y no temas. Dime con franqueza por qué de mí te ríes.

El extraño personaje con quien hablaba permaneció agazapado en un rincón.

—Acércate,—repitió Pacheco.

Entonces el otro respondióle:

—No me fío. Cuando tú dices á uno «no me temas», es cuando más hay que temerte.

El de Villena se echó á reir, diciendo:

—¿Sabes que después de todo tienes gracia en tu misma imbecilidad?

* * *

Era Tarsio un pobre idiota, hijo de un antiguo servidor del marqués, á quien éste, por compasión, tenía recogido en su palacio.

Su falta de razón, completamente inofensiva, le hacía gozar de ciertos privilegios: entre otros, andar libremente por todo el recinto del palacio, entrando á todas horas en las habitaciones de su señor, y tratar á éste con una confianza con que no le trataban ni sus más íntimos amigos.

Su falta de cordura le autorizaba para todo y Pacheco mismo divertíase algunas veces, cuando estaba de buen humor, en hablar con él para reirse de sus majaderías.

A parte de esto, D. Juan tenía para con él consideraciones y complacencias que nadie sabía explicarse.

Parecía que le mirara hasta con cierto temor.

Prescindió el de Villena del idiota y púsose á pasearse por la cámara, abismado en sus reflexiones.

Salió Tarsio del rincón donde se había agazapado, y, acercándose á su señor, púsosele delante y mirándole fijamente con sus ojillos pequeños y hundidos, díjole:

—¿Qué maldad meditas? A mí puedes decírmelo sin temor; no he de comprometerte. Aunque tus palabras repita, ¿quién ha de hacer caso de ellas?

Indignado Pacheco, levantó la mano para castigar al atrevido.

El idiota no se movió, como si lo desafiara.

Echándose á reir, añadió:

—¿Ves como eres un malvado? Ordenas á tus gentes que me tengan compasión, que no me maltraten, habiendo en cuenta lo que soy, y pretendes pegarme cuando á invitación tuya digo lo que pienso. Como estás acostumbrado á que todos te engañen, la mentira te halaga y la verdad te ofende. Pues sabe que no hay quien no piense de tí lo que yo digo, aunque lo oculten. Tú sabrás por qué lo piensan.

Y rió de nuevo.

—¡Vete! ¡Déjame en paz!—replicó furioso el marqués.

Y le volvió la espalda, reanudando sus paseos.

Tarsio fué á esconderse tras el tapiz que cubria la puerta de entrada y desde allí espió á su señor, sin que éste le viera.

Al mirar al caballero, los ojillos del idiota brillaban.

* * *

Creyéndose solo, D. Juan entregóse á sus reflexiones, formulando sus razonamientos en voz alta, imprudencia que tenía por costumbre, cuando la preocupación le dominaba.

—¿Quién es la mujer que puede odiar á la infanta?—preguntábase.—Necesito descubrirlo para seguir el consejo de Zoraida. D.ª Isabel no ha tenido amores hasta ahora; luego no puede haber dama alguna que de ella esté celosa. Hay que buscar los motivos de odio en otro sentimiento distinto del amor. ¡En la envidia!... No; su modestia la pone á salvo de ella. ¡En el interés! ¿Qué mujer hay cuyos intereses sean encontrados á los de la infanta?

Dióse de pronto una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ya lo sé! ¡La *Beltraneja*! Si no lo son, lo serán en

cuanto D. Enrique, obedeciendo nuestras imposiciones, nombre á Isabel heredera del trono. Entonces la princesa D.ª Juana, viéndose despojada de los derechos á la corona del que pasa por su padre, odiará á la que se los usurpa. Esto es claro y evidente: luego con la *Beltraneja* es con la que debo aliarme para impedir esos malhadados amores, según el consejo de Zoraida.

La satisfacción resplandecía en el rostro de Pacheco.

Creía haber encontrado lo que necesitaba.

—Pero no es con la princesa doña Juana con la que debo aliarme,—prosiguió tras una pausa,—sino con su madre. Ella no es nada, mientras que la reina lo es todo. La esposa de D. Enrique será la que más empeño tenga en defender los derechos de su hija. Además, nunca fué muy devota de Isabel por las diferencias de carácter y costumbres que entre las dos existen... Proclamar don Enrique heredera del trono á su hermana, será reconocer públicamente la deshonra de su esposa, y ésta por conseguir su venganza y su rehabilitación, será capaz de todo. ¿Cómo entenderme con ella? He aquí lo difícil, porque doña Juana me conoce, siempre hemos sido enemigos y tiene motivos fundados para recelar de mí.

* * *

Sentóse el de Villena en el sillón ocupado antes por Tarsio, para proseguir más cómodamente sus razonamientos, y continuó diciéndose:

—Necesito hacerme con un arma que obligue á la reina á ceder á todos mis deseos. Si de otra mujer se tratara, me bastarían las pruebas que guardo de sus ilícitos amores con D. Beltrán de la Cueva, padre de su hija; pero perdida por completo su dignidad, ¿qué le importa á ella que yo la amenace con repetir una vez más lo que ya todo

el mundo sabe y comenta, lo que no hay quien dude? Se reirá de mí si con tan frágil arma intento atemorizarla.

Quedóse silencioso, hasta que al fin dijo:

—¡Si yo lograse averiguar quién ha sido el causante de la muerte de D. Alfonso!... ¿Habrá tenido en ella participación la reina D.ª Juana? ¡Quién sabe! ¿Por qué no? D. Alfonso era el que le disputaba el trono á su hija... Si en el envenenamiento hubiera tenido parte y yo lo averiguara, sería un buen medio para hacerla transigir en todo...

Tras algunos momentos más de reflexión y silencio, agregó:

—Es el camino que debo seguir para el logro de mis deseos, puesto que no se me presenta otro más despejado. Lo primero es convencerme de si mis sospechas son ciertas, y para ello... ¿Podrán reconocer la ventera y el villano al enmascarado caballero que hizo entrega del pastel de truchas? Tal vez. Probémoslo.

Levantóse y acercándose á la puerta exclamó:

—¡Hola!

Vió entonces al idiota escondido tras el tapiz y díjole encolerizado:

—¿Aún aquí?

Tarsio se alejó corriendo.

Presentóse un paje.

—Ordena á mi escudero que se me presente,—le dijo el de Villena.

Poco después Gastón entraba en la cámara.

—Acércate,—le ordenó su señor.

Y cuando lo tuvo cerca, le dijo muy por lo bajo:

—Según dijiste, el villano y la ventera se hallan á mi disposición en lugar seguro.

—Sí señor,—asintió el escudero.

—Pues bien; cuando la noche cierre, condúcelos aquí y hazles entrar sin que nadie lo vea.

—Sus órdenes serán cumplidas.

—Nada más. Retírate.

Salió el escudero y D. Juan quedóse pensando:

—¡Famosa combinación, por vida mía, si logro mis deseos! Reconciliado con D. Enrique, volveré á gozar de su privanza; proclamada D.ª Isabel por mi iniciativa heredera del trono, me estará agradecida; y aliado en secreto con la reina doña Juana, será un instrumento de mis designios. ¡La estrella de mi fortuna brillará con más esplendor que nunca!





CAPÍTULO IX

ODIO AFRICANO



CABABA Zoraida de regresar á su camarín desde la torre del nigromántico, cuando Alí se presentó á ella.

El mancebo cogió las manos de la joven, que estrechó entre las suyas, y preguntó ansioso:

—¿A qué venía el malvado, hermana?

—A que le predijese el porvenir,—respondió ella despreciativamente.—La superstición es lo único que atemoriza el alma de ese hombre en quien no encuentra eco la piedad. Se propone estorbar los amores de una mujer y venía á pedirme consejo para realizar su deseo. Se trata, sin duda, de alguna nueva víctima infeliz de sus infamias.

—¿Te ha dicho quién es?

—Me ha dicho su nombre.

—¿Cómo se llama?

—Isabel.

— No consigo adivinar quién sea.

—Yo tampoco.

—Y tú ¿qué le has aconsejado?

—Una vulgaridad cualquiera para contentarle. Después de una escena ridícula en la que le he hecho creer que evocaba los espíritus, héle aconsejado que procure y solicite la alianza de otra mujer que odie á aquella cuyos amores se propone estorbar. Me sorprendió desprevenida y no supe qué decirle. ¡Y el muy necio me creyó! ¡Y segura estoy de que el mentecato seguirá al pié de la letra mi consejo!... ¡Imbécil! Mentira parece que hombre tal se deje convencer por mis patrañas. ¡Cómo se burlarían de él los que su crueldad temen, si subyugado lo vieran á mi ciencia supuesta y misteriosa!

Rióse con burlona ironía y añadió:

—¡El miserable tiene todas las debilidades y flaquezas de las almas mezquinas! ¡Invoca constantemente con sus blasfemos labios el nombre de un Dios en el que cree y jura ser el verdadero, y después lo ofende solicitando en sus dudas el auxilio de los espíritus infernales! Bien hace, porque si ese Dios existe y es justo y es bueno como los cristianos aseguran, no podría proteger y autorizar sus maldades.

Dejóse caer Zoraida en los cojines en que antes estuvo recostada, y murmuró con reconcentrado acento:

—Saber quisiera cual es la nueva víctima de nuestro tirano, para prevenirla, para salvarla, para destruir los inícuos planes del hombre á quien aborrecemos y cuya perdición buscamos. ¡Oh!... ¡Cómo me gozaría en su contrariedad, en su cólera, en su desesperación! ¡Placer de dioses son para mí los sufrimientos del malvado!

***

Miró Alí temeroso en torno suyo, y dijo inquieto:

—¡Silencio, hermana! ¡Si te escuchasen!... Sea la prudencia la protectora de nuestros planes.

—¡La prudencia!—replicó Zoraida, arrugando con nerviosa mano la rica tela de los cojines en que se recostaba.—¡Ya me canso de tenerla! Tentaciones siento á veces, cuando ante nuestro enemigo me hallo y caricias le prodigo para mejor engañarle y disfrazar con la máscara de un fingido afecto el odio que me inspira, de reirme de él, de escupirle al rostro y decirle: «¡Menguado! ¿A tal punto llega tu imbecilidad que no conoces que mi cariño es fingimiento? ¿Crees por ventura que pueda existir en el mundo un solo corazón que te ame? El amor se consigue con la indulgencia, no con la crueldad.»

—¡Desdichada de tí si tal hicieras!—exclamó Alí aterrado.

—Me mataría, ya lo sé; pero ¿qué me importa la muerte si moría escarneciéndole, apostrofándole, haciéndole sentir todo el peso de mi rencor, arrojándole al rostro todo el desprecio que me inspira?

Sonrió, y tranquilizándose repentinamente añadió con sombría calma:

—Pero no temas, hermano; sabré seguir fingiendo; sabré seguir engañando al que los dos aborrecemos; sabré seguir inspirándole confianza para sorprender todos sus secretos y mejor vengarnos de él. ¡No temas! Tu Zoraida cumplirá la promesa que te hizo de ayudarte á vengar la muerte de los nuestros. Cuando llegue la hora de herir, mi mano débil y delicada sabrá buscar su corazón, para hundir en él la daga que ha de poner término á su miserable vida. ¡Ay del malvado el día que nuestras represalias se cumplan!

Alí estrechó á su hermana en sus brazos, diciéndole orgulloso y conmovido:

—¡Eres digna descendiente de nuestra raza! ¡Alá te bendiga y el Profeta te otorgue el premio ofrecido á los que saben sacrificarlo todo para vengar la muerte de sus mayores!

Luego, con ternura infinita, comenzó á describirle el cuadro halagueño de un porvenir dichoso.

—Una vez vengados, -decíale,—cumplido nuestro deber, volveremos á Africa, á nuestra patria querida, y allí, sobre las ruinas del aduar paterno, reedificaremos nuestro retiro, para vivir en paz y en calma, protegidos por la venerada memoria de nuestros padres vengados. Nuestros hermanos admirarán nuestra venganza, nos tendrán por héroes y el amor y la gloria nos ofrecerán sus dones... ¡Valor y esperanza, hermana! ¡La dicha nos espera en premio al cumplimiento de nuestro deber!

Y así por el estilo siguió hablando, hasta conseguir que el rostro de Zoraida se iluminase con una sonrisa de felicidad, y sus ojos, abrillantados antes por el odio, se humedeciesen con lágrimas de ternura.

Hablando de su patria querida, los dos hermanos reían y lloraban.

* * *

Un penetrante y agudo silbido interrumpió el fraternal coloquio.

—Es Tarsio, nuestro aliado, nuestro amigo,—dijo Alí. —Algo importante tendrá que comunicarnos cuando señal hace de que necesita vernos.

Y salió presuroso de la cámara.

A más de la entrada secreta, por donde había subido Pacheco, las torres tenían otra entrada conocida por todo el mundo, cuyas llaves guardaba Alí.

Este abrió aquella entrada para que por ella penetrase en las torres el idiota.

Tarsio acababa de salir de la cámara de D. Juan, después de haber oído las reflexiones de su señor, y su rostro estaba transfigurado.

Las sombras de la idiotez, qué antes lo cubrian como

un velo, habían desaparecido, dejando lugar á una maliciosa expresión de refinada astucia.

—Entra,—le dijo Alí, cogiéndole de la mano.

Y después de cerrar otra vez la puerta, condújole al camarín de Zoraida.

La joven salió al encuentro del idiota preguntándole:

—¿Qué ocurre, Tarsio amigo? Anuncio es para nosotros tu visita de algún suceso importante. Habla, que ansiosos te escuchamos, pues que por tí sabemos siempre los planes del malvado. Gracias á tu fingida imbecilidad le espías sin peligro y descubres sus secretos y sus planes, y así, advertidos por tí, cuando á demandar mis consejos viene, yo, aparentando adivinar sus intenciones con los recursos prodigiosos de las ciencias ocultas, le inclino á hacer aquello que más puede perjudicarle y comprometerle. De esta manera él mismo labra su perdición y nosotros realizamos nuestra venganza.

En vez de responder á las palabras de la joven, Tarsio interrogó á su vez:

—¿A qué vino D. Juan en tu busca poco hace?

—A consultarme los medios de estorbar unos amores,—contestó Zoraida.

—Lo supuse. Su secreto he descubierto demasiado tarde. Pero no importa. Seguramente él volverá á consultarte sobre tal asunto.

—Sin duda.

—Pues cuando el caso llegue, oye de lo que se trata para que estés advertida.

Los dos hermanos prestaron toda su atención.

—La dama cuyos amores quiere Pacheco estorbar,—dijo el idiota,—es la infanta doña Isabel.

—¿La hermana del rey D. Enrique?—exclamaron los dos hermanos.

—La misma.

—¿Y con qué objeto?

—Ocurren sucesos extraordinarios que vosotros ignoráis. El infante D. Alfonso, que disputaba la corona á D. Enrique, ha muerto envenenado.

—¿Por quién?

—Se ignora.

—¿Por Isabel, quizá?

—¡Oh, no! Modelo de todas las virtudes, la infanta Isabel es incapaz del crimen.

—La ambición ciega.

—Isabel no es ambiciosa, puesto que ha rechazado el ofrecimiento que le han hecho los nobles de la liga de defender en ella los derechos que defendían en D. Alfonso.

—¡Generoso desinterés! Sigue.

—Por consejo de Isabel misma, los partidarios de don Alfonso se reconciliarán con D. Enrique reconociéndolo por rey y deponiendo las armas; pero con la condición de que desherede á su hija, la *Beltraneja,* proclamando en su lugar á Isabel, como heredera del trono. D. Juan, como autor de todos estos manejos, se congracía con la infanta, haciéndose acreedor á su gratitud, y vuelve á su antigua privanza con D. Enrique.

—Astuto es el miserable.

—Nada aguza tanto el ingenio de los malvados como la ambición. Pero he aquí que á todo esto, un príncipe excelso, el heredero de las coronas de Aragón y de Navarra, y actual rey de Sicilia, solicita la mano de D.ª Isabel.

—¿D. Fernando?

—El mismo. Pacheco, cuyos bienes fueron casi todos usurpados á la corona de Aragón, teme que si D. Fernando viene á Castilla, le reclame y retire los feudos de que goza. ¿Comprendéis ahora por qué está interesado en estorbar esos amores? Pero no acaban aquí sus intrigas. Según he deducido de sus palabras mismas, tú le has

aconsejado que busque la alianza de una mujer que á doña Isabel odie, para realizar mejor sus deseos.

—Ciertamente.

—Pues bien: él, siguiendo tus consejos, ha decidido aliarse...

—¿Con quién?

—Con la reina doña Juana.

—¿La esposa de D. Enrique?

—Sí. Es la que mayores motivos de odio tiene contra la infanta, puesto que por ella pierde su hija sus derechos al trono. Si como es de esperar, D.ª Juana levanta bandera por la *Beltraneja* al verla desheredada, y la victoria se pone de su parte, Pacheco, aliado suyo, sacará también provecho de su triunfo. Y hé aquí como, á impulsos del interés, D. Juan con todos se congracía y á todos traiciona, para en el momento que le convenga, declararse por el vencedor. Estos son los hechos: ahora, vosotros decidid lo que más perjudicial pueda ser para nuestro enemigo.

* * *

Quedáronse los tres silenciosos, hasta que tras breve pausa Zoraida dijo:

—Puesto que la perdición del malvado deseamos, para conseguirla no hay medio mejor que dejarle seguir sus propios impulsos. Nadie le aconsejaría mayores infamias que las que le aconsejarán su ambición, su maldad y su codicia. Que con todos se comprometa y á todos los traicione; que se encierre él mismo en la red de sus propias intrigas; y cuando tan prendido se halle en ella que no pueda romperla ni salir, entonces, con denunciarlo á todos, por todos se verá abandonado y quedará vencido.

Tarsio y Alí contemplaron con admiración y asombro á Zoraida.

Acataban la superioridad de su ingenio y reconocíanse incapaces de concebir tan sutiles planes.

Ella sonrió halagada en su orgullo por aquella admiración, y añadió:

—Constancia y fe, que el día de nuestra venganza se avecina. Tú, Tarsio, á vigilar; nosotros, á acechar en la sombra nuestra presa. ¡Alá es justo y nos protege en nuestra obra!

Volvieron á callar.

Alí rompió el silencio para decir al idiota:

—Nunca nos has confiado los motivos de odio que tienes para con Pacheco.

—Como vosotros nunca me habéis dicho tampoco por qué le oborrecéis,—respondió Tarsio.—Adiviné vuestro rencor, os confié el mío y nos aliamos para trabajar juntos en nuestra venganza; pero nada más.

—Pues habla, dinos tus resentimientos para con el malvado, que en el punto á que llegado habemos, la confianza debe reinar entre nosotros. Después mi hermana y yo te confiaremos también las ofensas que ambicionamos vengar.

—Me place tu propuesta.

—¿Temor abrigas de que el tirano nos sorprenda?

—No. Entretenido está en sus maquinaciones.

—Entonces aprovechemos la ocasión.

—Oid.





CAPÍTULO X

Dos historias



ARSIO refirió una historia sencilla, muy sencilla: la historia de una de las infamias más comunes en muchos de los grandes señores de aquella época, quienes, como resabio de la tiranía feudal, creíanse con derecho á disponer á su antojo hasta de la honra de sus inferiores.

El padre de Tarsio era uno de los más fieles servidores de Pacheco. Se casó con una hermosa doncella y continuó al servicio de D. Juan.

Este era por aquel entonces un joven libertino, cuyas aventuras de amor escandalizaban á cuantos de ellas tenían noticia.

Alguien advirtió al fiel servidor:

—Pues que tienes mujer hermosa y joven, guárdala del señor á quien sirves.

El no hizo caso de estas advertencias.

Creía en la nobleza del marqués y pensaba:

—¿Cómo él que es tan rico y poderoso y que puede satisfacer todos sus caprichos y deseos, ha de ambicionar mi esposa, que es mi único tesoro? Damas nobles y hermosas sobrarán que le regalen con su amor.

Se equivocó el infeliz.

Pacheco vió á la esposa de su sirviente, se prendó de su hermosura y se propuso gozar de ella.

Aquello para él no tenía importancia, lo consideraba casi un derecho.

Formuló sus pretensiones y fueron rechazadas.

María, que así se llamaba la víctima, á más de bella era honrada y las ofertas deslumbradoras de su señor no lograron seducirla y quebrantar su virtud.

La resistencia de la víctima encendió aún más la pasión del verdugo.

* * *

No conoció Pacheco á María á raiz de su matrimonio, sino mucho tiempo después y cuando la fiel esposa, para complemento de su dicha, tenía ya un hijo de ocho años: Tarsio.

Exasperado D. Juan por la oposición que encontraba á sus deseos, decidió apelar á la fuerza para satisfacerlos.

Una noche, María fué robada por dos hombres y llevada desde su modesto hogar al lujoso palacio de su señor.

Sólo permaneció en la morada de éste algunas horas; pero cuando á la mañana siguiente salió de ella, arrojada como un perro, sin una satisfacción, sin una disculpa, la infeliz salía sin honra.

Loca, desesperada, llamó á su esposo y confióle su desgracia.

—¡Véngame y véngate!—decíale, fuera de sí.—¿Qué nos importa la muerte? Vale más morir que continuar viviendo deshonrados; pero venguémonos antes.

Fué tal la impresión producida en el pobre marido por su deshonra, que al oir la confesión de ella cayó al suelo como herido por un rayo y murió casi repentinamente.

La desesperación de María llegó entonces al delirio.

Corrió á su casa, estrechó en sus brazos á su pequeño hijo, y á pesar de sus pocos años refirióle todo lo ocurrido.

Tarsio era inteligente y no le costó gran esfuerzo conseguir que la entendiera, á pesar de su corta edad.

Si bien el pobre niño no comprendió la infamia en todos sus detalles, fijóse en su mente la idea de que por Pacheco había muerto su padre y por Pacheco era su madre desgraciada; después, á medida que crecía, fué dándose más exacta cuenta de todo.

—Yo no puedo vivir sin honra,—díjole su madre.—Mucho te amo, pero por vergüenza renuncio á todo, hasta á tí. Tú seguirás viviendo, porque tienes una misión sagrada que cumplir: la de vengar á tus padres. ¡Júrame que nos vengarás, hijo mío!

Y Tarsio, sin comprender casi el valor de sus palabras, con voz temblorosa formuló el terrible juramento que su madre le exigía.

A la mañana siguiente, María fué encontrada ahorcada en su mísera vivienda.

Su pobre hijo lloraba arrodillado ante su cadáver.

Los dos esposos fueron enterrados juntos, sin sospechar nadie el dramático misterio de su muerte, y Tarsio quedó solo, sin amparo.

Desde entonces viósele vagar casi desnudo por calles y plazas, demandando caridad.

No reveló nunca á nadie lo que su madre le había confiado, y si alguien le preguntaba la causa de la muerte de los que le habían dado el ser, callaba.

* * *

En la mente del pobre niño aferróse la idea del juramento prestado á su madre, y se propuso cumplirlo.

A medida que crecía iba comprendiendo mejor las cosas y el odio á Pacheco germinaba en él.

Sus pensamientos y sus desgracias hiciéronle retraido, reservado, huraño; no hablaba con nadie y no reía nunca.

¡Qué triste es no ver jamás la sonrisa en unos labios infantiles!

La gente, no comprendiendo el motivo de aquella extraña preocupación, dió en suponer que Tarsio era idiota.

El no se tomó la molestia de destruir tal suposición.

¿Qué le importaba?

Despreciaba á la gente y vivía sólo para su venganza.

Muchas veces, con la fiebre del hambre soñaba que hundía un puñal en el corazón de Pacheco, y entonces, sólo entonces sonreía; pero su sonrisa daba miedo.

Afortunadamente para él, nadie le vió nunca sonreir de aquel modo.

Así fué pasando el tiempo y Tarsio llegó á tener quince años.

Su existencia era miserable.

Alimentábase de sobras inmundas que despreciarían los perros y dormía al descubierto, en el campo.

Un día la casualidad hizo que encontrase á Pacheco.

El no le conocía, pero alguien le dijo:

—Ese fué el señor de tu padre; pídele su protección y acaso te la conceda.

Entonces él acercósele, no en demanda de ayuda, sino á impulsos de su odio.

Pacheco le miró con extrañeza.

—¿Quién es este infeliz?—preguntó á los que le rodeaban.

—Un pobre idiota, hijo de uno de vuestros antiguos servidores,—respondiéronle.

Y le dijeron quién era y cómo vivía.

D. Juan debió sentir algo parecido al remordimiento; en aquel instante debió acudir á su memoria el recuerdo de su infamia: la deshonra de María y su suicidio, la muerte de su fiel servidor...

Con generosidad que sorprendió á todos, por lo extraña en él, dijo:

—En recuerdo de los buenos servicios del padre, tomo bajo mi amparo al hijo.

Y lo llevó á su palacio y ordenó á todos sus servidores que le tratasen con la consideración é indulgencia que su estado requería.

La astucia se despertó entonces en Tarsio.

Comprendió que su supuesta idiotez podía ser un arma para su venganza y se fingió imbécil, como si realmente lo fuera.

—Frente á frente yo no puedo nada contra este hombre,—pensaba.—Matarle es poco para castigar su maldad, y como es tan poderoso, para perderle necesito apoderarme de sus secretos sin que recele mis intenciones.

Y supo desempeñar tan perfectamente su papel, que llegó á ocupar junto al de Villena la posición que hemos visto.

Encubría su odio tras su fingida imbecilidad y aguardaba el momento del desquite.

Pacheco era con él indulgente y hasta cariñoso y en ocasiones mirábale con temor, pensando:

—¡Si su inteligencia no estuviese obscurecida por las sombras de su idiotez y llegase á descubrir lo que yo hice!

Esto mismo era causa de que redoblase con él sus atenciones y complacencias, hasta el punto de que todos admiraban su generosidad para aquel desgraciado.

Siempre alerta y siempre vigilante, Tarsio descubrió

el odio de Zoraida y Alí hacia Pacheco, y se alió con ellos, como hemos visto, para mejor realizar su venganza.

* * *

Calló Tarsio, después de referir lo que consignado queda, y los dos hermanos estrecháronle la mano, compadecidos de él.

Cumpliendo lo prometido, Alí refirió entonces los motivos de odio que su hermana y él tenían para con el que llamaban su señor.

Hubo un tiempo en que Pacheco, rindiendo culto al espíritu aventurero de la época, entró en deseos de realizar atrevidas empresas que acrecentaran su fama.

Seguíanle en su empeño otros nobles tan osados como él, y juntos llevaban á cabo hazañas, que si no gloriosas, demostraban, al menos, la temeridad de su valor.

Como lo de internarse en tierra de moros para cortar cabezas que clavar en sus picas y entrar con ellas triunfalmente en las ciudades, era cosa que hacían muchos, D. Juan quiso acometer algo tan extraordinario que nadie lo hubiera hecho hasta entonces ni fuese fácil de imitar: y, obedeciendo los consejos de su orgullo, fletó un bajel y desde las costas andaluzas trasladóse en él con algunos de sus hombres, á tierra africana.

Aquello era ir á buscar al enemigo en su propia casa, sin tener para la fuga el amparo de aliados ni amigos. En Africa no había más que moros.

Una noche D. Juan desembarcó con su gente en Africa, y al amparo de la obscuridad cayó sobre una solitaria morada.

La matanza fué horrorosa.

Sorprendidos en lo mejor de su sueño, fueron asesinados todos los moradores del aislado aduar, y éste entre-

gado á las llamas cuando ya no hubo en su recinto cuerpo humano con vida en el que clavar las dagas.

La hazaña, más que de valientes guerreros, fué propia de feroces criminales.

Alejábanse ya, satisfechos de su poco glorioso triunfo, cuando D. Juan oyó salir de entre los humeantes escombros del incendiado aduar, sollozos y gemidos infantiles. Ordenó un registro, y sus hombres dieron en él con dos hermosos niños, salvados milagrosamente de la matanza y del incendio.

Eran Alí y Zoraida.

Contaban apenas seis años él y cinco ella, y miraban con ojos espantados á aquellos hombres vestidos de distinto modo que los que estaban acostumbrados á ver.

—¡Mueran también!—gritaron los hombres de Pacheco, dignos secuaces, por su ferocidad, del que los mandaba.

Y ya levantábanse sobre las hermosas é infantiles cabezas, las aceradas dagas, cuando el de Villena, rindiéndose á la piedad, ú obedeciendo tal vez únicamente un capricho repentino, exclamó:

—¡Que vivan!

Y llevó á los dos huérfanos á su bajel y los condujo á España, como trofeo de su victoria.

La aventura dió mucho que hablar y reprocháronsela á Pacheco, más como un acto de ferocidad injusta é inútil, que como una hazaña gloriosa.

* * *

No sabiendo D. Juan qué hacer de los dos muchachos, los confió al cuidado del viejo judío, que en una de las torres de su palacio, entregábase á las artes ocultas de la nigromancia, siendo su consultor y consejero.

Junto al nigromántico crecieron Alí y Zoraida, sin conservar más que un recuerdo muy vago de su niñez, y creyendo á Pacheco un protector generoso, al que amaban.

El viejo judío les mantuvo en su ignorancia y respetó sus creencias. El no profesaba ningunas, á pesar de hallarse afiliado á la religión judáica, y era partidario de que cada cual adorase al Dios que mejor le pareciese.

Tuvo por caso de conciencia que los niños perseverasen en la fé de sus mayores.

Cuando el de Villena iba á visitar al nigromántico en su torre, admiraba la hermosura de los dos niños, halagábale que le acariciasen y así poco á poco fuese aficionando á ellos, y especialmente á Zoraida, á la que llegó á querer como á una hija.

Entonces asaltóle el temor de que sus protegidos supiesen que él había sido el causante de sus desdichas, porque si tal supiesen le odiarían, y para su corazón duro y seco llegó á ser una necesidad el cariño de los huérfanos.

Pasó el tiempo, y con los años llegaron á ser, Zoraida una hermosa joven y Alí un apuesto mancebo.

Nunca salían de las torres donde estaban encerrados, temeroso D. Juan de que alguien les revelara lo que á él le convenía que no supiesen.

Para que no sospechasen sus recelos, hacíales creer que les imponía tal retiro por respeto á sus creencias.

Puesto que seguían profesando la religión del Profeta, Zoraida no debía dejarse ver de nadie y ninguno mejor que su prōpio hermano para guardarla.

Como compensación á su aislamiento, rodeábalos de comodidades, colmábalos de regalos y con ello daba nuevos motivos á la gratitud que le profesaban.

* * *

Así las cosas, murió el viejo judío, y antes de morir llamó á los dos jóvenes y revelóles todo lo que ignoraban.

—De intento he aplazado esta revelación hasta ahora, —les dijo,—para que más odiéis á vuestro tirano. He hecho que le amárais, porque así el golpe que recibís abrirá más profunda huella en vuestros corazones. Nunca el odio es más terrible que cuando sustituye al cariño. Yo desprecio al hombre á quien tantas veces me habéis oido llamar señor; yo también tengo recibidas de él grandes ofensas que vengar y las vengaba buscando su perdición con mis consejos, que el imbécil creía revelaciones. Haced vosotros los mismo: os lo recomiendo. A los grandes y poderosos de la tierra no es posible atacarles de frente, porque aplastarían al que tal osara; hay que herirles á traición, por la espalda...

¿Cómo describir la dolorosa sorpresa de los dos hermanos?

¡El hombre á quien consideraban su protector era el asesino de sus padres!

Todos los feroces instintos propios de su raza se despertaron en ellos.

—¡Venganza!—exclamaron.

Y para su venganza vivieron desde entonces, procurando seguir en todo los consejos del viejo judío.

Ocultaron su odio y siguieron mostrándose á Pacheco cariñosos y agradecidos.

Un día que D. Juan lamentábase de haber perdido los consejos del nigromántico, Zoraida se prestó á sustituirle, asegurando que en el tiempo que vivió junto á él la había iniciado en los secretos de su ciencia maravillosa.

Desde entonces Zoraida fué la consultora del marqués y aconsejábale siempre aquello que más podía perjudicarle.

Después, con la ayuda de Tarsio, conocieron todos los

secretos de su enemigo y pudieron preparar mejor su perdición.

He aquí lo que refirió Alí.

Cuando éste hubo terminado su relato, Tarsio estrechó las manos de los dos jóvenes, como estos habían estrechado antes la suya, y los tres exclamaron á la vez:

—¡Venganza!

Luego separáronse por miedo de que D. Juan les sorprendiese.

La alianza de aquellos tres seres habíase afirmado con sus mútuas confidencias.





CAPÍTULO XI

La confesión de Violante



LLEGADO que hubo D. Manuel de Medina á su palacio, advirtiéronle de que su hija deseaba verle con urgencia, y el buen caballero encaminóse acto seguido á la cámara de la hermosa D.ª Violante.

También él ansiaba abrazar á la jóven, de la que teníanle más apartado que quisiera los manejos políticos en que se hallaba envuelto.

Aquella hija única era su encanto, su alegría y su orgullo y cifraba en ella halagüeñas esperanzas de un porvenir dichoso.

—Los brazos dame,—entró diciendo,—y perdón otorga á mi alejamiento que no obedece á impulsos del corazón, sino á imposiciones del deber.

Interrumpió su discurso y sorprendido quedóse, al ver á la que era encanto de su ancianidad, demudado el rostro, pálidas las mejillas, enrojecidos los ojos y con todas las trazas de un pesar profundo.

—¿Qué desgracia imprevista tu alteración me anuncia, mi hija amada?—añadió, tembloroso é inquieto.—A mis brazos ven y en ellos recobra la alegría y la calma.

Y avanzó hacia el sitial donde se sentaba, en actitud de estrecharla contra su corazón.

Antes que hacerlo pudiera, D.ª Violante se arrodilló á sus piés, y con voz que obscurecieron la amargura y la vergüenza, dijo:

—No está, padre, mi sitio en vuestros brazos, sino á vuestras plantas; ni es bien que vuestros venerables labios manchéis posándolos sobre mi frente impura.

—¿Qué dices?—gritó el de Medina, con toda la ansiedad de su desconfianza, excitada por las anteriores frases.

—¡Perdón!—gimió la doncella.

Y como su padre enfurecido levantase la mano para castigarla, D.ª Violante añadió humilde y sumisa:

—Matadme; lo merezco en castigo de mi culpa; pero antes oidme, pues vuestra honra exige que de mi ofensa toméis venganza, y para que hacerlo podais, es preciso que de la índole de mi ofensa tengais noticia. ¡Escuchad mi confesión, padre mío!

* * *

Suspendido el ánimo por el dolor y el asombro, don Manuel no acertó al pronto á contestar.

Su hija, aquella en cuyas virtudes creyó siempre, arrodillábase á sus pies pidiéndole indulgencia, y sus labios le hablaban de deshonra, á él, que por el honor había estado siempre pronto á sacrificar la vida.

Era ya anciano y sus energías insuficientes para sufrir tranquilo tan rudo golpe.

Doña Violante le vió palidecer y vacilar como si fuese á caer al suelo, y levantóse para acudir en su ayuda, gritando asustada:

—¡Padre mío!

El de Medina la contuvo con un ademán lleno de majestuosa arrogancia.

—¡No te acerques á mí!—exclamó, procurando dominarse.—¡No me toques! Tú misma te has confesado espontáneamente indigna de ello. No porque anciano y débil me veas has de suponerme capaz de transigir con la deshonra, deponiendo mi dignidad á las flaquezas del cariño. Habla, explica las palabras con que mi corazón has herido de muerte, y cuando hablado hubieres, mi justicia te condenará ó absolverá, según merezcas. Tu confesión espero. Dí pronto por qué mis brazos no pueden estrecharte y por qué hay vergüenza en que mis labios besen tu frente.

Exaltándose por grados cogió á la jóven por los brazos y la zarandeó con fuerza, repitiendo amenazadoramente:

—¡Habla!

—No otra cosa deseo,—repuso D.ª Violante cayendo nuevamente de rodillas,—y no para otra cosa os he llamado. ¡Ahoga á mi corazón el secreto de mi culpa y quiero librarlo de tal suplicio!

—Pues principia, y ¡ay de tí si cuando culpable te reconoces y confiesas, de tu falta omites el menor detalle! ¡Será nuevo motivo y nueva causa para mi indignación y mi cólera!

* * *

Postrada de hinojos y con la frente baja, cual si la agobiase el peso de su culpa, doña Violante habló de esta manera:

—Un hombre, que de caballero blasona y por tal es tenido y respetado, aunque villano es por su proceder y sus sentimientos, me requirió de amores. Apuesto y astuo él y yo inocente, prendida quedé en la ingeniosa red

de sus mentiras, que tuve, necia, por pruebas inequívocas de una pasión sincera. Dueño le hice de mi albedrío y améle con todo el corazón, con toda el alma, como amar debe la que en el amor busca el complemento y la realización de sus ensueños y sus ilusiones.

—¡El nombre de tu amante!—exclamó D. Manuel.

—Lo sabréis luego, puesto que todo he de decíroslo; pero permitidme que ahora lo oculte, pues si lo supiérais paciencia os faltara para acabar de oirme, y es preciso que toda la magnitud de mi infortunio sepáis.

—¿Según eso es hombre indigno de tí?

—Es uno de vuestros mayores enemigos.

—¿Esto más? ¿Cómo poner osaste tus ojos en quien sabías que era por mí aborrecido?

—El amor no atiende á consideraciones y yo le amaba.

—Sigue.

Secó D.ª Violante las lágrimas que humedecían sus hermosos ojos, y continuó diciendo:

—No como reproche lo menciono, que fuera siempre falta de respeto en una hija juzgar la conducta de su padre, y más cuando á él confiesa sus errores; pero vuestro alejamiento de mí, padre mío, ofreció ocasión propicia á mis deslices. Libre de vuestra vigilancia, tiempo tuve y modo hallé, sin gran esfuerzo, para entenderme con mi atrevido galán, y las sombras de la noche fueron protectoras de nuestras entrevistas amorosas. Primero nos hablábamos á través de los hierros de una de las rejas de este palacio, que caen á la callejuela inmediata; después, adelantando él con su osadía el terreno que yo perdiendo iba con la natural flaqueza de mi mismo amor, las entrevistas tuvieron lugar en el recinto de esta morada. El cómo podéis facilmente imaginároslo. Nunca faltan, ni dueñas complacientes que por interés se conviertan en mediadoras de lo mismo que deben evitar, ni puertas escu-

sadas que á voluntad abra la llave mágica del oro. Mónica fué la dueña complaciente encargada de abrir todas las noches á hora convenida, una de esas puertas. Por ella entraba el galán, al amparo de las sombras, y por ella volvía á salir tras unas cuantas horas de amoroso delirio, desafiando imprudente la claridad acusadora de los primeros resplandores del día.

* * *

Con el rostro oculto entre las manos, D. Manuel devoraba en silencio la vergüenza y el dolor que le producían las confesiones de su hija.

¿Qué más necesitaba saber para alcanzar la magnitud de su desgracia?

A la vez sentía remordimiento; el remordimiento del punible abandono en que á la jóven tuvo, fiando más de lo que debiera en su inocencia y su virtud.

—Una noche,—prosiguió D.ª Violante,—Mónica aguardó inútilmente junto á la puerta que abría á impulsos de su condescendencia y mis regalos. El galán no vino. ¡Aquella noche supe por vez primera lo que es el sufrimiento! Este aumentó en noches sucesivas, porque el galán no volvió. Su olvido mantuvo cerrada aquella puerta que le franqueó mi amor. Así pasaron los días, las semanas y los meses, sufriendo yo las torturas todas de la desesperación y los celos. Al fin supe la causa de mi mal, que todo en el mundo llega á saberse, para castigo de traidores. La murmuración trajo á mis oidos los escandalosos ecos de una aventura amorosa. ¡Mi amante no volvía, porque cansado de mí, era esclavo del amor de otra mujer! Al saberlo despertóse en mi alma por primera vez el odio, y odié á mi afortunada rival... ¡Ah, con qué gusto habría pisoteado su corazón, que era causante de las desventuras del mío!

El caballero apartó las manos con que cubría su rostro, para contemplar á su hija con cierta admiración y hasta con cierta vanidad.

¡Veía revelarse en ella todo el indomable orgullo y todo el invencible valor de su noble estirpe!

—Esta mañana,—continuó la jóven,—fuí á orar con mi dueña á la iglesia próxima. Os hablo con sinceridad, padre mío. ¡Fuí á orar por él! ¡Aún le amaba! ¡Aún tenía la debilidad vergonzosa de sentirme capaz de perdonarle! Cuando de la iglesia salimos, en la plaza agolpábase numeroso gentío comentando la noticia de la muerte de don Alfonso. La curiosidad nos hizo detenernos un instante, y entre los grupos vimos un monje que con osadía incalificable celebraba la muerte de D. Alfonso y defendía los derechos al trono de la *Beltraneja*. Le reconocí á despecho de su disfraz; era él.

—¿Tu amante?

—Sí. Mi amor no extinguido me inspiró el deseo de hablarle, y le envié á Mónica para demandarle una entrevista. El temor de que le descubriera le hizo acceder. Se acercó á mí y hablamos. ¡Ah!... Repetiros no podría todas las infamias que de sus labios salieron. Se burló de mi amor y me aconsejó olvidarle como él me había olvidado. Ni una disculpa, ni una satisfacción, ni una promesa de reparar su falta. ¡Desprecio, indiferencia, burlas!...

—¡El miserable!—exclamó D. Manuel, sin poder contenerse.

—Repentinamente quedé de mi amor curada; os lo aseguro. Desde tal punto aquel hombre ya no me inspira otro sentimiento que odio, y hasta me avergüenzo de haberle amado. Aunque viniese á demandarme perdón, yo no lo perdonaría. ¡He visto tal cual es su alma mezquina, y me repugna! Aunque acordándose de que es caballero, cosa que tiene muy olvidada, me ofreciese su mano en

justa reparación de la honra que le sacrifiqué, rechazaría su oferta. ¡No quiero nada de él! ¡Sólo quiero vengarme!

***

Dominó la jóven la exaltación de que era presa, y dijo:

—Para preparar mi venganza ocurrióseme un ardid que puse en juego y que él, el imbécil, no supo comprender á pesar de toda su astucia: le invité á venir esta noche á hablar conmigo, por la misma reja por la que tanto hablamos en otro tiempo, con pretexto de devolverle y recibir de él, las prendas que los dos guardamos de nuestros extinguidos amores.

—¿Y vendrá?—preguntó ansiosamente el de Medina.

—Me lo prometió.

—No hay que fiar gran cosa en sus promesas.

—¡Vendrá! ¡El corazón me lo dice!

—¡Si viene!...

—¡Debéis vengarme, padre mío!

—¡Te vengaré!

—¡Oh, gracias! Para eso, sólo para eso os he confesado mi culpa. Castigadme, lo merezco, y sumisa acato desde ahora el castigo que vuestra justicia me imponga, aunque sea la muerte. ¡Pero castigadle también á él!

—¡Oh, sí!...

—¡Vengadme y vengaos del villano que me desprecia y de mí se burla, después de á vos y á mí habernos robado la honra! ¡La venganza lava las manchas del honor! ¡Acordáos de quien sois, y pensad que yo, pobre y débil mujer, no puedo tomarme la justicia por mi mano! ¡Venganza, padre mío, venganza!

—¡Basta!—exclamó D. Manuel, con imperativo acento. —¿Cuándo necesité que nadie me recordara mis deberes? ¡El nombre de tu seductor! ¡Pronto!

—Vendrá al toque de ánimas á la callejuela inmediata á este palacio.—dijo la joven, como si se complaciera en aumentar la cólera de su padre, para mejor disponerlo á la realización de sus deseos.

—¡Su nombre!—repitió el caballero fuera de sí.

Entonces D.ª Violante, segura del efecto que aquel nombre produciría, dijo:

—D. Pedro de Fonseca.

—¿El sobrino del Arzobispo de Sevilla?

—Sí.

—¿El defensor más entusiasta de los pretendidos derechos de la *Beltraneja*? ¿El aliado de los Mendozas?

—El mismo.

—Entonces, la mujer por cuyo amor te ha despreciado, es...

—La reina doña Juana.

—¡Ella!

—D. Pedro es el sustituto del favorito D. Beltrán de la Cueva.





CAPÍTULO XII

La justicia de un padre



IFÍCIL era traslucir en el semblante de don Manuel, los sentimientos que en aquellos instantes combatían su corazón.

Hosco, sombrío, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el tapiz que cubría el pavimento, parecía abstraido en profundas reflexiones, ageno á todo, hasta al dolor de su deshonra, que acababa de saber.

Sin embargo, su hija que permanecía arrodillada á sus plantas, vió asomar dos lágrimas á sus ojos.

Aquellas lágrimas llenaron de amargura el corazón de la joven.

Cuando un hombre como el señor de Medina lloraba, cuando un caballero de los más esforzados y valientes de aquellos tiempos, dejaba asomar el llanto á los ojos, cual si fuese una débil mujerzuela, ¡qué profundo y desgarrador debía ser su pesar!

—¡Padre mío!—gimió mejor que dijo doña Violante, rompiendo también en sollozos.

Entonces el pobre anciano no pudo más; depuso su orgullo, la fingida energía de que hacía alarde, y dando rienda suelta á su desesperación y dejando que sus lágrimas corriesen libremente, exclamó con conmovedor acento, en el que había más amargura que enojo:

—¡Violante, mi Violante! ¡Mi hija amada! ¿Qué has hecho? ¿Cómo así te has dejado robar el tesoro de mi honor, que yo menguado te confié? ¡Cielos! ¿Y es de mi hija, de la que es sangre de mi sangre y alma de mi alma, de la que sufro tal traición y recibo tal ofensa? ¿A dónde fueron el orgullo y las ilusiones que yo insensato en tí cifraba? ¡Todo desvanecióse y despareció en un momento! ¡Todo! Por tí, en quien creía hallar consuelo y apoyo para mi vejez, mis últimos días serán tristes y amargos; por tí, en quien con satisfacción contemplaba reunidas toda la nobleza y todas las virtudes de nuestros antepasados, mi honra se vé mancillada y mis canas escarnecidas... ¡Oh, Violante, Violante! ¿Qué te hice yo para que así pagues mis desvelos y mi cariño? Mis manos temblorosas, todavía tienen fuerzas para arrancar la vida al que á mi honor atente, y ni aun el consuelo de esta compensación me resta. ¡Quien mi honor ultraja eres tú... y eres mi hija! No puedo nada contra tí... ¡No puedo quitarte la vida que te dí yo mismo!

* * *

Entonces, sólo entonces comprendió la noble doncella todo el alcance y toda la gravedad de su desliz. El amor primero, los celos después y el odio por último, habíanle impedido antes hacerse cargo de ello.

El remordimiento torturó su alma y la vergüenza le hizo inclinar la frente, hasta tocar con ella el suelo, diciendo entre sollozos:

—¡Padre, mi padre querido!... ¡No de ese modo me

habléis! ¡Compasión! ¡Ved que con vuestras justas quejas destrozais mi alma, atormentada ya por el propio convencimiento de mi culpa! ¿Os parece que no es bastante castigo el dolor de haber ofendido á un padre tan bueno? ¡Por mí veo llenos de lágrimas vuestros ojos, que siempre me miraron con ternura! ¡Por mí sufrís!... ¡Padre, padre mío, matadme! ¡Lo merezco! Pero aunque mi culpa reconozco y me someto humilde á vuestra justicia, no de mi cariño y de mi respeto dudéis. ¡Eso no! Os ofendí, porque estaba loca, porque el amor de un hombre me trastornó el juicio... ¡Piedad, padre de mi alma, piedad! ¡Es vuestra hija, es vuestra Violante quien os la implora... y nunca desatendisteis sus ruegos!

—¡Basta!—exclamó D. Manuel, haciendo un esfuerzo para dominarse y ponerse en pié.—Olvida este instante de debilidad de que me avergüenzo, olvida que me has visto llorar, cuando sólo era ocasión para la severidad y la cólera, y no creas por mis lágrimas, natural tributo á mis flaquezas de hombre, que indulgencia y disculpa has de hallar en mí para lo que no las merece. ¡Fuera otorgarte la piedad que me pides, hacerme cómplice de tu infamia! Castigarte debo, y te castigaré, aunque á pesar mío temple la severidad de mi justicia el afecto que te tuve. Tu falta es de las que se castigan con la muerte; pero no temas que te mate. Tampoco receles que has de escuchar de mis labios reproches y quejas. ¿Para qué? Reconoces tu culpa, puesto que la confiesas, y esto basta. Mejor y más justo castigo te dispone mi autoridad. Como no puedo albergar á sabiendas bajo mi techo la deshonra, de mí te separarás hoy mismo para siempre, yendo á esconder en un convento tu vergüenza, por todo el resto de tu vida. No volverás á verme, y allí en la soledad del claustro, será tu martirio el remordimiento de haber hecho para siempre infeliz á un padre que tanto te amaba... y te ama, á pesar de todo.

Fué la joven á replicar, á formular sin duda nuevos ruegos; pero el anciano lo impidió agregando:

—¡Esto ordeno! Pronta hállate para partir á tu retiro cuando en tu busca venga.

Encaminóse á la puerta y su hija levantándose corrió tras él para preguntarle:

—¿Y nuestra venganza?

—Será cumplida,—respondió el caballero.

Salió D. Manuel de la estancia y D.ª Violante desplomóse en un sitial, murmurando:

—¡Renunciar al mundo para siempre, al mundo en el que mi juventud y mi riqueza me ofrecían tantos goces! ¡Lo merezco, y aún he de admirar la generosidad del que á tal me condena! ¡Pudo y debió ser conmigo más severo!

Después, con un arranque de fiera energía, exclamó:

—¡Sufriré toda la vida el castigo de mi culpa; pero no me importa, puesto que por mi padre seré vengada y don Pedro no gozará de las caricias de su nueva amante! ¡No otra cosa deseaba en mi infortunio!

Y en sus hermosos ojos, á través de las lágrimas que los velaban, brilló un relámpago de odio y de infernal alegría.

*
* *

A solas en su cámara, libre de la presencia de su hija, ante la que se había visto precisado á fingir una firmeza que no sentía, el caballero de Medina entregóse libremente á su dolor.

—¡Deshonrado!—exclamaba, oprimiendo con crispada mano la cincelada empuñadura de su daga, como si buscase en quien vengar su deshonra.—¡Deshonrado y por ella, por mi hija!... ¡Oh, cielos! ¿Por qué vivir permitido habéisme, para que esta vergüenza y este pesar sufra y devore? No es, no puede ser castigo de pasadas faltas, porque si mi vida toda recorro con la memoria, no

se levanta en mi conciencia el acusador remordimiento ni de una culpa siquiera. Siempre fuí generoso, siempre puse mi mayor empeño en cumplir mis deberes todos, siempre respeté la honra de los demás: ¿por qué, pues, la mía se ve hoy escarnecida y por qué el mayor de los dolores tortura mi corazón? ¡No es justa mi desgracia, y sin embargo no puedo reclamar contra nadie de su injusticia!

Secó las lágrimas que abundantes corrían por su venerable rostro, y continuó diciendo:

—Pero no es ocasión de entregarse al pesar, sino de meditar en la venganza. ¡Para el pesar habrá después sobrado espacio! Necesito vengarme: mi hija me lo pide y mi dignidad me lo aconseja. Pero ¿cómo? ¿Qué venganza hallar que á mi ofensa cuadre, que á mi ancianidad convenga y que mi deshonor no pregone? Porque es preciso que todos ignoren mi deshonra. ¡Me mataría la vergüenza si se supiese, ó me mataría yo mismo por no poder sufrirla! Secreto ha sido el ultraje y secreto debe de ser también el castigo. ¿Cómo conciliar estos opuestos extremos? ¡Acudidme, cielos! ¡Iluminadme! ¡Ved que es un padre afligido el que vuestra ayuda implora!

* * *

Sentóse en un sillón de alto respaldo gótico con blasonado escudo, y hundiendo la pálida frente entre las manos prosiguió sus tristes reflexiones en esta forma:

—Aunque joven no soy, la sangre bulle en mí, acelerada su circulación por la ofensa recibida, y capaz me siento de matar al causante de mis desventuras; matarle frente á frente, como noble que soy, no á traición y por la espalda como un villano, aunque él por su proceder lo sea y tal muerte merezca. Esta noche al toque de ánimas vendrá á rondar los alrededores de este palacio, y fuérame fácil salirle al encuentro, retarle y en lucha igual conce-

derle el honor de medir sus armas con la mía, hasta que uno de los dos hallase en la lid la muerte. Fuera lo más natural y más sencillo, y no es el temor á perder la vida lo que me impide hacerlo. ¡La vida! ¿Qué ha de ser ya para mí sino un suplicio? Quitándomela, matándome mi adversario me haría un favor; pero al averiguar la causa de su muerte ó la mía descubriríase mi deshonra... ¡No!... ¡Eso no!... ¡Permanezca oculta mi vergüenza al amparo del secreto!

Exaltándose, á pesar de sus esfuerzos para conservar la calma, agregó:

—¡Y sin embargo, yo necesito castigar al infame! ¡Su castigo demandan mi dignidad y la justicia! ¡Es preciso que sufra la pena de su culpa y que sufriendo aprenda á respetar el honor de una familia ilustre, las canas de un anciano caballero y la pureza de una inocente doncella!...

De pronto lanzó un grito de júbilo, iluminóse su rostro y un nombre acudió á sus labios.

—¡Pacheco!—exclamó.

Y tras breve meditación dijo, respondiendo á sus pensamientos:

—Sí... ¿Por qué no?... ¡Es nuestro enemigo!... De este modo sirvo á nuestra causa y me vengo...

Levantóse, requirió la capa y el birrete, se embozó, como si de sus mismos servidores recelara que leyesen en su rostro su vergüenza, salió á la calle se alejó diciendo:

—¡El secreto ultraje que mi honra infama, será secretamente castigado!





CAPÍTULO XIII

La venganza de Medina



ORPRENDIDO quedó Pacheco al oir el anuncio de uno de sus ugieres, de que su noble amigo D. Manuel de Medina, solicitaba verle con urgencia.

—¿Qué ocurrirle podrá,—pensó Villena,—cuando hace pocas horas nos vimos y hablamos? ¿Me traerá acaso nuevas noticias de esos malhadados amores que por él he sabido?

Apresuróse á recibirle, encubriendo con la cortesía la curiosidad.

Extrañóle desde luego y púsole en cuidado la mudanza que en el semblante de D. Manuel advertía, pues no era el anciano caballero hombre que el disimulo dominase, y á pesar de todos sus esfuerzos por aparecer tranquilo, la agitación causada en él por la entrevista habida con su hija, salíale al rostro.

—Pláceme ver una vez más mi casa honrada con vuestra presencia,—díjole D. Juan,—y que habléis ansío para saber en qué puedo serviros.

14

—¿Puede escuchar alguno lo que de hablar habemos?—preguntó el de Medina, mirando cuidadoso en torno suyo.

—Sin temor decid lo que gustéis,—respondió Villena sonriendo y cada vez más intrigado,—que no hay en mi casa oidos indiscretos que imprudentes y contra mi voluntad escuchen lo que de mi agrado no fuere que oigan. Sentaos, pues, y hablad, que impaciente me tenéis con vuestra inesperada visita y con el misterioso aire de azoramiento que en vos noto.

Ocuparon los dos asientos de un estrado, cubierto con rico tapiz, y D. Manuel, tregua dando á sus propias inquietudes, habló de este modo, buscando un rodeo para más fácilmente decir lo que quería:

—Heme, D. Juan, amigo en una duda, de la que espero que vuestra discreción y amistad me saquen, respondiendo con franqueza á lo que voy á preguntaros y dándome vuestra opinión sincera sobre lo que á consultaros vengo. Trátase de saber si cuerdamente he obrado en un asunto de importancia, y á qué el deber me obliga para ese asunto dar por concluido. ¿Puedo contar con vuestro desinteresado consejo?

—Incapaz me reconozco,—repuso el de Villena,—para ilustrar con mi humilde juicio el de persona cual vos de tanta valía y discreción tanta; pero pues que á mi buena amistad recurrís, con lo cual me honráis, en nombre de ella mi pobre opinión diré, tal como mi inteligencia me la dicte.

—No aspiro á más.

—Pues contad con ella.

—Gracias adelantadas por vuestra condescendencia.

* * *

Hubo una breve pausa, á la que el de Medina puso término, al fin, diciendo:

—Como sabéis tengo una hija, y vos, que también una hija habéis, no ignorais los desvelos que cuestan las que nuestro honor guardan, expuesto á peligros de que su inocencia y debilidad no sabrían defenderlo. En honor de la verdad y la justicia y halago de mi paternal orgullo, puedo decir que nunca Violante me dió motivo alguno de queja para con ella. Pero aun así fuerza es que por su guarda vele, en vez de entregarme á una confianza peligrosa aunque fundada; que un tesoro tanto más debe guardarse cuanto más vale, y mi Violante, aunque los elogios á ella no estén bien en mis labios, un tesoro apetecido es por su belleza, realzada por la inocencia y la virtud que su alma adornan.

—Reconocidos son por todos,—respondió cortés don Juan,—los méritos de vuestra hija.

—Pues ese tesoro, alegría de mi ancianidad y orgullo de mi corazón, hay quien robármelo intenta, Pacheco amigo.

—¿Qué me decís?

—Lo que oido habéis.

—En verdad vuestra confidencia no debe sorprenderme, pues natural es que la que tanto vale, la codicia excite. Y al tiempo mismo permitid que mi parabién os ofrezca por haber sabido á tiempo el peligro que os amenazaba, pues así de él fácilmente habréis podido libraros; que los males que más nos deben asustar no son los sabidos y esperados, sino los que desconocemos. Contra estos no hay previsión ni defensa. Pero decid, y la pregunta dispensad, pues al interés que me inspiráis obedece: ¿quién es el pretendido ladrón de vuestro preciado tesoro?

—La respuesta á esa pregunta, permitid que deje para

el final de nuestra entrevista, pues tema ha de ser para los dos de detenido estudio.

—Como gustéis.

—Los hechos oid y juzgad.

—Os escucho.

***

Como se ve y veráse más palpablemente en lo que sigue, el buen Medina desfiguraba los sucesos, acomodándolos al disimulo exigido por su dignidad y su decoro.

—Noble es el caballero que á Violante requiere de amores,—continuó diciendo,—y otros padres en mi lugar consideraríanse honrados con sus pretensiones; pero yo no puedo admitirlas por causas que comprenderéis cuando el nombre del galán os diga. Y aunque esta razón no hubiera, bastaran mi voluntad ó mi capricho, que pues autoridad sobre mi hija tengo, á mi gusto se ha de casar y con quien de mi agrado sea.

—En lo cual estais en lo justo,—dijo el de Villena,—y ni un ápice cedais en vuestros derechos de padre. Escarmentad en mi ejemplo. Una hija hube, á la que amé tanto como vos amais á la vuestra. Por exceso de cariño consentí en que se uniese á un esposo que era de su voluntad, pero no de mi agrado, y bien cara he pagado después mi condescendencia. Mi yerno el conde de Benavente es mi mayor enemigo. No contento con disputarme bienes, dignidades y títulos á que yo sólo tengo derecho, declaróse partidario de D. Enrique, mientras yo á D. Alfonso defendía, y cuentan que en la memorable batalla de Olmedo, su cuidado único fué buscarme para darme muerte. Apruebo, pues, por adelantado, cuanto contra el pretendiente de vuestra hija hayáis hecho, si como decís no os cuadra para yerno, aunque su nobleza y posición reconozcáis.

—Hace tiempo que tuvieron principio los tales galanteos,—prosiguió D. Manuel;—mas Violante, que para mí no tiene secretos, confiómelos al punto y mis consejos bastaron para que á ellos renunciase.

—Obediencia plausible que os honra y honra á vuestra hija.

—Ausentóse el galán, en condiciones tales que no era fácil que por aquí volviese, y yo me tranquilicé. Pero es el caso que el galán ha vuelto é insiste en sus pretensiones hasta bajo la forma de amenazas.

—¡Qué osadía!

—Esta mañana, mi hija fué con su dueña á orar al templo próximo á mi palacio. Al volver, entre los grupos que invadían y ocupaban la plaza, comentando la noticia de la muerte de D. Alfonso, halló á su pretendiente. Pero ¿en qué guisa diréis? Disfrazado de monje.

—¿Es posible? ¿Qué motivos le asisten para de tal modo ocultarse?

—También los comprenderéis cuando su nombre os diga.

—Proseguid.

—Acercóse á mi hija, y ésta, asustada, no tuvo otro remedio que escuchar sus galanteos. Ni razones, ni súplicas ni desdenes, lograron hacerle desistir de su amoroso empeño.

—¡Terco es el hombre, por mi vida!

—Acabó solicitando una cita nocturna que le fué negada.

—¡Atrevimiento tal!

—No obstante la negativa, al separarse Violante, él la dijo: «esta noche al toque de ánimas, estaré al pié de vuestra reja, dispuesto á todo; asistid á la cita ó de lo contrario, de cuanto ocurra, vos, por vuestros desprecios, seréis la responsable.»

—Castigo ejemplar merece el atrevido galán.

*
* *

Creyendo haber expuesto las cosas de modo que su desgracia no podía ser sospechada, D. Manuel sonrió satisfecho.

—Llegado que hube á mi casa cuando de vos me separé,—dijo,—Violante se arrojó en mis brazos confiándome lo ocurrido y pidiéndome que la librara de la importuna insistencia de su pretendiente. En cumplimiento de sus propios deseos y para mejor defenderla de posibles asechanzas, he decidido conducirla á un convento donde permanecerá el tiempo que á su voluntad cuadre y á mis intenciones convenga; aunque bien podría suceder que de él no saliese, pues siempre ha mostrado inclinación á la vida del claustro, y si á vestir el hábito monjil se decidiera, yo á su deseo no me opondría.

Sonrió el de Villena y miró á su amigo de manera tal, que el pobre D. Manuel sintió toda la sangre de su cuerpo agolpársele al rostro.

Lo que de decir acababa era bastante para que el astuto Pacheco comprendiese que en el fondo de su relato había más de lo que le decía.

No por causas tan fútiles se encierra á una hija en un convento y se la hace renunciar para siempre al mundo.

Pero como á D. Juan teníanle descuidado los asuntos particulares de Medina, ocultó sus sospechas y dijo:

—Cuerdamente habéis obrado, y yo en vuestro caso habría hecho lo mismo.

—¿Con que aprobáis mi proceder? —exclamó el pobre padre.

—Por completo.

—Aquí acaba la primera parte de mi consulta, y no sa-

béis la satisfacción que con lo que decís me dais. Temía haber extremado las precauciones...

—Nunca la precaución es extremada, cuando á defender á una hija se dirige.

* * *

Dando en esto por terminado aquel punto, D. Manuel pasó á lo que era verdadero objeto de su visita.

—Hora es ya de que sepáis el nombre del galán,—dijo,—y por él comprenderéis todo lo que antes he callado; las causas de mi oposición á esos amores y el consejo que de vos vengo á solicitar. El pretendiente de Violante es... D. Pedro de Fonseca.

—¿El sobrino del arzobispo de Sevilla?—exclamó Pacheco, sinceramente sorprendido.

—El mismo.

—¡Oh, no digáis más! ¡Todo lo comprendo! ¿Cómo habíais de consentir el enlace de vuestra hija con uno de los enemigos de nuestra causa, con el más entusiasta defensor de la *Beltraneja*?

—He ahí lo que mi proceder ha inspirado.

—Y habéis procedido cuerda y noblemente. Obrar de otra manera hubiese sido en vos una traición á nuestra causa.

—También comprenderéis, sin necesidad de nuevas explicaciones, por qué D. Pedro se presenta en Avila disfrazado de monje.

—Claro. Teme ser descubierto, en cuyo caso se vería perdido. Viene, quizá, á desempeñar el poco honroso papel de espía.

—Sin duda. Ahora bien, y aquí entra la segunda parte de mi consulta: como os dije antes, D. Pedro irá esta noche, al toque de ánimas, á rondar las rejas de mi palacio

que dan á una estrecha callejuela inmediata; pues que nuestro enemigo es y ocasión de apoderarnos de él habemos, ¿no sería justo aprovecharla?

—Ciertamente. Es preciso que esta noche nos apoderemos de D. Pedro, que le arranquemos la confesión de los planes y secretos de nuestros enemigos que nos convenga conocer, y que luego se le castigue como un traidor y un espía merece.

El de Medina no pudo contener un estremecimiento de gozo.

Aquello era lo que él deseaba.

—Celebro que también en este punto estemos conformes,—dijo,—y sólo una advertencia tengo que haceros.

—Decid.

—No puedo intervenir en modo alguno en la captura de D. Pedro, como fuera mi deseo y mi deber en defensa de nuestra causa, por razones que se os alcanzarán en cuanto os las exponga. Si en esa captura intervengo, y algo de las pretensiones de D. Pedro hacia mi hija se ha traslucido, lugar daría á que sospecharan...

—Que lo hacéis por vengaros y deshaceros de él,—le interrumpió el de Villena.

—Justamente. Y más aún: que lo ocurrido entre mi hija y él puede tener más importancia de lo que en realidad tiene.

—Descuidad. Vuestra observación es justa y yo me encargo de todo.

—No me atrevía á suplicároslo.

—Pero es deber en mí el ofrecéroslo. Mi gente se apoderará de D. Pedro, le traerá aquí y nadie sabrá nunca vuestra intervención en este asunto. ¿Es esto lo que deseáis?

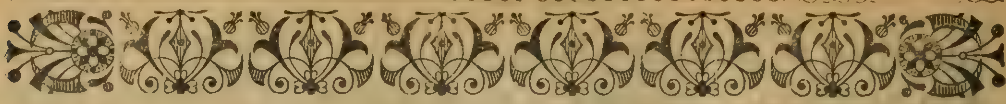
—¡Gracias!—exclamó D. Manuel, estrechando con efusión las manos de su amigo.

Hablaron algunos instantes más los dos nobles, po-

niéndose de acuerdo respecto á todos los detalles relativos á la proyectada captura, y el caballero de Medina regresó á su morada, pensando:

—Buena ocurrencia fué la mía. Vengado quedaré de este modo, sin que nadie trasluzca mi deshonra.





CAPÍTULO XIV

En donde un idiota admira á un cuerdo



ALIDO que hubo el caballero de Medina, D. Juan Pacheco rompió en burlona carcajada, exclamando:

—¡Pobre D. Manuel! Torpe es en el manejo de las artes del disimulo y mal encubre lo que ocultar intenta. Claros se adivinan en su amañada historia los agravios al honor que de D. Pedro tiene recibidos y en vano pretende esconder tras el disfraz de un servicio prestado á nuestra causa, la venganza de su honra escarnecida.

Tornó á reir y añadió, encogiéndose de hombros:

—Allá él se las haya con su dignidad y su conciencia, que ni interés para mí tienen sus asuntos ni impórtame que la hermosa Violante vaya á esconder en un claustro su vergüenza. Negocio de más monta debe preocuparme, y es el provecho que sacar puedo de la captura del sobrino del arzobispo.

En este punto de sus reflexiones, vióse sorprendido por una vocecilla que decíale, saliendo sin saber de dónde:

—Contentos estamos á lo que parece.

Miró asombrado en torno suyo y vió, al fin, asomar la

cabeza de Tarsio el idiota, por entre los pliegues del tapete que cubría una mesa.

—¿Tú ahí?—preguntóle, entre enojado y risueño.

—Ya lo ves,—respondió Tarsio, saliendo de su escondite, y poniéndosele delante.—Pláceme conocer tus manejos para admirar tu astucia y aprender en tu escuela, que mucho que aprender tiene un pobre idiota como yo, de ingenio tan peregrino como el tuyo; y pues tus secretos no me confiarías, porque entre tus escasas virtudes tienes la de la discreción y la reserva, de mis artes me valgo para sorprenderlos.

—Astuto eres á pesar de tu imbecilidad.

—La astucia es lo único que de tí aprendido llevo; pero paciencia, que si á tu lado sigo, muchas cosas más he de aprender, si es que mi imbecilidad, como dices, me permite aprenderlas. Ahora, por ejemplo, acabas de enseñarme cómo se debe uno burlar de las desdichas de un amigo, en vez de compadecerlas.

—¿Has escuchado mi conversación con Medina?

—Toda, y como te decía, ella ha sido para mí de gran enseñanza. Mira tú si seré tonto, que en mi necedad creía en la existencia de la compasión. Tú acabas de demostrarme que no existe, pues que un amigo tuyo viene á confiarte sus cuitas y te burlas de su deshonra, que supones. Desde hoy ya sé que las desventuras agenas deben alegrarme. No temas que lo olvide, y así, gracias á lo que de tí vaya aprendiendo, llegaré á parecerme á un cuerdo.

Y dejó escapar una de las risitas sardónicas, que le eran propias.

* * *

Mirábale el de Villena fijamente mientras hablaba, y cuando hubo terminado díjole:

—¿Sabes que muchas veces pienso que tienes más de pillo que de tonto?

Rió de nuevo Tarsio y repuso:

—¡Tiempo has tardado en comprenderlo!

—¿Luego confiesas que me engañas y á todos les has engañado con tu supuesta idiotez?

—¿Cómo quieres que tal confiese? Si eso hiciera, entonces sí que sería tonto de remate.

—Entonces...

—En dejarte en la duda está mi conveniencia, que la duda contra tí me proteje; pues si como pillo me temes, como tonto me desprecias, y el equilibrio del temor y el desprecio, sustituyen la bondad que en tí no cabe. Si pillo solamente me supusieras, de mí te librarías por temor á mis traiciones; y si tonto únicamente me creyeses, no me harías caso alguno. Vale más que me tengas por las dos cosas y así consigo tu atención y tu indulgencia.

—Es que si mis sospechas confirmara, reconociendo en tí un ingenio superior al de cuantos me rodean, pues que á todos has sabido engañarnos, en mi servicio te emplearía.

—¿Qué tardas en hacerlo? Ponme á prueba y no te pesará. Yo soy bueno y tonto; tú eres malo y listo: pues con hacer al cumplir tus órdenes lo contrario de lo que por mi impulso hiciera, servido á tu gusto quedarás.

—Eres ingenioso, y libertades tolero de tí que no perdonaría á otro alguno.

—Otra ventaja más de mi idiotez real ó supuesta. Si por cuerdo me tuvieses, mis atrevimientos castigaras...

—Ciertamente.

—Pues mira como la imbecilidad también ofrece sus provechos.

Quedóse D. Juan pensativo unos instantes y luego dijo:

—Ocasión buscaré de someterte á la prueba que me propones. Tengo para mí que tus servicios, ya como tonto ya como pillo, pueden llegar á serme muy útiles y quiero convencerme de ello.

—¿Permites que esa ocasión te ofrezca,—preguntó Tarsio,—y así no tendrás que molestarte en buscarla?

—¿Tú?

—Ahora mismo si quieres.

—¿Y cómo?

—Adelantándome á tus propios pensamientos, aclarando tus dudas y aconsejándote.

—¿Aconsejarme tú? ¡Vive Dios que la idea es peregrina! ¡Un idiota por consejero! ¿Cuándo se vió cosa igual?

—Pues más extraordinarias las verás si mi proposición aceptas.

—¡Aceptada! No vendrán mal tus majaderías para distracción de mis preocupaciones.

Y tomando de nuevo asiento en el estrado, dijo con cómica gravedad:

—Hable el señor consejero; atento escucho.

* * *

Sentóse Tarsio á su vez en el borde de la tarima sobre la que se hallaba el sitial de su señor, de modo que parecía que estuviese sentado en el suelo, y fijando en Pacheco la mirada penetrante de sus ojillos hundidos, habló de este modo:

—Cuando hace poco D. Manuel salió de aquí, convenida entre vosotros la captura de D. Pedro, pensando quedaste qué ventaja podrías tú sacar de estos sucesos.

—Es verdad,—asintió D. Juan.

—¿Y aún no has acertado el provecho que para tí tiene este incidente que la casualidad te brinda?

—No...

—Torpe eres á fé mía, y yo, con mi idiotez y todo soy más listo que tú.

—Espacio no me has dejado para reflexionar...

—Si la reflexión no es necesaria en cosa que está tan

á la vista. Oye y convéncete: para estorbar los amores de la infanta D.ª Isabel con D. Fernando, rey de Sicilia y heredero de la corona de Aragón, hásete ocurrido la oportuna idea de aliarte á la reina D.ª Juana.

—¿Cómo lo sabes?—le interrumpió Pacheco asombrado?

—Flaco de memoria eres. ¿No te dije antes que te espío para sorprender tus secretos?

—¡Ay de tí si de esos secretos, que posees por mi condescendencia, haces uso!

—Descuida. ¿No ves que está en mi interés no enojarte, pues más provecho hay para mí en tu amistad que en tu cólera?

—Sigue.

—Detiénete en tu propósito, la dificultad de hallar un medio para entenderte con D.ª Juana.

—Razón tienes en lo que dices, y por ello veo que estás más al tanto de mis asuntos de lo que yo creía.

—Pues ese medio, la captura de D. Pedro te lo proporciona.

—¿Cómo?

—Es muy sencillo. Dueño tú de la persona de D. Pedro y amigo éste de D.ª Juana, ¿quién puede servir mejor de intermediario entre tú y la reina?

—¡Es verdad!

—A cambio de su libertad, D. Pedro consentirá en cuanto le propongas, y de ningunos lábios oirá mejor la reina tus ofrecimientos, que de los de aquel que pasa por su amante. Esto me dice á mí mi tontería. ¿No lo encuentra muy oportuno tu cordura?

Asombrado, confundido, lleno de entusiasta admiración, Pacheco tendió su mano al idiota, diciéndole:

—De tal valor es para mí lo que me adviertes, que tu consejo acepto y en pago de él dispuesto estoy á conceder-

te la gracia que me pidas. Difícilmente mi ingenio habría acertado en lo que á tu astucia se le ha ocurrido.

—¿Con que lógicos hallas mis razonamientos?—preguntó Tarsio.

—Y discretos y ventajosos.

—Pues eres más tonto que yo, pues yo los tengo por muy malos.

—¿Eh?

—Otros mejores guardo de reserva para más admirarte y sorprenderte.

—Dí pronto.

—Calma y atención. Escucha.

Arrastróse Tarsio hasta quedar sentado á los piés mismos de Pacheco, y prosiguió de esta manera:

—En D. Pedro tienes un buen embajador para con doña Juana, y esto ya es algo; pero no es bastante. Aún transmitidas por tan buen conducto, la reina puede rechazar tus proposiciones.

—Eso temo,—murmuró D. Juan.

—Necesitas un arma que obligue á la madre de la *Beltraneja* á aceptar tu alianza.

—Sí; pero ¿dónde encontrarla?

—Yo te la ofrezco.

—¿Tú?

—O lo que es lo mismo: la casualidad te la ofrece y yo la pongo en tus manos.

—Explícate.

—El infante D. Alfonso ha muerto envenenado por un pastel de truchas que un esmascarado entregó á Margarita la ventera.

—Sí...

—Hallando modo de probar que en el envenenamiento tuvo parte D.ª Juana, ¿no sería este el mejor medio para obligarla á cuanto tú quisieses?

—Sin duda, y ya en ello había pensado; pero no hay modo...

—Lo hay.

—¿Cual?

—¿Nada te dice la presencia de D. Pedro en Avila, disfrazado de monje?

—Me dice que ha venido á espiar...

—¿Y por qué ha venido á espiar? Porque sabía que algo extraordinario iba á suceder. ¿Qué era ese algo? La muerte de D. Alfonso. Pues si él sabía que D. Alfonso iba á morir, señal es de que en la preparación de su muerte intervino.

La admiración de Villena iba en aumento.

A él no se le habrían ocurrido jamás tan sutiles y fundadas hipótesis.

—*Item* más,—prosiguió Tarsio.—D. Pedro es el hombre de confianza de la reina, y misiones como la de envenenar á D. Alfonso no pueden encargarse más que á personas de mucha confianza.

—¿Según eso supones que D. Pedro?...

—No lo supongo; lo afirmo. ¿Por qué el falso monje que en la plaza espiaba, escuchando comentarios y recogiendo impresiones, no ha de ser el mismo enmascarado que á Margarita dió el pastel? Para mí es evidente. Vino á consumar el envenenamiento, y cumplida su obra, averiguaba las consecuencias de ella.

—Tal vez... Es posible...

—Pues prueba todo eso; demuéstrale á D. Pedro que sabes que él preparó el envenenamiento, por mandato de la reina, y tendrás el arma que deseas para obligar á doña Juana á cuanto quisieres.

—¿Y cómo probar eso?

*
* *

Una despreciativa sonrisa asomó á los labios de Tarsio.

—¿Sabes,—dijo,—que la admiración que te tenía por tu astucia va convirtiéndose en burla por tu torpeza, y que aquí parece que tú seas el tonto y el cuerdo yo? ¡Cómo probar lo que te indico, preguntas, teniendo en tu poder á Margarita! Que ella reconozca en D. Pedro á quien le dió el pastel y no necesitas más prueba.

—Pero es que Margarita no podrá reconocerle,—replicó Pacheco,—puesto que el caballero que á ella se presentó iba enmascarado.

—¿Y qué importa? A una persona no se la conoce solo por el rostro, sino también por la voz, por los ademanes, por detalles para los que no hay máscara ni disfraz que valgan. Mira cómo D.ª Violante reconoció á su seductor á pesar de verlo vestido de monje. Si la ventera no es tonta, y mis noticias son de que le sobra malicia para serlo, á D. Pedro reconocerá en cuanto le vea, si es que fué el enmascarado.

—A la ventera tengo en mi poder y esta noche ha de venir aquí.

—Pues que D. Pedro también vendrá, traído por tu gente, haz la prueba.

—Sí que la haré.

—Nada pierdes con ello. Pero ten en cuenta que á Margarita has de prevenir, inclinándola á decirte la verdad, no con amenazas, sino con promesas.

—Seguiré tus consejos.

***

Levantóse Tarsio, y cambiando de tono dijo:

—Y bien, mi señor: ¿he logrado demostrarte si te soy útil ó no, á pesar de mi idiotez, para que en tu servicio me emplees?

—Tal ingenio y astucia tanta has demostrado á mis

ojos,—respondióle Pacheco,—que desde este instante eres el auxiliar de todos mis planes.

—¡Qué me place! Pero una cosa he de advertirte.

—Dí.

—Que para todos, y aún para tí mismo, he de seguir siendo el idiota de siempre. Esto me procura el goce de privilegios á que no renuncio, y alejando toda desconfianza, me facilita el cumplir tus órdenes.

—Todos seguirán teniéndote por idiota, menos yo.

—Y tú también, porque si así no fuera, no podría seguir hablándote como hasta ahora te he hablado y tu cólera provocara con mis atrevimientos.

—Nada temas. Mi venia tienes para tratarme como hasta aquí me has tratado.

—Mira no me hagas arrepentirme alguna vez de haberme quitado ante tí la máscara con que por egoismo para los demás me cubro. Recuerda siempre que mi idiotez, real ó ficticia, me hace para tí sagrado.

—Descuida.

—Fío en tu palabra, lo cual es casi cometer una tontería de cuerdo.

Y saludando con una grotesca reverencia, salió de la cámara, diciéndose:

—Mi deseo conseguí. Ya soy el hombre de su confianza, con lo que estaré más fácilmente al tanto de sus intrigas y podré mejor vengarme.

Pacheco á su vez quedóse pensando:

—He aquí cómo cuando menos lo esperaba, hallo el auxilio de un servidor que no tiene precio. ¡Todo me ayuda!

Estremecióse de pronto y murmuró:

—Si Tarsio supiera lo que con su madre hice, ¿me serviría del mismo modo? Con su astucia, que ni sospechaba siquiera y que es tal que á todos nos ha tenido engañados durante muchos años, ¿no sería un enemigo temible?

Encogióse de hombros y se respondió á sí mismo:

—¡Bah! Cuando sus padres murieron era muy niño y es imposible que sepa... ¡Aquello no lo supo nadie! Y aunque á enterarse llegara ¡ay de él si traición me hiciese! Me sobra poder para aplastarlo como á un reptil.

Y echóse á reir exclamando:

—¡Pardiez, que el idiota es famoso!

Llamó luego á Gastón y dióle orden de que al toque de ánimas, después de conducir á su presencia á Margarita y Sebastián, se apostase con algunos de sus hombres en la callejuela inmediata al palacio de Medina, para apoderarse de D. Pedro.





CAPÍTULO XV

Dos celadas



QUELLA tarde misma D. Manuel despidió á Mónica, sin formular reconvención alguna por los sucesos en que la complaciente dueña había intervenido y que ya no tenían remedio.

Así lo creyó más conforme á su dignidad y decoro.

—Mi hija no ha menester ya tus servicios,—limitóse á decirle,—porque con mi venia ha decidido retirarse á un convento; toma, pues, tu salario y vete.

La vieja apresuróse á obedecer, felicitándose de salir tan bien librada.

Castigo mayor temió de la cólera del indignado padre.

Intentó despedirse de D.ª Violante y ésta no quiso recibirla.

Marchóse confiada en que no tardaría en encontrar otra casa en la que prestar sus servicios, pues dueñas como ella, amaestradas en todos los manejos de la intriga, eran muy solicitadas.

Apenas cerró la noche, el caballero de Medina se presentó á su hija diciéndole lacónicamente:

—Vamos.

La joven comprendió sin más explicaciones lo que aquello quería decir.

Había llegado la hora del sacrificio.

Envolvióse en un manto y salió con su padre, el cual la condujo á uno de los conventos de la ciudad.

Allí habló el anciano con la superiora, la cual mostróse deferente á todos sus deseos, por tratarse de señor tan principal, y luego despidióse de Violante, abrazándola sin decir palabra.

Ella, á su vez, le besó la mano, también en silencio.

Los dos hallábanse muy conmovidos.

La joven traspuso llorando las rejas que se cerraron tras ella, acaso para siempre, y D. Manuel regresó á su casa con el corazón oprimido por el pesar de haberse separado de la que tanto quería.

* * *

Antes del toque de ánimas, el caballero de Medina apostóse en una de las rejas de su palacio, que daba á la callejuela inmediata.

Protegida la reja por espesas celosías, desde ella podía observar sin ser visto cuanto pasara en la calle.

Esta estaba obscura y solitaria.

Un pelotón de hombres apareció por uno de sus extremos, distribuyéndose y ocultándose en los huecos de las puertas.

—Deben de ser los enviados de D. Juan para apoderarse de Fonseca,—pensó D. Manuel.

Y aguardó impaciente, diciéndose:

—¿Vendrá el autor de mi deshonra? ¡Dios lo haga para que mi venganza quede cumplida!

Sonó el toque de ánimas en la iglesia próxima.

Había llegado el momento.

Por poco cortés que D. Pedro fuese, asistiría puntual á la cita, si era que había de asistir á ella.

Siempre fué falta imperdonable en un caballero hacer esperar á una dama.

Aparecieron dos hombres en la calle.

—Deben de ser D. Pedro y su escudero,—pensó Medina, estremeciéndose de gozo.

Y efectivamente: ellos eran.

Gastón, el escudero de Pacheco, y sus hombres, dejáronles avanzar.

Llegaron junto al palacio de D. Manuel.

—Vigila para que no me sorprendan,—dijo Fonseca á su servidor.

En aquel instante, saliendo sin saber de dónde, unos cuantos hombres arrojáronse sobre ellos.

Fué la acometida tan brusca y tan inesperada, que Fonseca y su escudero no pudieron ni aun intentar defenderse.

Antes de que se diesen cuenta de lo que les sucedía, viéronse atados y amordazados, de modo que ni aun gritar les fué posible.

Vendáronles luego los ojos, siguiendo en todo las instrucciones de D. Juan, y se los llevaron de allí.

Medina, que presenciaba oculto aquella escena, sin perder uno solo de sus detalles, retiróse lleno de alegría, murmurando:

—Pacheco me ha cumplido su palabra. Ya puedo decir que estoy vengado... ¡Gracias, Dios mío!

* * *

Comprendiendo D. Pedro que toda resistencia sería inútil, siguió á sus raptores sin intentar siquiera oponerse á ello.

No iba disfrazado de monje, como por la mañana, sino vestido de caballero, y llevaba armas en el cinto; pero ¿de qué le servían si no pudo hacer uso de ellas?

Mientras le llevaban, no sabía por dónde ni á qué lugar, imposibilitado hasta para formular pregunta alguna, por la mordaza que le ahogaba, el caballero decíase:

—¡Necio fuí al acudir á la cita de D.ª Violante y bien empleado me está lo que me sucede! porque no cabe dudar que esta celada ha sido obra suya, para vengarse de mis desprecios.

Y como sabía muy bien que una mujer celosa y vengativa es capaz de todo, aunque no era cobarde, tembló por su vida.

—Aún más que perder la vida,—pensaba,—impórtame y duéleme no cumplir la misión que aquí me trajo. ¿Qué pensará D.ª Juana cuando vea que pasa el tiempo y yo no vuelvo? Acaso dude de mí, juzgándome un traidor.

Y como si fuese esto lo que más le contrariaba, hacía inútiles esfuerzos para romper las fuertes ligaduras que le sujetaban.

Nuño, su escudero, marchaba no menos intranquilo, pensando:

—¡Que por servir á un señor, metido en intrigas de todas clases, vea mi libertad perdida y mi existencia en peligro! Sus intrigas aprovechan á él solo y sin embargo yo le ayudo á sufrir sus consecuencias. ¡Malhaya quien de servir ha al que á la astucia recurre para el medro de su persona y la satisfacción de sus caprichos!

* * *

Conocieron los prisioneros que entraban en una casa é hiciéronles subir una escalera.

Al escudero encerráronlo en un cuarto, sin cuidarse de

quitarle las ligaduras ni la mordaza, ni siquiera la venda que cubría sus ojos.

D. Pedro, por el contrario, conoció que le llevaban á través de estancias cuyo pavimento cubrían espesos tapices; y como el empleo de tapices, ya para cubrir el suelo ya para adornar los muros, era en aquella época lujo que podían permitirse sólo los grandes y opulentos señores, el caballero pensó:

—En casa principal me hallo. Quizá en la misma de D.ª Violante, aunque para entrar en ella me hayan hecho dar un largo rodeo por calles y callejuelas, á fin de desorientarme.

No se le ocurría otra explicación á su aventura, que la del justo enojo de la desdeñada doncella, y escarmentando en su propio ejemplo decíase:

—No tornaré á ser tan incauto ni mis sentimientos expresaré nunca con claridad á mujer alguna, provocando con ello su cólera, ni me fiaré de citas de amantes despreciadas y sustituidas.

Por su mal, estas prudentes reflexiones ocurríansele demasiado tarde.

*
* *

Detuviéronse, al fin, y D. Pedro sintió que le quitaban primero la mordaza, después las ligaduras y por último la venda.

Los que hasta allí le llevaron desaparecieron en seguida.

Miró en torno suyo el asombrado caballero, y hallóse en una lujosa cámara, cuya riqueza hacía resaltar la expléndida iluminación de lámparas y candelabros de plata.

Aunque estaba acostumbrado á entrar en palacios, á vivir en ellos y hasta á visitar mansiones reales, nunca

hasta entonces vió estancia tan ostentosamente alhajada.

—¿Dónde estoy?—se preguntó.

Y no habíase repuesto aún de su sorpresa, cuando vió que se levantaba un tapiz para dejar libre el paso á una dama de portentosa hermosura y expléndido atavío.

Apenas hubo fijado en ella los ojos, reconocióla, y retrocedió exclamando con admiración creciente:

—¡Margarita!

En efecto: era la dama Margarita la ventera; pero transformada de tal modo y hasta tal punto embellecida con sus ricas galas de gran señora, que D. Pedro quedó atónito, deslumbrado.

Margarita adelantóse sonriente á él y tendiéndole la mano dijo:

—Pláceme que me reconozcáis y mi nombre recordéis. Es gran honor para mí, que un caballero cual vos, de tal modo se fijara en las facciones de una humilde ventera, vistas de noche y por corto espacio.

Fonseca cayó en que perdido estaba si asentía á las palabras de la joven, pues era como confesar que él fué el enmascarado que le entregó el pastel de truchas, y reponiéndose repuso:

—Os equivocáis, señora: yo no os conozco ni os he visto en mi vida.

—¿Cómo, pues, mi nombre sabíais, puesto que lo habéis pronunciado?—replicóle ella.

D. Pedro calló, viéndose cogido en un renuncio.

—Más afable debiérais ser con quien tan bien supo serviros,—prosiguió la joven,—y más consecuente con las promesas que para ponerme de vuestra parte me hicísteis. Que vuestros deseos fueron por mí cumplidos, os lo demuestra la muerte del infante D. Alfonso.

—¡Oh, callad!—exclamó el caballero, mirando receloso en torno suyo.

—Si no fuisteis vos el que el pastel envenenado me entregó, como pretendéis aparentar, ¿por qué os asusta que de ello hable?

Y añadió intencionadamente:

—No hay antifaz que guarde por completo un rostro á la penetrante mirada de una mujer. Esta descubre siempre un rasgo por el cual reconocer agradecida al que lisonjas la dirige, y vos tuvísteis la bondad de ser conmigo muy lisonjero.

* * *

¿Cómo insistir en negar?

Era inútil.

D. Pedro lo comprendió así, y abandonando el disimulo dijo:

—Explícame, Margarita, lo que tu cambio significa y para qué aquí me han traído.

Echóse á reir ella y repuso:

—Tan largo sois en pedir como corto en conceder. Explicaciones demandais de todo, y vos en cambio aún no habéis consentido en confesar que me conocéis.

—Pues bien, sí, te conozco, y yo te juro, que si lo que pasó entre nosotros callas y no me comprometes, sabré cumplirte cuanto para obtener tus servicios te prometí.

A estas frases contestó una carcajada sardónica, y levantándose de nuevo el tapiz de la puerta por donde había aparecido Margarita, se presentó Pacheco, diciendo:

—¡Bien, D. Pedro! ¡Lindo papel el de envenenador, para un noble caballero!

Fonseca llevó la mano al cinto, en busca de su espada, y entonces echó de ver que antes de conducirle allí le habían quitado sus armas.





CAPÍTULO XVI

De cómo siguió D. Juan los consejos de Tarsio



HIZO Pacheco seña á Margarita de que se retirase, y la joven salió después de saludar con una reverencia.

Quedaron solos los dos nobles frente á frente.

D. Juan avanzó hácia su prisionero y le dijo:

—Caballero Fonseca, en mi poder estáis y reconocido os habéis como cómplice, al menos, del envenenamiento del infante D. Alfonso.

—¡Falso!—replicó D. Pedro, á quien el instinto de la propia conservación y defensa hizo volver en sí.

—¡Cómo!—repuso con irónica tranquilidad el de Villena.—Desmemoriado y tornadizo sois en demasía. ¿Así desmentís las palabras que aquí mismo hace poco pronunciasteis? Ved que escondido escuché toda vuestra conversación con Margarita.

—¡Ha sido una traición, una infamia, un lazo más propio para ser tendido por rufianes que por un caballero!

—Mi risa provocáis, y á fé que no es este momento propio para reir. Si de traidora y rufianesca reputáis mi

conducta al apoderarme de vos, mi enemigo, y al procurar que vuestro crimen confeséis, ¿qué calificativos guardáis para juzgaros á vos mismo? ¿No es infame envenenar á un príncipe, y lo es hacer que el envenenador reconozca su delito? ¡Famoso modo de discurrir, por vida mía! Indigno es ciertamente de un caballero emplear el engaño y la intriga; pero cuando se dirigen contra un criminal, esos medios conviértense en legítimas armas de castigo y defensa. Y en fin, D. Pedro: convengamos en que la celada que os he tendido os contraría, puesto que os compromete; pero reconoced que he estado en mi derecho al tendérosla y que vos en mi caso habríais hecho lo mismo. Cada cual servimos nuestra causa á nuestro modo. Vos, envenenando á traición al adversario; yo, á traición apoderándome de mi enemigo. Traición por traición, la vuestra es más censurable. En vos hay maldad; en mí sólo astucia. Para vos, la justicia señala un castigo; para mí, por el contrario, habrá plácemes y elogios en los labios de cuantos vuestro crimen condenen. Ya véis, pues, si entre los dos existe diferencia, y si es bondad en mí daros estas explicaciones, cuando de ellas prescindir pudiera tratándoos como lo que sois y como merecéis.

***

Anonadado por estos razonamientos, D. Pedro no acertó á contestar.

—Para que os convenzáis de que mi indulgencia extremo,—prosiguió D. Juan,—asiento tomad y escuchadme. Quiero trataros como lo que sois, á pesar de todo: como un caballero.

Sorprendido quedó Fonseca por estas corteses frases, que no esperaba, y habiendo llegado hasta él la fama de intrigante de que gozaba Pacheco, tranquilizóse en cierto modo, pensando:

—Cuando de tal manera me trata, es que algo necesita de mí ó algo piensa proponerme. ¡Esperanza y prudencia! ¡Quién sabe si lo que creía un mal se convertirá para mí en un bien!

Y ocupando el asiento que su interlocutor le ofrecía, permaneció silencioso.

Sentóse á su vez Villena, y tras breve pausa dijo:

—No se os ocultará, D. Pedro, que de vuestra libertad y hasta de vuestra vida dispongo. En mi poder os tengo, y bastara que vuestro crimen revelase, para que la justicia tomase sobre sí el cargo de castigaros. El mismo don Enrique, adversario del difunto D. Alfonso, no aprobaría lo que habéis hecho, y contra vos y hasta contra su esposa, descargaría todo el peso de la ley.

—No hay por qué ni para qué mezclar á la reina doña Juana en este asunto,—protestó Fonseca.

—Ved que contra la reina no he formulado acusación alguna,—replicó D. Juan,—y que vuestra innecesaria é imprudente defensa más la perjudica que favorece.

Mordióse D. Pedro los labios, comprendiendo que había cometido una indiscreción, y Pacheco prosiguió:

—Pláceme, no obstante, que tales muestras de caballerosidad y adhesión para con vuestra señora déis, pues ellas me prueban que no habéis obrado por maldad, y esto aminora vuestra culpa. Un malvado que ejerce el crimen, por el sólo placer de ejercerlo, no se esfuerza de tal modo en defender á un ausente, cuando en no defenderlo y echar sobre él la responsabilidad de sus actos, estaría quizá su salvación. Pero se os alcanzará, Fonseca amigo, que yo no puedo creer, ni creer puede nadie, que por vos y ante vos hayáis envenenado á D. Alfonso. ¿Qué beneficio os procurábais con ello? ¿Sois, acaso, el sucesor y heredero de los derechos del infante, para que en adelantar su muerte tuviérais interés y empeño?

Interrumpióse Villena, para observar en el rostro de su interlocutor el efecto que producían sus palabras, y luego continuó diciendo:

—Hay, pues, que suponer, que las órdenes de alguien habéis obedecido. ¿Y de quién pueden ser esas órdenes sino de D.ª Juana, á la cual servís y á la cual interesaba la muerte de D. Alfonso, puesto que éste disputaba la corona á su hija?

—¡Repito que la reina no ha intervenido para nada en este asunto!—exclamó D. Pedro.

—Calma, no os exaltéis, que la exaltación es peligrosa, y seguid oyéndome. Puede ser verdad lo que decís.

—¡Lo es!

—Quiero admitir que lo sea: que D.ª Juana no haya deseado la muerte del hermano de su esposo y hasta que la llore como una gran desgracia. Ya véis si rindo homenaje á su inocencia y sus virtudes. Pero ¿creerán lo mismo los demás? Si yo divulgo la noticia de que D. Alfonso ha muerto envenenado por vos: ¿no dirán todos "ha obedecido, al envenenarle, las órdenes de la reina?" Vamos, sed franco y decidme si tengo ó no razón en mis suposiciones.

—Ciertamente.

—¡Gracias á Dios que al fin os decidís á ser sincero! Y comprenderéis, también, que de vuestro castigo participaría D.ª Juana, sin otras pruebas de su culpabilidad que las de la vuestra. Porque la gente es calumniadora y maliciosa, D. Pedro amigo: han dado en decir, y hasta mí han llegado tales habladurías, que entre vos y la reina hay algo más que respeto y lealtad por parte vuestra y gratitud por la suya; que hay amor; en fin, que sois el sucesor de D. Beltrán de la Cueva, en los favores de doña Juana.

* * *

Indignado, colérico, Fonseca púsose en pié exclamando:

—¡Mienten! ¡Y ay de quién á sostener se atreva lo que vos repetís! Vos mismo, si lo sostenéis, devolvedme mis armas, y ofrecedme ocasión de castigar y desmentir con ellas vuestras calumnias.

—Advertid,—replicó Pacheco,—que yo no he dicho que crea lo que os repito, sino sólo que la gente lo murmura; y esas murmuraciones, sean ó no fundadas, contribuirían á hacer participar á D.ª Juana de la responsabilidad de vuestro crimen, en cuanto de él se tuviese noticia. Esto es lo único que me he propuesto demostraros.

Cambiando de tono, y con refinada hipocresía, añadió:

—Por lo demás, habed en cuenta que yo nunca tuve á la reina por culpable de los deslices que todos le achacan. Para mí, D. Beltrán de la Cueva fué un fiel súbdito y servidor suyo, no un amante; y lo mismo creo con respecto á vos.

Tal asombro produjeron estás palabras en Fonseca, que mirando quedóse á Pacheco un buen espacio:

Al fin dijo:

—¡Cómo! ¿Así habláis, vos que fuisteis uno de los primeros en negar los derechos de la princesa D.ª Juana al trono? ¿Vos, que sois de los que la ultrajáis llamándola despreciativamente la *Beltraneja*? ¿Vos, que á D. Alfonso defendísteis y á D.ª Isabel os disponéis á servir? ¿Vos, en fin, que fuisteis siempre el más implacable enemigo de la reina? Contradicción tan grande advierto entre vuestras palabras y vuestro proceder, que por burla tomo las primeras, y en la memoria las guardo, para castigarle cuando ocasión se me ofrezca.

—Sois injusto conmigo,—repúsole Villena, extremando su hipocresía.—¿Qué otra cosa hice yo, al fin y al cabo, que seguir la corriente general? Creí lo que todos creye-

ron y obré como los demás obraron. Cuando el mismo D. Enrique reconocía y publicaba la deshonra de su esposa, que era su propia deshonra, ¿había yo de ponerla en duda? Pero después héme convencido de que todo era mentira, de que D.ª Juana es inocente, y en respeto trocóse la aversión que antes le tuve.

—¿De veras habláis?

—Lo que siento os digo, y de que estos sentimientos míos lleguen á oídos de la reina se trata y para lograrlo me he apoderado de vos, del modo que antes reprochábais; con que mirad si son distintas mis intenciones de lo que suponíais.

* * *

Tornó á sentarse Fonseca sonriendo.

—Bien supuse al pensar que necesitaba de mí,—se dijo,—y por lo tanto nada tengo que temer. Su propio interés me escuda. Con fines que aún desconozco, vuelve sus ojos á D.ª Juana, y á fé que es hombre cuya alianza no debe rechazarse. Veremos.

Y aguardó á que Pacheco se explicara más claramente.

—Como antes os demostré,—dijo D. Juan,—puedo perderos á vos y á la reina; pero no son tales mis propósitos. Hé aquí mi deseo. Nadie tendrá noticia de cuanto entre nosotros ha ocurrido. Yo mismo lo ignoro todo: no sé ni que habéis estado en Avila ni que á Margarita la ventera entregásteis un pastel envenenado para que lo sirviese á D. Alfonso. Todo esto no existe, es un misterio; y como que ignorando todo eso yo no tengo motivo para reteneros prisionero, os devuelvo la libertad, con una condición sola.

—Decid.

—Que partáis lo más pronto posible de Avila...

—Ahora mismo.

—Y que en busca de doña Juana vayáis, para decirle cuanto yo he hecho y cuanto de ella os he dicho.

—Comprendo. ¿Queréis por mi mediación congraciaros con la reina?

—Sí.

—Dadlo por conseguido. Mi señora sabrá apreciar y agradecer en lo que valen la generosidad de vuestra conducta y la nobleza de vuestras intenciones.

—Deseo aún más.

—¿Qué más pedís?

—Que doña Juana me brinde pronta ocasión de personalmente ofrecerle mis respetos.

—¿Una entrevista con ella?

—Eso es.

—Contadla también por concedida.

—De esa entrevista puede resultar algo beneficioso para todos.

—Así lo espero.

—Sólo me falta ya haceros una advertencia.

—¿Cual?

—Que si en mis pretensiones no soy atendido, como creo merecer.... puede volver á mi memoria lo que antes he prometido olvidar.

—No habrá motivo para que lo recordéis.

No necesitaron hablar más para ponerse de acuerdo. Entre hombres como ellos holgaban las explicaciones.

—Mi palacio honrad descansando en él algunas horas, —dijo Pacheco levantándose,—mientras órdenes doy para que vuestro viaje se disponga.

Y acercándose á una puerta exclamó:

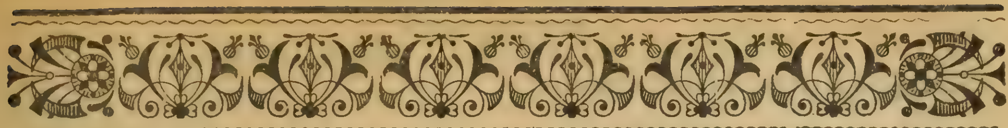
—¡Hola!

Presentóse un paje.

—Este caballero conduce á la cámara que le ha sido preparada,—díjole D. Juan.

D. Pedro saludó con una profunda reverencia y salió de la estancia.





CAPÍTULO XVII

La partida



No bien Fonseca hubo salido de la cámara, Tarsio se presentó á Pacheco, diciéndole:

—Discreto has estado y mi parabién te doy por lo oportunamente que has seguido mis consejos.

—¿Oiste?—interrogó D. Juan.

—Todo.

—Y de la ventera, ¿qué me dices?

—Que es una muchacha que promete y de cuyo ingenio te podrás servir en más de un caso.

—Premiar quiero sus servicios como le prometí y merece.

—No de una generosidad nueva en tí llevar te dejes. Sean otros los que sus buenos oficios paguen, y así al par que beneficiosos te resultarán baratos.

—Explícate.

—Es muy sencillo. Tu plan, ó por mejor decir nuestro, pues á los dos corresponde por igual la gloria de haberlo concebido y ejecutado, tiene dos puntos débiles por los que derrumbarse pudiera el edificio de nuestras ilusiones.

—¿Cuales?

—Margarita y Sebastián.

—No te comprendo.

—Si ellos declarasen que al tanto de todo lo ocurrido estabas, no bien parada quedaría tu fidelidad á D. Alfonso, á D.ª Isabel y aun al mismo D. Enrique con quien de congraciarte tratas.

—Es verdad.

—Precisa por lo tanto que silencio les impongas.

—¿De qué modo?

—Hélo aquí.

* * *

Acercóse Tarsio á su señor, y bajando la voz le dijo:

—Si á Margarita pagas con oro el favor que te ha hecho y en libertad la dejas para que á otro venda sus servicios, traición pudiera hacerte revelando lo que te conviene que calle, pues si las amenazas y las promesas decidiéronla ó complacerte, de iguales medios podrían valerse otros para ponerla de su parte.

—Tienes razón,—asintió Villena.

—Para que tal no haga, comprométela más en nuestro asunto, y así, por propio interés, continuará siéndote adicta.

—Bien; pero necesito cumplirle lo prometido.

—Déjame concluir de exponer mi pensamiento.

—Prosigue.

—Prometiste á la ventera, para que mejor te ayudara en tus deseos, convertirla de villana en gran señora.

—Y bien...

—Hazlo.

—Pero...

—¿No te parece que colmaría sus aspiraciones, el verse convertida en dama de la reina doña Juana?

Pacheco miró á su confidente y consejero con asombro, y él añadió:

—La cosa es fácil. Si tú recomiendas Margarita á la reina y haces que D. Pedro en su compañía se la lleve, tu recomendación no será desatendida, pues impórtale á la esposa de D. Enrique contentarte, para mejor facilitar vuestra alianza futura. Además, á ellos conviéneles más que á tí que la ventera calle, y para conseguirlo se prestarán á protegerla de buen grado. De este modo ellos con su protección la pagan y sus servicios te resultan al par que buenos baratos.

—Pláceme la idea,—asintió Pacheco.

—Y aún hay más.

—Dí.

—¿No pudiera ser junto á la reina esa joven, persona que al corriente te tuviese de cuanto respecto á D.ª Juana te conviniera saber?

—¿Me propones que la convierta en espía?

—Ni más ni menos. No le faltan condiciones para el desempeño de tal papel.

—¡Pensamiento peregrino que acepto y alabo!

—Realízalo y no te pesará. Hablemos ahora de Sebastián.

—¿Del villano?

—Sí.

—Sepamos qué es lo que respecto á él se te ocurre.

*
* *

Comenzaba Pacheco á atender las advertencias de su nuevo confidente, hasta con cierto respeto.

Reconocía la superioridad de su astucia y la acataba.

—Dime ante todo,—siguió Tarsio,—lo que de ese pobre diablo hacer pensabas.

—Dejarlo en libertad,—respondióle Villena, encogiéndose de hombros.

—Imprudencia indigna de tí. ¿No se te alcanza que si él confiesa que á tiempo te previno del envenenamiento que no evitaste, estás perdido?

—Pues quede para siempre encerrado donde con nadie hable.

—Ese es consejo de tu perversidad, y los malos instintos son peligrosos consejeros. ¡Pobre mozo! ¿Por qué en la lozanía de su juventud, á reclusión perpétua has de condenarle? Procura servirte de él en lugar de inutilizarlo, y te tendrá más cuenta. Tómalo á tu servicio, ténlo junto á tí y obligale de esta manera á que calle.

—¿Callará?

—En ello fía, si amordazarlo sabes con razones en las que las promesas y las amenazas por igual se junten. ¿Me autorizas para que en tu nombre este asunto arregle?

—Haz lo que quieras.

—Pues yo te aseguro que en breves momentos de plática con él, te lo convertiré en servidor leal y adicto. Y como el tiempo apremia, pues conviene que D. Pedro parta antes que la claridad del día pudiese denunciar su marcha, á enviarte voy á la ventera, para que la hables mientras yo con el villano me entiendo.

Sin decir más ausentóse y D. Juan se quedó pensando:

—Suerte grande ha sido para mí el auxilio de este farsante. Su ingenio se adelanta á mi conveniencia, y medios me propone para facilitar el triunfo de mis proyectos.

***

Entró Margarita y Villena le dijo:

—Acércate.

La joven obedeció humilde y respetuosa.

—Ante todo,—agregó el caballero,—mi enhorabuena te doy por lo bien que has sabido desempeñar mi encargo. Eres inteligente al par que hermosa, y á poco que de tu parte pongas, un brillante porvenir te aguarda. Oyeme, sírveme, como antes me has servido, y espera en mí y en tu fortuna.

—Os escucho, señor,—respondió ella.

Platicaron en secreto durante largo rato, mientras el idiota sacaba á Sebastián de donde estaba encerrado y sostenía también con él detenida y misteriosa plática.

Tan fácilmente entendiéronse Tarsio y el villano, como D. Juan y la ventera, sin que sea del caso consignar las razones que entre unos y otros mediaron.

Pacheco puso fin á su conversación diciendo:

—¿Estás al tanto de lo que te exijo?

—Descuidado quedad, señor,—respondióle Margarita;—que como la reina á su servicio me tome, no habrá acción ni pensamiento suyo de que no tengáis pronto aviso.

—Pues á prepararte vé para la partida.

El idiota, por su parte, dijo á Sebastián:

—¿Me has entendido?

—Sobradamente,—contestó el villano,—y gracias te doy por la ocasión que me brindas de vengarme de la mujer que con burlas y engaños correspondió á mi cariño.

—Pues aquí quedas desde ahora para siempre. Cumple tus promesas, que yo cumpliré las mías.

Y llamando al intendente de Villena, Tarsio díjole:

—De orden de nuestro señor, este mozo queda desde ahora al servicio de la casa.

* * *

Comenzaba á clarear el nuevo día, cuando Fonseca se

despidió de Pacheco para montar con su escudero en los caballos al efecto prevenidos, y partir de Avila.

—Una gracia he de demandaros,—díjole D. Juan.

—Mejor dijérais que teníais una orden que darme,—replicó D. Pedro,—pues deber y satisfacción es en mí el complaceros.

—Una persona hay que deseo recomendéis á D.ª Juana, para que á su servicio la tome. Llevadla con vos y presentadla á la reina. Aquí la tenéis.

Y haciendo seña á Margarita, que hallábase alejada algunos pasos, la presentó á Fonseca.

Este sonrió y dijo irónicamente:

—Vuestra intención comprendo. Queréis tener á nuestro lado quien nos espíe y de nuestras intenciones os avise.

—Mal interpretáis mi delicadeza,—repuso gravemente D. Juan.—Lo que quiero es entregaros la que comprometeros pudiera si lo que á mí me ha revelado á otros revelase.

—Sea como sea, vuestro encargo acepto.

Montaron D. Pedro, Margarita y Nuño en los caballos para ellos prevenidos y partieron tras afectuosa despedida.

Sebastián, que oculto estaba contemplando esta escena, acercóse á Tarsio y díjole por lo bajo:

—¡Se va la infame!

—Pero volverá,—respondióle el idiota,—En mi palabra fía. Ocasión te ofreceré para tu venganza.

A solas poco despuès Pacheco en su cámara, decíase:

—Mis deseos se cumplen. Hoy mismo partiré para Madrid, donde con D. Enrique concertaré el convenio en nombre de la liga, y después... En buena armonía con el rey, la infanta y D.ª Juana, serviré al que á mis intereses más convenga. Lo que sí puedo asegurar desde ahora, es que D.ª Isabel no se casará con D. Fernando.





CAPÍTULO XVIII

Un aviso misterioso



ASI al tiempo mismo que D. Pedro, partía de Avila el enviado del arzobispo de Toledo, siendo portador de la respuesta de la infanta al mensaje de su eminencia.

Conocidos los sentimientos de Isabel, no hay que decir que la respuesta era favorable á los deseos del prelado.

De momento únicamente tuvo noticia de ella, D.ª María de la Torre, confidente de su Alteza; y del particular hablaban horas después D.ª Isabel y su dama, tregua dando por aquel día á la labor y á la piadosa lectura, que es amor tan absorvente tirano, que la atención no consiente compartir con nada, de aquel á quien por su bien ó por su mal domina.

Dando lugar á las ilusiones, sustitutas de la inquietud en el ánimo de la real y enamorada doncella, ésta decía:

—¿Qué pensará de mí D. Fernando, cuando mi contestación sepa? Si de veras me ama, ¿no experimentará la misma alegría que experimenté yo al conocer sus sentimientos?

—Tenedlo por seguro, mi señora,—respondióle D.ª Ma-

ría;—y no dudéis de que desde ahora, vuestro nombre será frecuentemente pronunciado y bendecido.

Sonrió la infanta, dando á entender con ello el halago que hallaba en las anteriores frases, y exclamó:

—¡Ansias me acosan de confesar mi amor á todo el mundo, para que mi alegría conozcan y mi felicidad envidien!

—No hagáis tal.

—¿Por qué?

—Porque lo contrario os aconseja su eminencia en su mensaje, y él sabrá la causa.

—Razón te sobra; pero no cabe en mi corazón dicha tan grande y partícipes deseara hacer de ello á cuantos me rodean. Además: no se me alcanza la razón de tal misterio. Temor parecen encubrir las prudentes y sigilosas advertencias del arzobispo y no comprendo quién puede haber que á mi amor se oponga.

* * *

A esta sazón interrumpió la plática un ugier, que iba á anunciar la llegada á palacio del noble D. Juan Pacheco, marqués de Villena.

Recibióle sin demora la infanta, y Pacheco, después de saludarla con el debido respeto, díjole:

—A despedirme vengo de vuestra Alteza, pues á Madrid parto para en nombre de la liga procurar un pacto con vuestro hermano D. Enrique, según las condiciones convenidas y por vos autorizadas.

—Id con Dios, noble Villena,—le respondió D.ª Isabel,—y el cielo guíe vuestros pasos é inspire vuestra conducta. Noble es la empresa que acometéis; venced en ella. A mi hermano decid cuán grande es mi deseo de llegar á una avenencia y de que la paz nos una á todos, iluminándonos con sus purísimos rayos. ¡Ojalá el olivo y el laurel entre-

lazados, adornen siempre desde hoy los escudos de vuestros reinos! ¡Id con Dios, y mis votos por el éxito de nuestra empresa os acompañen!

Dióle á besar su mano, y ya disponíase Pacheco á abandonar la cámara, cuando de improviso penetró en ella un hombre de la servidumbre del marqués.

Era Sebastián.

Quedóse confuso y cortado al hallarse en presencia de D.ª Isabel, y ésta, entre enojada y curiosa, preguntóle:

—¿Quién eres? ¿Qué deseas? ¿Por qué hasta mí llegas, sin mi venia haber antes solicitado?

Lleno de turbación cayó el villano de rodillas y tembloroso balbuceó:

—¡Perdón, señora! Por primera vez vine hoy á este alcázar acompañando á mi señor. Maravillado y curioso, por las grandezas que aquí se encierran, atrevido aventuréme por cámaras y galerías y á esta estancia llegué sin saber cómo. ¡Perdón por mi desacato que reconozco y del que me arrepiento!

Lástima despertó en la infanta el terror del pobre mozo y una indulgente y bondadosa sonrisa asomó á sus labios.

—Servidor mío es,—díjole Pacheco,—y ordenaré le impongan el castigo que vos misma señaléis.

—No, D. Juan,—respondió ella.—Compasión y no castigo merece por su ignorancia. Si con tal rigor juzgamos las faltas involuntarias, ¿qué reservaremos para las que tienen por origen preconcebida y malvada intención?

—Como vos queráis, señora.

—Bástele como castigo el reconocimiento de su osadía, y sírvale lo ocurrido de enseñanza, para que en casa ajena nunca se aventure sin persona que le guíe ó permiso que le autorice.

—Da las gracias á su Alteza por su bondad y aléjate, —dijo Pacheco á Sebastián.

Saludó éste hasta casi tocar con la frente el suelo, y tembloroso salió, caminando de espaldas.

No debía tener un desconocimiento tan grande del alcázar, como para su disculpa alegaba, pues sin vacilar ni extraviarse llegó al patio, donde los hombres de la escolta de Pacheco aguardaban á su señor.

Entre ellos hallábase Tarsio.

Adelantóse el idiota al encuentro del antiguo amante de Margarita, y con sigilo y ansiedad preguntóle:

—¿Cumpliste tu cometido?

—A maravilla,—respondió Sebastián sonriendo.—El ardid que me aconsejaste produjo el efecto deseado y sirvióme para llegar hasta la cámara de la infanta sin inspirar sospechas.

—¿El pliego que te entregué?

—Allí queda, en sitio donde facilmente pueda ser encontrado.

—Bien. Airoso has salido de esta primera prueba, y si tu astucia y tu lealtad sigues mostrándome, las promesas que te hice se verán pronto cumplidas.

—En ello fío.

* * *

No bien Pacheco hubo salido de la presencia de la infanta, D.ª María lanzó una exclamación de sorpresa al ver un pliego, cuidadosamente cerrado y sellado, puesto sobre un sitial.

—Ved, señora, lo que aquí hay,—dijo.

—¿Qué es?—preguntó Isabel.

—Un pliego.

—Sin duda caérsele debió de la escarcela á D. Juan.

—No, pues hacia este lugar no encaminó sus pasos el de Villena. Además, mirad: está á vos dirigido.

—¿A mí?

—Vedlo.

—En efecto.

En el pliego leíase: «Para su Alteza la infanta.»

—¡Extraño es en verdad, por vida mía!—exclamó doña Isabel.—¿Quién pudo este pliego poner en ese sitio, y con qué objeto?

—Leedlo y saldréis de dudas.

—Dices bien.

Rompió la infanta los sellos, y como para su dama no tenía secreto alguno, leyó en voz alta lo que sigue:

«Señora: el amor que ocupa vuestro noble corazón, y en el que fundáis legítimas esperanzas de venidera dicha, no es un secreto, como sin duda pensáis; hay quien de él tiene noticia y estorbarlo se propone con su poder, que es muy grande, y con su maldad, que no tiene límites.

»Si vuestra felicidad, pues, deseais, velad por ella, pues la traición la acecha y el egoismo la persigue.»

No decía más el pliego; pero era sobrado para despertar el temor en el ánimo de D.ª Isabel.

—Que es verdad lo que en este secreto aviso se me anuncia, lo prueba el aviso mismo,—dijo;—pues demuestra que ciertamente hay quien mi amor conoce, cuando yo de todos lo creía ignorado. Que haya quien por maldad ó interesados móviles á mi ventura se oponga, tampoco lo dudo: ¡hay tantos en quienes las malas pasiones hallan abrigo!... Lo que no acierto á adivinar es quién sea el amigo misterioso que tan oportunamente me advierte los peligros que me amenazan. ¿Por qué á mí no se presenta, y acreedor haríase á mi gratitud?

—Eso mismo desconfiar debe haceros del aviso,—repuso D.ª María.

—No, que fuera insensatez despreciar lo que la prudencia aconseja tener en cuenta. Ahora más que nunca guardará mi amor el secreto que el arzobispo me reco-

mienda en su mensaje y tú me aconsejabas hace poco.

Y con tristeza y amargura exclamó:

—¡Que no ha de haber sentimiento noble y puro, que envidia no despierte ó injusto rencor no provoque!

Después, con la energía que le era propia, añadió:

—Pues no han de servir manejos de la maldad ó el egoismo, para imponerme el sacrificio de mis sentimientos. Amo á D. Fernando, y puesto que él también me ama, su esposa seré á despecho de todo y de todos.

Guardó el misterioso aviso y en vano ella y su dama intentaron adivinar de quién venía y quién en el sitio lo puso donde fué hallado.

Ni por un instante se les ocurrió que su portador pudiera haber sido el pobre mozo que con atrevimiento inconsciente, penetró hasta aquella cámara.

***

Regresó mientras tanto Pacheco á su morada, donde se ultimaban los preparativos para su inmediata partida.

No bien hubo llegado á ella, anunciáronle la visita de D. Manuel de Medina, al que recibió con exageradas manifestaciones de consideración y respeto.

—Dispensad, Villena,—dijo el padre de D.ª Violante,—si á molestaros vengo con el deseo natural y la natural curiosidad de inquirir noticias de nuestro prisionero.

Miróle D. Juan, con asombro admirablemente fingido, y respondióle:

—¡Nuestro prisionero, decís! A entenderos no alcanzo, Medina amigo.

—¡Cómo! ¿Es posible? ¿No recordáis?...

—Nada en absoluto de cuanto dicho habéis.

—¡Es extraño! Ayer me presenté á vos para preveniros que D. Pedro de Fonseca, sobrino del arzobispo de Sevilla...

—¡Ah, sí! ¡Ahora recuerdo!

—Inexplicable paréceme en verdad vuestro olvido.

—Hablaisme de un asunto en el que no he vuelto á pensar desde que de aquí partisteis.

—No obstante lo cual, de D. Pedro os apoderásteis y en vuestro poder lo tenéis.

—¡Yo!

—¿Osais negármelo?

—Claro que sí.

—Vuestra reserva es inconcebible.

—Más inconcebible aun paréceme vuestro empeño en hablarme de lo que no entiendo.

Formalizóse Medina y con gravedad dijo:

—Hablemos claro, D. Juan.

—¿Claridad demandáis?—replicó Pacheco.—¡Que me place! Pues oid. Después de nuestra entrevista de ayer, parecióme, que aunque vos os habíais asignado el papel poco honroso de delator en este asunto, no cuadraba á mi dignidad el de esbirro, y decidí no ejercerlo, por lo que desistí de apoderarme de Fonseca.

—Pero si de él os apoderásteis,—replicó Medina.

—¿Yo?

—O vuestros hombres: es igual. Presencié la captura desde una de las ventanas de mi palacio, y á vuestro escudero reconocí.

—¿Con que espiábais? Pues bien, no lo niego. El arrepentimiento entróme después, cuando ya D. Pedro estaba en esta casa.

—¿Y qué hicisteis con él?

—Dejéle en libertad y de Avila partió hace algunas horas.

* * *

La cólera reflejóse en el semblante del noble anciano.

—¡Lo que habéis hecho,—exclamó indignado,—tiene un nombre, Villena: el de traición!

D. Juan echóse á reir.

—¿Osaríais delatarme como traidor?—replicó con cínico descaro.

—¿Por qué no, puesto que á un enemigo amparáis, hurtándolo á nuestra venganza?

—Es muy cierto; pero habed en cuenta que si tal hacéis, sabrán todos que á delatarme vinisteis á Fonseca, no como enemigo de nuestra causa, sino como á seductor de vuestra hija, y que falto de valor para vengar vos mismo vuestra deshonra, á la delación apelasteis para que otro la vengara.

Inclinó D. Manuel la cabeza, abrumado por estas palabras, y el marqués añadió con ironía:

—Denunciadme ahora como traidor, si os atrevéis.

Pasados unos instantes, Medina dijo con amarga serenidad:

—Una cobardía cometí, y vos la castigáis con una infamia: es justo. Por hoy no tengo el derecho de pediros cuenta de vuestro proceder; pero acaso no tarde mucho el día en que una explicación de vuestra conducta os demande. Una lección habéisme dado y la acepto. Buscaré á Fonseca, vengaré en él mi deshonra que no oculto, como vengarla cumple á un noble caballero, y después, si con vida escapo de mi venganza, en vuestra busca vendré para echaros en cara vuestra villanía. Hasta la vista, marqués.

—Con Dios vayáis,—le respondió D. Juan burlonamente.

Y despidióle con una carcajada.

El de Medina llegó á su palacio, ordenó que dispusiesen uno de sus caballos, montó en él y abandonó la ciudad, seguido únicamente de su escudero, sin decir á nadie á dónde iba.

Para que su partida no advirtiesen, llevaba echada la celada del casco, y bajo aquella máscara de hierro el pobre anciano lloraba repitiendo:

—¡No habrá para mí paz ni sosiego hasta que mi venganza cumpla!

También Pacheco abandonó aquel día la ciudad, dirigiéndose á Madrid, á donde le llevaba el pretexto aparente de conferenciar con D. Enrique en nombre de la liga; pero á donde le conducían en realidad su interés y su codicia, como muy pronto veremos.





CAPÍTULO XIX

La favorita del rey



TRASLADÉMONOS también nosotros á Madrid, á donde el rey D. Enrique habíase retirado vistiendo riguroso luto por la muerte de su hermano y rival, el infante D. Alfonso, y donde á la vez dispuso se celebrasen grandes fiestas, á las que en persona asistió, como muestra de regocijo por el fallecimiento del que le disputaba el trono.

Conducta astuta, digna de aquel rey, sujeto por su propia debilidad á las extravagancias de su capricho.

Fueron las fiestas espléndidas y en ellas lució su gracia y su belleza la hermosa D.ª Guiomar, amante del rey, como nadie ignoraba.

D. Enrique mismo la distinguió en el torneo con la honra de ser la que por su mano entregara el premio al vencedor, y la mayoría de los más nobles caballeros, aduladores á fuer de cortesanos, aunque en su interior reprochaban aquel cínico alarde de ilícitos galanteos, apresuráronse á ir á quemar el incienso de la lisonja á los pies de la afortunada favorita; detalle que por sí solo da idea de las corrompidas costumbres de la época.

Pero lo que más admiración causó en las mencionadas fiestas, fué la asistencia á ellas, formando parte del cortejo real, de D. Juan Pacheco, marqués de Villena, antiguo favorito de D. Enrique y partidario después de D. Alfonso.

Como nadie sabía la misión que Pacheco, en nombre de la liga, estaba encargado de desempeñar cerca del rey, todos admirábanse de una reconciliación tan repentina.

Más se habrían admirado aún, á saber que D. Enrique aceptaba las condiciones todas impuestas por los de la liga, incluso la de proclamar heredera del trono á su hermana Isabel, con lo que tácitamente confirmaba su deshonra, reconociendo que la princesa D.ª Juana no era su hija.

* * *

Al día siguiente del torneo, el rey convocó á los grandes y nobles de su consejo, decidido á manifestarles su resolución de suscribir las condiciones todas impuestas por la liga, para de este modo terminar la guerra; y antes del consejo, rodeado de su corte, recibió en pública audiencia.

Colocado cerca de D. Enrique, Pacheco hacía ostentación de nueva y futura privanza, con lo que por adelantado provocaba la envidia de nobles y cortesanos.

Terminaba ya la audiencia, cuando en la regia cámara presentóse una dama, envuelta en negro manto y cubierto con el mismo el rostro.

—Buen talante,—dijo á los que le rodeaban D. Enrique, quien complacíase en hacer alardes de una galantería no siempre sincera.

En aquella ocasión sus alabanzas eran justas, pues merecíalas la encubierta por lo majestuoso de su andar, lo arrogante de su apostura y lo esbelto de su cuerpo.

Llegó al pié del trono, arrodillóse en su primera grada y descubrió el semblante.

Una exclamación de sorpresa escapóse de los labios de todos, incluso de los del rey.

La encubierta era D.ª Guiomar, la favorita del monarca, la que el día anterior recibió en público inequívocas muestras de preferencias reales.

¿Cómo y por qué se presentaba en palacio de aquel modo, cual una desconocida, despojada de joyas y adornos, vistiendo tosco sayal y cubierto el rostro con el negro manto que la envolvía?

Nadie acertaba á descifrar aquel enigma, y únicamente convinieron todos en que la favorita del rey estaba también muy hermosa de aquella manera.

* * *

La misma curiosidad impuso silencio, y dominándose, D. Enrique preguntó con voz temblorosa:

—Decid, señora: ¿qué gracia venís á demandar de mi real munificencia? Alzaos y exponed vuestros deseos.

Permaneció D.ª Guiomar arrodillada, y con humildad repuso:

—Vengo, señor, á solicitar vuestro real amparo, para remedio de una inmensa desgracia que me aflije. No desoigais mi súplica y sed una vez más indulgente y bondadoso.

—¿Una desgracia decís?

Y el monarca, que la noche anterior, algunas horas antes habíala visitado rendido en su propia casa, celebrando con ella íntimo y prolongado coloquio, mirábala ansioso y asustado.

—Permitid que la índole de mis desdichas no os confíe,—prosiguió la favorita;—son de naturaleza tal, tan grandes y tan amargas, que sólo en mi corazón pueden hallar albergue, y fuera en mí imprudencia y temeridad el publicarlas. Básteos saber, señor, que yo era venturosa,

y que el bien de mi felicidad he perdido en el breve transcurso de algunas horas, perdiendo con él, al mismo tiempo, la esperanza de recobrarlo.

Lloraba al expresarse de este modo, y con su llanto crecían el asombro y la confusión del rey y de cuantos le rodeaban.

Secó la dama sus ojos y añadió:

—La gracia que á demandaros vengo, es que vuestra real influencia interpongáis para que me sea permitido retirarme á un claustro, donde alejada del mundo acabe los tristes días de mi existencia mísera.

—¿Pedís mi venia y ayuda para encerraros en un convento?

—No queda otra solución á mi infortunio.

* * *

Tentado estuvo el monarca de bajar del trono, y allí, en presencia de la corte toda, apostrofar duramente á la que pretendía abandonarle, cuando más sujeto se hallaba al encanto de sus hechizos.

Contúvose á duras penas y limitóse á decir:

—Aunque tengo por injusta crueldad la vuestra, al querer privar al mundo del atractivo de vuestra belleza, prometo proveer vuestra demanda, si no hay razones poderosas que en contrario se opongan. Id, pues, confiada, y mi resolución aguardad.

—Las gracias os doy por vuestra generosa indulgencia, señor,—repuso D.ª Guiomar, inclinándose humilde.—En vuestra real palabra fío y ansiosa esperaré el cumplimiento de ella.

Y saludando por última vez, levantóse y salió de la regia cámara.

La presencia del monarca no fué bastante para conte-

ner los comentarios y las murmuraciones de los cortesanos, acerca de lo ocurrido.

Todos miraban maliciosamente á D. Enrique, suponiéndole quizá causante de lo mismo que comentaban, y él, inquieto y nervioso, dijo:

—La audiencia ha terminado, señores.

Pero no le sirvió esto para quedar solo, como deseaba.

Convocado el consejo, hubo de asistir á él, para autorizar sus deliberaciones.

Aunque se trató de asuntos tan graves como las proposiciones que Pacheco presentaba en nombre de la liga y la proclamación de D.ª Isabel por heredera del trono, estuvo distraído, sin fijarse en nada y aprobando, por acabar pronto, cuanto sus consejeros le proponían.

Las bases del convenio con los nobles de la liga, quedaron acordadas; y al estampar su firma al pié de ellas, D. Enrique no pensaba en lo que hacía, sino en la extraña resolución de D.ª Guiomar.

Para él tenía más importancia un capricho de su favorita, que el porvenir de su pueblo.





CAPÍTULO XX

Del mundo al claustro



No bien hubo anochecido, el rey salió de su alcázar, por una puerta excusada, sin otra compañía que la de uno de los caballeros de su confianza, y envueltos los dos en largas capas, cuyo embozo cubríales el semblante.

Encamináronse presurosos á casa de D.ª Guiomar, la cual esperaba la visita del rey, no en traje de penitencia como á él se presentó pocas horas antes, sino prendida con lujosas galas y ricas joyas, que aumentaban su hermosura.

El servidor que tenía en acecho avisóle la llegada del monarca, y la cortesana adoptó una postura provocativamente voluptuosa, para que en ella la sorprendiese su visitante, al llegar á su presencia sin previo anuncio.

Aparentó no verle cuando en la cámara entró D. Enrique, y éste, después de contemplarla á su sabor breves instantes, fué á arrodillarse ante ella y le besó la mano.

—¡Oh, señor!—exclamó D.ª Guiomar, fingiéndose sorprendida.

Y pasando del fingido respeto al mentido halago, le echó los brazos al cuello, agregando:

—¡Mi bien! ¡Mi dueño!

***

Sentáronse juntos, con las manos entrelazadas, y don Enrique dijo:

—Explicaciones demando, hermosa mía, de la extraña petición con que hasme sorprendido. ¿Qué desgracia te aflige para que á todo intentes renunciar, hasta á mi cariño?

—¡Y me lo preguntáis!—repuso ella.—¿Puede haber para mí mayor desgracia, que la de incurrir en vuestro desagrado?

—¿Qué causa pudo hacerte suponer tal desatino? ¿No me ves más rendido que nunca á tus encantos?

—La cortesía, señor, es deber en un noble caballero, y vos, á más de caballero y noble sois rey. ¿Qué hay, pues, de extraño, en que la cortesía extreméis para disimulo de vuestro cansancio ó vuestra indiferencia?

—¿De cansado ó indiferente me tachas, cuando me ves más enamorado?

—Pues si de veras lo estáis, ¿por qué de vos pretendéis alejarme?

—¡Yo!

—Sucesos que se preparan y de los que por mi bien tengo noticia, harán nuestra separación indispensable.

—No te entiendo.

—¿De veras? Pues oid.

Clavó la cortesana en el rey su penetrante mirada, y dijo:

—Sé que convenida tenéis vuestra reconciliación con vuestra hermana Isabel, sé que la proclamaréis sucesora al trono y sé que la traeréis á vivir á vuestro lado.

—¿Cómo sabes eso?—preguntó Enrique, con verdadero asombro.

—El cómo importa poco, señor, que cada cual apela á los medios de que dispone para defender lo que le interesa. El caso es que sé lo que os digo y esto basta. ¿Negaréis certeza á mis noticias?

—No. Confieso que son verdaderas en todas sus partes.

—Pues si á D.ª Isabel traéis á vuestra compañía, siendo como es doncella tan virtuosa y recatada, de reprimiros habréis en vuestra conducta, para evitarle todo motivo de disgusto y escándalo, que pudiera provocar un nuevo rompimiento; y siendo público el favor con que me honráis y no siendo vuestra hermana capaz de autorizar mi privanza, ¿no seré yo la primera víctima que debáis sacrificarle? Por eso antes de que me abandonéis prefiero retirarme, con lo que, aunque siempre desgraciada, quedaré en situación más honrosa.

*
* *

Inexperiencia é ingenuidad casi infantiles, eran rasgos salientes del carácter de D. Enrique, y de ellas dió muestras en aquellos momentos, exclamando con la mayor sencillez:

—¡He ahí una cosa en la que no había pensado! Tienes razón: si Isabel viene á vivir á mi lado, por fuerza habré de romper contigo. ¡Buena es ella para permitir ciertas libertades!

D.ª Guiomar se mordió los labios, despechada por la confirmación de sus temores.

—Ya veis, pues, que no me amáis,—dijo;—porque si me amáseis, a mí no renunciaríais aun exigiéndolo vuestra hermana. ¡Sois rey!

—Desgraciadamente.

—¿Cómo?

—Por serlo no son libres ni aun mis sentimientos.

—Pero es en cambio soberana vuestra voluntad. ¿Quién osará oponerse á lo que vos ordenéis?

—Ninguno.

—Entonces...

—Pero hay cosas... El interés del trono exige...

—No digáis más. Pues que mis sospechas se confirman os repito mi petición: autorizadme para ingresar en un convento.

Acariciaba la esperanza de que el rey se opusiese á su deseo, por miedo de perderla; pero con asombro vió que D. Enrique echábase á reir, diciendo:

—¿Sabes que después de todo sería una peregrina idea? ¡Tú convertida en monja! ¡En abadesa, nada menos! ¿Por qué no?

Y seguía riendo.

A la palabra «abadesa», brillaron los ojos de D.ª Guiomar.

Ser superiora de un convento era en aquellos tiempos una prebenda, pues equivalía á gozar de ciertos privilegios, gran influencia y casi absoluta libertad.

La cortesana sintióse lisonjeada en su vanidad y en su ambición.

—¡No de mí os burléis, señor!—dijo con hipocresía.—¿Cómo una infeliz pecadora cual yo ha de aspirar á conseguir tan alto puesto?

—Todo estriba en que yo me lo proponga,—repuso el rey;—y bien se te alcanzará, que si obligado por razones agenas á mi voluntad de mí te alejo, en circunstancias ha de ser que tu porvenir asegure y nueva y elocuente muestra te dé de la estimación que me mereces. ¿Gustaríate en verdad trocar tus galas por las tocas monjiles, pero en el concepto y condiciones que te he dicho?

La perspectiva de llegar á abadesa sedujo á D.ª Guiomar, y tras estudiados rodeos declaró, que pues su rey y señor no podría seguir dedicándole su atención, por causas que respetaba, el retiro de un claustro era lo único que se avenía á sus deseos.

Cuando pasadas algunas horas D. Enrique se despidió de su favorita, convenido quedaba entre los dos que la cortesana ingresaría en un convento.

***

Poco tiempo después, la corte toda asistía á la solemne profesión de D.ª Guiomar en uno de los conventos de damas nobles que más prestigio gozaban en aquella época.

El rey en persona asistió al acto, y una vez concluido, hizo que su canciller leyera un breve pontificio, obtenido á costa de grandes esfuerzos, según el cual la nueva religiosa era nombrada abadesa del convento donde acababa de ingresar. (1)

Tan acostumbrada estaba la gente de aquel tiempo á escándalos y abusos semejantes, que á nadie sorprendió el caso, encontrándolo muchos, por el contrario, muy justo, como compensación debida por el rey á los halagos de su favorita; y D. Enrique, mudable y tornadizo, olvidó pronto á la que tanto había creido amar, buscando consuelo á su pérdida en las caricias de otras cortesanas.

---

(1) Juzgando á Enrique IV, dice Lafuente: «El rey D. Enrique, que desde su juventud había estragado su naturaleza con los placeres sensuales, y repudiado una esposa, tal vez por la impotencia á que sus excesos le habían reducido, no se enmendó con el segundo enlace, y la hermosura, la gracia y la juventud de la reina no fueron bastante á contener sus públicos y escandalosos galanteos con D.ª Guiomar, ni que diera el escándalo mayor é hiciera el afrentoso ludibrio de nombrar abadesa de un monasterio, con la misión de reformar la comunidad, á la que acababa de ser su manceba. (N. del A.)

Atento á su interés, que estribaba entonces en su reconciliación con su hermana, hasta llegó á pensar:

—Huélgome de haberme tan facilmente desprendido de la que hubiera llegado á ser grande obstáculo para mis planes. Ahora ya puede venir Isabel á mi lado cuando quiera.





CAPÍTULO XXI

El convenio de «los toros de Guisando»



En las primeras horas de la tarde del día 19 de Septiembre del año 1468, dos lucidas comitivas llegaban por distintos lados á un campo de la provincia de Avila, inmediato á la venta de *los toros de Guisando*, llamada así por adornarla cuatro toros toscamente esculpidos en piedra, con inscripciones latinas al pié.

La una comitiva procedía de Avila y la otra de Madrid; formaban la primera la infanta D.ª Isabel con sus damas, séquito, escolta y caballeros confederados de la liga, y constituían la segunda el rey D. Enrique con su corte.

Tal encuentro tenía por objeto la pública reconciliación de los dos hermanos, y la proclamación de la infanta como heredera del trono, según lo convenido y firmado entre el rey y los de la liga, y en virtud de lo cual, los antiguos partidarios de D. Alfonso deponían las armas.

El hecho tenía verdadera importancia y revistióse de la mayor solemnidad.

Al efecto habíase engalanado con follaje, flámulas y gallardetes el sitio destinado á ser teatro de la trascendental entrevista, y custodiábanlo numerosos arqueros, que eran impotentes para contener la muchedumbre llegada de todos aquellos alrededores y hasta de muchas leguas de distancia.

Entre los acompañantes de D.ª Isabel figuraba D. Juan Pacheco, el cual ostentaba con orgullo las insignias del maestrazgo de Santiago, á la posesión del cual había aspirado inútilmente hasta entonces, siendo el alcanzarlo el móvil principal de todas sus intrigas, y que el rey le había concedido, al fin, en premio á sus buenos oficios en los preparativos y tratos de aquella venturosa reconciliación.

* * *

Al presentarse á un tiempo mismo las dos comitivas, pues numerosos correos de órdenes cuidaron de que así fuese, para que ni el rey ni la infanta tuvieran que esperar, la muchedumbre prorrumpió en aplausos y vítores, á los que se mezclaban los agudos sones de atabales y clarines.

Los reyes de armas, vestidos con rojas dalmáticas, recamadas de oro, avanzaron graves y ceremoniosos hasta colocarse á ambos lados del trono levantado al efecto bajo rico dosel de damasco; los soldados presentaron las armas y ambos séquitos echaron pié á tierra.

El rey y la infanta encamináronse uno á otro, abrazáronse conmovidos hasta el punto de no poder articular palabra, y entonces el entusiasmo rayó en delirio.

Como D.ª Isabel contaba con mayores y más generales simpatías que D. Enrique, gritaban todos:

—¡Viva la infanta! ¡Viva nuestra futura reina y señora!

Y entonces ella, dando una vez más muestra de su dis-

creción y su humildad, gritó con energía, de modo que no hubo quien no la oyese:

—¡Viva el rey!

—¡Viva!—repitieron todos.

Los dos hermanos tomaron asiento en el trono, y mientras tanto, los partidarios de uno y otro bando, los caballeros, prelados, nobles y dignatarios de uno y otro séquito, enemigos encarnizados hasta poco antes, sellaban á su vez su reconciliación con abrazos y elocuentes demostraciones de amistad.

El acto resultó grandioso, conmovedor, imponente, y muchos fueron los que lloraron al presenciarlo.

* * *

Adelantáronse cuatro heraldos hasta el centro del despejado espacio que custodiaban los soldados, y desde allí lanzaron al aire, en distintas direcciones, los ecos de sus clarines, imponiendo silencio.

Todos callaron.

Entonces el procurador mayor del reino, desde un estrado levantado al pie del trono, leyó en voz alta el convenio firmado entre el rey y los confederados de la liga, y la proclamación de D.ª Isabel como princesa de Asturias y única y legítima heredera de los tronos de Castilla y León.

Los capítulos principales del convenio eran los siguientes: que la infanta Isabel sería reconocida heredera y sucesora de su hermano, señalándosele para su acostamiento varias ciudades y villas; que se convocarían cortes para sancionar legal y solemnemente su derecho; que no se la obligaría á casarse contra su voluntad ni ella lo haría sin el consentimiento del rey su hermano; y por último, que la reina, cuya vida licenciosa se reconoció como un hecho

público, quedaría divorciada de su marido y sería enviada fuera del reino, sin que pudiese llevarse su hija. (1)

No era posible reconocer de una manera más ostensible y absoluta, la ilegitimidad de la *Beltraneja*, con cuyo reconocimiento admitía y confirmaba D. Enrique su propia deshonra.

* * *

Terminada la lectura, el rey abrazó de nuevo á su hermana y fué el primero en besarle la mano en señal de homenaje, haciendo lo mismo después todos los nobles y prelados de una y otra comitiva.

Luego, los confederados renovaron solemnemente al rey su juramento de fidelidad.

El legado pontificio subió entonces al estrado, y relevó á todos, por autoridad que para ello tenía del Santo Padre, de cuantos otros juramentos hubiesen hecho antes en cualquier sentido.

Con ello dióse por terminada la ceremonia, y el rey y la princesa retiráronse, entre las aclamaciones de la muchedumbre, dirigiéndose á Cadalso, donde se proponían pasar la noche.

De aquel día y de aquel acto, arranca el derecho de D.ª Isabel al trono que había de ocupar más tarde.

Para todos fué promesa de prosperidad la esperanza de llegar á ser gobernados por tan sabia y virtuosa princesa; y ella, sin halago de la vanidad, pero sí con la satisfacción de ver cómo sus ensueños realizábanse, pensaba:

—Ahora, á más de mi corazón, puedo ofrecer á D. Fernando un trono.

---

(1) Para comprender hasta qué punto D. Enrique, con debilidad vergonzosa, firmó su propia ignominia, léase el siguiente fragmento del convenio con los confederados, copiado al pié de la letra del texto original: «Item más: por cuanto al dicho señor rey et comunmente en estos reinos et señoríos es público et manifiesto que la reina D.ª Juana non ha usado limpiamente de su persona, como cumple á la honra de dicho señor rey nin suya..» (N. del A.)



CAPÍTULO XXII

El prestigio de la hermosura



UN antes de que se celebrara, cundió por todas partes la noticia del pacto de D. Enrique con los confederados de la liga, á lo menos en su parte esencial, ó sea el reconocimiento de D.ª Isabel como heredera del trono, llegando también la nueva á la fortaleza de Alaejos, donde se hallaba recluida la reina D.ª Juana, en poder del arzobispo de Sevilla.

Fácil es de comprender el efecto que la noticia produjo en la esposa de D. Enrique.

Con el tal convenio quedaban ella deshonrada y su hija sin trono.

Desconfiando de las veleidades del carácter de la reina, aunque con gran consideración, sus amigos teníanla como prisionera, temerosos de que cometiese alguna ligereza perjudicial á sus defensores y á ella misma.

Ni aun le permitían tener á su lado á su hija, que estaba en Buitrago en poder de los Mendozas; y el arzobispo

de Sevilla tomó sobre sí la responsabilidad de guardar á la reina, resignándola en su sobrino D. Pedro, como ya sabemos, el cual, á su vez, al partir para Avila, habíala dejado cuidadosamente encomendada á sus servidores, con mandato expreso de no permitirle por nada abandonar su retiro.

A tan mísera situación había llegado la que con sus deslices fué escándalo de toda una época.

Era permitida únicamente la entrada en la regia prisión al de Santillana y los Mendozas, entusiastas partidarios de doña Juana, y D. Luis Hurtado, de la familia de los últimos, fué el que le llevó la noticia que antes hemos consignado.

* * *

Fueron de oir las exclamaciones de la reina, cuando de lo que su esposo se proponía hacer tuvo aviso.

Sin disimular el desprecio y la aversión que D. Enrique le había inspirado siempre, exclamó indignada:

—¿Qué esperarse puede de quien como él no ha sabido defender nunca su propia dignidad? Fuera hombre, como el más humilde de sus vasallos, y de otro modo procedería.

Y llegaron sus insultos á tal extremo, que el mismo D. Luis, único que la escuchaba, sintió asomar á su rostro el rubor de la vergüenza.

—Es necesario que yo salga de aquí,—siguió diciendo,—para que á lo que se proyecta me oponga y mis derechos y los de mi hija defienda.

Y mirando á su interlocutor del modo que sabía, cuando poner de su parte intentaba alguno, díjole:

—Sacadme de aquí, D. Luis.

—¿Cómo, señora?—respondió Hurtado.—No está en mí poder complaceros. Ved que en poder del arzobispo os halláis, el cual no os soltará tan fácilmente, aunque mis parientes los Mendozas, que á él os confiaron, lo deman-

den. Sois buena presa para su eminencia, que conservándoos asegura su influencia y el logro de sus ambiciones.

—¿Con que es decir, que soy prisionera del mismo que me sirve y defiende?

—No diré tanto.

—Pues que en libertad no me deja para hacer lo que me cuadre ó convenga...

—Intentad vuestra partida y os convenceréis de lo que digo.

Siguió doña Juana el consejo, llamó al alcaide de la fortaleza y ordenóle:

—Dispóngase todo para mi partida. Pienso abandonar esta residencia hoy mismo.

Inclinóse el alcaide con rendido acatamiento, y respetuoso, pero enérgico, repuso:

—Vuestras órdenes no me es dable ejecutar, señora.

—¿Cómo?

—Instrucciones tengo recibidas de obedeceros en todo, menos en lo de dejaros salir de aquí, y á ellas me atengo.

—¡Es posible! ¿Así osais oponeros á mi voluntad?

—No soy yo el que á ella me opongo, pues tendría á gran honor obedecerla en todo; es mi señor D. Pedro el que tal ordenóme, por mandato á su vez, del señor arzobispo.

—Bien, basta. ¡Despejad!

***

Salió el alcaide y la reina entregóse á nueva y más furiosa desesperación.

—Razón teníais, —dijo á D. Luis,—y bien me convenzo de que á tal extremo he llegado, que todos se me atreven y todos al debido respeto me faltan. ¿Caben mayor humillación y mayor vergüenza?

Y así como antes contra D. Enrique, soltóse en improperios contra el arzobispo y D. Pedro, dando á comprender demasiado á las claras, la intimidad que con el último tenía.

—Le honré más de lo que merece,—decía,—y me paga con el desacato.

A lo que no hizo una sola alusión, fué al encargo que Fonseca había ido á cumplir á Avila.

D. Luis intentaba en vano calmar la exaltación de la reina.

—Agradezco vuestro intento,—contestaba ella;—pero no hay razones que mi cólera aplaquen. ¿Es justo ni noble que en una pobre mujer todos se ensañen, porque la ven caída?

Volvió á mirar á Hurtado del mismo modo que antes y toró á decirle:

—¡Sacadme de aquí!

—¿Cómo, señora?—respondió él, trastornado por aquellas miradas.—Vos misma acabáis de convenceros de que no es posible.

* * *

Cambió por completo la actitud de doña Juana, depuso repentinamente su cólera y sonriendo graciosamente al caballero, díjole:

—¿Será posible que vuestro ingenio sea tan pobre, que no halle medio ni recurso de complacer á una dama cuando vuestra ayuda solicita? Por más galante os tenía y lo sois, sin duda; pero el respeto que me tenéis os cohibe. Deponedlo y no veáis en mí más que una mujer cualquiera, que á vuestra caballerosidad se confía.

—¡Oh, señora!—murmuró D. Luis desconcertado.

Su desconcierto no carecía de motivo.

Era doña Juana muy hermosa, á pesar de que frisaba ya en los treinta y cinco, y mirábale de un modo provo-

cativo, enloquecedor, con los ojos brillantes y los labios sonrientes, como si con unos y otros prometiese halagos.

Sonrió ella al notar la confusión del caballero y agregó con intencionada sencillez:

—Segura estoy de que sabríais agradecer mejor las mercedes que á D. Pedro he otorgado, si en su lugar estuviérais.

Siendo pública y notoria la índole escandalosa de las relaciones que entre el de Fonseca y ella existían, aquello era decir y prometer demasiado, y el pobre caballero comenzó á perder la poca tranquilidad que aún tenía.

***

Insistió la reina en sus astutas y maliciosas insinuaciones, hasta lograr que Hurtado se inclinase ante ella, diciendo:

—Vuestro esclavo soy y á complaceros únicamente aspiro. Decidme de qué modo, y vuestro deseo será realizado.

Doña Juana iluminó sus ojos con una mirada de triunfo.

¡Había vencido!

—Hay mil medios,—añadió, siempre intencionada y astuta,—y cuando de una fortaleza no se puede salir por el rastrillo... se sale por otra parte cualquiera.

—¿Una fuga?—exclamó D. Luis estremeciéndose.

—¿Por qué no, puesto que á ella me obligan?

—Considerad...

—Sólo considero que deseo salir de aquí y que vos me habéis prometido ayudarme. No retiréis ahora vuestra promesa. Venid.

Llevóle junto á un ventanal, y abriendo éste dijo:

—Ved: la altura de esta ventana no es muy grande, y con auxilio de una escala puede fácilmente salvarse. De

la escala dispongo, y únicamente necesito que alguien me espere abajo para sostenerla.

—Abajo esperaré á la hora que vos misma digáis,—repuso D. Luis, resuelto ya á todo.

—Hoy mismo á la media noche.

—Bien.

—¿Estaréis?

—No faltaré.

—Id, pues, con Dios y preparadlo todo, mientras yo hago lo propio.

Dióle á besar la mano y díjole en voz baja:

—Yo sabré premiar en lo que vale el servicio que me prestáis.

Salió Hurtado, confundido aún, pensando:

—Ignoro las consecuencias de lo que hacer intento; pero bien dicen los que aseguran que esa mujer tiene un poder fascinador que rinde las voluntades.

Doña Juana quedó diciéndose:

—Esta noche seré libre y podré defender los derechos de mi hija. ¡Aún me sirve para algo el prestigio de mi hermosura!





CAPÍTULO XXIII

Una fuga desgraciada



ERA media noche y la fortaleza de Alaejos yacía sumida en silencio y en sombras.

Sin embargo, D.ª Juana velaba, aunque sin luz en su cámara, para no llamar la atención de sus guardianes.

Asomada al ventanal por el que había de realizar su fuga, esperaba impaciente, diciéndose:

—¿Vendrá Hurtado? Sobrado tímido paréceme y sólo mis insinuaciones lograron decidirle á prestarme ayuda. Si pensándolo después mejor y más friamente, desiste de amparar mi fuga, estoy perdida.

Y con ansiosa mirada pretendía en vano penetrar la obscuridad de la noche, esperando ver destacarse en ella la silueta del caballero.

Por aquel lado, la fortaleza ofrecía fáciles condiciones de huida. No había fosos, y defendíanla únicamente algunos torreones ruinosos y abandonados, unidos por lienzos de muralla en los que había más de una brecha.

El único peligro consistía en que el atalaya les viera huir desde la torre; pero era en cambio presumible que el vigía, sin riesgo de peligro aparente, en vez de vigilar se entregase al sueño.

La reina teníalo todo prevenido, y oprimía nerviosa entre sus manos una escala de seda, cuidadosamente enrollada, pronta á lanzarla fuera del ventanal en cuanto viese aparecer al caballero.

* * *

En el silencio de la noche, oyéronse á lo lejos pisadas de caballos.

—¿Será él?—pensó D.ª Juana, estremeciéndose.

Y añadió despechada:

—Si es, de escaso ingenio da muestras al venir de tal modo, exponiéndose á que las pisadas de su corcel, pongan sobre aviso á mis guardadores. Además, llegan más de un ginete, lo cual es una nueva imprudencia. Cuanto menos gente se entere de ciertas cosas, mejor. A menos que sea su escudero el que le acompaña...

D. Luis y su escudero eran efectivamente.

Llegaron junto á las murallas, descendieron de sus cabalgaduras y ataron éstas al tronco de un árbol.

Después entraron por una brecha en el recinto de la fortaleza.

—Aguarda aquí,—dijo D. Luis á su acompañante,—y atento está para avisarme al asomo del menor peligro.

—Descuidado id,—respondióle su escudero.—Un silbido será la señal de alarma.

Y colocóse en el sitio que le pareció mejor para su espionaje, y desde donde podía ver al mismo tiempo á su señor para acudir en su ayuda, en caso de apuro.

Hurtado avanzó con precaución.

Temblaba, no de miedo, sino de ansiedad, por temor de que se malograse el cumplimiento de las halagadoras prcmesas que las sonrisas y las miradas de la reina le hicieron.

Llegó al pié de la ventana y oyó una voz que le decía desde arriba:

—¡Gracias á Dios que habéis venido! Esperad un instante.

—Daos prisa,—respondió D. Luis, cada vez más inquieto y receloso.

* * *

Transcurrieron algunos momentos.

Oyóse un leve ruido en el ventanal, y cayó de éste una escala que á su antepecho quedó fuertemente afianzada.

En seguida apareció en la ventana un bulto que comenzó á descender por la escala con ligereza.

Era la reina.

A Hurtado palpitábale el corazón aceleradamente.

Todo marchaba hasta entonces bien, y no obstante tenía el presentimiento de una desgracia.

Hallábase D.ª Juana á la mitad de su descenso, cuando sonó un silbido.

La señal del escudero, convenida para caso de peligro.

En confirmación de la alarma, oyóse el rápido trotar de algunos caballos que se acercaban.

—¡Daos prisa, por Dios!—dijo D. Luis á la reina.—¡Alguien llega!

A pesar de su serenidad de ánimo, D.ª Juana se aturdió.

—¿Será posible, que cuando casi lo realizo, no logre mi deseo de verme libre?—exclamó, con más cólera que miedo.

Y en su aturdimiento, perdiendo el equilibrio, cayó á tierra desde regular altura.

Lanzó un grito de dolor y D. Luis acudió en su auxilio.

—¿Os habéis hecho daño?—le preguntó ansioso.

—Creo que sí,—repuso ella.—Experimento unos dolores horribles...

—Procurad levantaros y huyamos.

—¡No puedo!

—¡Maldición!... ¡Y se acercan!...

En efecto: las pisadas de caballos oíanse cada vez más próximas.

Hurtado intentó ayudar á la reina á levantarse; pero tampoco consiguió nada, y al más leve movimiento que hacía lanzaba penetrantes y comprometedores gritos de dolor.

Al caer se había lesionado las piernas.

*
* *

¿Qué hacer en lance tan apurado?

El caballero arrepentíase, aunque tarde, de haber cedido á las insinuaciones de D.ª Juana.

Su condescendencia podía costarle muy cara.

Pero como ya no le era posible retroceder, decidió jugar el todo por el todo.

—Haced un esfuerzo,—dijo;—reprimid vuestros gemidos y dejad que en mis brazos os lleve hasta donde esperan nuestros caballos. No nos queda otro remedio que seguir adelante. Si nos descubren, yo os defenderé.

La reina avínose á lo que el caballero le proponía.

—Vamos,—repuso.

Y mordióse los labios para ahogar los gritos que le arrancaba el dolor.

Hurtado la levantó en sus brazos, no sin gran esfuerzo.

Acudió su escudero á ayudarle, y entre los dos llevá-



Al caer se había lesionado las piernas.

ronla fuera del recinto amurallado, al sitio donde habían quedado los caballos.

Una vez allí, tuvieron que esconderse precipitadamente, porque se acercaban tres ginetes.

Eran, sin duda, los que habían provocado la alarma, origen del desgraciado accidente de la reina.

Los ginetes eran dos hombres y una mujer.

Pasaron tan cerca de ellos, que fué un milagro que no les descubrieran.

Doña Juana y D. Luis reconocieron en uno de los ginetes á D. Pedro de Fonseca.

—¡El, que vuelve de Avila!—murmuró la reina.

Y añadió despechada:

—¡Y con una mujer! ¿Quién será?

Los celos despertáronse en ella, sobreponiéndose á la prudencia.

—D. Luis,--dijo.—Volvedme á la fortaleza y marchad solo. Comprendo que es una locura lo que acabo de hacer, y bien cara la pago. No quiero exponerme ni exponeros á nuevos peligros.



Hurtado miróla, sorprendido primero é indignado después por tal mudanza.

—Si de locura tacháis vuestra huída,—repuso,—pensarlo debísteis antes de acometerla, señora; que no así se juega con un hombre que á graves riesgos se expone por complaceros y serviros. Bien se me alcanza la razón de vuestro cambio: á D. Pedro habëis visto llegar, y en deseo habéis entrado de con él reuniros de nuevo.

—¿Qué os atrevéis á suponer?—le replicó con altanería la reina.

—Perdonad, señora,—balbuceó él, confuso por su atre-

vimiento.—Lo que dije no sé. La contrariedad producida por vuestras palabras habló en mí. Pero aunque arrepentido de mi desacato, os prevengo que á la fortaleza no os volveré aunque me lo ordenéis. Salir quisisteis de ella, fuera estáis y es fuerza que vuestro propio deseo se cumpla en todas sus partes.

Fueron dichas con tal firmeza estas palabras, que doña Juana comprendió que no conseguiría nada ni aun apelando á la súplica.

—¿A dónde me llevaréis?—preguntó.

—A donde vos queráis,—respondió Hurtado.

—A Buitrago, donde se halla mi hija.

—Bien.

—Partamos, pues, y ya que á ello me obligáis, resignada sufriré las consecuencias de mi locura.

* * *

Montó D. Luis á caballo, y su escudero levantóle en alto la reina, que él tomó en sus brazos, colocándola cuidadosamente sobre el arzón de la silla.

Los dolores habían calmado un tanto y doña Juana ya no se quejaba.

Pasado el primer impulso de volver junto á D. Pedro, hasta parecía contenta.

Partieron.

Al principio de la jornada, marcharon con toda clase de precauciones para evitar una sorpresa; después aceleraron más el paso.

Nadie les seguía ni en el camino tuvieron encuentro alguno desagradable.

Unicamente agraváronse en la reina hasta tal punto las consecuencias de su caída, que se le hincharon las piernas y la fiebre hizo presa en ella.

Desvariaba, hablando de su esposo, de su hija y de D. Pedro, y Hurtado tenía que sujetarla fuertemente para que no cayera del caballo.

Cuando llegaron al término de su viaje, D.ª Juana hubo de meterse en el lecho, en el que permaneció algunos días gravemente enferma; pero su vigorosa naturaleza venció la enfermedad, y pronto estuvo en disposición de pretender realizar sus planes.





CAPÍTULO XXIV

De cómo Margarita defendía su nueva posición



El temor de ser capturado tanto por los nobles de la liga como por los partidarios de D. Enrique, obligó á D. Pedro de Fonseca á hacer el viaje de Avila á Alaejos por pequeñas jornadas y tomando toda clase de precauciones.

Esto fué causa de que no llegase á la fortaleza hasta aquella noche en las circunstancias que hemos visto.

No hay que decir que el hombre y la mujer que le acompañaban, eran su escudero y Margarita.

En vista de lo intempestivo de la hora, D. Pedro no quiso que despertasen á la reina y pensó:

—Mañana me presentaré á ella y le daré cuenta del desempeño de mi encargo y de las pretensiones de Pacheco.

Ordenó que dispusiesen una estancia para la ventera, que allí se presentaba con todos los aires de gran señora, y retiróse á descansar, bien ajeno de que D.ª Juana no durmiese bajo el mismo techo que él aquella noche.

La fortaleza, que se había animado unos instantes con la llegada de los viajeros, volvió pronto á quedar sumida otra vez en sombras y en silencio.

***

Transcurrió el resto de la noche sin novedad; pero á la mañana siguiente, no bien hubo despuntado el día, el alcaide entró azorado en el dormitorio de D. Pedro.

—¡Despertáos!—le dijo, cogiéndole por un brazo y zarandeándole con fuerza.

Fonseca abrió los ojos sobresaltado.

—¿Qué ocurre?—preguntó, incorporándose en el lecho.

—Que la reina se ha fugado.

—¿Se ha fugado?

—Como lo oís.

—No es posible.

Y saltando de la cama, comenzó á vestirse apresuradamente.

Mientras se vestía, el alcaide le refirió lo ocurrido.

—Dormía yo tranquilamente como vos hace un instante,—dijo,—cuando uno de mis servidores entró á llamarme del mismo modo que yo á vos os he llamado. Casi durmiendo aún, me pareció un sueño lo que aquel hombre me dijo. Según él, una escala pendía del ventanal de la cámara de doña Juana. Corrí á convencerme por mí mismo y el hecho era cierto. La escala la vi yo como vos verla podéis, pues aún permanece en el mismo sitio. No he querido que de allí la quiten, porque en cierto modo pone á salvo mi responsabilidad. Yo respondí con mi cabeza que la reina no saldría de aquí por el rastrillo; pero no por las ventanas.

—En resúmen, eso nada prueba,—interrumpió don Pedro impaciente;—pues la escala ha podido ser utiliza-

da, y así habrá sido, sin duda, por alguna de las damas ó doncellas de D.ª Juana, que cerca de la de ella tienen sus habitaciones.

—¡Ojalá fuera cierto lo que suponéis!—exclamó el alcaide, suspirando.

—¿Luego estáis cierto de que es la reina la que se ha fugado?

—¡Por desgracia!

—¿En qué os fundáis?

—Ante la gravedad del caso, corrí á llamar á la puerta de la cámara de la reina. Las circunstancias disculpan este desacato. Salió una de sus damas. Le supliqué que viese si la reina estaba en su dormitorio, y salió á poco diciéndome que no estaba en él ni en su tocador ni en parte alguna; que había desaparecido. Entonces entré á convencerme por mí mismo, y, en efecto, la reina no estaba.

* * *

D. Pedro no aguardó á más explicaciones.

Había acabado de vestirse, y salió presuroso, dudando aún de que fuese verdad lo que oía.

Pronto pudo convencerse sin ningún género de duda de que era cierto.

Toda la gente de la fortaleza estaba en revolución, y hasta Margarita había abandonado su estancia, curiosa é interesada en cumplir la promesa hecha á Pacheco, de tenerle al corriente de todo lo que ocurriera.

La reina no parecía, por más que se la buscaba, y el lecho permanecía intacto.

Ya no cabía dudar de su fuga, valiéndose de la escala que pendía del ventanal.

—¿Quién ha estado aquí durante mi ausencia?—preguntó Fonseca encolerizado.

—Unicamente D. Luis Hurtado,—le respodió el alcaide.

—¿Cuándo vino?

—Ayer.

—Entonces él ha sido el protector de la fuga.

Y se calló algo más que temía.

Pensaba:

—¿Será Hurtado mi sucesor en los favores de la reina?

A este propósito recordó las irónicas palabras de doña Violante, cuando despechada dióle á entender lo mismo que le pasaba.

Aquellas palabras fueron casi una profecía.

—Yo sabré lo que averiguar me importa,—díjose D. Pedro,—y en su consecuencia obraré como á mi interés convenga.

Y ordenó que dispusiesen los caballos para partir inmediatamente.

* * *

Aprovechando un momento en que nadie más que él podía oirla, Margarita acercóse á D. Pedro y le preguntó:

—Pues que á servir á la reina vine y la reina no está, ¿qué debo hacer?

—Lo que más te plazca,—respondióle Fonseca, encogiéndose de hombros.—Libre eres para ir á donde quieras.

—¿Con que es decir que no queréis conservarme á vuestro lado?

—¿Para qué? Ni te necesito ya ni ya me importa complacer al de Villena.

—¿Ni ya me teméis tampoco?

Miróla D. Pedro con altanería, interrogando:

—¿Qué quieres decir?

Margarita dejó asomar á sus labios una sonrisa y repuso:

—Olvidado habéis que un secreto vuestro poseo, que por prudencia os obliga á ser conmigo más afable.

Fonseca se estremeció.

—¿Me amenazas?—dijo.

—¡Dios me guarde!

—Pues lo parece, al menos.

—Nunca pudo confundirse la amenaza con una amistosa advertencia. Dejarme en libertad para que vaya á donde bien me plazca y haga lo que mejor me convenga, es lo mismo que abandonarme, y vuestro abandono, don Pedro, representa para mí volver como único recurso á mi humilde condición de ventera, cosa á la que en verdad no me avengo después de haberme acostumbrado á pasar por gran señora. Fácilmente nos acostumbramos á lo bueno. De impedir hé por todos los medios que estén á mi alcance, este descenso rápido después de mi rápido encumbramiento; y si para conseguirlo de vuestro secreto he de hacer uso, lo haré, no por perjudicaros á vos, sino por favorecerme á mí misma. Bien suponer podéis que no faltaría quien su protección me brindase á cambio del tal secreto. Ya véis que con franqueza os hablo, lo cual indica que mis intenciones respecto á vos, son mejores que las vuestras respecto á mí.

*
* *

Habia tanta lógica, tanta sinceridad y hasta tanto ingenio en estas razones, que pensar hicieron á Fonseca los peligros é inconvenientes de romper con la que podía convertirse en enemigo temible.

Dulcificó, pues, el tono con que antes había hablado, y dijo:

—Vuelve junto á Pacheco para que te proteja. Tiene el deber de hacerlo, puesto que le serviste.

—¿Y por qué no habéis de ser vos mi protector?—le replicó Margarita con descaro.

—¿Yo?

—¿Por qué no? Os prefiero al de Villena y tengo en vos más confianza que en él.

—Yo no puedo...

—Decid *no quiero*, y hablaréis más propiamente. Por vuestro propio bien os aconsejo que me amparéis; os conviene. Unidos y trabajando juntos un hombre como vos y una mujer como yo, pueden hacer muchas y muy grandes cosas.

Expresábase de tal modo la ex-ventera, que D. Pedro mirábala sorprendido, maravillado de su sutil y malicioso ingenio.

No accedió de momento á lo que la joven le pedía; pero dijo:

—Bien; á mi lado queda... por ahora, hasta que otro protector de tu gusto halles, ó lleguemos á esa avenencia que dices. ¡Quién sabe si en efecto podremos hacer muchas y muy grandes cosas! A Sevilla parto para enterar á mi tío de la fuga de la reina. Ven conmigo.

Margarita aceptó, y aquella misma mañana partieron á llevar á su eminencia la noticia de todo lo ocurrido.





CAPÍTULO XXV

Una alianza



RAN indignación produjo en su eminencia el arzobispo, la noticia de la fuga de la reina.

Reprochó duramente á su sobrino el haberse dejado arrebatar lo que era para ellos garantía y esperanza de futuras prosperidades, y entonces D. Pedro se disculpó diciendo cómo y por qué razón abandonó la fortaleza de Alaejos para trasladarse á Avila.

Templóse con tales explicaciones la indignación del prelado, y pensativo dijo:

—¡Ah! ¿Con que mi señora doña Juana andaba en semejantes manejos y tú en ellos la secundabas? Pláceme saberlo y de esto mismo provecho sacaremos en su día.

Después, como si olvidase las confidencias de su sobrino ó prescindiese de ellas, añadió:

—Ofensa grande hános inferido la reina con su fuga, y necesario es que en el terreno nos coloquemos que nues-

tra dignidad demanda. Por mi sagrado ministerio vedados me están el rencor y la venganza, y á doña Juana no podré demostrarle mi resentimiento; pero tú es distinto. Caballero eres y por ofendido te has de dar por lo pasado. A la privanza de D.ª Juana renuncia y apercíbete á ser encarnizado enemigo de todos sus planes. Tú me vengarás al vengarte de su desvío.

Asintió D. Pedro á estas insinuaciones de su tío, pronto á seguirlas á impulsos del resentimiento, y como se verá más adelante y en hechos rigurosamente históricos se demuestra, el prelado fué desde entonces enemigo irreconciliable de la que antes defendió con tanto empeño.

Ni aun en los deberes de su evangélico sacerdocio, halló razones que al perdón le inclinaran de la ofensa recibida.

***

Volvió D. Pedro á su alojamiento, donde le aguardaba Margarita, y apenas ésta vióle le preguntó:

—¿Qué decidido habéis? ¿Optáis por abandonarme ó por aceptar la alianza que os propuse? Ved que conocer vuestra resolución me interesa, para á mi vez tomar el partido que á mi porvenir más favorezca.

Quedóse Fonseca mirando á la joven, cual si reflexionase el partido que de su ayuda podía sacar, y ella, como adivinándolo añadió:

—Puedo seros más útil de lo que imagináis.

Excitó con estas palabras la curiosidad del caballero, y apresuróse á satisfacerla como sigue:

—Ante todo, recordad siempre,—dijo,—que un secreto vuestro poseo y que en consecuencia os conviene más tenerme por aliada que por enemiga.

—¿Otra vez amenazas?—la interrumpió Fonseca.

—No hay tal. Yo por mi parte otra vez os digo que no son amenazas, sino advertencias amistosas.

—Sigue.

—Ese secreto, que si yo quisiera podría ser en mí arma terrible contra vos, puede, si vos lo deseáis, convertirse con mi ayuda en arma para vuestro medro y vuestra defensa.

—No comprendo...

—Es muy sencillo.

—Explícate, que tales muestras de ingenio me vas dando, que empiezo á comprender por ello sólo que acaso tengas razón al elogiar las ventajas de la unión que me propones. Habla con claridad y sin temor, que así acaso logremos entendernos.

—En ello fío.

—Pues veamos.

Satisfecha Margarita del giro favorable á sus intereses y á sus deseos, que la conversación tomaba, explicóse de este modo, aumentando con ello la admiración en Fonseca:

—Es inútil me ocultéis, que de la reina D.ª Juana acabáis de recibir ofensa grave. Acaso á vuestro corazón no haya herido; pero por lo menos ha de molestar á vuestra dignidad y ha de perjudicar á vuestra conveniencia. Es lo que basta para que de ella intentéis vengaros.

—Razón tienes,—asintió D. Pedro, recordando las insinuaciones de su tío.

—Ahora bien: vengarse con el solo fin de dar satisfacción al rencor, lo considero necio; que el que á su bien atiende provecho ha de procurar obtener de todo, hasta de sus propios males. Tales son al menos mis teorías de villana.

—Que se avienen y concuerdan con mis teorías de noble.

—Lo celebro.

—El propio bien debe buscarse y anteponerse á todo.

—Conformes en punto tan esencial, prosigo.

—Y yo te escucho.

—¿Por qué al vengaros de la reina, no habéis de procurar aprovecharos de vuestra misma venganza?

—¿De qué modo?

—Envolviéndola y comprometiéndola en el secreto vuestro que yo poseo.

—Tienes razón.

—Con él podéis amenazarla, quitarle la tranquilidad y obtener á la fuerza lo que antes parecía dispuesta á otorgar de buen grado. Y si á obrar de este modo os decidís, de reconocer habréis que mi testimonio puede serviros de mucho, para robustecer y confirmar la veracidad del tal secreto. ¿Qué opináis de mi idea?

* * *

Sinceramente maravillado por tanta astucia en mujer de tan cortos conocimientos y tan humilde condición, don Pedro hizo patente sin rebozo su entusiasmo.

Sonrió Margarita, halagada por los elogios, y continuó diciendo:

—Aún hay más. No me negaréis que Pacheco es hombre de poder y de influencia, y más lo será aún si se confirma la noticia que en nuestro viaje hemos sabido, de una reconciliación entre el rey y la infanta, obtenida por su medio.

—Ciertamente,—afirmó Fonseca.

—¿No fuera conveniente para vos, someter á vuestra voluntad á hombre de tal valia?

—Sin duda alguna.

—Pues aquí otra vez del secreto en cuestión. Pacheco lo conoce, y conociéndolo ha faltado á su deber, procediendo como con vos ha procedido.

—Es verdad.

—La amenaza de acusarle de traidor, producirá en él gran efecto.

—Es indudable.

—Con mi ayuda podréis formular tal amenaza, pues únicamente yo puedo confirmar que el secreto es por don Juan conocido, y gracias á mí, por lo tanto, tendréis al de Villena, si lo deseáis, esclavo de vuestra ambición ó de vuestro capricho.

Con coquetería maliciosa, agregó sonriendo:

—Sin necesidad de otras explicaciones, ¿no basta lo que he dicho para convenceros de la ventaja de una alianza entre los dos? Reflexionadlo friamente y resolved en consecuencia.

*
* *

No necesitó reflexionar D. Pedro.

Había tomado ya su partido.

—Desde hoy, nuestros intereses son comunes,—dijo;—mútuamente nos apoyaremos, y con nuestro mútuo apoyo cierto estoy de que hemos de medrar y engrandecernos.

—¡Al fin os rendís!—exclamó la ventera.—Trabajo me ha costado conseguirlo.

—Me rindo, más que á mi propia conveniencia, al entusiasmo que en mí provoca tu ingenio. Vales mucho y triunfarás.

—Triunfaremos.

—Para conseguirlo, más que nunca necesitamos la ayuda de la prudencia.

—Y de la astucia.

—Yo no te abandonaré.

—Lo esperaba.

—Pero tampoco conviene que sea pública mi protección.

—Lo mismo creo.

—Ocultando tu origen plebeyo, para lo que te sirven

de ayuda tu discreción y tu belleza, te presentarás como una gran señora, haciendo ostentación de tus riquezas.

—¡Que me place!

—En secreto, yo me encargo de atender á todos los gastos de tu presentación.

—Dadivoso os mostráis.

—Porque me conviene. No sólo con mis recursos cuento; alguien hay detrás de mí, que atenderá á todo aquello á lo que mis fuerzas no alcancen.

—Lo supongo.

—Y tú en cambio...

—No digáis mas: adivino mi obligación y sabré cumplirla; os ayudaré en todo incondicionalmente.

—Eso es.

—Estad tranquilo. Ahora mismo puedo prestaros el primer servicio si queréis.

—¿Cual?

—De Pacheco traigo encargo de vigilaros y decirle cuanto hagáis.

—Lo sospechaba.

—Puedo enviarle aviso de lo que á vos os convenga.

—No. Más adelante...

—Como gustéis.

—Por ahora no es necesario.

Y conformes en todo, formaron ambiciosos planes para el porvenir.





CAPITULO XXVI

Nuevas intrigas



Vuelta la corte á Madrid después de la solemne ceremonia de *los Toros de Guisando*, comenzaron de nuevo las intrigas de Pacheco, quien para vencer en ellas contaba ahora con la privanza del rey.

Sabedor de la fuga de D.ª Juana de la fortaleza de Alaejos, de la situación desairada en que Fonseca había quedado y del disgusto de Santillana y los Mendozas por la proclamación de D.ª Isabel como princesa de Asturias, buscaba nuevo modo de entenderse con la esposa de don Enrique, siempre con el fin de estorbar el matrimonio de Isabel con D. Fernando, cuando supo que en nombre de la reina, D. Luis Hurtado presentóse al nuncio de Su Santidad formulando una enérgica protesta por la proclamación de D.ª Isabel y amenazando quejarse públicamente del Papa, como juez parcial é injusto en aquella cuestión.

Avistóse D. Juan con D. Luis, por medio de él llegó á una avenencia con D.ª Juana y sus entusiastas partidarios

los Mendozas y Santillana, y convinieron, con satisfacción de todos, lo siguiente:

D.ª Isabel se casaría con el rey D. Alfonso de Portugal, que ya antes, en distintas ocasiones, había pretendido su mano; y el hijo de D. Alfonso y heredero de su trono, se casaría á su vez con la *Beltraneja,* cuando ésta llegase á edad propia para ello. De este modo doña Isabel ocuparía un día el trono de Castilla y León, y á la hija de doña Juana quedábale la esperanza de ocupar el de Portugal.

Llegaron á este convenio sin noticia ni anuencia de D. Enrique, al que pensaban convencer fácilmente de que lo aceptara; pero no ocurrió lo mismo con la princesa.

A pesar de ser Isabel de la que más se guardaron, para obligarla á transigir por sorpresa, súpolo todo secreta y misteriosamente por medio de anónimos escritos por la misma mano que el que recibió en Avila.

Prevenida de este modo de lo que se intentaba, preparóse á hacer la más tenaz resistencia á tales proyectos.

Conviene tener en cuenta que D. Alfonso de Portugal contaba á la sazón muy cerca de los sesenta años, y que tal matrimonio, ya que no por otras causas, era absurdo y ridículo por la diferencia de edad.

—Mi hermano Enrique no me impondrá esposo contrario á mi voluntad,—decíase,—porque á ello se comprometió en una de las cláusulas de mi proclamación y nuestro convenio; pero si tal osara, me negaría á obedecerle, creyéndome á mi vez autorizada á prescindir de la condición de no casarme sin su permiso.

Hallábase por entonces junto á D.ª Isabel, otra de sus damas predilectas, la que pudiéramos llamar su mejor y más íntima amiga, pues más confianza tenía aún en ella que en la misma doña María de la Torre, á la que hemos presentado á su lado, sirviéndola de confidenta.

Era la tal dama doña Beatriz de Bobadilla, esposa de Cabrera, alcaide del alcázar de Segovia.

Distinguióse siempre doña Beatriz, tanto por su adhesión á la princesa, cuanto por la energía de su carácter varonil, adornándola otras perfecciones que justificaban cumplidamente las predilecciones de que era objeto.

Cuéntase que al saber el casamiento á que quería obligarse á su señora, teniéndolo por perjudicial para ésta, le dijo, esgrimiendo en su diestra un pequeño y precioso puñal que llevaba siempre consigo:

—Yo os juro que no seréis su esposa, pues si otro modo no hubiere de impedirlo, sabré dar á D. Alfonso muerte.

Palabras que D.ª Isabel le agradeció en el alma, porque eran muestra de una lealtad inquebrantable, aunque á la vez se las reprochó severamente.

* * *

Ultimados los detalles todos del pacto entre Pacheco y D.ª Juana, fué llegada la hora de inclinar á D. Enrique á que autorizase su cumplimiento, de lo cual encargóse don Juan, quien vuelto á su antiguo favoritismo, dominaba en el ánimo del rey.

Fácil le fué al intrigante caballero conseguir lo que se proponía, convenciendo de ello con pocas palabras, á aquel monarca débil y sin voluntad propia.

—Para completar la obra de vuestra reconciliación con doña Isabel,—le dijo,—debéis velar por el porvenir de ésta, asegurándolo con un buen matrimonio. Tres son, entre otros, los pretendientes que á la mano de vuestra hermana aspiran: D. Alfonso, rey de Portugal, el duque de Guinea, hermano de Luis XI de Francia, y un hermano de Eduardo IV de Inglaterra.

Y así era, en efecto; pues como adivinando el brillante porvenir que le estaba reservado, parecía que todos se disputasen la dicha y la honra de ser esposo de Isabel.

—Creo,—prosiguió Pacheco,—aunque respetando en esto como en todo vuestra opinión, que el rey de Portugal es el que más conviene á D.ª Isabel.

Aceptó D. Enrique sin estudio ni discusión lo que le aconsejaba su favorito, y respondióle:

—Con mi hermana hablaré inclinándola al matrimonio que me aconsejas.

—¡No hagáis tal!—le replicó Villena.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo, tiempo dais á D.ª Isabel para que reflexione y á vuestros deseos se oponga.

—¿Osaría hacerlo?

—Tenedlo por seguro.

—¿Por qué razón?

—La edad de D. Alfonso habed en cuenta.

—Dices bien.

—Vale más que autoricemos al monarca portugués para que formalice su petición por medio de una solemne embajada, y la princesa entonces no tendrá otro remedio que ceder.

—Pero comprometido héme en nuestro pacto á no obligar á mi hermana á matrimonio alguno contra su voluntad.

—¿Qué importa eso? Sois su rey y señor y os debe obediencia incondicional en todo.

* * *

Halagó el orgullo de D. Enrique lo que parecía reconocimiento de su autoridad, y dijo:

—Mi venia tienes para arreglar este asunto como más

convenga á mi dignidad, á la dicha de Isabel y á los intereses del trono.

No deseaba más el favorito; así fué que respondió, inclinándose con exagerado respeto, para mejor disimular su alegría:

—Fiad en mí.

Y comenzó enseguida á prepararlo todo en secreto para el logro de sus deseos.

Entendióse con el monarca portugués, y éste, á su vez, aceptó las condiciones que le imponían los partidarios de doña Juana.

El casamiento de la *Beltraneja*, con el hijo de D. Alfonso, quedó, pues, concertado en secreto al mismo tiempo que el de D. Alfonso con doña Isabel.

Esta seguía estando al corriente de todos los manejos, á pesar de que se los ocultaban, por medio de los misteriosos anónimos que continuaba recibiendo, sin sospechar siquiera quién se los mandaba.

—Pues que mi hermano falta á su palabra,—pensó,—intentando obligarme contra mi voluntad á un matrimonio que no es de mi agrado, autorizada me creo para faltar á la mía, casándome sin su consentimiento con quien me plazca.

Y púsose de acuerdo con el arzobispo de Toledo, para que éste activase su matrimonio con D. Fernando.





CAPÍTULO XXVII

La embajada



RASLADÓSE el rey con D.ª Isabel á Ocaña, para celebrar cortes, y la ocasión pareció al de Villena la más indicada para pretender osadamente la realización de sus propósitos.

Al efecto entendióse secretamente con el monarca portugués, y éste mandó inmediatamente una brillante embajada para pedir con toda la solemnidad debida la mano de la princesa.

Confiaba Pacheco mucho, para el éxito de sus propósitos, en la sorpresa que en Isabel produciría la petición; pero contra lo que él creía, la princesa estaba al tanto de todos sus manejos.

Con anticipación debida, recibió uno de los misteriosos anónimos, que tan buenos servicios le habian prestado, en el que se le anunciaba lo que se pretendía; de modo que pudo apercibirse para lo que había de responder y la actitud que había de adoptar.

Decíasele además en el anónimo:

«Nada temáis. Si como es muy posible vuestra negativa indigna tanto al rey y á Villena, que osaran intentar algo contra vos para reduciros por la fuerza á la obediencia, los habitantes todos de Ocaña que os son adictos, prevenidos convenientemente del peligro que os amenaza, sabrán defenderos y salvaros.»

Tan amistosas precauciones despertaban la gratitud en la princesa, que decía más de una vez á sus buenas amigas D.ª Beatriz y D.ª María:

—Diera cualquier cosa por saber quién es el que estos secretos avisos me envía. Dame á sospechar el misterio en que se envuelve, que es persona allegada á los que mi infelicidad pretenden, y que no da la cara por temor de malquistarse con ellos.

Y las tres intentaban en vano adivinar quién era.

Mal podían sospechar que fuese Zoraida, cuya existencia ni aun conocían, auxiliada por Tarsio y Sebastián.

La mora seguía aprovechándose de las artes de la Nigromancia, para hacer suyos los secretos de Pacheco, y vengábase de éste delatando sus planes á quien podía estorbar su realización.

Si D.ª Isabel hubiera sabido de quién provenían aquellos anónimos, á su gratitud hubiéranse juntado la extrañeza y acaso la desconfianza.

*
* *

De todo lo anterior resulta, que el único verdaderamente sorprendido por el arribo de la embajada portuguesa fué D. Enrique, pues si bien había otorgado su aprobación á los proyectos de su favorito, ignoraba el modo escogido por éste para realizarlos.

Todos los habitantes de Ocaña pusiéronse en conmo-

ción á la llegada de la lujosa comitiva, y aun antes de que los enviados portugueses manifestaran al rey la misión que le había sido encomendada, ya sabían todos el objeto que les traía.

La noticia de que el rey de Portugal pretendía la mano de la princesa, corrió de boca en boca sin saber nadie de dónde había salido.

Nuestros lectores habrían acertado fácilmente la explicación de ello sólo con ver á Tarsio y Sebastián mezclados entre el gentío, comentando como cosa sabida á medias, lo que deseaban que los demás supiesen por completo.

Los dos servidores de Pacheco acompañaban á éste á todas partes, siendo, á la vez que auxiliares de sus proyectos, sus detractores y enemigos.

La noticia de aquella boda desigual indignó al pueblo, que quería para su futura reina esposo más digno de ella, y Sebastián y Tarsio alimentaban el descontento.

Echaron á volar también la especie de que el pretendiente preferido por D.ª Isabel era D. Fernando de Aragón, y como se trataba de un príncipe joven, bizarro, valiente y de grandes esperanzas, aquellos amores despertaron desde luego generales simpatías.

Expresivo siempre el pueblo en las manifestaciones de sus sentimientos, prorumpieron todos en entusiastas vivas á D. Fernando, á la vez que entonaban improvisadas y burlescas canciones ridiculizando al pretendiente portugués.

Los mismos embajadores, al cruzar por entre el populacho en lucida comitiva, para presentarse al monarca, tuvieron que oir cómo insultaban á su rey, por el senil capricho de unir su provecta ancianidad á la juventud y hermosura de la heredera de los reinos de León y de Castilla.

Fué invitada la princesa á recibir con el rey la embajada, sin advertirle de antemano el objeto de ésta.

Pero D.ª Isabel, que como sabemos estaba al tanto de todo, acudió á ella tranquila y sonriente.

Sus leales amigas D.ª Beatriz y D.ª María, colocáronse cerca de ella, al pié del estrado sobre el que se levantaba el trono, cual si quisieran animarla con su presencia.

La recepción fué solemne.

Rodeados el rey y su heredera de toda la corte, recibieron á los embajadores con el ceremonial debido, y después de los saludos y protestas de amistad impuestos por la cortesía á unos y otros, D. Enrique dijo:

—Expongan los enviados de mi hermano el rey de Portugal, el objeto de la visita con que me honran.

Formuló uno de los embajadores la petición de la mano de la princesa, y la mayoría de nobles y caballeros presentes, adictos á Pacheco é interesados por codicia en secundar sus planes y los del rey, dieron visibles muestras de aprobación y contento.

Todas las mirades concentrábanse en D.ª Isabel, que permanecía tranquila, indiferente, inalterable.

—Pláceme y hónrame la petición de que sois encargados,—repuso el rey,—y á ella accedo gozoso. Id y en mi nombre contestad á vuestro señor que mi venia otorgo á sus deseos, y que con los brazos abiertos le espero para estrecharle en ellos como á un hermano.

Estas palabras fueron coronadas con grandes aplausos por todos los nobles que rodeaban á D. Enrique.

*
* *

Iban ya á retirarse los embajadores, satisfechos con la respuesta del monarca castellano, cuando doña Isabel, viendo que de su parecer se prescindía en asunto para

ella de tanta monta y que ni se le preguntaba siquiera si daba su aprobación á tal enlace, ocasión que aguardaba para formular su negativa, con uno de los arranques de enérgica dignidad que le eran propios, púsose en pié, diciendo con voz imperativa que hizo estremecer á todos:

—Aguardad, señores.

Miráronla los nobles asombrados por su atrevimiento, y D. Enrique y Pacheco temblaron, comprendiendo que la realización de sus planes peligraba.

Saludaron los embajadores respetuosamente y esperaron.

Sin deponer un momento su majestuosa arrogancia, ante la cual, todos, hasta D. Enrique, inclinaban la cabeza, doña Isabel dijo:

—Trastornado por el gozo que vuestra honrosa petición le ha producido, mi hermano y señor incurrido involuntariamente ha en la omisión de consultar mi parecer en este asunto; no habiendo en cuenta, que sin que yo la apoye, la venia que de otorgaros acaba es nula.

Levantóse en el salón un sordo murmullo y la princesa lo dominó añadiendo:

—Ofensa á su rey infieren los que suponer osan que capaz sea de obligarme á un matrimonio contrario á mi voluntad ó á mis sentimientos. Impídenselo su cariño de hermano, que por mi bien y mi ventura se desvela, y el convenio entre los dos firmado, que todos conocéis, en el que se obliga á no imponerme esposo que no sea de mi agrado. Al derecho, pues, de tal convenio me acojo, ya que no á otros tan sagrados como este, para hacer oir mi voz y expresar mi voluntad en asunto que á mí más que á nadie interesa, puesto que á mi porvenir atañe; y puesto que mi parecer no ha sido consultado como debiera, yo, en uso de tal derecho, á exponerlo voy en presencia de todos. Oidlo, señores,—añadió, dirigiéndose especialmente á los

enviados del portugués;—y sean mis palabras la única respuesta que dar debéis á vuestro señor, respecto al desempeño de la honrosa misión que cerca de mí os ha sido confiada.

***

Doña Isabel había logrado imponerse con su energía, y en el salón reinaba profundo silencio.

—Decid á vuestro rey,—prosiguió la princesa, dirigiéndose siempre á los embajadores,—que su petición agradezco y me obliga para con él, aumentando el respeto que siempre le tuve; pero que aun agradeciéndola y considerándola para mí muy honrosa, no puedo aceptarla.

Levantóse un nuevo murmullo que D.ª Isabel dominó también, agregando:

—No puedo aceptarla, porque no basta el respeto como lazo de unión para estrechar los del matrimonio, y porque mi palabra comprometí ya á quien mi esposo ha de ser, previo el consentimiento del rey mi hermano, que no creo me niegue.

—¡Nunca lo otorgaré!—exclamó D. Enrique.

—Decid también á vuestro rey,—continuó la princesa, sin hacer caso de estas palabras,—que no tome á ofensa mi sinceridad y antes bien me la agradezca, pues no es desprecio en modo alguno de los méritos que en él reconozco y admiro, é indigno de él y de mí sería sacrificarnos á un enlace impuesto sólo por razones de conveniencia. Id y mis palabras repetidle, y de su buen juicio espero que será fielmente interpretada la intención con que las digo.

Mientras Isabel hablaba, Pacheco halló modo de decir en voz baja al rey:

—¿Permitiréis, señor, que vuestra autoridad sea de tal modo desatendida? ¿Cuándo se vió desacato igual?

Y D. Enrique, á quien la cólera cegaba, respondióle:

—Mi autoridad será respetada, ó haré un ejemplar castigo.

El de Villena sonrió pensando:

—Aún no está perdido mi pleito.

De nuevo disponíanse á salir los embajadores, mohinos por la desairada situación en que quedaban, y de nuevo viéronse detenidos por la voz de D. Enrique, que les decía:

—Confiado espero en que mi hermana cambiará de parecer, cuando mi razón y mi autoridad se impongan á su inexperiencia, y un breve plazo os pido para daros, de acuerdo con ella, una contestación definitiva. Demorad hasta mañana vuestro regreso á Portugal, y sírvame esta demora para agasajaros como merecéis por vosotros mismos y por aquel á quien representáis.

Volviéndose á los suyos añadió:

—Sean agasajados nuestros huéspedes como es debido.

Salieron los embajadores rodeados por los más nobles caballeros, que se esforzaban en obsequiarlos, cumpliendo las órdenes que acababa de darles el monarca, y éste dijo á los que junto á él quedaron:

—¡Despejad!

Intentó salir Isabel también con sus damas, y él la ordenó imperativamente:

—¡Quédate!

Doña Beatriz y doña María miraron á su señora ansiosas y asustadas y ella las tranquilizó con una sonrisa.

Era la única que conservaba su serenidad impasible.





CAPÍTULO XXVIII

Entre hermanos



La salida de los embajadores provocó algunos gritos de protesta entre la muchedumbre.

Sin saber cómo cundió entre ella la noticia de lo ocurrido en la recepción, asegurando todos que el rey intentaba obligar á su hermana á que aceptase por esposo al portugués.

Esto aumentó las simpatías hacia D. Fernando, cuyo nombre fué aclamado entusiastamente.

Las vociferaciones de la multitud llegaban hasta la cámara real, donde D. Enrique y D.ª Isabel habían quedado solos.

Apenas salió el último cortesano, el rey se dirigió á su hermana, diciéndole furioso, amenazador casi:

—¿En tan poco tienes mi dignidad, que en comprometerla y humillarla no has dudado con lo que de hacer acabas?

—A ello hasme obligado no habiendo para nada en cuenta mis derechos á mirar por mi porvenir,—le respondió sin inmutarse la princesa.

—Tu porvenir será el que á mi voluntad cuadre.

—No lo esperes.

—A ello me autoriza el haberte proclamado mi sucesora y heredera.

—Si el reconocimiento por tí, de lo que creo un derecho mío, me obligase al sacrificio absoluto de mis sentimientos y albedrío, á sucederte en el trono que ocupas renunciara de buen grado. Antes que reina soy mujer y como tal tengo un corazón que ansía la dicha y el goce de las dulzuras de un amor honesto.

***

Ante la firmeza de las contestaciones de la noble doncella, la debilidad del rey comenzó á ceder.

No poseía energía ni aun para las lides de la polémica.

—Y bien,—dijo, deponiendo en parte su enojo.—¿Quién es el hombre que has elegido por esposo sin mi consentimiento? Con ello has infringido la cláusula de nuestro convenio á que antes te referías.

—No hay tal infracción,—protestó Isabel,—puesto que casádome no habría sin tu venia.

—¿Y si no te la otorgase?

—Si no alegaras para tu negativa razón justa, siendo como sería tu oposición una arbitrariedad, te desobedecería.

—¿Tal osas decirme?

—Hasta tal punto estoy convencida de la rectitud y justicia de mis intenciones, que no tengo por qué ocultarlas.

—¿Y sabes á lo que tu desobediencia podría exponerte?

—Sí. Eres el fuerte, y podrías incurrir en abuso de tu autoridad para apoyar tu sinrazón; pero si tal haces no me importa; me resignaré á tu abuso, esperando resig-

nada el triunfo de la justicia. ¡Ay de ti si tu poder empleas en satisfacer pueriles caprichos ó mezquinas pasiones! En tu falta misma encontrarás el castigo de ella. Dios nos concede autoridad sobre los demás mortales, para que de ella hagamos uso justiciero y prudente.

*
* *

Comprendiendo que si la discusión continuaba por este camino la derrota sería suya, D. Enrique la desvió volviendo á preguntar:

—Pero ¿quién es el hombre con el que pretendes enlazarte? Aún no me lo has dicho y sin yo saberlo no puedo decidir en este asunto.

—Es un hombre digno de mí,—respondió con arrogancia la princesa.—Con esto que sepas debe bastarte.

—¿Noble?

—De estirpe real como la nuestra.

—¿Poseedor de un trono?

—Heredero de varios.

—¿Valiente?

—¡Un héroe!

—¿Cual es su nombre?

En aquel momento llegaron hasta ellos los gritos de la muchedumbre que aclamaba á D. Fernando.

—Nuestro pueblo te lo dice sin necesidad de que yo lo pronuncie,—respondió Isabel, señalando hacia una de las ventanas.—Acércate ahí, escucha el nombre que nuestro pueblo vitorea, consagrando con sus vitores mi amor.

Enrique corrió á la ventana y escuchó, sin dejarse ver de los de fuera.

Isabel sonreía gozosa oyendo aquellas entusiastas exclamaciones, dedicadas al amado de su corazón.

—Aunque mi hermano se oponga á él,—pensaba,—

Dios bendecirá mi amor como mi pueblo lo bendice.

Distinguió Enrique, al fin, el nombre que la multitud aclamaba, y preguntó sorprendido:

—¡Fernando! ¿Quién es Fernando?

—¿No lo adivinas?—le interrogó su hermana.

—No...

—Te he dicho que es un príncipe excelso y valiente...

—Por lo mismo no acierto...

—¿No ha llegado hasta tí el eco de las proezas de nuestro primo el de Aragón?

—¿El hijo de Juan II?

—El mismo.

—¿Y es ese el que?...

—Sí; ese es el elegido de mi corazón, el que mi voluntad posee, de cuantos me han otorgado la merced de solicitar mi mano.

Y explicó brevemente las negociaciones que entre ellos habían mediado, hasta llegar á un acuerdo.

***

No tenía D. Enrique motivo alguno fundado para rechazar al pretendiente de su hermana, y antes por el contrario si en aquel enlace pensaba detenidamente, encontraríalo muy beneficioso; pero el despecho de verse desobedecido le dominaba y exclamó, sin entrar en razonamientos:

—¡Jamás te otorgaré mi venia para que la esposa seas del que dices!

—¿Por qué razón?—preguntó la princesa.

El rey no supo qué contestar.

—Pues si razón fundada no aduces que justifique tu negativa,—añadió ella,—dispensada me creo de cumplir la cláusula de nuestro convenio relativa á mi matrimonio,

y llegado el caso haré lo que te anuncié antes: te desobedeceré. Me someto humilde á tu autoridad; pero no á tu tiranía.

Aumentó con esto la cólera de D. Enrique, y fuera de sí repuso:

—¡Júrote que esposa del portugués has de ser aunque no quieras! Tengo en ello empeñada mi palabra y no he de consentir que la comprometas.

—¿Y quién permiso te dió para sin mi consentimiento tu palabra empeñar en asunto que á mí sola atañe?

—No atiendo á razones.

—Pues yo, al contrario que tú, en la razón de mi derecho me escudo.

—¡Renuncia á D. Fernando!

—¡Jamás!

—¿Es esa tu última resolución?

—¡La última!

—Pues los resultados de tu desobediencia sufrirás ahora mismo.

Y abriendo de par en par las puertas de la cámara, gritó:

—¡Hola! ¡Aquí todos!

*
* *

Los cortesanos precipitáronse en la regia estancia.

Pacheco fué á colocarse junto al rey.

Los servidores, escuderos y pajes, agrupáronse junto á la puerta.

Tarsio hallábase entre ellos.

El monarca daba muestras de la mayor agitación, mientras la princesa permanecía tranquila.

Fuera, la multitud continuaba gritando.

Dirigiéndose á todos, D. Enrique dijo:

—Mi autoridad hase visto hoy aquí escarnecida y humillada; todos de ello habéis sido testigos. Indulgente más de lo que debo, he pretendido reducir á la obediencia por la persuasión, á la que contra mi poder se rebeló. No habiéndolo conseguido, ordeno que la princesa, mi hermana y sucesora, sea reducida á prisión y como prisionera trasladada á mi alcázar de Madrid, donde la reflexión espero que la haga cambiar de juicio.

Levantóse entre los nobles un murmullo de asombro por medida tan osada, y el de Villena dijo al oido al rey:

—Bien, señor; no transijáis. Está interesada en ello vuestra dignidad.

Tarsio salió de entre el grupo de servidores, pajes y escuderos y se alejó presuroso, murmurando:

—¡Yo la salvaré!

* * *

Contra lo que todos esperaban, D.ª Isabel no protestó de la orden de prisión acabada de dictar contra ella.

Sin perder su calma ni un instante, dijo:

—Es mi rey y señor quien mi prisión ordena, y aunque la considero injusta, á ella me resigno y doblego. Pero á mi vez declaro aquí, en presencia de todos, que no accederé por la fuerza á un enlace que á mi corazón repugna.

D.ª Beatriz y D.ª María, sus damas favoritas, corrieron á ponerse junto á ella como para defenderla, y la princesa les dijo cariñosamente:

—Espero, mis buenas amigas, que en mi desgracia no me abandonéis, y esto basta para mi consuelo.

En esto levantóse en la multitud que había reunida en la plaza, un alarido formidable.

Era que Tarsio acababa de hacer saber la noticia de la prisión de la princesa.

—¡Salvémosla!—gritaron algunos.

—¡Salvémosla!—repitieron los demás.

Y todos abalanzáronse al alojamiento real, arrollando los guardias que defendían la entrada.

El capitán de las guardias del rey, que prestaba servicio, corrió á decir al monarca lo que ocurría.

D. Enrique se asustó.

—Mi orden de prisión no será cumplida,—dijo á su hermana,—si me prometes al menos retardar por algún tiempo las negociaciones de tu matrimonio con D. Fernando.

—Las retardaré todo el tiempo que á mi rey y señor convenga,—respondió la princesa,—pero no renunciaré á tal enlace.

—En ese caso, revoco mi orden y libre eres.

La princesa sonrió compasivamente al ver tanta cobardía.

* * *

Arrollando las guardias todas, la multitud llegó á la cámara real.

D. Enrique se refugió en el trono y los nobles agrupáronse en torno de él para defenderle.

D.ª Isabel se adelantó sola al encuentro de los amotinados.

—¿Qué queréis?—les preguntó, conteniéndoles con su sola presencia.

—¡Salvaros!—respondieron ellos.

Y oyéronse algunas voces, exclamando:

—Sabemos que quieren casaros con el portugués.

—Que os reducen á prisión por negaros á ello.

—Que no os consienten ser la esposa de D. Fernando.

—Ningún peligro me amenaza,—contestó la princesa.—Libre soy y nadie pretende obligarme á nada contrario

á mi voluntad. ¡Gracias por vuestra adhesión! En premio á ella, os aseguro que nadie más que D. Fernando de Aragón será mi esposo.

Estas palabras produjeron el mayor entusiasmo.

—¡Vivan D.ª Isabel y D. Fernando!—gritaron todos.

La princesa dominó aquellos gritos, diciendo:

—¡Viva el rey!

No siendo contestada más que por los cortesanos.





CAPÍTULO XXIX

Malas nuevas



ONJURADO el conflicto con la debilidad del rey y la discreción de la princesa, calmáronse los ánimos y la multitud fué retirándose tranquila, aunque un tanto recelosa. Como sabían hasta dónde podían fiar en la palabra y consecuencia de un hombre cual D. Enrique, dejaron quien vigilara, por si á D.ª Isabel intentaran llevarse prisionera, á pesar de lo prometido.

Apenas el pueblo se hubo retirado, Isabel dijo á su hermano:

—A vuestra voluntad me someto como mi señor y rey que sois; disponed de mí según á vuestra voluntad plazca, en todo menos en lo que con mi matrimonio se relaciona.

Y D. Enrique, avergonzado por tanta nobleza, respondióle:

—Asunto es ese que trataremos detenidamente en ocasión más oportuna; mientras tanto, en libertad queda, puesto que mi real palabra tienes de revocar la orden que dí en contra tuya.

La princesa se inclinó con muestras de humilde acatamiento.

—Hemos perdido esta jornada,—pensó Pacheco, dominando á duras penas su contrariedad y su despecho;—pero ganaremos otras.

Y comenzó á combinar nuevas intrigas para impedir el casamiento de doña Isabel con D. Fernando.

*
* *

Hallábase toda la nobleza reunida aún en la sala del trono, cuando se presentó el maestresala del rey, anunciando á éste la llegada de un correo, portador de pliegos importantes.

Dió orden de que compareciese en su presencia, y leyó los pliegos de que era portador.

Todos notaron la palidez que cubrió su rostro y comprendieron por ella que las noticias en los pliegos contenidas distaban mucho de ser satisfactorias.

Pronto la ansiedad de los nobles fué satisfecha por D. Enrique, quien les dijo:

—Está de Dios que tranquilidad no he de gozar completa á pesar de mis esfuerzos por lograrlo. Estos pliegos me traen malas nuevas de Andalucía. La lucha continúa allí á pesar de mi reconciliación con todos los que antes peleaban en contra mía, y mi autoridad es desconocida y desacatada. Ejemplar castigo necesito hacer en los que de tal modo contra mi poder se rebelan, para que así acaben las sangrientas contiendas y brille al fin en mis reinos el sol esplendoroso de la paz, eclipsado hace ya tanto tiempo.

Todos los presentes apresuráronse á ofrecerle sus espadas.

—Acepto el ofrecimiento que me hacéis,—prosiguió D. Enrique,—y como muestra elocuente de vuestra leal-

tad lo considero. Apréstese todo para mi inmediata partida, pues quiero ir por mí mismo á castigar y someter á los revoltosos, y síganme para ayudarme en mi empresa, los que á mi persona sean verdaderamente adictos.

No hubo quien en contestación á estas palabras no repitiese sus ofrecimientos.

Para aquellos caballeros revoltosos y levantiscos, acostumbrados al combate, los meses que llevaban de paz era ya un plazo demasiado largo.

—¡A Andalucía!—exclamaron todos, entusiasmados con la esperanza de reanudar sus aventuras guerreras.

Y salieron á prepararlo todo para la partida.

* * *

Contrariado por aquel nuevo obstáculo que se oponía á sus planes, el de Villena dijo al rey:

—¿Qué disponéis acerca de vuestra hermana, señor?

—Nada de momento,—respondió D. Enrique.

—Considerad...

—Considero únicamente que mi presencia es en Andalucía necesaria.

—Bien; pero la embajada portuguesa aguarda una respuesta definitiva.

—Tienes razón.

—Y aprovechando vuestra ausencia, D.ª Isabel puede adelantar las negociaciones para casarse con D. Fernando.

—¡Si tal hiciera!...

—Lo hará, no lo dudéis.

—¿Y cómo evitarlo?

—Desistiendo de vuestro viaje.

—¡Eso no! Mis deberes de monarca son antes que todo.

Comprendió D. Juan que su empeño era inútil, que don

Enrique se hallaba decidido á mostrar energía una vez siquiera en su vida, y hubo de avenirse contra su voluntad á aquel viaje.

—Habla tú en mi nombre con los embajadores,—díjole el rey,—justifícame con ellos lo mejor que puedas, exponles las razones que de aquí me obligan á alejarme precipitadamente y aplaza la resolución del asunto que en mi busca les ha traido; yo por mi parte hablaré con mi hermana y le arrancaré la promesa de no desobedecerme. Así podremos partir tranquilos.

No había otro remedio y Pacheco se resignó á hacer lo que el monarca le decia.

Habló con los embajadores portugueses, y éstos partieron de Ocaña aquel mismo día, de modo muy distinto de como en la población habían entrado: cabizbajos y mohinos y á escondidas casi, para no exponerse á las burlas del populacho.

Iban cargados de promesas, disculpas y buenas palabras; pero convencidos de que su rey no sería nunca el esposo de la heredera del trono de León y Castilla.

* * *

D. Enrique habló efectivamente con su hermana, á la que intentó en vano arrancar formal promesa de que renunciaría á su matrimonio con el de Aragón.

—No puedo prometerte lo que no he de cumplir,—le respondió ella, con la noble sinceridad que le era propia. —Dame una razón fundada en contra de tal matrimonio, y entonces puede que me sacrifique y á él renuncie.

Pero como la razón no existía, el rey no pudo darla.

Entonces intentó conseguir, por lo menos, que durante su ausencia, no adelantasen las negociaciones de tal enlace.

Tampoco D.ª Isabel quiso comprometerse á esto.

—Procuraré complacerte,—dijo;—pero no te lo aseguro. Todo depende de las circunstancias.

D. Enrique hubo de limitarse, pues, á dar órdenes convenientes para que la princesa fuese vigilada, á fin de evitar cuanto intentase hacer en aquel asunto.

La ocasión no era propicia para apelar de nuevo á la fuerza; pero de ella echaría otra vez mano si llegaba el caso.

Y D.ª Isabel, que adivinaba su intención, pensó:

—Ni él con todo su poder, ni nadie, excepto Dios, impedirá mi unión con el que amo.

* * *

Marchó aquel mismo día el rey en dirección á Andalucía, acompañado por Pacheco y otros nobles caballeros, y doña Isabel partió á su vez, diciendo que iba á cuidar del traslado del cadáver de su hermano D. Alfonso á Avila; pero á donde se encaminó fué á Madrigal, pueblo de su nacimiento, porque creyó que allí, donde todos le eran adictos, podría consagrarse mejor y más confiada á preparar su enlace con el de Aragón.

—Pues que mi hermano falta á sus compromisos,—decíase,—autorizada me creo para prescindir de su consentimiento.

Y comenzó á hacer activas gestiones, de acuerdo con el arzobispo de Toledo, protector de sus amores.

Tuvo D. Enrique por sus espías, noticia de los manejos de la princesa, y aconsejado por Pacheco, contra ella dictó nuevamente desde Andalucía orden de prisión.

Doña Isabel tuvo noticia oportuna de aquella orden por uno de los misteriosos anónimos.

Avisó el peligro que corría á sus fieles partidarios el

arzobispo de Toledo y el almirante D. Fadrique, y éstos presentáronse en Madrigal con numerosas fuerzas, para defenderla y salvarla.

Lleváronla en triunfo á Valladolid, ciudad que le era adicta, y allí convinieron arbitrar medios que facilitasen su matrimonio con D. Fernando, á fin de realizarlo secretamente durante la ausencia del rey.

Para ello, Gutierre de Cárdenas, maestresala de la princesa, y Alonso de Palencia, capellán del arzobispo, marcharon en secreto para Aragón, á llevar á D. Fernando noticia de lo que ocurría, y doña Isabel quedó esperando el resultado de aquel viaje, en casa de su leal partidario D. Juan de Vivero.





CAPÍTULO XXX

Un idilio interrumpido



n Valladolid, al igual que en casi todas las poblaciones de alguna importancia de aquella época, había un barrio destinado exclusivamente á los judíos, donde éstos vivían aislados casi por completo de los cristianos, observando sus ritos y costumbres con entera libertad y amontonando y escondiendo su oro en el interior inexplorado de sus miserables casuchas,

Situada la *Judería*, como llamaban al tal barrio, casi á extramuros de la población, los habitantes de la ciudad internábanse en ella, sólo cuando iban á pedir préstamos á la usura de los viejos rabinos, ó cuando á falta de otras víctimas hacían á éstos objeto de sus burlas y bromas.

Contábase respecto á este particular más de una sangrienta aventura, y ello hacía que apenas anochecido todos en la *Judería* se encerraran en sus hogares, sin abrir la puerta á nadie.

No había leyes que les ampararan en sus derechos ó si las había nadie cuidábase de hacerlas cumplir.

Perseguir judíos, burlarse de ellos, atropellarlos y hasta quitarles la vida, era considerado casi como una acción meritoria; y los que de tales injusticias eran víctimas sufríanlas resignados, atentos más que á su vida á su interés.

A pesar de tantas humillantes vejaciones, los cristianos acudían á ellos en demanda de préstamos, y á favor de la usura llenaban sus bolsas.

La codicia era para ellos casi tan respetable como las leyes sagradas de su religión.

*
* *

Una noche, al toque de queda, un caballero embozado hasta los ojos discurría por las solitarias calles de Valladolid, en dirección á la *Judería*.

Llegó á ella, y como persona que conoce bien el terreno que pisa, internóse por sus estrechas y revueltas callejuelas.

Su andar era precipitado, y frecuentemente volvía receloso la cabeza, como si temiera que alguien le siguiese.

Concluía el otoño y con él comenzaban los primeros fríos.

La noche era lluviosa y desapacible.

En las calles de la ciudad, de trecho en trecho, veíase brillar la mortecina luz de algún farol encendido delante de algún santo colocado en la hornacina de un viejo caserón; en el barrio judío, la obscuridad era absoluta.

El desconocido no se arredraba por ello y seguía avanzando, con paso cada vez más presuroso, como si temiese llegar tarde á algún sitio determinado.

Sus pisadas resonaban en las solitarias calles, turbando la apacible y medrosa calma de las míseras viviendas, envueltas en sombras.

Llegó, al fin, ante una casa de aspecto algo menos miserable que las que la rodeaban.

—¡Al fin!—exclamó, respirando fuertemente, con verdaderas muestras de cansancio, indicio evidente de lo mucho que había corrido.

Y añadió inquieto:

—¿Se habrá cansado de esperarme?

Miró en torno suyo, para convencerse de que nadie podía verle ni oirle, y seguro de ello silbó de un modo particular.

Transcurrieron algunos instantes.

Iba ya el caballero á silbar otra vez, cuando se oyó el ruído de una ventana que se abría.

Era una de las ventanas de la planta baja de la casa ante la que el desconocido se había parado, y apareció en ella la silueta de una mujer, según lo que confusamente, en la obscuridad que reinaba, podía distinguirse.

* * *

Una voz dulcísima, semejante á un suspiro, dejóse oir diciendo:

—¡Fabio!

—¡Mi Raquel!—respondió el caballero.

Y los dos entrelazaron sus manos.

Hubo un breve silencio.

Diríase que á despecho de la obscuridad, los dos enamorados se entregaban al placer de contemplarse.

Ella fué la primera en volver á hablar.

—¡Cuánto has tardado hoy!—dijo, con acento de cariñoso reproche.

—No por mi culpa,—respondió él.—La angustia y la ansiedad me consumían y el temor de no verte prestó alas á mis pies cuando pude venir en tu busca. ¡Mi bien! ¡Mi

vida! Las horas del día paso consumido por el deseo de contemplar tu hermosura y escuchar tu voz amante, y al llegar la noche llega para mí la gloria, pues mi deseo se cumple. Conque mira si puedes achacar á culpa mía mi tardanza.

—No de ese modo me hables, Fabio,—dijo Raquel, con voz apasionada.—Mira que al oirte la dicha me trastorna y pierdo el escaso juicio que la locura de tu amor me ha dejado. Por tí y por tu cariño he faltado á mi religión, á mi ley, al respeto á mi padre, á mi dignidad propia, y á mayores faltas me arrastrarías aún si te lo propusieras, sólo con que esas dulces palabras que tan bien sabes decir repitas. ¡Ten compasión de mí! ¡Un destello de razón déjame, aunque sólo sea para que de salvaguardia sirva á nuestros ocultos amores! Si mi cordura por completo trastornas, al peligro me expones de que todo lo revele, de que grite llena de orgullo: «amo y soy amada del hombre más noble, más valiente y más apuesto de los estados castellanos»; y entonces, ya sabes lo que sucedería. A mí mi amor me costaría la muerte y á tí el tuyo el desprecio de tus iguales, por haberlo puesto en quien no lo merece, en una judía.

* * *

No de pesar, sino de ternura, de vehemencia, la enamorada joven rompió en sollozos.

Fabio apoderóse de una de sus manos á través de los hierros de la reja y la cubrió de besos, diciendo:

—No así y por tan fútil motivo las ricas perlas de tu llanto viertas; resérvalas para verterlas en mis brazos, cuando la dicha y el amor, no hallando cumplido desahogo en las sonrisas, en las lágrimas lo busquen.

Luego, murmurando las palabras mejor que pronunciándolas, con lo que las hacía más insinuantes y halagadoras, añadió:

—¡Raquel! ¡Mi Raquel! No el temor te asalte y torture, ni aun bajo la forma de desconfianza. Lo que llamas locura no seria tal, sino el colmo del placer y de la dicha. ¿Qué son ni qué deben ser para nuestro amor los escrúpulos y los peligros? Incentivos de nuestra misma pasión: y ésta es tan inmensa, tan ardiente, que todo lo destruye, que todo lo allana. Venga, pues, la locura en buen hora, porque esa locura es nuestra felicidad. Si locos de pasión no estuviéramos no podríamos ni deberíamos amarnos, y no amarnos sería para nosotros la tristeza, la desgracia... ¡No, alma de mi alma! Gocemos; y si hacemos mal al amarnos y nuestro castigo ha de ser la muerte y el desprecio, que nos sorprenda enamorados y felices. ¡Verme yo despreciado porque te amo! ¿Qué mayor orgullo? ¡Morir tú por mi cariño! ¿Qué mayor ventura? Como tú impulsos siento de confesar á todo el mundo nuestros amores, para que nos envidien.

* * *

A este punto llegaba el coloquio de los dos amantes, cuando en la callejuela próxima oyóse rumor de pisadas.

Ellos al pronto no oyeron nada.

Cuando se dieron cuenta de que se acercaba alguien, ya era tarde para precaverse, pues dos bultos aparecieron en la esquina.

—¡Estamos perdidos!—exclamó Raquel.—Si son de los míos, á mi padre me denunciarán... ¡Huye, por Dios!

—Entra y cierra la ventana tú,—respondió Fabio,—y nada temas. Huir fuera cobardía, más cuando hasta ahora razón no hay que á ello me obligue. Por otra parte, saber me importa quiénes son los que nuestra entrevista han sorprendido y cortado.

—¡Guárdate de una emboscada!

—Está tranquila.

—¿Vendrás mañana?

—Sí.

—¿A la misma hora?

—En punto.

—Hasta mañana, pues.

—Adios, bien mío.

Retiróse la judía, pero sin cerrar la ventana por completo y quedándose atisbando lo que en la calle iba á suceder.

Fabio embozóse para ocultar el rostro, desenvainó por precaución la espada y avanzó resueltamente hacia los dos bultos que permanecían parados en la esquina.

Antes de llegar á ellos, preguntó:

—¿Quién va?

No le contestaron.

Hiciéronse una seña y arrojáronse al mismo tiempo sobre el caballero.

Su acometida fué tan brusca, que Fabio no pudo ni aun intentar defenderse.

Sintióse herido y cayó al suelo lanzando un grito de dolor.

A él respondió otro grito de angustia, salido de los labios de Raquel.

Los criminales huyeron, y la calle volvió á quedar solitaria, destacándose en la obscuridad el cuerpo de Fabio, tendido inmóvil sobre el lodo.





CAPÍTULO XXXI

Por caridad



EL viejo David hallábase en su cuarto repasando las notas de los últimos préstamos hechos, en los que se prometía pingües ganancias, y de los créditos próximos á vencer, en los que había realizado excelente negocio, cuando le sorprendieron los gritos de su hija, á la que suponía ya acostada y dormida.

Era el judío el tipo acabado de los hombres de su raza. Debió ser hermoso en su juventud y aún conservaba restos de su belleza varonil en las correctas facciones, un tanto alteradas por la vejez, y ennoblecidas por luenga barba blanca.

El peso de los años había encorvado su cuerpo gigantesco, y el temor, la codicia y la astucia habían tornado en recelosa la antes dulce mirada de sus hundidos ojos.

La desconfianza y el excepticismo reflejábanse en su rostro.

Y sin embargo David era bueno.

Aparte de su amor desmedido al oro, que en los negocios de interés hacíale egoista y sin entrañas, en todo lo demás era generoso y compasivo, fiel observador de los preceptos de su ley y celoso de su honra, que tenía en más que la vida.

Su debilidad más grande era el amor á su hija Raquel, á la que idolatraba.

—Todos mis tesoros diera,—solía decir,—por su ventura.

Y á fé que no prometía poco, pues en los viejos arcones de su cuarto encerrábanse grandes montones de oro, que la usura había hecho pasar á ellos desde las bolsas de los cristianos.

Pero en cuestión de intereses la conciencia del judío era muy acomodaticia, y hasta consideraba una obra meritoria explotar á los enemigos de su religión, fomentando al mismo tiempo sus vicios.

* * *

Al oir los gritos de Raquel, David púsose en pié tembloroso, guardó precipitadamente su oro y sus libros de cuentas y salió corriendo de la estancia.

Llegó al cuarto de su hija y halló á esta pálida y desesperada.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó ansioso.

Y ella respondió, arrojándose en sus brazos.

—¡Ah, padre mío! ¡Qué desgracia!... ¡Sálvale!

—¿A quién?

—A él.

—¿Y quién es él?

Comprendió la joven que acababa de cometer una imprudencia, por lo que podía verse comprometido el secreto de su amor, y balbuceó confusa:

—No lo sé...

David la miró desconfiado, como si con su mirada penetrante de ave de rapiña quisiese penetrar hasta el corazón de la doncella.

—Por el Dios de Israel te pido que hables,—dijo, cada vez más inquieto.—Explícate. ¿Qué pudo motivar tus gritos, que espanto y angustia pusieron en mi ánimo?

La judía procuró dominarse é inventó rápidamente la mentira que había de disculparla.

—Disponíame á entregarme al descanso,—dijo,—y antes asegurarme quise de si esa ventana hallábase bien cerrada. Acerquéme á ella y en la calle oí rumor de pasos. La curiosidad impulsóme á entreabrir la ventana y mirar.

—Mal hecho,—la interrumpió su padre.

—Lo sé.

—¿Por qué, pues, lo hiciste, cuando en contrario te tenía prevenida?

—Ya lo dije antes: la curiosidad... Mi falta reconozco y confieso.

—Sigue.

* * *

A medida que hablaba Raquel tranquilizábase, viendo cuán facilmente su imaginación le sugería ardides con que salir de su apuro.

—Por la calle,—continuó,—pasaba un apuesto caballero.

—¿Cristiano?—interrogó el viejo.

—Sí.

—Cerrar debiste al convencerte de ello.

—Disponíame á hacerlo cuando por el lado contrario vi avanzar otros dos hombres.

—¿Cristianos también?

—Lo ignoro.

—¿Y qué pasó?

—No bien cruzádose hubieron uno y otros, cuando los segundos arrojáronse sobre el primero y le hirieron á traición.

—¡Cobardes!

—Los criminales huyeron y la víctima quedó tendida en el arroyo, ignoro si con vida. Contenerme no pude al presenciar esta escena y grité pidiendo socorro.

—Mal hiciste, porque tus gritos pueden ser testimonio de que presenciaste lo que te puede comprometer.

—Seguí los impulsos de mi corazón.

—¿Y qué más?

—Nada más...

Cogióle de la mano, le llevó á la ventana y señalando hacia la calle añadió:

—Mira, padre mío, mira al pobre caballero, tendido en el arroyo inmóvil como si estuviese muerto.

Miró David á través de la reja, y convencido de que lo que su hija acababa de decirle era cierto, pues bien se lo demostraba el cuerpo de Fabio, cerró la ventana, diciendo:

—Pues que cristiano es la víctima, allá él se las haya, que no fuera bien que por salvar ó ayudar á un enemigo, la tranquilidad perdiéramos y peligros y molestias desafiáramos.

Raquel le miró asombrada.

—¿Qué dices, padre?—exclamó.—¿Eso te dictan tus sentimientos?

—Eso me aconseja mi prudencia,—replicó el viejo.

—Mejor dijeras tu egoismo.

—¡Raquel!

—Perdona, padre, pero lastimado hanme tus palabras. Siempre fuiste bondadoso y caritativo. ¿Cómo dejas de serlo en este caso?

* * *

Pareció que al judío avergonzaban los reproches de su hija.

—¿Qué opinas, pues, que hacer debo?—preguntó.

—Socorrer á ese infeliz,—respondió la joven.

—¿De qué modo?

—En su auxilio salgamos. Si está muerto, abandonémosle para no exponernos á los peligros que antes dijiste; pero si vive, traigámosle aquí para curarle.

—¡A nuestra casa!

—¿Por qué no?

—Considera...

—Considero únicamente que el deber de hacer lo que te digo nos impone la caridad.

—Pero...

—Y el cumplimiento de los deberes de la caridad debe de ser antes que todo.

Conociendo como conocía á su padre, Raquel apeló al recurso mejor para decidirlo.

—Advierte,—agregó,—que ese hombre puede ser algún noble y rico caballero, y que si vive y auxilio le prestas y su existencia salvas, él no será ingrato á tus favores.

En los ojos del judío brilló la codicia.

Su hija tenía razón.

¿No podía ser aquella desgracia base de un buen negocio?

Bastó esta posibilidad para que desapareciesen sus escrúpulos.

—Socorramos á ese hombre, ya que en ello te empeñas,—dijo.

Y se encaminó á la puerta

Raquel le siguió llena de alegría.

¡Al fin iba á auxiliar á su amado!

Salieron á la calle y acercáronse á Fabio que permanecía inmóvil tendido en el suelo.

David inclinóse sobre él y púsole una mano en el corazón.

—¡Vive!—dijo, tras una breve pausa.

—¡Vive!—exclamó la joven.

—No sé qué debemos hacer...

—Ya te lo dije antes: entrarlo en nuestra casa y asistirlo como su estado reclama.

—Si supiésemos al menos quién es...

—¿Qué importa?

El viejo inclinado sobre el herido, intentaba en vano ver sus facciones.

La obscuridad se lo impedía.

—La vida de este desgraciado depende de nosotros,—dijo Raquel impaciente.—Acaso unos instantes de tardanza en socorrerle sea causa de que muera. Cumplamos nuestro deber, padre mío.

David no vaciló más.

—Sea,—repuso.

Y entre los dos levantaron al caballero y condujéronlo á la casa.

***

Depositado Fabio en el lecho del judío, éste apresuróse á acercar á él una luz para ver su rostro.

Apenas lo hubo visto, un grito de asombro se escapó de sus labios.

—¿Qué ocurre, padre mío?—exclamó Raquel.

—¡El!—murmuró el judío, sin hacer caso de la pregunta de su hija.

—¿Quién?—insistió ella.

Y con ansiedad añadió:

—¿Conoces, por ventura, á este desdichado caballero?

David cogió á la joven por un brazo, y oprimiéndoselo con fuerza, díjole:

—Bien hemos hecho en auxiliar á ese hombre. ¿Sabes quién es?

—No...

—El noble D. Rodrigo de Paredes, conde de Alcázar.

—¿Qué dices?

—Le conozco muy bien.

—¡Es posible!

—Hemos de salvarle la vida á toda costa...

Raquel miraba alternativamente á su padre y al caballero, como si dudase de lo que oía.

El judío requirió su manto y su gorro, que pendían de un clavo, púsose el segundo, se envolvió en el primero y dijo:

—Voy en busca del viejo Ismael, maestro en el arte de curar. El salvará la vida de nuestro huésped.

Y salió, casi sin que Raquel se diese cuenta de ello.

La joven permaneció inmóvil, contemplando al herido.

—¡D. Rodrigo de Paredes, conde de Alcázar! —murmuró, al fin.—No con ese nombre se me presentó. ¿Qué se propuso al ocultarme su rango y su título? ¿Sería fingido su amor y se ocultaría la traición tras él? ¿Por qué me dijo llamarse Fabio y ser de condición plebeya? ¡Oh! Si engañarme intentó con perversos fines, de ello tomaré venganza.

El aspecto de la judía en aquellos instantes era imponente.

Hermosa, joven y enérgica, tipo acabado de la belleza oriental, parecía una deidad mitológica descendida del Olimpo para cumplir alguna alta y misteriosa misión entre los mortales.

La contracción de su frente anunciaba la cólera, y sus ojos negros despedían brillo amenazador.

Calmóse de pronto, diciendo:

—Lo primero es salvar su vida; después... ¡ay de él si su engaño encubre intento de traición!

Buscó las heridas, que eran dos, en el cuerpo del caballero, las lavó con agua y contuvo la hemorragia aplicando á ellas paños finísimos, impregnados de esencias.

Pasados unos instantes, el herido volvió en sí.

Vió á Raquel á su lado y en sus ojos se reflejó el asombro.

La joven se inclinó sobre él y le dijo:

—Fuiste herido á traición por dos desconocidos y estás en mi casa. Nada temas: mi padre y yo te salvaremos; pero cuida de no comprometerme, revelando nuestros amores.

El hizo una señal de asentimiento y volvió á cerrar los ojos.

Raquel permaneció contemplándole con inquietud y ternura.

Era también hermoso.

Joven, de facciones correctas y frente despejada.

Mientras le miraba, la joven decía:

—¡Es imposible que ese noble rostro, encubra un alma capaz de la traición y el engaño!





CAPÍTULO XXXII

Otra cita amorosa



La misma noche y á la misma hora en que tales sucesos ocurrían, la noble y hermosa D.ª Leonor de Padilla, descendiente de aquella célebre D.ª María cuyo nombre pasó á la historia por haber merecido los favores y el amor del rey D. Pedro, paseábase inquieta por una de las lujosas cámaras de su espléndida mansión.

En su rostro de estátua griega leíase la ira, y nerviosa destrozaba la rica guarnición de su traje de seda.

—¡Torpes! ¡imbéciles!—exclamaba.—¿Cómo ya no estáis aquí de vuelta, para cuenta darme del desempeño de mi encargo? Llegará D. Tomás y aún no habrán venido. ¡Miserable condición la de las mujeres, que para todo hemos de auxiliarnos de los hombres, sin estar seguras de ser por ellos bien servidas, aunque sean bien pagados! ¿Por qué no había de serme permitido realizar por mí misma mis planes? Valor hubiérame sobrado para ello.

Y crecía su agitación á medida que el tiempo pasaba.

Era ya más de media noche, y sin embargo aún seguía esperando, diciéndose ansiosa:

—Por fuerza algo debe haber ocurrido que esta tardanza justifique. Acaso algún obstáculo imprevisto se haya opuesto á la realización de mis designios.

Y proseguía sus paseos, suspendiéndolos á cada instante, para escuchar atenta el rumor más leve.



Oyóse un penetrante silbido.

—¡D. Tomás!—exclamó la dama.—¡Y los otros no han llegado!

Púsose ante un espejo y arregló su tocado, diciendo:

—Que mi bien no advierta mi trastorno. Esclavizado siga más que nunca á mi amor, rendido por mi belleza.

Sonó un segundo silbido.

D.ª Leonor salió presurosa de la cámara, descendió á la planta baja, por una obscura escalerilla de servicio, y abrió una ventana que daba á una estrecha callejuela.

Junto á la ventana había un hombre.

—¡Al fin!—exclamó al ver á la dama.

Y apoderándose de una de sus manos, la besó galante y respetuoso.

D.ª Leonor sonreía y nadie en su rostro hubiese descubierto el vestigio más leve de la inquietud que poco antes la dominaba.

—Temí no veros hoy, hermosa mía,—dijo el galán;—y temerlo hízome vuestra tardanza en acudir á mi seña. ¿Qué motivarla pudo?

—Mis enojos,—respondió ella con coquetería.

—¿Enojada estáis?

—Contra vos.

—¿Por qué causa?

—Por vuestro desvío.

—¿Desvío llamáis al rendimiento con que os adoro?

—Págome poco de las palabras y mucho de los hechos.

—¿Qué en mi conducta habéis visto, que vuestro injusto recelo ocasione?

—Indiferencia.

—¿Indiferencia en mí, cuando de amor enloquezco?

—Oid, D. Tomás.

—Ansioso escucho vuestros agravios, cuando oir pensaba las protestas de vuestro cariño.

*
* *

Con gravedad un tanto melancólica, la dama se expresó de esta manera:

—Por mucho que os ame, y recato no he de hacer de mis sentimientos, pues sobradamente los conocéis, de este modo seguir no puedo, porque mi reputación con ello padece y se aleja en vez de acercarse el día de nuestra ventura. Curiosos y mal intencionados, algunos han ido á mis tutores con el anuncio de que á altas horas de la noche, un incógnito galán llega á esta reja, donde yo le aguardo. Como el hecho es cierto, negarlo no he podido, y en la alternativa me hallo ó de confesar á mis tutores quién sois, ó consentir en que á un convento me lleven para término poner á estas entrevistas. Héles asegurado que de un noble caballero se trata, que por esposa piensa tomarme, y esto les ha aplacado, haciendo que de ellos obtenga un breve plazo para á este asunto dar feliz remate; conque si de veras me amais, ya sabéis vuestro deber: á mis tutores presentáos y con ellos arreglad nuestro matrimonio.

—¡Qué otra cosa quisiera!—exclamó don Tomás suspirando.

—Pues ¿por qué no lo hacéis? Ved que peligro envuel-

ve vuestra indecisión para mi libertad y nuestra dicha. Si antes de tres días el paso que os advierto no habéis dado, á mi amor renunciad, pues contra mi voluntad no podré volver á veros.

***

Calló la dama y el galán guardó también silencio.

—¿Qué decidís?—preguntó ella impaciente.

—En tal confusión me habéis puesto,—repuso él,—que contestaros no sé ni sé á qué acuerdo acogerme para evitar el mal que me anunciais.

—¿Eso decís?

—Con sinceridad os hablo.

—Ved, pues, como para dudar de vuestro afecto razones no me faltan. Que nuestro amor peligra, os digo, y os quedáis tan tranquilo. ¿No es eso indiferencia ó algo peor?

—¿El qué?

—¡Desprecio!

—¡Oh!... ¡Compasión para mi desventura! Si yo en apariencia de indiferente peco, vos en cambio de refinada crueldad muestras me dais. Mis vacilaciones comprender debéis, pues que no os son ajenas las causas que las motivan. A vuestros tutores presentándome, ¿qué consigo? Que vuestra mano me nieguen. Vos misma de ello me advertisteis.

—¡Es verdad! Mi amor merecéis, pero no basta. Los que de mi porvenir cuidan no consentirán nunca que la esposa sea de quien como vos no posee ni título ni fortuna. De noble familia descendéis, pero todo lo que á ella perteneció corresponde á vuestro hermano mayor D. Rodrigo. Suyos son el condado de Alcázar y los bienes á él anexos, mientras que vos sólo podeis ostentar el ilustre apellido de Paredes, lo cual, con ser mucho, es poco, no para mi ambición, sino para la de mis tutores.

—¿Veis como la razón me dáis?—replicó el galán.—Esos temores me han contenido hasta ahora y siguen conteniéndome.

—Sí; pero es hora ya de que los desechéis. Un sacrificio haced para á mis tutores presentaros en condiciones tales que vuestra demanda de matrimonio no sea rechazada.

—¿Qué he de hacer para ello?

—Eso vuestro mismo amor ha de aconsejároslo. Yo únicamente os advierto, que á mi amor renuncieis, si no halláis manera de aspirar á él á la faz de todos y con merecimientos dignos de que yo sin reparo en público os lo otorgue, como en secreto os lo he otorgado. Conque á ver qué hacéis. Dios os guarde.

Y poniendo término violento á la entrevista, se entró, cerrando la ventana.

* * *

Corrido y admirado quedó el galán con arranque tan brusco é imprevisto, que no supo al pronto si achacar á desdén ó despecho.

—La culpa es mía,—pensó,—por haber puesto osado mis ojos en quien no puedo merecer, por ser como soy un mísero segundón. Para dejar de serlo y entrar en posesión de los títulos y fortuna de mis antepasados, preciso fuera que mi hermano muriese, y crimen me parece hasta el pensarlo.

Y suspirando añadió:

—Pues que Leonor me pide un paso decisivo y darlo no puedo, á su amor renunciaré aunque el pesar me mate, pues á ello la dignidad me obliga.

Lanzó un suspiro, miró tristemente la reja protectora de sus nocturnas citas, y envolviéndose en su capa se alejó lentamente.

Mientras tanto la dama tornaba á su cámara, pensando:

—En apuro le he puesto de tener que decidirse á demandarme en matrimonio; seguramente á ello no se atreverá de momento; pero cuando los títulos y las riquezas de su hermano posea vendrá á ponerlos á mis pies, nada se opondrá entonces á nuestra unión y dichosos seremos.

Entró en su estancia donde la aguardaba una de sus doncellas, la cual le dijo:

—Leandro solicita la gracia de veros.

—¡Al fin!—exclamó D.ª Leonor con alegría.

Y añadió ansiosa:

—Que pase.

Retiróse la doncella y entró un hombre mal encarado, de aspecto poco recomendable.

Saludó respetuosamente y la joven le preguntó:

—¿Qué nuevas me traes del desempeño de la misión que te encomendé?

—No tan buenas como deseara, mi señora,—respondió el interpelado.

—¿Tan torpe fuiste que el golpe erraste?

—No es eso.

—Entonces...

—Apostado en sitio conveniente con un hombre de mi confianza, á D. Rodrigo esperamos. Llegó, y cuando en amorosa plática estaba con la judía, á su encuentro salimos. Vínose sobre nosotros y entonces sobre él nos arrojamos hiriéndole...

—¿Qué más?—le interrumpió impaciente la dama.

—Dándole por muerto, huimos presurosos.

—Bien.

—Siguiendo vuestras instrucciones, á una ronda avisamos de que habíamos visto en la calle el cadáver de un hombre.

—¿Y qué?

—La ronda encaminóse al sitio por nosotros indicado.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Seguimos á la ronda. Juzgad nuestro asombro, cuando al llegar, vimos que D. Rodrigo había desaparecido.

—¿Cómo?

—Vivo ó muerto, pero gravemente herido, sin duda, alguien recogió su cuerpo.

—¿Quién pudo ser?

—La judía, acaso.

—Sí, seguro; ella sería.

—Resultado, que ignoramos si vive ó no y dónde se halla.

—¡Torpes!—exclamó D.ª Leonor furiosa.—¿Para que así me sirvais os dí mi oro? Os comprometisteis á hacer que D. Rodrigo muriese esta misma noche.

—Señora...

—¡Quítate de mi vista!

Leandro, después de saludar de nuevo, salió de la estancia.





CAPÍTULO XXXIV

Misterio



AQUELLA noche D. Tomás, al llegar á su casa, preocupado por lo que de labios de D.ª Leonor había oido, encaminóse á la estancia de su hermano mayor D. Rodrigo, para contarle sus cuitas.

Mediaban entre los dos hermanos cariño y confianza tales, que no tenían secretos el uno para el otro y se ayudaban mútuamente en sus empresas.

Sin embargo, obedeciendo á un rubor muy natural en los enamorados, los dos habíanse ocultado sus amores.

Ni D. Rodrigo sabía las relaciones de D. Tomás con la noble doncella de la ilustre casa de Padilla, ni D. Tomás estaba al tanto de los amoríos de D. Rodrigo con la judía.

Era el único secreto que uno á otro se habían guardado.

D. Rodrigo había dicho á su hermano menor muchas veces:

—Aunque heredero único de las riquezas de nuestros mayores, pues que los usos y las leyes de nuestro reino

así lo disponen, si para la realización de alguna empresa en la que estriben tu felicidad ó tu honra, necesitas bienes de fortuna, dímelo y gustoso partiré contigo cuanto poseo.

Nunca D. Tomás había hecho uso de tan noble ofrecimiento; pero acordándose de él aquella noche, á impulsos de la inquietud que le producía lo que D.ª Leonor habíale dicho, á su hermano decidió acudir en su apuro confiado en no ser desatendido.

Con que el mayorazgo en cumplimiento de su promesa, le cediese alguno de los ricos feudos que disfrutaba, tendría bastante para presentarse á los tutores de doña Leonor y solicitar su mano.

* * *

No halló á D. Rodrigo en su cámara, y se retiró de ella á la suya, diciendo al paje que velaba:

—En cuanto el conde tu señor y mi hermano arribe, aviso de ello dame al punto.

Y en lugar de acostarse, púsose á meditar sobre sus amorosas desventuras.

Aunque muy enamorado estuviese, y lo estaba en verdad, alcanzábasele que en el cariño de D.ª Leonor había gran parte de egoista interés.

Porque era lo que pensaba:

—Pues que noble soy, aunque bienes de fortuna no tenga, siendo ella como es rica, si de veras me amase á sus tutores convencería de que no hiciesen obstáculo de mi pobreza para desautorizar nuestros amores.

Pero á tal punto llegaban su pasión y su amoroso delirio, que aun haciéndose estas reflexiones, esposo de doña Leonor empeñábase en ser á toda costa, porque sin ella no concebía la vida.

—Triste será que no corresponda á mi cariño, como

mi afecto merece,—decíase;—pero aunque así sea, con mi desgracia me resigno, y por contento me doy con poder yo amarla, que en la locura del amor, la duda y la incertidumbre avivan los sentimientos.

Y así era.

Si á D.ª Leonor hubiese podido querer sin recelo, seguro de fiel correspondencia, quizá no la habría amado tanto.

* * *

Pasaban las horas y D. Rodrigo no volvía.

—¿Qué ocurrirle habrá podido á mi hermano?—preguntábase inquieto D. Tomás.—Costumbre no tuvo nunca de tardar de tal manera.

Y en su ansiedad, salió por sí mismo á interrogar al paje á quien dejó encargo de que le avisara.

Cansado de esperar, el paje habíase dormido, rendido por el cansancio.

El primer impulso de D. Tomás fué despertarle para reprenderle severo aquella falta en el cumplimiento de sus deberes; pero se contuvo indulgente, pensando compasivo:

—¡Pobre! Esclavo es de nuestro capricho, pues sin necesidad á veces de su resistencia abusamos, y justo es que descanse al menos.

Y dejándole dormir tranquilo, encaminóse de nuevo á la cámara de su hermano para convencerse por sí mismo de si D. Rodrigo había vuelto sin que el paje le viera.

La cámara era grande y estaba á obscuras.

Lluviosa la noche, la débil claridad que penetraba á través de las pintadas vidrieras de los ventanales, era insuficiente para disipar las sombras.

D. Tomás avanzó á obscuras hácia el lecho y descorrió las colgaduras, para ver si estaba allí D. Rodrigo.

El lecho hallábase vacío é intacto.

—Aún no ha vuelto,—murmuró.—¡Es extraño!

Y retrocedió para volver otra vez á su estancia

Hallábase en el centro de la extensa cámara, cuando con asombro y espanto vió avanzar hacia él una sombra, que pareció destacarse de uno de los rincones.

Era imposible distinguir su contorno, pues se la veía muy confusamente.

El caballero requirió la espada, exclamando:

—¡Quién va!

—¡Silencio, por Dios!—respondióle una voz de mujer, dulce y temblorosa.

Y llegando la sombra junto á él, sintióse cogido por una mano.

El estupor más que el miedo, tenía paralizado y silencioso á D. Tomás.

¿Quién podía ser la persona, que de tal modo penetraba hasta allí?

Sin darle tiempo para formular pregunta alguna, la misma voz de antes dijo quedo, muy quedo:

—No me aguardabas, ¿verdad? Pues aquí me tienes. Soy tu conciencia que viene á pedirte estrecha cuenta de tus actos; soy el remordimiento que viene á martirizar tus días.

Y terminó estas enigmáticas palabras con una risa irónica, burlona.

* * *

La sorpresa de D. Tomás iba en aumento.

Sin poder remediarlo, el escalofrío del terror invadía su cuerpo.

Y no era que el caballero fuese cobarde; pero supersticioso como todos los de la época, creía hallar en aquello algo misterioso que le asustaba, que le imponía pavor y respeto.

Haciendo un esfuerzo para dominarse, preguntó con voz insegura:

—¿Quién eres? ¿A qué vienes? ¿Por dónde has entrado? ¿Cómo y por quién te han sido franqueadas las puertas de esta mansión?

La sombra retrocedió lijera, lanzando un débil grito.

—No eres tú el que vengo buscando,—repuso precipitadamente.

Y huyó corriendo hacia un ángulo de la estancia.

D. Tomás recobró en parte su valor.

Enemigo que huye, no es temible.

Resuelto á aclarar aquel misterio, corrió tras la sombra, gritando:

—¡Espera! ¡Detente! No importa que no sea yo á quien buscas; pues que hasta aquí has entrado, quiero saber quién eres.

La acorraló en un ángulo de la cámara y la creyó suya.

No tenía escape.

Pero al ir á cogerla, sus manos sólo palparon el vacío.

La sombra había desaparecido como si se hubiese disipado ó como si se hubiera filtrado por las paredes.

—¿Es esto un sueño?—exclamó el caballero.

Y cual si contestase á estas palabras, oyó una voz lejana y misteriosa, que parecía salida de las entrañas de la tierra, la cual dijo:

—¡Soy la venganza y volveré en busca de mi presa!

D. Tomás quedóse como petrificado, y por espacio de algunos instantes no acertó ni á moverse.

Vuelto en sí recogió la espada, que en su espanto había dejado caer al suelo, y se abalanzó á la puerta de la cámara, gritando:

—¡Hola!

* * *

Despertóse el paje y acudió presuroso.

—¡Luces!—ordenóle D. Tomás.

El servidor volvió á poco con una tea encendida, con la que prendió fuego á la mecha de la lámpara de hierro que pendía del artesonado.

La cámara quedó de este modo iluminada, y D. Tomás registróla en vano, buscando la sombra.

No estaba allí.

Examinó el ángulo de la estancia, donde había desaparecido cual si se evaporase, y no halló ni en los muros ni en el pavimento señal ni rastro de entrada alguna secreta.

Había para volverse loco.

—Que se levanten todos,—ordenó al paje.

Pronto acudió la servidumbre entera y la casa púsose en revolución.

Sin decir el motivo de ello, por miedo de que le tacharan de visionario, D. Tomás, seguido de sus servidores, recorrió todo el palacio.

No halló en él á persona extraña ni puerta alguna con señales de haber sido abierta ó forzada.

A todo esto amaneció y D. Rodrigo no volvía.

D. Tomás retiróse á su cámara inquieto y aterrado.

Aterrado por lo ocurrido; inquieto por la tardanza de su hermano.

Todo aquello parecióle de funesto presagio para su amor y la amargura de ello unióse á su sobresalto.

—Es preciso que yo sepa qué ha sido de mi hermano,—pensaba,—que alcance mi felicidad uniéndome á la que adoro y que descubra el misterio de esta noche.

Y al decir esto estremecióse, porque parecíale su empeño superior á sus fuerzas.





CAPÍTULO XXXV

Sueño y realidad



ASÓ todo el día sin que D. Rodrigo volviese á su casa.

Su hermano le buscó inútilmente por la ciudad.

Nadie supo dar noticias suyas.

Por la noche, D. Tomás fué á ver á Leonor; pero inútilmente esperó junto á su reja.

La hermosa dama no se dignó acudir á calmar las amorosas ansias de su enamorado galán.

El caballero se retiró, al fin, pensando:

—Es orgullosa y no permitirá que su belleza contemple hasta que sus exigencias haya satisfecho. Pero ¿cómo, si para hacer lo que me exige sólo contaba con la ayuda de mi hermano, y éste no parece?

Volvió á su casa desalentado, triste, pesaroso.

Al entrar en ella estremecióse, pensando en la misteriosa aparición de la noche anterior.

—¿Vendrá también hoy?—preguntóse.

Y corrió á refugiarse en su cámara, lleno de miedo pueril.

Una vez en ella, pensó, avergonzado de su cobardía:

—Mi deber de caballero es desafiar el peligro, no huir de él.

Y decidió encaminarse á la cámara de su hermano, para esperar en ella á la misteriosa aparición.

Así lo hizo, aunque tomando las debidas precauciones.

Colocóse la daga desenvainada en el cinto y ordenó á toda la servidumbre que esperase en la estancia contigua, atenta al menor aviso, para acudir en su auxilio con armas y luces.

—Si viene,—pensaba confiado en todos estos preparativos,—hoy sabré quién es.

* * *

Sumida la cámara en sombras, D. Tomás aguardaba la aparición sentado en un sitial.

Miraba sin cesar en torno suyo y al más leve rumor estremecíase y requería la daga.

Así transcurrieron las horas sin que la aparición se presentase.

D. Tomás empezó á temer si todo habría sido un sueño suyo.

—Pero no,—decíase;—no fué sueño, sino realidad; estoy cierto de ello. En las sombras, una mujer me salió al paso, me cogió la mano y dirigióme algunas fatídicas frases, creyendo, á lo que supongo, que hablaba con Rodrigo. ¿Qué misterio es este? ¿Quién era aquella mujer? ¿Cómo pudo entrar hasta aquí? Y si era alma del otro mundo, ¿de parte de quién venía?

Al apuntar las primeras claridades del alba, D. Tomás retiróse á descansar, seguro de que ya era inútil seguir esperando.

Tardó en dormirse pensando en la aparición, en Leonor y en su hermano.

Al fin el cansancio físico sobrepúsose al sobresalto moral y el sueño cerró sus párpados.

Dormido soñó con lo mismo que le había preocupado despierto y creyó ver una dama desconocida, de prodigiosa hermosura, que á él se acercaba y le ofrecía grandes riquezas para que pudiese casarse con Leonor.

Aquella dama era la aparición misteriosa...

* * *

Bruscamente pasó el caballero del sueño á la realidad, pues cuando estaba más profundamente dormida, sintió que le oprimían fuertemente un brazo y oyó una voz que le decía:

—¡Despierta!

Despertóse sobresaltado y se incorporó en el lecho.

Ante él, en plena luz del día, iluminada por los rayos del sol, que penetraban en la estancia por los anchos ventanales, vió junto á su lecho una mujer envuelta en negro manto, el cual le cubría el rostro.

No podía ser otra que la aparición misteriosa, y quedó mudo é inmóvil, poseído de estupor y asombro.

La dama incógnita tenía la rígida inmovilidad de una estátua.

Ni el más leve movimiento hacía oscilar los pliegues de su amplio manto.

—Vengo á pedirte que me perdones,—dijo, con acento reposado y voz armoniosa.—Sed de venganza trájome á esta casa y heme enterado luego de que mis vengativos deseos son injustos. No sois los de vuestra raza los autores de mi infortunio, aunque así equivocadamente lo creía. Mi odio, pues, se torna en amistad, y demostrártelo

quiero sirviéndote y amparándote. Escucha lo que voy á decir y te interesa saber.

Repuesto en parte de su asombro, D. Tomás tendió los brazos para asir á la desconocida y ésta retrocedió diciendo:

—¡No me toques!

—Pero ¿quién eres?—exclamó él.

—Una sombra.

—¿Cómo?

—Un ser que desde la otra vida ha vuelto á esta para cumplir una misión sagrada. Repito que nada temas; soy tu amiga. En prueba de ello, sabe que tu hermano Rodrigo, al que esperas inútilmente y cuyo paradero ignoras, está...

—¿Dónde?

—En la judería, en casa de una bella judía de la que es amante. Acude á prestarle socorro, porque está gravemente herido.

—¡Herido!

—Sí. Y sabe también que Leonor, la mujer á quien adoras, es indigna de tu afecto. Huye de ella y guárdate de su maldad, si no quieres que cause tu perdición en vez de darte la dicha con que sueñas. Estos dos avisos son la primera prueba de mi amistad. Recibirás otras. Adios y fía en mí.

Y se alejó lentamente.

* * *

D. Tomás saltó del lecho y corrió á detenerla, diciendo:

—¡Aguarda! ¡No me abandones! ¡He de saber quién eres! ¡He de contemplar tu rostro!...

Contúvole ella con un enérgico ademán, y repuso:

—Si no es más que ese tu deseo, mírame; pero será inútil, porque no me has visto nunca.

Y con movimiento rápido apartó el manto que velaba su semblante.

El caballero no pudo contener un grito de admiración.

Jamás había contemplado belleza tan peregrina.

La misteriosa dama era una joven de veinte años á lo sumo, con el cutis blanco como el alabastro y los ojos negros como la noche.

Su hermosura tenía algo majestuoso que imponía respeto.

Al ver el asombro y la admiración de D. Tomás, sonrió bondadosa.

—Ya has satisfecho tu capricho,—dijo;—ahora, adios.

Y aprovechando la confusión del caballero, salió de la cámara.

D. Tomás la siguió corriendo; pero cuando llegó á la estancia inmediata, ya no estaba en ella.

Había desaparecido sin saber por dónde.

Llamó á la servidumbre y nadie había visto salir ni entrar á la encubierta dama á quien su señor referíase.

Llegaron á creer que estaba loco.

Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, D. Tomás ordenó á todos que se retiraran.

Necesitaba estar solo para reflexionar acerca de aquel misterio.

—¿Quién es esa dama?—preguntábase.—¿Por qué me manifestó antes odio y ahora interés? ¿Por dónde entra en esta morada, sin que nadie la vea? ¡Torpe de mí que la he dejado escapar! Pero el prodigio de su belleza me impresionó hasta el punto de que privado quedé de mi voluntad y mi albedrío. ¡Qué hermosa es! ¡Jamás mis ojos contemplaron belleza tan angelical, tan extraordinaria, y ansia hay en mí de admirarla de nuevo!

Como si delirase, como si repentinamente hubiera perdido la razón, púsose á gritar:

—¡Vuelve á mí, aparición divina, que mi alma has prendido en el hechizo de tus encantos! ¡Torna piadosa, para que yo de nuevo te contemple y te admire, y á tus pies caiga de hinojos para mejor adorarte!

Nadie contestó á sus invocaciones; el silencio reinó en torno suyo, y el caballero desplomóse en un sitial, trastornado y rendido por emociones tan encontradas y violentas.

Tras unos instantes de calma volvió en sí y dijo:

—Es necesario ante todo que descubra si mi hermano se halla donde la desconocida dijo, herido, como aseguró. Aunque la casa no supo ó no pensó en determinarme, creo que no ha de serme imposible dar con ella; y cuando á Rodrigo encuentre, si la vida salva, él me ayudará á aclarar este misterio, pues paréceme que interesados por igual debemos de estar los dos en aclararlo.

Vistióse y luego salió á la calle.

Un sólo instante acudió á su mente el recuerdo de Leonor, y lo borró enseguida el de la misteriosa dama.

—Es más hermosa que ella,—pensó el caballero.

Y no volvió á pensar en la que había sido hasta entonces objeto constante de sus preocupaciones.

La misteriosa desconocida absorbía por completo toda su atención.





CAPÍTULO XXXVI

Un encuentro



No sabiendo cómo ni en quién buscar consejo para sus dudas, D. Tomás salió aquella tarde á pasear por los alrededores de la población, para á solas entregarse libremente á sus meditaciones.

Inútilmente había recorrido por la mañana el barrio de la Judería para buscar la casa donde debía refugiarse su hermano, según el misterioso aviso; pero no consiguió encontrarla ni halló siquiera rastro alguno del que iba buscando.

Pensaba el buen caballero, mientras triste y meditabundo vagaba por la campiña:

—¿Cabe en mortal, bajo los cielos nacido, suerte más aciaga que la mía? Cual si mi condición de noble sin fortuna no bastase á mi infortunio, la desgracia se ensaña en mi desdicha robándome al hermano que tanto quiero y el destino me hace objeto de sus burlas sujetándome al misterioso encanto de una beldad desconocida. ¿Quién ser

puede esa mujer divina que en mi propia morada se me aparece para trastornar mi juicio y esclavizar mi voluntad con su hermosura?

Y cuanto más pensaba en la dama incógnita, advertía que el recuerdo de D.ª Leonor iba borrándose en él como si el amor que la tuvo de repente se hubiera extinguido.

Volubilidad de sus sentimientos era esta, que reprochábase á sí mismo como un crimen y á la que intentaba oponerse empeñándose en recordar las perfecciones de su bien amado; pero sin darse cuenta de ello comparábala con la que había admirado para su mal sólo breves instantes y decíase:

—¡Mi desconocida misteriosa es aún más bella!

* * *

Caía la tarde, y aumentadas la tristeza y la preocupación del noble por las sombras del crepúsculo, determinó regresar á la ciudad.

Así lo hizo, emprendiendo el regreso por uno de los caminos más solitarios.

Caminaba lentamente, inclinada la cabeza y abstraído el pensamiento en sus ideas.

De pronto oyó una voz que á su lado decía:

—Si noble sois, amparadme y protejedme. Tan adversa es mi suerte, que teniendo derecho á gozar de la fortuna, en la miseria me veo y hasta asilo me falta donde refugiarme para en él pasar la noche.

Era un hombre cubierto de harapos en cuyo rostro demacrado resplandecía aún la juventud.

—¿Qué de mí queréis?—le preguntó el caballero, conmovido por su desdicha.

Estremecióse el otro al sonido de su voz, y acercándose para mirarlo más fijamente, dejó escapar un grito de alegre sorpresa y exclamó tembloroso:

—¡El cielo es, sin duda, el que ante mi paso os pone! Miradme con atención y decidme si me reconocéis.

—¿Yo á vos?—repuso D. Tomás sorprendido.

—¡Miradme!

—Pero...

—No extraño vuestra tardanza en recordar mis facciones. ¡Tanto las ha desfigurado el sufrimiento! Pero á poco que os ayude acabaréis por reconocerlas. Oid: ¿un amigo no tuvísteis que en el apogeo de su grandeza en el desfavor cayó de su monarca, viéndose privado de sus bienes y en la necesidad de empuñar las armas, para con el esfuerzo de su valor y sus proezas reconquistar el favor perdido? Y la fama, propagadora complaciente de todas las malas nuevas, ¿no trajo hasta vos la triste noticia de que vuestro amigo prisionero cayó de los moros, siendo probable que en su cautiverio, la vida hubiese perdido?

* * *

Mientras el desconocido hablaba crecía la atención con que D. Tomás mirábale, y cuando concluído hubo, los brazos abrióle, exclamando:

—¡D. Carlos!

El otro se precipitó en ellos, respondiendo:

—¡Gracias á Dios, que al fin conocido habéisme! Sí, D. Carlos de Vargas soy. ¡Mirad en qué triste estado vuelvo á vos, mi buen amigo!

Y lloraba de emoción y de tristeza en los brazos del caballero.

D. Tomás hallábase conmovido.

—Achacad á mi sorpresa,—dijo,—el que frases no halle con que manifestaros mi contento por volver á veros. Por muerto os dí, atendiendo á las tristes noticias de vos que hasta mí llegaron.

—Y en peligro de muerte estuve; pero el amor que me perdió es el que me ha salvado. Por el amor de una cristiana caí en el desagrado de mi rey y por el amor de una mora rompí las cadenas de mi cautiverio; mas cosas son estas para contadas más despacio. Urgeme hallar asilo donde pasar la noche, porque agotadas mis energías no tengo ya fuerzas y necesito descanso. ¿Podéis prestarme amparo, ofreciéndome refugio?

Meditó D. Tomás unos instantes y luego dijo resueltamente:

—Conmigo venid, que no se dirá nunca que un necesitado y menos un caballero al que llamé mi amigo, á mí recurrió sin hallar alivio á sus males. Pesa sobre vos la pena de destierro y en falta grave incurre el que en su morada os acoja; pero no importa; mi amigo sois y gustoso desafiaré por vos todos los peligros. Seguidme.

Y echó á andar seguido por D. Carlos, que balbuceaba frases de gratitud sincera.

***

Cuando á entrar iban en la ciudad, D. Tomás dijo:

—De mí separaos y á distancia seguidme, que si alguno os reconoce, riesgo habría para los dos en que nos vieran juntos.

Asintió el de Vargas con un movimiento afirmativo de cabeza, y cruzaron las calles separados uno de otro.

Poco después entraban sin el menor tropiezo en el palacio de los señores de Alcázar.

Condujo D. Tomás á su huesped á su cámara, y alli tornó á abrazarle, diciéndole:

—Tengo por uno de los instantes más dichosos de mi vida, este en el que gozo la felicidad de volver á veros. En mi casa estáis y nada teneis que temer en ella. Des-

cansad ahora, y más tarde, cuando vuestras fuerzas hayáis repuesto, acordaremos lo que en vuestro bien debe hacerse. Dios os guarde.

Y dejándole instalado en su propia cámara, salió pensando:

--Si imprudencia es en mí amparar al que tuvo la desgracia de incurrir en el desagrado del rey, discúlpame el fin con que lo hago. La compasión y la caridad son deber de todo noble.

Y D. Carlos quedó diciéndose, con sonrisa que se avenía mal con su anterior humildad:

—Mi objeto logré. Dentro de esta morada estoy ya, y aquí podré secundar más fácilmente los deseos de la persona á quien sirvo.





CAPÍTULO XXXVII

Perdido por el amor



UÉ D. Carlos de Vargas, en años no lejanos á la época en que hacemos mención de él, uno de los caballeros más bien quistos en la corte de D. Enrique.

Aunque tenía su casa solariega en Valladolid, donde vivía por entonces su anciano y noble padre, iba tras el rey á donde quiera que éste se dirigía, gustando mucho el monarca de que le acompañase por la agudeza de su ingenio y su traza para inventar intrigas con las que le proporcionaba entretenimiento.

También mereció el joven caballero distinciones y mercedes de la reina D.ª Juana, en la época en que ésta llevábase bien aún con su esposo, á pesar de sus galanteos con D. Beltrán, todo lo cual, unido á su fortuna y á sus dotes personales, hacíale blanco de la envidia de los cortesanos y objeto de rastreras é hipócritas lisonjas.

Mediador cerca del rey de los que solicitaban preben-

das, títulos y honores, más de cuatro debiéronle su encumbramiento, sin que por ello la gratitud templase la envidiosa saña con que le trataban; y como en verdad su conducta no era intachable en lo concerniente á amoríos y galanteos, pues siempre hallábase mezclado en aventuras tan atrevidas como ruidosas, no le faltaba á la murmuración motivos para inventar calumnias y tener su nombre en constante difamación; cosa de la que él reíase por importarle muy poco, y de la que en más de una ocasión tomó pié para sus sátiras, cual si de sí mismo se burlase.

—En verdad siento,—solía decir,—no ser tal como mis enemigos me presentan, pues entonces, libre de las trabas con que me sujetan mis escrúpulos y preocupaciones, mis triunfos serían aún mayores.

Palabras, que ya que no otra cosa, indicaban su despreocupación en el hablar y su atrevimiento en el proceder.

Sin embargo, nadie podía decir de un modo cierto que cometido hubiese acción alguna deshonrosa, y antes por el contrario los que con imparcialidad le juzgaban reconocían en él rasgos de generosidad y valor que acreditaban tanto la nobleza de su origen como la de su alma.

Tal era el hombre á quien D. Tomás de Paredes acababa de admitir en su casa, compadecido de su triste estado, debido á adversidades y desdichas que vamos á conocer siquiera sea brevemente, pues ello es necesario para comprender los sucesos en que el tal D. Carlos ha de intervenir.

* * *

Era dama de honor de la reina D.ª Juana, en la época á que nos referimos, una D.ª Aldonza de Cárdenas, notable por su belleza y sus desventuras.

La fatalidad parecía pesar sobre ella, ensañándose en hacerla víctima de todos los infortunios.

Huérfana de madre al nacer, quedó al cuidado de su padre, en unión de dos hermanos.

Perdió al primero á los pocos años de edad, y los dos segundos, cuidáronse tan poco de ella, que la abandonaron á los cuidados de una dueña, mientras ellos lanzábanse sin freno á toda clase de aventuras amorosas y guerreras.

Perecieron uno y otro, víctimas de sus propios excesos, pues los dos murieron en desafío, y D.ª Aldonza quedó sola, sin parientes ni persona alguna que por su porvenir se interesase.

Contaba á la sazón diez y seis años no cumplidos, y obligada por la fuerza de su desamparo y soledad, aceptó las ofertas de matrimonio que acertó á hacerle un noble caballero portugués, quien habiéndola visto casualmente en un torneo, prendado quedó de su hermosura.

No le amaba D.ª Aldonza, pues Cupido había tenido piedad hasta entonces de su juvenil corazón, no habiéndolo herido aún con sus envenenadas flechas; pero consintió en tal matrimonio por las razones antes dichas, pareciéndole su pretendiente hombre capaz de ampararla y defenderla contra todos los peligros.

Celebróse la boda por poderes, pues asuntos importantes retenían al novio en Portugal, y pasado algún tiempo el esposo púsose en camino para ir á reunirse con su esposa.

Estaba de Dios que aquel matrimonio no llegara á consumarse.

En la última jornada de su viaje, cuando ya al enamorado esposo faltábanle sólo algunas horas para caer rendido de amor á los pies de D.ª Aldonza, un bote de su caballo le hizo saltar de la silla cayendo al suelo con tan

adversa fortuna, que recogido y auxiliado casi sin vida, á las pocas horas murió á consecuencia del desdichado accidente; con lo que la hermosa y noble dama quedó viuda, antes de haber dejado de ser doncella.

Compadecida D.ª Juana de tantas desgracias llevó á doña Aldonza á su lado, la hizo su dama y la distinguió con su afecto; que, según diz la fama, era la reina mujer compasiva y generosa, á pesar de su orgullo, sus devaneos y sus debilidades.

* * *

Conoció el de Vargas á D.ª Aldonza, y presa digna parecióle de sus amorosas hazañas.

—Mía será,—dijo un día ante otros caballeros, que le animaban en sus locuras; y desde aquel punto á galantearla consagróse, poniendo en juego todas las sutiles artes de su astucia y de su práctico enamorar.

Conoció la reina sus intenciones y le ayudó en ellas, llegando á decirle:

—Pluguiérame que con mi dama favorita en matrimonio os uniérais, con lo cual vos hallaríais esposa digna de vuestra nobleza y ella amparo y defensa tendría en su desamparo.

No era la intención de D. Carlos llegar en su aventura hasta el matrimonio, pues su empeño no pasaba de ser un capricho; pero irreflexivo y osado la regia pretensión aceptó para su empresa, con lo que tuvo facilidad para estrechar el cerco de su anhelada conquista.

La corte toda fué testigo de sus esfuerzos en halagar á la dama; pero todo inútil, pues ella mostróse desdeñosa á las manifestaciones de un amor que sin duda no correspondía.

Ni obsequios ni constantes finezas la ablandaron, y el galán, acostumbrado siempre á vencer en amorosas lides, devoró avergonzado su derrota.

—Pues mía ha de ser,—repitió con terco empeño, hijo de su orgullo herido.

Y comprendiendo en su experiencia que aquella oposición podía muy bien reconocer por causa otro oculto amor, á descubrirlo dedicóse, ansioso de derrocar y sustituir al supuesto amante.

No tardó mucho en convencerse de que sus suposiciones eran fundadas.

Un galán oculto había en campaña y él era el causante de los desdenes y desprecios que hirieron la vanidad del de Vargas, inspirándole rencores y odios de los que él mismo fué víctima.

* * *

Ocupaba D.ª Aldonza en palacio, habitaciones inmediatas á las de la reina, y para mejor vigilar á la joven, D. Carlos solicitó y obtuvo de doña Juana que á su servicio inmediato lo tomase, nombrándolo de su guardia. De este modo, las noches que le tocaba velar en la antecámara de la reina, podía espiar más de cerca á D.ª Aldonza.

—Si algún amante tiene,—pensaba el despechado pretendiente,—el amparo de las sombras de la noche buscarán para sus amorosas citas.

Y acertó.

Hallábase una noche en palacio, cumpliendo los deberes del cargo que cerca de la reina ejercía, cuando vió llegar un embozado á la puerta de las habitaciones de doña Aldonza y entrar en ellas.

Tan inesperado y repentino fué esto, que D. Carlos no pudo reconocerlo, pues desapareció apenas visto; pero pensó:

—Yo sabré quién es cuando de esa estancia salga.

Y quedóse de centinela junto á la puerta.

Transcurrieron las horas, que al de Vargas parecieron siglos.

En su espera, decíase:

—En palacio debe vivir mi rival, pues que hasta aquí tiene á estas horas entrada. ¿Quién podrá ser?

E intentó inútilmente adivinarlo.

Cerca ya del amanecer, la puerta de la cámara de doña Aldonza volvió á abrirse, saliendo por ella el afortunado galán.

Iba embozado de modo que era imposible verle el rostro; pero D. Carlos díjose:

—Yo sabré quién es.

Y colocósele delante, cerrándole el paso.

—¡Apartaos!—dijo con imperativo tono el encubierto.

—¿Quién sois?—interrogó el de Vargas en lugar de obedecer.

—Quien no os importa.

—Equivocado estais. Antes de dejaros libre el paso ver quiero vuestro rostro, y cumpliré mi capricho mal que os pese.

—¿Pensais que no sabré evitarlo?—replicó el otro, desenvainando su espada.

—Lo veremos.

Y lanzándose sobre el desconocido, el de Vargas le bajó el embozo.

La luz de la antorcha que ardía en la antecámara dió de lleno en el semblante que acababa de quedar al descubierto, y D. Carlos, dejando escapar una exclamación de asombro, inclinó la cabeza, diciendo tembloroso:

—¡El rey!

D. Enrique era, en efecto, el embozado.

*
* *

Hubo una pausa.

Tan corrido el monarca de verse descubierto, como

asustado D. Carlos por las consecuencias que su atrevimiento podía tener, ninguno de los dos acertaba á hablar.

Al fin D. Enrique dijo:

—Castigaros puedo por vuestro desacato.

—¡Señor!—repuso Vargas estremeciéndose.—Yo ignoraba...

—Pero para que mi indulgencia y mi bondad nunca sean puestas por vos en duda, os perdono. Habed en cuenta, no obstante, que si de este encuentro alguien alcanza á tener noticia, mi indulgencia se trocará en enojo y ¡ay de vos entonces! A vuestro propio interés atended, por tanto, y guardad silencio.

Alejóse sin decir más y D. Carlos quedóse anonadado.

¿Cómo luchar ni pretender la victoria, teniendo por rival al rey?

Y sin embargo, el de Vargas sintió crecer su empeño en aquella aventura, en vez de disminuir.

Más que nunca sintió anhelos de que D.ª Aldonza fuese suya, y decidió proseguir en su empresa de rendirla.

Temeridad peligrosa á la que su irreflexión y su orgullo le empujaban.

—Contra la venganza y el enojc del rey,—pensó,—puede protegerme la autoridad de la reina, y á ésta pondré de mi parte si las infidelidades de su esposo le denuncio. Lo menos que hacer puede D.ª Juana es prohibir á don Enrique esos amores, y D.ª Aldonza quedará libre para ceder á mis deseos.

* * *

Equivocado anduvo el de Vargas en sus cálculos.

Importábanle tan poco á la reina los devaneos de su marido, justificación, al fin, de los suyos con D. Beltrán, que la denuncia del caballero tomó á risa, sirviéndole sólo para acerca de ella permitirse algunas bromas con don Enrique.

Ella misma cuidóse de hacer públicos los reales galanteos con su dama favorita; conocidos fueron de la corte toda, dando lugar á murmuraciones y comentarios, y el rey, suponiendo de donde aquello salía, decidió tomar de D. Carlos secreta venganza.

Comenzaba entonces la rebelión de D. Alfonso contra su hermano, siendo tenidos y juzgados los partidarios del infante, como enemigos del rey y de la patria.

D. Enrique halló modo de hacer creer que el de Vargas estaba complicado en la conjuración de los que se proponían destronarle; y aunque D. Carlos era inocente, condenado fué como traidor, sin que le sirviesen de defensa sus protestas en contrario.

Fuéronle confiscados sus bienes todos, y recibió orden terminante de abandonar las tierras de León y Castilla, con prohibición absoluta de volver á ellas.

Partió y á poco súpose que había caído cautivo de los moros, sin que desde entonces volviera á tenerse noticias suyas, dándole todos por muerto.

Vivía, sin embargo, como hemos visto, y de sus labios mismos oiremos el complemento de su historia.





CAPÍTULO XXXVIII

Un relato interrumpido



ON Carlos durmió aquella noche en la cámara de D. Tomás, para lo cual éste hubo de instalarse en la de su hermano D. Rodrigo, lo que fué para él segundo motivo no de contrariedad sino de alegría, pues pensó:

—Allí y de noche se me apareció por vez primera mi hermosa desconocida. ¡Ojalá esta noche la aparición se repitiese!

Pero no fué así, con gran disgusto del enamorado caballero.

Aunque casi toda la noche estuvo despierto, nada vió qne relación pudiese tener con las misteriosas apariciones, y entristecido por ello llegó á pensar:

—¿Estaré condenado á no volver á verla?

A la mañana siguiente, apenas se levantó dió orden á uno de sus pajes para que pusiese á disposición de su huesped ropa nueva con que pudiese cambiar los harapos que vestía, y llamó luego á toda la servidumbre, ordenándoles que á nadie dijesen que allí se ocultaba un caballero.

Todos prometieron cumplir lo que se les mandaba.

Luego, como le diesen aviso de que D. Carlos estaba ya levantado, pasó á saludarle.

***

Vestido sin lujo, pero con la decencia que convenía á su clase, el de Vargas parecía otro.

En su rostro, cuidadosamente afeitado, volvían á revelarse los rasgos característicos de su noble prosapia.

Adelantóse cortés á recibir á su amigo y tendiéndole los brazos díjole:

—No sé cómo pagaros podré las mercedes que me otorgáis.

—Con que las aceptéis me doy por pagado de ellas,—repuso D. Tomás.

Y apresuróse á preguntarle:

—¿Cómo la noche pasado habéis?

—Como pasado no la había en mucho tiempo,—respondió el otro.

—Regocíjome de que así sea.

—No de otro modo ser pudiera hallándome bajo el techo de tan noble mansión.

—Cual si fuera vuestra deseo que esta casa consideréis, hasta que en condiciones os halléis de abandonarla sin peligro para vuestra libertad y vuestra vida.

—Gracias, Paredes. No esperaba menos de vos. De ese asunto precisamente quería hablaros.

—¿Rechazáis acaso mi ofrecimiento?

—Sí, lo rechazo.

—¿Por qué causa?

—Fácilmente podéis comprenderla sin necesidad de que yo os la diga.

—Pues porque no la comprendo os la pregunto.

—Por no comprometeros.

—¿Cómo?

—Mi situación sabéis.

—Pues por lo mismo...

—Desterrado como estoy, si mi presencia aquí se averiguara, no sólo fuera mi perdición, sino que á vos también os perjudicaría por haberme amparado.

—Ya lo sé.

—Pues no necesito deciros más para que los móviles de mi determinación se os alcancen. No rechazo vuestra generosa oferta con el propósito de ofenderos ó despreciaros, sino con el deseo de haceros un bien, evitándoos los males que por mi causa os pudieran venir.

* * *

Sonrió D. Tomás y amistosamente dijo:

—Ofensa me inferís y grave, no con vuestra negativa, sino con las razones en que la apoyáis. ¡Cómo, Vergara! ¿Tan cobarde ó egoista me suponéis, que pensais que el peligro pueda hacerme faltar al cumplimiento de mis deberes como caballero y amigo?

—La hidalguía y la amistad tienen su límite,—replicó D. Carlos.

—Yo no les reconozco ninguno. Si en mi caso estuviérais y yo en vuestra situación me hallara, ¿me abandonaríais?

—¡Nunca!

—Pues ¿cómo á esperar os atrevéis que yo haga lo que vos no hiciérais? ¿Acaso inferior á vos me consideráis en nobleza y sentimientos?

Tendió Vergara la mano á su amigo y protector y con efusión le dijo:

—Sea lo que queráis, que á quien como vos tan alto

concepto tiene de sus deberes, no hay modo de apartarlo de ellos. Aquí permaneceré hasta que una solución halle al conflicto en que me encuentro.

—¡Que me place! Favor con ello me hacéis, pues necesitado estoy de la compañía de un amigo que con su amistad me consuele, con su experiencia me guíe y con sus consejos me defienda.

—¿Os amenaza algún peligro?

—No uno solo, sino varios y grandes.

—Decid, que mi espada está á vuestra disposición, para todo aquello en que de utilidad pueda seros.

—¡Gracias!

—Confiadme vuestras desventuras y vuestros temores, si es que las unas tenéis y los otros abrigáis, y medio hallaremos entre los dos de remediar aquéllas y tranquilizar éstos.

* * *

Reanimado D. Tomás al ver que tenía ya una persona fiel á quien confiarse, refirió sus cuitas, sus sobresaltos y sus anhelos: sus amores con Leonor y los obstáculos que á su realización se oponían, la desaparición de su hermano y las extrañas visitas de la misteriosa dama.

Sorprendido mostróse el de Vargas por el novelesco relato, por más que durante él más de una vez asomó la sonrisa á sus labios; sonrisa maliciosa y burlona que parecía querer indicar que al tanto estaba de todo aquello.

No obstante, cuando D. Tomás hubo concluido de hablar, díjole:

—Sorprendido en verdad habéisme dejado, Paredes amigo. Invención parece lo que referido me habéis, de un trovador de los que fantásticas y extraordinarias historias combinan para asunto de sus cántigos y baladas. ¡Por mi vida que si no fueseis vos el que me lo referis, no lo creyera!

—¡Os juro, por mi fé, que no miento ni exajero!

—Lo creo.

—Todo cuanto he dicho es realidad.

—De todas suertes, vamos por partes. Lo primero es buscar á vuestro hermano, hasta dar con él.

—¡Oh, sí!

—Lo segundo hacer que olvidéis á Leonor.

—Ya está olvidada.

—Tengo para mí que su afecto no os conviene.

—Por lo mismo he renunciado á él.

—Y lo tercero, averiguar quién es vuestra famosa desconocida y cómo entra hasta aquí.

—Eso es lo que me parece más difícil.

—¡Quién sabe!

—Para eso, como para todo, vuelvo á repetiros que contéis conmigo.

—Gracias.

—Y ahora, aunque sea inmodestia, permitid que os diga que me alegro de haber venido á vuestro lado en las circunstancias presentes, pues convencido estoy de que mi auxilio ha de seros muy útil.

Siguieron hablando de lo mismo durante largo rato, hasta que D. Tomás exclamó:

—¡Perdonad mi egoismo! De mí únicamente hablamos y es razón que de vos también algo digais.

—¿Qué quereis que os diga?

—Cual ha sido vuestra suerte desde que desterrado de aquí partísteis.

—Vuestra curiosidad es justa y debo satisfacerla.

—No es curiosidad, sino interés.

—Razón de más para que en vuestro deseo os complazca. Oid.

Concentróse un instante Vargas en sí mismo, como para coordinar sus ideas y luego habló de este modo:

—No necesito deciros las causas que me hicieron perder el favor real, motivando mi destierro, pues conocidas son de todo el mundo.

—Sí, ya sé,—asintió Paredes.—Vuestras pretensiones al amor de D.ª Aldonza, á la que á su vez el rey galanteaba.

—Justo. D. Enrique para vengarse me hizo aparecer como complicado en la conspiración fraguada por su hermano D. Alfonso, y me condenó en la forma que sabéis. Mi anciano padre había muerto pocos meses antes; mis bienes todos fueron confiscados y me ví en la situación más triste y desdichada, en que hallarse pueda caballero alguno. Obligado á salir de los reinos de León y de Castilla, ¿qué hacer ni á dónde dirigirme? Desesperado y ansioso á la vez de ganar fama que mi desventura compensase, en vez de ir á demandar hospitalidad á algún reino vecino, en tierra de moros me interné en busca de aventuras en que probar mi valor y desafiar la muerte.

—Bien hicisteis y yo en vuestro lugar hubiera hecho lo propio. Proseguid.

***

Diríase que era muy del agrado del de Vargas evocar aquellos recuerdos, pues animábase al hablar.

—Gracia os hago del relato de mis proezas,—continuó diciendo,—pues por vanidoso tendríaisme si os las narrara. No era el valor el que me impelía á realizarlas, era la desesperación, y por lo mismo que buscaba en ellas la muerte para poner término á mis desventuras, la muerte me respetó.

—No achaquéis á la casualidad,—interrumpióle su amigo,—lo que obra debió ser de vuestro esfuerzo.

—El valor, por grande que sea, poco puede si la suerte no le ayuda.

—Tenéis razón.

—Al fin la fortuna volvióme un día la espalda, y prisionero caí de un alcaide moro que preso me llevó á su fortaleza.

—Noticias llegaron hasta aquí de tal suceso.

—No es extraño, pues el buen alcaide prisa dióse en hacer saber la presa de que se había apoderado, para que por valiente le tuvieran. ¡Linda hazaña, por cierto, la de hacer prisionero á un hombre solo como yo! Lo raro era que tal percance no me hubiese ocurrido antes. Llevóme, pues, mi alcaide á una inmunda mazmorra, y en ella encerrado túvome qué se yo cuanto tiempo, sujeto á los rigores del más duro cautiverio. En ella estaría encerrado aún seguramente, sin lo que voy á referiros.

***

No dejaba de ser interesante el relato de D. Carlos ó así al menos debía parecérselo á Paredes, á juzgar por la atención con que lo oía.

—Una noche,—prosiguió Vargas,—y pienso que debía ser noche por el silencio que reinaba en mi derredor, pues la obscuridad en mi encierro era constante, abriéronse las puertas de mi prisión para dar paso á una aparición divina, á una mujer á la que el Supremo Hacedor complacióse en adornar con todos los atributos de la belleza.

—¿Era una mora?—preguntó Paredes.

—Sí, era una hija del alcaide de la fortaleza, según supe luego. «Cristiano», díjome: «compadecida de tu situación, vengo á verte, con exposición de mi vida, para prestarte algún consuelo». Me obsequió con esquisitos manjares que á prevención llevaba, me dirigió cariñosas frases y prometió volver á la noche siguiente, como así lo hizo A partir desde aquel día, todas las noches bajaba Zulima

á mi mazmorra, que con su presencia convertíase para mi durante algunas horas en un paraiso.

* * *

A este punto llegaba la narración del caballero, cuando se oyó en la antecámara rumor de acalorada disputa.

Llamó D. Tomás á uno de sus servidores y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Un hecho por demás extraño y misterioso,—respondió el servidor.

—Dí pronto.

—Cruzaba yo por una estancia próxima á esta, cuando ví que ante mi paso huía una sombra.

—¡Una sombra!

—Era una mujer.

—¿Qué dices?

—Me abalancé á ella y la detuve...

—Bien hecho.

—Pero con grave exposición de mi vida, pues blandía furiosa en su diestra un puñal. Pedí auxilio, acudieron todos y nadie había visto entrar á la desconocida.

—¿No sabéis, pues, quién es?

—Lleva el rostro cubierto y se ha negado á mostrarlo. No ha respondido á ninguna de nuestras preguntas, y cuando á vuestra presencia intentábamos traerla, resistíase. De aquí el rumor que habéis escuchado.

A Paredes asaltóle una idea.

¿Sería su misteriosa dama?

Acaso hubiera entrado en el palacio por la puerta secreta de que sin duda debía valerse para penetrar en él, y sorprendida por los criados, no tuvo tiempo para huir.

—Traedla á mi presencia,—dijo D. Tomás al servidor.

Salió éste y volvió á poco acompañado por otros varios.

Entre todos ellos llevaban á la fuerza una dama encubierta con negro manto.

Parecía muy agitada, á juzgar por el temblor de su cuerpo.

—Retiraos,—dijo Paredes á la servidumbre.

Y cuando se quedaron solos él, la dama y D. Carlos, dirigiéndose á la primera, díjole:

—Señora: necesario es que me expliquéis...

Ella no le dejó concluir; apartó el manto y descubrió su rostro.

—¡Mi desconocida misteriosa!—dijo con alegría don Tomás.

Y Vargas exclamó, retrocediendo aterrado:

—¡Zulima!





CAPÍTULO XXXIX

Las acusaciones de Zulima



UBO una larga pausa impuesta por el asombro producido en los dos caballeros al reconocer en la encubierta á Zulima el uno, á su misteriosa desconocida el otro.

La mora les contemplaba pareciendo gozarse en su sorpresa.

Al fin habló, para decir dirigiéndose á D. Tomás y señalando á Vargas:

—Pues que noble y honrado sois, arrojad de aquí á ese hombre. Es un espía, un ladrón, un criminal, un miserable indigno de estar bajo el techo de una casa honrada.

D. Carlos llevó la mano al cinto en busca de la daga para vengar tales ultrajes, y Zulima echóse á reir despreciativamente, diciendo:

—¿Vas á ejercer de nuevo tu profesión de asesino en una débil é indefensa mujer? ¡Hazaña digna de tí! Ven y hiere, no te temo.

Y abrió los brazos, presentándole el pecho para que hiriera.

Paredes contuvo á su amigo y dijo á la mora:

—Ved, señora, lo que decís. En mi casa estáis, á un huesped y amigo ultrajáis, y así como no permitiré que él os ofenda, tampoco puedo tolerar que en mi presencia le faltéis.

—¿Salís en su defensa?—exclamó ella.

—Es mi deber.

—Deber de vuestra hidalguía y vuestra caballerosidad, injustamente cumplido con quien no merece consideración alguna. Y como no me gusta acusar sin pruebas, oidme, D. Tomás, y sabréis quién es el hombre que en vuestra casa tenéis y al que dais el inmerecido nombre de amigo.

***

Debía tener D. Carlos sus motivos para temer que Zulima hablase, porque quiso oponerse á ello, diciendo:

—Ved, Paredes, que obligado estais á impedir que en vuestra casa se me insulte.

—Yo no insulto,—replicó Zulima.—Acuso y ofrezco presentar pruebas de mi acusación.

Volvióse entonces D. Tomás á su huesped y díjole:

—Si inocente sois, tales acusaciones no pueden amedrantaros; antes bien, empeño debéis tener en escucharlas para desmentirlas. Eso al menos haría yo si en vuestro caso estuviera.

Y dirigiéndose luego á la mora, añadió:

—Hablad, señora, y nada temais. Si decís la verdad, como prometeis, yo sabré defenderos contra todo el que intente haceros algún mal. En cambio si mentís... Pero hablad, hablad sin tardanza, que ansia tengo de penetrar el misterio que os envuelve. Hora es ya de que me digais cómo habéis penetrado en esta casa diferentes veces y qué venís aqui buscando.

—Todo os lo explicaré cumplidamente y todo lo comprenderéis.

—Pues os escucho.

Conocíase que Vargas hacía grandes esfuerzos para dominarse sin conseguirlo.

Despechado mordíase los labios y destrozaba con sus crispadas manos las ricas guarniciones de su traje, dirigiendo al mismo tiempo á la mora terribles miradas.

Sin duda se encontraba perdido.

*
* *

Con tranquilidad y arrogancia, que contrastaban con la turbación de D. Carlos, Zulima habló de este modo, dirigiéndose á Paredes.

—Una historia os refería ese hombre y yo he interrumpido su relato; permitid que lo reanude y tened por seguro que será más verídico que el que él os hacía.

Guardó silencio un instante, y luego añadió:

—Hasta el punto en que había llegado de su narración, casi no había faltado en nada á la verdad.

—Pero ¿vos le oíais?—preguntó D. Tomás.

—Sí, y por eso vuestros servidores me descubrieron. También esto os lo explicaré después.

—Continuad.

—Cuanto ese hombre decía era cierto. Zulima, la hija del alcaide de la fortaleza donde estaba cautivo, compadecióse de su infortunio, ofrecióle los consuelos de su afecto y acabó por enamorarse de él, rindiéndose á sus ardientes protestas de amor. ¡El fementido sabe fingir muy bien todos los sentimientos cuando á su conveniencia cuadra! ¡La pobre Zulima creyó que la palabra de un caballero cristiano, cuando juraba en nombre de su Dios era sagrada, y bien caro ha pagado luego su error! Por lo vis-

to hay cristianos que toman el nombre de su Dios para escudo de todas sus maldades.

Exaltándose á medida que hablaba casi sin darse cuenta de ello, prosiguió:

—¡Sí, fuí tan débil y tan infame, que me rendí á los juramentos de amor de un enemigo de mi religión y de mi raza! Y aún hice más. «Quiero la libertad,» me dijo; y yo, haciendo traición á mi padre, comprometiéndole, le respondí: «la libertad tendrás». Le cumplí mi palabra. ¡Yo misma abrí las puertas de su encierro! «Quiero riquezas», díjome después; y yo le respondí también: «serás rico». Robé á mi padre para enriquecerle á él, y le ayudé á esconder entre sus harapos una fortuna en oro y piedras preciosas. «Quiero tu amor», díjome por último: «abandona los tuyos, abjura de tu religión y sígueme». Yo le contesté: «mi amor tendrás siempre»; y haciendo traición á las creencias de mis mayores, á mis sentimientos de hija, á mi dignidad, á todo lo más sagrado, huí con él. Todo esto hice y todo esto y más aún sabe hacer una mujer de mi raza cuando de veras ama.

* * *

Había una grandeza tal en las palabras de Zulima y en el tono arrogante y majestuoso con que las pronunciaba, que D. Tomás oíala y contemplábala sorprendido, dominado por la admiración y el respeto.

—¿Es todo eso cierto?—preguntó á su amigo.

D. Carlos no respondió.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, tenía el aspecto de un reo ante el tribunal que ha de juzgar sus culpas.

—¿Qué mejor prueba queréis de que no miento que su confusión misma?—exclamó la mora.—¡Vedle! El tan alti-

vo hace poco, ahora humilla la frente bajo el peso de su vergüenza.

—¡Defendeos, D. Carlos!—dijo Paredes, sin obtener tampoco respuesta alguna.

—No esperéis que lo haga,—respondió Zulima.—No puede. Y si su turbación no bastara para demostraros la verdad de lo que os digo, otra más elocuente voy á ofreceros.

—¿Cual?

—Vedla.

Y abalanzóse á un sitial, sobre el que estaba el harapiento traje que el día anterior vestía D. Carlos.

Este adivinó su intento y quiso adelantársele; pero Paredes se lo impidió interponiéndose entre él y la mora.

Esta desgarró con sus manos los harapos mugrientos y asquerosos y cayó de ellos una lluvia de monedas de oro y piedras preciosas; una riqueza deslumbradora que hizo lanzar á D. Tomás una exclamación de asombro.

—Son los tesoros que para él robé á mi padre,—dijo Zulima.

—Y si de tal fortuna era poseedor,—preguntó Paredes,—¿por qué á mí se presentó disfrazado de mendigo?

—Porque así convenía á sus planes para mejor engañaros.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—Dejadme terminar la parte de la historia de ese hombre que á mí se refiere, y luego os revelaré sus propósitos y sus intenciones.

* * *

Vencido, anonadado, Vargas no intentaba siquiera defenderse.

Habíase desplomado en un sitial y permanecía inmóvil y silencioso con el rostro escondido entre las manos, como para ocultar su vergüenza.

Sólo levantaba la cabeza de vez en cuando para dirigir á la mora miradas de odio; pero aquel odio era impotente, pues allí estaba D. Tomás para defender á la que le acusaba.

Con irónica amargura, Zulima dijo:

—Vos creeréis, como creerá cualquier hombre de corazón honrado hasta sin necesidad de que caballero sea, que el que tanto me debía, obligado estaba por lo menos á tenerme respeto, ya que no amor.

—Sin duda,—asintió Paredes.

—Pues ese miserable que ahí está, creyó todo lo contrario. ¿Sabéis cómo pagó mis sacrificios? De la manera más inícua. No me invitó á huir con él porque me amase, sino por temor de que si con él no huía, no le entregara las riquezas que para él robé á mi padre. Cuando las riquezas tuvo en su poder y lejos nos hallamos de la fortaleza que le sirvió de encierro, en tierra de cristianos, donde no había de encontrar quien me defendiese, yo era para él un estorbo y resolvió deshacerse de mí. ¿Sabéis de qué manera? ¡Matándome!

—¡Eso es imposible!—gritó Paredes indignado.

Zulima descubrió su seno, con arrogancia que excluía todo asomo de impudor, y mostró en él dos anchas cicatrices que se destacaban sobre el fondo blanco de las aterciopeladas carnes, como dos pétalos de rosas arrolladas.

—Aquí tenéis el testimonio de lo que os digo,—agregó. —Como desterrado estaba de su patria, para que no le viesen, desafiando toda suerte de peligros y sufriendo toda clase de privaciones, el criminal y yo caminábamos de noche por los caminos más solitarios y extraviados de los bosques. Mi resistencia era mucha y aún la aumentaba

mi amor; pero una noche las fuerzas faltáronme y rendida caí al pié de un árbol. «Duerme», me dijo él; «yo velaré tu sueño». Confiada en sus palabras, me dormí tranquila recostada en sus brazos. Un dolor agudo en el pecho interrumpió mi sueño. Lancé un grito, abrí los ojos y le vi á él ante mí, esgrimiendo su daga ensangrentada. Mis ojos le pidieron piedad y él repitió el golpe y huyó luego cobarde dejándome por muerta...

Paredes no pudo contenerse por más tiempo.

Desenvainando su espada, se arrojó sobre Vargas, diciéndole indignado:

—¡Infame! ¡Vas á recibir de mi mano el castigo de tu crimen!

El ni se movió siquiera.

Zulima contuvo á D. Tomás diciéndole:

—Aplacad vuestra cólera ó aplazadla, al menos. No sabéis aún más que una parte de las maldades de ese hombre; las que á mí se refieren. Seguid escuchándome.





CAPÍTULO XL

Asesino y conspirador



LA confusión de D. Carlos daba claramente á entender, que lo que Zulima tenía que decir aún, era quizá más grave que lo que había revelado.

A tanto llegó el trastorno del farsante caballero, que sin ver que con ello se comprometía aún más de lo que estaba, á impulsos del temor púsose en pié diciendo:

—Mi dignidad me impide continuar más tiempo en esta casa, donde de tal modo se me insulta y se me ofende. Vuestra venia dadme para salir de ella, D. Tomás; y á vuestra conciencia de caballero confío el creer ó poner en duda las acusaciones de esa mujer. La certeza ó falsedad de lo que dice, en su día será probada; mientras tanto impórtame poco la opinión que de mí formar podais, pues en condiciones no me hallo para volver por mi honor ultrajado. ¡A tal punto el destino ha hecho llegar mi desventura!

Y se encaminó á la puerta de la cámara.

Paredes interpúsose ante él, diciéndole:

—¡No os vayais! En uso del derecho que me asiste como dueño de esta casa en la que os brindé hospitalidad, no os permitiré que de aquí salgáis, hasta que las acusaciones que contra vos se dirigen sean desmentidas ó confirmadas. Si lo primero, yo os ofrezco satisfacción cumplida; si lo segundo, cuenta me debéis de haber usurpado mi amistad sin merecerla. Y ved, D. Carlos, que vuestro intento de huida, poco honor hace á vuestro valor, á vuestra dignidad y á vuestra inocencia. Huye el que teme; luego esas acusaciones que aparentais despreciar teméis y tal temor indicio parece de culpabilidad.

—Ya dije antes que poco me importa la opinión que de mí forméis,—replicó Vargas despechado.—¡Dejadme salir!

—¡No!

Echó D. Carlos mano á la espada, decidido sin duda á abrirse con ella paso, y D. Tomás al ver su acción amenazóle diciendo:

—A mis criados llamaré, si á ello me obligáis, para que por la fuerza os pongan á raya. Acusado estáis y esto me dispensa de guardar con vos las consideraciones impuestas por la hospitalidad y la cortesía. Si culpable sois, evitad el escándalo en vez de provocarlo vos mismo, y en ello saldréis ganando.

Comprendió Vargas que no le quedaba otro recurso que doblegarse á las circunstancias, y ocultando su cólera, haciendo de la necesidad, virtud, encogióse de hombros con fingido desdén y volvió á tomar asiento, diciendo con aparente arrogancia:

—La humillación que me imponéis será una de las varias cosas de que de pediros habré cuenta en su tiempo. Por lo demás, desde ahora os aseguro que no intentaré

defenderme, aunque se formulen contra mí las más odiosas calumnias. Fuera baldón en quien es inocente, como yo lo soy, descender á tal extremo.

—Haced lo que gustéis,—contestóle D. Tomás;—pero no deis al olvido que el silencio no es defensa, sino confirmación tácita de lo que con los argumentos de la lógica y la razón no se rebate.

Y dirigiéndose á la mora, añadió:

—Proseguid vuestro relato.

* * *

No deseaba Zulima, sin duda, otra cosa que esta invitación, pues apenas húbola escuchado, siguió expresándose de la siguiente manera:

—Habíame hablado D. Carlos muchas veces, de sus propósitos cuando á su patria tornase. «En Castilla», habíame dicho, «las disensiones entre el rey y la reina y los que á destronar al primero aspiran, ofrecen fácil ocasión de medro al que osado es en sus empresas y de escrúpulos sabe prescindir en sus ambiciones. Siempre serví á D. Enrique; mas como la pérdida de su gracia fué el motivo de mi destierro, á él no puedo volver y me uniré á sus enemigos.» Indignos parecíéronme estos planes de quien por caballero y noble se tenía; pero el amor cegábame y disculpa hallé á tales propósitos. Además, ¿qué me importaba á mí que mi bien adorado á su rey hiciese traición, mientras continuara fiel á mi cariño? ¡Insensata que en mi locura comprender no supe, que quien traidor es á un sentimiento, aptitud demuestra para traidor ser á todos!

Detúvose como para encauzar su relato, apartándolo de los comentarios y las consideraciones que la desviaban, y continuó diciendo:

—Como dije antes, el asesino, creyéndome muerta, hu-

yó de mí, dejándome sola en el monte. Por suerte ó por desgracia yo no estaba más que herida, gravemente herida. De momento, el terror y la violencia del golpe hiciéronme perder el sentido; mas á poco recobrélo y cuenta díme de mi desgracia. Lágrimas de fuego surcaron mis mejillas, el amor indigno que á ese hombre tuve se trocó repentinamente en odio, y mis labios secos y ardientes, en vez de gritar pidiendo auxilio, murmuraron esta sola palabra: «¡venganza!» ¡Prefería la venganza á la vida! ¡Oh! Hanme dicho que las mujeres cristianas perdonan fácilmente las ofensas, pues así su religión se lo ordena. Las mujeres de mi raza y de mis creencias somos de otro modo. Sabemos querer hasta el sacrificio; pero también sabemos odiar hasta el crimen. Tenemos el perdón por una bajeza y la venganza por una ley santa.

* * *

Hallábase tan exaltada, que D. Tomás no pudo menos de decirle cariñosamente:

—Calmaos.

Agradecióle ella esta muestra de consideración con una sonrisa; mas como si tuviera prisa por concluir, continuó diciendo:

—Mi propia indignación prestóme fuerzas para curar mis heridas y arrastrarme hasta llegar á donde pudiesen prestarme socorro. Llegué á la humilde choza de un leñador, donde hallé amparo y refugio. Aquella pobre gente acogióme compasiva y sin preguntarme quién era me asistieron con esmero. A sus cuidados debo la vida. Cuando después quise demostrarles mi gratitud, rechazaron mis dádivas y hasta mis protestas de reconocimiento. «Hemos cumplido los deberes que nuestra religión nos impone», dijéronme. Y yo pensé: «¡bendita religión la que el amparo y socorro del desvalido ordena!»

Estas palabras, dichas con vehemente sinceridad, conmovieron á Paredes.

—Si esta mujer abriese sus ojos á la luz de la fe verdadera,—dijo,—¡quién sabe si esas doctrinas que ensalza sin profesarlas, por impulso espontáneo de su corazón, harían de ella una heroina ó una santa!

—Ignoro el tiempo que permanecí en aquella choza,—continuó Zulima.—Cuando estuve curada salí de ella, sin otra idea que vengarme. El instinto me guió. Sabiendo que en esta ciudad tuvo D. Carlos su casa solariega, supuse que aquí habría venido, y á Valladolid me encaminé. Os hago gracia, por no abusar de vuestra atención, de las penalidades de mi viaje. Llegué á Valladolid sin recursos, pues todo cuanto poseía llevóselo Vargas oculto entre sus harapos; pero servíanme de adorno algunas joyas de gran valor, y desprenderme de ellas decidí para procurarme medios de vida. Encaminéme á la Judería, en casa de un mercader entré y pronto mis brazaletes, mis arracadas, mis hilos de perlas, mis joyas todas, habíanse trocado en unas cuantas monedas de oro. Aunque nada dije al judío de mi situación, algo debió sospechar él, porque empezó por preguntarme si no conocía á nadie en Valladolid, y acabó por proponerme que me quedase en su casa. Impulsábale á ello, no la compasión, sino el codicioso deseo de que volviese á su bolsa el oro que me había dado; pero á mí parecióme preferible quedarme allí á ir á buscar hospedaje en un mesón, y acepté su oferta, conviniéndonos en el precio. Auxilio fué este de la casualidad, con el que no contaba, como veréis muy pronto.

* * *

Al llegar la mora á esta parte de su relato, pareció que crecían la ansiedad y la inquietud de Vargas.

Ella, que lo advirtió, díjole, sonriendo despreciativamente:

—¿Vais sospechando cómo he descubierto, lo que suponíais por todos ignorado?

Y volviéndose á Paredes, reanudó su relato en esta forma:

—Dióme el judío para mi alojamiento, un inmundo zaquizamí situado en la parte alta de su casucha. Desde allí era imposible que me enterase de nada de cuanto en la casa sucediera, y sus razones tuvo para procurarlo así. Llegó la noche, instaléme en mi alojamiento y á las pocas horas de estar allí no pude permanecer más tiempo en él. Decidí abandonarlo y bajé á las habitaciones de mi patrón, decidida á romper nuestro convenio, si no me instalaba en su vivienda de modo más decoroso. Era ya media noche, pero el judío velaba, pues había luz en su cámara, y me acerqué á la puerta. Llamó mi atención el rumor de algunas voces que oíanse en la estancia aquella, y antes de decidirme á entrar miré por las rendijas. He aquí lo que ví, con el asombro que fácilmente podéis imaginaros.

* * *

Los dos caballeros estaban pendientes de los labios de Zulima.

En D. Carlos crecía la inquietud, mientras Paredes sentíase avasallado por la curiosidad.

—En torno de una mesa,—prosiguió la mora,—había sentados varios hombres: el judío, algunos caballeros, otros tantos indivíduos de mala catadura... y ese miserable que ahí véis.

—¿Vargas?—exclamó D. Tomás sorprendido.

—¡Sí, Vargas, el que intentó matarme, después de haberme engañado, el que yo buscaba con empeño para sa-

ciar en él mi odio! ¡Imaginad si bendiciría al destino que me llevó á la casa aquella!

—¡Mentís!—gritó D. Carlos fuera de sí.—¡Todo eso es una falsedad, una impostura!

Zulima se encogió de hombros.

—Desprecio vuestras negativas, pues poseo pruebas de lo que digo, como de ello os convenceréis si seguís escuchándome.

—Continuad,—dijo D. Tomás impaciente.

—A las pocas palabras que oí,—añadió la mora,—pude convencerme de que aquellos hombres conspiraban.

—¿Contra quién?

—Contra la princesa D.ª Isabel, nombrada recientemente heredera del trono por su hermano D. Enrique.

—¿Y por cuenta de quién conspiraban?

—Por cuenta de la reina D.ª Juana.

—¡Ah, comprendo! ¿Y descubristeis los planes de su conspiración?

—Todos.

—Reveládmelos al punto... Defensor y partidario entusiasta de D.ª Isabel, no sabéis la importancia que para mí tiene lo que decís.

—Lo sé, como sé también lo que os interesan otras cosas que he de revelaros. Pero de esto trataremos luego con el debido espacio vos y yo. Dejad que por ahora me limite á demostraros la infamia y la culpabilidad del que llamáis vuestro amigo.

—Proseguid.

Y volviéndose á Vargas, que anonadado no se atrevía ni aun á levantar la cabeza, D. Tomás díjole:

—¡Ay de vos, si las revelaciones de esta mujer, confirman todo lo que sospecho!





CAPÍTULO XLI

La seguridad de un calabozo



ESDE el momento en que supo que su huésped conspiraba contra D.ª Isabel, el relato de Zulima adquirió para Paredes interés extraordinario.

Partidarios decididos de D.ª Isabel eran él y su hermano y dispuestos se hallaban á sacrificarle hasta la vida.

—Por aquella noche,—siguió diciendo la mora,—enterarme no pude de lo que aquellos hombres trataban, sino muy confusamente. No estoy al tanto de vuestras intrigas políticas, para poder comprenderlas sin detenidas explicacicnes. Sólo deduje lo que dicho queda: que conspiraban contra la heredera del trono de Castilla, por cuenta de la reina D.ª Juana. Como Vargas ya en otra ocasión me había manifestado sus propósitos de conspirar, el hecho no me sorprendió. Un tal D. Luis de Haro, por lo que pude comprender, era el que daba á todos órdenes en nombre de la reina.

—¡El actual favorito de D.ª Juana!—exclamó D. Tomás. —¡El que la ayudó á huir de la fortaleza de Alaejos! Sí, él sería. Proseguid.

—A lo que parece, la princesa Isabel pretende casarse con un D. Fernando...

—Sí, el príncipe de Aragón.

—Pues á impedir ese matrimonio se encamina la conjura.

—No lo lograrán.

—Abrigaban sospechas de que hubiesen salido emisarios de D.ª Isabel para entenderse con D. Fernando, y pretendían convencerse de ello para impedir que los emisarios lleguen al término de su viaje. De esto encargóse principalmente á Vargas, y vuestro nombre y el de vuestro hermano oí pronunciar más de una vez al darle las órdenes convenientes; pero como ni á vos ni á vuestro hermano conocía, no me fijé en ello. Hablóse de proporcionar al espía los medios de cumplir su misión, entre los cuales figuraba ante todo el procurarle asilo seguro. Entonces mencionaron el palacio de Paredes.

—¡El mío!

—Y uno de los presentes, viejo escudero á juzgar por su tipo, prometió un plano de dicho palacio, con explicación detallada de todas sus entradas secretas. «No hay vivienda en Valladolid», dijo, "que más escondites y entradas y salidas tenga. Sus actuales habitantes las ignoran; pero yo, que serví en aquella casa mucho tiempo, las conozco muy bien.»

—Ese hombre no podía ser otro que Isidoro.

—Así creo que le llamaban.

—Sí, él es, sin duda. Un viejo servidor que mereció la confianza de nuestro padre y á quien hubimos de despedir por los abusos que llegó á permitirse valido de la inmerecida consideración con que le tratábamos. No me ex-

traña que conozca mejor que nosotros los escondites y rincones de esta casa, porque aquí vivió desde muy joven y aquí vivieron también su padre y sus abuelos, al servicio de nuestros antepasados.

—Isidoro prometió llevar el plano ofrecido y disolvióse la reunión, sin tomar acuerdo alguno. Comprenderéis que yo no pensé ya en abandonar la vivienda del judío; por mal que estuviese en ella, conveníame continuar allí para seguir adquiriendo noticias para mí tan preciosas.

*
* *

Meditó un instante Zulima y luego dijo:

—Para no cansaros ni cansarme demasiado, me permitiréis que omita algunos detalles y mi relato termine más á la ligera. Durante algunas noches los conjurados siguieron reuniéndose y así fuí imponiéndome poco á poco de sus proyectos. Tratábase de que Vargas se introdujese aquí, donde yo ignoraba quién vivía. Gracias al plano que proporcionó Isidoro, podía entrar y salir sin ser visto siempre que le conviniera. El plano quedó depositado en poder del judío, hasta que llegase la ocasión de utilizarlo, y hallé medio de apoderarme de él y copiarlo aunque imperfectamente. Me convenía poder vigilar á aquel de quien intentaba vengarme. Una noche quedó decidido que al día siguiente Vargas viniera á instalarse aquí. Pensando que así lo habría hecho, á la otra noche entré en este recinto por una de las puertas secretas que figuraban en el plano, y en vez de encontrar al que buscaba dí con vos. Volví á casa del judío y encontré á los conspiradores reunidos. Vargas no había podido entrar aquí aquel día, ignoro por qué inconveniente; pero quedó acordado que al día siguiente lo hiciera sin más tardanza. Y entonces, al darle las últimas instrucciones, comprendí lo que hasta

entonces no había entendido sino muy confusamente. Oidlo con atención, porque os interesa.

D. Tomás redobló el interés con que escuchaba.

—Según parece,—continuó la mora,—vos y vuestro hermano, á más de partidarios decididos y entusiastas de D.ª Isabel, sois confidentes del almirante D. Fadrique.

—Ciertamente,—asintió Paredes. — El almirante nos honra con su confianza más de lo que merecemos.

—Pues bien, los conspiradores proponíanse, al hacer entrar aquí á Vargas, enterarse de todo cuanto entre vosotros y D. Fadrique mediara. Si recibíais algún pliego del almirante, debía apoderarse de él, y valiéndose de una de las salidas secretas, llevarlo á D. Luis de Haro.

—¡Ah, miserable!

—Y como creo que el almirante es uno de los que más protegen los amores de D.ª Isabel, contaban averiguar de este modo lo que hubiese de cierto acerca del proyectado matrimonio.

—¡Adivino toda la infame trama!

—Para no despertar vuestras sospechas, convínose en que D. Carlos se presentase á vos de la manera que lo hizo: vestido con sus harapos y procurando excitar vuestra compasión.

—¡El farsante!

—Así vos mismo le abriríais las puestas de vuestra casa. Además, él no quería desprenderse en modo alguno del harapiento vestido donde ocultaba las riquezas robadas por mí á mi padre. Todo lo demás podéis fácilmente suponerlo. Al saber lo que contra vos se tramaba, por amigo os tuve y quise ayudaros á defenderos, como lo pretendí, presentándome á vos por segunda vez, según recordaréis.

—Sí...

—Sabiendo que el espía estaba ya aquí dentro, hoy he

cometido la imprudencia de volver á este recinto, ansiosa de avisaros, lo cual es ayudar á mi venganza. Escuchando estaba vuestra conversación cuando vuestros servidores me sorprendieron. Tiempo no tuve para huir por una de las salidas secretas, y lo demás ya lo sabéis. Ahora, D. Tomás, juzgad al que llamábais vuestro amigo, como en justicia merezca. Sólo os pido la gracia de que no lo matéis. ¡Respetad su vida para que saciar pueda en él mi venganza! La muerte es poco para sus crímenes y por eso no he intentado matarlo ya. Quiero vengarme de él de modo más cruel y que más satisfaga á mi justo rencor.

* * *

Calló la mora, y Paredes, volviéndose á D. Carlos, le dijo despreciativamente:

—Tan miserable os considero, que fuera una deshonra para mí imponeros por mi mano el castigo que merecéis. En mi poder estáis y á quien debo os entregaré para que como traidor seáis juzgado.

Vargas no replicó ni intentó siquiera defenderse.

—¡Hola!—exclamó D. Tomás, asomándose á la puerta de la estancia.

Apareció un paje.

—Que vengan cuatro de mi servidores,—le ordenó el caballero.

El paje salió y los cuatro servidores llamados entraron á poco.

—Apoderaos de ese hombre,—les dijo D. Tomás,—y encerradlo en una de las mazmorras de los sótanos de este palacio.

Los servidores obedeciéronle, sin que D. Carlos opusiese á ello la menor resistencia.

Lleváronselo, y al salir el espía dirigió á Zulima una

mirada de odio, como queriendo decirle: «me vengaré.»

La mora respondió con una despreciativa sonrisa.

No le temía, y menos viéndole en poder de sus enemigos, los cuales castigarían seguramente sus infamias.

Al quedarse solos, D. Tomás apoderóse de una mano de Zulima, que besó respetuosamente, y dijo:

—Si antes os admiraba por vuestra hermosura, ahora os respeto por vuestro valor y os compadezco por vuestras desdichas. Agradecido os estoy por el servicio que acabáis de prestarme, y mi ayuda os ofrezco para todo lo que la necesitéis.

—Sólo la acepto para mi venganza,—respondió ella.

—También para vuestra venganza os la he ofrecido.

—Gracias.

* * *

Como si de súbito acudiese una idea á la mente de D. Tomás, dijo:

—Pero vuestras explicaciones no habéis terminado.

—¿Qué más queréis saber?—preguntó la mora.

—En vuestra segunda aparición me hablasteis de mi hermano y de D.ª Leonor.

—Es cierto.

—Cosas me digísteis de uno y otra que de comprender no acabo.

—He aquí todo lo que sé respecto á esos asuntos.

—Hablad.

—Entre los hombres dispuestos á todo, de quienes los conspiradores se auxilian para la realización de sus planes, hay uno que revela en su cara lo que es: un criminal empedernido sin corazón ni sentimientos. Una noche, aquel hombre no asistió á la reunión á recibir órdenes. A la noche siguiente, disculpó su falta, refiriendo lo que casi no me atrevo á repetiros.

—¿Por qué?

—Porque temo que os impresione demasiado.

—No temáis y continuad.

—Según dijo aquel malvado, la noche anterior estuvo ocupado en el cumplimiento de las órdenes de una dama. Tratábase de que matase á un caballero por encargo de ella.

—¿Es posible?

—La dama era D.ª Leonor de Padilla.

—¡Mi amada!

—El caballero D. Rodrigo de Paredes, conde de Alcázar.

—¡Mi hermano!

—D. Rodrigo tenía amores con una judía, iba todas las noches á verla y el criminal aprovechó esta ocasión para cumplir su cometido.

—¿Mató á mi hermano?

—Le hirió gravemente.

—¿Y dónde está?

—Le recogió la misma judía á quien amaba.

—¿Quién es?

—Raquel, la hija del viejo David.

—¿El prestamista?

—Sí.

—Le conozco.

—Pues ya sabéis donde vuestro hermano se halla, aunque todos lo ignoran.

—Pero, ¿por qué Leonor pudo atentar contra la vida de Rodrigo?

—¿No lo adivináis?

—No...

—También aquel hombre dijo algo acerca de esto. A lo que parece, todos los títulos y todas las riquezas de vuestra familia pertenecen á vuestro hermano.

—Sí...

—Esto es un obstáculo para vuestro enlace con doña Leonor.

—Ciertamente.

—No sé si ella os ama; pero sé que quiere ser vuestra esposa; y para conseguirlo, para que la fortuna y los títulos de vuestro hermano pasen á vos y sus tutores no se opongan al enlace...

—¿Imaginó asesinar á Rodrigo?

—Sí.

—¡Oh!... ¡Qué mónstruo! ¿Y yo he podido amar á una mujer semejante?

* * *

D. Tomás vióse interrumpido en sus lamentaciones por una exclamación de Zulima.

—¿Qué os ocurre?—preguntó.

Y la mora respondióle muy agitada:

—Creo que hemos cometido una torpeza. ¿Dónde habéis ordenado que encierren á Vargas?

—En los sótanos de este palacio.

—¡Pronto, llevadme á su prisión!

—Pero...

—No os detengáis.

Salieron de la cámara y bajaron á los sótanos, que eran verdaderas prisiones.

Acompañábales el mayordomo.

—¿Dónde está el prisionero?—preguntó Paredes.

—Aquí,—contestó el mayordomo, deteniéndose ante una recia puerta.

Era el calabozo más seguro.

—Abrid.

Obedeció el servidor, y el caballero y la mora precipitáronse en el obscuro recinto.

Los dos lanzaron una exclamación de cólera.

D. Carlos no estaba allí.

—Lo que yo temía,—dijo Zulima.—¡Ha huído!

—Pero ¿por dónde?

—En el plano hay señalado un calabozo con una salida secreta; sin duda es este. Veámoslo.

Sacó un papel del bolsillo y lo consultó.

—Sí, este es,—agregó.

Y como para demostrarlo, acercóse á un ángulo é hizo jugar un oculto resorte.

Uno de los sillares que formaban la pared giró, dejando al descubierto una abertura.

¡Por allí había huido el prisionero!





CAPÍTULO XLII

Desaparición



ON la esperanza de alcanzar aún al fugitivo, Zulima y D. Tomás lanzáronse en su persecución por aquella abertura.

Acaso diesen con él antes de que hubiese abandonado el recinto del palacio.

Descendieron rápidamente por una suave rampa y halláronse en una mina, que parecía abierta en las entrañas mismas de la tierra.

Como no se habían provisto de luz, caminaban en la obscuridad avanzando muy despacio.

La galería subterránea era muy estrecha y de bóveda muy baja.

Tenían que andar doblado el cuerpo casi por la cintura.

De pronto chocaron contra un muro de piedra que les cerraba el paso.

--O el subterráneo tiene varias galerías y nos hemos extraviado,—dijo la mora,—ó debe haber aquí otro resorte secreto, cuyo funcionamiento ignoramos.

—¿Qué hacer?

No les quedó otro remedio que retroceder de nuevo al calabozo.

Todas aquellas demoras favorecían la fuga del prisionero.

Probablemente el fugitivo estaría ya muy lejos.

No obstante resolvieron registrar toda la mina, por si se había extraviado como ellos ó ignoraba la salida, y lo encontraban oculto en algún rincón.

* * *

Como no convenía que los criados se enterasen de nada, D. Tomás fué en busca de una linterna, mientras Zulima quedaba en el calabozo examinando el plano.

Según en éste constaba, como había supuesto, la mina tenía diferentes ramificaciones, cada una de las cuales estaba defendida á la salida por un resorte secreto.

Algunas debían ir á salir muy lejos, por su mucha extensión; otras comunicábanse con otros ocultos escondites del viejo caserón.

—¡Se habrá escapado! —exclamó la mora con rabia.

Y siguió examinando el plano, mientras pensaba:

—Si ha logrado ponerse en salvo, ¿cómo y dónde encontrar á ese hombre? A casa del judío no puedo volver, porque D. Carlos dará aviso de que he descubierto todos sus planes y secretos. Se vengarían de mí, quizá matándome. La muerte, al fin, fuera lo de menos. Quien como yo vive sin esperanzas, ¿para qué quiere la vida? Pero debo seguir viviendo para vengarme; y si de la realización de mi venganza salgo con vida, entonces volveré á mi patria, junto á mi padre, para pedirle que me perdone y llorar allí, oculta á los ojos de todos, mis desengaños!

Dos gruesas lágrimas oscilaron un instante en sus pár-

pados, deslizándose luego por sus mejillas, y un amargo suspiro se escapó de sus labios.

Pero aquella debilidad fué breve y pasajera.

De nuevo hirvió en sus venas su sangre africana, é irguiéndose exclamó con energía feroz, salvaje:

—¡Encontraré á ese hombre, se esconda donde se esconda, y me vengaré de él!

Una carcajada sonó á sus espaldas, como burlándose de estas frases.

Volvióse bruscamente al oirla, y encontróse frente á tres enmascarados.

No habían podido entrar más que por la abertura secreta, situada tras ella, pues si lo hubiesen hecho por la puerta del calabozo, estando como estaba en pié frente á ella, les habría visto.

Antes de que tuviera tiempo para defenderse ó para gritar pidiendo socorro, aquellos tres hombres arrojáronse sobre ella, la sujetaron fuertemente, la amordazaron y lleváronsela por la entrada secreta, cuyo resorte hicieron jugar, cerrándola tras ellos.

Al llevársela, uno de los tres hombres le dijo, con sarcástico tono:

—Nada temáis. Para que no os molestéis buscando á Vargas, nos adelantamos á vuestros deseos y os conducimos á su presencia.

La mora comprendió que se hallaba en poder de enemigos, de secuaces ó aliados de D. Carlos, sin duda, y se consideró perdida.

Lo sentía únicamente por su venganza.

***

Acababa de desaparecer Zulima con sus raptores, cuando volvió Paredes con una linterna encendida.

Sorprendióse de no hallar allí á la joven y la buscó inútilmente.

—Habrá salido á visitar los otros calabozos,—pensó.

Y asomándose á la puerta, la llamó repetidas veces por su nombre.

—¿Se habrá internado de nuevo sola y á obscuras en las galerías subterráneas?—preguntóse.—Pero ¿con qué motivo? ¿Y por qué al hacerlo ha cerrado la salida secreta?

Aquella desaparición era para él inexplicable.

Pensó en una fuga, pero no en un rapto.

Y aun admitiendo la idea de la fuga, ¿por qué había huído?

¿Era que recelaba de él?

Y si así era ¿por qué recelaba?

Volvíase loco buscando la solución de aquel misterio y la duda y la desconfianza surgieron en su ánimo.

La mora le había hecho revelaciones importantísimas, al parecer verdaderas; pero ¿qué crédito podía merecerle una mujer que sin causa que lo justificase se alejaba de él de aquel modo?

¿No le daba su conducta motivo para dudar de todo lo que había dicho?

***

Esperó durante un largo espacio; pero inútilmente.

Zulima no volvía.

Trató de hallar el resorte que abría la entrada secreta y no consiguió encontrarlo.

En vano escarbó con su daga en las junturas de los sillares. Todos permanecieron en su sitio.

Y sin embargo, allí había una entrada por todos desconocida; lo sabía muy bien, puesto que la habia visto.

El despecho siguió en el caballero á la sorpresa.

—¡Se ha burlado de mí esa mujer!—murmuró.

Pero no lograba hallar explicación á su supuesta burla.

Comprendiendo que allí no hacía ya nada, D. Tomás abandonó los calabozos y volvió á su cámara.

Allí meditó lo que debía hacer.

—Ante todo,—decidió, después de largas reflexiones, —aprovecharé las revelaciones de la mora, por si fuesen ciertas. Iré á la casa donde me dijo que se halla mi hermano y denunciaré al almirante la conspiración, para que tome sus medidas.

Iba ya á salir, cuando se fijó en el harapiento traje de Vargas.

Aguellos harapos escondían entre sus mugrientos pliegues una fortuna.

Considerándolos como un depósito, el caballero los guardó en sitio seguro.

Después salió á la calle, contrariado por lo ocurrido.

Pensando en las revelaciones de la mora, decíase:

—Si son ciertas, debo renunciar á D.ª Leonor y hasta pedirle cuentas por su traición contra mi hermano.

Y recordando la impresión que en él causó en un principio la belleza de Zulima, agregaba:

—Y también á ella debo renunciar, puesto que perdió la honra en los brazos de Vargas y me abandona de un modo tan imprevisto.





CAPÍTULO XLIII

Una misión importante



UNQUE era grande el deseo de D. Tomás de ver á su hermano, comprendió que ante todo debía cumplir con su deber, y su deber era avisar á quien convenía la conspiración descubierta y denunciada por la mora, para que si en ello había algo de verdad, se tomasen las medidas oportunas.

Al efecto encaminóse á la casa de D. Juan de Vivero, edificio donde después se estableció la Cancillería y hoy está instalada la Audiencia.

En aquella casa, como ya dijimos, tenía su alojamiento la princesa D.ª Isabel.

Aunque en Valladolid la seguridad de la augusta doncella estaba á cubierto, pues todos éranle adictos, para llegar hasta ella necesitábanse grandes empeños, á fin de evitar cualquier traición.

La experiencia de lo ocurrido había aleccionado á sus defensores despertando en ellos el recelo y la desconfianza.

Paredes no solicitó, pues, ver á la princesa, por considerarlo inútil, y se limitó á pedir ser recibido inmediatamente por D. Juan de Vivero.

Bastaba que denunciase á éste lo que había descubierto.

El señor de Vivero, que consideraba como el mayor de los honores el de albergar en su casa á D.ª Isabel, apenas supo quién era el caballero que de él solicitaba audiencia, se apresuró á recibirle, pues constábale que los hermanos Paredes contaban con la confianza absoluta del almirante y el almirante merecía á su vez toda la confianza de la princesa.

***

Una vez en presencia de D. Juan, Paredes refirióle punto por punto y sin rodeos todo lo ocurrido y que nosotros ya sabemos.

Maravillado quedó el buen señor al escuchar un relato tan extraordinario, que casi tenía las apariencias de una fábula.

Manifestólo así á D. Tomás y éste respondióle:

—Mi palabra os doy de que cuanto acabo de deciros es cierto. Las cosas han ocurrido tal como os las he relatado. De lo que no puedo responder es de que la mora haya dicho verdad ó haya mentido; pero de todas suertes, obligado consideréme á avisaros de lo que ocurre para que toméis las precauciones que juzguéis convenientes.

—De vuestra palabra no dudo,—respondióle Vivero,—y antes por el contrario con el paso que dáis demostráis una adhesión y una lealtad á nuestra causa que os ensalza; de lo que dudo es de que todo eso no sea una farsa preparada para engañaros. De todos modos, creo que vuestro aviso debe ser tenido en cuenta. ¿Abrigáis algún escrúpulo en repetir en presencia de D.ª Isabel lo que habéisme dicho?

—Ninguno.

—Pues aguardad.

Salió un instante, dejando solo á Paredes, y volvió á poco diciendo:

—Seguidme.

—¿A dónde me lleváis?—preguntó Paredes.

—Á presencia de su alteza la princesa.

D. Tomás se estremeció.

Era la primera vez que iba á encontrarse frente á frente con aquella cuya causa defendía.

* * *

Era D. Juan de Vivero un caballero ya entrado en años, en el que más que la nobleza y la fortuna, resaltaba la virtud de la honradez.

Recto hasta la exajeración, D.ª Isabel teníale en gran estima y de ello le dió muestras aceptando alojamiento en su casa mientras en Valladolid estuvo.

Habíase presentado á la princesa tan alarmado por lo que Paredes acababa de decirle, que D.ª Isabel entró en ganas de oir por sí misma aquel maravilloso relato, y de aquí que diese orden de que D. Tomás fuese conducido á su presencia.

D.ª Isabel recibióle sola en su cámara.

Para que el caballero hablase con mayor libertad, había ordenado que se retirasen hasta las damas de honor en las que tenía más confianza.

Presentó D. Juan á Paredes, hizo éste protestas de su adhesión y su respeto, y luego, á invitación de la princesa, repitió el relato que había hecho poco antes.

Su narración produjo en D.ª Isabel el mismo efecto que había producido en Vivero.

—Eso parece una fábula,—dijo.

Pero añadió:

—No obstante; debe ser cierto, cuando es el noble don Tomás de Paredes, mi partidario y amigo, quien lo dice.

Con cuyas palabras aumentó el entusiasmo que por ella y por su causa sentía D. Tomás.

Siempre fué una de las cualidades sobresalientes en D.ª Isabel la de saber ganarse la voluntad de todos, sin para ello tener que descender á la adulación ni mucho menos deponer en lo más mínimo la dignidad de su elevada gerarquía.

Conseguíalo, sin esfuerzo, sólo con hacer justicia á los méritos de todos.

* * *

Deliberóse lo que se debia hacer y la princesa dijo á Paredes:

—Dadnos francamente vuestra opinión.

Haciendo honor á esta invitación, que era para él una orden, D. Tomás contestó, respetuosamente:

—Creo, señora, salvo vuestro parecer y el del noble D. Juan, aquí presente, que aunque falso fuese lo que he dicho, no porque mentido hubiese yo, sino porque hubiéranme engañado, precaverse es necesario ante la sola posibilidad de que verdadero sea.

Asintió D.ª Isabel con un movimiento afirmativo de cabeza, como si conforme estuviese con las anteriores palabras, y el caballero siguió expresándose de este modo:

—Mas debemos haber en cuenta que la protección de la justicia no podemos reclamar para que nos ayuden á descubrir y castigar á los supuestos traidores; pues siendo la justicia que por nuestros derechos vela, hechura de vuestro hermano D. Enrique, nuestro rey, que Dios guarde, y no autorizando D. Enrique vuestro matrimonio, acogida y no castigo hallarían en él los que á vuestro amor

tratan de crear obstáculos, aunque por cuenta de otra persona lo hagan y los intereses de esa persona sean contrarios á los suyos; que en estas cosas, señora, las enemistades desaparecen cuando de pelear contra el común enemigo se trata, aunque acabada la pelea surjan de nuevo. Sin reconciliarse con su esposa, vuestro hermano podría aceptar muy bien su accidental ayuda contra vos en este asunto, que á ambos interesa por igual que vuestras aspiraciones amorosas no lleguen á feliz término.

De nuevo la princesa asintió con un expresivo movimiento de cabeza á estas palabras.

—Opino, pues,—terminó diciendo Paredes,—que lo que hacerse debe es avisar á los comisionados que á Aragón han ido para entenderse con D. Fernando, á fin de que las precauciones extremen y el cumplimiento de su encargo apresuren, único modo, á mi entender, de conjurar los peligros que pueden amenazarles.

* * *

Calló D. Tomás y D.ª Isabel dijo:

—Cuerdamente habéis hablado, y con ello, al par que de vuestra adhesión á mi persona, que agradezco y premiaré como es debido cuando el caso llegue, de vuestro ingenio y vuestra prudencia habeisme dado muestras. Tan bien me parece el recurso que proponéis, que lo acepto como consejo y ponerlo en práctica decido. ¿No opináis también que es lo más prudente y oportuno, D. Juan?

—Ni en esto ni en nada puede disentir mi parecer del de vos, señora,—respondió Vivero.—Sólo se me ocurre una duda y creo mi deber exponérosla.

—Decid.

—¿A quién encomendaréis comisión tan delicada como la de que á los emisarios vaya á prevenir de lo que ocurre? Condiciones muy especiales necesítanse para su acer-

tado desempeño. Entre otras, lealtad inquebrantable á vos y valor probado, que una y otro pueden verse en grave compromiso. Esto, sin contar con la prudencia, la discreción y otras cualidades, que como secundarias señalo, mereciendo ser tenidas también por esenciales.

—Admírame que tal objeción hagáis,—replicó la princesa,—y que el nombre del encargado de cumplir dicha misión no haya acudido ya á vuestros labios. ¿Quién pudiera ser mejor que el noble D. Tomás de Paredes, que tan elocuente muestra de su lealtad acaba de darnos? Evite él mismo el mal que anuncia, y así realizará por sí solo y completamente la obra de contribuir á mi ventura.

Sorprendido por aquella inesperada distinción, D. Tomás exclamó, conmovido:

—¡Yo, señora!

—¿Os negaréis acaso, á prestarme este señalado servicio, que de vos espero?

—¡Oh, no, al contrario! Un deber y una honra es para mí serviros en cuanto necesitéis.

—¿Os falta quizá valor para desafiar los probables peligros de que D. Juan ha hablado?

—Tampoco. Si de perder la vida hubiese necesidad, gustoso perderíala mientras por vos ó en vuestro servicio fuese.

—Entonces...

—Mas ved, señora, que encargos tales, de tanta responsabilidad y confianza, son dones reservados para premiar los méritos de los buenos servidores, y que nada híce yo hasta ahora que derecho me dé á distinción tan inmerecida.

—Aceptad, Paredes,—repuso D.ª Isabel sonriendo;—que si méritos no habéis hecho, como decís, aunque yo opino lo contrario, á hacerlos empezaréis sirviéndome en este caso.

Ruborizado por la satisfacción de verse distinguido con honra tan inesperada, D. Tomás inclinó la cabeza, y dijo:

—Dispuesto estoy á obedeceros, señora. ¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo,—respondió la princesa.

—Así lo haré si me lo ordenáis. Mas si tanta premura no es en absoluto necesaria, un plazo de algunas horas os pido para enterarme del estado de mi hermano, cuyo paradero, como os he dicho, ignoré hasta que me lo reveló Zulima.

—Su petición es justa y accedo á ella. Id á convenceros de si vuestro hermano está realmente donde la mora os dijo y cual es su estado, y volved luego: D. Juan os dará pliegos para los emisarios, á fin de que cerca de ellos probéis el objeto de vuestro viaje. Andad, no os detengáis, que el tiempo urge.

Salió Paredes, después de besar la mano de la princesa y reiterarle una vez más su lealtad y su respeto, y una vez en la calle se encaminó á la Judería, pensando:

—He aquí que si acerca de la bondad y el afecto de D.ª Leonor, no se hubiese despertado en mí la duda, ocasión se me presenta de hacer méritos que para el porvenir títulos me valgan, que me hagan acreedor á ella.

Siguió caminando presuroso, compartiendo sus pensamientos entre D.ª Leonor y su hermano D. Rodrigo, á quien iba á buscar en la Judería, siguiendo las indicaciones de Zulima.

A no caminar tan abstraído en sus reflexiones, habría podido ver que un hombre le seguía recatándose.

Aquel hombre murmuraba:

—Nuestros temores eran fundados. A la princesa ha revelado, sin duda, nuestro intento, y es preciso modificar el plan de nuestra campaña.



CAPÍTULO XLIV

La vuelta á la vida



DELANTÉMONOS á D. Tomás y penetremos en la casa del viejo judío David, en la estancia donde luchaba entre la muerte y la vida el noble D. Rodrigo de Paredes, el fingido Fabio, herido á traición por el puñal de los secuaces de la ambiciosa D.ª Leonor.

A pesar de ser pleno día y brillar el sol en el horizonte, en la reducida cámara reinaba la obscuridad.

La lámpara que ardía en un rincón, alimentada con olorosos aceites orientales, era insuficiente para disipar las sombras, y en la penumbra veíase al caballero inmóvil en el lecho que cubrían ricos tapices de Persia, pálido como un cadáver.

En la miserable casucha de David escondíanse riquezas y preciosidades artísticas que el usurero amontonaba para sacar de ellas provecho vendiéndolas á precios fabulosos, y al convencerse de la calidad de su huésped alhajó con magnificencia la habitación que le fué desti-

nada, pensando en su codicia que todos estos cuidados serían méritos para mayor y más cumplida recompensa.

David había salido, y Raquel, sola en la casa con el enfermo, junto al lecho de éste é inclinada sobre él, mirábale ansiosamente.

En pocos días la hermosura de la judía habíase marchitado como flor que el vendabal combate; era que el vendabal de la desgracia había pasado sobre ella, robando color á sus mejillas, brillo á sus ojos, frescura á su cutis, animación á su rostro, risas á sus labios.

El herido se moría, según opinión del sabio Ismael, y con él morían el amor, la esperanza y la dicha de la enamorada joven.

Las heridas eran graves, interesaban órganos importantes para la vida, y la ciencia médica judaica, con sus cábalas y aforismos, sus supersticiones y sus misteriosas fórmulas, no conocía remedio para mal tan grave.

La noche anterior, Ismael dijo á su amigo David:

—En las horas que median desde este instante hasta que mañana se ponga el sol, el enfermo ha de salvarse ó perderse. Hemos llegado á la crisis suprema entre la vida y la muerte. Me inclino á creer más en la segunda que en la primera como término de la lucha; pero la fe y la confianza no deben perderse nunca: confiemos.

Después dió consejos á su amigo para el caso de que el enfermo muriese, á fin de rehuir responsabilidades.

Convinieron los dos, si el caso temido llegaba, sacar por la noche el cadáver de la casa y dejarlo abandonado en alguna retirada callejuela.

* * *

Raquel sabía todo esto, y de aquí su ansiedad y su angustia.

No durmió en toda la noche, y junto al herido pasó las horas que iban de día, contemplándole impaciente.

Aún no había tenido lugar para preguntarle por qué su verdadero nombre encubrió con el fingido de Fabio, pues ni un instante dejó el delirio á D. Rodrigo el libre dominio de su razón; pero en aquellos instantes, atenta sólo al deseo de salvar su vida, todo se lo perdonaba, hasta la supuesta traición que parecía encubrir aquel cambio de nombre.

Sumido el enfermo en profundo sopor durante muchas horas, sólo conocíase que vivía por su respiración entrecortada.

—Si vuelve en sí y sale de su letargo y el delirio desaparece y la razón recobra,—había dicho Ismael,—está salvado; si se pone el sol sin que nada de esto ocurra, está perdido y pasará de la vida á la muerte sin darse cuenta de ello.

Por eso Raquel aguardaba impaciente el momento de verle abrir los ojos; y como aquel momento tardaba más de lo que á su interés convenía, desesperábase, prorrumpiendo en desconsoladoras lamentaciones.

—¡Si él muere morirán para mí la ventura y la alegría! —exclamaba entre sollozos.—¡Porque su vida es luz de mi vida, consuelo de mi alma, placer de mis anhelos!

Acariciábale, cual si con sus caricias quisiera arrebatarlo á la muerte, y en un arranque de amor posó por primera vez sus labios en aquellos labios descoloridos y secos por la fiebre.

No fué aquel beso impúdica satisfacción de la lujuria; fué suprema caricia de un alma á otra alma, puro contacto más de dos espíritus que de dos cuerpos.

—¡Fabio, mi Fabio!—gimió la judía, que no se acostumbraba á llamar á su adorado de otro modo.—¿Por qué de mí pretendes alejarte para siempre? ¿No se te alcanza

que más fiel yo que tú á la unión de nuestros corazones, contigo moriré, si mueres, para que en muerte como en vida permanezcamos unidos?

Y pasando luego de la angustia á la desesperación, añadió amenazadora:

—¡Malditos, malditos sean los que á traición te hirieron, robándome tu vida para mí tan preciosa! ¡Si al tú morir no sucumbo, juro vengarte y castigar á tus infames matadores!

* * *

Al recibir en los labios el amoroso beso de la judía, el inmóvil cuerpo del infortunado caballero estremecióse, como si un álito de vida se difundiese por sus venas, reanimando la circulación de su sangre.

Ligeros tintes carmíneos colorearon su lívido rostro, y sus labios entreabriéronse para dejar paso á un gemido.

Comenzaba á sufrir y á darse cuenta de ello, puesto que se quejaba; luego vivía.

¿Qué es, al fin, la vida, sino sufrimiento y dolor?

La ausencia absoluta del dolor y el sufrimiento es la muerte...

Raquel advirtió aquel estremecimiento y oyó aquel gemido, y la esperanza renació en ella.

—¡Fabio, mi Fabio!—repitió, como si llamándole cariñosamente quisiera ayudar á la reacción que se operaba en aquel ser, amenazado por la muerte y ansioso de vivir.

No obtuvo respuesta y siguió llamándole, acariciándole, reanimándole...

Tras algunos instantes que fueron siglos de ansiedad para la judía, D. Rodrigo abrió los ojos.

Raquel lanzó un grito de gozo indefinible y se abrazó á él, diciendo á la vez que lloraba y reía como una loca:

—¡Salvado!... ¡Salvado!...

El caballero mirábala con estupor, como si no comprendiese nada de lo que veía.

Era la sorpresa natural al volver á la luz de la razón, saliendo repentinamente de las obscuridades del delirio.

La joven comprendió el significado de aquella interrogadora mirada y fué á responder á ella; pero oyó abrir la puerta de la casa, supuso que era que David volvía, y dijo presurosa:

—¡Mi padre!... ¡Silencio, por piedad!... ¡Ni una palabra que delate nuestro cariño!

***

David era, en efecto.

Entró en la cámara, y deslumbrado aún por la luz del sol, en la obscuridad que allí había no distinguió al pronto nada.

Su hija le salió al encuentro, diciéndole:

—¡Salvado!

Gozoso el viejo se acercó á la cama y contempló á su huésped.

Logró distinguir, al fin, sus facciones y pareciéronle iluminadas por destellos de vida.

—¡Salvado!—repitió.

Y á impulsos de su codicia, añadió, dirigiéndose al enfermo:

—A mi hija y á mí debéis la vida.

Era un modo indirecto de recomendarse á su gratitud y á su munificencia.

La mirada de D. Rodrigo seguía siendo interrogadora, como si pidiese la explicación de todo aquello.

Raquel temió que su natural curiosidad fuese causa de una imprudencia.

Miróle como advirtiéndole: «calma; ocasión buscaré para todo explicártelo».

Y llevando á su padre á un lado, díjole en voz baja:

—Es preciso que en busca vayas del sabio Ismael. Su presencia es aquí necesaria en estos instantes para que su sabiduría evite el perder con torpeza lo que á costa de tanto esfuerzo hemos conseguido.

—Razón tienes,—asintió el judío.—En su busca voy. Vela tú mientras tanto por el enfermo, y si ocasión propicia hallas hazle comprender lo mucho que nos debe, para que avaro no se muestre en la recompensa de nuestros cuidados.

Salió presuroso, y cuando Raquel oyó el golpe de la puerta al cerrarse, volvió junto al lecho y abrazó al herido, exclamando con alegría y ternura:

—¡Salvado! ¡Ya vuelve á ser para mí hermosa la vida, puesto que mi amor no ha muerto!





CAPÍTULO XLV

Explicaciones



Pocas palabras de Raquel bastaron para que don Rodrigo recordase todo lo ocurrido: su conversación con la judía por la reja, la aparición de dos desconocidos, y la traidora acometida de estos.

Después no recordaba nada más.

La joven completó su relato diciendo cómo había conseguido que su padre le recogiese en su casa y los desvelos que le costaba hasta verle como le creía, al fin, libre de peligro.

—Han sido pocos días de angustia,—decía, —pero horribles. Temía verte morir en mis brazos y que mi pesar al perderte delatara nuestros amores.

Y terminó añadiendo:

—Por favor te pido, en gracia á lo mucho que te quiero y á todo lo que por tí he hecho, que no me comprometas. Nuestro amor es puro y honrado; pero si mi padre llegara á enterarse de él, siendo como eres un cristiano, nos mataría á los dos.

El enfermo procuró tranquilizarla.

—Descuida,—respondióle:—conozco mis deberes de caballero y sabré cumplirlos. Si el amor y mi propia dignidad no me obligaran á ello, me obligaría la gratitud.

Y dió sinceras muestras de reconocimiento por los favores recibidos.

—¡Ahora sí que puedes decir que soy completamente tuyo,—exclamó;—pues á más de amarte y ser amado por tí con toda el alma, me has salvado la existencia!

* * *

Dudaba Raquel en hablarle de su cambio de nombre, por temor de que en el estado en que se hallaba la contrariedad que seguramente sufriría le fuera perjudicial; pero el recelo pudo en ella más que la prudencia, y mirándole fijamente preguntó:

—Fabio: ¿de veras me amas?

Miróla él á su vez sorprendido y repuso:

—Extráñame sobremanera tu pregunta. ¿Necesitas que mi afecto te reitere, cuando tantas protestas te tengo ofrecidas de él?

—¡Protestas! Es decir, palabras; pero no obras.

—¿Qué quieres darme á entender con tus maliciosas insinuaciones? Habla, bien mío, que la franqueza y la sinceridad son salvaguardia del verdadero amor.

—¿Eso crees?

—Eso afirmo.

—Luego nunca en tu amor á la franqueza y á la sinceridad habrás faltado á sabiendas.

—¡Jamás!

Cuanto mayor era la firmeza del caballero, más aumentaba la amargura de la judía, hasta que no pudiendo más rompió en sollozos.

—¿Por qué lloras?—preguntó él inquieto.

—Porque me engañas,—repuso ella.

—¿Yo?

—Sí; y pues que me engañas, señal es de que no me quieres.

—¡Raquel!...

—Tú mismo de decir acabas que el verdadero amor no miente nunca.

—Y es la verdad.

—Entonces...

—¡Explícate, por piedad! ¡Mira que angustiándome estás con tus reticencias, cuyo sentido no alcanzo!

Advirtió la joven que el enfermo hallábase en verdad muy agitado, y arrepentida de su imprudencia, dijo azorada:

—¡Perdóname! Tu estado no es propio para hablar de ciertas cosas; olvida lo que he dicho y aplacemos toda explicación hasta que la salud recobres, que lo primero es tu vida, y por salvarla sacrificara la mía, á ser preciso, aunque perjuro fueras á mi amor.

Pero ya era tarde para retroceder.

La ansiedad de D. Rodrigo, provocado había con sus imprudentes frases, y el caballero no aveníase con aquella demora que intentaba imponer á su impaciencia.

Con fuerza de que no se le hubiera supuesto capaz, atendido su estado, cogió á Raquel por un brazo y díjole con energía:

—¡Habla! Mi dignidad has ofendido con tus encubiertas suposiciones, y, si alguna acusación tienes que formular contra mí y no la formulas y la pruebas, creeré que deeconfías porque me juzgas por tí misma y capaz te sientes de ofender nuestro amor con la mentira que en mí sospechas.

*
* *

Estas palabras hirieron á Raquel en lo más hondo del alma, é irguiéndose con arrogancia, exclamó:

—¡Puesto que lo quieres, sea!

Luego, cambiando de tono, añadió majestuosa, imponente:

—Señor conde de Alcázar: ¿por qué al presentaros á mí vuestro título y vuestra condición ocultásteis, y por qué mi amor pretendísteis con el supuesto nombre de Fabio? ¿No es esto mentir? Y pues que mentido habéis, ¿no me dá vuestra mentira derecho á dudar de vuestro afecto?

Había cambiado repentinamente la expresión del semblante del enfermo, y la confusión y la vergüenza pintábanse en él.

Se veía cogido en sus propias redes.

—¡Cómo! -balbuceó cohibido.—¿Tú sabes?...

—Sí,—respondió la judía, rompiendo de nuevo á llorar y deponiendo su pasajera altivez.—Sé que has mentido, sé que me has engañado y esto me ha hecho temer que no me quieras; porque tú mismo lo has dicho antes: el verdadero amor no miente nunca.

Cayó de bruces sobre el lecho, abrazada al caballero, y agregó:

—¿Por qué tu afecto, si es sincero, has manchado con la mentira? Para mentir, valiera más que no me hubieses hablado ni mi amor hubieras pretendido, que no hay compensación para el mal que me has hecho robándome la calma, para después herirme de muerte con el desengaño. Mintiendo has conseguido que de mi corazón te hiciese dueño, que mi albedrío te esclavizase, que á mis creencias ultrajara y que á mis deberes de hija faltase; aun así te amo, porque el dejar de amarte no está ya en mí. Eres la luz en cuyo torno gira mi alma, atraída y fascinada por sus resplandores, aún sabiendo que ha de abrasarse en el fuego de una pasión insensata. Pero aun

amándote tengo derecho para preguntarte: ¿por qué me has engañado? ¿Qué he hecho yo para que de tus burlas me creas merecedora?

Y lloraba con angustia tal, que los sollozos anudábanle la voz en la garganta, impidiéndole seguir hablando.

*
* *

Como muchos al verse descubiertos y cogidos, D. Rodrigo apeló á la cólera, á falta de buenas razones para defenderse, ó tiempo ganando para inventarlas.

No incurrió en la necedad de desmentir la acusación, porque sabía que era inútil, y gritó fuera de sí, con más indignación que la que en realidad sentía:

—¿Quién es el miserable que me ha traicionado, haciendo que de mi amor dudes? ¿Dónde está? ¡Dime su nombre, y por los cielos yo te juro que cara pagará su villanía! Aún sobra fuerza á mi brazo, débil y todo como se encuentra, para arrancar la vida al infame delator.

Era tal su exaltación, que la judía tuvo miedo y templando su severidad díjole:

—¡Cálmate, por favor! Considera que á tu salud perjudiciales pueden ser tales arrebatos.

Pero el enfurecido caballero no se calmaba; antes bien aumentaba su exaltación hasta que Raquel le díjo:

—¡Me estás martirizando con tus excesos! ¡Te pido disculpas y me ofreces amenazas por cuenta de razones! ¿No comprendes que tu desesperación nada prueba, y que si contra alguien debes estar indignado es contra tí mismo, pues que de tus labios salió la mentira que á mis quejas sirve de fundamento? ¡Me ves llorar, y en vez de frases de cariño con que secar mis lágrimas, profieres insultos y denuestos, con que me aterras! No es ese el lenguaje que la inocencia escoje para justificarse; es por el contrario el que la culpa emplea para imponerse por el temor.

Debió alcanzársele á D. Rodrigo que la joven tenía razón, porque cesó en su arrebato y con tono humilde dijo:

—¡Perdona! Razones no me faltan para justificarme, pues que de buena fe y con buena intención procedí; pero la cólera contener no pude al verme por tí tan mal juzgado, por culpa quizá de un miserable que la verdad hizo llegar á tus oidos, desfigurada por la calumnia.

—¿Razones dices que tienes que tu conducta abonen? —preguntó ansiosamente Raquel.

—Sobradas.

—Dilas al punto, que mi deseo no es otro que motivo encontrar para perdonarte.

—Saber antes deseo quién mi verdadero nombre te reveló.

—Mi padre.

—¿El?

—Al verte dijo quien eras, y confundida quedé por sus palabras.

—¿Cómo mi nombre sabe y mi posición conoce?

—No es extraño. Que yo todo eso ignore, puesto que de aquí no salgo, es natural; pero mi padre recorre la ciudad, conoce y trata á muchos nobles caballeros, y siendo tú uno de los más distinguidos, cualquiera pudo mostrarte á él en cualquier ocasión, diciéndole quién eras.

—Es verdad.

—Pero las razones que dices tienes en tu disculpa...

—¿No las adivinas?

—¿Cómo quieres que yo adivinar pueda los móviles por los que me has engañado? ¡Si quizá cuando me los indiques ni aún acierte á comprenderlos! ¿Puede haber quien la mentira apruebe, cuando le ofende y perjudica?

*
* *

Cogió el enfermo una mano de la judía, que retuvo entre las suyas, y con acento apasionado dijo:

—El día primero que tuve la dicha de admirarte, el primero parecióme de mi vida, pues mi vida fuiste desde entonces y desde aquel punto comencé á vivir. Antes mi existencia se deslizó entre sombras, sin una luz que le mostrase el camino de la felicidad. Prendado quedé de tu belleza y tu amor ambicioné á toda costa. Era para mi corazón una necesidad amarte y que tú me correspondieras, y en el delirio de mi pasión ni reflexionar quise en los obstáculos y peligros de mi empeño. Ahora bien: con la sinceridad con que te hablo dime, si mi amor habrías aceptado y correspondido á presentarme á tí con mi verdadero nombre.

—En modo alguno,—contestó Raquel.

—Hubieras supuesto, que por razón de mi nobleza, sólo era mi intento burlarme de tí y abusar de tu inocencia.

—Ciertamente.

—Pues no necesito darte más explicaciones para que mi engaño comprendas y disculpes. Necesitaba tu amor y mentí y disimulé é hice cuanto conveniente creí para obtenerlo; conque ya ves que una prueba de cariño es, lo que por indicio de traición interpretas.

—Pero una vez conseguido mi amor, ¿por qué no decirme la verdad? ¿Por qué seguir mintiendo?

—Por miedo á tu enojo y por temor de que conmigo rompieras.

—¿Es eso verdad?

—¿Por qué lo dudas? A parte de esta mentira, que te justifico ¿has visto algo en mí que tus recelos confirme?

—¡Oh, no!

—Pues entonces...

Siempre fué una mujer enamorada, fácil de convencer y de engañar.

A Raquel bastóle volverse á creer de veras amada, para perdonar y deponer todas sus dudas, y abrazando al herido, exclamó gozosa:

—¡Te creo!

D. Rodrigo sonrió satisfecho.

No pudieron decirse más, porque oyóse el ruido de la puerta de la casa que se abría.

—¡Mi padre!—dijo Raquel.—¡Silencio y prudencia!

Y fué á ocupar un sitial, lejos del lecho.

El enfermo pensó:

—Tendré que renunciar á esta aventura, por demasiado peligrosa.





CAPÍTULO XLVI

Las profecías de un sabio.



AVID é Ismael entraron en la estancia, y el segundo se acercó al lecho para examinar al enfermo.

Era también anciano y también de aspecto venerable.

En sus ojos hundidos, que parecían brillar con misterioso fuego, y en su rostro demacrado, leíase el cansancio de largas vigilias consagradas á desentrañar los ocultos secretos de la ciencia.

Sin las preocupaciones de la época, que desfiguraban siempre la verdad con fantásticas patrañas, aquel hombre habría sido un sabio; con sus esfuerzos mejor dirigidos y empleados en empresa más provechosa que en el ilusorio descubrimiento de la piedra filosofal, ideal irrealizable de los sabios durante algunos siglos, los estudios de Ismael hubieran podído ser muy útiles á la humanidad.

Pero el viejo judio despreciaba la ciencia experimental y práctica por la empírica, y estimaba en más la solución

de una fórmula convencional, que el descubrimiento de algún principio verdadero, útil á sus semejantes.

Sólo por condescendencia y deber impuesto por una antigua amistad, había consentido en abandonar su laboratorio para encargarse de la curación del huesped de su correligionario David, y de ello mismo tomo pié para uno de sus misteriosos experimentos.

La noche primera que visitó al herido, cortó disimuladamente á éste un pequeño mechón de cabellos; y de vuelta en su casa, hizo un conjuro por el que descubrió el porvenir del caballero.

Aquel porvenir inquietóle mucho, como muy pronto veremos.

Con lo apuntado basta para comprender, que á vivir algunos años más, Ismael había de morir forzosamente quemado por la inquisición, como hereje y hechicero.

* * *

Examinó detenidamente Ismael al enfermo, le tomó el pulso, reconoció las heridas y cuando hubo acabado, dijo solemnemente, con majestuosa serenidad:

—Cristiano: de los favores de la vida seguirás gozando, gracias á mi ciencia, que te ha sabido arrancar de las garras de la muerte. Ingrato como todos, olvidarás lo que me debes en cuanto ese lecho abondones; pero no me importa. Por la ciencia y no por tí te he salvado, y tu curación me ha servido para probar la eficacia de filtros maravillosos, el secreto de cuya composición yo solo conozco.

Intentó D. Rodrigo manifestarle su gratitud, desmintiendo de este modo sus ofensivas suposiciones; pero no hubo lugar para ello, pues el orgulloso sabio le volvió la espalda y se alejó del lecho sin hacer caso de sus palabras.

En cambio David permaneció inmóvil, en espera de una

promesa que le asegurase una expléndida gratificación por sus favores.

No salieron fallidos sus deseos, pues el caballero, volviéndose á él, le tendió la mano y le dijo:

—Sé lo mucho que te debo y de mi gratitud te daré pruebas cuando el caso llegue; y aún después de remunerados tus servicios, vivirá siempre en mí la gratitud hácia tí y tu linda hija.

Saludó David, disimulando á duras penas el placer que estas palabras le producían, pues halagaban su codicia, y salió para ir á reunirse con Ismael.

* * *

El sabio aguardaba á su amigo en la estancia de éste, sumido, al parecer, en profundas meditaciones.

Tan grande era su abstracción, que el padre de Raquel no se atrevió á sacarle de ella.

Permaneció callado, contemplándole con supersticioso respeto.

Al fin Ismael habló.

—Hermano,—dijo, con voz reposada y grave.—Los auxilios de mi ciencia son ya inútiles en esta casa, pues tu huesped curará pronto sin mi ayuda, y de ella voy á salir para no volver hasta que de nuevo me necesites, lo cual quiera nuestro Dios tarde muchos años en ocurrir. Pero antes de separarnos escucha una advertencia que tengo que hacerte y un consejo que tengo que darte.

Humilde y respetuoso prestó David toda su atención, y el sabio continuó diciendo:

—Aficionado á desentrañar y descubrir la razón y origen de las cosas, y sus consecuencias, saber quise los resultados de tu buena obra al acoger en tu casa á un ene-

migo de nuestra ley santa. Para ello evoqué el auxilio de los espíritus superiores, y he aquí lo que descubrí y para tu gobierno te anuncio.

Hizo una breve pausa.

David temblaba, sobrecogido de temor y de respeto.

Parecíale que su Dios mismo iba á hablarle por boca de su amigo Ismael, y consideraba sus palabras, aún antes de oirlas, tan ciertas é indudables como las santas profecías que eran base y principio de su religión.

*
* *

Con mayor solemnidad aún que antes, Ismael dijo:

—Al hombre que en tu casa tienes le aguarda un porvenir adverso, del que tú participarás si no te precaves.

—¿Yo?—exclamó David, estremeciéndose.

—Sí.

—¿Por qué causa?

—La voz de los espíritus superiores oye y respeta sin pretender, osado, penetrar el misterio de sus altos designios.

El padre de Raquel inclinó humilde la cabeza.

—Ese hombre no es perverso,—prosiguió el sabio,—y sin embargo la traición duerme en su alma. Guárdate de él, porque en tu casa está y antes de salir de ella ha de pretender robarte tu más preciado tesoro.

—¡Robarme!

Ismael no dijo más.

—Con Dios queda,—añadió despidiéndose,—y mis advertencias no olvides. Vigila, porque la vigilancia es la única que salvarte puede del peligro que te amenaza.

Y salió con paso majestuoso, sin volver la cabeza para dirigir á su amigo un último saludo.

David quedó aterrado y confuso.

¿Cómo un caballero tan rico cual el conde de Alcázar, había de intentar robarle sus riquezas?

No se le ocurrió que en su casa pudiese guardar un tesoro más preciado que su oro.

Su codicia no tenía desvelos y cuidados más que para su dinero.

* * *

Fuese tranquilizando poco á poco y acabó por reirse de las profecías que antes tanto habíanle asustado.

Las tuvo por patrañas ó vanidoso alarde de su amigo para convencerle de su sabiduría, con la que pretendía penetrar los secretos arcanos del porvenir.

—La presencia de ese noble caballero en mi casa,—pensó,—me asegura una buena gratificación. Bien claro me lo ha dicho al demostrarme su reconocimiento. ¿Cómo es posible que el que mi tesoro ha de aumentar lo robe? ¡Impostura!

Sin embargo, siempre desconfiado y receloso, agregó:

—No obstante estaré alerta, y tomaré con tiempo las debidas precauciones.

Y examinó las cerraduras de sus arcas, para convencerse de su buen estado de seguridad.

Después de tal examen quedó aún más tranquilo.

No había quien pudiese abrir aquellas cerraduras, ni aún violentándolas, sin conocer el secreto del oculto mecanismo que las movía.

—Desafío á cualquiera á que mis tesoros me robe,—murmuró satisfecho.—Los tengo bien guardados.

Y púsose á hacer cálculos y números sobre las ganancias que podría reportarle la gratificación ofrecida por su huésped, si era tan cuantiosa como él pensaba.

* * *

Mientras tanto Raquel y D. Rodrigo reanudaban sus amorosos coloquios de otros tiempos.

Calmados los recelos de la judía, con las razones del caballero, entregábase confiada á su pasión, diciendo delirante:

—¡Te amo! ¡Te hubiese seguido amando, aunque traidor hubieras sido, y al convencerme de tu inocencia, en adoración se torna mi afecto!

El sonreía y callaba.

—Olvidémonos de todo,—proseguía ella,—de cuantos obstáculos se oponen á nuestro cariño, y no pensemos en otra cosa que en nuestra ventura...

Mientras David aseguraba las cerraduras de sus arcas, otro tesoro más preciado que el dinero, la honra, corría grave peligro de serle arrebatado.

Tal vez á ello refirióse Ismael en sus profecías, y él, cegado por la codicia, no supo entenderle.





CAPÍTULO XLVII

Los dos hermanos



N fuerte aldabonazo que resonó en la puerta de la casa, sacó á David de sus cálculos y á Raquel y á Rodrigo de su amorosa plática.

Fué el judío á abrir y encontróse con D. Tomás. Como también conocíale y supuso que iba á demandar nuevas de su hermano, franqueóle sin recelo la entrada y le recibió saludándole con una de sus más aduladoras sonrisas.

—Día fausto es hoy para mí,—dijo inclinándose,—pues veo mi casa honrada por tan insigne caballero. Entrad, que sin vuestras explicaciones adivino á lo que venís.

—Mira no te equivoques, judío,—respondióle Paredes;—que no vengo como tantos otros, y sin duda crees, á pedirte una parte del oro que en tus arcas guardas, para después volvértelo centuplicado.

—Si á formular tal petición viniérais, atendido seríais en ella, pues fué siempre para mí un placer servir á los

que de mi humilde ayuda necesitaron. Pero otro es el objeto de vuestra visita y repito que lo sé ó por lo menos lo sospecho.

—Cuando tal dices y supones, señal es de que no me engañaron los que me dijeron que aquí recogiste herido y moribundo...

—A vuestro noble hermano, señor,—le interrumpió David.

—¿Luego es verdad? ¿Luego aquí se halla Rodrigo?

—Sí.

—¿Y vive?

—Mis cuidados han conseguido salvar su preciosa vida.

—¡Oh! ¡Albricias mereces por la buena nueva que me participas! ¡Llévame sin demora á presencia de Rodrigo!

*
* *

Condújole el astuto judío, no á la estancia del enfermo, sino á su propia cámara, donde le invitó á sentarse.

—¿Por qué aquí me traes?—interrogó Paredes.—¿No acabo de decirte, que á presencia de mi hermano me lleves?

—Calma, noble joven,—respondió David.—A vuestra ternura fraternal dad breve tregua y escuchadme.

—Pero...

—Por favor os lo suplico. Algo muy importante tengo que deciros. Además, habed en cuenta que el enfermo necesita ser preparado antes para recibiros; que en su grave estado, una emoción violenta, como la que de seguro le produciría vuestra inesperada presencia, pudiera serle perjudicial.

—Pues á prepararlo corre.

—De ello se encargará mi hija, quien sabrá hacerlo

mejor que yo. Esperad. Espacio hay para todo, y espero merecer de vuestra indulgencia que me escuchéis.

—Habla, pues, lo que tengas que decir, pero pronto. Mira que mi paciencia es escasa y se agota en seguida á poco que de ella se abusa.

Y dejóse caer en un sitial, mientras con curiosa mirada inspeccionábalo todo.

***

David comenzó á ensalzar lo que por Rodrigo había hecho, pues no era su objeto otro que granjearse la gratitud del hermano, con la esperanza de también obtener de él una buena gratificación.

Abultó los peligros á que se había expuesto y preguntó, de paso:

—¿Quién os ha enterado de que vuestro hermano estaba en mi casa?

—Fuera largo responder á tu pregunta,—contestó impaciente el caballero.—Acaba.

—Es que vuestra presencia aquí me demuestra que lo que yo creía por todos ignorado es por alguien conocido, y esto puede ser para mí un grave peligro.

Comprendió, al fin, D. Tomás, á lo que todos aquellos razonamientos se dirigían, y dijo irónico y despreciativo:

—No temas. Los favores que has hecho te serán pagados con creces. ¿Era esta la promesa que querías arrancarme? ¿Estás ya satisfecho?

—¡Oh, señor!—repuso David.—¡Bien reveláis en vuestra munificencia vuestro ilustre linaje!

Y hasta se mostró emocionado, cual si llorase de gratitud.

Como había conseguido ya su objeto, llamó á su hija para encargarle que preparase al enfermo á recibir la visita de su hermano.

Raquel acudió pronto, pues había salido á enterarse de quién había llamado, y volvió á poco, diciendo:

Nuestro huesped se halla dispuesto para recibir la visita que le he anunciado.

Y encamináronse todos á la cámara ocupada por don Rodrigo.

* * *

Al verse los dos hermanos, confundiéronse, conmovidos, en un estrecho abrazo.

Amábanse tiernamente y lloraron de alegría al volver á verse.

David y Raquel retiráronse discretos.

Al quedarse solos los dos caballeros, diéronse mútuas y completas explicaciones, y de este modo supo D. Rodrigo á quién debía su desgracia.

Como ignoraba el amor de su hermano á D.ª Leonor de Padilla, no pudo antes ni aun sospechar siquiera de dónde venía el golpe que puso en peligro su vida.

—Cuando recobre por completo la salud, hermano mío,—dijo,—yo sabré vengarme y vengarte de la mujer que se atrevió á jugar con tu amor y mi existencia.

Su admiración no reconoció límites cuando D. Tomás le refirió todo lo ocurrido en su palacio: la misteriosa aparición de Zulima, su inexplicable huida y la infame traición de Vargas.

Todo aquello parecíale un sueño.

Alegróse el enfermo de la misión que la princesa había encomendado á su hermano, por ser para éste gran honor merecer la confianza de tan excelsa dama, y díjole:

—¡Cuánto siento no poderte ayudar en tu peligrosa empresa!

Luego aconsejóle, como hermano mayor que era, que cumpliese su deber sin dudas ni vacilaciones, que por

cumplirlo sacrificase la vida, si era necesario, y que procurase aprovechar la ocasión que se le presentaba para conquistar nuevos timbres de gloria para su ilustre nombre.

Interrogado D. Rodrigo por su hermano, acerca de sus amores con la judía, el enfermo respondió, bajando la voz, temoroso de ser oido:

—Un entretenimiento pasajero, que ya me pesa, y del cual procuraré librarme en cuanto pueda. Los cuidados del viejo David los pagaré con oro, que es lo que él más aprecia, y de ese modo todas nuestras cuentas quedarán saldadas.

* * *

Fué preciso que los dos hermanos se separaran, pues D. Tomás había de partir para Aragón en cuanto recogiese de manos de D. Juan de Vivero los pliegos destinados á los emisarios de la princesa, y despidiéronse abrazándose por segunda y quizá última vez.

Nadie sabía lo que el destino les reservaba.

Separáronse llorando, y Raquel volvió junto al enfermo, procurando consolar á éste de aquella dolorosa separación.

Antes de salir de la casa, D. Tomás vació todo el oro contenido en su bolsa, en las temblorosas manos del viejo David.

Luego regresó presuroso al alojamiento de la princesa, á fin de recibir las últimas instrucciones para su peligroso viaje.

El mismo desconocido que antes le espiaba, siguió todos sus pasos.

Aquella noche, protegido por las sombras, D. Tomás partió para Aragón.

A fin de que fuese mejor guardado el secreto de su viaje, no le acompañó en él ni siquiera su escudero.

Otro ginete partió tras él, sin que de ello se diese cuenta.

Era el mismo desconocido que le había seguido durante todo el día, y que no debía llevar muy buenas intenciones, cuando tanto se recataba.

Siempre fué el espionaje protector del crimen.





CAPÍTULO XLVIII

La Bruja



UÉ había sido mientras tanto de Zulima?

Para responder á esta pregunta, necesitamos retroceder al momento en que la mora fué arrebatada por unos desconocidos del calabozo de los sótanos del palacio de Paredes.

Como ya sabemos, la mina, una de cuyas entradas secretas correspondía á aquel calabozo, tenía varias ramificaciones.

Los raptores echaron á andar por una de ellas, obligando á Zulima á que les siguiese.

La mora comprendió que todo intento de resistencia sería inútil, y les siguió.

Caminaban por una estrecha galería abierta en la tierra misma.

El terreno era desigual, húmedo, resbaladizo; y para evitarse peligrosos tropiezos, uno de aquellos hombres iba delante, alumbrando con una linterna.

Tardaron en recorrer la estrecha mina cerca de media hora.

Tanga larga era.

A medida que avanzaban la galería estrechábase, el piso subía en empinada cuesta, lo que disminuía la altura de la bóveda, y tenían que caminar uno á uno é inclinados, arrastrándose, casi.

El terreno dejó de ser terrizo y convirtióse en pedregoso.

En su último tercio la galería estaba abierta en roca viva.

A pesar de su situación, y no pudiendo formular pregunta alguna, pues seguía amordazada, Zulima ponía toda su atención en los indicados detalles, procurando retenerlos en la memoria, por si algún día conveníale reconocer y recordar el camino por donde la habían llevado en su rapto.

Pasado el primer instante de espanto y de sorpresa, la mora había recobrado toda su serenidad.

* * *

Llegaron, por fin, al final de la galería.

Un muro de piedra les cerraba el paso.

Uno de aquellos hombres se acercó al muro, sacó su daga, metió la punta de ésta en una hendidura y una de las rocas giró sobre sí misma, dejando al descubierto una estrecha abertura, por la que penetró en la mina una bocanada de aire frío y húmedo.

Zulima, que no había perdido ni uno solo de estos detalles, pensó:

—El secreto de la salida funciona lo mismo que el de entrada por la parte del calabozo. Bueno es saberlo.

Apagaron la linterna y vendaron los ojos á la mora, la cual no pudo ya ver por donde la llevaban.

Uno de los hombres cogióla por un brazo para impedir que tropezara y cayese.

Salieron por la abertura y se encontraron en el campo.

Zulima lo comprendió así por lo frío del aire y por el penetrante aroma de las plantas silvestres.

Hallábanse en una pequeña eminencia pedregosa, á espaldas de la cual extendíase un bosque.

El lugar era agreste, misterioso, solitario.

La ciudad se distinguía á lo lejos, bañada en los rayos del sol.

Uno de los hombres tocó un resorte oculto entre las peñas, y la misteriosa entrada volvió á cerrarse.

Recelosos, como si temieran ser descubiertos, apresuraron el paso, dirigiéndose á la parte más abrupta de la pedregosa colina.

En ella, entre las rocas, abríase la entrada de una cueva.

Penetraron en ella y el campo volvió á quedar solitario.

Nadie les había visto.

*
* *

Del fondo obscuro de la cueva, destacóse la figura de una vieja repugnante, con aspecto de bruja.

La edad de aquella mujer era indefinible, á juzgar por lo poco que podía verse de su rostro, oculto casi por completo con el inmundo harapo que á guisa de manto cubría su cabeza; pero su cuerpo inclinado, hasta casi doblarse por la cintura, indicaba la decrepitud.

Caminaba trabajosamente y apoyándose en un nudoso bastón.

Los vestidos eran miserables, rotos y sucios, y á juzgar por su mal estado, parecían tan viejos como ella.

Era una mujer muy conocida en todo Valladolid.

Llamábanla la «Bruja», y por sus sortilegios y super-

cherías aseguraban muchos candorosamente, que tenía hecho pacto con Satanás ó que era Satanás mismo en persona, desfigurado de aquel modo, para más fácilmente apoderarse del alma de los infelices que osaban acercarse á su guarida.

Esto hacía que muy pocos tuviesen el valor de pasar ni aun por las inmediaciones de la cueva de la Bruja.

Sólo iban á ella, de tarde en tarde, los supersticiosos que querían consultar el porvenir ó los enamorados que deseaban algún filtro maravilloso que les rindiese la voluntad y el corazón de alguna dama esquiva y desdeñosa.

En estos maleficios, la Bruja gozaba fama de ser muy experta, y contábanse de su infernal poder verdaderos prodigios.

Nadie sabía quién era aquella mujer, ni cómo se llamaba, ni de dónde había venido.

Los más viejos aseguraban haberla conocido siempre en su cueva, de la que no salía nunca, siendo un misterio para todos el medio como se proporcionaba los alimentos necesarios para su subsistencia.

* * *

Con voz cascada, chillona y desagradable, la Bruja dijo:

—Pasen, pasen mis señores. Les esperan.

Y fijándose en Zulima, murmuró como hablando consigo misma:

—Mentira parece que una hereje sea tan hermosa.

La vieja delante y los raptores de la mora detrás, llevando á su prisionera entre ellos, avanzaron, hundiéndose en la obscuridad medrosa de la cueva.

Llegaron al fondo de ésta y descendieron por una rampa.

Poco después hallábanse en una segunda cueva, abierta debajo de la anterior, cuyo recinto iluminaban dos teas encendidas, clavadas en la pared.

El aspecto de aquella segunda cueva era siniestro.

Veíanse acumulados en ella una infinidad de objetos que parecía reunidos expresamente para inspirar terror.

En un ángulo veíase un esqueleto humano que destacaba su blanca hosamenta sobre el fondo negruzco de las paredes.

Varios buhos y algunas otras aves de rapiña, disecadas, extendían sus alas, pendientes de la bóveda.

En las paredes había inmundos y colosales reptiles, también disecados, que causaban pavor con la mirada fija y fría de sus ojos de vidrio.

Por último, en todas partes, en los rincones, en los salientes de las rocas, esparcidos por encima de los escasos y viejos muebles, había una infinidad de objetos varios, algunos de forma extraña, entre los que se distinguían no pocas retortas de barro, de diferentes tamaños, y algunas calaveras humanas y de animales.

***

En el centro de aquella extraña mansión, sentados en torno de una mesa, había varios caballeros, los cuales levantáronse, lanzando una exclamación de alegría, al ver aparecer á Zulima y sus raptores.

Entre aquellos caballeros había dos de nosotros conocidos: Vargas y D. Luis Hurtado, el que auxilió á la reina D.ª Juana en su fuga de la fortaleza de Alaejos.

Adelantóse Vargas á la mora, le arrancó la venda que cubría sus ojos y le dijo irónicamente:

—¿No deseabas saber mi paradero? Pues aquí me tienes.

Zulima lanzó un grito de rabia al verse frente á su

enemigo; luego otro de espanto, al darse cuenta del lugar en que se hallaba.

Hurtado adelantóse hácia ella á su vez, y le dijo:

—Nuestros secretos poseéis, nos habéis hecho traición revelándolos y fuerza es que de vos nos aseguremos. En nuestro poder estáis y vuestra suerte depende de nuestra voluntad. Cuando llegue el caso decidiremos el castigo que merecéis y lo que con vos debe hacerse.

Y dirigiéndose á la Bruja, agregó:

—Enciérrala donde esté segura.

Zulima no se dignó ni pronunciar una palabra siquiera, limitándose á dirigir á todos aquellos hombres, y principalmente á su antiguo amante, una despreciativa mirada.

Conociendo que estaba irremisiblemente perdida, no quiso mostrar desaliento ni implorar piedad.

Se conformó con su suerte.

Vargas intentó detener á la mora, sin duda con el propósito de gozarse en insultarla; pero Hurtado le contuvo, diciéndole:

—Puesto que está en nuestro poder, daos por contento; no en vuestra particular venganza malgastéis el tiempo que necesitamos para asuntos de más monta.

* * *

Cogiendo fuertemente á Zulima por un brazo la Bruja la arrastró tras sí diciéndole:

—Ven conmigo, buena pieza.

Y la llevó al fondo de la segunda cueva, donde se abría la entrada de otras habitaciones subterráneas.

Aquella entrada correspondía á un estrecho corredor en el que había algunas gruesas puertas de roble, aseguradas con enormes clavos de hierro forjado.

La vieja empujó una de aquellas puertas, la primera de la izquierda, é hizo entrar por ella á la joven.

Halláronse en un reducido espacio, completamente á obscuras y en el que no había mueble alguno.

La Bruja sacó de entre sus ropas una pequeña linterna que encendió, iluminando con ella el aposento, que tenía todo el aspecto de un calabozo.

Zulima miraba con involuntario terror á la repugnante vieja; pero su espanto se trocó en asombro cuando la vió erguir su inclinado cuerpo y echar atrás su asqueroso manto, dejando al descubierto un rostro joven y hermoso.

Su admiración fué tan grande, que abrió la boca para lanzar un grito de sorpresa; pero la extraña Bruja lo impidió, diciendo en tono bajo, y con voz dulce y armoniosa, muy diferente de la que antes había empleado:

—¡Silencio! ¡No me comprometáis! Fiad en mí, que yo os salvaré.

Llevándola á un rincón, añadió, señalándole una pequeña abertura, disimulada entre dos rocas:

—Por ahí podéis ver y oir cuanto ocurra y se hable en la estancia inmediata. Acaso os enteréis de algo que os importe saber.

Saliendo de su estupor, Zulima preguntó:

—Pero ¿quién sois?

—Es inútil que os lo diga, pues no me conocéis,—respondió la interpelada.—¡Sigilo y prudencia!

Y echando otra vez el manto sobre su rostro é inclinando de nuevo su cuerpo, salió y cerró la puerta, asegurándola con su grueso cerrojo, mientras decía, con la voz cascada y chillona con que habló primero:

—¿No te gusta la jaula, prenda? Pues paciencia, que no estás en un palacio alhajado para hospedar princesas.

Habíase llevado la linterna y el encierro quedó á obscuras.

Más y más asombrada, Zulima miró por la pequeña abertura.

En efecto, daba á la cueva donde estaban reunidos Vargas, Hurtado y los demás caballeros, y podía verles y oir cuanto hablasen.





CAPÍTULO XLIX

Deliberaciones



ÁCIL es comprender la estancia de Vargas en aquella cueva y el rapto de Zulima.

Los conspiradores habían escogido la cueva de la Bruja como refugio y centro de reunión, precisamente para poder estar en comunicación casi inmediata con el palacio de Paredes.

Vargas lo sabía y estaba convenido entre ellos, que cuando el espía descubriese algo importante, bajara á la mina que tenía una de sus entradas por el subterráneo.

En la mina habría siempre alguno en espera para recibir sus noticias y transmitirlas á sus compañeros.

Por eso, en cuanto Vargas se vió encerrado en el calabozo, huyó por la entrada secreta.

—Estamos perdidos,—dijo á dos conspiradores que esperaban en la mina.

Y corrió á la cueva á participar á todos los demás compañeros lo ocurrido.

Todos prorrumpieron en maldiciones y amenazas contra la mora, que era la que destruía sus planes.

—¡Es necesario que nos apoderemos de esa mujer!—exclamó Hurtado, jefe de la conspiración, en nombre de la reina D.ª Juana.

La conspiración, como sabemos, tenía por objeto estorbar á todo trance la unión de D.ª Isabel con don Fernando.

La madre de la *Beltraneja* veía en aquella unión un nuevo obstáculo para los pretendidos derechos de su hija al trono, pues D.ª Isabel tendría á su lado, llegado el momento, un hombre que la apoyase y defendiese, un hombre que en caso de apuro, podía prestarle el auxilio de las bizarras tropas aragonesas y navarras.

—Sí, es necesario que nos apoderemos de Zulima,—asintió Vargas, á impulsos de sus deseos de venganza.

Y varios de los conspiradores fueron á apostarse de nuevo en la mina, por si se les presentaba ocasión propicia de realizar el rapto.

La casualidad les favoreció, y ya hemos visto cómo y en qué circunstancias se apoderaron de la mora.

*
* *

Los conspiradores deliberaban, y Zulima, desde su encierro, gracias á la pequeña y bien disimulada abertura que le indicó la Bruja, escuchaba, sin perder palabra, sus planes y discusiones.

Vargas empezó diciendo:

—Decidamos, ante todo, qué debe hacerse con la que nos ha comprometido descubriendo y revelando nuestros propósitos.

Se refería á la mora.

—El deseo de vengar particulares resentimientos habla en vos,—le respondió Hurtado,—y no es al interés particular al que debemos atender preferentemente en este instante.

—¿Queréis decir que esa mujer no merece un ejemplar castigo?

—Sí, lo merece.

—Entonces...

—Pero á asunto de mayor importancia robaríamos el tiempo que empleáramos en imponérselo. Espacio sobrado nos quedará para decidir lo que con ella debe hacerse.

—Perdonad, D. Luis, pero opino...

—Responsable soy del éxito de nuestra empresa, y no admito objeciones á mi voluntad. Si en nuestro empeño queréis seguir tomando parte, debéis acatar sin discutir cuanto yo ordene, aunque me equivoque.

Encubrió Vargas con una sonrisa su despecho y Hurtado añadió, templando el tono con que antes había hablado:

—En nuestro poder esa mujer y á buen recaudo, nada tenemos por ahora que temer de ella. Tratemos de lo que importa.

Zulima que había escuchado cuanto antecede, respiró. El retraso de su castigo era para ella una esperanza.

***

D. Luis tomó de nuevo la palabra para seguir diciendo:

—Conviene adelantarse á las consecuencias de la traición de que hemos sido víctimas, y para ello hay que vigilar á Paredes, seguir sus pasos, saber todo cuanto haga, y de este modo suponer podremos el caso que hace de las denuncias de la mora y el empleo que les da.

Todos asintieron á estas palabras.

—Así, pues,—continuó Hurtado,—que dos de vosotros vayan á apostarse frente á la puerta del palacio de Paredes, para seguir á éste cuando de él salga. Siendo dos, mientras el uno continúa siguiéndole, vaya á donde vaya,

el otro vendrá á darnos cuenta de lo que ncs convenga saber.

Varios pusiéronse en pié, prontos á ejecutar las órdenes indicadas.

Hurtado escogió á dos de ellos, los que le parecieron más ágiles y más listos, y partieron inmediatamente.

Los demás conspiradores quedaron esperando.

Vargas aprovechó la ocasión para decir:

—Lugar tenemos ahora de decidir lo que con respecto á la mora debe hacerse.

—Parecéisme demasiado interesado en vengaros de una mujer, á la que al fin y al cabo tenéis grandes favores que agradecer,—le replicó D. Luis, con evidentes muestras de desagrado.

—No lo niego. Pensad que esa mujer me ha humillado en presencia de otro hombre.

—Por culpa vuestra. Si con ella no hubiérais sido traidor, si no hubieseis intentado hasta asesinarla, esa mujer habría seguido amándoos, siendo poderoso auxiliar de nuestros planes en vez de ser nuestra enemiga. Ha procurado vengarse y el deseo de venganza, después de las infamias que os debe, es en ella disculpable y hasta legítimo.

—¿La defendéis?

—Ni la defiendo ni la acuso; pero sí os diré que nunca la justicia de la causa que sostengo, la pospondré á vuestra venganza personal, y que nunca extremaré mi rigor hasta la crueldad. Vos querríais que yo dispusiese la muerte de esa desgraciada.

—Paréceme que la tiene más que merecida.

—Os equivocáis. Su traición está sobradamente castigada con el encierro, y éste, además, nos precave de los peligros que por su culpa nos pudieran sobrevenir. Es lo que basta.

—Pues si no la matáis, ¿qué haréis de ella?

—Lo que mi conciencia, la justicia y el interés de nuestra causa me aconsejen. Y basta ya de tal asunto, al que concedéis más importancia de la que tiene. Lo que proceda resolveré cuando llegue el caso.

Vargas no se atrevió á insistir en sus réplicas, aunque bien claramente se traslucía su contrariedad.

Zulima pensó:

—Pues que la vida me perdonan, esperanzas me quedan aún de poder vengarme.

* * *

Pasadas algunas horas, presentóse uno de los espías.

Llegó agitado y sudoroso como si hubiese corrido mucho, y dijo:

—Paredes ha estado en el domicilio de la princesa, en el que ha permanecido largo rato.

—¡Ha ido á delatarle nuestros planes!—exclamó Hurtado.

—Sin duda,—asintieron todos.

—Urge ahora saber el resultado de la delación. ¿A dónde ha ido después?

—Cuando yo me encaminé aquí, él dirigíase á la Judería.

—Seguramente á casa de David para ver á su hermano. Que uno de vosotros vaya á reunirse con el compañero que sigue á Paredes, para que noticias nos traiga de cuanto ocurra. Lo encontrará, tal vez, delante de la casa del judío.

Quiso marchar de nuevo el mismo que había llegado; pero opusiéronse á su deseo por lo fatigado que estaba.

Marchó otro y los conspiradores quedaron otra vez esperando.

Por lo que pudiera convenirle, y con la esperanza siem-

pre de recobrar su libertad y vengarse de Vargas, Zulima ponía todo su empeño en enterarse muy bien de todo.

Por hallarse de acuerdo con sus odios particulares, hacía suya la causa de D.ª Isabel y proponíase defenderla. El triunfo de aquella causa era la derrota del hombre á quien aborrecía.

* * *

Más tarde llegó otro espía diciendo que Paredes, después de salir de casa del judío, encaminóse de nuevo al domicilio de D.ª Isabel, desde donde regresó á su palacio.

Con penetración admirable, Hurtado dedujo todo lo ocurrido.

—Indudablemente,—dijo,—D.ª Isabel habrá decidido avisar de nuestros propósitos á D. Fernando y á los emisarios que envió á éste. Para ello, habrá escogido un hombre de su confianza que lleve el aviso. ¿No puede ser ese hombre el mismo Paredes? Este le habrá pedido un plazo para ver á su hermano y arreglar el viaje. Su vuelta al domicilio de la princesa ha tenido, quizá, por objeto, recoger pliegos con destino á Aragón. De un momento á otro, quizá á la noche, para pasar inadvertido, Paredes partirá á cumplir la misión que le ha sido confiada. Si es así, necesitamos tomar nuestras medidas para impedir que llegue al término de su viaje. A ver: que otro de vosotros vaya á reunirse con el compañero que aguarda apostado frente á la puerta del palacio de Paredes, y que lleve á prevención un caballo, para que si Paredes parte, uno de los dos pueda seguirle, vaya á donde vaya, mientras el otro viene á darnos cuenta de la partida.

Y arrojando un bolso sobre la mesa, añadió:

—Lleve ese oro el que parta, para lo que en el viaje pueda ocurrírsele.

Salió otro de los conspiradores y Zulima pensó:

—¡Ojalá el noble D. Tomás escape á los peligros que le amenazan!

Y la defensa y la salvación del caballero, interesóle desde entonces tanto como su venganza.





CAPÍTULO L

Quién era la Bruja



media tarde, los conspiradores comieron algunas viandas que les sirvió la Bruja, rociándolas con frecuentes tragos de vino.

Zulima sintió aumentar los tormentos del hambre, que ya la martirizaban desde hacía rato. No había comido en todo el día.

Como si adivinase sus deseos, Hurtado llamó á la vieja, y entregándole un pedazo de pan, le dijo:

—Da eso á la prisionera.

—Espléndido sois, noble señor,—respondió la Bruja, con cierto tonillo irónico.—¿Cuándo á los prisioneros se les dió el alimento en tanta abundancia? Con la mitad de este pan tendrá la mora bastante.

Y lo partió por medio, con gran satisfacción de Vargas, que todos los refinamientos de la crueldad los creía pocos para martirizar á la que injustamente aborrecía.

Zulima aguardaba ansiosa aquel mísero alimento.

Al hambre uníase en ella el deseo de vivir y de conservar sus fuerzas por si las necesitaba para la lucha.

Con extrañeza pensó:

—¿Cómo esa mujer misteriosa, que me ofrece su protección, se opone á que me den alimento en cantidad suficiente para que sacie mi necesidad?

***

Interrumpióla en sus reflexiones el ruido de la puerta de su encierro al abrirse.

La Bruja presentóse á ella, no encorvada, sino erguida y con el juvenil y hermoso semblante descubierto.

Saludóla con una sonrisa, y acercándose á ella díjole en voz baja:

—Aquí tenéis para reparar vuestras fuerzas, no el mezquino mendrugo de pan que esos hombres os ofrecían, como pudieran hacer con un perro, sino manjares abundantes, aunque no delicados, como merecéis, algo más nutritivos.

Y puso en el suelo la linterna y una cesta que llevaba en la mano.

Sacó de la cesta un blanquísimo mantel, lo extendió encima del asiento de piedra del calabozo, y puso sobre él pan blanquísimo, algunas viandas suculentas y un jarro con vino.

Cada vez más admirada, Zulima exclamó:

—Pero ¿quién sois vos, señora, que tanto os interesais por mí, sin conocerme?

—Silencio y prudencia,—le respondió la bruja.—No me comprometais y yo haré por vos cuanto pueda. Comed; luego volveré á retirar lo que os sobre.

Y salió, sin decir más.

Zulima comió con excelente apetito, bendiciendo á la desconocida que tales pruebas de interés le daba, y apenas hubo concluído volvió la Bruja, llevándose la cesta con las sobras.

Antes de salir, díjole:

—No perdáis ni una palabra de cuanto esos hombres hablen; algo pueden decir que os interese saber.

* * *

Llegó la noche.

Los conspiradores manifestaban su impaciencia, haciendo toda suerte de comentarios acerca de la tardanza de los espías.

Al fin se presentó uno de estos.

—Paredes ha partido de Valladolid, solo, á caballo,—dijo,—y nuestro compañero le sigue.

—¡Lo que yo suponía!—exclamó Hurtado.—¡Va á Aragón con un encargo de la princesa! ¡Es necesario que no llegue al término de su viaje!

Y poniéndose en pie agregó:

—¡A ver, pronto! ¡Disponeos á partir en su persecución ahora mismo!

Todos levantáronse, dispuestos á obedecerle.

—Vos, caballero Vargas,—prosiguió D. Luis.—Tomad el mando de nuestros compañeros en esta expedición. Yo no puedo acompañaros. Mi deber está aquí y desde aquí velaré por el éxito de nuestra empresa, combinando nuevos planes y adelantándome á todos los peligros. Espero de vos, D. Carlos, que haréis honor á la honra con que os distingo. Alcanzad á Paredes, apoderaos de él, arrebatadle los pliegos de que sin duda es portador, y traédmelos. Que todos nuestros compañeros os obedezcan como me obedecerían á mí mismo.

—Descuidad,—respondió Vargas.—Cumpliré como es debido la misión que me confiais.

Acercándose á él, añadió:

—La mora...

—Queda en mi poder,—le contestó Hurtado,—y si salís airoso del encargo que os he hecho, al volver os la entregaré, como premio á vuestros servicios, para que en ella saciéis vuestra venganza en la forma que más os cuadre.

Estas palabras llenaron de júbilo á Vargas.

—¡Partamos!—exclamó.

—¡Partamos!—respondieron sus compañeros.

Y en confuso tropel salieron todos, menos D. Luis y su escudero.

Poco después oyóse el ruido de algunos caballos que se alejaban al galope.

***

Hurtado llamó á la Bruja, y arrojándole á los pies un bolso lleno de oro, le dijo:

—Ahí tienes la cantidad ofrecida en pago de tus servicios. ¡Ay de tí si me vendes ó denuncias!

—Descuidad, señor,—respondió la vieja, inclinándose servilmente.—Está en mi interés no hacerlo.

—Bien. Escucha mis últimas órdenes.

—Decid.

—Probablemente estaré algunos días sin volver por aquí; pero volveré.

—Siempre que de mí ó de mi humilde morada necesitéis, señor, podéis disponer libremente de una y otra.

—Hasta que vuelva, guardarás á la mora á buen recaudo.

—No temais. De aquí no saldrá ni será vista por nadie.

—Eso quiero. Si cuando vuelvo á reclamarte la prisionera no me la devuelves... ¡guárdate de mi cólera!

Volviéndose á su escudero díjole:

—Vamos.

Y salió murmurando:

—Es necesario que la reina tenga noticia de todo lo

ocurrido, para que reclame la ayuda de todos sus leales partidarios, á fin de estorbar, sea como sea, ese malhadado enlace.

La vieja salió tras él, despidiéndole con exajeradas y ridículas genuflexiones.

Zulima en su observatorio, preguntábase, llena de ansiedad:

—¿Qué sucederá ahora? ¿Cuál será mi suerte.

***

Cuando D. Luis y su escudero se hubieron marchado, como lo indicaron las pisadas de sus caballos que se alejaban, la Bruja volvió presurosa, y abriendo la puerta del encierro de Zulima, dijo á ésta:

—¡Salid pronto!

La mora le obedeció.

—¿Habéis oido?—preguntóle aquella extraña mujer.

—¡Todo!—respondió ella.

—Y si de vuestra libertad dispusiérais, ¿qué haríais en vista de lo que habéis escuchado?

—Partir á Aragón para avisar á Paredes el peligro que le amenaza y hallar modo de vengarme de Vargas.

—¿Tanto le odiais?

—¿Cómo lo sabéis?

—Vuestra historia oí referir á Vargas mismo cuando aquí pocas horas hace llegó fugitivo del palacio de Paredes, indignado por lo que llama vuestra traición.

—Entonces comprenderéis que tengo motivos sobrados para odiarle.

—¡Oh, sí! Por eso os he protegido, porque vengándoos de ese hombre, favorecereis mi causa.

—¿Cuál es?

—La de la princesa.

—¿Vos defendéis?...

—El casamiento de D.ª Isabel con D. Fernando.

—¡Todo lo comprendo ahora! Entonces no sois aliada de los hombres que aquí había hace poco, sino su enemiga.

—Sí.

—Y siendo así, ¿cómo habéis podido ganaros su confianza?

—Explicaciones me pedís que sería muy largo daros y no tenemos tiempo que perder. ¿Queréis partir inmediatamente para Aragón?

—No deseo otra cosa.

—Pues libre sois.

—Pero mi libertad puede perjudicaros; respondéis de mí.

—No temais. Cuando Hurtado venga á reclamaros no me encontrará aquí.

—¡Ah!

—Seguidme.

***

Salieron de la cueva.

En otra más pequeña, á ella inmediata, había dos caballos.

—Montad en el que querais,—dijo la Bruja,—y emprended vuestro viaje.

Zulima no se hizo repetir la invitación.

Los caballos estaban ensillados.

Montó en el que le pareció más fuerte y despidióse de su extraña protectora, diciéndole:

—Contad con mi gratitud, aunque no volvamos á vernos.

—Partid,—le respondió la otra impaciente.

Zulima soltó las riendas á su corcel y éste partió al galope.

La mora iba pensando:

—¡Vuelvo á ser libre!... ¡Realizaré mi venganza!

La Bruja esperó á que Zulima hubiese desaparecido, y entonces silbó de una manera particular.

Pasados unos instantes, presentóse en la cueva un caballero.

Era D. Pedro de Fonseca, el que hasta poco antes fué favorito de la reina D.ª Juana, en sustitución de D. Beltrán de la Cueva, y entregó en Cardeñosa á la ventera, el pastel envenenado que ocasionó la muerte de D. Alfonso.

—¿Qué hay, Margarita?—preguntó al acercarse.

En contestación á esta pregunta, la interpelada refirióle cuanto acababa de ocurrir y nosotros ya sabemos.

***

Como los lectores habrán ya comprendido, la Bruja no era otra que Margarita la ventera.

Aliada á D. Pedro, como se recordará, ayudaba á éste en todos sus planes; y D. Pedro, despechado por la fuga de la reina D.ª Juana de la fortaleza de Alaejos, con don Luis Hurtado, habíase declarado enemigo de ella y partidario de D.ª Isabel.

No tenía otro empeño ni otro afán que destruir los proyectos todos de la *Beltraneja*.

Cuando Margarita terminó su relato, D. Pedro dijo:

—La casualidad nos favorece, pues esa mora, es capaz de hacer en favor de nuestra causa más que nadie. Bien has cumplido y famosa fué tu idea de sustituir á la Bruja cuando descubrimos que este era uno de los centros de reunión de los conspiradores.

—Lo cual os convencerá una vez más de lo conveniente que os es mi ayuda.

—Lo reconozco y la agradezco.

—Pero debemos partir, puesto que nada tenemos ya que hacer en esta cueva, y antes es preciso que devolvamos su libertad á la bruja verdadera.

—Sí.

Bajaron á la segunda cueva y Margarita abrió una de las puertas del corredor donde estaba el que fué encierro de Zulima.

Allí, medio desnuda, había una vieja decrépita, repugnante.

—Toma tus ropas,—díjole Margarita, despojándose de los harapos que constituían su disfraz, y bajo los cuales iba ricamente vestida.

La vieja refunfuñó entre dientes alguas frases que parecían amenazas, y Margarita y D. Pedro salieron, sin hacerle caso.

Como en uno de sus caballos había partido Zulima, tuvieron que montar los dos en el otro.

Partieron hácia la ciudad, y desde lejos oyeron la voz de la bruja verdadera, que les despedía con insultos y amenazas.





CAPÍTULO LI

Engañar con la verdad



La completa curación de D. Rodrigo, fué cosa de pocos días.

El caballero fué mejorando hasta entrar en la convalecencia y reponerse del todo.

Raquel, á la vez que alegre por el restablecimiento del que amaba, mostrábase triste.

Su tristeza obedecía solo á esta idea:

—¡Tendremos que separarnos!

Así decíalo á su huesped y éste contestábale:

—¿Qué importa, si aunque nos separemos nuestras almas seguirán unidas por el amor?

Con lo que, si no consolaba á la enamorada judía, animábala, al menos.

Aquella separación inevitable, y cada vez más próxima, era el tema obligado de todas sus conversaciones.

Llegó el caballero á estar en disposición de abandonar aquella casa; pero Raquel le dijo:

—¡Permanece aquí unos cuantos días más, fingiendo que aún no estás curado!

—¿Y si tu padre sospecha?—replicó él.

—No sospechará nada.

D. Rodrigo accedió y continuó algunos días más en casa del judío, sin que David mostrase por ello contrariedad alguna, sino antes bien alegría.

Cuanto más permaneciese el caballero en su morada más tendría que agradecerle y su gratificación sería más espléndida.

Aquello no era evitar la temida separación; era sólo retrasarla.

***

En los últimos días, D. Rodrigo mostrábase muy triste y pensativo.

—¿Qué tienes?—preguntábale inquieta Raquel.

Y él contestaba:

—Nada.

Si la judía no se daba por satisfecha é insistía en sus preguntas, decíale:

—¿Qué quieres que tenga? El dolor de pensar que hemos de separarnos.

Pero conocíase que era otra la causa de su preocupación y su tristeza.

Así lo comprendió Raquel un día díjole:

—¡Me engañas! Algún pesar te atormenta y me lo ocultas.

—Te aseguro que no.

—¡No mientas, Fabio!

Aunque sabía que se llamaba de otro modo, no se avenía á darle más nombre que aquel con que lo había conocido.

—Si de veras me amas,—proseguía,—¿por qué has de

tener para mí secretos? Guarda para otra persona, si quieres, tus alegrías; pero no me robes tus tristezas, porque me pertenecen. El compartir con otra persona los dolores es prueba de verdadero amor.

Y así por el estilo siguió razonando, á impulsos de su cariño.

Llegó á conmover al caballero, el cual dijo:

—Pues bien, sí, no te engañas: un dolor inmenso oculto, que no me atrevo á confiarte.

No fueron estas palabras sino nuevo aliciente que aumentaron la ánsiedad de la judía.

Insistió ella en sus súplicas, fué cediendo él en su resistencia y acabó por confesarle lo que con tan tenaz empeño ocultaba.

Con lágrimas en los ojos, ó verdaderas ó falsas, pero admirablemente fingidas, si falsas eran, D. Rodrigo exclamó:

—¡Mi pesar obedece al convencimiento de que debo renunciar á tu cariño!

—¿Por qué?—interrogó Raquel asustada.

—¡Porque soy un miserable indigno de que me quieras!

Y dejándose caer de rodillas á sus plantas, añadió entre sollozos:

—¡Perdón, mi pobre Raquel, perdón!

* * *

Admirada la joven, trató de calmar á su amado y le pidió explicaciones de aquel arrebato.

El habló de este modo:

—Cuando me preguntaste por qué me había cambiado el nombre al presentarme á tí, te engañé en las razones con que contesté á tus preguntas.

—¿Me engañaste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no me cambié el nombre por el motivo que te dije.

—¿Por qué, entonces?

—Porque mi propósito no era otro que burlarme de tí.

—¡Fabio!

—Ahora á impulsos del remordimiento te digo la verdad.

—¡Oh, calla!

—No debo callar; es preciso que lo sepas todo para que me desprecies.

—¡Eso no será posible! Aunque mayores infamias me confieses... ¡seguiré amándote!

—Tu hermosura despertó en mí el deseo, y satisfacerlo me propuse para después abandonarte.

—¿Luego fingidas eran tus palabras de amor?

—Sí, todas.

—¡Y yo que las tomé por verdaderas!

—Fingiendo he seguido hasta ahora; pero avergonzado por tu bondad para conmigo, la conciencia me obliga á confesarte mis infames intenciones, antes de realizarlas. Esto te indica mi arrepentimiento. ¡Compadéceme y perdóname!

***

Raquel lloraba.

—¿Con que es decir,—preguntó tras corto silencio,—que no me has amado nunca, ni me amas?

—No te amé,—replicó el caballero;—pero ahora te adoro.

—¿Es posible?

—Si, Raquel, sí. ¿A qué á otra cosa que al amor obedece mi arrepentimiento? Al verte tan buena, tan virtuosa

y tan confiada en mi cariño, ha nacido en mi corazón un sentimiento que antes no había en él, que no ha albergado nunca, hasta ahora: ¡amor! Amor á tus hechizos, á tu hermosura, á tu confianza, á tu pureza....

—¿Es eso verdad?—le interrumpió la judía, radiante de gozo.

—Si no lo fuera, ¿por qué ni para qué decírtelo, después de haberte confesado mi engaño?

—Tienes razón.

—O habría seguido engañándote ó me habría limitado á pedirte que me perdonaras.

—Pues entonces, si aunque antes no me hayas amado me amas ahora, ¿qué hemos perdido? ¡Nada! Yo corresponderé á tu amor verdadero, como correspondí á tu amor fingido.

—No, Raquel, no lo merezco.

—¿Y si con mi perdón te hago digno de merecerlo?

—¿Serás capaz de perdonarme?

—¡Con todo mi corazón te amo y te perdono!

—¡Oh, gracias!... ¡Me devuelves la dicha y la calma!

Y el caballero cubrió de apasionados besos la mano de la judía.

***

Entregáronse los dos breves instantes á la embriagadora alegría de su amor, hasta que de pronto D. Rodrigo rechazó á la joven y se separó de ella.

—¡Me rechazas!—exclamó Raquel.—¡Huyes de mí!

—Mi amor y mi nobleza me obligan,—repuso el caballero.

—¿Por qué?

—Porque aunque mucho y de veras nos queramos, no debemos querernos. ¡Nuestro cariño es imposible!

—No te comprendo...

—No debo volver á engañarte, Raquel.

—Antes que eso, dime la verdad, por horrible que sea.

—Pues bien: ¿qué podemos esperar de nuestro amor? ¡Nada! Hay entre nosotros un abismo. Por ser diferentes en todo, hasta profesamos distinta religión. Ni tú abjurarás de tu fé ni yo abjuraré de la mía.

—¿Y qué?

—Luego persistiendo los dos, cada cual en nuestras creencias, nuestra unión no podrá realizarse nunca.

—¡Es verdad!

—Y no es esto solo. Aunque tú de tus creencias abjurases...

—Por mucho que te ame permaneceré siempre fiel á ellas.

—Así lo creo; pero aunque el amor que me profesas fuese tal que te hiciese faltar á la fé de tus mayores, yo no te tomaría nunca por esposa; se opone á ello mi propia dignidad. Todos los caballeros cristianos de mi rango y nobleza me despreciarían y no quiero exponerme á ello.

—Lo comprendo, y lejos de ofenderme la ruda franqueza con que me hablas, la tomo como una prueba de la sinceridad de tu afecto.

***

De nuevo guardaron silencio, hasta que de pronto la judía exclamó:

—¿Y qué importa todo eso para que nos amemos? Sin unirnos podemos permanecer fieles á nuestro amor. Yo no te exijo más que una prueba de tu afecto.

—¿Cuál?—preguntó D. Rodrigo.

—Que ya que no puedes casarte conmigo, á ninguna otra mujer te unas.

—¡Te lo prometo!

—¿De veras?

—Aunque no me lo exigieses, haría lo que dices. ¿Cómo he de poder unirme á otra mujer, siendo mi amor todo tuyo?

—Pues es lo que basta. Yo por mi parte te hago igual promesa. Tampoco me uniré á nadie, aunque mi padre quiera imponérmelo. Asi, sin sacrificarme tú tus creencias ni sacrificarte yo las mías y sin menoscabo para tu dignidad, nos seremos mútuamente fieles y en nuestro oculto amor, para todos ignorado, seremos felices... ¿Te sientes capaz de amarme de este modo?

—¡Con toda el alma!

Y D. Rodrigo cayó de nuevo de rodillas á los piés de Raquel.

Ella misma le daba armas para vencerla y hacerla suya, y la enamorada judía, cediendo á sus ruegos, se le entregó confiada, en aras de aquel amor, que á despecho de todos los obstáculos se juraron sería eterno.





CAPÍTULO LII

Tras la deshonra el olvido



UÉ imposible que D. Rodrigo permaneciese más tiempo junto á Raquel.

El mismo David comenzó á encontrar extraña la larga permanencia del caballero en su casa.

Una noche, la judía misma dijo á su amante:

—Es necesario que nos separemos.

El no deseaba otra cosa, pues sentíase ya hastiado de un amor tan fácilmente conseguido. No obstante supo disimular y decir:

—Sí, es necesario que nos separemos; pero esta separación será para mí la muerte. Acostumbrado ya á gozar á todas horas el placer de verte, no podré acostumbrarme de nuevo á contemplarte sólo algunos instantes, al amparo de la obscuridad de la noche.

—¿Qué remedio?—repuso ella, suspirando.—Lo mismo me sucede á mí; pero así lo quiere nuestra mala suerte.

Reanimándose, agregó:

—Aunque después de todo, ¿qué importa que nos separemos, si mediante el juramento que nos hemos hecho nuestras almas seguirán siempre unidas á despecho de la distancia?

D. Rodrigo sonrió imperceptiblemente.

Satisfecho su deseo, casi le inspiraba lástima el amor de aquella infeliz.

Ella, reclinada en sus brazos y con la cabeza apoyada en su corazón, lloró, de tristeza y de ternura.

***

Aquella noche decidieron que el caballero abandonase la casa del judío al día siguiente.

La despedida fué tristísima y conmovedora.

Parecía como si temieran no volverse á ver.

—¡Júrame por tu Dios que no me olvidarás nunca!—dijo la judía.

D. Rodrigo respondió, rehuyendo el prestar el juramento que se le exigía:

—¡Nunca!

—¡Júrame también que no serás de ninguna otra mujer, más que mío!

—¡Tuyo solo, y para siempre!

—¡Júrame, por último, que como antes vendrás á verme todas las noches!

—Todos los instantes que me deje libres el cumplimiento de mis deberes, serán para tí, para tu amor.

Raquel quedó satisfecha de estas promesas y sin embargo sentía una tristeza que no acertaba á explicarse.

—¡Tristes presentimientos me asaltan,—balbuceó temblorosa.—No dudo de tu amor, no debo dudar, y sin embargo... Y es que la felicidad y el porvenir de los séres depende del capricho de la suerte, de los azares del desti-

no. Aún amándome tú como yo te amo y aún estando dispuesto á cumplir todo lo que me has jurado, ¿quién asegura que puedas cumplirlo?

—¿Por qué?—interrogó el caballero, impresionado á pesar suyo por la amarga melancolía de estas palabras.

—¡Qué sé yo! Puede haber razones poderosas, independientes de tu voluntad, que te lo impidan!

—¡No de ese modo te entregues á tus tristes pensamientos! Fía en mi amor y está tranquila.

*
* *

Los presentimientos de la judía fueron haciéndose más claros y determinados.

—Algo temo,—dijo,—y no sé qué; pero mi corazón me dice que ha de sucederme algo malo, y mi corazón no se equivoca nunca. Si por causas agenas á tu voluntad faltas al cumplimiento de las promesas que me has hecho, yo sabré perdonarte y serte siempre fiel; pero si faltas espontáneamente, sin razón ni causa que á ello te obliguen, entonces...

Transformóse de pronto y sus ojos resplandecieron con feroz energía.

—¡Te amo mucho!—exclamó.—Tanto, que ya ves: te he sacrificado mi honra, mi dignidad, mis creencias, todo... ¡Pero si me dieses motivo para ello sabría odiarte, y ay de tí si se convierte en odio el amor que me inspiras! Por aborrecimiento sabré llegar hasta el crimen, como por amor he llegado hasta el sacrificio.

A pesar suyo, D. Rodrigo tembló.

No era cobarde, y sin embargo le daba miedo el odio de aquella mujer.

Cambiando de nuevo de expresión y de tono, Raquel volvió á arrojarse en sus brazos, diciendo:

—¡Pero tú no harás que llegue el caso de que te odie! ¿Verdad? ¡Me seguirás amando siempre!

Y él repitió, con acento indeciso:

—¡Siempre!

*
* *

A la mañana siguiente, D. Rodrigo manifestó á David su propósito de abandonar su casa.

—Deseo que me acompañes á la mía,—le dijo,—para demostrarte mi gratitud por lo mucho que te debo.

El judio no esperó á que le repitiese la invitación.

Había llegado el momento de satisfacer su codicia.

Al despedirse el caballero de Raquel, ésta que hacía grandes esfuerzos para impedir que la emoción la vendiese en presencia de su padre, halló modo de decirle en voz baja:

—¡Hasta la noche!

Y él la respondió del mismo modo:

—¡Hasta la noche!

A pesar de lo cual, al trasponer la puerta, murmuraba:

—No volverás á verme.

Raquel quedóse llorando, y para consolarse decíase la infeliz:

—¡Me ama!... ¡Me ama!...

Su padre volvió al cabo de un rato, radiante de alegría.

Rodrigo habíase mostrado espléndido con él, regalándole en premio á sus favores, una bolsa repleta de oro.

—A este precio bien se puede ser caritativo,—pensaba David.

También le dió el caballero ricas joyas para Raquel, y ésta al quedarse sola las besó, considerándolas como reliquias de su amor.

*
* *

Aquella noche, la judía esperó inútilmente á su amante.

Este no fué á hablar con ella por la reja, como le había prometido.

La inquietud la atormentó, sin que se despertasen aún sus dudas y sus celos.

—¿Le habrá ocurrido alguna nueva desgracia?—preguntábase.

No se le ocurrió pensar: «es que no me quiere.» Y se consoló diciéndose:

—Vendrá mañana.

Pero á la noche siguiente tampoco fué D. Rodrigo, y así por espacio de algunos días.

Raquel no sabía qué pensar ni le era posible averiguar el motivo de aquella ausencia.

Habría tenido que confesar su amor á su padre.

Sin dudar aún, siguió esperando.

Triste y desespereda al ver que su amante no volvía, todas las mañanas retirábase llorando de la reja, donde había pasado la noche, pensando:

—Vendrá mañana.

Pero aquel mañana anhelado no llegaba nunca.

Así fué pasando el tiempo hasta que un día Raquel advirtió en sí misma los primeros síntomas de la maternidad.

¡Iba á ser madre!

¡Un ser, fruto de su insensato amor, se agitaba en su seno!

Entonces, reanimada con nuevas energías, díjose:

—¡Si él no vuelve, yo iré á buscarle y á pedirle cuenta de su ausencia, en nombre de su hijo!

***

Mientras tanto, D. Rodrigo había partido á Aragón,

para reunirse con su hermano, de cuyos peligros quería participar.

No fué la judía extraña á la decisión de aquel viaje.

El caballero pensó:

—Esa mujer, de cuyo amor estoy ya hastiado, es para mí un peligro. Huyendo de ella por algún tiempo, me libro de su venganza.

Y se alejó, en vergonzosa fuga.

Tuvo astucia y osadía bastantes para seducir á su víctima, y no tuvo valor para afrontar las consecuencias de su conducta.

Los principios de la moral eran en aquellos tiempos muy acomodaticios, y no había caballero, por noble que fuese, que no se creyera autorizado para cometer toda clase de atropellos y desmanes.

Cualquier otro en el caso de D. Rodrigo, habría hecho con la pobre Raquel lo mismo que él hacía.





CAPÍTULO LIII

En la ribera del Ebro



Caía la tarde y la luz crepuscular poetizaba las floridas riberas del Ebro, que la naturaleza convertía en improvisado jardín, adornándolas con todas las galas de la feraz tierra aragonesa.

Las aguas tranquilas del río brillaban, reflejando en su tersa superficie las flores de sus orillas, y los pájaros en la espesura entonaban su canto de despedida al astro rey.

Un gallardo mancebo paseaba triste y melancólico por aquellos poéticos y encantadores lugares, ajeno, al parecer, á todas las bellezas que le rodeaban.

Contaría á lo sumo diez y ocho años de edad y era apuesto, arrogante, hermoso; proporcionado de cuerpo, fornido, blanco de cutis, y el rostro, de líneas armónicas y perfectas, inteligente y enérgico.

En su atavío, en sus modales y en su porte, revelábase desde luego un caballero de los más nobles é ilustres; y había además algo en él, inexplicable y misterioso, que le revestía de majestad, imponiendo respeto.

A corta distancia seguíanle otros dos caballeros, de bastante más edad y también de aspecto distinguido, que á juzgar por la actitud que con respecto á él guardaban, parecían sus súbditos ó inferiores.

Sin perderle de vista, los dos caballeros que le seguían, observando atentamente sus menores movimientos, sostenían entre sí un animado diálogo.

Oigamos su conversación.

***

—Duda no os quede, mi buen Guillén de Sánchez,—decía uno de ellos,—de que algún asunto grave ocupa en estos momentos la atención de D. Fernando. Mirad su andar lento, contrario á la activa ligereza que le es propia, y fijaos cómo se inclina su cabeza, cual si la agobiase el peso de sus pensamientos.

—Lo mismo que vos advierto, Gaspar de Espes,—respondió el interpelado,—y cual á vos me preocupa adivinar cual pueda ser el objeto de las meditaciones del príncipe.

—Habed en cuenta, seor copero, que tratamiento de majestad y no de alteza, y título de rey y no de príncipe, debéis á D. Fernando, desde que D. Juan II de Aragón, nuestro rey y señor, su padre, en posesión le puso del trono de Sicilia.

—Razón habéis y no es la vez primera que tal advertencia hacéisme, seor mayordomo; pero al respeto no creo faltar con mi cariñosa confianza, al que amo y respeto hasta el punto de estar pronto á dar por él la vida, si es preciso.

—De vuestra lealtad no hay quien dude y ella disculpa vuestro atrevimiento. Pero volvamos á nuestro tema: ¿qué asunto suponéis puede ser causa de la preocupación de D. Fernando?

—En apuro ponéisme para contestar á vuestra pregunta. ¿Quién penetrar puede en los secretos de un corazón y de una inteligencia, nobles como los que más, pero contrarios á la expansión y á la confianza? Nunca D. Fernando comunicó á nadie sus ideas y sus sentimientos ni resquicio dejó por donde adivinarse pudieran; que la reserva en él es característica, constituyendo, quién sabe si su único defecto ó su principal virtud.

—Razón no le falta para estar inquieto y preocupado. De una parte, las guerras que su padre, nuestro rey y señor, sostiene en Cataluña con los franceses; de otra, el cuidado de su reino, del que contra su voluntad se halla tan alejado.

—Y sobre todo, su proyectado casamiento con D.ª Isabel, princesa de Castilla, las negociaciones del cual parece tropiezan con sérios obstáculos.

—D.ª Isabel consiente en él gustosa y esto es lo principal.

—Sí, mas ¿bastará su consentimiento para vencer la resistencia de su hermano el rey D. Enrique, de la reina D.ª Juana y del revoltoso D. Juan Pacheco, marqués de Villena y maestre de Santiago, que capitanea gran parte de la nobleza castellana?

—Los que la conocen ensalzan á porfía la firmeza del caracter de D.ª Isabel, y si ella quiere... Creed que una mujer puede mucho cuando pone al servicio de una empresa su voluntad y su ingenio.

Como del anterior diálogo se desprende, el gallardo mancebo que paseaba triste y melancólico por las floridas riberas del Ebro, era D. Fernando, príncipe de Aragón, rey de Sicilia y futuro esposo de D.ª Isabel; y los dos nobles caballeros que le seguían, eran Gaspar de Espes, su mayordomo, y Guillén de Sánchez, su copero.

***

La conversación de los dos fieles servidores vióse interrumpida de pronto por el príncipe, que deteniéndose bruscamente en su paseo, se volvió á ellos para preguntarles:

—Decid: ¿no sería famosa empresa, digna de loa, la de reunir todo el territorio de la península española bajo un solo cetro, como unido estuvo en tiempos lejanos, anteriores á la invasión morisca?

Miráronle asombrados sus dos servidores y el mayordomo repuso:

—Tan extraordinario paréceme lo que decís, señor, que dudo haya quién realizarlo pueda.

Centellearon los ojos de D. Fernando y replicó arrogante:

—Ruín concepto tienes de mí formado cuando tal dices. ¿Por qué no he de ser yo el que tan gloriosa empresa lleve á feliz término? Pues que capaz soy de concebirla, capaz seré también de realizarla.

Colocándose entre sus dos servidores y cogiéndose familiarmente de su brazo, prosiguió diciendo, con entusiasmo creciente:

—Reunidas en mí las coronas de Aragón y de Navarra y heredera la princesa D.ª Isabel del trono de León y de Castilla, si con ella me caso bajo nuestro poder se juntarán los cuatro reinos. Vencidos los catalanes por mi padre, pues si aún se resisten es por el apoyo que les prestan sus aliados los franceses, Cataluña y Valencia serán mías también en época no lejana. ¿Qué me quedará ya que someter á mi dominio, para que mi quimérico sueño sea realidad? Portugal, un reino caduco, en manos de un rey decrépito, y Granada, el último refugio del poderío árabe en España. Y decidme: con las fuerzas de todos mis reinos reunidas, más la ayuda que para el caso podrían prestarme mis buenos y valientes sicilianos, ¿no po-

dría hacer lo que digo, asombrando con ello al mundo entero? ¿Qué hace falta, pues? Sólo que los franceses sean vencidos, que mi padre muera y que D.ª Isabel sea mi esposa. Esto último es lo que más me preocupa y por conseguirlo estoy dispuesto á los mayores esfuerzos, pues ella es la base de todo.

Al hablar asi, D. Fernando revelábase como era, como fué siempre: noble, atrevido, valiente, capaz de concebir y realizar las más gloriosas empresas, hombre superior por su inteligencia y su valor; pero ambicioso, tocado del defecto del orgullo y no libre de egoismo.

Contaba como cosa cierta con que su padre vencería á los franceses, cuando éstos llevaban la mejor parte en las guerras de Cataluña, cuando el de Lorena acababa de apoderarse de todo el Ampurdán y cuando D. Juan II veíase sin recursos para proseguir la campaña; hablaba de la muerte del rey de Aragón, sin dolor, con calma, como si no se tratase de su padre; y por último, al mencionar su concertado matrimonio con la heredera del trono de Castilla, no asomó á sus labios ni una frase de amor.

Y no era que fuese insensible al amor y á los sentimientos filiales, ni era que no comprendiese las dificultades de vencer en la guerra empeñada; era que en él la ambición lo dominaba todo y á ella todo sometíalo.

Guillén y Espes, aturdidos por la magnitud de un proyecto que juzgaban irrealizable, miráronse, como diciéndose: «no era la reflexión de asuntos graves la que abstraía al príncipe, sino el delirio de imposibles grandezas.»

* * *

Iba á seguir, sin duda, el príncipe, enumerando sus sueños, cuando hasta ellos llegaron gritos dolientes de alguien que demandaba auxilio.

Eran dos voces las que gritaban, diciendo:

—¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Que me matan!

Corrieron los tres hácia el lugar donde resonaban los gritos, y llegaron á tiempo de ver cómc cuatro hombres, cuyo rostro no pudieron distinguir, huían desapareciendo entre la espesura.

En el suelo yacían tendidos otros dos, que eran, tal vez, los que habían gritado.

Por su aspecto conocíase que acababan de sostener una violenta lucha.

Tenían las ropas desgarradas y el rostro ensangrentado.

Inclinóse Gaspar de Espes sobre ellos para auxiliarles, y apenas hubo mirado de cerca á uno de los dos, exclamó:

—¡Gutierre de Cárdenas! ¡El maestresala de la princesa D.ª Isabel!

—¿Qué dices?—interrogó D. Fernando.

Conoció el herido á su vez al que sobre él se había inclinado, y díjole:

—¡El cielo os envía!... ¡Llevadme en seguida á presencia de vuestro señor el príncipe!

—El príncipe está aquí,—respondió éste.—Miradle.

—¿De veras?... ¡Oh dicha!

Y perdió el sentido.





CAPÍTULO LIV

Un ardid de D. Fernando



POR orden del príncipe, Gutierre de Cárdenas y su compañero, que no era otro que el capellán y cronista Alonso de Palencia, fueron conducidos á palacio, donde se les curaron las heridas, que por fortuna eran leves, y se les prestaron los auxilios que su estado requería.

Reanimados, presentaron las credenciales que les acreditaban como enviados de la princesa D.ª Isabel y refirieron los peligros y aventuras de su viaje.

Habían estado más de una vez á punto de perder la vida, pues los partidarios de D. Enrique, por una parte, los de D.ª Juana, por otra, y además los aliados de Pacheco, intentaron impedir por todos los medios imaginables, que llegasen al término de su jornada.

La última emboscada, de la que les libró la oportuna presencia del príncipe y sus dos acompañantes, fué la más grave y peligrosa.

La noche anterior habían descansado en una venta y al levantarse advirtieron que sus caballos habían desaparecido.

El ventero no supo cómo explicar aquella desaparición, negóse á proporcionarles otros caballos, á pesar del oro que le ofrecieron y no les quedó otro recurso que proseguir el camino á pié.

Durante todo el día caminaron sin incidente alguno; pero al caer la tarde, cerca ya de Zaragoza, uniéronse á ellos cuatro caminantes desconocidos, que desde luego excitaron su desconfianza; pero no hallaron modo de rehusar su compañía.

Al llegar á los arrabales mismos de Zaragoza, aquellos cuatro desconocidos arrojáronse de improviso sobre ellos con el intento evidente de asesinarlos y apoderarse de este modo de los pliegos de que eran portadores.

La aparición del príncipe y sus acompañantes impidió lo segundo, y los criminales huyeron sin haber conseguido otra cosa que herirles levemente.

* * *

Terminado su interesante relato, hicieron entrega á D. Fernando de los pliegos que para él llevaban de doña Isabel y del arzobispo de Toledo.

El príncipe los leyó, reservadamente, y á pesar de su maestría en el disimulo, pareció presa de gran agitación.

El caso no era para menos.

D.ª Isabel y el arzobispo exponíanle francamente el estado en que las cosas se hallaban: la oposición de D. Enrique á su matrimonio, el peligro que corría la libertad de la princesa, ya varias veces seriamente amenazada, y la urgencia de que se pusiese en camino inmediatamente para celebrar el matrimonio antes de que D. Enrique volviese de Andalucía, donde se hallaba.

Ni la caballerosidad ni el egoismo de D. Fernando podían permanecer indiferentes á tal llamamiento.

¿Cómo desatender las súplicas de su futura, que le pedía que acudiese en su auxilio? Y por otra parte, ¿cómo no aprovechar la ocasión que se le ofrecía para realizar un matrimonio, en el que cifraba toda su ambición?

Pero él no podía, sin embargo, ponerse en camino, sin autorización de su padre, que se hallaba ausente de Zaragoza.

Además, necesitaba hombres de armas que le escoltasen hasta Valladolid y protegiesen su vida, y dinero para presentarse en Castilla con el decoro propio de su elevada gerarquía.

Ni de lo uno ni de lo otro le era fácil disponer.

Los hombres de armas los necesitaba todos el rey don Juan para sostener su guerra con los franceses, y dinero no lo había.

Las arcas del tesoro real estaban exhaustas hasta el punto de que había habido necesidad de faltar al pago de atenciones urgentes.

No obstante, D. Fernando no se arredró y, ocultando por orgullo su precaria situación, dijo á los emisarios:

—Permaneced junto á mí mientras determino lo que debe hacerse.

Y comisionó secretamente á su fiel servidor el noble Pedro Núñez Cabeza de Vaca, para que fuese á participar al rey D. Juan lo que sucedía y á pedirle en su nombre ayuda y consejo.

* * *

Hallábase D. Juan II de Aragón en Guisona, desde donde dirigía la guerra contra el de Lorena, el cual había sentado sus reales en Barcelona.

Acababa de saber el anciano rey que el francés se había apoderado de casi todo el Ampurdán, cuando recibió el emisario de su hijo.

La noticia de la premura con que la princesa Isabel exigía se celebrase su matrimonio con D. Fernando, alegró á D. Juan y le llenó al mismo tiempo de inquietud.

Aquel casamiento era la realización de sus más fervientes deseos; pero ¿cómo llevarlo á cabo en las circunstancias en que se hallaba?

Más que nunca hacíale falta el concurso de su hijo para que le ayudase en sus muchas obligaciones; y por otra parte, no podía disponer ni de hombres ni de dinero. (1)

Más que nunca hubiérale convenido concertar una tregua con el enemigo, cosa de que ya había tratado con el Conde de Foix; pero ni tal convenio podía terminarse con la premura necesaria ni era para él decoroso insistir en tal asunto, llevando como llevaba en la guerra la peor parte.

Con razón hubiérase achacado su insistencia á cobardía.

Contestó, pues, á su hijo, que esperase hasta ver que giro tomaban las cosas.

* * *

Comprendiendo los motivos que inspiraban la conducta de su padre, D. Fernando esperó, entreteniendo con buenas razones á los emisarios de la princesa; pero aquella espera no pudo ser muy larga.

Una mañana llegó á Zaragoza un ginete, que se dirigió á la mansión real, solicitando con urgencia ser recibido por D. Fernando.

---

(1) Abarca en su obra «Reyes» y Zurita en los «Anales», convienen en que los fondos de D. Juan reducíanse en aquellos instantes á la mezquina suma de trescientos *enriques*. (N. del A.)

Era D. Tomás de Paredes, quien como sabemos había partido de Valladolid, por encargo de D.ª Isabel, para que D. Fernando y sus emisarios apresurasen el viaje, en vista de que los peligros aumentaban.

Aquella nueva excitación decidió al príncipe á poner en práctica un recurso tan original como atrevido.

Llamó á su cámara á sus fieles servidores Guillén Sánchez, su copero, Pero Núñez Cabeza de Vaca, Gaspar de Espes, su mayordomo, y Ramón, hermano de éste.

Les expuso francamente la situación y la imposibilidad en que se hallaba de trasladarse á Castilla debidamente escoltado y con el rango debido á su decoro.

—Pero por otra parte,—añadió,—no debo mostrarme sordo al llamamiento de la princesa, mi futura, ni puedo desaprovechar la ocasión que se me presenta de realizar mis deseos. He aquí el plan que se me ha ocurrido para conciliarlo todo.

Con asombro de sus agentes, siguió diciendo:

—Para mejor disimular mis designios, mañana saldrá una embajada para ir á ofrecer al rey D. Enrique de Castilla, los respetos de mi padre, lo cual no puede extrañar á nadie, tratándose de dos monarcas, que aunque separados por pasajeras disensiones, son, al fin, vecinos y parientes. De este modo nadie sospechará la segunda parte de mi plan, que es la que voy á exponeros, y que por mi fé os aseguro es ingeniosa.

***

Sonriendo como si á sí mismo se felicitara por su idea, añadió:

—Los tres caballeros castellanos enviados por la princesa, partirán también por distinto camino, como si llevasen la contestación de su mensaje; pero en realidad, ha-

ciendo las veces de exploradores, pues tras ellos partiremos nosotros cinco. Vosotros cuatro viajaréis como lo que sois, como caballeros; aunque sería mejor para mi objeto, que os disfrazárais de mercaderes; y yo os acompañaré representando el humilde papel de vuestro mozo de mulas. ¡Por Dios vivo, que lo representaré bien, y que hasta fingiré torpezas para daros ocasión de que me riñáis y con ello evitar toda sospecha! Será después de todo un lance divertido, y ¿quién, por astuto que sea, ha de imaginar que llevais por criado un príncipe, poseedor de un trono, heredero de un reino y próximo á casarse con una egregia y poderosa princesa? ¿No os parece el ardid famoso y de resultado seguro?

Aprobaron los cuatro nobles el proyecto del príncipe, que fué como una demostración de la astucia que después tanto le distinguió en todos sus manejos políticos.

Hiciéronse todos los preparativos necesarios para el novelesco viaje, con el sigilo y la prudencia que el caso requería, y D. Fernando envió á su padre un emisario comunicándole lo que había decidido y despidiéndose de él.

Al día siguiente muy temprano, salieron de Zaragoza los tres emisarios de la princesa, Gutierre de Cárdenas, Alonso Palencia y Paredes; después, más tarde, á hora en que la gente pudiera verlo, salió una lucida embajada, que iba á saludar á D. Enrique de Castilla, en nombre de su tío D. Juan II de Aragón; y por último, al llegar la noche, partieron cuatro mercaderes, con un mozo de mulas de aspecto vulgar y zafio.

Los cuatro mercaderes eran los dos hermanos Espes, Cabeza de Vaca y Guillén Sánchez; en cuanto al mozo, zafio y rudo, nadie hubiera podido reconocer en él á don Fernando, príncipe de Aragón y rey de Sicilia.





CAPÍTULO LV

Las aventuras de un viaje

N la primera jornada del novelesco viaje de D. Fernando, no ocurrió nada digno de ser mencionado.

Los compañeros del príncipe intentaron tener con éste algunos miramientos, pero él se opuso, diciéndoles:

—No me comprometáis. Tratadme, no como lo que soy, sino como lo que parezco. En ello estriba el éxito de nuestra empresa.

Y no tuvieron otro remedio que complacerle.

La primera noche la pasaron en una venta, donde no era fácil que les reconociesen; sin embargo, representaron con el mayor esmero la farsa convenida.

Tanto fué así, que el príncipe durmió en la cuadra, tendido á los pies de los caballos de sus supuestos amos, mientras estos reposaban en mullidos lechos.

Y antes, cuando cenaron, él les sirvió á la mesa, comiendo luego las sobras.

¿Cómo era posible que nadie sospechase que el que tal hacía fuese un poderoso príncipe?

En adelante decidieron viajar de noche y descansar de día, pues así era más facil evitar un mal encuentro.

Todas estas precauciones retrasaban su marcha, porque además echaban siempre que podían por caminos apartados.

Tenían convenido con los que iban delante de ellos el modo cómo les avisarían si se presentaba algún peligro y hasta entonces no habían recibido ningún aviso.

***

La noche del 6 de Octubre, el príncipe y sus cuatro acompañantes llegaron á una venta inmediata á Burgo de Osma, donde debían reunirse con Palencia, Cárdenas y Paredes, que iban de avanzada, y todos juntos esperar la presentación del conde de Treviño, partidario de D.ª Isabel y encargado de escoltar desde allí á D. Fernando hasta el término de su viaje.

El conde tenía un castillo en aquellas inmediaciones; pero habíase acordado no dirigirse á él, para guardar hasta última hora el incógnito, gracias al cual, habían salido hasta entonces en bien de todos los peligros.

Apesar de estar el camino que seguían lleno de partidarios de D. Enrique y de D.ª Juana, interesados unos y otros en impedir el paso del príncipe, hasta entonces habían burlado su vigilancia, sin haber tenido ningún mal encuentro.

Era necesario, pues, seguir la misma táctica, hasta contar con una escolta numerosa, suficiente para defenderse y hasta tomar la ofensiva, si llegaba el caso.

Dicha escolta había de proporcionarla el ya citado conde de Treviño, avisado oportunamente de la llegada del príncipe.

En aquella venta debía reunírseles y juntos proseguir el camino.

Después de todo no les venían mal á los expedicionarios algunas horas de reposo, pues estaban muertos de cansancio y ateridos de frio.

También sentían los tormentos del hambre, pues durante todo el día no habían cesado de caminar para llegar á Burgo la noche de la cita.

Para no perder tiempo, no se detuvieron en parte alguna á tomar alimento.

Y era lo peor del caso que no tenían dinero, pues los escasos recursos con que salieron de Zaragoza, se habían ya agotado.

Mas no se inquietaban por ello.

El conde de Treviño pagaría, cuando se presentase, cuanto hubiesen gastado.

***

Llegaron á la venta en cuestión, y mientras D. Fernando acomodaba las caballerías en la cuadra, representando su papel de criado, Gaspar de Espes dirigióse al ventero y con toda la altanería propia de un gran señor, le dijo:

—Prepáranos habitaciones y danos de cenar lo mejor que tengas.

El ventero le miró de arriba abajo con mirada de desconfianza y replicóle:

—Bien, pero ¿quién paga el gasto?

—¿Quién te lo ha de pagar? Nosotros,—repuso Espes.

—Pues venga la paga por adelantado, porque no me fío.

—¡Cómo! ¿Osas poner en duda la buena fe de cuatro caballeros como nosotros?

—Dispensad, mas yo no sé quienes sois.

—¿Cómo se entiende?

—En estos tiempos que corremos andan por los caminos gentes disfrazadas de señores, que son grandísimos bribones. No diré yo que vosotros lo seais; mas por lo mismo no habéis de tener reparo en acceder á mi deseo, que al buen pagador no le duelen prendas. ¡Juro por mi vida que ningún farsante se ha de burlar de mí ni ha de regodearse á mi costa!

Espes consultó el caso con sus compañeros y los cuatro quedaron corridos y avergonzados.

La desconfianza del ventero les ponía en grave apuro.

Cabeza de Vaca, que tenía mal genio, se encaró con él y le dijo:

—Al punto cumple lo que mi compañero te ha ordenado, si no quieres que mi espada se encargue de darte el pago que por adelantado reclamas.

No necesitó más el villano para ponerse á gritar desaforadamente, diciendo:

—¡A mí! ¡Favor, socorro, que me matan!

Acudieron al punto algunos traginantes que había en la venta y que conversaban al amor de la lumbre.

Pusiéronse los traginantes de parte del ventero, sacaron los cuatro nobles las espadas, y en aquel momento, cuando ya iban unos y otros á venir á las manos, presentóse D. Fernando, que volvía de la cuadra.

Olvidándose de su papel, interpúsose en medio de los combatientes, preguntando, con acento imperativo:

—¿Qué ocurre?

Fueron tales su ademán y el tono de su voz, que todos bajaron las armas con inconsciente respeto.

Refirió el ventero el motivo de la contienda y D. Fernando, después de haberle oído, dijo:

—Este hombre tiene razón; pide lo que le pertenece; dejadle, pues, en paz y respetad su derecho para que él á su vez á vosotros os respete.

Estas palabras en boca de un criado, dirigiéndose á sus señores, eran en verdad extraordinarias y todos miraron con asombro al que las había dicho.

Comprendió D. Fernando por aquellas miradas, que había cometido una imprudencia olvidándose de su papel, y cambiando al punto de tono, añadió:

—No está bien, mis señores, que con este pobre hombre os enojeis por su desacato. El ignora quienes sois, que si lo supiera, tiempo faltaríale para poner á vuestra disposición cuanto posee, sin asomo de recelo. Perdonadle y acabe aquí la contienda.

Fingiendo aire de dignidad ofendida, los cuatro nobles fueron á sentarse silenciosos junto al fuego, renunciando á cenar.

El ventero llamó á parte al falso mozo y le dijo:

—Eres un bravo muchacho y á fe que mereces mejor suerte que la de servir á señores tan orgullosos. Si quieres, quédate á mi servicio y no te pesará.

D. Fernando hubo de morderse los labios para no dejar escapar la risa.

¡Un ventero haciendo proposiciones á todo un príncipe para tomarlo de criado!

El caso era en verdad peregrino.

—Lo pensaré, buen hombre,—repuso, llevándole la corriente.

Lo cual le valió que el ventero le diese para cenar las sobras de lo que habían cenado los traginantes; y á fe que á D. Fernando le supieron muy bien aquellos manjares, por el hambre que tenía, y que sus cuatro compañeros veíanle comer, con mal disimulada envidia. (1)

---

(1) Según Enríquez del Castillo en su *Crónica*, la cena de D. Fernando consistió aquella noche en un mendrugo de pan y un pedazo de tocino ahumado.—(N. del A.)

Después, muchas veces, recordando aquel suceso, don Fernando decía con cierto gracejo, que él, á pesar de ser rey, había comido el pan negro y duro de la caridad.

***

Sin que el príncipe y los cuatro nobles parasen mientes en ello, los traginantes cuchicheaban misteriosamente entre sí y les miraban, como dando á entender que ellos eran el objeto de su cuchicheo.

Uno de los traginantes decía:

—¿Os convencéis de que son ellos?

—Sí, ya no queda duda,—respondió otro.—Y el príncipe es el criado. Bien claramente lo ha dado á entender con su altanería al hablar. ¿Cuándo un mozo de mulas supo expresarse de tal modo, ni cuándo un criado así dirigirse en tal forma á sus amos, sin recibir de ellos el debido castigo por su atrevimiento?

Dirigiéndose después á uno de los traginantes, que hasta entonces había permanecido silencioso, el que había hablado primero, le dijo:

—Pues que hemos dado, al fin, con el que buscábamos, ya sabéis vuestra obligación, D. Carlos de Vargas.

—¡Silencio, imprudente!—repuso temeroso el aludido. —¿Qué necesidad tenéis de pronunciar mi nombre?

—¡Bah! Nadie nos oye.

—Pueden espiarnos como nosotros les espiamos á ellos y descubrir quienes somos.

—Nuestro disfraz nos pone á cubierto de toda sospecha.

—También el príncipe está perfectamente disfrazado y no obstante lo hemos reconocido.

—Teneis razón. Perdonad.

Y siguieron cuchicheando en voz aún más baja, como si se pusiesen de acuerdo acerca de la realización de un importante plan.

No hay que decir que los falsos traginantes eran los enviados por D Luis Hurtado, en defensa de los intereses de la reina D.ª Juana, para estorbar el viaje de D. Fernando á Castilla; y entre ellos figuraba el traidor D. Carlos de Vargas, á quien vimos partir de la cueva de la Bruja, encargado especialmente de tan delicada misión.

Poco después entraron en la venta otros tres caminantes.

Eran Palencia, Cárdenas y Paredes; los emisarios de D.ª Isabel, que precedían al príncipe en su peligroso viaje para explorar el camino, y que allí estaban citados aquella noche para ponerse todos juntos bajo la protección del conde de Treviño.

Al verles los traginantes les reconocieron en seguida, y uno de ellos exclamó:

—¡Una prueba más de que no nos equivocábamos en nuestras sospechas!

Y Vargas murmuró, recatándose de D. Tomás:

—¡Si me descubre Paredes estoy perdido!

Los tres recien llegados conferenciaron con los acompañantes del principe.

Dijéronles ellos el apuro en que se hallaban por falta de recursos, y como los comisionados llevasen dinero más que suficiente llamaron al ventero y pagáronle por adelantado una abundante cena.

Mientras D. Fernando, según su papel de criado, servía la cena á sus falsos señores, tomaba parte disimuladamente en la conversación de éstos y decidieron de este modo lo que debían hacer.

Acordaron continuar en la venta hasta la madrugada que llegaría el conde de Treviño con numerosa escolta, según noticia que llevaban los emisarios.

Entre tanto los traginantes seguían en sus misteriosas conferencias, y, como término de ellas, el de Vargas dijo á sus compañeros:

—¡Os juro, por mi nombre, que el príncipe no pasará de aquí en su viaje! ¡Yo me encargo de impedirlo!

***

De pronto llamaron la atención de todos, los armoniosos acordes de un laud que resonaron fuera de la venta.

Poco después penetró en ésta un gallardo mancebo como de diez y ocho años, imberbe y hermoso.

Vestía modestamente, y bajo el casquete adornado con la larga pluma distintiva de los trovadores, escapábase su abundante cabellera en largos y rizados bucles.

Un antifaz cubría parte de su rostro y colgaba de su cuello un laud.

Saludó á todos con una graciosa reverencia y dijo:

—La Provenza fué mi cuna y el mundo recorro cantando el amor y las gloriosas hazañas de los héroes. Pajarillo sin nido, mi misión es cantar, cantar siempre, y de mi canto vivo, pues con él alcanzo la piedad de las almas caritativas. De noble cuna, mi grandeza desdeñé por los gloriosos lauros de la poesía, y voto hice de no mostrar mi cara, hasta que nuevos timbres haya logrado para mi ilustre nombre, con mis triunfos en el palenque de las letras. Mi incógnito respetad y amparo otorgadme en pago á mis canciones.

Y á continuación, sin aguardar respuesta, acompañándose con su laud, entonó con voz dulcísima una amorosa endecha, lamentando las desventuras de una enamorada dama, víctima de las traiciones de su galán.

Al acabar de cantar, todos aplaudieron.

Saludó el trovador graciosamente y luego fué presentando su casquete uno por uno á cuantos le habían escuchado, para hacer una colecta.

Al detenerse ante Vargas, los ojos del mancebo brillaron á través del antifaz y tembló la mano con que recogía la limosna.

—¡Al fin le encuentro! —retiróse de él murmurando.— ¡Ya es mio!

El ventero consintió en darle albergue por aquella noche en el pajar, y los caballeros ofreciéronle los restos de su cena.

Aceptó él y sentóse á comer junto á Paredes.

Aprovechando esta circunstancia, inclinóse hacia el caballero y díjole en voz baja:

—Desconfiad de los traginantes; son enemigos vuestros disfrazados.

Sorprendido por estas palabras miróle D. Tomás fijamente, y entonces el trovador, de modo que nadie más que él pudiese verle, apartó un poco el antifaz que lo cubría y le mostró su rostro.

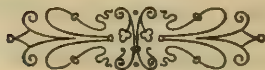
—¡Zulima! - exclamó Paredes, lleno de asombro.

—¡Silencio!—repuso ella, pues Zulima era, en efecto.— Nada digáis ni aparentéis conocerme. Disimulad y modo buscaré de daros explicación de todo.

Y siguió comiendo tranquilamente.

Después de cenar, como en acción de gracias, entonó otra canción, ensalzando el valor de los nobles caballeros que defienden con su espada la virtud y la hermosura.

Nadie hubiese podido reconocer en el trovador provenzal, á la enamorada y vengativa mora.





CAPÍTULO LVI

Un drama en la obscuridad.



o lograron hablar libremente D. Tomás y la mora y sólo pudieron quedar en encontrarse á media noche en el corral de la venta para allí darse las explicaciones debidas.

Pasado un rato el ventero cerró las puertas y todos retiráronse á descansar.

Los dos Espes, Cabeza de Vaca, Guillén Sánchez, Palencia, Gutierre de Cárdenas y Paredes á sus habitaciones respectivas, que eran todas las del piso alto de la casa; D. Fernando á la cuadra y Zulima al pajar.

En cuanto á los traginantes quedáronse en la cocina de la venta, tendidos en los bancos, envueltos en sus mantas, al amor de la lumbre.

El ventero retiróse también á su cuarto y poco después reinaba en la venta un silencio absoluto.

El pajar donde el falso trovador había de pasar la noche hallábase situado encima de la cuadra y subíase á él por una escalerilla de madera que arrancaba en el patio.

Zulima instalóse en su improvisada estancia, pero no se durmió ni se tendió siquiera sobre el blando lecho que le ofrecían los grandes montones de paja seca.

Sentada en el suelo permaneció desvelada y pensativa, diciéndose:

—Juraría que esta noche han de desarrollarse aquí grandes acontecimientos. Conviene estar alerta por si acaso.

Tampoco dormía D. Fernando.

Tendido en el suelo, junto á los caballos, meditaba en su extraña situación, que afortunadamente había de tener pronto término con la llegada del de Treviño.

Los fingidos traginantes, al quedarse solos en la cocina, entablaron en voz muy baja una animada conversación.

D. Carlos decía á sus compañeros:

—¡Os juro que esta noche quedará cumplido mi encargo!

* * *

Transcurrió una hora.

Aunque hacía bastante frio, Zulima ahogábase en el estrecho raquizamí donde por caridad habíanle permitido pasar la noche.

El polvo de la paja no la dejaba respirar apenas, y poniéndose de nuevo su antifaz, por lo que pudiera ocurrir, bajó al patio, para esperar allí la hora de la cita con Paredes.

La noche era obscura y lluviosa.

La mora refugióse en unos soportales que había ante la fachada del edificio, y protegida por ellos de la lluvia, púsose á pasear.

Una sola idea la preocupaba.

¿Cómo vengarse de Vargas?

Lo había encontrado, al fin; pero esto no significaba nada si no sabía aprovechar aquel encuentro.

—Si no me vengo de él esta misma noche,—decíase,—acaso no se me presente otra ocasión tan propicia; pero ¿cómo realizar mi intento? Y no tengo tiempo que perder, pues me consta que vienen nuevos y numerosos partidarios de D.ª Juana á reunirse con él para auxiliarle en sus proyectos; acaso estén aquí dentro de poco y entonces mi venganza será más difícil.

Acariciando con nerviosa mano la empuñadura de la daga que ocultaba entre sus ropas, añadía:

—Llegar hasta él y matarle fuérame facil, aunque luego sus compañeros me matasen á mí para vengarle. Perder la vida fuera lo que menos me importara, con tal de que él también muriese; pero es que á mi rencor y á mi odio no basta con que ese hombre muera. Sería poco para castigar la ofensa que me ha inferido. Necesito más, mucho más. Deseo que sufra como yo he sufrido, que la desesperación desgarre su alma como ha desgarrado la mía.

Exaltada por sus vengativos sentimientos, parábase, repitiendo:

—¡Morir es poco para mi venganza!

***

Oyó Zulima el ruido de una puerta que se abría sigilosamente, y se ocultó tras un poste, pensando:

—¿Será D. Tomás que acude á mi cita?

Pero aun era demasiado temprano.

Todavía faltaba más de una hora para la media noche.

Escondida vió salir de la venta un hombre.

Estremecióse, porque la obscuridad impedíale verle el rostro; parecióle que aquel hombre vestía como los traginantes.

—¿Será D. Cárlos?—preguntóse;—y si es él, ¿á qué viene aquí?

D. Cárlos era, en efecto.

Dos de sus compañeros seguíanle y quedáronse guardando la puerta, como para proteger su retirada.

Vargas avanzó hácia la cuadra.

En su diestra esgrimía un puñal, cuya acerada hoja resplandecía en la obscuridad.

Zulima adivinó el propósito de su enemigo.

Sabía que partió de Valladolid con el encargo de impedir á toda costa que D. Fernando fuese á reunirse con doña Isabel, y pensó aterrada:

—¿Se propondrá asesinarle?

Esta idea afirmóla aún más en su sospecha de que aquel hombre era su seductor.

—¡Si es él y se propone lo que temo,—murmuró,—no realizará su intento, aunque al impedirlo malogre mi venganza.

Y á favor de los postes de los soportales fuese deslizando también hácia la cuadra, sin ser vista.

Había desenvainado su daga y la empuñaba en su diestra temblorosa.

***

Rendido por la fatiga, D. Fernando habíase dormido, al fin.

Ibase acostumbrando poco á poco á las penalidades de aquella peligrosa aventura, tan contrarias á su majestad y á su condición de rey.

Tendido en el suelo y teniendo por cabecera las albardas de las caballerías de sus fingidos amos, dormía tan profundamente como lo podría haberlo hecho en el mullido lecho de su real palacio.

D. Carlos entró en la cuadra, y, para orientarse, hizo brillar la luz de una pequeña linterna que llevaba escondida entre sus ropas.

La ocultó enseguida de nuevo; pero aquella rápida claridad bastó para que viese al que buscaba y se convenciera de que dormía.

También le vió Zulima que estaba detrás de Vargas, tan cerca de él, que si hubiese vuelto la cabeza la habría descubierto.

Vargas creyó el golpe seguro y avanzó resueltamente.

Zulima avanzó tras él.

Llegó D. Carlos al sitio donde estaba tendido D. Fernando, y como caminaba á obscuras, sus pies tropezaron con el cuerpo del príncipe.

Este despertóse y se incorporó, preguntando sobresaltado:

—¿Quién va?

—¡Maldición!—murmuró Vargas, viéndose decubierto por su torpeza; mas como ya no era posible retroceder y por otra parte aún tenía sobre su adversario la ventaja de la sorpresa, hizo ademán de lanzarse sobre él.

No pudo, porque en aquel mismo instante sintió en la espalda un dolor muy agudo y oyó una voz que decía:

—¡Así deben morir los perjuros y los traidores!

—¡Muerto soy!—exclamó, cayendo al suelo bañado en sangre.

Todo esto fué rapidísimo.

D. Fernando púsose en pie de un salto y sintió que una mano fina y suave cogía la suya, al mismo tiempo que una voz respetuosa, decíale:

—¡Pronto, señor, apercibíos para la defensa! Acabo de salvar vuestra vida, quitándosela al que intentaba asesinaros; pero vuestros enemigos son varios y pronto vendrán sobre nosotros. Seguidme, que yo os ayudaré á defenderos.

Y tirando de él, le sacó al patio.

Allí, Zulima, pues no era otra la que había hablado, comenzó á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Favor! ¡Socorro! ¡Que asesinan al principe!

—¡El trovador!—exclamó estupefacto D. Fernando.

Los dos traginantes que guardaban la puerta del patio desaparecieron en el interior de la venta, reuniéronse á sus compañeros, que les esperaban en la cocina, y despavoridos y llenos de miedo abrieron la puerta que daba al camino y huyeron por ella, sin pensar siquiera en recoger sus caballos.

* * *

Toda la venta púsose en movimiento.

Acudieron los caballeros, decididos á defender la vida del príncipe, y presentáronse el ventero y los mozos con antorchas encendidas.

Todos ignoraban lo ocurrido y el mismo D. Fernando no acertaba á explicárselo ni sabía qué responder á las preguntas de los alarmados caballeros.

—Yo lo explicaré todo,—dijo Zulima.—Por razones que no son del caso sospeché de los traginantes y supuse quién era el mozo que dormía en la cuadra. El noble caballero D. Tomás de Paredes dirá si durante la cena no le previne en tal sentido.

—Así es,—asintió el caballero.

—Me propuse vigilar y hallábame en este patio, cuando uno de los traginantes salió de la venta y entró en la cuadra. Sin que me viese entré tras él, y en el momento de ir á herir al que allí dormía confiado, le herí yo á él, impidiendo de este modo su crimen. Su cuerpo, que en la cuadra yace, será prueba de lo que digo; en cuanto á los otros traginantes, han huído cobardes y asustados.

Abalanzáronse todos á la cuadra y encontraron en ella el ensangrentado cuerpo de D. Carlos.

Estaba muerto.

Zulima al reconocerlo y convencerse de que era el que tanto odiaba, exclamó:

—¡Aunque nó en la medida que reclamaba mi rencor, ya estoy vengada!





CAPÍTULO LVII

Últimos incidentes



o fué posible ya que el príncipe siguiera guardando su incógnito, puesto que había sido descubierto.

El ventero, al saber quién era, arrodillóse á sus piés pidiéndole gracia para todas sus inconveniencias y torpezas.

Ignorante aún D. Fernando de quién era Zulima y creyéndola todavía un trovador, prometióle su protección en premio al servicio que acababa de prestarle.

—No puedo aceptarla, señor, y no toméis mi renuncia á desacato; pero aquí hay quien deciros podrá las razones poderosas que para ello me asisten.

Y dirigiéndose á D. Tomás, díjole:

—Que enteréis á su alteza de quién soy os ruego y de cuanto de mi sabéis; yo completaré luego vuestro relato con la narración de lo que hasta vos mismo ignoráis.

Deferente Paredes á los deseos de la mora, refirió lo

que sabía de la historia de Zulima, causando con ello la admiración del príncipe y de los caballeros.

Llegó en su relato hasta el momento de la extraña desaparición de la mora, y entonces ella tomó la palabra para decir lo que ya sabemos y algo más que ignoramos.

Explicó su estancia en la cueva de la Bruja y cuanto en ella había averiguado, hasta el instante de su partida en persecución de Vargas.

Luego dijo:

—Os hago gracia de los peligros que he desafiado y de las penalidades que he sufrido en mi viaje. Encontré, al fin, el rastro del que iba buscando, y lo seguí disfrazada. Así llegué á esta venta, donde logré verme frente á frente con D. Carlos. Le reconocí bajo su disfraz de traginante.

Su presencia aquí me hizo sospechar su intento, como por los datos que tenía adiviné quién era el príncipe. Me propuse realizar mi vengarza é impedir el crimen de Vargas, y ya sabéis cómo he cumplido lo uno y lo otro. Ahora ya sólo me resta volver junto á mi padre para implorar su perdón y llorar en sus brazos mi desengaño y mi vergüenza.

Y terminó diciendo:

—¡Respetad y compadeced á una infeliz, que perdió la honra por amor y que ha sabido recuperarla vengándose del que abusó de ella!

* * *

Todos ofreciéronle el testimonio de su consideración y su simpatía, y D. Fernando le dijo:

—Si volver junto á vuestro padre deseáis, yo me encargo de proporcionaros escolta que vuestro viaje asegure, librándoos durante él de todo peligro.

Y Paredes añadió:

—A vuestra disposición guardo en mi palacio las ri-

quezas que Vargas ocultaba entre sus ropas que os pertenecen, puesto que de vos provenían.

Mostróse ella muy agradecida á estas atenciones y cambiando de asunto dijo:

—Pero no es bien que así perdáis el tiempo, cuando de nuevos peligros os halláis quizá amenazados. Sabed, que los partidarios de D.ª Juana se dirigen en gran número á este sitio; yo les encontré en mi camino y pude enterarme de sus propósitos. Tal vez hayan corrido en su busca los falsos traginantes que huyeron. Pueden llegar de un momento á otro, dispuestos á vengar la muerte de Vargas; y como son muchos, de nada os serviría vuestro valor para defenderos de ellos.

Esta advertencia era demasiado importante para que la desatendiesen.

Deliberaron lo que debían hacer; y como el conde de Treviño podía tardar aún algunas horas en llegar á la venta, decidieron partir á su encuentro, dirigiéndose á su castillo.

El descanso que habían tomado, aunque breve, permitíales ponerse otra vez en marcha.

—Vos venís con nosotros,—dijo D. Fernando á Zulima;—que si los amigos de Vargas os encontrasen os matarían, y no es bien que os abandonemos después del valioso servicio que me habéis prestado.

Aceptó ella, el ventero proporcionó caballos para la mora, y el príncipe y pusiéronse en marcha.

***

La lluvia había arreciado, lo que les obligaba á avanzar lentamente, por lo resbaladizo del camino.

Aún no habían acabado los incidentes y las penalidades de aquel novelesco viaje.

Calados hasta los huesos, por la lluvia torrencial que sobre ellos caía, avanzaban en la obscuridad, atentos al menor ruído, para prevenir cualquier sorpresa.

Llegados al pie de la colina sobre la que se levantaba el castillo del conde de Treviño, detuviéronse al oir el galope de un caballo que se acercaba á ellos.

A poco destacóse en un recodo del camino la silueta de un ginete.

Paredes se adelantó algunos pasos, preguntando:

—¿Quién vá?

Resonó un grito de alegría y el ginete se acercó á don Tomás.

Este púsose en guardia, agregando:

—¡Decid, pronto, quién sois!

—¿No me conoces?—respondió el otro.

—¡Rodrigo!—exclamó D. Tomás, apenas hubo oido su voz.

—El mismo.

Abrazáronse los dos hermanos y dirigiéronse juntos al sitio donde esperaban D. Fernando y sus acompañantes.

Paredes presentó á D. Rodrigo y éste dijo, cómo enterado de la difícil y delicada misión que á su hermano encargó la princesa, había partido en su busca para auxiliarle, si necesitaba su ayuda.

La casualidad había hecho que se encontrasen.

Prosiguieron todos juntos la marcha, y mientras subían la empinada cuesta por la que se llegaba ante las murallas del castillo á donde se dirigían, los dos hermanos diéronse mútuas explicaciones de todo.

El viaje de D. Rodrigo no había ofrecido particularidad alguna digna de ser mencionada.

* * *

Al fin llegaron ante los muros de la fortaleza de Treviño.

Gaspar de Espes tocó su bocina y el centinela preguntó desde el adarve quiénes eran y qué deseaban.

Cometió Espes la torpeza de no pronunciar el nombre del príncipe ni darse á conocer.

—Gente de paz,—limitóse á decir.

Y como en el castillo abrigaban temores de una sorpresa y de un asalto nocturno, el centinela, tomándolos por enemigos, arrojó desde el adarve una inmensa piedra que pasó rozando la cabeza del príncipe, faltando poco para que le aplastase.

Lanzaron todos un grito de espanto y entonces intentaron darse á conocer.

Costóles trabajo conseguirlo; pero al fin, enterado el conde de lo que ocurría, acudió á las murallas, y bastóle oir la voz de D. Fernando para reconocerle.

Ordenó en seguida que se bajase el puente levadizo y entraron en la fortaleza.

El conde recibióles con afabilidad y respeto y dijo á D. Fernando:

—Disponíame á partir en vuestra busca con la escolta que ha de acompañaros hasta el término de vuestro viaje.

Explicáronle las causas que les habían determinado á no esperarle en el sitio convenido y decidieron partir de allí á algunas horas.

Mientras tanto entregáronse al descanso, que bien lo necesitaban.

A la mañana siguiente siguieron el viaje en dirección á Castilla, con el conde de Treviño y debidamente escoltados.

D. Fernando abandonó su disfraz de mozo.

Al cabo de algunas jornadas, cuando ya no había peligro, como no era bien ni decoroso que Zulima continuase viajando en compañía del príncipe, disfrazada de trovador, decidieron que se separase de la comitiva y siguie-

se hácia Valladolid, por distinto camino, con D. Rodrigo de Paredes, encargado de protegerla.

Asi se hizo, prometiéndose todos volver á verse en Valladolid, cuando á dicha ciudad arribaran.





CAPÍTULO LVIII

La impaciencia del amor



IENTRAS se realizaba, con todos sus incidentes, el novelesco viaje que hemos relatado, D.ª Isabel, en Valladolid, esperaba el resultado de él, presa de toda clase de inquietudes y ansias.

Por el secreto necesario en tales negociaciones, no podía comunicar sus temores más que á personas á ella muy allegadas y muy adictas á su persona, siendo sus fieles damas de honor D.ª María de la Torre y D.ª Beatriz de Bobadilla, sus confidentes predilectas.

Hablando con ellas, solía decirles, temblorosa la voz y bañados en llanto los hermosos ojos:

—¿Qué me reservará el destino? ¿Acudirá D. Fernando á mi llamamiento? Si acude, ¿vencerá los peligros que le amenazarán en su camino? Y si los vence, ¿no se levantarán después otros obstáculos que se opongan á nuestra unión?

Las damas procuraban reanimarla é infundirle esperanza y valor, y ella respondíales:

—La fe no me falta. La tengo, acaso excesiva, pues segura hállome de que mis propósitos son buenos y de que Dios, por lo tanto, no podrá menos de protegerlos, en su bondad y en su justicia; mas ejemplos ofrécenos la realidad, de que por inexcrutables designios de la Providencia, no siempre el triunfo está de parte de lo bueno y lo justo, y, si el mío es uno de esos casos, ignoro si fuerzas tendré para resignarme á sufrir un desengaño tan grande.

Otras veces, hablando como mujer, que tal era, al fin, aunque adornada de extraordinarias cualidades, decía:

—Temor me asalta de que si D. Fernando viene, inferior me halle á la opinión que de mí tenga formada é indigna me juzgue de su amor. Si tal sucede y conmigo se une, será solo por interés y conveniencia, lo cual haría nuestro matrimonio desgraciado; que los matrimonios que no tienen por base el amor, aun siendo de príncipes, no pueden ser dichosos. Como que el matrimonio no es, al fin, sino un sacramento instituído por Dios mismo, para santificar el amor de dos almas.

A estas razones, D.ª María y D.ª Beatriz protestaban indignadas.

¿Cómo era posible que la princesa tal temiese, habiéndola adornado Dios con todas las bellezas del cuerpo, todas las dotes de la inteligencia y todas las virtudes del alma? Rendido y enamorado había de caer D. Fernando á sus piés, en cuanto alcanzase á verla.

Isabel replicábales:

—De vuestra opinión no me fío, pues el afecto que me profesáis la hace peligrosa.

A veces sus damas decíanle:

—¿Y si ocurriese lo contrario? ¿Y si fuérais vos la que encontráseis á D. Fernando indigno de vuestro amor?

—No puede ser,—contestaba la princesa;—porque aunque sus dotes personales no fuesen tales como la fama las

ha hecho llegar hasta mí, representándomelo como un apuesto y gallardo caballero, siempre quedarían su generosidad y su valor, que son los que han encendido mi pasión por él. Equivocarme en cuanto al cuerpo me importa poco, mientras acierte respecto al alma en la imágen que de él tengo formada.

Con lo cual daba á entender una vez más su discreción en todo, hasta en los sentimientos, que son los que más fácilmente escapan al dominio de la razón y de la lógica.

* * *

Llegó en esto la noche del 9 de Octubre del año 1469, que corría.

Durante todo el día, la princesa estuvo más triste y melancólica que de ordinario.

Por la tarde fué á orar al templo, cubierta con negro manto, como si hiciese penitencia, y los que la vieron pasar de aquel modo, pensaron:

—Algún pesar grande la agobia y busca en la oración su consuelo.

Fué á orar por D. Fernando, del que no tenía noticias desde que le envió sus emisarios, para que acudiese en su auxilio y le cumpliese la promesa de casamiento entre los dos concertada.

Regresó ya de noche á su alojamiento y encerróse en su cámara, prohibiendo hasta á sus damas predilectas que la interrumpiesen con excusa alguna, fuera lo que fuera.

A solas, D.ª Isabel lloró y prosiguió rezando.

En sus oraciones decía fervorosamente:

—Señor de cielo y tierra, á cuyo poder sin límites se halla todo sujeto y á cuya sabiduría no escapa ni el detalle más insignificante de la vida de los seres; pues que en

mi corazón habéis hecho brotar este amor que me domina, porque á vuestros designios conviene será y modo me daréis de realizarlo, á pesar de todos los obstáculos que las miserias humanas me opongan á él; que fuera dudar de vuestra justicia, ofendiéndoos con ello, suponer que me habéis infundido tal sentimiento, para dejarlo sin realización y con él hacerme desgraciada; mas si á vuestra voluntad conviene que mis deseos no se cumplan y me condenáis al desengaño, hacédmelo saber pronto y humilde y resignada acataré vuestras disposiciones. En caso contrario, compadecéos de mí y poned término á esta ansiedad que me devora.

Y lloraba, con la cabeza hundida entre las manos y los codos apoyados en el reclinatorio en que se hallaba arrodillada.

* * *

Las meditaciones y plegarias de D.ª Isabel fueron interrumpidas por la presencia de sus damas, que entraron alborozadas, exclamando:

—¡Albricias, señora, albricias!

Era poco accesible la princesa á los arrebatos de la cólera, y no obstante mostróse enojada por aquella interrupción, un tanto irrespetuosa.

Levantándose del reclinatorio, dijo severa:

—¿Orden no os dí, de que por motivo alguno viniérais á molestarme?

Con gran admiración suya, sus damas sonrieron, en vez de mostrarse confundidas por la justa reprimenda, y doña Beatriz, más atrevida y animosa que su compañera, repuso:

—En alegría se trocará vuestro enojo, señora, cuando sepáis la causa que motiva nuestro atrevimiento. ¿Cómo, sin razón poderosa que lo justificase, habíamos de osar desobedecer vuestros mandatos?

Y acercándose á ella, añadió:

—Acaban de llegar los emisarios que enviásteis á don Fernando.

Una exclamación de alegre sorpresa escapóse de los labios de D.ª Isabel.

—¡Al fin!—dijo.—¡Dios ha escuchado mis súplicas!

Y cogiendo cariñosa las manos de sus damas y estrechándolas entre las suyas, añadió:

—Perdonad, amigas mías, si injusta os reproché antes lo que por el contrario debo agradeceros. Pero ¿por qué no habéis traido los emisarios á mi presencia, sabiendo como sabéis el ansia con que les aguardo?

—Aguardan vuestra venia para presentarse á vos.

—Que entren, que entren enseguida.

Y ella misma fué á levantar el tapiz que cubría la puerta de la cámara.

* * *

Presentáronse Gutierre de Cárdenas, Palencia y Paredes, con D. Juan de Viveros, dueño de la casa, y la esposa de éste, llamada D.ª María.

—Bien venidos seáis, mis buenos amigos y fieles servidores,—les dijo la princesa, dándoles á besar su mano.—Dios ha escuchado mis votos, pues sanos y salvos os vuelve junto á mí. Con impaciencia os aguardaba y el temor de los peligros que sin duda habéis desafiado por servirme, háme atormentado durante vuestra ausencia. Espacio quedará para manifestaros y probaros mi gratitud, tal como merecéis; pero ante todo, decidme: ¿qué nuevas me traéis de D. Fernando?

Adelantóse Cárdenas, y después de saludar con el debido acatamiento, repuso:

—Nuestro señor el príncipe hállase en la vecina villa de Dueñas, á donde llegado habemos hace algunas horas.

Al mismo tiempo que á daros cuenta del desempeño de la misión que nos confiasteis, en su nombre venimos á ofreceros sus respetos y á solicitar vuestra venia para venir él en persona á tributaros el homenaje de su amor.

—¡D. Fernando aquí!—exclamó D.ª Isabel, llena de gozo.—Honor ha hecho á mi llamamiento y gratitud le debo por su premura en complacerme. Su viaje y el vuestro relatadme con todos sus pormenores.

Tomó la palabra Palencia, más apto que sus compañeros para hacer el relato pedido, por su condición de cronista, y refirió con todos sus detalles los incidentes del viaje que nos son ya conocidos.

Oyéndole, la princesa y cuantos la rodeaban manifestaron más de una vez su admiración.

Cuando Palencia hubo terminado, la princesa dijo á los emisarios:

—A D. Fernando volved y de mi parte decidle que tanto como él ansío verle y personalmente darle las gracias por su rendimiento; mas por lo mismo que tengo en tanto la nobleza de su persona y las pruebas de adhesión que acaba de darme, no quiero que en Valladolid entre de incógnito, como ha viajado, sino con todos los honores que le corresponden. Para ello, preciso es el consentimiento de mi hermano D. Enrique á nuestra unión, y voy á solicitarlo por última vez. Que aplace nuestra entrevista por unos dias y se resigne con esta demora, como yo me resigno, pues así lo exigen su propia grandeza y mi decoro. Id, no os detengáis y repetidle lo que os digo.

Salieron los emisarios en compañía de D. Juan, y doña Isabel, arrojándose en los brazos de sus damas, les dijo:

—¡Ya está aquí! ¡Me ama, pues que tantos sacrificios ha realizado y á tales peligros se ha expuesto por venir á cumplirme su palabra!

Y al decir esto lloraba de ternura y de alegria.



CAPÍTULO LIX

La serenata



QUELLA misma noche, dando muestras de una actividad que fué siempre la nota más saliente de su caracter, D.ª Isabel envió emisarios al almirante D. Fadrique y al arzobispo de Toledo, los más decididos partidarios de su matrimonio con D. Fernando, participándoles el feliz arribo del príncipe.

Además escribió á su hermano D. Enrique una carta llena de respetuosa firmeza, en la que le decía que estaba resuelta á casarse con el elegido de su corazón; que depusiese, pues, su actitud, contraria á tal enlace, que la autorizara y que considerase á su futuro esposo y á ella como á sus más humildes y obedientes vasallos.

Envió la carta á su destino, por persona de toda su confianza, y quedó aguardando impaciente la respuesta.

—Hasta saber la decisión de Enrique,—dijo,—no recibiré á D. Fernando, aunque mi corazón anhela verle; pero por lo mismo que le quiero tanto, deseo que se presen-

te á mí con los honores que le corresponden y no de incógnito, á escondidas y como quien comete un crimen.

Todos aprobaron su decisión, admirando á su vez la firmeza de su caracter, que se sobreponía á sus mismos sentimientos.

Nadie como D.ª Isabel tuvo nunca convencimiento tan absoluto del respeto debido á su propia dignidad.

* * *

Sola en su cámara, después de haber tomado las disposiciones que quedan indicadas, la princesa entregóse sin reservas á su alegría y á sus amorosos pensamientos.

Los ensueños que en otro tiempo había acariciado como una quimera, iban realizándose poco á poco.

—¿Se realizarán en todas sus partes?—preguntábase.—¿Será esta dichosa unión, que ya tengo por segura, origen de todas las grandezas soñadas?

Y echando á volar su imaginación, veíase sentada en un trono ante el cual se inclinaban humildes millones de vasallos que la bendecían y aclamaban, por deberle su prosperidad y su dicha.

No eran en ella vanidad estos ensueños; eran como un presentimiento, como un anuncio de las glorias y grandezas que el porvenir le reservaba.

Radiante el rostro de fe y esperanza y humedecidos los ojos por un júbilo cuya causa ella misma no acertaba á explicarse, exclamaba, juntando las manos y dirigiendo la mirada á la imagen de la Virgen, que en un precioso templete gótico había á la cabecera de su lecho:

—¡Haced, Reina del cielo, que mis deseos se cumplan, no por mí, sino por bien del noble pueblo, cuyos destinos algún día acaso se hallen sujetos á mi voluntad!

* * *

Aunque era ya muy tarde, D.ª Isabel no pensaba en entregarse al descanso, y permanecía levantada, abstraída en sus pensamientos.

—Pero no me basta realizar todo lo que ambiciono,—pensaba.—Al mismo tiempo que la felicidad de los otros quiero también la mía, y para la mía no basta la realización de mis ilusiones de grandeza; necesito también que del mismo modo se realicen mis ilusiones de amor.

Suspirando preguntábase:

—¿Me amará Fernando, ó consentirá en casarse conmigo, sólo por razones de conveniencia? Si de ello me convenciese creo que renunciaría á esta unión que tanto ansío. Pues qué? porque sea heredera de un trono y porque sangre real corra por mis venas, ¿he de ser inferior á la mujer más plebeya, en lo de no merecer que un hombre me ame? ¿Y he de verme privada, por mi misma grandeza, de gustar las delicias del amor? ¡Oh, no puede ser, sería injusto!

Y tornando de nuevo sus miradas á la imágen de la Virgen, exclamaba fervorosa:

—¡Madre mía! ¡Sed indulgente y dadme con el amor la dicha!

Isabel había nacido para reina; pero no por eso dejaba de ser mujer, y su corazón era sensible, y débil al amor, como el de todas las mujeres.

* * *

Las reflexiones de la princesa fueron interrumpidas por los melodiosos sones de una cítara, que resonaron dulces y misteriosos en el silencio de la noche.

Isabel escuchó primero sorprendida y luego murmuró melancólica:

—El enamorado galán de alguna de mis damas, que

viene á darle serenata para arrullar su sueño con sus cantos de amor.

Y añadió, suspirando:

—¡Feliz la que tales pruebas de cariño merece y consigue! ¿Por qué á mí ha de estarme vedado gozar de ellas?

A los acordes de la cítara unióse una voz de hombre, entonando una amorosa canción.

La princesa escuchaba con religioso silencio.

De repente estremecióse y la alegría iluminó su hermoso semblante.

El nocturno cantor acababa de pronunciar su nombre.

—¡La serenata es á mí, puesto que me nombra!—exclamó Isabel.—¿Y quién más que D. Fernando puede ser el que al pie de mis ventanas canta sus amores? ¿Será posible, Dios santo, dicha tan inmensa?

Siguió escuchando con creciente ansiedad, y lágrimas de ternura y de júbilo humedecieron sus ojos.

—¡Sí, era D. Fernando!

En su canción aludía á los peligros del viaje que había realizado, sólo para tener la dicha de postrarse á sus piés rendido de amor.

Sin poder contenerse, la princesa corrió á la ventana y la abrió.

En la obscuridad de la calle distinguíase confusamente la figura de un arrogante caballero, que al ver abrirse el ventanal, inclinóse con muestras de rendido acatamiento.

Pasados unos instantes acabó el canto, el caballero retiróse, y la princesa cerró la ventana y se acostó, diciéndose gozosa:

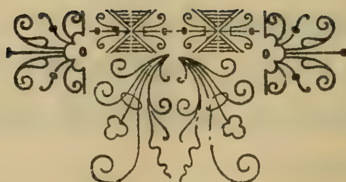
—¡Era él y me ama, puesto que viene á cantarme sus amores!

A partir desde aquel día, las nocturnas serenatas repitiéronse todas las noches.

Isabel lo ocultó á todos; pero los que la veían con frecuencia y la trataban con intimidad, advirtieron en ella un cambio notable.

Estaba alegre y parecía haber embellecido aún más.

Era que su corazón gustaba por vez primera las inefables delicias del verdadero amor.





CAPÍTULO LX

Amores reales



olvió el emisario enviado á D. Enrique, sin respuesta alguna para su hermana.

El rey llevó su indignación hasta el punto de no dignarse contestar siquiera á la respetuosa carta que le escribió doña Isabel.

La princesa al saberlo, dijo:

—Puesto que él mismo me obliga á la desobediencia, sea suya y no mía la responsabilidad de lo que ocurra.

Y llamó al arzobispo de Toledo, que ya se había trasladado á Valladolid en previsión de los sucesos que iban á desarrollarse, y al almirante D. Fadrique, conviniendo con ellos en celebrar una entrevista con D. Fernando y acelerar todo lo posible la boda.

Ya los dos indicados personajes y otros de los más nobles entre los partidarios de D.ª Isabel, habíanse trasladado en días anteriores á Dueñas, para ofrecer sus respetos al príncipe.

Preparóse todo para la indicada entrevista y ésta tuvo lugar la noche del 14 de Octubre, esto es, cinco días des-

pués de la llegada de D. Fernando, el cual ya comenzaba á cansarse con tanta demora.

* * *

Convínose que aquella primera entrevista fuese secreta, y D. Fernando llegó á Valladolid á la media noche, acompañándole sólo los cuatro caballeros que habían ido con él desde Aragón.

D.ª Isabel esperaba impaciente.

Sus damas quisieron esmerarse aquel día en el atavío de su persona, realzando su hermosura con joyas y adornos, pero ella se opuso, diciendo:

—Véame mi futuro esposo tal como soy y no como el arte de postizos encantos me haga parecer, que desengaño sensible sería el que luego me encontrase inferior á lo imaginado.

Esperábale, pues, vestida con su sencillez acostumbrada; pero quizá por lo mismo más bella.

No obstante su carencia absoluta de coquetería, preguntábase inquieta:

—¿Seré de su agrado?

Y sus damas, adivinando sus pensamientos, sonreían como para animarla.

Apenas anunciaron la llegada del príncipe, el arzobispo salió á recibirle, para conducirlo á presencia de doña Isabel.

También D. Fernando parecía emocionado.

Gutierre de Cárdenas esperaba en la antecámara.

En cuanto vió aparecer al principe, precipitóse en la cámara de D.ª Isabel, exclamando:

—¡Ahí está! ¡Ese es, ese es! (1)

---

(1) Según Palencia, las palabras *ese es, ese es*, pronunciadas por Cárdenas en tal momento, fueron el origen de las dos *SS* que figuraron después en el escudo de los reyes Católicos.—(N. del A.)

El arzobispo condujo de la mano á D. Fernando hasta D.ª Isabel, y él se arrodilló á sus plantas, diciendo:

—Sea tenido por el más feliz de mi existencia, este instante en el que alcanzo la dicha de admiraros y ofreceros el testimonio de mi respeto y mi amor.

Tan emocionada estaba la princesa, que no acertó ni á contestar al pronto.

Al fin dijo, dando á besar su mano al príncipe:

—Levantaos y sed bien venido. Mi corazón os aguardaba impaciente.

Con discreción plausible el arzobispo retiróse, indicando á los demás que le imitasen, y los dos futuros esposos quedaron solos.

* * *

D.ª Isabel repúsose pronto de su emoción, recobrando la energía y serenidad que le eran propias.

Miraba al príncipe fijamente y parecía satisfecha del examen á que lo sometía.

—Es aún más apuesto y arrogante de lo que yo imaginaba,—pensó.

D. Fernando, á su vez, contemplábala sonriendo.

La princesa fué la primera en hablar.

—Nadie nos escucha más que Dios,—dijo solemnemente.—En su nombre os pido que me habléis con franqueza. Decidido venís á casaros conmigo, pero ignoro aún vuestros sentimientos respecto á mí. No me conocíais y en vuestra determinación pudieran tener más parte el interés y la conveniencia que el amor. Si es así, decídmelo sin vacilar y no temáis que me ofenda. Al corazón no se le obliga á amar. Pero sí os advierto, que si á esta unión no os inclinan espontáneamente vuestros sentimientos, me opondré á ella con tanto empeño como antes la he procurado, pues el ser príncipes no nos dispensa de llenar to-

dos los requisitos de un buen matrimonio, y no puede haber buen matrimonio donde no hay amor.

Bastaron estas palabras para que D. Fernando comprendiese toda la noble superioridad del alma de la princesa, y convencido de que para con ella no servían las razones que hubiesen bastado para convencer á otra mujer vulgar cualquiera, respondióle:

—Con la franqueza que me pedís os hablo. Hubo siempre en mí hacia vos respeto por vuestras virtudes y admiración por vuestro talento, que de unas y otro llegó el eco hasta mis oidos, llevado por la fama de vuestros méritos; pero amor no lo hubo en un principio. Luego sí, luego, aun sin conoceros; cuando, cual si obedeciese á una inspiración sobrenatural, concebí la idea de unir al vuestro mi destino, despertóse en mi corazón un amor misterioso que crecía á medida que aumentaba mi empeño en mereceros y en conseguiros. Y si no más que por pensar en vos, sin conoceros os amé, ¿cómo no queréis que más os ame, después de haberos visto?

Arrodillándose de nuevo á sus plantas, exclamó:

—¡Hago mal en decir que os amo! ¡Os adoro! Lo mismo os querría aunque no fuérais princesa, y á todas mis grandezas renunciara gustoso, si ello fuera preciso para seguir amándoos.

* * *

¿Cómo dudar de tan vehementes y discretas palabras? Disipáronse todos los recelos de Isabel y ésta envolvió al príncipe en una mirada de inefable ternura.

El preguntó:

—Y vos, que por mi amor me interrogáis, ¿lo correspondéis?

—Si así no fuese,—respondió con noble sinceridad la princesa,—¿tendría tanto empeño en convencerme de si

de vos soy querida? También os amé sin conoceros y también al contemplaros por vez primera encuentro justificado mi cariño y me siento orgullosa de él. Amémonos, pues, D. Fernando; santifiquemos nuestro amor con el matrimonio, y una vez unidos cumplamos nuestros deberes como esposos y como príncipes. Quién sabe si Dios nos tendrá reservados para grandes empresas. Si así no fuere, velemos, por lo menos, por nuestra tranquilidad y nuestra dicha; pero estemos siempre prontos á sacrificarlo todo para cumplir la voluntad de Dios.

Y habló con entusiasmo de aquellas grandezas que había soñado tantas veces.

D. Fernando escuchábala, diciéndose:

—Me ama y tiene talento, resolución y energía. ¡Es la mujer por mí soñada!

Cuando se despidieron, convenido su enlace, de acuerdo con el arzobispo, para plazo muy breve, los dos mostrábanse felices y rendidamente enamorados.





CAPÍTULO LXI

¡Al fin unidos!



Cuatro días después de haber tenido lugar la entrevista consignada en el capítulo anterior, ó sea el 18 de Octubre de 1469, D. Fernando salió al anochecer de Dueñas para celebrar una segunda y pública entrevista con su futura esposa.

Fueron en su busca el arzobispo de Toledo, el almirante D. Fadrique y otros muchos nobles caballeros adictos á D.ª Isabel, y en Valladolid esperábanle en las calles la población toda, que le dispensó un entusiasta recibimiento.

A su paso engalanábanse con colgaduras é ilumínábanse con antorchas los balcones y ventanas de todas las viviendas, desde el palacio más lujoso á la casa más humilde.

Prueba elocuente de la satisfacción con que era vista por todos su llegada.

Echáronse las campanas al vuelo y hubo aclamaciones y otras públicas muestras de regocijo.

D. Fernando sonreía satisfecho y pareció bien á todos por su apostura y gallardía.

Llegado que hubo á la residencia de D.ª Isabel, recibióle ésta rodeada de sus damas, radiante de hermosura y alegría.

Dióle á besar su mano y él le dijo:

—Bien demuestra vuestro pueblo la estima en que os tiene, pues las aclamaciones con que me recibe, por pruebas de afecto á vos las tomo, más que por indicios de adhesión á mi persona.

Y ella respondióle:

—Cuando unidos estemos por el lazo santo del matrimonio, procuremos conservar para los dos ese cariño, el cual podrá ser un día base de nuestra prosperidad y nuestra ventura. Mi pueblo ve gustoso nuestra unión, como acaba de demostraros; no defraudemos las esperanzas que en ella haya fundado.

* * *

Aquella segunda entrevista tenía por principal objeto la lectura de los contratos matrimoniales, presentados por D. Fernando, con la aprobación de su padre el rey don Juan II de Aragón.

El príncipe los ofreció á D.ª Isabel, hincada una rodilla en tierra, diciéndole:

—Consideradlos como la prueba más grande de amor que pudiera daros.

Y lo eran, en efecto, pues jamás esposo alguno mostróse más pródigo en conceder ni más circunspecto en pedir.

Empeñado el príncipe en que nada estorbase ni retrasara la celebración de aquel enlace, adelantóse á otorgar cuanto los más exigentes hubieran podido demandarle;

tanto fué así, que los nobles presentes á la lectura prorrumpieron en aplausos.

No podía desearse más generosidad ni acatamiento (1).

D. Fernando sometíase en absoluto á D.ª Isabel.

Y ella, considerando aquel rendimiento como una prueba de verdadero amor, le sonrió cariñosa.

Leídos los contratos, el arzobispo de Toledo presentó una bula del papa Pío II, firmada por éste con anterioridad, en previsión de aquel enlace, dispensando el parentesco de consanguinidad que existía entre los dos contrayentes; de modo que ningún requisito faltaba ni ningún obstáculo oponíase á que el matrimonio se celebrase (2).

En vista de lo cual, se acordó no demorarlo más tiempo.

* * *

Al día siguiente, 19 de Octubre de 1469, firmáronse solemnemente los esponsales de los dos futuros esposos, ante numerosa y lucida representación de la nobleza castellana; y cuatro días después, el 23, celebróse el matrimonio, con gran pompa, en la iglesia de Santa María.

Fueron padrinos de la boda el almirante D. Fadrique y la esposa de D. Juan de Vivero, llamada D.ª María, de

---

(1) Según Castillo, que en su Crónica inserta la letra de dichas capitulaciones, los principales términos de ellas eran: que acataría á D. Enrique; que conconsumado el matrimonio, D. Fernando residiría en Castilla, de donde no podría salir sin permiso de su esposa; que si Dios les diese hijos, no los sacaría de estos reinos sin voluntad de ella; que todas sus escrituras se firmarían en nombre de los dos; que no se proveerían oficios ni fortalezas sino en naturales del reino; que el príncipe no haría guerras ni alianzas sin anuencia de su esposa; por último, que no habría innovación alguna en los usos y leyes.—N. del A.

(2) Convienen Mariana y otros ilustres historiadores, en que la bula pontificia que presentó el arzobispo de Toledo, autorizada con la firma de Pío II, á la sazón ya difunto, era apócrifa, falsificada por el antedicho prelado de acuerdo con el rey de Aragón, para facilitar aquel enlace; pero sin conocimiento de los contrayentes. Así debió ser por cuanto dos años después, el 1471, el papa Sixto IV expidió una segunda bula legitimando aquel matrimonio. En ella no se hacía mención de la primera, y para darle cumplimiento, los príncipes hubieron de separarse un corto plazo y volver á casarse.—N. del A.

la que ya hemos hecho alguna vez mención, oficiando el arzobispo de Toledo, asistido por los obispo de Segovia y Sigüenza.

En celebración de tan fausto acontecimiento, hubo en Valladolid espléndidas fiestas, que duraron una semana, y muchos nobles, hasta entonces indecisos ó más inclinados al partido de D. Enrique ó al de la *Beltraneja*, aprovecharon la ocasión para declararse adictos á D.ª Isabel, cuyo porvenir veían asegurado con aquel matrimonio.

Los príncipes escribieron una carta á D. Enrique, en la que le pedían perdón por haberle desobedecido y le reiteraban su respeto.

No obtuvieron respuesta.

El rey, vuelto ya á Segovia de su expedición á Andalucía, reconociéndose impotente para destruir los hechos consumados, en su enojo, hasta prohibió que se pronunciase en su presencia el nombre de los príncipes; pero mientras él devoraba su indignación, avivada por Pacheco, más enfurecido aún que él al verse burlado en sus planes, los recien casados eran felices, pues veían cumplidos sus deseos.

El amor había triunfado de la ambición, la injusticia y las malas artes.





CAPÍTULO LXII

En el torneo



ntre las fiestas celebradas para solemnizar la unión de los dos príncipes, figuró un torneo, en el que tomaron parte los más nobles caballeros, verificado en la plaza pública y presidido por D.ª Isabel y D. Fernando.

Hermosas damas ocupaban estrados levantados al efecto, y en uno de ellos veíase á doña Leonor de Padilla, radiante de belleza y de lujo.

D. Tomás al verla estremecióse, tomando parte igual en su natural emoción el amor y el odio.

Había querido demasiado á aquella mujer para poderla contemplar tranquilo, y por otra parte no podía olvidar al verla, que había atentado, por ambición, contra la vida de su hermano.

Ella, coqueta y atrevida, sonrióle como si le invitara á acercarse, pero él no hizo caso de su sonrisa; y habiendo vencido en una de las justas, fué á ofrecer el trofeo de su

victoria á los pies de una dama desconocida, que llamaba la atención de todos por su lujo y hermosura.

Era Zulima.

D.ª Leonor mordióse los labios despechada y murmuró colérica:

—¡Me desprecia! ¡El insensato! Por amor propio he de conseguir verlo de nuevo postrado á mis pies, para burlarme de él y gozarme en martirizarle.

Y extremó sus coqueterías para atraerse de nuevo á su antiguo adorador; pero fué inútil, pues él siguió sin hacerle caso.

Vió D.ª Leonor las distinciones y los agasajos de que los príncipes hacían objeto á los dos hermanos Paredes, pretendiendo demostrarles de este modo la estima en que les tenían por los servicios prestados, y la orgullosa dama pensó:

—Necia fuí en despreciarle por su humildad, pues bien claro veo que goza del favor de los príncipes y se halla en camino de hacer fortuna.

Y no pudiendo dominar por más tiempo su despecho y su enojo, retiróse de la fiesta antes de que concluyese, pensando:

—Poco he de poder si no consigo encadenar otra vez ese hombre á mi voluntad, atrayéndole con el cebo de mis hechizos.

***

En otro estrado había otra dama, también desconocida para todos, como la mora, y también hermosa.

Era Margarita la ventera, convertida en gran señora por su alianza con D. Pedro de Fonseca, el cual era de los caballeros que al fin habíanse declarado abiertamente partidarios de los príncipes.

Zulima reconoció en Margarita á la falsa bruja que

tan gran servicio le había prestado, y la saludó con una sonrisa.

Luego, terminada la fiesta, fué á su encuentro, y la saludó con efusión, diciéndole:

—Gracias á vos, realicé mi venganza, y ya que no de otro modo, con mi cariño y mi agradecimiento eternos os pagaré el favor que me hicisteis.

—Pagádmelo con vuestra amistad y me basta,—le respondió Margarita, quien en el hablar, en los ademanes y en todo, habia tomado aires de gran dama.—Frecuentad mi casa, en la que tendré á gran honor recibiros, y seamos desde ahora más dos hermanas que dos amigas.

—El ofrecimiento agradezco,—repuso la mora,—pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque parto esta misma noche de Valladolid, para ir á reunirme con mi padre, del que no me separaré ya nunca, si como espero consigo su perdón.

Así era.

Cumplida su venganza, Zulima habíase resuelto á volver entre los suyos.

Las dos damas, que por la doble circunstancia de su hermosura y de ser desconocidas, habían llamado en el torneo la atención de todos, separáronse para siempre, despidiéndose con cariñosas demostraciones de afecto.

* * *

Ocultos y confundidos entre el populacho, asistieron también á la fiesta Raquel y su padre David.

Este contemplaba codicioso la riqueza de que todos los nobles hacían alarde, y más de una vez sonrió al fijar su mirada en alguno, pensando:

—Ese me debe á mí el lujo con que se presenta,

y no tardarán en volver á mis manos las ricas joyas que luce.

Era alguna víctima de su usura.

Raquel, por el contrario, no tenía ojos más que para mirar á todos los caballeros, buscando entre ellos al dueño de su amor, al noble D. Rodrigo de Paredes, conde de Alcázar.

Lo distinguió al fin, y murmuró al reconocerlo:

—¡Está aqui, como suponía! ¿Por qué, pues, el fementido no ha ido á verme? ¡Cuántas veces el alba me ha sorprendido en mi reja, llorando y esperándole inútilmente! ¿Será traidor á mi cariño? ¿Me abandonará después de haberle hecho dueño de mi honra? ¡Ay de él, si tal hiciese!

Y acariciando una última esperanza, mientras le contemplaba con ternura, pensó:

—Le hablaré, le participaré la feliz nueva de que un inocente ser, fruto de nuestro amor, se agita en mis entrañas, y volverá á mí y yo al verle otra vez en mis brazos, le perdonaré indulgente y amorosa sus desvíos.

Aún conservaba la infeliz sus últimas ilusiones, que habían de ser causa de su último desengaño.

D. Rodrigo no la vió ni pensaba siquiera en ella.

El amor de la judía no fué para el noble otra cosa que un pasatiempo, un capricho, y se extinguió apenas satisfecho.

* * *

Aquella misma noche, una dama encubierta y un caballero, entraron secretamente en el domicilio de los príncipes, siendo recibidos al instante por éstos, advertidos ya de su visita.

Era Zulima, que iba á despedirse, acompañada por D. Tomás, encargado de conducirla junto á su padre.

Doña Isabel había mostrado deseos de hablarla, para

darle personalmente las gracias por haber salvado la vida del que era ya su esposo.

Los príncipes la recibieron con gran agasajo y colmáronla de atenciones y presentes, en demostración de su gratitud.

—Respeto el natural deseo de volver junto á los vuestros,—díjole la princesa;—pero si la severidad de vuestro padre os niega el perdón que de él vais á solicitar, volved á nosotros y á nuestro lado viviréis tranquila, atendida y respetada como merecéis.

—Gracias, señora,—respondió la mora.—No olvidaré vuestras bondades.

La despedida fué afectuosísima.

Zulima salió después de besar la mano de los príncipes, é inmediatamente púsose en camino, acompañada por D. Tomás y una reducida escolta.

D. Tomás regresó á los pocos días y presentóse á los príncipes á darles cuenta del desempeño de su misión.

Zulima había sido perdonada por su padre, y la dejó á su lado, feliz y contenta.

Nada más supieron de la mora; pero siempre conservaron de ella un agradable y cariñoso recuerdo.





LIBRO SEGUNDO

Por un Trono

CAPÍTULO PRIMERO

Otra vez Tarsio y Zoraida



RETIRADO el rey D. Enrique á Segovia, donde devoraba su despecho por el casamiento de su hermana, en Segovia habíase instalado también D. Juan Pacheco, marqués de Villena y gran Maestre de Santiago, que no convenía á tan ambicioso caballero abandonar al rey, de cuya privanza había logrado hacerse de nuevo dueño, y cuidaba no se la arrebatasen con el mismo empeño con que el avaro guarda su más preciado tesoro.

Por mediación suya habíase concertado el matrimonio de D.ª Juana con el duque de Guinea, hermano del rey de Francia, gracias á lo cual estaba también en excelentes relaciones con la Beltraneja y su madre, y no quería perder la buena situación en que con su astucia había sabido colocarse.

Con quien no había logrado congraciarse era con los príncipes, á pesar de todas las artes que puso en juego para conseguirlo, pues D.ª Isabel y D. Fernando desconfiaron siempre de él, y de aquí que aumentase la ojeriza que les tenía.

Precisamente de algunos días á aquella parte empezaba á temer que D. Enrique estuviese inclinado á reconciliarse con sus hermanos, y esto teníale preocupado é inquieto.

Cuando hablaba mal de los príncipes en presencia del rey, éste permanecía silencioso, sin desatarse en improperios y amenazas contra ellos, como al principio, y esto parecíale al de Villena de muy mal agüero.

—¿Si alguien á espaldas mías le aconsejará la reconciliación?—pensaba.

Pero todos sus esfuerzos eran vanos para descubrir al que llamaba «traidor», sólo porque trabajaba contra sus designios.

Precisamente algunos días antes había dicho al rey:

—¿Sabéis, señor, que D. Fernando ha salido de Castilla?

Y así era.

Llamado por su padre D. Juan II de Aragón, para que le ayudase en las guerras que aún sostenía con catalanes y franceses, acudió como buen hijo á su llamamiento, con el beneplácito de D.ª Isabel, su esposa.

—Ya lo sé,—habíale respondido el rey.

—¿Lo sabéis y no os indignáis?

—No hallo motivo para ello.

—¡Cómo, señor! ¿No halláis motivo de enojo en que el esposo de vuestra hermana abandone de ese modo los estados cuya corona pretende ceñir algún día á sus sienes?

—En primer lugar, impórtame poco lo que el esposo de mi hermana haga, y en segundo lugar, si ha partido para Aragón, con el permiso de su esposa, nada de censurable encuentro en ello.

Era cosa tan contraria á la debilidad de caracter de D. Enrique, contestar en forma tal á su favorito, que éste quedó admirado. Y aún crecieron más su temor y su asombro al oir que el rey añadía:

—Más no me habléis de tal asunto, Pacheco, pues habed en cuenta que mis resentimientos con Isabel son cosa mía, y no necesito que nadie los avive.

Con lo que dió al privado una lección que le ofendió en su orgullo.

* * *

En tal estado las cosas, una mañana temprano un hombre llegó á la residencia de Pacheco ó entró en ella con la libertad de quien es conocido en la casa.

Encaminóse á la habitación de Tarsio el idiota, que aún dormía, y que conservando para todos la máscara de su idiotez, era el consultor y el hombre de confianza del de Villena.

El hombre que tan temprano iba á visitarle era Sebastián, el antiguo amante de Margarita la ventera.

Despertóse Tarsio apenas le llamó su visitante, y sorprendido al verle, preguntóle:

—¿Qué te trae por aquí tan de mañana?

—El cumplimiento de mi deber,—respondió el otro.— Al servicio de Cabrera, mayordcmo del alcázar, me hiciste entrar, para que cerca de él y del rey estuviese y de

cuanto tramasen te diera cuenta, y vengo á comunicarte algo que me parece de extraordinaria importancia.

—Dí.

Habló Sebastián, escuchóle con atención el fingido idiota, y cuando hubo acabado de hablar, díjole:

—Según lo que de comunicarme acabas, conviene que D. Juan se aleje de Segovia, para que los proyectos de Cabrera y el rey tengan más fácil realización.

—Tal creo,—asintió su visitante.

—Pues saldrá de Segovia hoy mismo; yo te lo fío.

Y saltando del lecho, comenzó á vestirse.

Mientras se vestía, daba sus órdenes á Sebastián, diciéndole:

—Vuelve al alcázar, sigue espiando y tenme al corriente de todo.

Marchóse el espía y Tarsio se dirigió á las habitaciones ocupadas por Zoraida y Alí, sus cómplices y compañeros en la realización de su común venganza.

También en Segovia tenían los dos hermanos habitaciones reservadas en el mismo domicilio de Pacheco, y en ellas no le era permitida á nadie la entrada.

No obstante, el idiota entró, habló larga y detenidamente con Alí y Zoraida y salió murmurando:

—Nuestro señor partirá hoy de viaje, que es lo que se deseaba.

* * *

Poco después, Pacheco despertó sobresaltado, interrumpido en su sueño de la mañana por un sonido extraño, misterioso, que resonó en la alcoba.

Parecía el eco de una voz humana, salido de las profundidades de la tierra.

El caballero incorporóse en el lecho y escuchó.

Volvió á dejarse oir el mismo sonido.

—¡Zoraida que me llama!—exclamó el de Villena.—¿Qué me querrá?

Y aplicando los labios á una pequeña abertura circular, oculta entre la tapicería que decoraba las paredes del dormitorio, dijo, gritando casi:

—¡Voy!

Tratábase sencillamente de un conducto acústico que ponía en comunicación aquella cámara con las habitaciones de la mora.

Saltó Pacheco del lecho, y sin paciencia para entretenerse en vestirse, calzóse unas sandalias morunas, envolvióse en un amplio y largo ropón y salió de su alcoba.

Parecía sobresaltado por aquel llamamiento imprevisto.

Pasó á la cámara inmediata, y levantando uno de los ricos tapices que cubrían las paredes, tocó un resorte y abrió una puerta secreta, disimulada en el muro.

Apenas hubo salido y el tapiz volvió á caer, presentóse Tarsio, que espiaba escondido tras el cortinaje de una puerta, y dijo burlón é irónico:

—¡Ve, imbécil! ¡Ve á escuchar mis órdenes de labios de la que crees tu oráculo, y obedécelas!

Por un estrecho y largo corredor, Pacheco llegó á las habitaciones de la mora y su hermano.

Alí le esperaba y le franqueó la puerta, inclinándose ante él con muestras de respeto.

El de Villena no se dignó contestar á aquel saludo.

Siguió adelante hasta llegar al camarín de Zoraida, la cual salió á su encuentro y se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—Bien venido seas, mi señor. ¡Alá te guarde!

Luego, con agitación perfectamente fingida, añadió:

—Tu perdón otórgame por haber interrumpido tu descanso; pero tu propio interés me decidió á ello, que no es

otro mi deseo que serte útil, ni es otra mi misión que velar por tí.

—Algo muy grave habrás de comunicarme cuando con tanta premura me has llamado,—repuso el marqués.

—Oyeme y juzga por tí mismo.

*
* *

Sentóse Pacheco á la oriental, sobre los mullidos cogines que circundaban la cámara, y Zoraida, arrodillada á sus piés y teniendo en él los ojos fijos, le habló de este modo:

—Sabes, que obedeciendo tus órdenes y complaciendo tus deseos, las ciencias ocultas consulto para arrancarles el secreto de tu porvenir. Pues bien: esta mañana he evocado los espíritus, y acudiendo á mi evocación, me han revelado algo que creo conviene sepas.

—¿Me amenaza algún peligro?—preguntó D. Juan, con el terror supersticioso de la ignorancia.

—No, tranquilízate, porque si así fuera, ni yo te hablaría con la serenidad con que lo hago ni verías mis labios sonreirte como te sonríen.

—Entonces...

—Se trata de un bien, no de un mal.

—¿Qué es ello?

—Responde: ¿hay una mujer, cuya voluntad deseas y pretendes encadenar á la tuya?

Pacheco pensó en seguida en la princesa Isabel.

—Sí,—respondió.

—Una mujer de elevada jerarquía, cuya amistad puede ser muy provechosa á tus intereses.

—Eso es.

—Pues esa mujer puede ser tu esclava, si lo deseas.

—¿De qué modo?

—No ignorarás que esa mujer ama con todo su corazón á un hombre.

—Sí, á su esposo.

—Pero ignorarás, de fijo, que su esposo ama á otra.

—¿Qué dices?

—Ausente se halla de su esposa, pero no por cumplir un deber, sino por ver á su amante.

—¡Si eso fuese cierto!

—Las pruebas de esa infidelidad procúrate, preséntalas á la mujer á quien pretendes dominar, y hará cuanto tú le ordenes.

—¿Y cómo procurarme esas pruebas?

—Aunque por discreción haya callado nombres, uno me veo precisada á pronunciar.

—Dí.

—¿Conoces al conde de Foix?

—Sí.

—Pues ve en persona á verle, que él, dominado por la cólera de su deshonra, te entregará las pruebas que necesitas.

—Según eso, la hija del conde es...

—La amante de D. Fernando.

—Algo de eso se murmura y esas murmuraciones llegaron hasta mí; pero no creí...

—Son ciertas.

—¿Y al conde de Foix encontraré propicio á secundarme en mis deseos?

—Como de su enojo sepas aprovecharte, no lo dudes; pero precisa para ello que en persona le veas y lo antes posible.

* * *

Pocas palabras más habló Pacheco con la mora.

La impaciencia dominábale.

Regresó á su cámara, después de dar las gracias á Zoraida por su aviso, que tan beneficioso podía ser á sus intereses, y vistióse pensando:

—Mi buena estrella vuelve á brillar en todo su esplendor. Si el consejo que acabo de recibir sigo y cumplo y de esas pruebas me apodero, D.ª Isabel, á pesar de todo su orgullo, será una esclava mía. ¡Oh! no debo desaprovechar ocasión tan oportuna para conseguir lo que hace tanto tiempo procuro con inútil empeño. Poco me importa abandonar momentáneamente Segovia, puesto que aquí mis intereses están bien asegurados.

Y saliendo presuroso de su casa, se dirigió al palacio del rey.

Tarsio, que le vió partir, adivinando á dónde iba, se quedó diciendo:

—Mentira parece, que hombre tan astuto y malicioso, con tanta facilidad obedezca mis designios.

Y se echó á reir burlonamente.





CAPÍTULO II

La debilidad de un monarca y la energía de una mujer.



ORPRENDIÓSE en gran manera D. Enrique cuando supo que su favorito el de Villena pretendía verle tan de mañana.

Al par que sorpresa sintió sobresalto, porque pensó:

—¿Si vendrá á traerme alguna mala noticia ó á anunciarme algún peligro?

Y estaba tan cansado de luchas, disgustos y sobresaltos, que por conservar su tranquilidad habría hecho cualquier sacrificio.

Resignóse á recibir á su valido y hasta le acogió con afable sonrisa, encubriendo tras ella su contrariedad; pues era Pacheco hombre de tal caracter, que hasta había logrado imponerse al rey, infundiéndole miedo.

En su inquietud pensaba el monarca:

—¿Si habrá descubierto mis manejos para reconciliarme con mi hermana Isabel, y vendrá á recriminarme por ellos?

Negociaciones secretas había entabladas para conse-

guir dicha reconciliación, y el rey temía con fundamento que D. Juan no las autorizase y hasta se ofendiese si las descubría.

¡Triste condición y vergonzosa debilidad las de aquel hombre, que ciñendo á sus sienes una corona y empuñando en su diestra un cetro, temblaba ante el enojo de uno de sus vasallos!

Si el de Villena se oponía á ellas, capaz era, por no disgustarle, de romper las negociaciones entabladas, á pesar de haber avanzado ya mucho en ellas y de ir por buen camino; pero temía al marqués, capaz de turbar la tranquilidad de sus reinos, sólo por vengarse de lo que seguramente llamaría su traición.

* * *

Disipáronse los temores de D. Enrique en cuanto Pacheco habló, pues empezó por decirle:

—Vuestra venia vengo á demandar, señor, para ausentarme de Segovia algunos días, pues á ello oblíganme el cuidado é interés de mi autoridad y de mi hacienda. Si de mí necesitaseis todo lo abandonara por serviros, como en otras ocasiones he hecho; pero la paz de que actualmente gozáis excluye todo cuidado por mi parte.

Luego, más explícito en exponer la mentira que había inventado para justificar su viaje, añadió:

—Como sabéis, el conde de Benavente, mi yerno, en rebeldía se me declara y lleva su atrevimiento hasta el punto de disputarme derechos que á mí solo pertenecen. He tenido aviso de que una tentativa prepara contra mi autoridad, y á castigarla y á reprimirla quero ir en persona.

El pretexto estaba tan bien buscado, que no era posible dudar de él.

Ocultando, pues, la satisfacción que le causaba la ausencia de su favorito, pues dejábale espacio para terminar las antedichas negociaciones, y no sospechando que hubiese engaño en sus escusas, el monarca respondióle:

—Violencia es siempre para mí separarme de vos, á quien en tanta y en tan merecida estima tengo; pero no fuera bien que por mi capricho, cuando no hay una razón poderosa que á ello obligue, á mi lado os retuviese con perjuicio y menoscabo de vuestros intereses y derechos. Id, pues, á entendéroslas con el de Benavente, y si mi apoyo para ello necesitais, demandádmelo en la forma que más os plazca; pero no prolonguéis demasiado vuestra ausencia, D. Juan, que aquí hemos de echaros muy de menos y no he de encontrar fácilmente quien vuestros sabios y desinteresados consejos sustituya.

Mostróse agradecido D. Juan á respuesta tan expresiva y cariñosa, y despidióse del monarca, luego de besar su mano.

Regresó luego á su casa y dispuso su viaje, que emprendió aquella misma tarde; pero sin que nadie le acompañara ni á nadie decir á donde iba, ni aun á Tarsio, para el cual no guardaba secreto alguno.

Pero Tarsio lo sabía, puesto que era originado por los consejos de Zoraida y él inspiró á ésta lo que debía aconsejarle.

Vióle, pues, partir, con mal disimulado contento, y quedóse pensando, risueño y malicioso:

—Ve, imbécil ambicioso, que tu ausencia facilitará la reconciliación que tanto temes y que ha de minar el pedestal de tu favoritismo con el rey. ¡Ay de tí cuando de ese pedestal caigas y tu privanza pierdas! Menguado entonces tu poderío, será ocasión de que ajustemos las cuentas atrasadas.

* * *

En tanto el rey, apenas Pacheco hubo salido de su cámara, encaminóse á las habitaciones de Cabrera, alcaide del alcázar.

Lo encontró en compañía de su esposa D.ª Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga y fiel servidora de la princesa Isabel.

Ellos eran los que habían sugerido en el ánimo de don Enrique la idea de una reconciliación con su hermana y ellos los que intervenían en las ya mentadas negociaciones, por casi todos desconocidas.

Sorprendiéronse los dos esposos al ver al monarca; recibiéronle con muestras del mayor respeto y él díjoles, con la alegría infantil de quien acaba de escapar á un gran peligro:

—¡Albricias! Pacheco acaba de pedirme permiso para ausentarse de Segovia unos días, con lo que nos deja libre el campo para dar cima á nuestra empresa. Es preciso que mientras la ausencia del de Villena dura, Isabel venga aquí; que cuando él vuelva y á mi hermana encuentre á mi lado, no tendrá otro remedio que resignarse.

Lástima inspiraba aquel pobre rey, que hasta para la satisfacción de uno de sus más naturales sentimientos, guardábase de su favorito, cual si éste tuviera autoridad sobre él, ó como si tratase de cometer un crimen.

Algo de esto fué á advertirle Cabrera, hombre enérgico á quien indignaban tales debilidades; pero su esposa le contuvo con una mirada, dándole á entender que lo esencial era conseguir aquella ansiada reconciliación, fuese como fuese, y el rey prosiguió diciendo:

—¿Qué opináis que debe hacerse para aprovechar la feliz coyuntura que la casualidad nos depara?

* * *

D.ª Beatriz, mujer de ingenio vivo y claro, halló en seguida arbitrio.

—Creo, señor,—dijo,—salvo respetable y siempre respetado parecer, que á D.ª Isabel debe avisarse para que sin pérdida de momento venga á reunirse con vos. Mas como Pacheco es capaz de todo, hasta de dejar espías que en su ausencia le tengan al corriente de vuestros intentos; y como si de sus propósitos se enterara, no vacilaría en impedirlos por cualquier medio, opino que el aviso á la princesa debe ser secreto y secreto su viaje, hasta que aquí se encuentre; que una vez aquí y bajo el amparo de vuestra autoridad, nada habrá que temer ni del de Villena ni de nadie.

—Conformes, discreta D.ª Beatriz,—repuso el monarca.—Mas ¿quién que no nos venda ni sospechas despierte, podrá encargarse de llevar el secreto aviso?

—Yo misma, señor, si para ello me otorgáis vuestra venia.

—¡Vos!

—De nadie podéis fiaros con mayor seguridad de no ser traicionado.

—En ello estoy; pero en vuestro viaje pudieran asaltaros peligros...

—Nada temáis; aunque mujer, valor no me ha de faltar para defenderme, si el caso llega.

Pronunció estas palabras con enérgica resolución que habría envidiado el hombre más animoso y que le grangeó la admiración de D. Enrique.

—También yo del valor de mi esposa respondo,—dijo Cabrera;—pero hallo un inconveniente en lo que de proponer acaba. Basta que sea ella la encargada de llevar el aviso á la princesa, para que sospechas despierte; pues al par que amiga de D.ª Isabel, aquí está junto á vos y no hay un motivo aparente que su viaje explique.

—Previsto está eso,—replicó D.ª Beatriz;—pues al ofrecerme para desempeñar misión tan importante, lo hice confiada en desempeñarla al amparo de un disfraz. Doña Isabel está en Aranda. Vestida de labradora, hasta ella llegaré, sin que nadie me reconozca, y conseguido esto, lo demás no ofreee dificultad alguna. Habed en cuenta que acaso en la princesa haya algunos escrúpulos á esta reconciliación, y que si es así, nadie mejor que yo puede destruirlos, pues algún ascendiente tengo en su ánimo, por las repetidas muestras de leal afecto é incondicional adhesión que le llevo dadas.

Esta razón era de tanto peso, que no dejó lugar á nuevas objeciones.

Adoptado quedó el plan propuesto por doña Beatriz, la cual salió aquella noche misma de Segovia, disfrazada de labradora.

Imposible era que en aquella guisa, nadie la reconociese.

Un servidor la acompañaba, también disfrazado como ella.

Aquel servidor era Sebastián, puesto por Tarsio en el palacio, al servicio de Cabrera y cerca del rey, para que le tuviese al tanto de todo lo que le convenía averiguar.

El falso idiota tuvo oportuno aviso de aquel viaje, y pensó con tanta malicia como orgullo:

—¡Quién dijera que yo, el más humilde de los plebeyos influyo con mis planes de venganza en la reconciliación de príncipes y reyes!

Y como fiel aliado, fué á comunicar á Zoraida y Alí lo que sucedía, y que era, al fin, resultado de sus maquinaciones.





CAPÍTULO III

Amor correspondido



QUELLA noche, cuando la ciudad estaba ya en calma y por las obscuras calles no transitaba ya casi persona alguna, un hombre envuelto en una capa llegó y se detuvo ante la puerta de la casa de Pacheco.

Era gallarda su apostura y arrogante su presencia, y por debajo de su birrete, galonado de oro y guarnecido por larga y rizada pluma, sujeta con rico joyel de pedrería, escapábase su rubia y rizada cabellera, cuyos abundantes y sedosos rizos más de una dama habría envidiado.

Convencióse de que en la casa no velaba nadie, pues no se veía ni un rayo de luz por resquicios de puertas y ventanas, y murmuró sonriendo:

—La ocasión es propicia para dar al viento mis amorosas quejas. Haga mi buena suerte que á oídos lleguen de la misteriosa beldad que adoro, y sea Morfeo cómplice y protector de Cupido en mi aventura de amor.

Así diciendo dió la vuelta al edificio y fué á situarse frente á la fachada trasera del mismo en una estrecha y solitaria callejuela.

Allí sacó un laud, enriquecido con artísticas incrustaciones, que bajo la capa llevaba escondido, pulsó sus cuerdas, y acompañado por sus armoniosas notas, entonó una melancólica canción.

En ella cantaba los delirios de un amor ardiente, inspirado por una desconocida beldad, cuyo nombre y condición ignoraba.

Desprendíase de su canción, que sólo una vez y por breve espacio acertó á contemplar la hermosura de su bien amado, y no obstante, esclavo quedó de sus hechizos.

Una de las estrofas decía:

«Si sólo un instante al verte
rendiste mi voluntad:
¿qué fuera, si más despacio,
te pudiese contemplar?
Muéstrate á mi compasiva,
y sea la admiración,
lenitivo de mi angustia
y consuelo de mi amor».

Así por el estilo siguió cantando durante largo rato, y en el silencio de la noche los lejanos ecos parecían repetir su amorosa endecha.

*
* *

Todos dormían efectivamente, en el palacio de Pacheco, menos Zoraida.

Reclinada en los blandos cojines de su camarín, y sin otra luz que la claridad de la luna que penetraba por los altos ventanales, recatados con espesas celosías tras las vidrieras de colores, la hermosa mora parecía entregada á profundas y quizá tristes meditaciones.

Las nubes de humo que se escapaban de un pebetero

colocado junto á ella, en el que se quemaban raros perfumes orientales, la envolvían como en un tenue velo, á través del cual semejaba algo así como una huri de las prometidas por el Profeta á sus creyentes, en el séptimo cielo.

Al escuchar las primeras notas de la canción del nocturno y misterioso galán, Zoraida incorporóse, exclamando:

—¡También hoy! ¿Estarán dedicadas á mí estas nocturnas serenatas? pero, ¿cómo ha de ser así, si nadie puede alcanzar á verme en el retiro en que vivo? Y sin embargo...

No terminó la frase y de nuevo quedóse pensativa.

Bien echábase de ver que seguía sospechando que ella era la beldad á quien las amantes quejas iban dirigidas y que tal sospecha la halagaba.

—Sólo un hombre puso su atención en mí,—murmuró; —pero fué un breve instante y no ha vuelto á verme. ¡No puede ser él el nocturno cantor ni es posible que tan pronto el travieso Cupido le hiriese el corazón con una de sus aceradas flechas!

Y suspiró, como si aumentase la melancolía que ya antes la dominaba.

* * *

Un curioso deseo, natural y disculpable en una mujer, despertóse en la mora.

El de ver al desconocido cantor.

¿Cómo lograrlo?

Los ventanales de sus habitaciones, que mejor pudieran llamarse su encierro, eran todos muy altos y no había manera de llegar hasta ellos.

Zoraida reflexionó un instante y de pronto salió presurosa de su camarín.

Junto á la puerta de entrada de aquel oculto departamento, al final de un corredor, tenía Alí su estancia.

Alí dormía.

Su hermana acercóse á él, y con gran tiento quitóle el manojo de gruesas llaves que pendía de su cintura.

Volvió á salir al corredor, sin hacer ruido, y con una de aquellas llaves abrió la puerta que comunicaba con las habitaciones de Pacheco.

Pronto se encontró en estas.

—Pues que él ha partido de Segovia,—pensó,—nada tengo que temer; nadie me sorprenderá en este sitio.

Y abrió con sigilo una de las ventanas, que daba precisamente á la callejuela donde estaba el misterioso cantor.

Asomóse, rebozado el rostro en el velo de su turbante, y una exclamación de alegría se escapó de sus labios.

La luna daba de lleno en el semblante del galán; lo vió perfectamente y balbuceó con voz temblorosa:

—¡Es él!

En aquel preciso momento sintió que una mano se apoyaba en su hombro.

Volvió la cabeza y encontróse frente á frente con su hermano.

***

Antes de que Alí hablase, Zoraida apresuróse á decirle:

—Mi indiscreción perdona. Ansia sentía de ver algo que no fuese las paredes de mi encierro, y la ausencia de D. Juan y tu sueño aproveché para cumplir mi deseo.

Alí no le contestó.

La separó de la ventana, cerró ésta, cogió á su hermana por un brazo, la condujo de nuevo á su encierro y la dejó en su camarín, diciéndole:

—Es inútil que pretendas burlarme, porque yo velo hasta cuando duermo.

Y regresó á su cuarto, sin añadir palabra más.

Zoraida al quedarse sola exclamó:

—¡Es él! ¡Es aquel cuya imagen quedó grabada en mi memoria, con todo y no haberle visto más que un momento! ¡El que ocupa mi atención desde que le ví! ¡El que se me aparece en sueños! ¡Me ama, y es á mí á quien dirige sus canciones! Encerrada aquí y vigilada por mi hermano, ¿cómo decirle que también en él pienso, que también le adoro? ¿Cómo infundirle una esperanza, para calmar sus anhelos y que no deje de amarme?

El galán seguía cantando.

De súbito Zoraida, cual obedeciendo á una repentina idea, requirió su guzla, que estaba sobre los cojines en en que se reclinaba, púsose en pie, y colocándose bajo uno de los ventanales, por los que entraban los replandores de la luna, acompañándose con el morisco instrumento, cantó lo siguiente:

«Si el amor tu pecho enciende,
ten paciencia y esperanza,
que la paciencia y la fe
testifican la constancia.
A tus anhelos da tregua,
calma tus ansias de verme,
que recuerdos, no miradas,
son los que el amor sostienen.
Como yo en tí, en mí piensa,
y nuestros mútuos recuerdos,
unirán nuestras dos almas,
de la distancia á despecho.

Debió llegar la canción á oidos del galán y entender éste su significado, pues entonó otra de gozo, al verse correspondido.

Despidióse, por fin, hasta la noche siguiente, y, al extinguirse la última nota de su amoroso cantar, Zoraida se desplomó sobre los cojines, exclamando gozosa:

—¡Me ama y le adoro!



CAPÍTULO IV

Un hijo de las Musas



EL misterioso cantor de Zoraida embozóse en su capa y se alejó á buen paso, henchido el corazón de risueñas ilusiones.

¡Era correspondido en su amor!

¿Qué más necesitaba, para considerarse dichoso?

—¡Bendita mi buena estrella sea,—decia,—y bendito el feliz instante en que conocí esa beldad que más que criatura humana, un ángel imagino que es, por las perfecciones que la adornan! ¡Fatalidad! ¿Te habrás cansado ya de perseguirme, permitiéndome vencer en uno siquiera de mis empeños? ¡Ventura! ¿Te dignarás concederme al fin tus dones? No pido oro. ¿Qué es la riqueza, para quien como yo vive en la región ideal de los ensueños? Pido amor y dicha, y uno y otra creo haber logrado, que como esa mujer de veras me ame y no sea el canto con que contestó al mío, canción artera de sirena engañadora para prenderme en la red de su capricho y uncirme al carro de

su vanidad con las cadenas de la coquetería, por más feliz me tengo que los hombres más ricos y poderosos de la tierra. ¡Poder! ¡Fortuna! ¿Qué valen, comparados con las delicias de un verdadero amor? Una endecha he de componer á mi bella, en la que sus perfecciones y mi ventura cante, y Apolo me prestará los sones de su divina lira, para ensalzar el triunfo de Cupido y Venus. ¡Musas que en los jardines del Olimpo vagáis, insensibles y sordas á las súplicas de los mortales! ¡Venid en mi ayuda, y sea mi inspiración sol refulgente, que deslumbre y admire á los que mi felicidad contemplen absortos!

Con estas invocaciones bien se entiende, que el que tal decía era un poeta, uno de los pocos hombres que en aquella época de decadencia vergonzosa se consagraba al cultivo de las letras, en lamentable abandono, mereciendo el dictado de loco, al par que cierta consideración supersticiosa, tenida solo á los seres extraordinarios.

Un poeta en aquellos tiempos era poco menos que un ser sobrenatural, á la vez ridículo y superior, respetable y despreciado.

Mas como que aunque poeta, nuestro galán también era hombre, de tal tenía debilidades y flaquezas que le hicieron descender de las alturas de su entusiasmo, á las realidades de la vida.

En ellas vino á dar de pronto, exclamando:

—¡Famoso es en verdad lo que me ocurre! Enamorado me hallo, correspondido soy y no sé aún quien es la mujer á la que amo y me ama.

Y tornando de nuevo á sus poéticos y amorosos deliquios, añadió:

—Pero ¿qué importa? Nunca fué amor tan suspicaz y quisquilloso, que en nombre más ó menos ilustre reparara. Si otra nobleza no tiene mi beldad, que con la mía se compare, tiene la de su hermosura, y esta basta.

Así discurría, caminando por las obscuras y solitarias calles, cuando al volver una esquina llegó á sus oidos un lamento y vió á sus pies, sentadas en el suelo, dos personas. Sorprendido detúvose y sobre aquellos dos bultos inclinóse, para examinarlos mejor, pues la obscuridad impedíale verlos bien.

Eran un hombre y una mujer, él anciano y ella joven y los dos de aspecto humilde.

—¡Amparadnos!—dijeron á la vez, entre sollozos.

Y el poeta, compadecido é interesado, les preguntó:

—¿Quienes sois?

—Dos infelices,—respondió el anciano, mientras la joven seguía llorando.

—¿Cual es vuestra desgracia?

—La mayor del mundo, pues en ella se juntan todas las que combatir puedan al ser más infortunado.

—¿También la de la deshonra?

A esta pregunta el anciano no contestó.

—¿Y qué pedís?—siguió interrogando el poeta.

—Albergue para esta noche.

—¿No tenéis casa?

—No.

—¿Y pan?

—Tampoco.

—¿Y familia?

—Somos solos.

—¿Y amigos?

—¿Cuándo fué la amistad constante y fiel en la desgracia?

—Decís bien.

—Amigos tuvimos, y llegado el instante de ponerlos á prueba, todos nos abandonaron.

—¿Luego habéis vivido en otro tiempo de diferente manera que ahora?

—Si siempre así hubiéramos vivido, ya no viviríamos, pues no hay quien esta vida soporte.

—¿Sois padre é hija?

—Sí.

Reflexionó el poeta, y al fin dijo:

—Pues levantáos y seguidme. Yo os proporcionaré por esta noche pan y albergue.

* * *

Después de darle las gracias por su bondad, padre é hija levantáronse y le siguieron.

Tras muchas vueltas y revueltas, fueron á dar ante la puerta de un lujoso palacio, y allí se detuvieron.

—¿Vivís aquí?—preguntó el anciano.

—Sí,—respondió el poeta.

—Poderoso sois, pues que tan espléndida mansión ocupáis.

Sonrió el otro y no respondió de momento.

Luego dijo:

—Los palacios tienen salones lujosos y buhardillas humildes. ¿Quién os dice que yo no viva en las últimas en vez de habitar las primeras, como suponéis?

Y sin hacer caso de la admiración que estas palabras producían en sus oyentes, dió tres palmadas.

Oyóse el ruido de una ventana que se abría, y arriba, muy arriba, en lo alto de la fachada, por un ventanuco, que tocaba casi el alero del tejado, asomó una cabeza, al tiempo mismo que preguntaba una voz:

—¿Sois vos, D. Diego?

—Sí,—respondió el poeta.

—Aguardad; bajo en seguida.

Cerróse la ventana, y pasados unos instantes, abrióse,

no la puerta principal del palacio, sino un pequeño postigo de servicio, que junto á ella había.

Un hombre apareció en aquella puerta con una lamparilla en la mano.

Era el tipo más grotesco que imaginarse puede.

Alto y zancudo, de piernas tan delgadas que parecían de alambre, sobre las cuales descansaba un abdomen voluminoso, desproporcionado.

Algo así como un tonel, montado sobre dos estacas.

La cabeza, muy pequeña, cubríala enmarañada pelambre, de un color rojizo sucio; y los brazos, huesosos y largos como aspas de molino, rematados en manos enormes y velludas, semejaban las garras de animal monstruoso.

La nariz, grande y torcida, bajaba casi á juntarse con la barba, escondiendo la boca; y los ojos, pequeños y hundidos, desaparecían, casi, bajo las espesas cejas.

Estaba á medio vestir y esto hacía su figura aún más extraña, viéndose en las mallas de algodón más de un punto ido, por donde se descubría la carne, y otros sujetos con gruesas puntadas de algodón de diferentes colores.

—Mi escudero *Megalasio*,—dijo enfáticamente el poeta, de quien ya sabemos que se llamaba D. Diego, pues por tal nombre habíanle designado antes desde la ventana.—Entrad sin temor y no os asuste su aspecto, pues no es un ogro que se come la gente cruda, aunque lo parece.

Y riendo sus propias frases hizo entrar á sus protegidos y entró él después.

El escudero alumbraba con la lamparilla, revelando en su semblante el mayor asombro.

Comenzaron á subir una estrecha y empinada escalera, que parecía no iba á acabarse nunca, según lo larga que era.

Mientras la subían y sin duda para hacer menos penosa la ascensión, el poeta iba diciendo jovialmente, cual si tratara de distraer y divertir á sus acompañantes:

—Extrañado os habrá el nombre de Megalasio con que á mi escudero he bautizado, y por nombre de hereje lo tendréis, pues de seguro nunca habréislo oido. Casi no os falta razón. Es un nombre emblemático, con que yo lo he bautizado, habiendo en cuenta sus bellezas personales. Se llama realmente Martín Sánchez; pero Sánchez y Martín se llama cualquiera, y no convenían nombres tan vulgares á individuo de tan extraordinarias prendas. Otro más adecuado le busqué y hallélo en una de las obras maestras de uno de los más grandes poetas griegos, escrita sobre el pensamiento de una antigua conseja. Diz que en los tiempos fabulosos del pueblo griego, un personaje mitológico hubo, mitad hombre, mitad divinidad, como descendiente de los dioses, llamado Andropes. Era valiente, era sabio y era conjunto de todas las perfecciones del espíritu; pero era contrahecho, enano y feo de cuerpo. Todo por la cólera de un dios, que quiso vengar de esta manera desdenes y veleidades de una diosa. La deformidad de su cuerpo, que eclipsaba y obscurecía las perfecciones de su alma, tenía desesperado al buen Andropes, pues privábale de las dulzuras del amor; que no había beldad olímpica ó humana cuyos favores solicitase, que al punto no le despreciara y hasta por ofendida se diera de su atrevimiento. Acudió Andropes á Júpiter en súplica, para que la sinrazón de sus desdichas amorosas remediase, y el olímpico dios, cuya diestra empuñaba flamíjeros rayos, respondióle, de él compadecido: «fruto de una venganza eres, y tu cuerpo no puedo cambiar, pues sería como si la venganza por mí autorizada destruyese; pero tu mal remediaré de otra manera». Y al punto le dió por compañero otro hombre de tantas y tan excelsas per-

fecciones corporales adornado, que por su belleza extraordinaria llamábase Megalasio; lo cual en lengua helénica viene á ser algo así como dechado de belleza. Con tal compañía, Andropes vió sus desventuras remediadas. Cuando Cupido hería de amor su corazón por una mujer, era Megalasio el que á la hermosa pretendía, no él. Rendida por tanta belleza, la beldad acudía á sus ruegos, y llegado el instante, Andropes sustituía á Megalasio, haciendo de modo que ella no advirtiese el cambio. ¿Qué os parece? ¿No está, pues, bien aplicado el nombre á mi gentil escudero, conjunto, como veis, de todas las perfecciones corporales?

Y reía alegremente, con gran enojo de Martín, que entre dientes refunfuñó:

—Más vale ser un Megalasio, que no ser un loco.

***

Con tan extrañas cosas, no era infundado que la doncella y el anciano tuviesen á su protector por falto de juicio, y hasta mirábanle con cierto temor no disimulado.

Llegado que hubieron, por último, al final de la escalera, aunque parecía que nunca hubiera de acabarse, entraron en un desván, especie de zaquizamí, pobre y destartalado.

Componíanlo varias estancias, todas sin alhajar, y con la techumbre tan baja, que por uno de los lados casi tocaba al suelo.

Unicamente en una había algunos taburetes cojos, una mesa también inválida y un lecho con honores de camastro.

—Mi palacio,—dijo D. Diego á sus huéspedes, invitándoles á sentarse.

Y dirigiéndose á su escudero añadió:

—Tus funciones de repostero desempeña y sírvenos de cenar lo mejor que en mi despensa hubiera.

—Lo único que en ella hay, querréis decir,—repuso Megalasio, colocando sobre la mesa un pedazo de pan, no muy blanco ni tierno, y un trozo de queso, digno compañero de aquel por su ranciedad y dureza.

—Cenemos,—dijo el poeta.

Y sentándose en torno de la mesa, pusiéronse á comer.





CAPÍTULO V

El poeta enamorado



OMO las provisiones no eran abundantes, las raciones hubieron de ser escasas y la cena acabó pronto.

Mientras duró, D. Diego contempló fijamente á sus huéspedes, y aunque prisionero hallábase en las redes de la belleza de Zoraida, no pudo menos de reconocer que la doncella era muy hermosa.

Rosas eran sus mejillas, nieve su rostro, oro sus cabellos y coral sus labios.

En el anciano, á pesar de su miserable aspecto, descubríase cierto aire de grandeza majestuosa.

Terminado que hubieron de cenar, el poeta les dijo:

—Vuestro nombre no os pregunto ni saberlo necesito para compadeceros y ampararos, que no es de bien nacidos practicar la caridad condicionalmente. Pues que albergue no tenéis, en mi morada dormid, que si no es tan lujosa como yo quisiera, algo más agradable la encontraréis que el desamparo de la calle.

Levantándose añadió:

—Seguidme.

Cogió la luz y los guió á otra estancia próxima, en la que había amontonados algunos trastos viejos, inservibles: tapices rotos y muebles desvencijados.

—Arreglaos vuestro lecho como mejor podáis,—les dijo,—y descansad.

—¡Dios os pague vuestra generosidad, señor!—le dijo la joven.

Y el anciano agregó:

—Magnánimo sois, pues que en vuestra pobreza, amparo prestáis á la desgracia, en lo que podéis. No estáis obligado á más ni á tanto siquiera, que otros más orgullosos que vos, de socorrernos habrían desistido porque de vuestra humildad no nos enteráramos. La hospitalidad que nos prestáis agradecemos, cual si en un palacio nos alojaseis, y mañana os demostraremos nuestra gratitud, revelándoos nuestro nombre y nuestras desdichas. No con otra cosa que con nuestra confianza podemos pagaros el favor que nos hacéis; pero no fuera bien molestaros tan á deshora con el relato de nuestras cuitas. Quede, pues, para mañana, el pago de la deuda de gratitud que con vos tenemos contraída.

—Advertid,—replicó D. Diego,—que explicaciones no os pido ni confidencias reclamo.

—Ello mismo nos obliga á daros las primeras y haceros las segundas; y vos que á la poesía dedicáis vuestro ingenio, en nuestros infortunios hallaréis materia para alguna de vuestras más lindas composiciones.

—Siendo así, acepto la promesa. Hasta mañana, pues, y descansad tranquilos, que bajo un techo honrado os halláis, aunque vivienda humilde. Dios os guarde.

—Con vos vaya, señor,—respondieron padre é hija.

* * *

Volvió D. Diego con la luz á donde su escudero había quedado, y apenas éste le vió volver, díjole con tono desabrido:

—¿Quereis explicarme, señor, lo que significa haber traído con vos á nuestro alojamiento gente extraña?

—A impulsos de la caridad obré,—respondióle D. Diego,—y júrote que no me arrepiento, pues la caridad no está reñida con la poesía que es mi diosa, ni con el amor, que es mi ley.

—Pero sí puede estarlo con el sentido común, como en el caso presente. ¿Os parece bien que esa gente haya consumido en una sola noche, nuestras provisiones de dos días?

—Tenían hambre...

—Porque ellos aplacasen la suya, nosotros la tendremos mañana.

—Dios dará.

—¿Y si de dar no se acuerda?

—Ayunaremos.

—Eso será bien para vos, que como con la poesía tenéis sorbido el seso, de la realidad no os acordáis; pero yo no soy poeta y mi estómago necesita alimento más nutritivo y sustancioso que los versos.

Encogióse el poeta de hombros, con olímpica indiferencia, y el escudero añadió suspirando:

—Resabios de lo que fuisteis; pero debéis pensar, señor, en lo que sois. Santo y bueno que cuando riquezas poseíais, de liberal y magnánimo alarde hiciérais; pero ahora que en la mayor pobreza nos encontramos, cuando barruntos de ser caritativo os asalten, á serlo empezad por nosotros mismos, que esa es la caridad bien entendida. Mirad en torno vuestro. ¿Qué os resta de vuestra antigua grandeza? ¡Nada! Ese túnico bordado y esas mallas de seda que vestís; esa espada, con engarce de pie-

dras en la empuñadura y ese joyal que sujeta la rizada pluma de vuestro birrete. Pero registrad vuestra escarcela y no temáis hallar en ella el tropiezo de un solo maravedí. ¿Y por qué conserváis aún esas galas, y como otras no han ido á dar en manos de algún usurero judío? Porque yo, atento á vuestro decoro á ello me he opuesto y á que las conservéis os he obligado, para que presentaros podáis ante los nobles, vuestros iguales, con la decencia debida; pues no fuera bien que el caballero D. Diego de Zabala, de la más rancia é ilustre nobleza castellana, al mundo se presentase con apariencias de mendigo. Por no tener, ni aún tenéis casa, y en este desván nos alojamos, por caridad de la dueña de este palacio. Siendo tal vuestra penuria, ¿es justo que en protector de otros os convirtáis, cuando más que ellos estáis necesitado de protección y ayuda?

***

Algún efecto causaron en D. Diego estas razones, pues repuso:

—La verdad habla por tus labios; pero advierte, que si la riqueza perdí, mi corazón sigue siendo el mismo, y si antes era compasivo, también lo es ahora. Esa pobre gente, en la calle lloraba su desdicha, y sin pensar en más, mi ayuda les ofrecí, como si de algo valiera. Lo hecho hecho está y remedio no tiene.

—¿Y no teméis que vuestra noble protectora, de enojo encuentre motivo, en que sin su venia á su casa traigáis gente desconocida?—preguntó el escudero.

—No así ofendas el buen corazón de la que nos socorre,—respondióle su amo;—yo, haciéndole más justicia, sé que mi conducta ha de aprobar; y en fin, que estoy demasiado contento para inquietarme con nada y que la caridad no ha sido esta noche sino una forma de mi alegría.

Siendo yo dichoso, ¿cómo consentir que hubiera desgraciados?

Sorprendieron estas palabras á Megalasio, el cual dijo irónicamente:

—¿Contento y satisfecho vos?

—¡Mucho!

—No me parece que para ello tengáis motivo.

—¡Qué sabes tú!

—Como no sea que asunto se os haya ocurrido para alguna de vuestras composiciones poéticas...

—No, no es eso.

—Es lo único que os preocupa.

—Pues aunque imposible te parezca, se trata de otra cosa.

—No comprendo...

Bajó D. Diego la voz y dijo á su escudero:

—¡Estoy enamorado y soy correspondido en mi amor! ¿Concibes mayor ventura?

* * *

Fué tal la expresión del semblante del buen Martín al escuchar lo que antecede, que su amo no pudo menos de echarse á reir, preguntándole:

—¿Qué te pasa?

—¡Válgannos los cielos!—exclamó él compungido.—¡Qué gran desgracia!

—¿Por qué?

—Porque lo es vuestro enamoramiento. El amor es una locura; y si loco estábais ya con la dichosa poesía, y ello es motivo de todo lo que nos ocurre, ¿qué será de nosotros ahora, si el amor os quita el poco juicio que os quedaba?

—¿Qué entiendes tú de eso?

—A donde mi cabeza no alcanza llega mi estómago, y

este sufre en forma de hambre las consecuencias de vuestros desvaríos. Creedme una vez siquiera, señor: abandonad los versos y los amores; acordaos de quien sois, trocad la cítara y la pluma por la espada, partido tomad por nuestro señor el rey, por su hija ó por su hermana la princesa, por quien más os agrade, y en el triunfo de las armas buscad de nuevo la fortuna que habéis perdido...

—¡Tenga la lengua el necio!—le interrumpió el poeta encolerizado.—¿Hay fortuna que compararse pueda á mi gloria como hijo de las musas y á mi ventura como amante afortunado?

—Pero considerad...

—¡Basta!

—Decidme al menos una cosa.

—Dí qué es ello.

—El nombre de la dama á quien amais.

—Lo ignoro.

—¿Esto más?

—Sé solamente que en el palacio de D. Juan de Pacheco mora; pero hija del marqués de Villena no es, pues la única que en su matrimonio hubo está casada con el de Benavente, mi amigo.

—Pues entonces, ¿cual es su condición?

—Lo ignoro.

—¿Qué apostáis que enamorado os habéis de alguna criada?

—No lo creo.

—Pues entonces, ¿cómo explicáis la presencia de la dama de vuestros pensamientos en el palacio de D. Juan?

—No sé...

—¡Y yo que esperaba que á una dama noble y rica hubieseis rendido vuestro corazón, lo cual fuera un arbitrio para salir de nuestros apuros!

—Sea humilde ó noble, pobre ó rica, la amo. ¿Recuer-

das que con Pacheco y su sèquito nos encontramos en una venta, durante nuestro viaje de Valladolid á Segovia?

—Sí.

—Pues entonces alcancé la dicha de conocer á mi amada y verla un instante, sólo un instante, y prendado quedé de sus hechizos. Por lo visto ella también se fijó en mí, puesto que mi amor no desdeña.

Iba á seguir, sin duda, el escudero haciendo nuevas objeciones, pero su amo le selló la boca, diciendo:

—En tus razonamientos cesa y á dormir retírate, que solo necesito quedarme para invocar el auxilio de las musas y en honor de mi amada componer una endecha.

—¿La noche pasaréis entregado á la poesía?—preguntó Megalasio.

—Tal es mi intento.

—Que os aproveche. Yo considero más oportuno pasarla en brazos de Morfeo.

—Es el dios más prosaico de todos los del Olimpo.

—Pero es del que mi prosaica persona es más devoto. Las musas os inspiren, señor.

—Y á tí Morfeo te acompañe.

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

Retiróse el escudero á otro aposento, donde por todo lecho tenía un tapiz roto, y poco después dormía profundamente.

D. Diego sentóse junto á la mesa, cogió la pluma y púsose á escribir:

«Amor, pues que con tu flecha
mi corazón has herido
y á mis amorosas ansias
te has mostrado compasivo...

Los cuatro primeros versos saliéronle de un tirón; pero luego comenzó el bregar con las rebeldes rimas, y en lucha con ellas sorprendióle la luz del nuevo día.



CAPÍTULO VI

Una confidencia y un descubrimiento



A de día claro acababa D. Diego de escribir el último verso de su endecha y leía satisfecho su composición, cuando se presentaron á él el anciano y la joven, sus protegidos.

El escudero dormía aún y nadie se cuidó de despertarle.

—Señor,—dijo el anciano al poeta:—prontos á abandonar su vivienda, pues que de día es, y sólo durante la noche nos disteis en ella albergue, venimos á despedirnos de vos y á cumpliros nuestra promesa de deciros quienes somos.

—Os vuelvo á repetir,—respondió D. Diego,—que no os obligo á vuestras revelaciones.

—Somos nosotros los que espontáneamente os las hacemos.

—Hablad, pues, ya que en ello os empeñáis.

Y les indicó dos sitiales para que en ellos se sentaran.

Hiciéronlo así; pero la joven colocó el suyo de manera que el poeta no le pudiese ver el rostro.

Sin duda iba á hablarse de algo que la avergonzaba y quería ocultar su rubor.

***

El anciano empezó hablando de esta manera:

—Ante todo sabed quienes somos. Me llamo Leandro Guillén, y esta joven, mi hija, se llama Teresa. De condición humilde los dos, vivíamos labrando las tierras de un noble caballero, cuyo nombre callo, por razones que comprenderéis muy pronto.

—¿Sois labradores?—interrogó D. Diego, sorprendido.

—Sí.

—No lo dijera.

—¿Por qué?

—Porque vuestro aspecto, á pesar de vuestra pobreza, indica más alta calidad.

—Os equivocáis. Somos humildes campesinos y lo fueron todos nuestros antepasados.

Diríase que mentía, pues ni su aspecto ni sus maneras, eran en verdad propias de la condición que pregonaba.

—Murió mi esposa al dar á luz á nuestra hija,—siguió diciendo,—y solos en el mundo quedamos los dos, pues no tengo ni deudos ni parientes. Y este fué el comienzo de nuestra desventura, pues la soledad, señor, es una desgracia y un peligro. A una doncella le son siempre precisos los cuidados y consejos de una madre, y mi hija careció de los de la suya desde que nació.

***

Coligió de estas palabras el poeta, que Teresa era la causante de las desdichas cuyo relato iba á oir; pero no dijo nada y siguió escuchando.

—Aunque pobres,—continuó Guillén,—éramos felices, pues sin ambiciones ni cuidados, pasábamos una existencia modesta y tranquila. Para nuestra paz y contento nos bastaba el tesoro de nuestra honradez, del que siempre fuí celoso. Mas ¡ay! que como otra cosa no teníamos que nos robaran, contra nuestra honra atentó la perversidad humana.

Bajando la voz, mientras Teresa escondía el rostro entre las manos, dijo:

—El noble caballero, propietario de las tierras que labrábamos, es joven y apuesto. Hizo nuestra mala estrella que diera en el capricho de visitar sus posesiones, fué á nuestra casa, vió á mi hija y se prendó de ella.

—Lo cual hallo muy natural y justo,—repuso galantemente D. Diego,—pues que vuestra hija es muy hermosa.

—Gracias, señor.

—Proseguid.

—¿Qué más queréis que os diga? Suplid con vuestro entendimiento lo que callo y evitadme la vergüenza de confesar más esplícitamente lo que nadie querría supiera.

—¿Fué deshonrada vuestra hija por aquel noble?

—Sí, señor.

—Pues noble dejó de ser desde el instante que tal hizo.

—Abusó de la inocencia de su víctima.

—Se supone.

—Y de la autoridad de su condición.

—¡Miserable!

—No es que me ciegue el amor paternal; pero el culpable fué él, él solo.

—¿Qué duda tiene?

* * *

Teresa lloraba.

El anciano pagó con una mirada de gratitud las nobles é indulgentes frases del poeta, y añadió:

—Figuraos mi desesperación al conocer mi vergüenza.

—La imagino,—respondió D. Diego.

—Por mis años y hasta por mi condición misma, no podía tomar venganza del autor de mi deshonra.

—Contando, sin duda, con la impunidad, cometió el infame el delito.

—Tampoco podía permanecer en las tierras de aquel hombre.

—Claro.

—Las abandonamos, pues, y mendigando por los caminos, á Segovia vinimos, donde encontrar confío un noble señor que amparo nos prestará en nuestro infortunio.

—¿Quién es?

—Su nombre permitid que calle.

—¿No le habéis encontrado aún?

—No.

—Pero le encontraréis.

—Tal creo.

—Pues bien, mientras tanto, aquí permaneced.

—¿Cómo?

—No se dirá nunca que D. Diego de Zabala, ni aún en su pobreza, dejó de compadecer las desgracias agenas.

* * *

Una emoción profunda pintóse en el rostro de Guillén.

—¿Cómo decís que os llamáis?—preguntó ansiosamente.

—D. Diego de Zabala,—respondió el poeta.

—¡Dios mío!

—¿Qué os ocurre?

—Nada.

—Creí que desfallecíais...

En efecto, el anciano estaba lívido.

—¡Zabala!—murmuró para sí.—¡Hay coincidencias providenciales! ¿Será Dios el que á su lado nos ha traído?

Y procurando disimular, dijo en voz alta:

—Vuestro generoso ofrecimiento aceptamos; aquí nos quedaremos por ahora.

—¡Que me place!—exclamó el poeta.

—Puede que algún día os pague los favores que nos hacéis.

—¡Bah! ¿Qué vale eso?

A este punto llegaba la conversación, cuando llamaron á la puerta.

D. Diego en persona fué á abrir y encontróse con un lindo pajecillo, que le dijo:

—Mi señora me envía á deciros que necesita hablaros.

—Voy al instante,—respondió el poeta.

Y volvió junto á sus protegidos, para decirles:

—Mi protectora, la dueña de este palacio, me espera. Corro á recibir sus órdenes. Esperad.

Y salió, pensando:

—Acaso ella me ayude á socorrer á esta pobre gente.

Guillén y Teresa quedaron solos, pues el escudero dormía aún.

El anciano repetía, hablando consigo mismo:

—¡Zabala!... ¡Zabala!... ¿Habrá llegado la hora de la reparación y la justicia? Por si acaso, no me separaré de él.

Y sonreía á la vez que aumentaba su preocupación.





CAPÍTULO VII

La protectora del poeta



BAJÓ D. Diego desde su zaquizamí á las habitaciones principales del lujoso palacio, y por un lindo paje, de rubia y rizada melena, fué introducido en la cámara de su noble y rica protectora.

No necesitamos hacer la presentación de ésta, pues nos es ya conocida.

Era D.ª Leonor de Padilla.

Ocurrió á la ambiciosa D.ª Leonor, lo que ocurrir suele á cuantos sin tener en nada los impulsos del corazón ó los consejos de la conciencia, obran en todo según la ley del capricho, del egoismo ó del orgullo.

A D. Tomás de Paredes desdeñó, por suponerle inferior á ella, no habiendo conseguido que heredase el título y la fortuna de su hermano, mediante un crimen, y ahora por D. Tomás que la despreciaba, convencido de su maldad, moría de amores.

La indiferencia del antes rendido caballero excitó su

amor propio, y verlo de nuevo á sus piés propúsose, empleando para conseguirlo todas las artes de su ingenio, que no era poco, y de su malicia, que era mucha.

Acostumbrada á la intriga, solía adelantarse á los acontecimientos y preparar las cosas según su conveniencia. Enteróse de los tratos que mediaban entre el rey don Enrique y su hermana la princesa D.ª Isabel para una reconciliación, y dando ésta ya por hecha, á Segovia trasladóse, donde se instaló con lujo, convencida de que si D.ª Isabel iba á reunirse con su hermano, á Paredes llevaría consigo, por ser uno de sus más fieles servidores y entusiastas partidarios.

De aquí que en Segovia volvamos á encontrarla, esperando los acontecimientos.



El cómo D.ª Leonor habíase convertido en protectora de D. Diego, fué obra de su vanidad, más que de su clemencia.

En un certamen celebrado para agasajar á la princesa Isabel, venció Zabala sobre todos los poetas y trovadores que en él tomaron parte, ganando el premio.

Esto hizo que de él se hablase mucho y aumentó la gloria de su triunfo el ser el último descendiente de una de las más nobles familias castellanas.

No era entonces costumbre que los caballeros abandonasen el manejo de la espada por el de la pluma, y el hecho sorprendió á todos.

Súpose que D. Diego habíase arruinado por atender más á sus versos que al cuidado de su hacienda, y esto le hizo aún más interesante.

Averiguáronse los detalles todos de su vida íntima, que la curiosidad y la indiscreción fueron defectos de todas las épocas, y súpose que vivía miserablemente.

Muchos encontraron la cosa muy natural.

Quien vivía en íntimo consorcio con las musas, justo y lógico era que despreciase las realidades de la vida.

Parecióle á D.ª Leonor, que si al poeta protegía y ello llegaba á hacerse público, de la gloria de aquel participaría en cierto modo; y le ofreció su amparo, que fué admitido con sincera gratitud.

Fué su protección más aparente que real y no muy espléndida, pues limitóse á darle albergue en su palacio, y en condiciones no muy decorosas; pero de todas maneras, gracias á ella, el poeta tuvo desde entonces un rincón donde refugiarse para escribir sus inspiradas rimas.

Cuando á Segovia trasladóse D.ª Leonor llevó á don Diego consigo, dando con ello lugar á que en una venta se encontrasen con Pacheco y el poeta conociese á Zoraida.

El modo como Zabala y su escudero fueron instalados en Segovia, ya lo hemos visto; no obstante lo cual, los dos mostrábanse muy agradecidos á la que llamaban su protectora.

*
* *

Recibió D.ª Leonor al poeta con una protectora sonrisa, y díjole:

—De vuestra inspiración necesito.

—A vuestras órdenes estoy,—repuso él, inclinándose respetuosamente.

—Sentaos y oid.

Obedeció D. Diego y la dama se explicó como sigue:

—Precísame que una epístola me escribáis, para servirme de ella como de arma en una inocente intriga que para mi entretenimiento imagino. Trátase de atraer con ella á una cita á un caballero, haciéndole creer que una mujer le ofrece espontáneamente sus favores. Vos, que en

el arte de escribir sois maestro, modo hallaréis de expresar lo que os digo de tal modo, que por verdad lo tenga aquel de quien se trata.

—Nada más fácil que complaceros y serviros, si es eso no más lo que de mí demandáis,—respondió D. Diego.—Pero permitidme, señora mía, una advertencia.

—Decid.

—Si atraeros un hombre os proponéis, bastará que le ofrezcáis el cebo de vuestra hermosura, al cual no habrá quien se resista.

—Es que conviene á mi intento que no sepa el tal quién es la que la carta le escribe.

—¡Ah, comprendo! En ese caso, la epístola ha de ir sin firma.

—Claro.

—¿Queréis que la escriba en verso?

—No, porque eso delataría quizá la procedencia. Escribidla en prosa, que más adelante, si la intriga sigue, acaso la poesía haya de jugar también algún papel en ella.

—¿No es más que eso lo que tenéis que ordenarme?

—Nada más.

—Pues hoy mismo quedaréis servida.

* * *

Con esto debió darse por terminada la entrevista; pero D. Diego permanecía en presencia de su protectora, como si de algún asunto importante la hubiera de hablar aún.

Comprendiólo ella así y le preguntó afable:

—¿Tenéis algo que pedirme?

—En efecto,—contestó él resueltamente,—aunque no para mí.

—¿Para quién, entonces?

—Para dos infelices á quienes tengo bajo mi protección.

Necesitó D.ª Leonor morderse los labios para no echarse á reir.

¡Valiente la protección del hombre que necesitaba ser por ella protegido!

Refirióle el poeta su encuentro con Leandro y Teresa la noche anterior, y lo que por ellos había hecho.

Para más interesarla, repitióle la historia que poco antes le habían referido, sin omitir lo de la deshonra de la joven, aunque recomendando el debido secreto.

—Ya veis, señora,—terminó diciendo,— que la situación de esos dos infelices es digna de lástima. Yo no puedo remediarla, pues también mi situación conocéis y os consta que no es para proteger á nadie. De aquí que en vos haya pensado, para suplicaros hagáis una obra de misericordia con esos desgraciados.

* * *

No era D.ª Leonor mujer de corazón muy blando ni asequible á caritativos sentimientos; pero después de reflexionar que poco le costaba echárselas en aquella ocasión de generosa, dijo:

—La desgracia que me revelais merece mi compasión, y por complaceros dispuesta estoy á remediarla en lo posible. Si no es para vos estorbo, queden esos dos infelices á vuestro lado.

—¿Estorbo decís?—replicó D. Diego.—¡Muy al contrario!

—Pues con vos vivan, mientras modo mejor hallen de remediar su desdicha, y desde hoy yo atenderé á su manutención y á la vuestra.

—¡Oh, señora!

—Orden á mi mayordomo daré para que de ello cuide.

—Permitid que vuestras plantas bese, como prueba de gratitud en nombre de mis protegidos y en el mío.

Intentó arrodillarse; pero D.ª Leonor lo impidió diciéndole:

—Levantad. Id á decir á esos desgraciados que desde hoy tienen asegurados pan y hogar, y el encargo que os he hecho no echéis en olvido.

—En él trabajaré inmediatamente,—repuso el poeta,—y espero que las musas, cuyo auxilio invocaré fervorosamente, para mejor serviros, me lo prestarán propicias.

Y saludando respetuoso y rendido, salió de la cámara.

***

Lleno de gozo, D. Diego volvió á sus habitaciones y dijo á su escudero, que ya estaba levantado:

—Mi caridad reprochaste duramente y gracias á ella nuestra situación ha mejorado. Poco importa que nuestras provisiones agotásemos anoche para aplacar el hambre de esos desdichados; por eso mismo, desde hoy las tendremos abundantes y seguras.

Y repitióle cuanto con D.ª Leonor acababa de hablar.

—Menos mal,—respondió Megalasio.

Habló luego el poeta con sus protegidos y comunicóles la generosidad de su protectora.

Ellos aceptaron agradecidos aquel amparo y consintieron en quedarse viviendo allí hasta que su suerte cambiara.

D.ª Leonor cumplió la promesa.

A la hora de la comida subiéronles algunas sobras que á ellos pareciéronles suculentos manjares, y lo mismo continuaron haciendo desde entonces dos veces al día, por la mañana y por la noche.

D. Diego escribió la carta, que fué del agrado de su protectora, y cuyo destino sabremos más adelante.

Al bajar á presentársela, acompañáronle Teresa y Leandro, para darle las gracias por su protección.

Pareció quedar D.ª Leonor muy prendada de la joven, hízole algunos regalos y desde entonces la llamaba algunas veces para que la acompañase y distrajera su soledad.

Más de una vez, refiriéndose á ella, murmuró:

—¡Quién sabe si podrá servirme algún día, de auxiliar en mis planes!





CAPÍTULO VIII

Reconciliación



los pocos días de ocurrir los sucesos narrados, cundió por toda la ciudad de Segovia la noticia de que la princesa Isabel llegaba á la mañana siguiente, disponiéndose el rey D. Enrique á recibirla con gran agasajo, como pública muestra de la reconciliación de los dos hermanos.

Pero lo que ignoraban casi todos, hasta los que por mejor enterados se tenían, era que la princesa llegó la noche anterior de incógnito, entrando en el alcázar sin que nadie lo advirtiese, acompañada sólo por su amiga D.ª Beatriz de Bobadilla, intermediaria en aquella feliz reconciliación, y uno de los caballeros de su mayor confianza.

Como se recordará, D.ª Beatriz fué á reunirse con doña Isabel, convenientemente disfrazada para no ser reconocida.

La princesa aceptó con verdadero regocijo las propo-

siciones de paz y concordia, que por medio de su amiga le hacía su hermano, y púscse á los pocos días en camino, después de enviar un mensaje á D. Fernando, que como sabemos estaba en Aragón, participándole la feliz nueva.

Acompañóla un lucido séquito de nobles caballeros, los cuales quedáronse ocultos en las inmediaciones de la ciudad, hasta el día de la entrada pública y solemne, en la que debían figurar en el cortejo, para dar á éste más lucimiento y esplendor.

* * *

La entrevista de los dos hermanos fué cordial y hasta conmovedora.

Avisado oportunamente del arribo de la princesa, don Enrique no se acostó, aunque era ya muy tarde; la esperó levantado, en su cámara, sin otra compañía que la de su fiel Cabrera, esposo de D.ª Beatriz, alcaide del alcázar é iniciador de aquella reconciliación, en parte por odio á Pacheco, cuya ambición le indignaba.

Toda la servidumbre recibió orden de retirarse á descansar, para que no se enterasen de lo que iba á ocurrir, y á las guardias se les exigió juramento de callar lo que viesen.

Todas estas precauciones creyéronse obligados á tomar para impedir que la noticia del fausto acontecimiento llegase hasta el de Villena á tiempo de presentarse en Segovia para estorbarlo.

Tanto temían á su dominio sobre el carácter débil del rey y tanto le temía este mismo.

Una vez los hechos consumados, aunque D. Juan se enojase ya no habría remedio y tendría que resignarse á aceptar lo que tanto le contrariaba.

¡Vergonzosa debilidad de un monarca, ante su orgulloso favorito!

* * *

Era más de media noche cuando Isabel llegó al alcázar, sin otro acompañamiento que el que hemos dicho, y su hermano al saberlo salió á recibirla hasta la escalera misma.

Allí se abrazaron, sin que de momento mediasen entre ellos más explicaciones, y tan conmovidos hallábanse, que los dos lloraban.

Cabrera, á su vez, abrazó á su esposa, felicitándola por su arrojo en el desempeño de su difícil misión.

También la felicitó D. Enrique, diciéndole:

—Para sí quisieran muchos caballeros, que de valientes se precian, la energía de que en esta ocasión habéis dado muestra. Sabré recordarlo siempre y en su tiempo os lo premiaré como es debido.

Con cuyas palabras y con las manifestaciones de afecto que ya de antemano habíale prodigado D.ª Isabel, dióse la valerosa dama por más que pagada de sus esfuerzos, pues ella no aspiraba á otra cosa que á ser útil y agradable á sus soberanos, y habíalo conseguido con exceso.

* * *

Solos en la cámara del rey éste y su hermana, abrazáronse de nuevo y hablaron larga y cariñosamente.

A pesar de la flaqueza de su carácter, D. Enrique no era malo en el fondo, y cuando seguía los espontáneos impulsos de su corazón, hasta tenía alardes de simpática bondad.

En aquellos instantes estaba sinceramente conmovido,

y, dejándose guiar por sus sentimientos, arrodillóse ante su hermana, diciéndole:

—Aquí, á solas los dos, dejo de ser el monarca, obligado por su jerarquía á violentar muchas veces hasta las inclinaciones de su corazón, y me humillo ante tí, como debo, para pedirte humildemente que me perdones y des al olvido todos mis yerros y todas mis injusticias.

—¡Oh, levantáos, señor!—exclamó la princesa, profundamente emocionada.—¡Vos á mis piés! No lo consiento. Soy yo, en todo caso, la que prosternarme debo ante vuestra autoridad y grandeza, para pediros perdón por mi desobediencia. Contra vuestra voluntad me casé y reconozco que cometí una falta; pero á ello me obligaron consideraciones respetables, y más que nada, los impulsos de mi corazón. Mi felicidad dependía de tal matrimonio y, aunque heredera de un trono, por vuestra generosidad, ¿había de renunciar á la dicha, tal como en mis ensueños la había concebido?

—En modo alguno; así, pues, si los dos faltamos, cada cual á nuestra manera, borremos de nuestra memoria el recuerdo de nuestras faltas y únanos de hoy para siempre el cariño que debe reinar entre buenos hermanos.

Abrazáronse de nuevo y de este modo la reconciliación quedó sellada.

* * *

Hablando después con sinceridad más expansiva de lo que solía, D. Enrique dijo:

—No es solamente la razón de Estado lo que me ha hecho llamarte, aunque muy conveniente creo para el bien de mis pueblos que juntos á mí estéis y mucho espero del talento y valor de tu esposo cuando con nosotros se reuna. Los dos me serviréis de consejeros y auxiliares en el gobierno de mis reinos, cuyo bien ansío, alijerando de

este modo la pesada carga que llevo sobre mis débiles hombros. Pero hay otra razón principal que á dar este paso me ha impulsado y es la de mi propio bienestar.

Con acento melancólico, que inspiraba lástima, prosiguió diciendo:

—En mi grandeza soy muy desgraciado, pues á pesar de ella véome privado de los goces de la familia, permitidos al más humilde de mis vasallos. ¿Puede darse suerte más desventurada que la mía? Aunque rey, yo también tengo corazón, un corazón sensible que necesita para ser feliz, de los halagos del cariño. ¿En quién buscar ese cariño, sino en vosotros, mis hermanos? Mi esposa es para mí como si no existiera. Por sus liviandades me he visto en la triste precisión de repudiarla, y en su recuerdo, más que de satisfacción, hallo motivo de vergüenza. Mi hija... no sé siquiera si hija mía es; tengo fundamento para creer que no, y sus caricias no pueden satisfacerme. Por dignidad he de renunciar á ellas. Los servidores y favoritos que me cercan, no son más que ambiciosos mezquinos, de los que siempre he de esperar la traición, si no cedo á todas sus exigencias. Unicamente puedo tener confianza, pues, en vosotros. ¡No me abandonéis! ¡Tenedme compasión y dadme, por caridad, siquiera, la limosna de un poco de afecto!

* * *

Aún más impresionada y conmovida por estas tristes razones, que después de todo encerraban un gran fondo de verdad, D.ª Isabel prometió al rey, en su nombre y en el de su esposo, aquel cariño que tan humildemente pedíale.

—Siempre os hemos amado á pesar de todo,—díjole, —y desde hoy os amaremos mucho más, compadecidos de vuestra desgracia. Más que dos hermanos seremos pa-

ra vos dos hijos, obedientes á todos vuestros mandatos; jamás os abandonaremos y seremos para vos un escudo contra la traidora ambición de cuantos os rodean. Ante vuestros pueblos seremos los primeros en reconocer vuestra autoridad y humillarnos á ella; y en nuestra vida privada, encontraréis en nosotros ese afecto que demandáis y que por tantos conceptos merecéis. Nuestras solícitas y cariñosas atenciones os harán olvidar vuestras desgracias.

***

Así por el estilo siguieron hablando hasta muy tarde, y de común acuerdo escribieron á D. Fernando, suplicándole fuese á reunirse con ellos cuanto antes.

A aquella misma hora partió un emisario para Aragón, siendo portador del escrito de los dos hermanos.

D. Enrique mostrábase alegre y satisfecho como nunca lo estuvo.

—Quiero que tu entrada pública en Segovia sea tan solemne como debe ser,—dijo á su hermana;—y para ello permanece aquí oculta todo mañana; así descansarás de tu viaje y yo dispondré lo necesario para tu recibimiento. Pasado mañana, antes de que amanezca, saldrás ocultamente de la ciudad é irás á reunirte con los nobles caballeros que te han acompañado y te esperan en las cercanías. Después, á la hora de antemano convenida, harás tu entrada en la ciudad y yo saldré á recibirte, pues quiero dar público testimonio de la estima en que te tengo.

Todo quedó concertado como dispuso el rey y los dos hermanos separáronse y retiráronse á dormir, despidiéndose con un nuevo abrazo.

Al día siguiente fué cuando comenzó á propalarse por la ciudad la noticia de la próxima llegada de la princesa; pero todos ignoraban que estuviese ya en Segovia y que ya se hubiera reconciliado con D. Enrique.



CAPÍTULO IX

En las calles de Segovia



LA entrada de D.ª Isabel en Segovia fué verdaderamente triunfal y solemne.

Muy de mañana salió la princesa ocultamente de la ciudad y fué á reunirse con los caballeros y damas que la esperaban en las cercanías.

Entre los primeros figuraban los dos hermanos Paredes, consagrados en absoluto á su servicio.

A la hora con el rey convenida, púsose en marcha el numeroso y lucido séquito.

Isabel montaba un caballo blanco, lujosamente enjaezado, y cabalgaban junto á ella el arzobispo de Toledo y el almirante D. Fadrique.

Llegaron á las puertas de la ciudad al mismo tiempo que el rey, el cual, seguido de su corte, adelantóse al encuentro de su hermana y la abrazó cariñosamente en presencia de todos.

Los nobles de uno y otro bando que les rodeaban pro-

rrumpieron en aclamaciones, las cuales repitió con entusiasmo la muchedumbre inmensa que ocupaba todos aquellos alrededores.

Después D. Enrique, para más honrar á la princesa, descendió de su cabalgadura y llevó el caballo de doña Isabel de la brida, por todas las calles que recorrieron para dirigirse al alcázar.

Era la más alta merced con que podía distinguirla, y el pueblo, entusiasmado por aquella feliz reconciliación, manifestada de modo tan elocuente, no cesó de aclamarles y aplaudirles durante todo el trayecto.

* * *

D. Diego de Zabala y su escudero Megalasio, habíanse echado á la calle para gozar de la pública animación y tomar parte en ella.

—Vamos,—había dicho el poeta á su servidor,—que mucho será que en algún balcón de algún palacio ó en alguna tribuna de las levantadas para que las damas de la nobleza presencien cómodamente el paso de la regia comitiva, no veamos á la mujer que adoro. Así te convencerás de si tengo razón para estar loco de amor por su hermosura.

Ignoraba el pobre enamorado, al decir esto, que á Zoraida estábale terminantemente prohibido exhibirse en público y más no estando Pacheco en Segovia y siendo aquella fiesta tan contraria á los deseos é intereses del de Villena.

Pero D. Diego repetimos que ignoraba esto; y como todas las noches seguía comunicándose con su bien amado, por medio de sus cantos, á los que ella respondía, creyó que su misteriosa beldad aprovecharía aquella favorable coyuntura para presentarse á él.

Antes de salir, dijo á Leandro y Teresa, sus huéspedes:

—Y vosotros, ¿no pensais tomar parte en el público regocijo?

Respondiéronle negativamente; pero apenas él y su escudero hubiéronse marchado, el anciano dijo á su hija:

—Salgamos nosotros también. Puede que en el séquito del rey veamos figurar á la poderosa persona que venimos buscando, para implorar su protección.

Y salieron á su vez, confundiéndose entre el gentío que invadía las calles.

Tampoco D.ª Leonor se quedó en su casa.

Humildemente vestida y rebozada en un manto obscuro, que le cubría el rostro, para que nadie pudiese conocerla, salió también, en compañía de una vieja dueña de toda su confianza.

Quería convencerse de si acertó al suponer que D. Tomás de Paredes acompañaría á la princesa en su viaje á Segovia.

***

En la plaza del alcázar, la muchedumbre era más compacta que en ninguna otra parte.

Eran muchos los curiosos que querían ver la entrada de la regia comitiva en el palacio.

Perdidos en aquel mar de carne humana, estaban Leandro y su hija, sufriendo impasibles los violentos empujones de los impacientes, que se movían sin cesar, buscando y obteniendo á fuerza de puños los mejores sitios.

La casualidad hizo que cerca de ellos estuviesen doña Leonor y su dueña, á las cuales no reconocieron, pues como hemos dicho iban recatadas en sus mantos.

D.ª Leonor sí los vió á ellos, pero guardóse muy bien de llamarles la atención.

Conveníale pasar inadvertida.

Por allí circulaban también el poeta y su escudero.

Habían buscado inútilmente á Zoraida, y D. Diego, para distraer su pesar, por no haber visto á su bien amado, entreteníase en dedicar poéticas frases de elogio á la hermosura de cuantas mujeres encontraba al paso, fuesen de la condición que fuesen.

La deformidad de Megalasio era objeto de burlas y bromas que hacían reir grandemente á D. Diego y enojaban al buen escudero hasta el punto de decir á cada instante:

—Salgamos de entre el gentío, señor, pues que aquí no habéis de encontrar á la dama á quien buscais.

Pero precisamente al poeta divertíale mucho todo aquello.

También andaban por allí muchos de nuestros conocidos, de los que á su tiempo haremos mención más detenidamente.

Entre otros, Tarsio y Sebastián.

En sitio de preferencia de una de las tribunas levantadas junto al alcázar, veíase una dama que atraía la atención de todos por su lujo y belleza.

Era Margarita la ventera, que seguía representando con la mayor perfección su papel de gran señora.

*
* *

El repique de las campanas y los gritos de la muchedumbre, anunciaron la proximidad de la comitiva.

Los arqueros abrieron en el centro de la plaza una ancha calle, para que pasase el cortejo, y el gentío se agolpó en compactas filas, ansioso de ver el lucido y brillante desfile.

Leandro y Teresa vinieron á quedar en primera fila, y cerca de ellos D.ª Leonor y su dueña.

El primero decía á la segunda:

—No te apartes de mí y procuremos no perder nuestro sitio. Es necesario que veamos de cerca á todos los nobles del séquito, por si entre ellos descubro á la persona que hemos venido buscando á Segovia. Si nuestra buena suerte hace que demos con él, estamos salvados y acabarán para siempre nuestras penas; si no lo hallamos, entonces, renunciando á toda esperanza, no nos quedará otro remedio que seguir viviendo de la compasión del buen D. Diego y de la caridad de la noble D.ª Leonor.

Como Teresa no respondiese á estas palabras, su padre la miró sorprendido y vió entonces que estaba pálida y temblorosa.

—¿Qué tienes?—le preguntó inquieto.

Y antes de que le contestara, como adivinando la causa de su trastorno, añadió:

—¡Comprendo! Es que temes ver al causante de tus desdichas, á tu seductor, al ladrón de tu honra, ¿verdad?

—Sí, padre mío, eso temo,—respondió la joven avergonzada.

—Yo también.

—Y si le veo, no sé si tendré valor para contenerme.

—Es necesario que lo tengas. Piensa que nuestra venganza estriba en nuestro disimulo.

* * *

En este momento apareció la comitiva en la plaza.

La muchedumbre prorrumpió en estusiastas gritos de:

—¡Viva el rey!... ¡Viva la princesa!

El cortejo avanzaba lentamente por entre el gentío.

A su paso los hombres descubríanse respetuosamente y eran muchos los que hasta se arrodillaban.

D.ª Isabel sonreía satisfecha y miraba cariñosamente á

su hermano, que marchaba á pie delante de ella, llevándole el caballo de la brida.

El arzobispo, detrás de la princesa, bendecía á la muchedumbre, que se inclinaba respetuosa ante él.

Los caballeros que seguían luego, en crecido número, excitaban la admiración por su apostura y gallardía, el brillo de sus armas y la riqueza de sus preseas.

El cuadro resultaba grandioso, solemne.

En el cortejo figuraban los dos hermanos Paredes, como ya antes dijimos.

D.ª Leonor murmuró al distinguirlos:

—¡No me equivoqué en mis suposiciones! Los dos han venido acompañando á la princesa. ¡Bien hice en adelantarme á ellos, para preparar el terreno!

Cerca de los dos hermanos cabalgaba un caballero joven y apuesto, á quien al parecer nadie conocía.

Los curiosos complacíanse en ir citando uno por uno el nombre de los nobles que desfilaban ante ellos.

Al llegar á él, todos preguntábanse:

—¿Quién es ese?

Y nadie sabía responder á esta pregunta.

Sin embargo, nadie dudaba que fuese de elevada condición, pues así dábalo á entender su majestuoso y altivo continente.

Leandro, buscando á la persona á quien deseaba ver, no se fijó en el jóven caballero.

Teresa sí, y al verle se estremeció.

—¡Mirad, padre mío!—dijo, apretando el brazo al anciano.—¡Mirad!

Miró Leandro, vió también al joven, y palideciendo intensamente, murmuró con voz ronca:

—¡Tu seductor!





CAPÍTULO X

De cómo un incidente cualquiera, puede ser origen de una pasión



Como impelidos por una fuerza superior á su voluntad, Leandro y Teresa avanzaron algunos pasos hacia el apuesto caballero á quien los dos habían señalado como autor de la deshonra de la joven.

El les vió y palideció intensamente.

Fueron ellos á hablar, á increparle, sin duda; pero en aquel mismo momento ocurrió un suceso inesperado que arrancó un grito de espanto á cuantos rodeaban al anciano y la joven.

El caballo que montaba D Tomás de Paredes encabritóse y se lanzó sobre Teresa, que estaba junto á él.

La joven cayó al suelo, y el caballo la habría sin duda pisoteado, si el ginete que lo montaba, diestro en su manejo, no lo hubiese contenido haciendo con ello alarde de la fuerza de sus puños.

Produjose gran confusión, en medio de la cual, el se-

ductor de Teresa, volviéndose á su escudero, que cabalgaba cerca de él, le dijo rápidamente en voz baja:

—Mírala, es ella... ¡Al fin la encuentro! Síguela y descubre donde se oculta.

El escudero separóse de la comitiva, desmontó de su caballo, entregó éste á uno de los palafreneros que seguían al cortejo y dispúsose á cumplir las órdenes de su señor.

* * *

D. Tomás había echado pie á tierra, y ayudado por algunos de los curiosos que les rodeaban, hacía lo posible por auxiliar á Teresa, la cual había perdido el conocimiento.

Sin embargo, no estaba herida.

Todo reducíase al susto sufrido.

Leandro, consternado, abrazaba llorando á su hija.

El primer impulso de D.ª Leonor fué acercarse también á socorrer á la joven; pero al ver que estaba junto á ella Paredes, se contuvo, murmurando:

—No conviene que me vea.

El primer cuidado de D. Tomás fué sacar á Teresa de entre el gentío, para que respirase más libremente.

Ayudado por algunos, trasladáronla á uno de los extremos de la plaza, que estaba solitario, pues la gente agolpábase en el centro, para ver pasar la comitiva.

Allí, gracias á los cuidados que le prodigaron, la joven recobró el sentido.

El rey, la princesa y el lucido acompañamiento que les seguían, entraban mientras tanto en el alcázar, entre las entusiastas aclamaciones de la multitud.

Todos elogiaban el proceder de Paredes, que abandonó su puesto de honor en la comitiva, para auxiliar á la que estuvo á punto de ser atropellada por su caballo.

En aquella época, en que los nobles miraban con desdeñosa y despreciativa altanería á los plebeyos, pocos caballeros en el caso de D. Tomás habrían hecho lo que él.

***

Vuelta en sí la joven, rompió á llorar, sin que hubiese modo de consolarla.

En vano su padre advertíale que se reportase.

Paredes expuso sus escusas.

Con la misma cortesía que si se dirigiese á una elevada dama, dijo:

—Creed, hermosa joven, y vos, venerable anciano, que lamento en el alma lo ocurrido, aunque no me creo en modo alguno responsable de ello.

—Los causantes fuimos nosotros mismos,—le respondió Leandro.—Como nos adelantásemos más de lo conveniente, rompiendo la fila de los arqueros que contenían el gentío, vuestro caballo al vernos se encabritó. Nada tenéis, pues, de qué disculparos, y somos nosotros, en cambio, los que debemos pediros que nos perdonéis, á la vez que os manifestamos nuestra gratitud por vuestro socorro.

—No habléis de eso. Pero ¿qué diablos de ocurrencia os dió de adelantaros hasta en medio de los caballos?

Leandro ruborizóse, miró á su hija y repuso:

—La curiosidad...

—Sí, eso, la curiosidad,—asintió Teresa, hablando por vez primera, para acudir en auxilio del embarazamiento de su padre.

¿Cómo decir la verdadera causa por la que cometieron la imprudencia que tan cara pudo costarles?

***

Miraba Paredes á Teresa con persistente fijeza y con admiración mal contenida.

La portentosa hermosura de la joven, realzada por su misma modestia, era el motivo de ello.

Como Teresa intentase retirarse á su domicilio, y no pudiese andar apenas, emocionada aún por lo que había pasado, D. Tomás díjoles á ella y á su padre:

—Permitid que os acompañe y que os ofrezca mi apoyo.

—¡Oh, no, de ningún modo, señor!—contestó Leandro. —No lo permito. Agradecemos vuestro generoso ofrecimiento, pero perdonad si no lo aceptamos.

—¿Por qué?

—Demasiado habéis hecho ya... La comitiva de que formábais parte acaba de entrar en el alcázar...

—¿Y qué importa?

—Bastante tiempo habéis perdido ya por nuestra culpa.

—Nunca es perdido el tiempo que se emplea en una cosa que es de nuestro agrado.

Negóse á toda clase de razones el galante caballero, y no hubo otro remedio que aceptar su oferta.

Echaron á andar, pues.

Teresa apoyábase en su padre y en Paredes, rodeábanles algunos curiosos y les seguía el escudero de D. Tomás, con los dos caballos de la brida.

Detrás, á conveniente distancia, para no ser reconocidas, iban D.ª Leonor y su dueña, y más lejos, cumpliendo las órdenes recibidas, caminaba el escudero del seductor de Teresa.

* * *

Llegaron al palacio de D.ª Leonor y subieron al zaquizamí donde el poeta tenía recogidos por caridad al padre y á la hija.

La compasión de Paredes hacia aquellos desgraciados aumentó al ver la miseria en que vivían.

Teresa parecióle aún más hermosa, por el mismo contraste que había entre su hermosura y su pobreza.

Despidióse cariñosamente del padre y la hija dándoles su nombre y ofreciéndoseles para todo aquello en que pudiera serles útil.

Ellos agradecieron sus ofrecimientos y respondiéronle con palabras de gratitud.

D. Tomás salió de allí perdidamente enamorado de Teresa; que basta solo un instante para que el amor se posesione de un corazón y lo tiranice.

—He de volver á verla,—alejóse pensando,—que no habrá ya para mí paz ni sosiego hasta que mi pasión le confiese y logre la dicha de ser correspondido.

D.ª Leonor á su vez entró en su palacio, diciéndose:

—La ocurrencia de hoy ha estado á punto de dar al traste con mis propósitos, descubriendo á D. Tomás mi estancia en Segovia. ¿Cómo ha de sospechar él que es mi propia casa donde ha estado? Pues que ganar tiempo me conviene, uso haré de la epístola que á prevención ordené al poeta me escribiese, y poco he de poder si no consigo prender de nuevo á D. Tomás en las redes de mi astucia.

Y dió á su dueña órdenes reservadas, cuyas consecuencias conoceremos muy pronto.

En cuanto al escudero del seductor de Teresa, fué á dar cuenta á su señor del desempeño de las instrucciones que de él había recibido.

* * *

Poco después D. Tomás reuníase á su hermano D. Rodrigo, en el alojamiento que para los dos había sido preparado, y, arrojándose en sus brazos, decíale:

—¡La felicidad me ha salido al paso bajo la forma de mujer, adornada de todas las perfecciones imaginables!

Y le refirió la aventura que acababa de ocurrirle.

Después de escucharle atentamente, D. Rodrigo le preguntó:

—¿Con que es decir, que amas á esa linda jóven á la que estuviste á punto de atropellar con tu caballo?

—¡La adoro!—respondió con entusiasmo D. Tomás.

—Pero, ¿sabes quién es?

—No.

—Entonces...

—¿Y qué importa? ¿Cuándo el amor reconoció categorías ni posiciones?

—Sin embargo, olvidar no debes la nobleza de nuestro nombre.

—Siendo como soy un segundón, sin títulos ni bienes de fortuna, esa nobleza que dices sólo me obliga á no casarme con una mujer sin honra. La que adoro es más que honrada aún: es virtuosa.

—¿Qué sabes?

—La virtud y la honradez brillan en su purísima frente. Seguro estoy de que cuando la conozcas le darás de buen grado el nombre de hermana.

—¿Según eso estás resuelto á hacerla tu esposa, á pesar de su modestia?

—Si ella corresponde á mi cariño, ¿por qué no?

—Ve con tiento.

—¿Qué temes?

—Que tu pasión no pase de ser un capricho pasajero, como tantos otros.

—¡Oh, no!

—¿En qué te fundas para negarlo?

—En mis propios sentimientos.

—Los sentimientos engañan muchas veces. Recuerda que enamorado estuviste de D.ª Leonor de Padilla.

—¡No me la nombres! ¡La odio, la desprecio!

—Pero la amaste.

—Mas su ambición y su maldad me hicieron aborrecerla.

—Mira no te suceda ahora otro tanto.

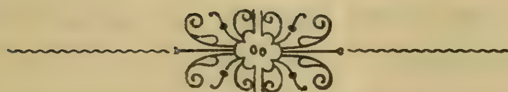
—No lo espero.

D. Rodrigo no insistió, pues sabía que el medio mejor de avivar una pasión, es contrariarla.

Dejó, pues, al tiempo el encargo de demostrarle si su hermano estaba enamorado de veras.

D. Tomás, como si adivinase las dudas de D. Rodrigo, díjole, con toda la firmeza de sus vehementes sentimientos:

—¡La amo y la amaré siempre y no perdonaré medio alguno para conseguir la dicha de ser correspondido! ¡Hasta ahora yo no sabía lo que era amar de veras, con toda el alma!





CAPÍTULO XI

Prevenir el golpe



SEGÚN antes digimos, también en la plaza del alcázar estaban Tarsio y Sebastián.

El primero saboreaba el triunfo de su astucia, gracias á la cual alejó á su señor de Segovia, dando lugar con ello á que más fácilmente se realizase la feliz reconciliación entre el rey y la princesa, que todos celebraban.

—¡Cómo se llevarán los demonios á mi señor D. Juan, —pensaba sonriendo,—cuando lo ocurrido sepa! Cosa será de oirle y de veras siento no estar á su lado para gozarme en su cólera.

Muchos eran de su opinión, pues en varios corros oyó decir:

—Extraño es que el de Villena no haya opuesto obstáculos á este dichoso acontecimiento, y su enojo por él es evidente, puesto que no forma parte del cortejo del rey.

Todos ignoraban su salida de la ciudad y la causa de ella; así era que achacaban su ausencia á descontento.

El pueblo conoce siempre por instinto a los que influyen en sus desgracias, y eran numerosos los que odiaban al intrigante marqués, aunque por temor a su poderío disimulasen su odio bajo la máscara de un fingido respeto.

Sebastián, que acompañaba a Tarsio, mostrábase re-reservado y pensativo.

Deteníase ante las tribunas ocupadas por las damas y pasaba revista a éstas, una por una.

El falso idiota no pudo menos de decirle burlonamente:

—¿Buscas acaso a quien hacer dueña y señora de tu amor?

—Lo que busco—respondióle con cierto despecho el villano—, bien lo sabes. Una promesa me hiciste y por ella lograste que te sirviera con lealtad probada; pero puesto que tu promesa no me cumples, he de procurar por mí mismo el logro de mis deseos.

—¿Te refieres a tu venganza de Margarita la ventera, por sus desdenes?

—Sí.

—¿Aún piensas en eso?

—Más que nunca.

—Testarudo eres.

—Soy rencoroso.

—Es lo mismo.

—Sé que Margarita se halla convertida en gran señora y tengo más empeño aún que antes en encontrarla.

—Si quieres creerme, renuncia a tu deseo, que a nada conduce.

—No.

—Pero...

—Inútil es que vengas con razones, porque no has

de lograr hacerme desistir de mi propósito. A Margarita encontraré, y cuando la encuentre...

—¿Qué harás?

—Yo mismo no lo sé todavía; pero ten por seguro que algo haré por lo que se arrepienta de haberse burlado de mí.

No insistió Tarsio en sus advertencias y siguieron circulando por entre la compacta muchedumbre.

Así llegaron ante una de las tribunas que había levantadas junto a la puerta misma del alcázar.

En ella tenían asiento las damas más nobles y hermosas.

De pronto Sebastián oprimió fuertemente el brazo de Tarsio y díjole en voz baja:

—¡Mírala, ahí está! ¡Cuando te aseguré que la encontraría!

En efecto, en la tribuna hallábase Margarita, radiante de hermosura y riqueza.

El mismo Tarsio exclamó al verla:

—¡Por mi vida que esa muchacha vale mucho, pues prueba de talento es haberse elevado desde su humildad hasta la posición que hoy ocupa!

—A costa de la vergüenza y la honra es muy fácil encumbrarse—, repuso Sebastían.

—Haz por tí mismo la prueba y te convencerás de que no es tan sencillo.

—Es muy diferente. Si yo fuera mujer hermosa... veríamos.

Tarsio celebró esta salida con una carcajada, y procuró alejar de allí a su compañero, pensando:

—Este necio es capaz de promover aquí un escándalo que nos comprometa.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles.

No había quien lograse alejar de allí al celoso villano.

Miró Magarita por casualidad a su antiguo amante, y debió reconocerlo, pues mudóse repentinamente el color de su rostro, invadiéndolo mortal palidez.

Sin duda temía alguna inconveniencia del despecho de aquel hombre.

Pero su trastorno duró poco.

Reponiéndose enseguida, llamó a un paje que había cerca de ella y le habló algunas palabras en voz baja.

El paje abandonó inmediatamente la tribuna.

—Y bien, ¿qué piensas hacer?—preguntaba mientras tanto Tarsio a su compañero.

—Avergonzarla en público—respondió Sebastián—, echándole aquí mismo en cara su proceder.

—Considera...

—No considero sino que ocasión tan propicia de satisfacer mi enojo, no es fácil se me vuelva a presentar.

—Sin embargo...

—Si no quieres comprometerte, déjame solo.

—No lo dije por tanto.

En aquel momento el paje acercóse al villano, y, hablándole con el mayor respeto y de modo que nadie más que él pudiera oirle, le dijo:

—De parte de mi señora vengo a deciros, que necesita hablaros.

—¿A mí?—preguntó Sebastián.

—Claro, puesto que a vos me dirijo.

—¿Y quién es tu señora?

—¿Necesitáis que os la nombre, cuando en ella teníais fijos los ojos hace un instante?

—¡Margarita!

—La misma.

—Escucha, Tarsio. ¿Qué te parece esto?

—Indiscreto sois, pues que las mercedes que recibís propaláis—dijo maliciosamente el paje—; y en asuntos de amor, la discreción es necesaria.

—¡De amor, has dicho!—exclamó Sebastián, cada vez más asombrado—. Pero ¿es un mensaje de amor el que de parte de tu ama me traes?

—Eso vos habéis de adivinarlo, sin necesidad de que sea yo quien os lo diga, que hay cosas que pensarse deben, pero no decirse.

—Malicioso es el pajecillo.

—Nada despierta tanto la malicia como el estar al servicio de una mujer hermosa; que las mujeres gustan de ser adivinadas en sus deseos, sin necesidad de expresarlos.

Quedóse pensativo Sebastián unos instastes y al fin dijo:

—También a tu ama deseo yo hablar.

—Pues ya véis como ella a vuestro deseo se adelanta —repuso el paje—. Otro que en vuestro lugar se hallara, por muy feliz tuviérase con esta demostración de complacencia, ¡Obtener una gracia aún antes de pedirla! ¿Cuándo se vió fortuna igual ni tan grande?

—¿Y cómo mi deseo y el aviso de tu señora han de cumplirse?

—Es muy fácil.

—Dí.

—Esta noche, al toque de ánimas, estad solo en esta

misma plaza y en este mismo sitio; pero solo, ¿entendéis bien?

—Entiendo.

—Siempre fué un tercero estorbo en amorosas entrevistas.

—Oportuna es la advertencia, aunque no la necesito.

—En vuestra busca vendré a la hora indicada.

—¿Y a presencia me llevarás de tu señora?

—¡Claro!

—Bien está; no faltaré.

—Sigilo y prudencia.

—Hasta la noche.

—Adiós.

Alejóse el paje, y cuenta fué a dar a Margarita del desempeño de su encargo.

La ex-ventera sonrió maliciosamente:

—¡Pobre Sebastiáni Bajo la piel de león furioso, no se oculla en él más que un cordero inofensivo. El peligro está conjurado; yo haré que nunca más vuelva a amenazarme.

Y tranquila ya y repuesta del sobresalto que le causó un momento la presencia de su antiguo amante, siguió aumentando con la conquetería de sus sonrisas el encanto de su belleza.

Profundamente trastornado, Sebastián alejóse del brazo del idiota, diciéndole:

—¿Qué opinas de esto, Tarsio amigo? ¿No puedo considerarme, como con razón el paje decía, por el más feliz de los mortales? Evidente es que arrepentida de sus veleidades, Margarita busca reconcilarse conmigo.

—¿Eso. crees?—preguntóle con sorna su compañero.

—Eso aseguro. ¿A qué otra razón achacar su llamamiento?

—¿Y si en vez de lo que imaginas te tendiera un lazo?

—¿Para qué?

—Para librarse de tí.

—¿Cómo?

—Margarita debe suponer fundadamente que estás enojado con ella.

—Y bien...

—Al ver tu actitud, que no era en verdad tranquilizadora, comprendería que aspiras a vengarte de sus devíos.

—Aunque así fuera...

—¿No comprendes aún lo que temo?

—No.

—Eres todavía más torpe de lo que yo pensaba.

—Concluye.

—La cosa es fácil. ¿No puede ser la tal cita un lazo, cocomo antes te dije, para librarse de tí y escapar a tus supuesta venganza?

Las palabras de Tarsio, no desprovistas de fundamento, hicieron reflexionar a Sebastián, más como la vanidad es enemiga de la reflexión y la vanidad del villano hallábase halagada por el inesperado llamamiento de su antigua amante, acabó diciendo:

—Tus sospechas son infundadas. ¿Por qué esa mujer, recordando las finezas de mi amor, no ha de querer renovarlo?

—¿Con que es decir que piensas asistir a la cita?—preguntó Tarsio

—Claro que sí.

—Haces bien.

—¿Por qué apruebas ahora lo que antes combatías?

—Porque heme convencido de que es muy natural, después de todo, ue un necio como tú, se deje engañar tan fácilmente.

—Esas palabras...

—Si te ofenden, tenlas por no dichas. Asiste a la cita en buen hora; pero si en ella te ocurre un tropiezo, no me pidas luego mi ayuda para salir de él, pues a tiempo hete advertido el peligro.

Y despidiéndose de él se alejó murmurando:

—Así como así, Margarita me haría un gran favor librándome de ese imbécil, al cual no necesito ya para nada.

Sebastián, mientras tanto, esperaba ansioso que llegaso la noche.

Sus celos y su rencor habían desaparecido, ante la sola esperanza de una reconciliación.

Ya no pensaba en vengarse, sino en gozar tranquilo de las delicias que se prometía.



CAPITULO XII

Una carta y una cita.



RANDE fué la admiración de don Tomás de Paredes, al recibir aquel mismo día misteriosamente en su alojamiento y sin saber quién a él la había llevado, una carta redactada en la siguiente forma.

»Caballero sois y compasión no puede menos de hallar en vos un amor sin ventura. ¡Mísera la infeliz que cual yo, al duro trance vese reducida de confesar a un hombre que le adora, exponiéndose, quizá, a ser por él despreciada! Pero mi pasión no cabe ya en la estrecha cárcel de mi pecho, y al desbordarse de ella a vos va, que sois el que la inspiráis.

»¡Os amo, don Tomás, os amo, y esta confesión sale de mis labios, a despecho de mi dignidad y mi recato! Dura condición la de la mujer, a quién está vedado expresar sus sentimientos! ¿Por qué en este punto no ha de gozar de la misma libertad que el hombre? Fuera más justo,

aunque por irregular y contrario a la propia estimación lo lo repute la costumbre.

»¡Tened compasión de mí y mostraos propicio a mis deseos!

»Necesario es que yo os hable para que saber consiga lo que de vos esperar puedo.

»Cuando la noche, protectora de los que aman y sufren, tienda su manto de sombras sobre la tierra, junto a la puerta norte de las murallas estad: una persona de toda mi confianza os conducirá a mi lado, y de vuestros labios escucharé la sentencia de mi insensato amor.

»¡Sed clemente para con esta desgraciada, que de vos todo lo espera y de vos todo lo teme!

»El angel tutelar de mi cariño os guarde.»

No decía más ni había firma alguna al pié de las anteriores líneas.

Don Tomás quedóse perplejo, sin acertar a comprender si se trataba de una burla o de un verdadero lance de amor.

En todo pensó menos en que aquella epístola pudiese provenir de doña Leonor, cuya presencia en Segovia ignoraba; y sin embargo, de doña Leonor provenía.

¡Tan lejos estamos casi siempre, por nuestra desgracia, de acertar con la verdad!

Era la misiva escrita por don Diego, obedeciendo las indicaciones de su protectora.

En sus dudas, fuese Paredes en busca de su hermano don Rodrigo, al que explicó el caso, pidiéndole consejo.

Don Rodrigo escuchóle atentamente, y luego díjole:

—Extraño es en verdad, por vida mía, que apenas llegado a Segovia una aventura tal se te presente; farsa pu-

diera ser que una traición envolviese; pero de todas suertes, caballero eres, espada ciñes, y un caballero no deja de acudir jamás al llamamiento de una dama, sea esta quien sea y aunque en ello haya peligro.

—¿Opinas, pues, que a la cita debo acudir?—preguntó don Tomás.

—Sin duda alguna.

—Tal era también mi parecer, y celebro lo apruebes, pues así lo robusteces y afirmas. Iré y así sabremos quién es la enamorada desconocida.

—Es lo mejor. Más precaución ten, no quedes prendido en las redes de la conquetería de alguna peligrosa beldad, que muy dado eres a enamoramientos y fácilmente haces dueña de tu albedrío a la primera que en conseguirlo se empeña.

—Descuida. De escudo contra toda tentación me servirá el recuerdo de la hermosa joven que conocí esta mañana.

—¿Aún piensas en ella?

—A todas horas. Su imágen no puedo borrar de mi, que grabada quedó para siempre en mi alma.

—Hasta que otra la borre.

—No lo esperes.

Y jovialmente, pues de sobra conocía lo impresionable y tornadizo que su hermano era, don Rodrigo puso punto a la conversación, agregando:

—Veremos si de igual modo me hablas cuando a tu desconocida enamorada hayas visto.

Cerró la noche, y don Tomás, fiel a los deberes de cortesía que imponíale su condición de caballero, encaminóse al lugar de la cita.

No bien llegado a él hubo, acercósele una vieja dueña que recataba el rostro con el manto, y le dijo:

—Seguidme, señor.

Paredes echó a andar con ella.

Desde luego no se trataba de una broma, puesto que allí encontró esperándole la persona que en la carta se le decía.

—¿A dónde vamos?—interrogó el caballero miemtras caminaban.

No obtuvo respuesta.

Insistió en su pregunta y entonces le respondió la dueña:

—No me pongáis, noble señor, en el duro aprieto de no poder contestaros. Mucho os respeto y vuestras más leves indicaciones son para mí mandatos; pero adviertido hanme que calle, y mi obligación es no olvidar la advertencia.

—No insisto—respondió don Tomás—. Llevadme a donde queráis.

Y siguieron andando, sin pronunciar palabra durante largo rato.

Advirtió Paredes, con la natural sorpresa, que camino iban de la casa donde estuvo aquella mañana, esto es, del domicilio de la hermosa joven a quien estuvo a punto de atropellar con su caballo y a la que luego auxilió tan bondadosamente,

Esta circunstancia despertó en él insensatas ilusiones; que no hay como un enamorado para imaginar locuras.

—¿Querrá mi buena estrella— decíase—, que sea aquella linda joven la que me llama? Si así fuese, razón sobraríame para bendecir mi suerte, pues que adelantádose hubiera a satisfacer mis deseos.

Parecíale un absurdo sus suposiciones; pero aun así más se afirmaba en ellas, al ver que se acercaban al palacio de doña Leonor, en cuyas buhardillas vivía Teresa.

A pesar de todo, hablando en él la reflexión, a despecho de sus ilusiones, pesaba:

—Sería muy extraño que de mí se hubiese enamorado tan pronto y que con tanta precipitación se determinase a dar paso que de tal modo la compromete. Además su atrevimiento estaría reñido con la inocencia que en su rostro resplandece.

Llegaron al pie mismo del palacio y don Tomás pudo ver cómo un embozado desaparecía precipitadamente por una callejuela.

No paró mientes en ello ni dió al caso la menor importancia.

—¿Y ahora?—preguntó, viendo que la dueña se detenía

—Ahora—contestó la interpelada—, permitidme que os vende los ojos.

—¿Cómo?

—Así se me ha ordenado y cumplo las órdenes recibidas.

—Pero...

—¿Qué teméis?

—Nada.

—Entonces....

—Mas no comprendo...

—Dejadme hacer y no tendréis que arrepentiros. Justo es que vuestros ojos cubra, pues a la dicha y al amor os conduzco, y el hombre camina siempre a ciegas hacia la felicidad.

Interesado en la aventura, no opuso don Tomás nuevos reparos y dejóse vendar los ojos.

Cogióle la dueña de la mano, y el caballero advirtió que entraban bajo techado.

Subieron una escalera.

Esperanzado aún con que fuese Teresa la que lo llamaba, don Tomás notó con desencanto que la escalera era muy corta, y la que por la mañana subió para ir a la morada de la hermosa joven, era muy larga.

Después que hubieron caminado un corto espacio, por salones que debieron ser lujosos, pues el pié se handía en blandos tapices, detuviéronse y la dueña quitó la venda a Paredes, el cual lanzó un grito de asombro.

Se hallaba en presencia de doña Leonor.





CAPITULO XIII

Súplicas y amenazas

EPUESTO de la natnral sorpresa, en don Tomás revelóse la indignación que le producía verse en presencia de la mujer a la que odiaba, tanto como antes la había amado.

Ataviada con lujosas galas y ricas joyas, doña Leonor sonreíale como no le sonrió nunca, ni aún en los mejores tiempos de sus pasadas relaciones amorosas.

Eran sus sonrisas engañosas, halagos y promesas.

Sin dirigirle la palabra, limitándose solo a mirarla despreciativamente, Paredes se encaminó a la puerta por donde había entrado y por la que acababa de salir la dueña que hasta allí le condujo.

La dama palideció de despecho, y levantándose dispuesta a detenerle a toda costa, le preguntó:

—¿A dónde vais?

Miróla don Tomás de nuevo y respondióle airado:

—A donde no os vea, que si antes fué para mí una sa-

tisfacción el contemplaros, hoy es un suplicio y una vergüenza.

—Injusto sois.

—¿Injusto decís, cuando a huir de vos me limito, pudiendo trataros de modo más severo? Lo que me reputáis como injusticia, es indulgencia que no merecéis. Pero al fin sois mujer, y por serlo, mi condición de caballero a teneros me obliga algún respeto. Con Dios quedad y de mi nombre olvidaos. No existo para vos en el mundo.

Y de nuevo hizo ademán de salir.

Estaba en la conveniencia de doña Leonor, que Paredes no se marchara, y no vaciló en recurrir hasta a la humillación para retenerlo.

Abrigaba aún la esperanza de que la perdonaría si la oyera.

Arrojándose a sus pies, se abrazó a sus rodillas, exclamando:

—¡Por piedad! ¡Por el amor que me tuvistéis, no os vayáis! Permitidme, al menos, que de los motivos de enojo que os dí, me justifique y disculpe. Soy yo la que os imploro, la mujer quien en tiempo no lejano, repetidas protestas hicistéis de amor y rendimiento. ¿Cómo antes tan enamarado y ahora tan indiferente?

—¿Y cómo antes vos tan altiva y ahora tan humilde? —replicó él—. ¡Arrodillada a mis plantas! ¿Qué se hicieron aquel orgullo y aquella altanería que os impulsaron a menos preciar mi amor, por el sólo delito de no tener yo una fortuna que ofreceros con mi cariño? ¿Así han cambiado vuestros sentimientos?

—Ya lo véis. Orgullosa y altiva fuí, es cierto; pero bien castigadda estoy, y la que sus faltas reconoce y expía ¿no merece indulgencia? Dejarías de ser noble y generoso, si

de mí no os compadeciéseis. Unicamente imploro piedad, y la piedad no se le niega a nadie.

—La tendría quizá para vuestros errores; más no la puedo tener para vuestros crímenes..

—¿Qué decís?

—¡Sí, para vuestros crímenes! Tan bajo descendísteis en vuestra ambición, que a mi hermano pretendísteis asesinar, para que sus títulos y riquezas heredara.

—¡Oh!...

—Entonces sí que me hubiérais amado.

—¡Basta!

—Esto no os lo puedo perdonar ni como caballero ni como hombre, y bastante hago con no castigarlo.

Púsose en pié doña Leonor e irguióse altiva y arrogante.

—No a la calumnia apeléis para justificar vuestra mudanza—dijo.

—¿De calumnia reputáis la acusación que formulo?—replicó Paredes.

—¡De calumnia vil y odiosa!

—¿Cuándo se vió mayor atrevimiento?

—¿Pruebas tenéis de la infamia que me achacáis?

—No las necesito para creerla.

—Pero sí os son precisas para acusarme, que acusar sin pruebas, es como levantar un castillo en el aire. A vuestro hermano sé que asesinar intentaron, por causa de sus escandalosos amores con una judía; pero en ello yo no tuve parficipación alguna. Fué venganza de los parientes de la judía deshonrrada.

—¡Mentís!

—Ved don Tomás que co una damo habláis y ciertas frases al dirigiros a ella, son conlrarías a la cortesía a que por vuestra condición de caballero estáis obligado.

—De guardar los deberes de cortesía me creo exento, con quien miente cual vos. Que los parientes de la judía atentaron contra la vida de Rodrigo decís, y eso es falso. ¿Cómo así había de ser, cuando el mismo padre de la judía acogió a mi hermano en su casa, para curarlo y asistirlo? Inventad mentiras más ingeniosas que os disculpen porque esas, por sobrado inocentes, son indignas de vuestro astuto ingenio. Y en fin, punto pongamos a una discusión inútil, de la que nada hemos de sacar en claro. Os desprecio por el crimen que intentásteis cometer y ni aún os considero digna de castigo. Decidme, pues, únicamente, para qué a esta casa me habéis atraído con engaño, cuando ya todo ha concluído entre nosotros.

Apeló doña Leonor a las lágrimas y bañada en ellas dijo, con más amargura que enojo:

—¡Ingrato! ¿Para qué aquí os he echo venir me preguntáis? ¿Acaso no podéis adivinarlo? Mi carta os lo indica claramente y más claramente aún os lo dicen mis palabras y mi llanto. ¡Os amo, don Tomás! vergüenza grande es esta confesión en mis labios; pero cuando el amor se desborda, no hay consideración alguna que lo contenga. ¡Os amo! Comprenderlo no supe hasta que perdido os miré para mi afecto. Entonces al sufrir el tormento de vuestros desvíos, despertáronse en mi los celos, el dolor, la desesperación, la angustia todo lo que es, en fin, resultado y prueba de un verdadero amor sin ventura. ¡Yo misma no sabía cuánto os amaba! Desde que vuestro cariño perdí, mi vida es un tormento; y enloquecida por las torturas de mi pesar, mi orgullo sacrifico, mi dignidad depongo, mi pasión os confieso y piedad os imploro... Para esto he hecho que aquí vengáis... ¡Compadeceos de mí!... ¡No me despreciés!

Algo conmovieron a don Tomás estas sentidas súplicas, que parecían sinceras; más por ello depuso su rigor.

—Si es cierto lo que decís—repuso—, os compadezco, pero sin que en mis sentimientos hacia vos hay ι otra cosa que compasión. A impulsos de esa misma lástima que me inspiráis, un consejo voy a daros si es verdad que no queréis olvidarme.

—¡Olvidaros!—contestó la dama.

—Eso es lo menos malo para vos, que podéis hacer, por que yo no os amo ya, doña Leonor; no os amaré nunca.

—¡Y sin embargo decíais que antes me amabáis!

—¡Mucho!

—¿Cómo tan p.onto habéis cambiado de sentimientos?

—Por vuestra culpa. Vos misma arrancástéis la venda que cubría mis ojos, y el amor para existir, debe ser ciego; cuando lo deja de ser muere, porque no siéndolo, descubre defectos donde antes imaginaba perfecciones. Buscad la dicha del amor en otro hombre y creedme, procurad mantenerle en la ceguera que le producirá el producirá de vuestra hermosura; porque si a la vista le volvéis, como a mí, y vuestras deformidades advierte, como en mí, el amor se trocará en desprecio. Sírvaos de provechosa lección, el escarmiento de mi cariño.

Comprendió doña Leonor que no había remedio, que aquel hombre se escapaba de entre las redes con que intentó apresarle, y despechada y colérica, dijo:

—¿Es vuestra última resolución la de no hacer caso de mí?

—La última—respondió don Tomás·

—Pensadlo bien.

—No es necesario, puesto que sigo el impulso de mis sentimientos.

—¿Con que es decir, que me odiáis?

—Vos me ponéis en el caso de que así os lo confiese.

—¡Me odiás!

—Tanto como antes os amé.

—¿Y no teméis que mi amor también se convierta en odio?

—Me tiene sin cuidado.

—¿No os asusta mi venganza?

—No.

—Peor para vos. Porque me vengaré, os lo advierto.

—Sabré defenderme de vuestra venganza.

—Lo veremos.

Por vuestro bien ved lo que hacéis, porque sabré responder a vuestras provocaciones.

—Ahora soy yo la que os contesto «no me importa,»

—Y yo el que os replico: «peor para vos.»

—Por última vez: ¿queréis la paz?

—No.

—¿Preferís la guerra?

—Sí.

—Está bien. ¡La guerra!

Llamó a su dueña y díjole:

—Condúcele fuera.

Por cortesía, don Tomás fué a despedirse con una innación de cabeza y ella le volvió la espalda.

Sola doña Leonor, entregóse a su despecho.

—¡El miserable!—exclamó fuera de sí—. ¡Me desprecia!... ¡Ay de él!... ¡Sabré vengarme! Inventaré una venganza tan cruel, tan espantosa, que asombro y admiración será de cuantos de ella tuvieren noticia. ¡Ah, el imbécil! No sabe de lo que es capaz una mujer despechada... ¡No tardará mucho en saberlo!

Y paseábase furiosa por la cámara, desgarrando en su desesperación, las ricas galas que la embellecían.

Mientras tanto don Tomás era conducido a la calle por la dueña.

Antes de alejarse, miró las altas ventanas del zaquizamí de don Diego, donde moraba Teresa.

—¡Ella es la dueña de mi amor!—dijo.

Y preguntóse inquieto:

—¿Qué relaciones habrá entre Leonor y mi bella desconocida?

Alejóse murmurando:

—¡Yo lo sabré!

Llegó a su alojamiento y refirió a su hermano lo ocurrido.

Don Rodrigo escuchóle atentamente.

—Bien has hecho—díjole—; que no otra cosa que desprecio merece una mujer como la de Padilla; pero guárdate de ella, porque la venganza de una mujer es temible.

Don Tomás no hizo caso de esta advertencia.

Retiróse a descansar y poco después dormía, soñando que su amor era correspondido por la hermosa joven que morába en las buardillas del palacio de Leonor.





CAPITULO XIV

La astucia de una mujer

AMBIEN aquella noche a la hora en punto, acudió Sebastián a la cita de Margarita.

En el sitio convenido esperábale ya el paje que le habló por la mañana.

Saludóle con exagerado acatamiento, que resultaba ridículo por la humilde condición del villano, y le dijo:

—Seguidme: mi señora os aguarda.

—Quisiera que Tarsio estuviese aquí—pensó Sebastián—, para que él que tan desconfíado es, se convenciese de mi buena suerte.

Echaron a andar, llegando a poco ante una casa de buena apariencia.

Abrió el paje la puerta, con una llave que sacó de su escarcela, y entraron.

Poco después el villano era introducido en una lujosa cámara, en la que había una hermosa dama, vestida con riqueza.

Desapareció discretamente el paje, y los dos antiguos amantes quedaron solos.

No supo Sebastián al pronto qué decir, y fuéronsele de la memoria todos los apóstrofes y reproches que llevaba prevenidos para lanzarlos a quema-ropa sobre Margarita.

Levantóse ésta del estrado en que se sentaba, y avanzando hacia él, tendióle la mano, con aire de gran señora, diciéndole:

—Bien venido seas, Sebastián. Bendigo la casualidad que me proporciona la dicha de volver a verte.

Y reteniéndole cogida mano con que él estrechó la suya, le condujo al estrado, haciéndole sentarse junto a ella.

Clavóle luego en el rostro la acariciadora mirada y añadió:

—¿Nada tienes que decirme? ¿Ni una frase cariñosa se te ocurre, con la cual manifestarme que también te alegra volver a verme? No esperaba en verdad tanto desvío.

Repúsose el villano, y con voz temblorosa, respondió:

—¿Qué significa esto, Margarita? ¿De mí te burlas?

—¡Burlarme!—replicó ella, fingiéndose enojada—. No eran insultos lo que esperaba oir de tus labios al tornar a vernos, después de tanto tiempo. Suponer que de ti me burlo, porque con sincera cordialidad te acojo, es ofenderme e insultarme.

—Es que recuerdo...

—¿Qué recuerdas?

—El desvío con que me trataste, poniendo brusco fin a nuestras amorosas relaciones.

Echóse a reir Margarita, y con acento de burlona compasión, dijo:

—¡Pobre Sebastián! Veo que tu cortedad de alcances

no ha disminuído con haber abandonado el obscuro lugar donde vivíamos. El trato con gente de mayor instrucción y más claro discernimiento, ¿no te ha enseñado a adivinar la verdadera intención de las acciones? ¿Será preciso que mi conducta te explique, para que la comprendas? Pues escucha.

Y cambiando de tono, continuó diciendo:

—La explicación de todo la tienes en el cambio que en mí observas. Mírame. ¿Verdad que no parezco la misma?

—Ciertamente—asintió el villano—. De lo que antes fuiste sólo conservas tu belleza, que sigue siendo siempre la misma.

—¡Muy bien! Vamos, veo que por lo menos has aprendido a decir lisonjas.

—Digo la verdad.

—Permíteme seguir mis explicaciones.

—Continúa.

—Yo era ambiciosa, Sebastián; yo ansiaba ser lo que ahora soy: pasar por una dama principal, tener riquezas, joyas, adornos, servidores...

—¿Y cómo has conseguido todo eso?

—El cómo importa, poco, que cuando la ambición es grande, como lo era la mía, escrúpulos no conoce ni repara en medios. El caso es que he conseguido lo que deseaba.

—Bien, pero...

—Tu amor, con ser muy grande, de lo cual nunca dudé, ¿me habría proporcionado lo que ahora disfruto?

—No...

—Pues ahí tienes la explicación de mi conducta. Quise tener lo que tú no me podías dar; pero sin olvidarte, pen-

sando: «cuando mi ambición realice, le llamaré a mi lado, para compatir con él mi fortuna.»

—¿De veras?

—Y ya ves que así lo he hecho. Apenas hoy te he visto, te he llamado para poner a tu disposición mi cariño y mis riquezas.

Desvanecido Sebastián con estas palabras, apresuróse a responder:

—Yo también he sabido encumbrarme.

—¿Tú?—preguntó Margarita, con aire de duda.

—Los personajes más influyentes de la corte ignoran los secretos que yo conozco.

—¿Cómo es eso?

—Juzga por tí misma.

Y la puso al tanto de su intervención en asuntos de verdadera importancia, como servidor de Pacheco, como aliado de Tarsio y como espía colocado en el alcázar, con la escusa de servir a Cabrera.

Su antigua amante escuchábale asombrada.

Las confidencias de aquel hombre podían serle muy útiles.

Guardóse muy bien de indicárselo así, pero procuró atraérselo convenciéndole de que no hubo traición en su desvío y de que le amaba más que nunca.

Tal acento de verdad supo dar a sus frases, que Sebastián la creyó, depuso su enojo, perdonóle todo lo pasado y cayó rendido a sus plantas.

Desde aquel punto, Margarita tuvo en él un auxiliar inconsciente de todos sus manejos.

Era ya cerca del amanecer, cuando Sebastián salió de la morada de su antigua amante.

Salió de ella ébrio de gozo, y con todo el aire de un conquistador afortunado.

Esperó a que fuese de día, y presentóse en casa de Pacheco, para participar a Tarsio su ventura.

—No se trataba de una emboscada—le dijo—. ¡Margarita me ama!

Y le puso al tanto de su reconciliación con la ex-ventera.

Aquello dió mucho que pensar al idiota.

—Cuando una mujer tal halaga a un imbécil semejante—se dijo—, es porqne le necesita. ¿Y para qué puede necesitarle, sino es para que la tenga al corriente de los planes en que yo le he iniciado? Por si acaso, estaré en guardia y no me fiaré ya en adelante gran cosa de él.

Tarsio estaba en lo cierto.

Casi a aquella misma hora, Margarita hablaba con don Pedro de Fonseca, su aliado, y después de referirle lo ocurrido, decíale:

—Creo que ese necio, prisionero en las redes de mi falso amor, puede sernos muy útil.

Reconociéndolo así, don Pedro la felicitó una vez más por su astucia y su ingenio.





CAPITULO XV

Dos galanes para una dama

REOCUPÓ en sumo grado a don Tomás la idea de quién sería Teresa y por qué habitaría en las buhardillas del palacio de doña Leonor.

Circunstancia era esta última que casi estuvo a punto de hacerle desistir de su empeño de enamorar a la hermosa joven, porque al fin era un peligro que estuviese en relación con la despechada dama; pero el amor no atiende a razones de ninguna clase y el amor por la bella desconocida trastornaba al buen Paredes.

Desatendiendo, pues, los consejos de la prudencia y las reflexiones de su hermano don Rodrigo, quien no dejó de advertirle los obstáculos y peligros con que podía tropezar en sú amoroso empeño, decidió enamorar en toda regla a Teresa; y para ello, comenzó a rondar día y noche la casa en que vivía, importándole poco que doña Leonor se percatase de ello.

—Si se entera y sufre—pensó—, que sufra; harto tengo sufrido yo por culpa suya; y si pretende vengarse de mí, guiada por su despecho, me libraré de su venganza

Innecesario es decir que el caballero confió a su hermano todo cuanto le había sucedido con su antigua amada.

La primera noche que don Tomás rondó la calle donde vivían doña Leonor y Teresa, encontróse con que también la rondaba un caballero, el cual cubría el rostro con el embozo de la capa.

Era el mismo que se ocultó precipitadamente la noche en que Paredes llegó allí, guiado por la dueña.

No hizo caso de él y pensó:

—Rondará alguna bella que también en esta misma calle habite.

Ni por un instante ocurrióseie que pudiese ser Teresa; antes por el contrario díjose:

—¿Será doña Leonor a quien ronda? Si así fuese, tentado estoy de hacerle un gran favor advirtiéndole no se fíe los engaños de una mujer, que tiene el rostro de ángel y el alma de demonio.

Más como su aviso hubiera sido una indiscrección y después de todo teníale sin cuidado el desconocido, desistió de hacerle advertencia alguna.

Los dos pasearon la calle durante largo rato, estorbándose mutuamente, y al fin alejáronse, cada cual por un lado.

Seguramente noestaban muy satisfechos de su encuentro, y temían, sin duda, que en noches sucesivas se repitiese, como así sucedió.

Y era que sin saberlo, los dos rondaban a la misma mujer: a Teresa.

El desconocido era el seductor de la hija de Leandro.

Dispuesta sobre todo y ante todo a vengarse del desprecio de su antiguo galán, doña Leonor ordenó a uno de sus servidores, convertido en espía, que vigilara contínuamente a don Tomás, sin que él lo advirtiera.

A los pocos días, el espía presentóse a decir a su ama:

—El caballero Paredes ronda por las noches vuestro palacio, señora.

—¿Qué dices?—exclamó doña Leonor, con razón sorprendida.

—Lo que oís.

—¿Estás seguro?

—Todas las noches don Tomás viene a esta calle y pasea por ella largo rato, mirando a vuestros balcones.

—¡Pero eso es imposible!

—Yo lo he visto. Debo advertiros además, que no es él solo el que esta calle ronda.

—¿Cómo?

—Otro caballero, también apuesto, pero que oculta el rostro con el embozo de la capa, pasa mirando vuestros balcones, como él. Más de una vez les he visto llevar la mano a la espada, cual si fueran a acometerse uno a otro; pero hasta ahora no se han dirigido siquiera la palabra. Sin embargo, es de temer que cualquier noche surja entre los dos una cuestión.

—Pero, ¿estás convencido de que es por mí por quien los dos vienen?

—Sin duda alguna. De no ser así, no dirigían a vuestro palacio sus miradas. Y no siendo vos, ¿quién mora aquí que digna sea, de que dos nobles caballeros la enamoren?

—Es verdad. Tu espionaje contiúa y tenme al corriente de cuanto ocurra.

Perpleja y confundida quedó doña Leonor, con semejantes noticias.

Según su servidor era a ella a quien rondaban y tras larga reflexión convencióse de que en efecto no podía ser otra.

¿Cómo había de suponer que fuese su protegida?

Ni se acordó de ella.

—En verdad es raro—pensaba—, que después de haberme despreciado don Tomás, en mi busca venga. ¿Qué misterio es este?

Y al mismo tiempo no dejaba de halagarle que hubiera otro galán en campaña.

Acabó por decirse:

—Después de todo, ¿no pudiera muy bien ocurrir que Paredes me hubiese fingido desdenes, por vengarse de mis pasados desvíos? Sí, eso es, sin duda. Me ama, a pesar de todo, y su amor es superior a su resentimiento. Si ocasión le brindo para ello, quizá desahogada su cólera con los reproches que me dirigió, caiga a mis pies rendido. No otra cosa que deseos de una reconciliación pueden significar sus nocturnos paseos por delante de mi palacio. Hasta quizá haya influído en ello el ver que tengo otro pretendiente, que siempre fueron los celos y la envidia acicate del amor.

Con estas suposiciones volvieron la alegría y la esperanza a su ánimo, renaciendo en ella la seguridad de rendir de nuevo a su antiguo galán.

Deseábalo más que nunca, por castigarle de las ofensas que de él tenía recibidas.

—Cuando mi esclavo sea otra vez—decíase—, me pagará con creces las humillaciones que por él he sufrido.

Y regodeábase con el placer adelantado del desquite.

Aquella misma noche, desde muy temprano, apostóse oculta tras la celosía de una de sus ventanas.

Allí esperó ansiosa a que los dos galanes apareciesen, para convencerse por sí misma de lo que su servidor le había dicho.

No tuvo que esperar mucho.

El primero en llegar fué Paredes.

Doña Leonor le reconoció por el andar y la figura, a pesar de ir embozado.

¡Le había visto acercarse tantas veces de aquel modo a su reja!

—¡El es!—exclamó gozosa.

Y espiando todos sus movimientos, agregó después:

—Y en efecto, mi casa ronda, puesto que a ella dirige sus miradas. ¿A quién puede rondar sino a mí? Su ilustre condición le pone a cubierto de la sospecha de que enamore a una de mis criadas.

Poco después llegó el otro galán.

La dama no le conocía ni pudo verle el rostro.

Pero era indudable que también iba por ella.

Doña Leonor bendijo su buena suerte y permaneció allí, hasta que ya muy tarde, retiráronse los dos caballeros.

Entonces regresó a su cámara pensando:

—Puesto que él viene a mí, es necesario acortarle el camino.

Y pasó despierta gran parte de la noche, combinando un plan.





CAPITULO XVI

El choque

MIENTRAS tanto don Tomás adelantaba muy poco en sus amorosas pretensiones.

Teresa no salía de casa ni se asomaba a las ventanas de su zaquizamí, de modo que el enamorado caballero no conseguía verla; y sin verla, ¿cómo darle a conocer su pasión?

El otro galán que rondaba la calle, teníale relativamente sin cuidado, creyendo que no era Teresa por quien iba.

En la misma errónea creencia hallábase el seductor de la joven, y de aquí que hasta entonces no hubieran llegado a las manos.

Pero llegarían, seguramente, si se convencían de su error.

Paredes pedía consejo a su hermano, como hombre más experimentado en amorosas aventuras, y don Rodrigo decíale siempre:

—Renuncia a tu empeño; es lo mejor que puedo y debo aconsejarte.

Más como él no se aviniera a esto, reconmendóle que

procurarse llegar por cualquier medio hasta la dama de sus pensamientos.

—Porque considera—le decía—, que nada adelantas con pasar la noche en claro rondando la calle de tu bella desconocida, si ella no lo sabe.

—Tienes razón—le contestaba don Tomás.

Y proponíase seguir las advertencias de don Rodrigo; pero no sabía cómo.

Tenían los Paredes un escudero, que gozaba fama de hombre listo e ingenioso, y a él acudió don Tomás en su ayuda.

—Procura hacerme llegar hasta la mujer que adoro—díjole el enamorado caballero—, o por lo menos averigua algunos datos de ella, pues a estas horas no sé siquiera quién es. Te ofrezco un buen regalo si me sirves bien en este asunto.

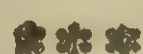
—En mí confiad, señor—le respondió el escudero.

Y dióse tan buena maña en cumplir lo prometido, que aquel mismo día era ya amigo íntimo de Megalasio, gracias a unos cuantos jarros de vino oportunamente pagados.

Por el escudero de don Diego supo el de don Tomás fácilmente lo que deseaba, y el segundo presentóse a su señor diciéndole:

—La mujer a quien amáis se llama Teresa, y el nombre de su padre es Leandro. Aunque se ignora su condición, hay motivos para creer que son gente ilustre, venida en desgracia. El palacio donde moran, es propiedad de doña Leonor de Padilla. Cedió ésta habitación en el último piso a un poeta, llamado don Diego de Zabala. Una noche don Diego encontró a Leandro y a su hija enla

calle, sin amparo ni albergue, y se los llevó a su morada donde continúan con consentimiento de doña Leonor. Como el don Diego es muy pobre, que profesión de pobreza parece que hagan cuantos a la poesía se dedican, doña Leonor atiende al sostenimiento de todos, aunque en verdad no lo hace con largueza, pues todo se reduce a que les envía las sobras de su comida. Teresa no se atreve a salir a la calle, porque según parece teme un encuentro con un galán que la persigue e importuna con sus pretensiones. El tal galán ronda por las noches la calle, según el padre ha visto.



No dijo más, porque más no le había referido Megalasio, pero fué bastante para que en don Tomás se avivara la llama del amor.

Cayó en la cuenta que el embozado iba por la misma mujer que él, y pensó:

—Esta noche le obligaré a que me deje el campo libre.

Buscando luego modo de aprovechar a quellas noticias, se dijo:

—A don Diego buscaré, me haré su amigo y por él llegaré hasta Teresa.

En cuanto a la intervención de doña Leonor, no ya no le importaba.

Quedaba justificado como y por qué se conocían.

Lástima inspirole la triste situación de Leandro y su hija, y ansia sintió de hallar el modo de remediarla.

Lo de que parecía gente ilustre, aunque venida en

desgracia, causóle satisfacción, pues ello le facilitaba el poder hacer a la joven su esposa.

Gratificó espléndidamente al escudero y le encargó que siguiese adquiriendo noticias.

Don Tomás aguardó impaciente que llegara la noche.

Convencido de que el caballero que rondaba la calle era un rival, proponíase obligarle a dejar el campo libre.

Mientras tanto, atento a su interés y conveniencia halló modo de entrar en relaciones con don Diego, por el cual supuso que podría llegar hasta la que amaba.

Conseguir la amistad del poeta fuele fácil.

La casualidad le ayudó en ello.

Paseaba aquella tarde con su hermano y otros caballeros, cuando uno de los que le acompañaban acertó a saludar a un apuesto joven que encontraron en su paseo.

—¿Quién se?—preguntó Paredes, como obedeciendo al impulso de un presentimiento.

—Don Diego de Zabala—respondió el interpelado.

—¿Uno que a la poesía consagra su talento?

—El mismo. ¿Le conocéis?

—No pero conocerle holgárame, para felicitarle por sus endechas y coplas, que siempre fueron para mí objeto de admiración los que merecen y gozan los favores de las musas.

—Nada más fácil que satisfacer vuestro deseo, Gran amigo mío es Zabala y por su amigo tendrá al que yo le presente.

—Hacedme la merced de a él preentarme.

—Con mucho gusto.

Llamó a don Diego el que le conocía y lo presentó a todos, siendo muy bien acogido.

Don Tomás, sobre todo, hablóle desde luego con tanto agrado, que su símpatía se captó desde el primer instante y a poco tratábanse ya como si toda la vida se hubieran conocido.

Demasiado astuto Paredes, para desde luego dar a entender lo que le convenía, habló al poeta de sus versos, colmándolos de tan entusiastas ologios, que la grátitud despertó en don Dieho, ganoso de alabanzas, como todos los que a las letras se decican.

Para más halagarle, díjole:

—Aunque de interesado me tachéis y mi atrevimlento tengáis por excesivo, puesto que es la primera vez que os hablo, un favor voy a pediros.

Y animado por el otro a exponer claramente su deseo, añadió:

—Amo a una incógnita beldad, de la que otra cosa no sé sino que las gracias y las virtudes derramaron sobre ella con prodigalidad sus dones.

—En el mismo caso encuéntrome yo—pensó para sí el poeta, acordándose de Zoraida.

—Como ocasión no hallo de manifestar mis sentimientos a mi bella desconocida, quisiera que una letrilla o canción me compusiérais con tal objeto; que siempre fué la poesía el medio más adecuado para expresar el amor, y nunca falta modo de hacer llegar un papel a manos de quien se desea. Más fácil es esto que conseguir hablarla, y si mi declaración escrita atiende, ocasión me dará ella misma de repetirle de palabra lo que vos escribáis.

Aceptó don Diego complaciente el encargo y prometió cumplirlo con premura, para lo cual pidió datos de la bella incógnita.

Don Tomás dióle aquellos por los que colegir no pudiese de quién se trataba, y acabó diciéndole:

—El cómo habéis de expresar mi pasión no he de decíroslo, que sobrado ingenio tenéis para acertarlo, Imaginad que por vuestra propia cuenta habláis y decid lo que vos mismos diríais.

Separáronse muy amigos y don Tomás pensó:

—¡Albricias! la fortuna me protege, pues modo he hallado de contraer amistad con el que quizá muy pronto pueda llevarme a los piés de la que adoro.

Aquella noche, a la hora de costumbre, don Tomás fué a rondar la calle donde vivían Leonor y Teresa.

Aun no estaba en ella el otro galán, pero tardó muy poco en presentarse.

Apenas le vió aparecer, salióle Paredes al encuentro y díjole:

—Seáis quien seáis y sea cual sea el motivo que aquí os traiga, os invito a abandonar este lugar, en el que de estorbo servís a mis intentos.

Cuadróse el otro y con altanería repuso:

—Con igual derecho os emplazo a que de esta calle os alejéis, porque como a vos la mía, vuestra presencia me estorba.

—Ved que he sido el primero en demandaros.

—Lo cual no me obliga a obedeceros.

—¿A mi invitación os resistís?

—Como vos a la mía os negáis.

—Quien cual vos lleva al cinto espada y de caballero blasona, con la espada debe sostener lo que con la lengua dice.

—Nunca fué la mía perezosa en apoyar mis respuestas.



...NO ASÍ EXPONGAIS LA VIDA, POR LA QUE NO ES DIGNA DE ELLO.

—Pues demostradlo y sean vuestra espada y la mía las que diriman nuestra contienda y el deseo del vencedor satisfagan. ¡En guardia!

—¡En guardia!—respondió el otro.

Y desenvainando los dos al mismo tiempo sus aceros, acometiéronse con furia.

Eran por igual valientes y por igual diestros en el manejo de las armas, así fué que la lucha prolongose, sin declararse el triunfo en favor de ninguno.

Crecía la furia de ambos cuanto más conbatían, y los golpes menudeaban por una y otra parte, siendo también por una y otra parte parados con habilidad y ligereza.

Eran dos adversarios dignos el uno del otro y admiraba su gallardía al verles luchar.

En lo más empeñado del combate, oyóse un grito de mujer y una dama se precipitó entre ellos exclamando:

—¡Teneos, caballeros! ¡Envainad las espadas, dignas de ejercitarse en más altas empresas! ¡No así expongáis la vida por la que no es digna de ello!

Los dos combatientes bajaron los aceros y miraron con asombro a la dama.

La luz de un farol que alumbraba una imagen que había en la esquina dióle en el rostro, y don Tomás exclamó, con creciente sorpresa:

—¡Doña Leonor!

En efecto, doña Leonor era.

Su dueña, asustada, habíase quedado a corta distancia.





CAPITULO XVII

Protección sospechosa

A presencia de doña Leonor no era puramente casual, como parecía.

Después de todo hubiera sido extaño que una dama principal se hallase fuera de su palacio a tales horas, sin un motivo que lo justificase.

El motivo era el siguiente:

Viendo la dama que don Tomás seguía rondando la calle, a pesar de las explicaciones que entre los dos mediaron, y creyendo en su vanidad que iba por ella, pensó:

—El despecho hízole hablar del modo que lo hizo; pero me ama y bien claro lo demuestra.

En cuya suposición, sabemos que andaba equivocada.

Su error hízole concebir un plan, al que obedecía su presencia en la calle aquella noche.

—Si a don Tomás me presento—se dijo—, satisfecho ya su enojo con las palabras que me dirigió, acabará por

confesarme que me sigue amando y entonces empezará mi venganza.

Contaba para conseguir su objeto con las artes de su hipocresía, mediante las cuales sabría presentarse tan humilde, que su antiguo adorador depondría los últimos restos de su enojo, si era que aun estaba enojado.

Así pensando salió de su casa aquella noche con su dueña, para hallar ocasión de presentarse a Paredes.

Convenientemente oculta presenció la contienda de los dos caballeros; y creyendo que el otro galán iba también por ella, satisfecha y orgullosa intervino en la lucha de la manera que hemos visto.

Viendo el adversario de don Tomás que este conocía a doña Leonor y sabiendo que era la dueña del palacio en cuyas buhardillas vivía Teresa, tuvo todo lo ocnrrido por un error, pensando que Paredes iba por aquella dama y no por la joven que el perseguía

No le pareció sin embargo, propicia la ocasión para entrar en estas explicaciones, y envainando el acero dijo:

—Nunca fué de caballeros el negarse a las súplicas de una dama. Cese pues, aquí nuestra contienda. Volveremos a vernos y confío que en atención a mis razones, depondréis vuestro rencor reconociendo que no hay motivo para que dos rivales seamos, sino que antes bien debemos de ser buenos y leales amigos.

Dicho esto, y como para dar una muestra de discreción, retiróse después de saludar, diciendo:

—Dios os guarde.

Quiso don Tomás seguirle; pero doña Leonor detúvole, diciéndole:

—Esperad y oidme.

—¿Qué me queréis?—repuso él con tono no muy cortés ni cariñoso—. ¿Necesitáis a caso que os repita, lo que ya en otra ocasión os dije?

—Sois incomprensibles—contestó la de Padilla—, y procurar debiérais hermanar mejor vuestra conducta con vestras palabras. Que me odiáis aseguráis, de mi huís y y sin embargo rondáis mi calle. ¿Cómo conciliar y comprender tan opuesto extremos?

Paredes comprendió entonces el error de la dama.

—¡Ah!—exclamó riendo—. ¿Luego suponéis que es por vos por quien aquí estoy.

Doña Leonor miróle asombrada y temerosa.

—Fundado es el error—prosiguió él—; justo es reconocerlo. Mas, para que en el engaño no viváis, sabed que no es por vos por quien esta calle rondo.

—¿Por quién, entonces?—pregun ó ella con los ojos brillantes y encedidos como brasas.

Viendo que vacilaba en responderle agregó irónica:

—Mal saben vuestro despecho y vuestro orgullo ocultar los sentimientos que en vuestro corazón anidan. Me amáis a pesar de todo, hasta de vuestra voluntad, y os esforzáis en vano en disimular vuestro amor con fingido desprecio.

Y entonces fué ella la que se echó a reir, creyéndose dueña ya de su enemigo.

De natural franco y abierto e incapaz de suponer maldades y traiciones que él no hubiera nunca cometido, creyó Paredes lo más natural y breve exponerle la verdad toda, para que aquella desdichada cesara en su inútil empeño de prenderle de nuevo en las redes de su amor.

Atrevido era el intento y duro el decir a una mujer «no

es a vos a quien amo, sino a otra»; pero don Tomás ansiaba sólo evitar nuevas complicaciones y dijo resueltamente:

—Oidme, doña Leonor. Que amor muy grande os tuve, mejor que nadie lo sabéis, pues pruebas de él os dí, tan grandes como numerosas. Si mi amor se extinguió, no fué mía la culpa, sino vuestra...

—Eso ya habéismelo dicho y no hay para qué repetirlo—interrumpióle ella impaciente—; a parte de que lo que decís no explica vuestra conducta actual.

—Dejadme proseguir y no me interrumpáis.

—Os escucho.

—Libre de vuestro amor, mi corazón buscó otro con el cual consolarse y al cual dedicar los sentimientos que antes fueron vuestros. Empeño inútil, porque no cicatrizada del todo aún la herida de vuestro desvíos, no hallé mujer alguna que considerara digna de sustituiros.

Doña Leonor tornó a sonreir.

—Con lo cual—dijo—, venís a darme la razón de que aún me amáis.

***

No hizo caso don Tomás de estas palabras, y continuó diciendo:

—Al fin, tras mucho buscarla y cuando empezaba ya a desconfiar de que la hallase, encontré la mujer destinada a destronaros.

—¿Me olvidásteis por otra?—exclamó doña Leonor despechada.

—Sí.

—¡Y me lo decís!

—Vos a ello me obligáis.

—Continuad.

—Poco me resta ya que deciros. Por esa mujer y no por vos es por quien esta calle rondo, pues la casualidad ha hecho que cerca de vos viva, la que es dueña y señora de mis pensamientos.

No dió crédito la de Padilla a estas palabras, supúsolas un engaño y repuso:

—Para que os crea, el nombre habéis de decirme de la que amáis. ¿La conozco yo por ventura?

—¡Ya lo creo!—contestó Paredes.

—¿Quién es?

—La discreción me veda decíroslo.

—Derecho me dáis entonces para vuestro amor poner en duda.

—No me importa.

—Y para seguir creyendo lo que antes os he dicho.

—¿Qué os amo aún?

—Sí.

—¡Oh, no!

—Pues demostrádmelo.

—¿Diciéndoos el nombre de mi nueva amada?

—Claro.

Vaciló aún Paredes.

Temía el despecho de su antigua amante.

—Después de todo—pensó—, ¿qué puede hacer en mal de la protegida del poeta y en perjuicio mío, aunque nuestro amor conozca? Además, no hay otro medio de conseguir que en su empeño cese.

Y juzgado el todo por el todo, dijo:

—Una hermosa doncella hay en vuestro mismo palacio, que es la que mi pasión enciende.

—¡En mi mismo palacio!—repuso doña Leonor admirada.

—Sí.

—No caigo quien sea, pues no creo que en una de mis criadas hayáis puesto vuestros ojos.

—En modo alguno.

—Entonces...

—¿Noticia no tenéis de que en las buhardillas de vuestra lujosa morada, habitan una joven y su padre?

—¿Los protegidos del poeta?

—Los mismos.

—¿Y es a ella a quien amáis?

—A ella.

—¿Sabéis quién es esa joven?

—No.

—¿Cómo entonces os atrevéis a amarla?

—El amor es irreflexivo. No atiende a razones y aumenta con los abtáculos.

Hablaba Paredes de tal modo, que no era posible dudar de la verdad de lo que decía.

Los celos y la cólera destrozaron el corazón de doña Leonor.

Supo disimularlo y tras una breve pausa dijo:

—Os creo. Teresa es digna de que vos la améis.

Luego, como dejándose llevar de un generoso impulso, agregó:

—Don Tomás, pues que vuestros amor perdí por mi

culpa, quiero al menos merecer vuestras amistad. ¿Sabéis cómo? Protegiendo vuestros amores.

—¿Es posible?—exclamó Paredes admirado.

—A mi casa venid mañana, hablaremos y os convenceréis de que no os engaño.

—Vendré—repuso el caballero.

—Pues hasta mañana.

—Dios os guarde.

Y se separaron.

Paredes alejóse pensando:

—¡Caso más particular!

Doña Leonor entró en su palacio con la dueña, diciendo:

—¡Ah, el traidor! ¡Ah, el insensato! ¡Ama a otra y tiene la osadía de decírmelo!... ¡Necio! El mismo me dá las armas para mi venganza, y me vengaré... ¡Ay de él y ay de ella!





CAPITULO XVIII

Afinidades misteriosas

OR una de esas misteriosas afinidades de sentimientos, que son a veces origen de grandes pasiones, don Tomás no había sido indiferente a Teresa, sino todo lo contrario.

Empezó por impresionar a la joven la bondad del caballero, que abonó la brillante comitiva de que formaba parte para socorrerla.

Después, pensando en esto, recordó su gentileza, sn aposturas y la noble afabilidad de sus palabras!

Todo esto hizo que pensase en él más de lo natural y que la imagen de Paredes quedara grabada en su memoria, más aún en su corazón.

Al pronto, ella achacó todo aquello a gratitud.

No era extraño que tanto pensase en quien tan bueno y cariñoso había sido para ella; pero Teresa no era tau inocente que no acabase por comprender muy pronto la verdadera índole de sus sentimientos.

Para hacerse cargo de ellos, le bastó compararlos con los que le inspiraba el poeta.

También para con don Diego tenía motivos de gratitud y también pensaba en él con frecuencia, pero de distinto modo.

Era el suyo hacia Zabala un afecto tranquilo, sin sobresaltos ni inquietudes, verdaderamente fraternal.

En cambio el que profesaba al que llamaba su salvador, al mismo tiempo que gozar la hacia sufrir, porque pensaba:

—Valgo muy poco para que se haya fijado en mí. Seguramente ya no se acordará ni de que me ha visto.

Y como la gratitud no suele ser tan suspicaz ni quisquillosa, acabó por decirse:

—¡Lo que siento es amor!

Fué este descubrimiento para la joven, causa y motivo de nuevas inquietudes.

—¡Amaba!

¿Acaso estaba ella autorizada para amar?

Algún tiempo antes sí; el hombre más honrado no hubiera tenido a menos poner en ella sus ojos. Pero después de lo qne creía su culpa y no era más que su desgracia, Teresa creíase digna sólo de desprecio.

Ella misma no acertaba a darse cuenta de cómo le fué arrebatado el tesoro de su honra, que su inocencia no supo defender.

Sin experiencia de mundo y mucho menos de la maldad humana, un hombre la requirió de amores.

Era joven, apuesto, gentil y noble, y se prendó de él, dando crédito a sus palabras.

¿Le amó?

Creyó que sí en un principio; pero ahora poníalo en duda. Lo que sintió fué su amor propio halagado, su vanidad satisfecha, sus ilusiones de niña cercanas a la realidad; y como no sabía lo que era amor, como no tuvo quien se lo explicase, pensó:

—¡Le amo!

¡Cuánta falta hace a una doncella los consejos de una madre!

Porque si Teresa hubiera tenido una madre con quien consultar sus sentimientos y por quien ser aconsejada, no habría sufrido el lamentable error que fué origen de su desdicha.

Engañada a sí misma, ¿que tenía de extraño que su amante con tanta facilidad la engañara?

Ella no se dió cuenta hasta después de haber caído.

Al ver deshojada para siempre la flor de pureza, exclamó aterrada:

—¿Qué he hecho?

y lloró amargamente, como se llora la perdida de un bien que nunca más ha de recuperarse.

Tras el remordimiento de la culpa, vino el desengaño como castigo.

Es la consecuencia inmediata y lógica de ciertas faltas

Logrado su deseo, el galán la abandonó, dejandola en un estado que había de pregonar muy pronto su deshonra; y entonces ella cayó de rodillas a los pies de su padre, confesándoselo todo.

¿Qué había de hacer el pobre viejo, sino ocultar su deshonor?

Tenía además, razones especiales para hacerlo.

No había que pensar en pedir al seductor una reparación justa.

Una inocente criatura vino al mundo en el misterio, y Teresa se vióse separada de su hijo apenas le dió vida.

Ignonraba lo que fué de él.

Leandro se negó siempre a decírselo

A Segovia trasladáronse, en busca de no sabía la joven qué protección poderora, que había de servir de remedio a su desgracia, y allí ocurrió lo que ya sabemos.

Con la ausencia de algunos meses renació en el seductor el capricho que antes le inspirara la hermosura de su víctima, y se propuso hacerla de nuevo suya.

Sin duda no le bastaba haber sido infame una vez.

Teresa sabía su persecución y esquivaba el encontrarle, porque le odiaba.

Entonces, sólo entonces comprendió que no le había amado.

Lo que creyó amor fué una alucinación de sus sentidos un error de sus sentimientos.

A quien amaba era a Paredes, porque sentía por él lo que nunca sintió por el otro.

Al verle por vez primera, su corazón le dijo: «hé ahí tu dueño»

Y esclava suya era, aunque nunca más hubiese vuelto a verle.

Supo la joven que don Tomás rondaba también la calle y no se atrevió a creer que fuese por ella.

—En esta calle, en este mismo palacio—pensó—, viven mujeres más dignas que yo de su cariño.

Supuso fundadamente que pretendía a doña Leonor.

—Y aunque a mí estuviesen dedicados sus galanteos, —decíase—, ¿qué gano con ello? Nada, porque yo no puedo corresponderlos. ¡Sería una traición, una indignidad! Le amo, pero por lo mismo, no puedo corresponder a su ca-

riño con la deshonra. No puedo pertenecer más que a un hombre: al que me robó el tesoro de mi pureza, al padre de mi hijo. A cualquier otro que ofreciese mi cariño, le inferiría un ultraje.

Y lloraba, pensando:

—¿Qué hice yo para merecer una suerte tan triste? Grande fué mi falta; pero el castigo es demasiado severo. ¡No soy acreedora a ser castigada con la infelicidad de toda mi vida!

Sufriendo con estas luchas, palidecía el sonrosado color de sus mejillas y nublábase el brillo de sus ojos.

Llegó a parecer atacada de alguna grave dolencia.

Su padre preguntábale inquieto:

—¿Qué tienes, hija mía?

Ella no sabía qué contestarle.

Todo, menos decirle la verdad.

Se habría indignado.

Inventaba alguna mentira para tranquilizarle; pero como era demasiado inocente para mentir bien, el anciano conocía que le engañaba y decíase con amargura:

—¡Lo que le hace sufrir, es el remordimiento de su falta!

¿Cómo era posible que adivinase la verdad?

Era ya demasiado viejo para comprender las luchas de un corazón joven y apasionado.

Con los años se olvidan los sentimientos que caracterizan la juventud, embelleciéndola y animándola.



Así las cosas, en la mañana siguiente a la noche en

que tuvo lugar la escena narrada en el capítulo anterior, Leonor llamó a Teresa, enviándole uno de sus pajes.

Pedíale que bajara a hacerle un rato de compañía.

Á la joven no le sorprendió.

La que llamaba su protectora gustaba de que la acompañase y distrajese, y más de una vez la envió a buscar con aquel objeto.

Apresuróse, pues, a acudir al llamamiento, procurando sobreponerse a su tristeza y ocultar su dolor.

¿Qué le importaban a nadie sus desventuras?

Se hubieran reido de ellas, quizá, si las hubiesen conocido.

Generalmente las desventuras del amor, por grandes que sean, inspiran más risa que sincera compasión.

Aunque se compadezcan, parece haber siempre en ellas algo risible.

En nada el egoísmo humano se muestra tan injusto.

Se burla de las ansias de una inmensa pasión y juzga ridículo el papel de un amante desdeñado.

Solo algunos seres, pocos, los que por regla general han sufrido por la misma causa, saben comprender y consolar tales pesares.

Teresa sabía esto muy bien; su padre además se lo habia advertido, y, aunque en más de una ocasión sintiese necesidad de confesar a alguien sus cuitas para buscarles consuelo, se contuvo y recurrió al disimulo, que era lo mismo que condenarse a sufrir más.

Las penas nos parecen mayores y más crueles, cuando nos vemos precisados a ocultarlas.





CAPITULO XIX

La inocencia frente a la astucia

OÑA Leonor recibió a Teresa con grandes demostraciones de afecto.

Sin duda así convenía a sus planes, pues no era la de Padilla mujer capaz de hacer nada sin su cuenta y razón.

La ofreció sus brazos y la estrechó en ellos cariñosa.

Tratándola con afectuosa familiaridad, le dijo:

—Perdón te demando, hija mía, por haberte molestado; pero, a parte de que tu compañía me es siempre muy grata, tenemos que tratar hoy de un asunto importante, y para eso te he llamado.

—No necesita disculpas lo que es en vos generosidad por mí no merecida, señora—repuso la joven—. Si mi compañía os es grata, huélgome de ello, pues así puedo ser útil en alguno a aquella a la que tanto tengo que agradecer.

Impulsos sintió de preguntar qué asunto era aquel tan importante del qúe tenía que hablarle, según dijo; pero se contuvo, temiendo que su curiosidad pareciese irrespetuosa.

—No en vano hanme dicho que en tí se unen y hermanan la discreción y la hermosura—dijo doña Leonor intencionadamente—. Con lo que de responderme acabas lo demuestras.

Miróla Teresa sorprendida y replicó:

—¿Quién de mí puede haberos hecho tan inmerecido elegio, siendo tan pocas las personas a quienes conozco y trato?

—Adivínalo.

—No acierto... A menos que sea don Diego...

—No, no es el poeta.

—Es que si él fuese, sus lisonjas tendrían poco valor, como inspiradas por su afecto bondadoso. Me quiere más de lo que merezco.

—¿Con qué clase de cariño?

—¡Oh, señora! Con el de un hermano.

—Satisfáceme que así sea, tanto como me habría contrariado que de otra índole fuera su afecto.

—No cabe en lo posible.

—Eres bastante hermosa para que un hombre te ame.

—Mi protector ama a otra.

—¿A quién?

—Lo ignoro.

—¡Hola! ¿Amores misteteriosos tenemos?

—Así me lo ha cofiado él mismo, y sólo por tratarse de vos hago traición a su confianza.

—No temas que te comprometa. Impórtame poco que Zabala ame o deje de amar y encuentro muy natural despues de todo, que como poeta que es busque en el amor inspiración para sus versos. Pero dejémosle en paz con

sus aventuras, que no es de él de quien hemos de hablar, sino de ti.



Hallábanse sentadas muy cerca una de otra, y con las manos entrelazadas.

Mirando fijamente a la joven, doña Leonor le pregunta de súbito:

—¿Amas?

No estando prevenida Teresa para aquella pregunta inesperada, la desconcertó hasta el punto de dejar traslucir en la mirada y en la expresión del rostro lo que le convenía ocultar.

—¡Oh, señora!—balbuceó confusa.

—Amas—prosiguió la de Padilla—, porque si así no fuera, negativamente y con más tranquilidad responderías.

—Pero si tiempo no me habéis dado...

—Ha podido faltarte para inventar una mentira, pero no para responder la verdad. ¡Es la verdad tan fácil de decir!

Dando por seguro lo que suponía, continuó preguntando:

—¿Y a quién amas?

Teresa había logrado reponerse un poco.

—No amo a nadie, señora—dijo.

—¿De veras?

—Os lo aseguro.

—No te creo.

—Podéis creerme.

—Pero si no es posible.

—¿Por qué?

—Porque a tu edad el amor es necesario, ineludible.

—Lo será para quien viva dichosa, no para mí que vivo desgraciada.

—Precisamente la desgracia es un estímulo del amor, porque nos impulsa a buscar en él consuelo.

—Os repito que yo...

—Bien, no discutamos. ¿Sostienes que no amas? ¡Mejor! Así te encontraré más propicia a mis deseos y te será más fácil complacerme.

Estas palabras aumentaron el asombro de la joven, provocando al mismo tiempo en ella cierta inquietud.

No sabía a dónde iba su protectora a parar.

Fiándolo todo a la sorpresa, doña Leonor siguió diciendo, sin preparación alguna:

—Mirando por tu bien y por tu dicha, he resuelto casarte.

—¿A mí?—preguntó Teresa, estremeciéndose.

—Sí.

—¡Oh, no, imposible!

—¿Por qué?

—Por lo que os he dicho antes; porque no amo a nadie.

—Razón de más para insistir en mi empeño. No amando a nadie, te será fácil querer a tu esposo, a poco que te lo propongas. Además, el hombre que te destino, merece por todos conceptos ser amado. Es noble, gentil, valiente... Tú le conoces.

—¿Yo?

—Y estoy segura de que cuando te diga quién es él, has de encontrarlo digno de ti.

—Si es tal como vos decís, lo consideraré superior a mí, sin duda alguna.

—Superior es, en efecto, por su posición; pero la posi-

ción importa poco. Mereces, no ya ser la esposa de un cumplido caballero, sino mucho más, hasta ceñir a tus sienes una corona.

Había cierta ironía en las palabras de la dama; pero la joven no supo comprerderla y repuso temblorosa:

—Sois demasiado benévola para conmigo, señora.

Hubo una breve pausa.

La de Padilla contemplaba fijamente a Teresa y sonreía.

Diríase que adivinaba sus más ocultos pensamientos.

Pasados unos instantes, díjole:

—¿Ni curiosidad tienes siquiera, de preguntarme quién es el esposo que te destino?

—¿Para qué?—contestó la hija de Leandro, más dueña ya de sí misma—. No podré aceptar ese enlace.

—¿Aunque yo te lo imponga?

—¡Señora!...

—Y cuenta, que si a imponértelo llego, será solo por tu bien.

—Así lo creo y lo agradezco; pero de todas suertes...

—Veamos si al saber quién es tu futuro, cambias de idea.

—Es inútil.

—Escúchame y responde a mis preguntas.

—Decid.

Gozándose de antemano en la sorpresa que sus palabras iban a causar, doña Leonor dijo:

—El día que la princesa Isabel entró en Segovia, saliste con tu padre a presenciar el desfile del brillante cortejo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Como sé muchas cosas más, según voy a demostrarte.

Prosigo. En la plaza del Alcázar, efecto de la aglomeración de la gente, o por otro motivo que me costaría poco averiguar, sufriste un desvanecimiento, faltando poco para que te atropellase el caballo de un caballero.

—Es verdad.

—Aquel caballero echó pié a tierra para auxiliarte y te acompañó después hasta las habitaciones que ocupas en este palacio.

—Cierto.

—Después de aquel día, no has vuelto a ver al caballero en cuestión.

—No.

—A pesar de lo cual, él ronda todas las noches esta calle.

—¿Lo sabéis?

—¡Ah! ¿Conque es decir que tú también lo sabes? No te será el rondador del todo indiferente, cuando en sus asiduidades te has fijado.

Teresa inclinó la cabeza ruborizada.

Aquel rubor pareció ser muy del agrado de la de Padilla, pues la hizo sonreir.

—Pues bien—añadió—.¿Qué más he de decirte? ¿Nada te indican las nocturnas rondas del que puedes considerar como tu salvador?

—¿Qué queréis decir?—exclamó la joven, con ansiedad mal contenida.

—La cosa es clara. Pues que de un futuro esposo te hablo y un caballero te recuerdo, fácil es suponer...

—¿Que mi salvador es el esposo que me destináis?

—Sí.

—¡El!

Teresa púsose en pie violentamente, y luego, dejándose caer de nuevo en el asiento que antes ocupaba, se cubrió el rostro con la manos, repitiendo:

—El!

Doña Leonor la miró con inquietud.

Separóle las manos para contemplarle el rostro, y vió que tenía los ojos bañados en lágrimas.

Entonces su inquietud trocóse en alegría.

—¡Le amas!—exclamó.

—¡Yo!—repuso Teresa, aterrada.

—¡Sí!

—¡Oh, no! ¡Os lo juro!

—Le amas, aunque lo niegues. ¡Tu llanto lo demuestra! Es el llanto natural del rubor, al ver tu secreto descubierto. ¿Por qué en vez de procurar ocultármelo no me lo confías? ¿Dudas de mí?

—¡Dudar de vos!

—Pues entonces...

La atrajo hacia sí y la besó en la frente.

La joven, que se hubiese resistido a toda clase de excitaciones, se rindió a aquellas caricias.

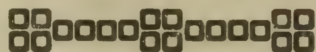
Su reserva desvanecióse.

¿Qué podía temer de su protectora?

Nada.

Sintió necesidad de desahogar su pecho, y olvidando su discreción y su disimulo, se arrojó en los brazos de doña Leonor, diciendo, emocionada y ruborosa:

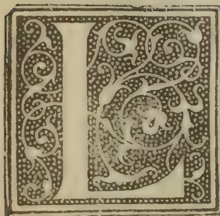
—¡Pues bien, sí!... ¡Le amo!





CAPITULO XX

Los planes de Leonor

A casualidad favorecía a Leonor en sus planes.

Porque sus planes eran los que se sabrán muy pronto.

El amor de Teresa a Paredes, que ella no sospechaba siquiera, facilitaba la realización de sus proyectos.

Como obraba a impulsos del interés y de sus deseos de venganza, nunca la amiga más cariñosa mostróse tan complaciente y compasiva para con aquella pasión que descubría, aun siendo para ella una contrariedad en el fondo, que otra mujer, precisameute la preferida por él, amase al hombre a quien había intentado inútilmente hacer suyo.

La venganza consistía precisamente en proteger aquellos amores hasta llevarlos a la realización; a ello estaba resuelta; pero así y todo le contrariaba, porque no siem-

pre lo que favorece nuestros planes está de acuerdo con nuestros sentimientos.

Dominando, pues, su despecho, y entregándose sólo al gozo de ver cómo la casualidad se convertía encómplice de la infamia que tramaba, colmó a la joven de caricias, diciéndole:

—¡Bendigo tu amor, que facilita la realización de mis deseos; porque mis deseos son casarte con el hombre de quien te he hablado, en bien de él y de tí! Seréis dichosos y me intereso igualmente por la felicidad de los dos.

Como era cierto lo de sus intenciones, aunque no lo de una ventura, que precisamente proponíase convertir en desgracia, sus palabras tenían un acento de sinceridad que las hacía parecer verdaderas.

Creyéndolo así, Teresa contestábale llena de gratitud y llorando cada vez con mayor amargura:

—Sois muy buena, señora; pero lo qne os proponéis es imposible.

Sin hacer caso de las palabras de su futura víctima, a la que acariciaba cada vez con más ternura, para llevarla insensiblemente al sacrificio, la de Padilla siguió hablando de lo mismo con tenaz empeño.

Como para deslumbrar a Teresa, revelóle la condición del hombre al cual la destinaba.

—Ya ves—decíale—, que por su cuna, la dama más exigente no se desdeñaría en aceptarlo por esposo.

Ella, sin embargo, habíalo rechazado como tal por ambición y orgullo, aunque ya le pesaba, siendo demasiado tarde para corregir su error.

—Don Tomás—siguió diciendo—, es gran amigo mío; nos queremos como hermanos. Deseo que lo sepas todo y no te ocultaré que hubo un tiempo en el que nos propusi-

mos cambiar nuestro fraternal cariño en otro afecto más íntimo: en amor. Lo intentamos y no conseguimos nuestro propósito. Se aman los que el destino elige y señala para ello, no los que se empeñan en amarse, que el amor es sentimiento tan independiente, que ni a la voluntad se doblega. Convencidos de la inutilidad de nuestros esfuerzos, desistimos de nuestro empeño y volvimos a ser dos buenos amigos, nada más que amigos. El paso que doy basta para que te convenza de la verdad de lo que digo. No puedes, por lo tanto, tener celos de lo que fué en nosotros sólo intento de amarnos.

Demostraba una vez más su astucia hablando de este modo, pues se prevenía por adelantado contra la posibilidad de que Paredes revelase a la joven sus amores.

Si así lo hacía, estando ya ella prevenida, la revelación no produciría efecto alguno.

Teresa agradeciole su franqueza y le aseguró que no podía, en efecto, tener celos de lo que le confiaba.

La misma espontaneidad de la confesión quitábale importancia.

—De amante imposible—continuó la de Padilla—, he pasado a ser para don Tomás confidente obligada. Me participa todos sus secretos y me consulta todos sus propósitos; yo hago lo mismo con él, y mutuamente nos aconsejamos según lo qne nuestra mutua amistad nos inspira. Al sentirse y reconocerse enamorado de tí, Paredes ha venido a confiármelo, pidiéndome mi ayuda, pues aun ue ignora quién eres, sabe que bajo mi protección te tengo y supone que alguna influencia he de ejercer en tí. ¡Si le hubieras oído como yo, ponderar el amor que por tí siente! La compasión te hubiese inclinado en favor suyo, si antes ya no lo hubiera hecho la simpatía. Compasión

inspiraron en mí sus amorosas cuitas, y a impulsos de ella, le prometí servirle de mediadora para contigo, pues pensé que si de su amor te hablaba y tú no tenías el corazón preso en las redes de otro cariño, al suyo conseguiría facílmente inclinarte, haciéndote ver las buenas prendas que le adornan. Juzga pues mi gozo al convencerme, de que no amas a otro, sino que a él adoras. La realidad es en esto superior a mis esperanzas.

Secó Teresa el llanto que humedecía aún sus ojos y exclamó resueltamente:

—¡Sí, le adoro! ¿A qué ocultarlo si contra mi voluntad el amor que mi alma llena se ha revelado por sí mismo?

Y aquí vino una confesión completa y franca de su afecto puro y grande.

Otra mujer de corazón más sensible que doña Leonor hubierase conmovido al escuchar a la enamorada joven.

Había en sus palabras toda la ternura de una pasión sincera y toda la tristeza de un pesar inmenso.

—¡Le amo!—repetía—. ¡Pero no puedo ser su esposa!

Y confesó luego su deshonra, que doña Leonor conocía ya por el poeta, aunque no con todos sus detalles.

Precisamente en el conocimiento de aquella deshonra se fundaban sus planes de venganza.

Mostróse sorprendida e indignada, consoló a Teresa, como si la compadeciese y le dijo:

—A pesar de todo eres inocente y sigues por lo tanto siendo digna del amor del hombre más honrado. No hay culpa en tí, pues que fuiste vilmente engañada por quien abusó infame de tu sencillez y tu ignorancia.

La joven protestó.

Su conciencia era demasiado recta para avenirse a

aceptar como buenas aquellas razones, reñidas con las leyes del honor y la dignidad, aunque su egoísmo y sus sentimientos halagasen.

—¡No!—replicaba con firmeza, razonando del mismo modo que cuando a sí mismo se reprochaba su amor—. Yo no puedo ser la esposa de ningún hombre que por honrado se tenga, porque dejaría de serlo en cuanto a mí se uniese. Si se casaba conmigo ignorando mi deshonra, la infamia era mía, puesto que le engañaba; si me admitía por esposa conociendo mi culpa la infamia era suya, puesto que transigía a sabiendas con el deshonor. En uno u otro caso, habría siempre entre los dos una vergüenza, una falta, y no puede ser feliz un matrimonio que en tales condiciones se concierta.

Aun roforzaba más sus objeciones, añadiendo:

—Y si estos escrúpulos tendría tratándose de cualquiera, ¿no he de tenerlos doblemente, pues que se trata del que amo? Por lo mismo que le amo no puedo desear para él la vergüenza ni puedo darle la deshonra como premio de su amor. Si capaz fuera de deponer su dignidad y pasar por todo, dejaría de amarle, pues, ya no sería como le imagino. Siendo cual es un caballero, por fuerza me ha de despreciar o a lo sumo ha de compadecerme. No quiero su compasión ni su desprecio y para librarme de la una y del otro no me queda otro remedio que renunciar a su amor, sacrificando el mío.

Parecía que estas razones no habían de tener réplica tan sólidas eran, y sin embargo la tuvieron.

La de Padilla recurrió a su astucia en demanda de ella, y su astucia no dejó de servirla y complacerla en aquella ocasión como en todas.

—Cuerdamente hablas—dijo con gravedad—, y muestra das con ello de la nobleza de tu alma y de la rectitud de tu conciencia. Pero dime: por encima de todas las leyes y todos los escrúpulos, ¿no está un sentimiento tan noble como el de la generosidad? ¿Y no pudiera ser Paredes tan generoso que tu deshonra perdonase? Entonces no sería infamia en él transigir con tu culpa, sino indulgencia.

—¿Qué queréis decir?—exclamó estremeciéndose la pobre joven, como si vislumbrase una esperanza.

—Escúchame. Supongamos que al confesarte don Tomás su amor, le confiesas tú tu falta.

—¡Qué vergüenza!

—O que se la confieso yo en tu nombre; para el caso es lo mismo y te evitas de ese modo la violencia de una confesión semejante.

—Y bien...

—Supongamos además, que Paredes es tan noble y te ama tanto, que al conocer tu desgracia, comprendiendo que no eres responsable de ella, la perdona.

—¡Oh, no!... ¡Sería demasiado!

—No dudes de su amor y su generosidad, que aún no conoces. ¿Acaso no existen en el mundo la bondad y la indulgeucia? Y si existen, ¿por qué no han de encarnar como en cualquier otro ser en el hombre que te ama? Confesada por ti tu falta y generosamente perdonada por Paredes, no hay infamia, ni en ti que cumples tu deber confesándola, ni en él que la redime con su generoso perdón. Pues que eres pobre y humilde, no cabrá suponer que él te haya perdonado por ambición o por interés de ninguua clase, sino sólo por amor y bondad; y un perdón así, tan grande, tan subiime, ¿no bastaría para destruir todos tus escrúpulos? Dios, con ser Dios, perdona los pecados y vuelve al pecador a su gracia. ¿Por qué en los

hombres ha de ser infamia uua indulgencia, que en Dios es uno de los más grandes atributos de su justicia y su misericordia? Si el pecador perdonado vuelve a la gracia divina, ¿por qué tú, indigna del amor de un hombre por tu falta, no has de tornar a ser digna de él por el perdón?

Teresa lloraba.

Aquellas frase, que hubieran sido nobles a no estar inspiradas en el interés mezquino de una veuganza injusta y a no ser sugeridas por la astucia más que por el propio convencimiento de quien las decía, eran para la enamorada joven una esperanza y un consuelo.

—Si Paredes hiciera lo que digo—insistió la de Padilla—, ¿renunciarías aún a su amor? ¿te resistirías a ser su esposa? ¿le ofenderías con tus infundados escrúpulos, en vez de agradecer su generosidad?

—Si Paredes hiciese eso—respondió Teresa—, y lo hiciera espontáneamente, de buena fe, le reconocería como el hombre más noble y bondadoso del universo y caería a sus plantas, no ya para ser su esposa, sino su esclava, lo que él quisiera. Mi amor fuera entonces poco para premiar la sublime grandeza de sus sentimientos y viviría sólo para hacerle dichoso, para sacrificarme por él, si llegaba el caso.

Leonor sonrió imperceptiblemente, cual si viera sus deseos cumplidos.

—Pero aunque considero a don Tomás muy bueno, y basta que vos así me lo aseguréis para que en ello crea—prosiguió con amargura la joven—, no le juzgó capaz de hacer lo que decís. Es demasiado. Quizá por sus sentimientos lo hiciera; pero temería, y con razón, el desprecio del mundo, que no sabría comprender su generosidad.

—¿Y cómo había de saber el mundo lo que únicamente entre tú y él pasará?—replicó la dama.

—Ciertas cosas se saben siempre, tarde o temprano, y el día en que mi falta y su indulgencia se divulgasen, quizá Paredes se arrepintiera de su generosidad. Y entonces, decidme: ¿no sería una desgracia inmensa vernos unidos para siempre, sin poder romper nuestra unión y avergonzados de ella?

Para estas razones sí que no había réplica posible y doña Leonor prefirió no hacerles objeción alguna.

Cuando el caso llegara, el propio egoísmo ayudaríale a destruirlas, siquiera fuese aparentemente.

—No hablemos más de este asunto. Sé que correspondes al amor de don Tomás y esto basta. Lo demás es cuenta mía. Yo hablaré con Paredes...

—¡Por Dios, señora!—suplicó Teresa, aterrada.

—No me repliques ni te opongas a mi voluntad—insistió la dama—. Me he propuesto que seas dichosa, como mereces, y lo serás aunque no quieras.

—Pero...

—También me interesa la ventnra del mejor de mis amigos y he de procurar verla realizada.

No quiso entrar en más expiicaciones y despidió a la joven, después de colmarla de caricias.

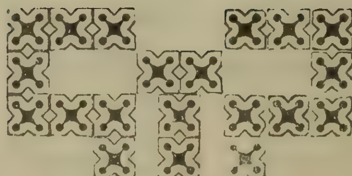
Al quedarse sola, exclamó:

—¡Mi venganza es un hecho! Casaré a Paredes con Teresa y así me vengaré de los dos: de él por haberme despreciado y de ella por haber puesto su amor en el hombre que yo había elegido. Don Tomás no sabrá la deshonra de su esposa hasta que ya esté casado; al mismo tiempo que

él la sabrá todo el mundo y en vez de los goces del amor satisfecho, hallará la vergünenza, dejará de amar a su esposa por despreciarla, y la felicidad será ya imposible para los dos mientras vivan.

Sonriendo satánicamente, agregó:

—Sólo a mí pudiera ocurrírseme un plan semejante. Pues que en mis sentimientos y en mi dignidad me han ofendido, en su dignidad y en sus sentimientos les heriré. No en vano pensé al proteger a esa muchacha, que podía llegar a serme útil.





CAPITULO XXI

Tendiendo la red

FIEL a la palabra dada, don Tomás de Paredes se presentó en casa de doña Leonor, no sin cierto recelo, pues con razón desconfiaba de la mujer que hasta había apelado al crimen para lograr los deseos de su ambición; pero dejar de ir hubiera sido cobardía y no era el caball.ro hombre que se aviniese a la deshonra de que su valor fuese puesto en duda.

Recibióle sola la de Padilla, y con una serenidad tal, que nadie habría sospechado en ella los sentimientos de celos, envidia y rencor que la atormentaban.

Al mismo don Tomás sorprendióle su actitud, digna y franca en la apariencia.

—Gracias os doy por la confianza con que me honráis

viniendo a verme—le dijo ella, tendiéndole la mano—; que después de cuanto entre nosotros a ocurrido, razón os sobra para haberos mostrado receloso.

Estas palabras sorprendieron aun más a Paredes, pues parecían indicar cierto impulso de sincero arrepentimiento.

No supo qué contestar a ellas, y limitóse a decir:

—Os ruego, señora, me expongáis cuanto antes el objeto de esta entrevista; porque a la verdad, no comprendo...

—¡Válgame Dios!—le interrumpió la dama—. Tan rencoroso sois, que ni acertáis a disimular lo mucho que mi presencia os contraría. Y sin embargo, don Tomás: yo aspiro a que vuestro rencor se convierta en franca amistad y confío lograrlo. ¿Decís que cual es el objeto de esta entrevista? Pues el que acabo de decir: reconciliarme con vos.

Apresurose a añadir:

—Pero no en el sentido que otras veces os he propuesto, sino de modo muy diferente. Oidme y os convenceréis de ello.



Como tenía preparado de antemano lo que había de decir, doña Leonor expresose como sigue, sin detenerse a reflexionar, lo que hacía parecer más francas y sinceras sus palabras.

—Hubo un tiempo, don Tomás, en el que los dos creímos amarnos, siendo ambos víctimas de engaño igual, pues ni vos a mi me amábais, aunque lo creíais, ni yo a vos os amaba, aunque también lo creyese.

—Perdonad—la interrumpió Paredes—; pero respecto a mis sentimientos...

—Os equivocábais como yo con respecto a los míos. La prueba la tenéis en la facilidad con que me habéis olvidado. Según demuestra la experiencia, cuando de veras se ama, las contrariedades, las ofensas y las traiciones avivan la llama de la pasión en vez de extinguirla. Se sufre, pero se sigue amando. Vos no habéis sufrido y me habéis olvidado; luego no me queríais. Y no penséis que os digo esto en tono de reproche. Vuestro engaño fué involuntario, puesto que a vos mismo os engañásteis, y no sois por consiguiente responsable de él. Además, los sentimientos son espontáneos e independientes de la voluntad; luego lo de dejar de quererme vos ha podido ser para mí una desgracia, pero no una ofensa, y nada tengo que reprocharos por ello.

Esta cordura en el hablar aumentaba el asombro de don Tomás

Nunca se le mostró doña Leonor tan razonable y reflexiva.

La dama prosiguió:

—Por lo que a mí respecta, hubo en mis sentimientos un lamentable error del amor propio. Mientras os creí mío, no os hice caso; os perdí, por mi culpa, y entonces mi vanidad se empeñó en reconquistaros, no por cariño, sino por orgullo. Mi dignidad estaba herida por vuestro desprecio; pero mi corazón permanecía indiferente. De aquí todo lo que he hecho por atraeros de nuevo a mí. Probablemente, cuando os hubiese vuelto a ver rendido a mis pies, os habría despreciado.

—Pues ya veis cuan bien hice en resistirme a vuestros halagos—replicó Paredes.

—Sí, hicísteis bien y yo por ello os felicito. Esto no lo

comprendía antes, porque el despecho me cegaba; pero afortunadamente la luz de la razón ha venido a tiempo a disipar las tenebrosidades de mi inteligencia, y ahora lo veo todo claro y de todo me doy cuenta.

—Más vale así.

—De ello os convenceréis aún mejor si continuáis oyéndome.

A don Tomás parecíale un sueño que aquella mujer le hablase de aquel modo.

La de Padilla prosiguió:

—Al saber que amábais a otra mujer, recobré repentinamente la razón y comprendí mis errores. Si yo de veras os hubiese amado, el convencimiento de vuestra nueva pasión me habría herido en el alma. Sim embargo, no fué así; me convencí de que os perdía para siempre y no obstante me quedé tranquila. Esto me hizo pensar: «pues no le quiero.» Y es que yo no soy tan mala como vos imagináis, don Tomás. Tengo mis defectos, el mayor de todos el orgullo; pero tengo también buen corazón, y en ciertos instantes éste se sobrepone a todo. Entonces vence la nobleza de mis sentimientos y soy buena; en cambio, cuando es mi orgullo el que domina, cegada por él soy capaz de todo.

Parecía que hiciese la confesión de sus culpas.

Con tan justa imparcialidad se juzgaba, reconociendo sus faltas y sus defectos, que Paredes la oía y la contemplaba admirado.

Ella sonrió imperceptiblemente y siguió diciendo:

—La manera como me manifestásteis vuestro amor a Teresa, es el modo único como se expresa el amor verdadero; nunca al dirigiros a mí habíais hablado con tanta

pasión, con tanto fuego. Al oiros pensé: «¿por qué, no amándome y no amándole, he de insistir en sacrificar su dicha a mi vanidad?» Y en aquel mismo momento concebí la idea de desagraviaros de todas las ofensas que os había inferido, convirtiéndome en protectora de vuestros amores.

Con acento conmovedor expresivo, elocuente, añadió:

—¡Si, don Tomás! Yo reconozco avergonzada mis culpas y quiero redimirme de ella; quiero alcanzar vuestro perdón y hacerme digna de vuestra amistad. No aspiro ya a que me queráis: antes os dije que esto no fué más que un empeño de mi amor propio; pero aspiro a que seamos amigos, buenos amigos, más aún, hermanos. ¿Por qué no? Auuque entre nosotros no pueda existir amor, pueden existir otros sentimientos. Deseo que llegue el día en que interesado vos por mí, con afecto puramente fratrenal, me guiéis con vuestros consejos y me corrijáis con vuestras advertencias. La causa de mis herrores está en eso, en que soy sola no tengo quien me advierta los peligros y me corrija las faltas. ¡Y si supieráis que triste es vivir en la soledad en que yo vivo! ¡Sed mi hermano, os lo ruego! Y para conseguir que lo seáis, para ganar vuestra estimación, para redimirme a vuestros ojos y para haceros olvidar lo que hice, yo lograré que seáis el esposo de Teresa, de la mujer que con justicia amáis. ¿Qué prueba mejor de mi arrepentimiento? Si en mi hubiera restos no más del amor que en otro tiempo creí teneros, no os hablara de este modo ni haría lo que estoy dispuesta a hacer.

Al llegar a este punto don Tomás no pudo ya contenerse y exclamó:

—¿Seréis capaz de hacer eso que decís?

—¡Lo dudáis!—repuso doña Leonor—. ¡Tenéis motivos para dudarlo, para desconfiar de mí! Pero pronto os convenceréis de que vuestras dudas son injustificadas. Sabed, que lo que dudáis que haga ya está hecho.

—¿Cómo?

—Sí, don Tomás, sí. He hablado con Teresa.

—¿De mí?

—De vos.

—¿Qué le habéis dicho?

—¡Que la amáis!

—¿Y ella?

—¡Os corresponde!

—¡Oh!...

—Mi intención era inclinarla a amaros, haciéndole ver vuestras relevantes prendas; pero no he tenido necesidad de ello. La casualidad se ha adelantado a vuestros deseos y a mis propósitos. Desde el día en que os conoció y en que tan bondadoso fuistéis para con ella, Teresa piensa en vos a todas horas y llora creyendo que no es digna de que la améis. ¡Figuraos su alegría al revelarle yo que es la elegida de vuestro corazón! No acertaba a creerlo. Me intereso tanto por su dicha como por la vuestra, y os aseguro que ese amor inesperado, que facilmente descubrí, me llenó de gozo.

Parecíale aquello a Paredes una ventura tan inmensa, tan extraordinaria, que desconfiaba de ella.

Doña Leonor lo comprendió así y dijo:

—Cuando con Teresa habléis, y yo me encargo de conseguir que sea muy pronto, os convenceréis de que no os engaño. De sus mismos labios escucharéis las protes-

tas de su amor. Me parece que no puedo ofreceros prueba más terminante de la verdad de lo que os digo. Ya comprenderéis que no había de deciros una cosa de la que facilmente podríais convenceros que era falsa.

En efecto, no era de creer tal atrevimiento, y don Tomás empezó a creer cierto lo que oía.

Contribuyó a ello su propio gozo.

Más fácilmente creemos lo que nos halaga que lo que nos contraría.

—¡Me ama!—exclamó el caballero, fuera de sí—. ¡Me ama! Sólo por ser vos la que tan grata nueva me comunica, merecéis, doña Leonor, mi perdón y mi afecto.

—Aún he hecho y estoy dispuesta a hacer más por conseguir uno y otro—repuso ella.

Y agregó para sí, sonriendo con aire de triunfo:

—¡Ya es mío! ¡El mismo se entrega confiado a mi venganza y mi odio.





CAPITULO XXII

El último avance



OMO general experto y prudente al dirigir el ataque y asalto de una fortaleza, doña Leonor avanzaba poco a poco, procurando antes afirmarse bien en el terreno conquistado.

Sentadas las bases del amor de don Tomás, de la correspondencia de Teresa y de la desinteresada protección de la de Padilla, ésta preparóse para el avance definitivo, el más peligroso y el más difícil.

Para ello, empezó por decir:

—Yo os juro, amigo mío, que la joven que amáis es digna de vos por todos conceptos, a pesar de su modestia. No es rica ni tiene un nombre ilustre; pero ¿qué importa esto? En cambio posee un verdadero tesoro de virtudes. Si así no fuera, guardárame muy bien de ayudaros en vuestras pretensiones y antes por el contrario procuraría haceros desistir de ellas; mas estoy convencida de que en casaros con Teresa, no ha de haber para vos humillación

de ninguna clase, sino orgullo justo y satisfación legítima.

Paredes asintió sin dificultad alguna a estas palabras, pues expresaban la misma opinión que él tenía acerca de la joven.

—Por vuestra parte, pues—prosiguió la dama—, no hay obstáculo en un enlace que colmará vuestra ventura; pero lo hay grande por parte de la que habéis elegido por esposa.

—¿Teresa se opone a nuestra unión?

—Sí.

—¿A pesar de amarme, como decís?

—A pesar de adoraros con toda su alma.

—¿Por qué razón?

—Voy a explicárosla.

—Os escucho.

Reflexionó un instante doña Leonor, para mejor preparar sus razonamientos, luego habló de este modo:

—Teresa es pobre y humilde, como la que más, y esto repito que no es un defecto, sino en todo caso una desgracia o por mejor decir una injusticia, pues por sus méritos es acreedora a gozar de todos los dones de la suerte y la fortuna; pero como ocurre casi siempre que la dignidad se hermana con la modestia, tiene el orgullo de su pobreza y de su humildad, y el orgullo de los humildes es mil veces más arraigado e invencible, que el de los poderosos. Ahora bien: en su orgullo disculpable, Teresa os agradece el honor que la otorgáis al poner en ella vuestra atención; pero a la vez se avergüenza, pues cree que os rebajáis al dedicarla vuestro amor. Teme que si accede a vuestres pretensiones, un día le echéis en cara su humildad, como si fuese un crimen.

—¡Pero eso es un absurdo y una suposición ofensiva para mí!—replicó Paredes.

—Sin duda; pero, ¿cómo queréis, amigo mío, vencer con razonamientos las suspicacias de la dignidad? No hay modo. La pobre Teresa cree que es un delito, casi una deshonra su humildad, y esta creencia la impulsa a sacrificar su dicha, negándose a vuestras pretensiones.

—Bastará que yo hable con ella para convencerla de lo contrario.

—¡No hagáis tal!

—¿Por qué?

—Porque la ofenderíais.

—No comprendo...

—Hablarle de su modestia, aunque sea para transigir con ella, puede parecer humillación.

—Entonces...

—No hay más que un medio para salvar ese inconveniente.

—¿Cuál?

—El que yo voy a proponeros.

—Decid.

Había llegado el momento culminante de la entrevista, y la de Padilla tembló.

Si no vencía en aquel asunto, sus planes eran irrealizables.

Apelando a toda su serenidad, dijo:

—Suponed que cuanto acabo de deciros os lo he dicho en nombre de Teresa; que enterada ella por mí de que la amáis, me encarga que os exponga los obstáculos que se oponen a ese amor, y se vale de mí para evitarse la vergüenza de hacerlo por sí misma.

Impaciente, don Tomás la interrumpió.

—Y bien...

—Dejadme proseguir. Dando a mis palabras el alcance que digo, estáis obligado a contestar, como si Teresa misma os hablase.

—No hay inconveniente en ello, y pues que en su nombre habláis, para que a ella lo repitáis os digo que su pobreza y su humildad no son inconveniente para mi amor, que la adoro a pesar de todo y a pesar de todo me hallo resuelto a hacerla mi esposa.

—Muy bien; esa es la contestación debida; pero no basta.

—¿Cómo?

—En primer lugar, yo no sabré repetir vuestras palabras tan bien como vos las decís, y en segundo lugar, Teresa puede creer que las exajero para decidirla a ceder.

—Pero entonces, ¿qué queréis que haga, sino os parece bien que yo la hable y opináis que no basta que le repitáis mis razones?

—Escribidla.

—¿Eh?

—Un escrito firmado por vos, en el que conste lo que habéisme dicho, tendrá para Teresa la misma fuerza que si vuestras razones escuchase de vuestros propios labios y la ahorrará la vergüeuza de hablar con vos cara a cara de asunto para ella tan difícil y violento.

—¿Y creéis que así acceda sin reparo a mis pretensiones?

—¿Quién lo duda? Entonces ya no habrá razón para su negativa; y si algún día cambiárais de pensamiento y su humildad le reprochárais, ella podría siempre defenderse presentándoos escritas por vos vuestras propias razones y disculpas.

Pareció el medio ingenioso a don Tomás; y como no dudaba de las buenas intenciones que suponía en doña Leonor, no vaciló en aceptarlo.

—Mañana os traeré un escrito para Teresa, con el que disipados quedarán todos sus temores—dijo.

La de Padilla movió la cabeza negativamente, diciendo:

—No me fío.

—¿Qué queréis decir?

—Que no me fío de que el tal escrito redactéis con la cordura debida, en cuyo caso produciría un afecto contrario al apetecido. Llevado de vuestra misma pasión, podríais herir la susceptibilidad de Teresa, creyendo halagarla, pues es este asunto tan delicado, que hay que pensar muy bien las palabras con que vuestras razones expongáis.

—En ese caso...

—Vale más que escribáis lo que yo os dicte.

—¿Vos?

—No estando apasionada, como vos lo estáis, razonaré con más frialdad y más claro juicio.

—Como agradeceros no sé el interés que me demostráis.

—Todo ello son esfuerzos de mi arrepentimiento, para merecer vuestro perdón y vuestra amistad. No estaré tranquila hasta veros dichoso, por lo mismo que antes, ciega e injusta, pretendí haceros desgraciado. ¿Permitís, pues, que el escrito yo os dicte?

—¿Cómo no, si con ello me hacéis un gran servicio?

—Pues escribámoslo al instante y así hoy mismo quedará en manos de aquella a quien esté destinado. Yo se lo entregaré, y mañana, aquí, en mi presencia, escucharéis de sus labios su consentimiento.

—¿Me procuraréis la dicha de verla?

—Mi casa será el lugar de vuestras citas amorosas,

hasta que os unais para siempre en los brazos de Himeneo.

Don Tomás sintió impulsos de arrojarse a los pies de la dama y besarle la mano.

¿Cómo dudar de una mujer que de tal modo procedía?

Disimulando a duras penas su impaciencia, doña Leonor invitó al caballero a sentarse junto a una mesa sobre la que había recado de escribir y le dictó lo siguiente:

«La dicha de amaros y de saber que también soy por vos amado, me trastorna hasta el punto de no acertar a manifestaros lo que en este escrito me propongo deciros; causa de ello es también el temor de ofenderos; adivinad, pues, lo que por torpeza o temor no digo y dad por escrito lo que omito por las razones antes indicadas.

«Háme expuesto doña Leonor los motivos de vuestros escrúpulos en acceder a ser mi esposa, y no veo en ellos sino nuevas muestras de vuestra virtud y de la nobleza de vuestra alma. Os avergonzáis de lo que no es en vos delito, sino antes bien desgracia e injusticia de las que no sois en modo alguno responsable.

»Si no os amase con todo mi corazón, quizá de vuestros escrúpulos participara y a vos renunciaría por las razones que exponéis; pero adorándoos como os adoro, rechazo vuestra acusación no viendo en vos otra cosa que vuestras virtudes. En gracia a éstas, yo os perdono todo lo demás y os prometo, para no avergonzaros, nunca más hablaros de ello.

»¿Para qué más razones?

»Después de cuanto en vuestro nombre doña Leonor me ha dicho, insisto en solicitar la dicha de ser vuestro esposo y esta será la mejor prueba de que desprecio los

escrúpulos que os atormentan; y si alguna vez faltara a lo que os prometo, echándoos en cara lo que juro no mencionar siquiera, os autorizo para que me avergoncéis presentándome esta declaración en la que espontáneamente os admito tal como sois.»

—Nada más—dijo doña Leonor—. Como veis, el escrito es bastante expresivo para que no deje lugar a dudas acerca de vuestros propósitos, y al mismo tiempo no se desliza en él ni una sola palabra que pueda envolver ofensa. Ya so o falta que cumpláis lo que prometéis; esto es, que nunca más habléis de este asunto a Teresa, para no avergonzarla.

El de Paredes firmó el escrito y lo entregó a la dama.

Esta respiró satisfecha.

Los conceptos por ella dictados eran tales, quela joven podía creer referíanse a su deshonra, no a su humildad, con lo que el caballero parecía perdonar aquella al transigir con ésta.

—Mañana a esta misma hora os aguardo aquí para que de los labios mismos de la que amais escuchéis la contestación a vuestras pretensiones—dijo la de Padilla.

—Hasta mañana pues—repuso don Tomás—. Y creed, doña Leonor, que lleno me voy de reconocimiento hacia vos. Si mucho me ofendísteis, mucho me favorecéis ahora, pues a uuestra ayuda deberé mi dicha. Sea mi amistad sincera el pago de vuestros esfuerzos.

Y después de besarle la mano, salió, loco de alegría y de esperanza.

Apenas se quedó sola, doña Leonor echóse a reir.

—¡Ve, imbecil!—exclamó con burlona ironía—. ¡Ve a soñar con una ventura, que mi venganza trocará en desgracia y deshonra! ¡Tú mismo has puesto de mis manos el arma que necesitaba para herirte!

Y tornó a reir, leyendo el escrito que había dictado.





CAPITULO XXIII

El escudero del conde de Arjona



AÍA la tarde.

En la plaza del alcázar, escuderos de los nobles de la corte y soldados de la guardia real, formaban animados grupos en los que se hablaba y se discutía a gritos sobre asuntos muy diversos.

Los unos hablaban de amor, los otros de las intrigas palaciegas, los más de famosos hechos de armas, en los que se enorgullecían de haber tomado parte.

Cerca de allí un vendedor de vinos había tenido el buen acuerdo de instalar su establecimiento, y las visitas a la taberna eran frecuentes, con lo que aumentaban cada vez más la animación y el bullicio.

Nada desata tanto la lengua como el vino, aun siendo varias veces cristiano, cual aseguraban sus consumidores, era el que el tabernero en cuestión vendía.

Habíase decretado por entonces una orden, según la cual, las tabernas debían cerrarse a la puesta del sol, para evitar que por las noches los beodos transitaran por las calles promoviendo escándalos; no obstante lo cual, el tabernero antedicho tenía abierto su establecimiento hasta mucho después del toque de queda; mas, ¿quién había de imponerle pena por ello, si precisamente los encargados de hacerle cumplir la orden eran los que se refugiaban en su taberna hasta tan avanzada hora?

En uno do los grupos, el más numeroso, precisamente, la discusión era más animada y ruidosa que en los otros.

En viejo escudero, de rostro arrugado y cabellera blanca, refería hazañas guerreras, tan extraordinarias y sorprendentes, que eran puestas en duda por los que escuchaban su relato.

Era el viejo valiente a pesar de sus años, y a los que dudaban de sus palabras decíales con arrogancia:

—Al que se atreva a sostener que es patraña lo que mis labios dicen, mi espada se encargará de demostrarle lo contrario.

Y debía ser tenido por todos como hombre valiente y esforzado, pues nadie atrevíase a desmentir su última razón, y todo lo más alguien decía:

—Será verdad, puesto que vos lo aseguráis; pero ni el Cid hubiese hecho otro tanto.

A lo que él contestaba con altanería.

—Pues tal hizo mi dueño y señor don Laurencio de Andrade, conde de Arjona, que a pesar de sus años, casi tantos como los míos, no cede en valor a ninguno de los más esforzados caballeros de la corte castellana. No está

bien a su edad jugar lanzas en justas y torneos, por ser esto más propio de gente moza; pero si a tomar parte consintiera, en los combates dispuestos para celebrar el arribo de nuestra señora la princesa, convencidos quedaríais de la verdad de lo que digo.

Grande era en verdad la fama que gozaba el de Andrade de esforzado campeón y adalid invencible; pero tamañas empresas refería su escudero, abusando de la credulidad de los que le escuchaban, que con razón eran puestas en duda.

Paseaba entre los grupos demandando limosna, un viejo tan encorvado, que era punto menos que imposible verle el rostro.

Tendía la mano, sin que nadie le hiciese caso, pero él no se daba por entendido del desprecio y seguía arrimándose a los grupos, poniendo gran atención a lo que en ello se hablaba.

Diríase que tal era su objeto al permanecer allí, y no el de implorar caridad.

Aquel viejo era Leandro el padre de Teresa.

Al dejar un grupo para acercarse a otro, suspiraba y decía:

—¿Querrá mi mala suerte que no consiga noticias de la persona a quien busco y de cuya protección lo espero todo? Y es el caso que debe estar en Segovia, pues que siendo tan adicto a la princesa; no puede menos de haberla acompañado en su viaje.

Llegó por último al grupo donde el escudero del conde de Arjona, refería las proezas reales o inventadas de su valeroso señor.

En aquel instante narraba una de las más sorprendentes.

—De esto hace aún poco tiempo—decía—. Un día mi señor me dijo: «vámonos a matar moros», pues siempre ha contado conmigo para todas sus empresas. Marchamos los dos solos y por tierra de moros nos metimos en busca de aventuras. Caminábamos en dirección a Granada, siendo el propósito de mi señor no detenerse, si no encontrábamos en nuestro camino moros a quienes matar hasto llegar a la ciudad misma, al pie de las murallas que la rodean y defienden. He aqui que en la tercera jornada, caminábamos por lo noche lejos de todo el poblado cuando nos salió al paso un grupo de jinetes que no bajaría de veinte. Iban todos ellos bien armados y montaban magníficos caballos africanos. Ya sabéis lo hábiles que los condenados son en el manejo de sus corceles. Vernos y venírsenos encima fué todo uno, evolncionando de modo que nos rodearon, formando un estrecho círculo. »¡A ellos!» me gritó mi señor. Y contra ellos arremetimos con tal furia, que al primer envite rodaron los dos más inmediatos por el suelo. Lo que allí sucedió entonces no es para contado ni yo contarlo podría, pues no me enteré siquiera; tan grandes eran el furor y el entusiasmo que me cegaban. Ello fué que al poco rato, no nos rodeaban más que cadáveres y ya no teníamos enemigos con quienes luchar. Contamos los muertos: eran diez y nueve. Sólo uno escapó con vida y corrió a contar a los suyos nuestra proeza. Del combate, mi señor y yo habíamos salido completamente ilesos.

Resonó una carcajada en torno del narrador, y éste añadió, con tono provocativo:

—Lo creáis o no, tal hizo don Laurencio de Andrade, conde de Arjona, mi señor y dueño.

Al oir tal nombre, Leandro estremecióse, murmurando:

—¡El!... ¡Al fin lo encuentro! Con razón pensaba que estaría en Segovia.

Fijándose en el escudero, añadió:

—¡Es Isidoro! Bien le reconozco a pesar de los años transcurridos.

Y continuó en el grupo, oyendo como Isidoro refería nuevas y más estupendas aventuras.

El padre de Teresa parecía poseído de la mayor agitación.

En vano procuraba llamar la atención del escudero; éste, entusiasmado en su relato, no hacía caso de nada.

Anocheció del todo y las sombras invadieron la plaza.

Las campanas de las iglesias tocaron el «Angelus» y todos se descubrieron respetuosamente, murmurando entre dientes una oración.

Luego fueron alejándose, quedando sólo algunos en la plaza.

Los más se refugiaron en la taberna, que aunque cerrada, dejaba escapar por las rendijas de la puerta algunos rayos de luz y el rumor de la algazara de los que había dentro.

Isidoro fué uno de los últimos en retirarse.

Cuando ya iba a entrar en el alcázar, donde su señor tenía alojamiento, por ser uno de los caballeros destinados al inmediato servicio de la princesa, Leandro acercósele y le llamó por su nombre.

Su primer impulso fué echar mano a la espada; pero,

al ver el aspecto inofensivo de su interlocutor, se contuvo preguntándole:

—¿Qué queréis de mí, buen viejo?

Miróle Leandro fijamente, acercósele para que a su vez le mirara, y en lugar de responderle preguntó:

—¿No me conoces?

—No contestó el escudero.

—Flaco de memoria eres.

—Si uno hubiesa de recordar a todas las personas a quienes ha visto nna vez...

—Es que a mí me has visto muchas y en gran aprecio y consideración me tuviste.

—¿A vos?

—¡Ya lo creo!

—No caigo...

—Disculpo tu torpeza. ¡He cambiado tanto!,.. Pero sin necesidad de que te diga quién soy, yo haré que lo adivines. Mira.

Y abriendo su destrozada ropilla, mostróle un medallón que llevaba escondido entre ella, pendiente del cuello por un cordón de oro.

—¡Oh, señor!—exclamó Isidoro con asombro. inclinándose respetuosamente—. ¡Vos! ¿Será posible? Por muerto os dábamos. Nadie acertaba a decirnos el paradero del noble duque de...

—¡Calla, imprudente!—le interrumpió Leandro mirándo receloso en tordo suyo—. ¿A qué viene mencionar mi título?

—Perdonad, yo no sabía...

—La persona a quien te refieres, el duque que ibas a nombrar... murió.

—¿Eh?

—Así consta para todos.

—Pero...

—Así debe ser también para ti; no lo olvides.

Leandro no parecía el mismo.

Hablaba con más altanería, con una arrogancia y con un tono de mando, que desdecían de la humildad aparente del padre de Teresa.

—¿Está tu señor en Segovia?—siguió diciendo.

—Vino acompañando a la princesa—contestó Isidoro.

—No le vi llegar, aunque presencié el paso de todo el cortejo.

—Entró más tarde, por tener que cumplír órdenes reservadas de doña Isabel.

—¡Ah! Por eso no le ví.

—Sin duda.

—¿Dónde moráis?

—En el alcázar mismo.

—Me contraría.

—¿Por qué?

—Porque deseo hablar cuanto antes con tu señor, y en el alcázar no es cosa fácil a esta hora ni la entrada ni la salida.

—Mi señor hallará modo de recibiros.

—Ve y avísale.

—En seguida.

Saludó y el escudero entró en el alcázar, mientras Leandro quedábase esperando.

—¡Al fin he dado con él!—pensaba—, ¡Acabaron nuestras desventuras y comienza el castigo del seductor de Teresa! ¡La honra de esa infeliz quedará pronto vengada!

No tuvo que esperar mucho.

Isidoro volvió a poco.

Llevaba un manto negro que le entregó, diciéndole:

—Cubríos con él y seguidme.

—¿Y la salida?—preguntó Leandro.

—No os apuréis.

—Pero...

—Mi señor os responde de vuestra seguridad.

—En ese caso, vamos.

Y desaparecieron por la puerta del alcázar.





CAPITULO XXIV

Dos amigos

POR galerías y corredores escusados, Isidoro condujo a Leandro a la parte del alcázar donde habían sido alojados algunos de los caballeros del séquito de la princesa, que estaban al inmediato servicio de ésta y que ella quiso tener cerca de sí.

Era uno de ellos el conde de Arjona, partidario primero de don Alfonso y después de doña Isabel, el cual jamás transigió con las debilidades vergonzosas de don Enrique.

Fué uno de los pocos que vieron con disgusto la reconciliación de la princesa con su hermano.

Cuando doña Isabel solicitó su consejo sobre asunto tan importante, tenido por los demás como venturoso, le respondió con ruda franqueza:

—Vos haréis, señora, lo que mejor os plazca, y mi obligación como humilde vasallo vuestro es obedecer y acatar lo que vos dispongáis; pero preferiría mil veces que

me llamárais para decirme: «desenvainad vuestra espada y apercibíos a luchar contra don Enrique, para sentarme en su trono.» Más se aviene esto con mi carácter que esa reconciliación de que me habláis; y si tal decidiérais, defensores no habían de faltaros que por vuestra causa peleasen hasta morir. Porque habed en cuenta que don Enrique no tiene voluntad, que sólo sigue la inspiración de los ambiciosos consejeros que le rodean, que los hay entre ellos tan malvados como Pacheco y que ya otras veces en convenios parecidos, vuestro hermano ha faltado al cumplimiento de su real palabra. Si pues tarde o temprano la guerra ha de venir, sin que podáis evitarla, sed vos la primera que la provoque, que en asuntos de tal índole, el que primero se adelanta tieno mucho ganado.

De nadie hubiera sufrido doña Isabel un lenguaje tan opuesto a su manera de pensar y a sus sentimientos conciliadores; pero sabía que el de Andrade hablaba de buena fe, por entusiasta adhesión a su persona, y esto era bastante para que su opinión perdonase y respetara, aunque no la siguiera.

Como guerrero había hablado y ella era más partidaria de la diplomacia, la que siempre empleó en primer lugar en todos sus asuntos, no prescindiendo de ella hasta que las circunstancias la obligaron.

Precisamente por ser su parecer tan opuesto a aquella reconciliación, quiso la princesa llevar al conde consigo en su viaje a Segovia e instalarlo en el mismo alcázar, creyendo que de este modo le obligaría a transigir con don Enrique.

Se llevó chasco, pnes el de Andrade buscó siempre pretexto para escusarse de asistir a los actos oficiales en

los que hubiera tenido que rendir acatamiento al rey, y en el propio domicilio de éste, vivía de él completamente alejado.

Era un carácter de hierro que no se doblaba por nada ni por nada transigía con lo que era contrario a su manera de pensar.

Si doña Isabel hubiese pretendido obligarle a prestar a don Enrique homenaje de respeto y obediencia, hasta con la princesa habría roto, antes que deponer su altiva arrogancia.

Exajeración había en lo que Isidoro narraba de su señor en la plaza del alcázar, pues atribuíale aventuras imposibles de realizar hasta para los legendarios caballeros andantes, convertidos por la tradición y la fantasía popular en héroes extraordinarios de sobrenaturales hazañas; pero eran cosas sabidas su valor y su carácter aventurero.

Jamás supo permanecer inactivo mucho tiempo, gozado de los placeres que le brindaban su posición y su fortuna. Cuando no había guerra, buscaba por su cuenta belicosas empresas en las que matar el tiempo, y a pesar de sus años, que no eran pocos, lo que más le contrariaba por aquel entonces era permanecer encerrado entre las cuatro paredes del alcázar, obligado a representar por fuerza el papel de diplomático.

Siempre que se presentaba a doña Isabel, decíale:

—Señora: pues que con vuestro hermano os habéis reconciliado y junto a él permanecéis, saboreando las para vos inefables delicias de tal reconciliación, permiso otorgadme para que de vos me separe y alguna empresa acometa por mi cuenta y riesgo, con la que evite que el aburrimiento me mate y mi espada se enmohezca.

Pero doña Isabel reteníale, respondiéndole:

—A mi lado permaneced, pues de vos necesito y vuestra lealtad tengo por firme apoyo.

Y él, que al par que el valor tenía la virtud de la obediencia, resignábase a una inacción que le desesperaba.

En la época en que lo presentamos, tenía ya el conde de Arjona los cincuenta años bien cumplidos, representando más por su aspecto y menos por su vigor.

Completamente blanca la cabeza, parecía un anciano próximo a reposar en el sepulcro; pero a caballo, con la lanza en la mano, no había caballero en todo el apogeo de la juventud que se le igualase.

Sobrio siempre en todo, hasta en el amor, no se referían de sus mocedades. como de las de otros, escandalosas aventuras.

Asegurábase que sólo amó a una mujer: su esposa.

Casó con ella muy joven y muy joven quedó viudo, sin hijos.

La muerte de su también joven esposa fué doblemente triste por las circunstancias que en ella incurrieron.

Hallábase la condesa retirada a una hermosa quinta, situada en las orillas del Tajo, mientras su esposo, lejos de ella, realizaba una de sus más famosas hazañas.

Una noche, precisamente la noche anterior al día en que el conde había de volver junto a su esposa, un voraz incendio destruyó la quinta y en él pereció la condesa.

Su cadáver fué hallado entre los escombros.

Su esposo dió públicas muestras de dolor por aquella desgracia, honró la memoria de la muerta, y como prueba de respeto, no volvió a casarse.

Desde entonces acentuáronse aún más sus aficiones y

costumbres aventureras, como si buscase de este modo consuelo a su pesar.

Entró Leandro en la cámara del conde y éste salió a su encuentro, tendiéndole los brazos.

Los dos ancianos permanecieron unos instantes abrazados, profundamente conmovidos.

—¡Vos!—exclamó al fin el de Andrade—. ¡Vos! ¡Bendigo al cielo que tal suerte me proporciona! Muerto os lloré y creí no veros nunca más.

—Por muerto me tienen todos—respondió Leandro—, y sólo a vos me muestro sin ocultar quién soy. Los que actualmente me conocen y tratan tiénenme por un modesto labrador arruinado, sin sospechar siquiera quién sea; y mi interés estriba en que no lo descubran.

—¿Cómo es eso?

—¡Ay, don Laurencio amigo! La desgracia se ha ensañado en mí de tal manera, que no ha habido pesar que me perdone ni amargura con que no me haya atormentado. Mi triste historia sabréis y en el seno de vuestra amistad depositaré mis desventuras. Pero antes, decidme: ¿no me preguntáis por Teresa?

Estremecióse el conde y repuso:

—¿Vive aún?

—Por mi fortuna, pues ella es el único consuelo de mis dolores.

—Por mi bien creí que hubiera muerto.

—Injusto sois con ella.

—¿Cómo queréis que afecto sienta hacia la que es testimonio viviente de mi deshonra?

—No por su culpa.

—Desde luego; pero el humano egoísmo condena muchas veces la inocencia. Por inocente que esa joven sea,

siempre me recordará la traición de mi esposa y esto bastará para que, aunque injustamente, la odie. No puedo remediarlo.

—Si la conocierais, otros sentimientos os inspirara.

—Lo dudo.

Habíanse sentado en dos sitiales, colocados muy cerca uno de otro.

La luz de una lámpara de hierro, que pendía de la bóveda, iluminaba debilmente la estancia.

A su pálida claridad, los rostros de los dos ancianos parecían aun más venerables.

En el del conde reflejábase profunda agitación.

—¡Teresa!—murmuró en voz baja y como hablando consigo mismo—. ¡Cuántas veces he pronunciado ese nombre para maldecirlo! Y sin embargo, hubo un día en que lo bendige, con todos los transportes de mi amor. ¡Era el nombre de la mujer que amé, de la que hice mi esposa, entregándole insensato el tesoro de mi honor, para que lo guardara y por él velase! ¡El honor no está bien guardado más que cuando lo defiende uno mismo.

Era tal su emoción; que Leandro no pudo menos de decirle.

—¿Es posible que con los años transcurridos, aún no hayas olvidado?

—¡Olvidar!—replicó él—. ¿Olvidar!... ¡No puede ser! ¡Lo he intentado inútilmente! Se olvidan las ofensas inferidas a nuestro orgullo, no las que nos hieren en el corazón. Si otra mujer me hubiese traicionado, yo me habría reído de ella. ¡Pero mi esposa!

Cubriéndose el rostro con las manos, agregó:

—¡Inútil fué que me vengase entregándoos su hija y matándola a ella de modo que nadie sospechar pudiera

que su muerte fué una venganza! Su recuerdo vive y vivirá en mi eternamente, y ha bastado para renovarlo el que me hayáis dicho que aquella hija vive. ¡Vive!... ¡Cómo olvidar una deshonra, cuyas consecuencias subsisten aún!

Mirando compasivamente a su amigo, Leandro díjole:

—Pues si tanto os contraría saber de Teresa, olvidad quién es y suponed que es mi hija, como todos creen; con ello me daréis una satisfacción, pues como a hija verdadera la considero. Vos no sabéis, conde, las perfecciones que la adornan.

—¿Se parece a su madre?—preguntó el de Addrade.

—En lo físico es un vivo retrato de ella; pero no en lo moral.

—Es que si en lo moral se le pareciese no merecería vuestro cariño.

—Imaginad que Dios concediese permiso a uno de sus ángeles para descender al mundo y que ese ángel fuera ella. No encuentro símil más apropiado para haceros comprender sus virtudes.

—¡Mentira parece que en las entrañas de la infiel se engendrara un ser tan puro!

—Enorgullézcome en pensar que a mis cuidados son debidos gran parte de sus perfecciones.

—Sin duda.

—Con tal esmero la he criado, que en la ignorancia ha vivido de lo que es el mal.

Suspirando añadió:

—¡No obstante eso, un hombre abusó de su ignorancia, robándole el tesoro de su pureza!

Miró el conde a su amigo frente a frente y le preguntó inquieto:

—¿Qué decís?

—Lo que oído habéis—respondió Leandro con voz temblorosa.

—Teresa...

—Se dejó arrebatar sin darse cuenta de ello el tesoro de su honra, que yo había guardado cuidadosamente.

—¡Oh!

—Pero como en ello hubo traición y engaño, la que llamo mi hija sigue siendo inocente a pesar de todo.

—¿Quién fué su seductor?

—Le conocéis, cerca de vos está y su nombre sabréis cuando todas mis desventuras os relate.

—¡Vive!

—Sí.

—¡Vuestra hija llamáis a Teresa, noble sois, de valiente gozásteis en otro tiempo fama, y ese hombre vive aún! ¡Os desconozco!

—Mi brazo ya no tiene fuerzas para soportar el peso de la espada. ¿Cómo queréis que venganza tomara del infame? ¡No he podido! Y no siendo yo mismo el que tal venganza realizase, ¿a quien encomendarla? He tenido que renunciar a ella.

El de Andrade miró compasivamente a Leandro y éste siguió diciendo:

—Pero el relato oíd de mis desgracias y todo lo comprenderéis.

—Sí, hablad—respondió el conde—; hablad pronto, que impaciencia siento por saber lo que no acierto a explicarme. Si víctima sois de la injusticia, y como decís valor y fuerzas os faltan para defenderos, aquí estoy yo.

—¡Gracias!

—Vuestro amigo soy y deber es mí en ofreceros mi ayuda. Os escucho.



CAPITULO XXV

Un amor desgraciado

EANDRO empezó el relato de sus desdichas de este modo:

—Cuando nos separamos, conde amigo, hallábame yo, al igual que vos, en el apogeo del poderío y la grandeza. Poseedor de una cuantiosa fortuna y de un nombre ilustre, los humildes me respetaban y los grandes, mis iguales, teníanme envidia. Todo parecía convidarme a la dicha... ¡y sin embargo era desgraciado!

—¿Y nada me dijísteis nunca de vuestras desventuras? —le interrumpió el de Andrade.

—¿Para qué? Las desgracias que no pueden tener remedio, ¿a qué confiarlas? Mejor están guardadas en la estrecha cárcel del corazón que las sufre.

—Proseguid.

—Vos, que tan desgraciado os considerábais, comparado conmigo hubiérais sido considerado como dichoso.

—No digáis tal. ¿Cabe infortunio mayor que el de verse traicionado por la mujer que se ama?

—Sí; el de amar sin esperanza. Porque la traición en la mujer que se adora, mata el cariño y engendra el desprecio, con lo que equilibrado queda el desengaño sufrido. Vos adorábais a vuestra esposa.

—¡Más que a mi vida!

—Pruebas conseguísteis que os era infiel y su infidelidad castigásteis de manera ejemplar y oculta; luego saldada quedó entre vosotros la deuda que había, con la realización de vuestra venganza; pero, ¿y el que ni aún vengarse puede, porque no tiene de qué ni en quién desahogar su odio?

—Un enigma son para mí vuestras frases, pues siempre ignoré que amores tuviérais.

—Como lo ignoraron todos.

—¿Por qué? ¿Era vuestro amor acaso un crimen?

—No.

—Entonces...

—Seguid oyéndome y lo comprenderéis.

Con acento duro y melancólico, como quien evoca recuerdos que le son dolorosos y a le vez queridos, Leandro prosiguió:

—En los albores de mi juventud, amé con delirio a una mujer, o por mejor decir un ángel, que la casualidad o la Providencia pusieron a mi lado. Vos la conocísteis,

—¿Quién era?—¿interrogó curioso el conde?

—Doña Luz de Castro.

—¿La esposa de Zabala, nuestro amigo?

—Sí. Pero aún era doncella cuando yo la amé.

—Diz que Zabala murió dejando su fortuna en tal mal estado, que su hijo, después de consumir los últimos restos de sus riquezas, vive desempeñando el oficio de coplero.

—Así es, aunque yo diría mejor poeta, pues por su inspiración los versos de don Diego son algo más que sencillas coplas compuestas para ser cantadas por los soldados en sus orgías.

—¿Le conocéis?

—A su lado vivo.

—¿Cómo?

—Gracias a su protección, Teresa y yo no nos hemos muerto de hambre.

—¿Y él sabe quién vos sois?

—Lo ignora, como todo el mundo.

—¿Por qué no se lo habéis dicho?

—Porque mi intención es seguir ocultándolo a todos.

—¿Con qué objeto?

—Con el que comprenderéis si me escucháis.

—Perdonad mis frecuentes interrupciones; pero el mismo interés que me inspiráis...

—Prosigo.

Hizo Leandro una breve pausa y luego continuó de esta manera:

—Niña aún, Luz fué a vivir a mi lado como una hermana. Murieron sus padres, amigos de los míos, y a estos encargaron que de ella cuidasen. Tenía yo un año solo más que ella, y cual dos hermanos nos miramos desde el

primer día. Crecimos juntos, unidos por estrecho cariño fraternal, y apenas llegado hubo a la edad de las pasiones, aquel cariño se trocó en amor por mi parte, por la de Luz también, aunque lo ignoraba.

—¿Doña Luz os amó?—preguntó el conde de Arjona, a pesar de su propósito de no incurrir en nuevas interrnpciones.

—Como yo a ella.

—¿Por qué, pues, fué esposa de Zabala y no vuestra?

—Porque así lo dispuso el destino para nuestro mal, y ved cómo.

—Decid, que el relato me interesa.

—Amaba yo a Luz de tal modo, con amor tan respetuoso y sincero y tenía formado tan alto concepto de sus méritos y virtudes, que, considerándome inferior a ella e indigno por lo tanto de ser correspondido, parecíame un atrevimiento, casi un delito amarla. De aquí que no la confesase mi cariño.

—Temor infundado, porque os sobraban cualidades para aspirar a la mujer más noble y más perfecta.

—No lo creía yo así; quise hacerme digno de la que veneraba, conquistar laureles que ofrecerle con mi amor, y en busca de aventuras partí, en las que ganar gloria y renombre.

—Entonces fué, sin duda, cuando realizásteis las famosas hazañas que os conquistaron la admiración de todos.

—Sí; pero ¡ay! ¿De qué me sirvió? Luz también me amaba; después lo supe, más al ver que de ella alejábame, sin de mi amor hablarle, creyó que éste no existía y que sólo había para ella en mi corazón fraternal afecto.

—Era natural que tal pensase en vista de vuestro silencio.

—Zabala pretendió su mano, mi padre le hizo ver lo conveniente de tal enlace, y ella, como de no ser mía poco le importaba ser de uno o de otro, aceptó a Zabala por esposo y se casó con él.

—Triste consecuencia de vuestro temor pueril y vuestra injustificada reserva.

Suspiró Leandro y siguió diciendo:

—Figuráos mi desesperación cuando al volver a mis lares, cubierto de gloria, me encontré con que Luz ya no podía ser mia, puesto que era de otro hombre. ¿De qué servíame el haber luchado tanto por conquistarla? ¡Por quererla ganar más dignamente, la había perdido! El valor que me había robado antes el mismo querer, me lo dió entonces la desesperación, y llorando dije a doña Luz: «¿por qué no me has esperado, si yo te amaba?».

—Declaración tardía—dijo el de Andrade.

—E inútil. No contento con las quejas, recurrí a los reproches.

—Injustamente.

—Bien lo comprendo ahora.

—No teníais derecho a reprochar. Ella en nada había faltado, puesto que todo lo ignoraba y a nada habíase comprometido.

—Eso mismo me respondió.

—Era lo lógico.

—Y entre lágrimas y suspiros... ¡me confesó que también me amaba!

—¡Infeliz!

—Tal empeño había puesto por mi parte en ocultar

mis sentimientos, que ella no los sospechó siquiera; si los hubiese sospechado, no habría admitido por esposo a ningún hombre.

—Claro.

—Luego yo fuí el único causante de su desventura y la mía.

Calló de nuevo Leandro, porque la emoción le ahogaba.

No podía hablar apenas.

A pesar de sus años, aquellos recuerdos conmovíanle de tal modo, que faltaba poco para que el llanto brotase de sus ojos.

¡Hay corazones en los que ciertos sentimientos no se extinguen nunca, por viejos que sean!

El conde de Arjona comprendió lo que pasaba en el corazón de su amigo, y estrechándole cariñosamente una mano, le dijo:

—¡Valor! El temple de las almas esforzadas se prueba en el sufrimiento. ¡Más valiente es el que sabe vencerse a sí mismo, que el que vence a los demás!

El anciano le dirigió una mirada de gratitud.

¡Hacía tanto tiempo que nadie le hablaba de aquel modo!

—¡Bendita sea la amistad—exclamó—que halla consuelo para todos los pesares!

Y agregó, algo más tranquilo:

—Nuestra desgracia no tenía remedio. Doña Luz era demasiado virtuosa para faltar a sus deberes y yo era demasiado caballero para ofender el honor de un amigo. Seguimos amándonos, porque esto nadie podía prohibírnoslo y a nadie ofendía; pero nos amamos en silencio, de lejos

y con amor purísimo y honrado. Nada hubo nunca en él de que pudiéramos avergonzarnos. Ni doña Luz faltó a los deberes del matrimonio ni yo a los de la amistad. Sufríamos, pero éramos honrados, y el orgullo de nuestra honradez nos servía de consuelo para nuestro sufrimiento.

—¡Bien, amigo mío!—exclamó el conde—. ¡Así proceden en casos tales los hombres de corazón y de conciencia!

La emoción apoderóse de nuevo de Leandro, y de nuevo el de Andrade le estrechó la mano, como para reanimarlo.

Eran dos corazones igualmente nobles, que se comprendían.





CAPITULO XXVI

Conferencia interrumpida

N el momento de ir Leandro a proseguir su relato, llamaron a la puerta de la estancia.

Era un paje que iba a llamar al de Andrade de parte de la princesa.

—Perdonad—dijo el conde a su amigo—. Su Alteza me avisa que necesita verme con urgencia y no puedo dejar de ir en seguida a ponerme a sus órdenes.

—Id—respondió Leandro—; aquí os espero.

Salió el de Arjona en seguimiento del paje, y el padre adoptivo de Teresa quedó pensando:

—¿Conseguiré lo que me propongo? ¿Será posible la felicidad de la que llamo mi hija?

Pasado un rato volvió de Andrade.

Parecía muy agitado.

—Doña Isabel me ordena que parta al momento a desempeñar una misión importante—dijo—. Se trata de un

encargo reservado, no exento de peligro, y como comprenderéis, aunque no fuera más que por esto último, no puedo escusar su cumplimiento. Vuestro relato, pues, ha de quedar interrumpido hasta mi regreso.

—¿Volveréis pronto?

—Lo ignoro.

—El caso es que venía a haceros una consulta urgente... No se trata de referiros mis desdichas; para eso toda ocasión es buena, y en cualquier momento que lo haga, sé que he de contar con el consuelo de vuestra amistad.

—Tenedlo por seguro.

—Lo sé y repito que no se trata de eso, sino de otra cosa de mayor transcendencia.

—Decid, pero pronto; su alteza me aguarda para darme sus últimas órdenes.

Comprendiendo la premura del tiempo, Leandro fué derecho al asunto.

—Es el caso—dijo—, que a Teresa la pretende un noble caballero.

—¿El que la deshonró?—preguntó Arjona.

—No.

—¿Uno de los hermanos Paredes.

—Son muy amigos míos los dos y leales partidarios de la princesa.

—Según las leyes del honor, Teresa no debiera casarse más que con el hombre que le robó la honra.

—Naturalmente.

—Comprendiéndolo ella así, ha impuesto como condición el que Paredes conozca su desgracia.

—¿Y a pesar de conocerla insiste en sus pretensiones?

—Hay motivos fundados para suponer que sí.

—He ahí un rasgo de nobleza que le honra; porque eso no es en el pretendiente una falta de dignidad, sino sobra de indulgencia.

—Ahora bien; ¿qué opináis de ese matrimonio? ¿Lo autorizáis?

Miró el de Andrade fijamente a su amigo y díjole:

—Sorpréndeme vuestra pregunta. ¿Qué tengo yo que ver con esa joven?

—Más de lo que pensáis.

—Al entregárosla lo hice para que de su porvenir dispusiérais a vuestro antojo.

—Sí, pero fuísteis vos el que me la entregásteis y no debo decidir nada sin vuestro consentimiento.

—Esa joven es el fruto del adulterio de mi esposa, fruto viviente de mi deshonra.

—Pero es inocente e irresponsable de todo ello.

—¿Qué queréis decir?

—Que fuera en vos injusticia tenerle rencor, y fuera en cambio generosidad mostrarle interés.

El conde no disimulaba su impaciencia.

—Terminad—dijo—. ¿Qué es lo que pretendéis de mí?

—Que me digáis si debo autorizar o no el matrimonio de la hija de vuestra esposa con Paredes.

—Si se aman y él perdona su falta, ¿por qué no?

—Bien, pero será preciso revelarle...

—¿Qué?

—El origen de Teresa. He aquí lo que os consulto, si debo decírsele o no.

—En modo alguno. ¡Revelar mi deshonra, cuando tanto empeño puse en ocultarla? Porque vos sois el único que

sabéis que castigué a mi esposa quitándole la vida; pero de modo que todos creyeron su muerte una desgracia casual. Prendí fuego a la quinta donde vivía y pereció en el incendio; así mi honor quedó vengado y el ultraje a él inferido oculto. Pues mi deshonra quedóse oculta y grandes sacrificios he realizado luego para que continúe ignorada, ¿queréis que sin más ni más la revele, para contribuir a la dicha de quien nada me importa?

—Pues ved que ello ha de ser necesario o se ha de desistir de ese enlace, porque yo no puedo aparecer como padre de Teresa; no lo soy; Paredes me preguntará como es natural: «¿de quién es hija?» Y si tal pregunta me hace, ¿qué le respondo?

El mismo paje de antes, llamó de nuevo a la puerta.

—Su alteza me envía a manifestaros—dijo—, que le sorprende vuestra tardanza.

—Voy al punto—respondió el de Andrade.

Y cuando el paje hubo salido, dijo a su amigo:

—Ya veis; no puedo detenerme un instante más.

—Pero, ¿no respondéis a mi consulta? — interrogó Leandro.

—¿Qué queréis que responda?

—No es justo que Teresa sea infeliz como castigo de faltas que no cometió, y su felicidad consiste en casarse con Paredes.

—Pues que se case con el en buen hora, si él por todo pasa. No tengo interés en que esa joven sea desgraciada.

—Pero es que ese casamiento no será posible sin las revelaciones de que os he hablado. ¿Me autorizáis a hacerlas?

—Oid, amigo mío—repuso al fin—. Justo en todas mis

cosas, aunque lo contrario supongáis, me intereso por la felicidad de Teresa. Autorizad el matrimonio, pero sin hacer revelación alguna. Cuando yo vuelva, veremos lo que se debe hacer.

—Está bien. Puede haber otro obstáculo para el enlace.

—¿Cuál?

—El seductor.

—De él no os preocupéis; también cuando yo vuelva sellaré sus labios con mi espada, si no pueden mis razones.

—Aún no sabéis quién es...

—Ni tengo tiempo de que me lo digáis. Basta ya.

—Me retiro satisfecho y obraré según vuestras instrucciones. Habéis procedido como yo esperaba, de la única manera digna de vos.



Estrecháronse la mano y el de Andrade llamó a su escudero, para que condujese a su amigo fuera del alcázar.

El trasladóse inmediatamente a la cámara de la princesa.

Leandro salió muy contento.

Camino de su vivienda, iba diciéndose:

—Teresa será tan feliz como merece; será la esposa, así lo espero, si como es de suponer, el de Paredes insiste en hacerla su esposa, convencido de su inocencia. El único obstáculo era el del conde, y ya está salvado.

Como se desprende de lo que antecede, la joven había confesado a su supuesto padre sus nuevos amores.

No quiso guardarle aquel secreto.

Enterado de todo, Leandro, que la quería como a una hija, respondióle:

—Aún no puedo decirte si autorizaré o no esas relaciones.

Después de su entrevista con el conde, volvió a su domicilio y dijo a Teresa:

—Si Paredes después de saberlo todo insiste en hacerte su esposa, puedes casarte con el; yo te doy permiso para ello.

Con lo que aumentó su esperanza y la llenó de alegría.



CAPITULO XXVII

Los últimos requisitos



EDIANTE la carta que la misma doña Leonor dictó a Paredes, Teresa creyó de buena fe que don Tomás conocía su deshonra y se la perdonaba, suponiéndola irresponsable de ella.

Esto aumentó hasta la adoración el amor que le tenía.

Celebraron su primera entrevista en presencia de la de Padilla, y el no aludir el caballero a la desgracia de la joven, lo consideró ésta una prueba de delicadeza, que le agradeció aún más.

Los dos enamorados hiciéronse mutuas promesas de eterno y entrañable afecto.

¡Cuánto sufrió doña Leonor oyéndoles!

Pero se consolaba pensando:

—Mi venganza me compensará con creces de todo lo que ahora sufro.

Y llevó su astucia y su hipocresía a tal extremo, que se la hubiera tomado por verdadera protectora de aquellos amores que tanto la contrariaban.

Teresa y don Tomás manifestáronle cumplidamente su gratitud.

La primera la abrazó exclamando:

—¡Os deberé mi dicha!

Y el segundo le besó la mano, diciéndole.

—Olvidamos todo lo pasado y comience desde ahora para nosotros una sincera amistad. Tanto como antes os desprecié ahora os estimo y bendigo. Habéis dado muestras de una generosidad que no suponía en vos, os lo confieso. Perdonad esta desconfianza, motivada por vuestra propia conducta, y miradme desde hoy como a un hermano.

—Quise merecer vuestro perdón--respondió la dama—, y lo he conseguido. Estoy contenta.

Tenía Paredes mucha prisa en ver realizada cuanto antes su felicidad, y doña Leonor animábale en ello.

—Pues que os amáis—decía a los dos jóvenes—, ¿por qué no casaros cuanto antes?

Que era precisamente lo mismo que ellos deseaban.

Aquel mismo día, don Tomás habló con su hermano y refirióle todo lo ocurrido.

A don Rodrigo parecióle muy extraña la conducta de Leonor; pero nada encontró, al fin, que censurar en ella, y sí mucho que aplaudir.

—Quiero que Teresa sea cuanto antes mi esposa—dijo don Tomás.

Don Rodrigo intentó inútilmente hacerle algunas atinadas reflexiones.

Le aconsejó que meditara bien las consecuencias de casarse con una mujar de posición inferior a la suya, y que procurara adquirir de ella algunos informes.

—La amo por ella misma—contestaba don Tomás—, y todo me importa poco.

En vista de esta obstinación, don Rodrigo cesó en su empeño.

—Hágase tu voluntad—dijo—; pero si sufres algún desengaño, recuerda siempre que te advertí de ello a tiempo.

Al tratar de la cuestión de intereses, mostróse tan espléndido, que casi compartió su fortuna con su hermano.

Siguiendo una costumbre que era casi el cumplimiento de un deber, don Tomás fué a pedir al rey y a la princesa permiso para su matrimonio.

Al conocer las condiciones de la novia, elogiáronle por su generosidad.

—Ese es el verdadero amor—díjole doña Isabel—; el que no repara en categorías. Casaos en buen hora, con la mujer humilde que habéis escogido por compañera. Una vez sea vuestra esposa, mi hermano y yo os prometemos honrarla de tal modo, concediéndola tantos títulos y honores, que no habrá quien a ella pueda igualarse.

Obtenido el benévolo consentimiento de su majestad y alteza, Paredes decidióse a dar el paso definitivo, y al día siguiente fué con su hermano a casa de doña Leonor, para que ésta y don Rodrigo pidiesen a Leandro la mano de Teresa.

La dama accedió gustosa a lo que de ella se pretendía.

Como el alojamienfo del poeta, que era también el de la joven y su supuesto padre, distaba mucho de ser decoroso y apropiado para en él recibir una visita semejante, Leonor llamó a sus habitaciones a Teresa y al anciano.

Los dos presentáronse muy conmovidos, suponiendo de lo que se trataba.

También bajó el poeta, llamado igualmente por la dama.

Como protector de la novia, tenía derecho a saber el asunto de que se iba a tratar.

En presencia de Zabala, Leandro hallábase siempre cohibido.

Por el relato de su historia, aun no terminado, sabemos que don Diego era hijo de doña Luz, es decir, de la mujer que él tanto había amado.

A esto obedecía, sin duda, su cohibimiento.

¿Cómo ver impasible al poeta y cómo no recordar, al verle, sus amorosas desdichas?

Expuso don Rodrigo a Leandro la pretensión de su hermano, como si con el padre de Teresa hablara.

Doña Leonor apoyó por su parte las razones del caballero.

—Conocía esos amores—contestó el anciano—pues mi hija es demasiado buena para guardarme sus secretos. A petición que tanto me honra hubiérame opuesto, si don Tomás, con una generosidad que ensalzo, no hubiese manifestado por escrito y de un modo terminante que prescindía de cosas que no hay para qué mencionar, y las perdonaba, si es que perdón necesitan. En vista de ello, mi permiso doy para esa unión, y bendigo al cielo por haber proporcionado a mi hija para esposo, un tan noble y cumplido caballero.

Esperaba y temía Leandro que algo le preguntasen relativo al origen de Teresa, en cuyo caso respondería con una mentira hasta que el conde volviera y decidiese; pero nada hablaron del asunto, y en vista de ello calló.

Su contestación fué muy celebrada; todos parecían muy contentos y la boda quedó fijada para un plazo muy breve.

Les proyectos de doña Leonor iban realizándose en todas sus partes.

Al despedirse los dos hermanos Paredes, la de Padilla dijo a don Rodrigo:

—He alcanzado el perdón de vuestro hermano, por hechos pasados que me sonrojan; pero aún me falfa el vuestro.

—Lo tenéis también—respondió el mayor de los Paredes—en gracia a lo mucho que a la felicidad de mi hermano habéis contribuído. No recordemos el pasado.

Mientras tanto, don Diego decía a don Tomás:

—No necesito preguntaros ya quién es la incógnita beldad para la cual me encargásteis una letrilla. Compuesta la tengo. ¿Me autorizáis para que yo mismo la ofrezca a la interesado?

Y entregó sus versos a Teresa que los tomó sonriendo y mirando a su amado, llena de rubor.

También el poeta parecía gozoso con la felicidad de la joven, a la que, en el tiempo que llevaban de vivir juntos, había cobrado gran afecto.

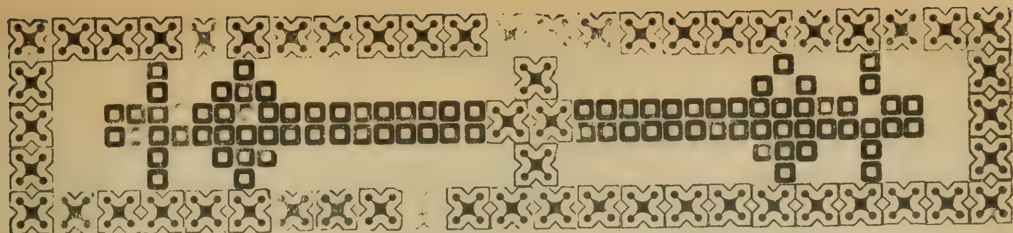
Cuando doña Leonor se quedó sola, dijo:

—Ahora sólo me falta la última parte de mi plan.

Aquella noche, el seductor de Teresa, el otro galán que rondaba la calle, fué invitado por una dueña a hablar con su señora.

El caballero celebró una misteriosa conferencia con la de Padilla, y desde aquella noche no volvió nunca más a rondar la calle.



CAPITULO XXVIII

Escrúpulos y ardides



ARA mayor decoro, desde que se decidió la boda, doña Leonor llevóse a Teresa a vivir con ella y la visitó con la decencia que correspondía al nombre del caballero que iba a ser su esposo.

Leandro siguió en las habitaciones del poeta.

Con tantas y tan repetidas muestras de bondad de la dama, nadie maliciaba ya de sus intenciones, y los hermanos Paredes eran los primeros en mostrársele agradecidos.

Teresa, por su parte, abrazábala frecuentemente, exclamando:

—¡Cuán buena sois! Dios quiso unir en vos la virtud a la belleza. Os debo mi dicha y eternamente os bendeciré.

A lo que la de Padilla sonreía sin contestar.

—Puede que muy pronto, lejos de bendecirme me maldigas—pensaba—; pero poco me importan tus maldiciones, si consigo lo que me propongo.

Y seguía preparándolo todo con astucia y sigilo.

Siguió celebrando algunas entrevistas, a altas horas de la noche, con el seductor de Teresa.

En aquellas entrevistas, por todos ignoradas, era un secreto lo que sc trataba; pero algo muy importante y agradable debía ser, pues la dama y el caballero sonreían al despedirse, diciéndose uno a otro:

—Ha sido una gran suerte el que nos hayamos conocido.

—Gracias a ello, nuestros deseos se verán pronto realizados.

Activáronse los preparativos de la boda, tomando en ellos parte muy activa doña Leonor.

Nombrada madrina, quiso, con esplendidez verdaderamente extraordinaria, correr con todos los gastos relativos a la novia, y no economizó el dinero en cumplir como debía.

Regaló a Teresa ricas joyas y la hizo lujosos trajes, que para sí hubieran querido las damas más nobles de la corte.

Aquello era demasiado y todos elogiaban su generosidad, no sabiendo cómo demostrarle su agradecimiento.

Teresa estaba confundida, y don Tomás decía frecuentemente a la dama:

—Bien sabe Dios que quisiera contribuir de algún modo a vuestra dicha. Sería la única manera de pagaros en parte lo mucho que os debo. Si llega el caso de que améis a un hombre digno de vos y necesitáis protección para vuestros amores, contad conmigo; yo haré con vos lo mismo que ahora vos conmigo hacéis.

Y ella, para mejor disimular, respondíale:

—Quién sabe si ese caso llegará más pronto de lo que

imagináis, y entonces, no lo dudéis, os reclamaré el cumplimiento de vuestras promesas.

—Con lo cual me daréis una satisfacción, encontrándome siempre pronto a cumplíroslas.

***

En esto llegaron las vísperas de la boda.

Era costumbre ya en aquella época, que las desposadas cubriesen su cabeza con blanco velo, en señal de virginidad; y en la mayoría de los casos, el novio regalaba a la novia el emblemático velo, como atributo de lo que más le satisfacía en la dicha que de ella esperaba.

Siguiendo esta costumbre, el día antes de la boda, don Tomás envió regalado a su novia un precioso velo de encaje blanco, enriquecido con primorosos bordados.

Parecía tejido por manos de hadas, más que obra humana.

Al regalo acompañaba una carta en la que Paredes decía a su futura:

«Aceptad mi humilde presente, lucidlo en la ceremonia que ha de ser la confirmación de nuestra dicha, y sea él, al envolver vuestra cabeza, el poético emblema de vuestra virginidad y vuestra virtud.»

Estas líneas desconcertaron a la joven.

¿Cómo su futuro esposo le hablaba de virginidad, y cómo quería que ostentase un emblema de pureza, que en su frente sería un sarcasmo?

Parecía que hubiese olvidado lo que por medio de Leonor le confesó.

Si era generosidad, era demasiado grande y seniía escrúpulos en aceptarla.

Le asaltó una sospecha.

¿Habría ocultado Leonor a don Tomás, lo que ella le encargó le revelase?

Si lo había hecho así, sería sin duda por hacerle un favor, por no imposibilitar su dicha, que se cifraba en aquel matrimonio. Pero, aun agradeciéndolo, ella no podía casarse sin que su futuro lo supiese todo.

Su instinto le hacía sospechar la verdad.

Resuelta a poner en claro sus dudas, Teresa fuese en busca de Leonor y le expuso sin rodeos sus sospechas.

—El regalo de don Tomás es muy extraño—le dijo—y más extrañas son aún las palabras de la carta con que me lo envía. Me ha hecho sospechar con ello, que ignora lo que vos os comprometísteis a revelarle. Si es así, decidmelo con franqueza; aún estamos a tiempo de evitar lo que luego no tendría remedio.

La de Padilla se mostró hasta enojada de que se dudase de ella de aquel modo.

—Si no me creéis a mí—dijo—tenéis la carta que don Tomás os escribió de su puño y letra.

Era verdad.

Pero sus recelos hicieron comprender a la joven que aquella carta, que en un principio tanto la había satisfecho, era demasiado ambigua.

No concretaba de un modo terminante el asunto a que se refería.

En la creencia siempre de que si doña Leonor había ocultado algo, era por contribuir a su felicidad, no le hizo cargo alguno; pero le dijo resueltamente:

—No me casaré con don Tomás sin antes haber tenido con él una entrevista para convencerme de que lo sabe todo, de que me perdona y de que su empeño en que luzca

velo blanco, no pudiendo ostentarlo, es un capricho cariñoso.

Doña Leonor se vió perdida.

Si se celebraba aquella entrevista, su venganza quedaría frustrada.

¿Cómo impedirla?

Oponerse a ella habría sido denunciarse aún más.

Recurriendo, pues, a su serenidad y a su astucia, como en todos los instantes de peligro, dijo:

—Haced lo que gustéis. Pero ya que estáis resuelta a confesar por vos misma vuestra desgracia, me parece más decoroso otro medio.

—¿Cuál?—interrogó la joven.

—Haced vuestra confesión por escrito, y así os evitáis la violencia de tener que hablar de cosas que siempre desagradan.

—Tenéis razón. Pero ¿cómo saber si don Tomás está realmente enterado de todo?

—Por su respuesta.

—Decís bien.

—Y lo que hayáis de hacer, hacedlo hoy mismo.

—En seguida.

—Mañana es la boda y conviene que este asunto quede cuanto antes terminado.

Teresa se retiró a su estancia para escribir a su futuro, y doña Leonor tomó sus medidas para evitar que sus planes fracasaran, cuando ya tocaban casi a su realización.

Al cabo de algunas horas, Teresa entregó a un criado un abultada pliego, con orden de que lo llevase a don Tomás.

El servidor, convenientemente advertido por su ama, entregó el pliego a doña Leonor.

Esta rompió los sellos que lo encerraban y leyó su contenido.

Una sonrisa de triunfo asomó a sus labios.

—Ella misma me da armas para perderla—murmuró.

Y guardando el pliego, vistióse apresuradamente y se encaminó al domicilio de Paredes.

Los dos hermanos sorprendiéronse al verla y temieron que hubiese surgido algún obstáculo para la boda.

—Nada temáis—les dijo la astuta dama, tranquilizándoles—. Tráeme solo un capricho de Teresa, que la honra y a vosotros debe satisfaceros.

Y se expresó de este modo:

—El regalo del magnífico velo con que don Tomás ha obsequiado a su futura, ha despertado en ella sus antiguos escrúpulos. Dice que es demasiado y que su posición, antes de casarse, no es propia para ostentar galas de tanto precio.

Sorprendieron a los dos hermanos tantos escrúpulos y doña Leonor empeñóse en demostrarles que eran una prueba de la bondad y sencillez de Teresa.

—Yo hablaré con ella—dijo don Tomás—, y la convenceré de que sus miramientos son exagerados.

—No hagáis tal—le replicó la dama a quien no convenía una explicación tal entre los futuros esposos—. ¿No comprendéis que la avergonzaríais?

—Pero entonces...

—Escribidla una carta de la que yo misma seré portadora y esto bastará.

Como había hecho en otra ocasión parecida, ella misma dictó la carta, conforme a sus deseos.

Decía así:

«Si de veras me amáis, no más me atormentéis con escrúpulos injustificados que me ofenden. Ya en otra ocasión doña Leonor me habló de ellos y os contesté como debía. ¿A qué volver, pues, sobre este asunto?

»Os considero tan digna como la primera de lucir el velo que os regalo, y espero y os suplico, que prescidiendo de consideraciones exageradas, lo luzcáis mañana.

»No hablemos más de lo que es una ofensa para mi amor; pues si yo no os considerase por todos conceptos digna de ello, no os haría mi esposa.»

Doña Leonor regresó a su palacio y entregó la carta al servidor encargado de llevar el pliego a don Tomás, para que como contestación de él lo diese a Teresa.

Esta presentóse a poco en la cámara de su protectora, y dándole a leer la carta, díjole:

—Ved lo que me contesta.

Doña Leonor leyó la carta y dijo:

—¿Os convencéis de que vuestros temores eran infundados?

Y la pobre Teresa respondió, con explosión de gozo:

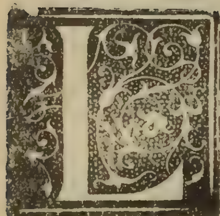
—¡Tenéis razón! ¡Lo sabe todo, y me ama!



CAPITULO XXIX

La boda



LEGO el día de la boda, que se celebró con gran pompa, siendo ello muestra de la esplendidez de los padrinos.

Teresa se presentó radianíe de riqueza y hermosura.

Vestía un lujoso traje, regalo de doña Leonor, y cubría su cabeza el blanco velo que la envió el novio.

Todos mostraron su admiración al verla y felícitaron de antemano a don Tomás, por la dicha que le esperaba.

La de Padilla, atenta a todo, cuidó que Leandro se presentase vestido con la decencia debida.

Al fin pasaba por ser el padre de la novia.

Quisieron los Paredes que la boda se celebrase en familia, asistiendo a ella únicamente las personas más allegadas, entre las que no hay que decir que figuraba el poeta; pero doña Leonor se opuso a este deseo.

—¿Cómo se entiende?—dijo a don Tomás—. ¿Queréis ocultar, como si fuera una desgracia, lo que es, por el contrario, causa de vuestra felicidad? Y habed en cuenta que la modestia de vuestra esposa os obliga a hacer aún más ostentación del matrimonio, porque será tanto como hacerla de vuestra generosidad. Esto aparte de que la novia podría creer que había en vos cierta vergüenza, cierto temor de presentarla a todos como vuestra esposa, en razón de su humildad.

Estas razones convencieron a los dos hermanos, quienes además procuraban complacer en todo a la dama, como muestra de consideración por su bondadoso comportamiento.

A la ceremonia, pues, fueron invitados muchos caballeros y muchas damas, unos por parte del novio y el padrino y otros por parte de la madrina.

Para mayor esplendor y resonancia, verificóse el casamiento a las doce del día, y era mucha la gente reunida en las calles para ver pasar el nupcial cortejo en dirección a la iglesia.

Decíase que la princesa asistiría a la boda como distinción especial concedida a uno de sus más entusiastas e ilustres servidores; no lo hizo así, por razones poderosas relacionadas con los asuntos políticos, según sabremos a su tiempo. Pero mandó a un noble caballero para que la representase, y tan alta representación ocupó en el cortejo el puesto de honor que le correspondía.

Todo esto parecía halagar mucho a doña Leonor, no porque la satisfaciesen los honores concedidos a su rival; todo lo contrario; sino porque favorecía su intento.

Proponíase dar un gran escándalo, que deshonrara públicamente al hombre que había despreciado su amor, y el escándalo sería mayor cuanta más gente lo presenciara.

Según opinión de los curiosos, la novia era digna de ser esposa de un tan cumplido caballero, y a su paso levantábanse murmullos de admiración y simpatía.

—¡Qué hermosa es!—decían unos.

—Y parece además muy buena—agregaban otros.

—¡Qué recatada!

—¡Qué sencilla!

—No la envanece su fortuna.

Venía luego lo de referirse unos a otros la historia de aquellos interesantes y novelescos amores, y todos a una elogiaban el comportamiento de Paredes al casarse con la que amaba, a pesar de su pobreza.

Siempre fueron estos rasgos motivo de entusiasmo y simpatía en el vulgo.

—Si todos fueran como él—decían—, no se hallaran las clases tan distanciadas, dando con ello lugar a odios y rencores.

De modo que en vez de considerar una humillación lo que hacía, teníanlo por un acto que acreditaba aun más su nobleza.

Fué para todos una sorpresa, hasta para los novios, la esplendidez con que estaba decorado el templo.

Aquello fué cosa de doña Leonor, que no descuidó nada para revestir la ceremonia de la mayor pompa posible.

Ricos tapices cubrían las paredes, numerosos cirios ardían en los altares, formando artísticas combinaciones, y olorosas flores recreaban la vista y perfumaban el ambiente.

El pavimiento desaparecía bajo una verdadera alfombra de rosas deshojadas.

Los novios volviéronse para dar las gracias a su protectora, por aquella nueva demostración de su afecto, y ella sonrió,

Luego, cuando nadie pudo fijarse en ello, la de Padilla miró inquieta en torno suyo, como buscando algo.

Al fin vió un caballero, recatado tras uno de los pilares que sostenían la alta bóveda del templo.

El embozo de su capa le cubría el rostro.

Debió la dama reconocerle, a pesar de ello, pues tornó a sonreir satisfecha, y murmuró:

—¡Me ha cumplido su palabra!

Desde entonces todos hubieran podido advertir que estaba mucho más alegre.



Dió principio la ceremonia.

Arrodillados ante el sacerdote, entre don Rodrigo y doña Leonor, que les servían de padrinos, los desposados recibieron la bendición que había de unirles para toda la vida.

Fué aquel un momento solemne y conmovedor.

Leandro pensaba, pudiendo apenas contener el llanto:

—Si el conde de Arjona estuviese presente, a pesar de no ser esa infeliz su hija, sentiríase emocionado, como me sucede a mí.

De los contrayentes no hay que decir si estarían conmovidos.

También lo estaba don Rodrigo.

Al fin se trataba de la dicha y el porvenir de su hermano.

No hubo uno sólo de los presentes que en aquellos instantes no hiciese votos por la felicidad de los novios.

El poeta, relacionando la poesía sugestiva del acto con sus amores, decíase:

—¡Cuándo llegará para mí el feliz momento de ¡unirme para siempre con la que adoro!

La única que permanecía indiferente y tranqulla, al menos en apariencia, era doña Leonor.

Toda su preocupación consistía en mirar al embozado, que continuaba escondido tras uno de los pilares, y murmuraba al mirarle:

—Temo que su impaciencia le haga adelantarse a mis instrucciones. Si se adelanta, mis planes todos caerán por tierra, en el instante mismo de su realización. Es necesario que no se presente hasta que estén casados y nada pueda romper ya el lazo que les une. Sólo así don Tomás participará a pesar suyo de la deshonra de su esposa.

Y seguía mirando al desconocido, procurando contenerle con sus expresivas y enérgicas miradas.

Terminó la ceremonía, y la de Padilla respiró satisfecha, como si se viese libre de un gran peso.

No tenía nada que temer.

¡Ya estaban casados!

Allí mismo, en el templo, comenzaron las felicitaciones.

Todos rodearon a los desposados y Leandro les abrazó, diciéndoles muy conmovido:

—¡Sed dichosos!

Causó extrañeza que doña Leonor no se acercase también a felicitarles.

Permanecía alejada, y los novios encamináronse a ella.

Ni aun así les felicitó.

Díjoles, acompañando sus palabras con una extraña sonrisa:

—Salgamos de aquí.

Dirigiéronse todos al atrio.

Los novios iban primero del brazo; seguían después doña Leonor, el enviado de la princesa, Leandro, don Rodrigo y el poeta, y marchaban después todos los invitados.

—¡Mía para siempre!—decía don Tomás a Teresa en voz baja, con acento lleno de gozo y de ternura.

Y ella respondía del mismo modo:

—¡Para siempre!

Llegaron al pórtico.

En el momento de poner los pies en él, salió de la iglesia un embozado, el que había asistido a la ceremonia, escondido detrás de uno de los pilares.

Leonor al verle sonrío con aire de triunfo.

El desconocido abrióse paso hasta llegar ante los desposados.

Parándose frente a ellos, se desembozó y Teresa lanzó un grito.

Era su seductor.

Este extendió el brazo para señalarla, y exclamó, de modo que ninguno de los presentes pudiera dejar de oirle:

—Sabed todos, señores, que esa mujer fué mi amante y que es madre de un inocente ser, fruto de nuestros amores.





CAPITULO XXX

El desengaño



AS frases pronunciadas por el seductor de Teresa, produjeron un efecto indescriptible.

Don Tomás reconoció en él al caballero que rondaba la calle de la joven y con el que estuvo a punto de pelear una noche.

Adelantándose a él, exclamó amenazadoramente:

—¡Mentís, y con vuestra vida pagaréis el ultraje que acabáis de inferir a la que es ya mi esposa!

Leandro trató también de abalanzarse sobre el que de tal modo publicaba la deshonra de la que amaba como a una hija; pero los que le rodeaban le contuvieron.

—¡Miserable!—decía con desesperación el anciano—. ¡Vil! ¡Mal caballero!... ¡Y no tener yo ya fuerzas para aniquilarlo entre mis manos!

Doña Leonor sonreía con aire de triunfo.

Teresa se abrazó á su esposo, pálida y temblorosa, y entre sollozos le dijo:

—¡No expongáis vuestra vida por mí! ¡No lo merezco!

Paredes la rechazó, para abalanzarse sobre su rival, y la infeliz desposada cayó al suelo sin sentido.

Algunos la rodearon auxiliándola, mientras D. Rodrigo, el representante de la princesa, el poeta y otros, contenían á D. Tomás, haciéndole comprender que no era aquella ocasión propia para un lance.



El espectáculo de su esposa sin sentido, contuvo á don Tomás, teniendo en consideración su estado, más que las razones de los que procuraban calmarle.

—Nos veremos,—dijo al seductor de Teresa.

—Cuando gustéis,—respondió éste.—Pero procurad enteraros antes de si es verdad ó no lo que digo. Para ello, bastará con que interroguéis á vuestra esposa.

Acentuó de un modo irónico la palabra «esposa», y riendo burlonamente, se alejó, sin que nadie le detuviera.

Antes de alejarse dirigió una expresiva mirada á doña Leonor, la cual respondióle con una afectuosa sonrisa, como si le diese las gracias por lo que acababa de hacer.

La dama murmuró, con alegría infernal:

—¡Mi venganza está cumplida!

También observaron todos con extrañeza, que la de Padilla no se acercaba á auxiliar á Teresa, como fué la única que no se acercó antes á felicitarla.

En vista de que la desposada no volvía en sí, decidieron llevarla á la casa donde desde entonces debía vivir con su marido.

Levantáronla del suelo dos servidores y la llevaron.

Todos la siguieron, consternados por lo que acababa de pasar.

También la siguió D.ª Leonor, como si quisiese gozarse en su obra, pero sin dirigir ni una frase de consuelo al atribulado esposo.

D. Tomás pensaba:

—Si Teresa es inocente, como creo, ¿por qué se ha desmayado al oir las acusaciones de ese hombre, y por qué él acusaba con tanta energía? ¿Seré víctima de un miserable engaño? ¡Oh! ¡Yo sabré la verdad!

D. Rodrigo participaba de las dudas de su hermano y le miraba, como diciéndole: «he aquí el inconveniente de casarse con una mujer á quien no se conoce. Te previne á tiempo y no quisiste hacerme caso.»

Leandro lloraba con desesperación y en vano pretendían tranquilizarle.

El único que permanecía tranquilo era el poeta.

Este exclamaba:

—¡Es imposible que Teresa sea una mujer sin honra! ¡Es un ángel y los ángeles no faltan jamás á sus deberes!

Pero pocos participaban de su credulidad.

Hay siempre propensión á pensar mal de todo; y lo que acababa de ocurrir era motivo más que fundado para las más atrevidas y ofensivas suposiciones.

Muchos eran ya los que miraban á Paredes con burlona compasión, como la mayoría de la gente mira á un hombre engañado.

* * *

Llegaron al que debía ser domicilio nupcial, y prodigaron á la desposada los más solícitos cuidados para hacerla volver en sí.

Consiguiéronlo, no sin gran esfuerzo.

Al recobrar el sentido, la pobre Teresa rompió á llorar y cayó en brazos del que creía su padre.

Leandro también lloraba.

Como Leonor estuviera presente, la joven volvióse á ella para decirle:

—¿Veis, señora qué infamia?

—¿Cuál?—respondió irónicamente la de Padilla.—¿La vuestra ó la de vuestro seductor?

Los que llamaba sus protegidos miráronla con asombro.

Aquel modo de hablar contrastaba sobremanera con la indulgencia y el cariño con que hasta entonces les había tratado.

No supieron qué contestarle.

Cual si aún no estuviese satisfecha, cual si gozara en angustiarlos aún más, la vengativa dama añadió:

—Cuide mucho de no dar motivo para ello, la que no quiera verse en semejantes casos.

Y les volvió la espalda despreciativamente y salió de la cámara.

Leandro y Teresa quedaron anonadados.

¿Qué habían hecho ellos, para que su protectora les tratase con tanto despego? ¿Cómo mostrábase antes tan indulgente con una falta, que ella misma calificó de desgracia, y ahora hacía alarde de una severidad cruel é injusta?

¡También su apoyo habían perdido!

Y siguieron llorando, considerándose solos en su desgracia.

* * *

Mientras tanto D. Tomás, sobreponiéndose á su turbación, despedía cortésmente á las personas que hasta su casa le habían acompañado.

A las hipócritas frases de amistad y consuelo que algunos le dirigían, él contestaba:

—Tened por seguro que sabré dejar mi honor en salvo. No se dirá nunca que un Paredes transigió con la deshonra, por debilidades del sentimiento. Si mi esposa es culpable, satisfacción daré á mi dignidad ofendida; y si ha sido ultrajada, su calumniador recibirá el castigo que merece.

¡Cuánto costaba al pobre caballero, tener que pronunciar estas palabras!

¡El, que había creido que su matrimonio sería motivo de orgullo y razón para que todos le envidiasen!

El desengaño era terrible, aunque todavia pensaba:

—¡Quién sabe! Puede ser todo ello una mentira, en cuyo caso, mi deber será defender á mi esposa. Hasta que con Teresa hable, no debo formar juicio sobre este asunto.

Despidióse también el representante de la princesa, lamentando lo ocurrido; pero antes de que saliera, llegó un enviado de D.ª Isabel, con un pliego para Paredes.

Lo abrió éste y leyó emocionado lo que sigue:

«Es deber en todos los que ocupamos una elevada gerarquía, más por misericordia de Dios que por nuestros merecimientos, agradecer y premiar á los que con lealtad y buena fé nos sirven, pues al honrarlos á ellos nos honramos á nosotros mismos. Olvidar no puedo ni podré nunca los servicios que de vuestra lealtad tengo recibidos y ocasión preséntaseme de demostrároslo con motivo de vuestra boda.

»Con generosidad y desinterés que debieron servir de ejemplo á todos los nobles hidalgos de nuestros reinos, esposa escogido habéis entre las más humildes, no buscando en ella otros tesoros que los de la hermosura y la virtud. Yo admiro vuestra unión, después de haberla aprobado, y quiero dotar á vuestra esposa de la nobleza

de que carece, para que por todos conceptos sea digna de vos.

»En virtud de mi deseo, he alcanzado de mi hermano D. Enrique, nuestro rey, que Dios guarde, que honre á vuestra esposa con el título de marquesa de aquella de vuestras posesiones que vos mismo designéis, y en nombre de los dos os ofrecemos tal título como regalo de boda. Aceptadlo y sea esta gracia nuevo lazo que á nosotros os una y os anime á seguir sirviéndonos.

»Adjunto os envío la carta real en la que la antedicha concesión se os hace, refrendada por el guardasellos mayor de estos reinos.

»Dios os guarde y os conceda la ventura que para todos mis buenos servidores deseo.

»Isabel.»

* * *

Lágrimas de gratitud y amargura bañaban los ojos del atribulado caballero al acabar de leer lo que antecede, y los presentes, que escucharon la lectura, no se hallaban menos conmovidos.

Todos pensaban:

—Una egregia princesa que de tal modo procede, bien merece llegar á ser nuestra reina. Su generosidad es garantía segura de su justicia.

Besó D. Tomás la firma del escrito, y lo devolvió con la carta real al enviado que lo puso en sus manos, diciéndole:

—El representante de su Alteza, con la presencia del cual quiso honrar mis bodas, noticia le dará de lo ocurrido, siendo ella explicación de las causas que me obligan á rechazar la merced que se me otorga.

Y volviéndose al referido representante, añadió:

—Sed intérprete fiel para con la princesa, de mis sen-

timientos y mis inquietudes; ponedla en autos de lo que habéis presenciado, y mientras mis tribulaciones lugar me dejan para ir á postrarme á su pies y ofrecerle mis disculpas, decidle que aceptar su gracia no puedo, hasta convencerme de que la persona á quien se propone honrar es digna de ello. Si mi esposa es inocente de la acusación sobre ella lanzada, los dos iremos á decirlo á doña Isabel; pero si es culpable, iré yo solo á ofrecerle mis respetos y buscar en su bondad consuelo á mis desdichas.

***

Todos encontraron muy cuerda tal determinación, y el representante y el enviado de la princesa partieron á dar cuenta á ésta de lo que pasaba.

Aquel rasgo de D.ª Isabel conmovió profundamente á D. Tomás, quien llorando dijo:

—¿Por qué cuando mi ventura prometía ser tan grande, el destino adverso me amenaza con tornarla en infortunio?

Buscando unos brazos queridos en los que ocultar su dolor, refugióse en los de su hermano.

D. Rodrigo estrechóle contra su corazón, diciéndole:

—¡Valor!

—¡Lo tendré!—repuso él con energía.—Lo primero es convencerme de la verdad, y luego procederé como mi honor y mi conciencia me ordenen!

Envió un paje á preguntar el estado de Teresa, y como volviese con la respuesta de que la joven había recobrado ya el conocimiento, encaminóse á la cámara de la que ya era su esposa.

D. Rodrigo, D.ª Leonor y D. Diego, únicos que junto á él habían quedado, quisieron seguirle; pero D. Tomás se opuso diciéndoles:

—Dejadme ir solo: es preciso que á solas hable con

Teresa y su padre, para mejor arrancarles la verdad de mi desgracia. Os prometo que sabréis sus confesiones.

Los demás quedaron esperando ansiosos el resultado de aquella entrevista.

D.ª Leonor pensaba:

—¡La confesión de mi víctima será el complemento de mi venganza!





CAPÍTULO XXXI

¡Culpable!



LLORABAN aún abrazados Teresa y su supuesto padre, cuando D. Tomás se presentó á ellos, penetrando en la cámara sin previo anuncio.

La joven al verle saltó del lecho, donde la habían depositado para mejor auxiliarla, y corrió á su encuentro, arrojándose en sus brazos.

Paredes no la rechazó; antes bien la estrechó en ellos, pensando:

—Cuando á mis brazos viene, como buscando amparo y á mis plantas no cae demandándome perdón, señal es de que no se considera culpable.

Y la esperanza renació en él y volvió á creer posible la dicha, después del necesario castigo del supuesto calumniador.

Leandro á su vez, tendió también los brazos al noble caballero, diciéndole entre sollozos:

—¡Piedad y protección para mi infortunada hija!

Tampoco esto era pedir indulgencia; era solo solicitar amparo y defensa para la desgracia.

Las esperanzas de D. Tomás reanimáronse aún más.

--Piedad y protección no han de faltar á la que mi nombre lleva,—respondió,—si es digna de ello. Espada llevo en el cinto con la que sabré hacer respetar á mi esposa, castigando los ultrajes que le infieran. Pero para ello necesito estar seguro de su inocencia. Decidme que aquel hombre mintió al arrojar sobre la frente que yo creí purísima, la mancha de la deshonra; dadme pruebas de su mentira, y nada temáis; yo sabré proceder con él y vosotros como es debido.

* * *

Al escuchar estas razones, la joven y el anciano miráronle con temeroso asombro.

¡Pruebas de la inocencia de su esposa pedía!

Pues qué: ¿no conocía él su culpa y magnánimo la había perdonado?

Después de su perdón no temían sus reproches y por eso no se humillaron ante él avergonzados; angustiábales solo el escándalo de lo ocurrido.

En Teresa renacieron súbitamente las sospechas que antes la habían atormentado de que su esposo ignoraba su desgracia.

Para convencerse de si eran fundadas, exclamó:

—¡Mi inocencia decis! ¡Me pedís pruebas de ella! ¿Acaso las necesitais?

Tomó D. Tomás estas palabras por un reproche á su cariño, y contestó:

—Necesitarlas no debiera y seguramente no las necesitaría, si de mí solo se tratase. Si á mi juicio único hubiérais de someteros, juzgándoos con el corazón, mi amor

os salvaria; pero habed en cuenta que la acusación ha sido pública y pública ha de ser también la defensa; que á los que oyeron cómo os acusaban, necesito poder decirles: «aquí teneis las pruebas de que aquellas infamantes palabras eran una calumnia». La joven lanzó un grito, diciendo:

—¿Pero inocente me suponéis?

A lo que Paredes contestó, estremeciéndose:

—¿Por desgracia sois culpable?

—Vos lo sabéis.

—¡Yo!

—Os consta de un modo cierto, que aunque sin culpa por mi parte, lo que aquel hombre me echó en cara es verdad.

—¿Qué decís?

—¡Lo ignorais!

—¡Vos deshonrada!

—¡Víctima infeliz de la maldad de un seductor infame!

—¡Luego es cierto!

—¿No lo sabíais?

—¡Yo! Si vuestra deshonra es cierta y yo la hubiese sabido, ¿os habría hecho mi esposa, por mucho que os amara? ¡Nunca! ¿Qué motivos tenéis para hasta tal punto poner en duda mi dignidad? Una mujer sin honra sólo puede merecer de mí desprecio ó compasión á lo sumo... ¡Nunca amor!

***

Ya no cabía dudar.

¡Todo lo ignoraba!

Vencida por aquel nuevo golpe, la infeliz Teresa desplomóse sobre un sitial y rompió en sollozos.

Llorando con desesperación, decía:

—¡Necia de mí, que creí en una generosidad imposible! ¡Todo era mentira!

Aquellas lágrimas, aquellas frases y las anteriores exclamaciones, destruyeron las insensatas esperanzas concebidas en un momento por el infortunado esposo.

Su deshonra existía.

¿Qué más pruebas necesitaba para convencerse de ello?

Primero apoderóse de él el anonadamiento.

Luego, saliendo repentinamente de su doloroso estupor, avanzó amenazador hacia su esposa, exclamando:

—¡Con que es verdad! ¡Con que me traes el deshonor, como dote de tu boda! ¿Es esta la felicidad que me ofrecías? ¿Es este el premio que merece mi amor sin límites, un amor que tuvo la abnegación de sacarte de tu humildad para elevarte hasta mi altura?

—¡Perdón!—balbuceó Teresa, deslizándose hasta el suelo y quedando arrodillada á sus pies.

—¡Al fin pides perdón,—replicó él;—luego confiesas!... ¡Ah, miserable!...

Y airado levantó sobre ella la mano.

Leandro interpúsose entre los dos esposos.

—¡Reportaos!—dijo á él rechazándolo con violencia.

Y levantándola á ella, añadió:

—Seca tu llanto y no te humilles. Podrás ser desgraciada, pero no eres infame, y la culpa de lo que sucede no es tuya. Hablemos con claridad y sepamos quién es el verdadero causante de este conflicto.

Conteniéndose á duras penas, D. Tomás replicó:

—Eso deseo y eso exijo, que habléis, porque también á vos he de pediros cuenta del engaño de que me habéis hecho víctima.

—No ha habido engaño, al menos por nuestra parte. Todo es obra ó de la falsedad de una mujer ó de la mudanza de vuestros sentimientos. Por el respeto que merecen mis canas, yo os pido D. Tomás que me escuchéis y que respondáis á mis preguntas.

—Decid.

—Escuchad... y responded.

* * *

La arrogancia de Leandro dominó la situación.

—Ante todo,—prosiguió,—decidme, Paredes: al casaros con Teresa, ¿ignorábais que mi hija había sido víctima de la seducción de un infame?

—¡Y me lo preguntáis, aún!—respondió D. Tomás.—Repito lo que antes dije: si tal hubiese sabido, ¿la hubiera tomado por mi esposa?

—Pues ahí está el error y la causa de todo. Teresa y yo creíamos que lo sabíais.

—¡No digais eso! Sed por completo franco y decid que á sabiendas me habéis engañado para conseguir que me casara con vuestra hija. La cosa es clara. ¿Cuándo pudo ella imaginar tener un esposo como yo? La ambición os hizo ser criminales... sí, criminales, porque no hay crimen mayor que el de robar á un hombre la honra, el mayor y más preciado de los tesoros...

—No prosigáis,—le interrumpió el anciano con severidad,—que si indulgencia hallan vuestros arrebatos, en la consideración de las causas que los motivan, dispuesto estoy á obtener de vos el respeto que mi hija y yo merecemos por nuestra desventura. Repito una vez más que somos desgraciados, pero no culpables. Aquí se trata de un error del que vos y nosotros somos víctimas. Seguid oyéndome y os convenceréis de ello.

—No necesito oiros. ¿Para qué? ¿Es cierto que vuestra hija es una mujer sin honra?

—Sí.

—¡Lo es! ¡Lo confesais!... ¿Qué más es necesario que sepa?

—Que no os hemos engañado. Puedo presentaros pruebas de ello.

—¡Pruebas!

—Como todo reo acusado de un delito, tenemos el derecho de defendernos. ¡Escuchad nuestra defensa!

Paredes no respondió á estas palabras; pero anonadado por su propio infortunio inclinó la cabeza sobre el pecho, dispuesto á escuchar.





CAPÍTULO XXXII

Aclaraciones



CON sincera nobleza, Leandro refirió la historia de la deshonra de Teresa, que por todos cuantos la conocían era considerada justamente más como una desgracia.

El mismo D. Tomás no pudo sustraerse á la emoción que en las almas generosas producía aquella desventura, y más de una vez interrumpió el relato del anciano para lanzar exclamaciones de cólera contra el infame seductor.

—¡Yo castigaré á ese hombre,—exclamó,—ya que vos, por razón de vuestros años, no habéis podido castigarle!

Luego preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Ignoro su nombre verdadero,—respondió Leandro,—pues le he conocido varios. Como los criminales, muda de nombre para cometer sus fechorías. No sé cual será el que usa ahora; pero supongo que formando parte de la corte, no usará uno supuesto.

—Bien, el nombre importa poco,—repuso Paredes.—Se llame como se llame, yo lo encontraré y lo castigaré del modo que merece.

Interpretando este interés como lo que era en efecto, como una prueba de amor, Teresa miraba cariñosamente á su esposo á través de sus lágrimas.

Le parecía inclinado á perdonarla entonces, ya que por ignorancia de su culpa no la había perdonado antes.

* * *

En este punto, la joven intervino en el relato, diciendo, como si aún no diese crédito á la infamia que se había cometido con ella:

—¿De veras ignorábais todo eso, D. Tomás?

—En absoluto,—respondió Paredes.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pero si no puede ser!... Mas no importa. De vuestra ignorancia, mi padre seguirá justificándome. Decidme solo una cosa: ¿no me compadecéis más que me despreciais, por lo que acabais de saber?

D. Tomás no contestó á esta pregunta, quizá porque su respuesta hubiera sido más indulgente de lo que á su dignidad convenía.

—Proseguid,—dijo á Leandro.

—Lo que falta que revelaros me toca decirlo á mí,—replicó Teresa.

Y habló de este modo:

—Confundida por mi desventura y avergonzada por mi falta, me propuse renunciar á todos los afectos, menos al de mi padre, que era el único que podía tener para conmigo indulgencia. Renuncié sobre todo al amor, porque comprendí que mi amor era la deshonra para el hombre á quien lo consagrase.

—No obstante lo cual,—la interrumpió amargamente

Paredes,—no vacilasteis en deshonrarme á mí, fingiendo amarme.

—¡Fingiéndolo no!—exclamó ella con altanería.—¡Amándoos con toda el alma!

Fueron dichas estas palabras con tanta vehemencia, que el caballero sintióse conmovido.

* * *

Bajando la voz, la joven añadió:

—Os conocí y al conoceros no fuí dueña de impedir que en mi corazón brotase un sentimiento de simpatía hacia vos; luego, vuestra bondad para conmigo, convirtió en amor aquella simpatía. No fué mía la culpa: lo fué del acaso, del destino, de vos en último término, que supisteis mostraros á mí superior á todos los demás hombres. ¡Os amé con pasión, D. Tomás! ¡Os adoré como se adora al ser en quien se admiran reunidas todas las ilusiones soñadas! No obstante, comprendiendo que no podía, que no debía amaros, renuncié á vos y seguí amándoos en silencio. Mi amor ignorado no podía ofenderos y os levanté en mi corazón un altar en el que os rendía el culto de un cariño sin esperanza.

* * *

Á pesar suyo, D. Tomás sentíase conmovido.

No obstante, guardó silencio.

—Un día,—prosiguió la joven,—D.ª Leonor me llamó para revelarme que vos me amábais. Me dijo que me lo revelaba de parte vuestra. ¡Cómo pintaros mi orgullo, mi alegría... y al mismo tiempo mi desesperación! ¡Me amábais, y sin embargo, queriéndoos con toda mi alma, había de seguir renunciando á vos! Confesé á mi protectora que también os amaba, pero le indiqué al mismo tiempo mi

resolución de no acceder á vuestras pretensiones. Me preguntó ella la causa y le revelé mi deshonra.

—¿D.ª Leonor sabía vuestra desgracia?—exclamó Paredes admirado.

—Se la confesé yo misma.

—¡Es posible!

—¿Nada os dijo de ella?

—No.

—Y sin embargo, la encargué que en mi nombre os la revelase.

—¿Es eso verdad?

—No creo que ella se atreva á desmentirme.

—Proseguid.

—D.ª Leonor me dijo que os la había revelado y que vos me amábais hasta tal punto y hasta tal punto érais generoso, que considerando que no era mía la responsabilidad de mi falta, me la perdonabais é insistíais en ser mi esposo.

—¿Vos la creisteis?

—¿Cómo no, si vuestra generosidad os ensalzaba aún más á mis ojos? Por otra parte, me entregó una carta vuestra en la que manifestábais que prescindíais de todo é insistíais en vuestras pretensiones.

—Ciertamente. Esa carta me la dictó ella misma; pero al escribirla yo creí que vuestros escrúpulos se referían á vuestra pobreza.

—Los dos hemos sido víctimas de un infame engaño.

—¡Oh, sí!

—¿Cómo ni por qué dudar de lo que mi protectora me decía y vuestra carta me demostraba? Admirando vuestra indulgencia y segura de haber cumplido mi deber revelándoos mi desgracia, accedí á vuestros deseos, y os amé aún más.

Teresa rompió en sollozos y Leandro dijo solemnemente:

– Cuanto mi hija acaba de decir es cierto.

* * *

La cólera de Paredes habíase trocado en estupor.

Según lo que oía, la causante de todo era la de Padilla, por un silencio que no acertaba á explicarse.

—Si todo lo que decís es cierto,—dijo á Teresa,—yo reconozco la rectitud de vuestra conducta, y aun lamentando lo ocurrido, nada puedo echaros en cara.

—Aún hay más,—añadió la joven, animada por estas palabras.

—¿Qué más hay? Decídmelo todo, no me ocultéis nada... y probadme luego lo que me decís.

—Las vísperas de nuestra boda, me enviasteis como regalo este magnífico velo de desposada que luzco.

—Es verdad.

—Vuestro obsequio me admiró. ¿Cómo á una mujer deshonrada, le ofrecíais para que la luciese en la ceremonia, galas que son símbolo de pureza? Me pareció casi un sarcasmo y sospeché vuestra ignorancia. Hablé del caso con D.ª Leonor y por consejo suyo os escribí una carta revelándooslo todo.

—Esa carta no llegó á mis manos.

—No obstante lo cual, recibí en contestación una vuestra, en la que rebatíais mis escrúpulos.

—D.ª Leonor me dijo de palabra que os resistíais á lucir el velo por modestia, y en este sentido os escribí.

—Ignorante yo de todo y creyendo que me perdonabais, ¿por qué no consentir en casarme con vos, amándoos como os amo? Esta es la verdad de todo, D. Tomás. Mi deshonra existe, pero no ha habido en mí el empeño de engañaros. No soy, pues, una infame, sino una desgraciada, y merezco vuestra compasión, no vuestro despre-

cio. Ahora, interrogad á D.ª Leonor en mi presencia, para convenceros de que cuanto os he dicho es exacto, y obrad en consecuencia. A todo me resigno; pero al menos, hacedme la justicia de reconocer la rectitud de mi conducta en este asunto.

Paredes no respondió.

Llamó á un paje, enteróse por él de que la de Padilla estaba aún allí y la ordenó que en su nombre la suplicase fuese á aquella estancia.

Cuando el paje hubo salido, exclamó:

—¡Ahora sabremos la verdad!





CAPÍTULO XXXIII

La razón de todo



RESENTÓSE la de Padilla, alegre y risueña, á pesar de que suponía para lo que se la llamaba.

Al verla, Teresa corrió á ella, diciéndole:

—¡Oh, señora! ¿Por qué vos que habeis sido tan buena para conmigo, me haceis tan desgraciada con vuestro silencio? Sólo puedo atribuirlo á un exceso de bondad mal entendida. ¡Habeis callado, para no impedir mi matrimonio, y con ello me habeis hecho la más infortunada de las mujeres! ¡Yo os pido que repareis vuestro error hablando ahora, diciendo la verdad toda! Así al menos, mi conducta quedará justificada.

—Sí, hablad, señora,—añadió severamente Leandro;—que hay momentos en los que callar es un crimen... ¡y vos habeis callado!

D.ª Leonor rechazó á la joven, sin responder á sus palabras, no hizo caso tampoco de las del anciano y avanzó

hácia D. Tomás, preguntándole con calma inconcebible:

—Me han dicho que me llamábais: ¿qué me quereis?

* * *

Miróla Paredes sorprendido, porque le pareció que volvía á hablarle con el tono de otros tiempos, con aquel tono provocativo y orgulloso que le era propio, antes de su fingido arrepentimiento.

—Quiero,—dijo,—que respondais á algunas preguntas que voy á dirigiros.

—Dispuesta estoy á ello,—repuso la de Padilla.—Más aùn, sin que vuestras preguntas formuleis, os diré cuanto deseais saber, pues adivino de lo que se trata.

Y envolviéndole en una mirada de odio y de gozo infernal, añadió:

—Cuando os creíais más dichoso, cuando con vuestro matrimonio tocábais casi la realización del amor en el que cifrásteis vuestras ilusiones, la deshonra, encarnada en vuestra esposa, os sale al paso para destruir vuestra felicidad.

—Ciertamente,—asintió Paredes.

—Lo que vos creíais modelo y dechado de todas las virtudes, resulta ser una mujer sin honor, indigna de que un caballero la ame.

—¡Oh, señora!—suplicó Teresa llorando.—¡Tened compasión de mi desgracia y no me ultrajeis! No asi me hablábais cuando poníais todo vuestro empeño en vencer mis escrúpulos.

Ella no la hizo caso.

—El desengaño ha sido grande, por vida mía,—continuó diciendo.

—Tan grande,—contestó D. Tomás,—que como antes habeis dicho, destruye para siempre mi ventura.

—Al acusar á vuestra esposa, ésta se habrá defendido diciendo que suponía que todo lo sabíais y que todo lo perdonábais.

—Ciertamente.

—Qne me encargó á mí el que en su nombre os revelase su deshonra y que yo le aseguré que así lo había hecho.

—Eso es.

—Y deseáis que diga, si lo que vuestra esposa afirma es cierto?

—Sí.

***

Irguióse D.ª Leonor, dominándolos á todos con su arrogante mirada, y exclamó, con voz clara y sonora:

—¡Lo que Teresa ha dicho es verdad! Yo he sido la que he ocultado una deshonra que ella me encargó revelaros, como condición precisa para consentir en la boda.

—¡Es verdad!—exclamó Paredes, asombrado.

—¿Os convencéis?—díjole Teresa, radiante de júbilo.

—Mi conducta y la de mi hija queda justificada,—añadió con dignidad Leandro.

—¡Es verdad!—repidió el caballero.

—Sí,—respondió la de Padilla.—Y como prueba de ello, aqui tenéis la confesión que vuestra esposa misma os escribió al enviarle vos como regalo el velo de desposada. Yo la intercepté, impidiendo que llegase á vuestras manos, para dárosla hoy como regalo y recuerdo del fausto acontecimiento de vuestras bodas.

Y le entregó la carta escrita por la joven, á la que ella en sus disculpas había hecho referencia.

Paredes ojeó rápidamente aquel escrito y se convenció de que era en efecto una confesión completa, hecha en forma conmovedora.

Al acabar de leerlo, Teresa repitió:

—¿Os convencéis de que no fué mi propósito engañaros?

* * *

El caballero no escuchaba siquiera á su esposa.

Tenía la amenazadora mirada fija en D.ª Leonor, á la que preguntó:

—¿Y por qué habéis procedido de tal manera?

La de Padilla lanzó una carcajada.

—¡Y me lo preguntáis!—repuso.—¡Tan necio ó tan torpe sois, que aún no lo habéis comprendido! Pues oid.

Y con cínica vehemencia, exclamó:

—¡Yo os amaba, D. Tomás, bien lo sabéis! ¡Os amaba, y cometísteis la lijereza de rechazar mi amor, de despreciarlo, cuando os lo ofrecía suplicante y humilde! No acertásteis á daros cuenta de lo que haciais ni de que nada hay tan temible como una mujer ofendida en sus sentimientos, en su orgullo, en su dignidad y en su amor propio, en todo, en fin, lo que le es más querido. Me propuse vengarme y mi venganza es esta. Después, no contento con la ofensa, incurrísteis en la estupidez de confesarme que amábais á otra. ¡Como si esta confesión debiera nunca hacerse á una mujer enamorada! Os fingí arrepentimiento, y vos lo creísteis. Preciso es convenir en que sois poco avisado. En vez de oponerme á vuestros amores, me convertí en su protectora, enterada de las condiciones de vuestra amada. Mi obra está terminada y mi venganza cumplida. En castigo de haberme despreciado, sois el esposo de una mujer perdida; su deshonra se ha hecho pública el día mismo de la boda, y la vergüenza mancha vuestro nombre, haciéndoos desgraciado para toda la vida.

Echóse á reir de nuevo y agregó:

—Para que comprendáis, aunque tarde, cómo se venga una mujer cual yo, cuando se la desprecia.

* * *

Ante cinismo tan grande, tan extraordinario, tan inconcebible, todos callaban aterrados.

D.ª Leonor miróles despreciativamente y dijo:

—Mi misión ha concluido y me alejo de vosotros para siempre, llevándome la satisfacción de vuestra eterna desventura. Si aún quereis ser dichosos, habrá de ser á costa de la honra.

Lanzó una última carcajada, burlona, estridente, y salió, sin que nadie pensara ni aún en detenerla.

Estaban sobrecogidos de espanto.

Cuando la dama hubo salido, D. Tomás pareció volver en sí.

Desplomándose en un sitial, exclamó con desesperación:

—¡Dice bien!... ¡Infeliz y deshonrado para siempre!... ¡Su venganza ha sido completa!





CAPÍTULO XXXIV

Entre el amor y la honra



La desesperación de Paredes hizo volver en sí á Teresa del estupor que le había producido el cinismo de D.ª Leonor.

Arrodillándose á los pies de su esposo, la joven le besó las manos, diciendo, con voz entrecortada por el llanto:

—¡Perdón!

Aquella voz dulcísima, humilde y cariñosa, impresionó á D. Tomás, haciendo vibrar en él las fibras más delicadas del sentimiento.

—¡Perdón!—repuso.—¿Por qué? ¡Oh, levantaos! ¡No os corresponde estar de esa manera! Antes bien soy yo el que debo humillarme pidiéndoos indulgencia por mi anterior severidad. Fuí injusto, lo reconozco; pero, ¿quién no lo hubiera sido en mi caso? Levantaos, repito. Sois una desgraciada, pero habéis procedido noblemente; vuestro comportamiento con respecto á mí queda justificado, y

mereceis, por consiguienie, no mi enojo, sino mi compasión y mi respeto.

Y como viese que permanecía arrodillada, la levantó en sus brazos y la sentó junto á él.

Leandro lloraba presenciando aquella escena.

Con la natural ansiedad en un padre, y él lo era casi de la joven, preguntábase:

—¿Será Paredes tan generoso que transija con lo que ignoraba?

*
* *

Más emocionada aún con la cariñosa bondad del caballero, Teresa dijo, sin dejar de llorar:

—¡Sois sobrado magnánimo conmigo! Convencido os habéis de que no es mía la culpa de lo ocurrido; tenéis razón: pero aún así, ¿dejaréis de deberme vuestra desgracia? Porque ya no podréis ser dichoso nunca, don Tomás. Yo me hago cargo de todo y todo lo comprendo. Sé que me amais.

—¡Con toda el alma!—exclamó él, sin poder contenerse.

—Pues por ese mismo amor que pudo haceros dichoso, seréis infeliz. Si no me amárais, fácilmente renunciaríais á mí considerando lo ocurrido como un incidente sin importancia de vuestra vida; en esa renuncia no habría en vos ni sacrificio ni violencia; pero amándome, ¿cómo es posible que á mí renuncieis, sin que el pesar y la desesperación desgarren vuestra alma?

—Decís bien,—asintió amargamente el caballero.

—Y por otra parte, no podeis transigir con la deshonra por el amor y la dicha.

—No, no puedo.

—Mientras en mis brazos estuviérais, no pensaríais en nada ni nada os atormentaría; pero en cuanto de ellos sa-

liérais temeríais la burla y el desprecio de cuantos mi deshonra conocen.

—¡Oh, sí!

—Dirían de vos que sois un villano, sin idea siquiera de lo que son la dignidad y el honor, y eso no hay noble que lo sufra.

—¡Callad! ¡No prosigáis!

—Es necesario que prosiga para haceros ver yo misma lo crítico de vuestra situación. Cualquier solución que demos al conflicto en que nos hallamos, será mala, injusta y dolorosa.

—Eso es lo que me angustia.

—Ni aún es pcsible ya la generosidad que antes supuse en vos. Si la tuviérais yo no la aceptaría, por vos mismo. El escándalo ha sido demasiado grande. Mientras mi deshonra fué un secreto, pudísteis transigir con ella, en atención á las circunstancias que la rodearon; hoy, que por la venganza de una mujer es pública, por fuerza habéis de condenarla ó á lo sumo compadecerla; pero nunca compartirla.

* * *

A medida que hablaba, Teresa iba serenándose.

Pero su serenidad era ficticia.

Era producto de la falsa energía que presta la desesperación.

—En vista, pues, de lo expuesto,—continuó diciendo,—yo me someto por completo á vos para que libremente resolváis lo que más os plazca. Nada pido ni á nada me opongo; prescindo de mí y limito mi deseo á consolaros y remediar vuestro mal en lo posible. ¡Desgraciadamente no tiene remedio! Malo es si de vos me alejo, pues sufriréis con mi ausencia, y malo es si me quedo junto á vos, pues participaréis de mi vergüenza. Decidid si debo irme ó quedarme.

D. Tomás ocultó el rostro entre las manos.

—¿Sé yo acaso lo que debo decidir?—replicó trastornado.—Vos misma lo habéis dicho: malo es que os vayais y malo es que os quedéis. A lo primero se opone mi ventura; á lo segundo se opone mi dignidad. ¿Qué será de mi sin vos? Y con vos, ¿podré soportar las humillaciones que me esperan?

Exaltábase más por instantes.

—Debo tener también en cuenta,—añadió,—que vos sois inocente y que por lo tanto no merecéis castigo como si fuérais culpable. Si os abandono, si de mi lado os alejo, no solo os hago desgraciada, como yo seré desgraciado, sino que os condeno al mismo tiempo á la miseria, y eso no puede ser, no debe ser...

—No por mí os inquietéis,—le interrumpió ella.—Pensad solo en vos.

—Y en vos también. Lo contrario fuera criminal, injusto, indigno de mí.

* * *

Hubo una pausa.

Teresa y Leandro miraban á Paredes, esperando ansiosamente su resolución.

Al fin D. Tomás dijo:

—En el estado en que nos hallamos, cualquier cosa que resolviéramos sería precipitada é imprudente. Aplacemos, pues, toda decisión y tomémonos tiempo para reflexionar.

—¡Pero si es que no puede ser!—protestó la joven.—Esta situación debe acabar, sea como sea.

—Concededme un plazo, os lo ruego. Yo veré de hallar modo de conciliar mi dignidad con vuestro interés.

—¡Mi interés es lo de menos!

—No digo con mi amor, porque este habré de sacrificarlo de todos modos... ¡Perdonadme, Teresa! Acaso sea

injusto; pero al fin, aunque involuntaria, en vuestro pasado existe una falta y el mundo lo sabe.

—No tenéis que justificaros conmigo.

—De hoy en adelante puedo compadeceros, pero nada más... No obstante, en lo que determine, procuraré favoreceros cuanto me sea posible; fiad en mí. ¡Ojalá pudiera seguir amándoos como os amaba antes! Pero vos misma comprendéis que eso no puede ser.

Y levantándose de su asiento, salió para ir á confiar á su hermano la verdad de lo que ocurría y pedirle consejo.

***

Apenas D. Tomás hubo salido, Teresa se arrojó en los brazos de Leandro, llorando y diciendo:

—¡No hay esperanza para mí, padre mío! ¡Ya lo habéis escuchado! ¡Me compadece, pero nada más! ¡La justificación de mi conducta no basta para que lo sacrifique todo á su amor! Es menos generoso de lo que creíamos y sin embargo no podemos recriminarle por ello. ¡Sus escrúpulos son fundados!

Limpiándose los ojos nerviosamente, agregó:

—Pero si no es su amor incondicional y su perdón absoluto, yo no puedo aceptar nada de él. ¡Fuera una vergüenza! Y cuando espontáneamente ya no ha transigido, no transigirá. Hay cosas que no deben pensarse, que si se piensan no se hacen. Así, pues, aunque me brinde su protección y me proponga tenerme á su lado, hemos de salir de aquí para siempre.

—Y cuanto antes,—contestó el anciano, demostrando estar conforme.

—Volveremos al abandono, á la miseria...

—¡No importa!

—Por vos lo siento.

—Aunque anciano, todavía me restan fuerzas para luchar y sufrir.

Confundiéronse de nuevo en un estrecho abrazo y procuraron reanimarse con sus mutuas caricias.



CAPÍTULO XXXV

¡Adios!



L silencio y la obscuridad de la noche reinaban en el domicilio de Paredes.

La servidumbre dormía y sólo una habitación veíase iluminada.

La de D. Tomás.

Este no se hallaba solo.

Su hermano acompañábale.

En los brazos de D. Rodrigo, el esposo de Teresa lloraba.

—¡No puedo renunciar á ella!—decía entre sollozos.—¡La amo! ¡Perdóname esta vergonzosa debilidad, hermano mío! Pero bien ves que mi Teresa es inocente, á pesar de su deshonra. Si de mi esposa no se tratase, tú mismo tendrías para con ella más indulgencia que severidad; pero el orgullo de nuestro honor se sobrepone á tus sentimientos.

—Comprendo tu amor,—replicábale su hermano,—y no lo recrimino; lo compadezco; pero mi obligación es re-

cordarte los deberes que te impone nuestro decoro. Dices bien: si de una persona extraña se tratase, sin duda me mostraría más indulgente, pero se trata de tí, de tu honra, que es también mía, y no puedo transigir con la vergüenza; tu infamia me alcanzaría también á mí.

Procurando reanimarle, agregaba:

—¡Valor! Piensa que un instante de felicidad, no vale toda una vida de humillación. Revístete de energía para decidir y ejecutar lo que debes.

—Pero, ¿sé yo acaso, lo que debo decidir ni hacer?—exclamaba D. Tomás.—Te lo consulto á tí y tú mismo no aciertas á aconsejarme.

***

Quedóse D. Rodrigo pensativo unos momentos y luego dijo:

—Tienes razón al decir que Teresa es inocente y por lo tanto no merece desprecio, como si fuese culpable. Opino, pues, que debes renunciar á ella; pero asegurando su porvenir, protegiéndola, amparándola.

—¿De qué modo?—preguntó D. Tomás ansiosamente.

De nuevo calló D. Rodrigo, hasta que al fin habló de este modo:

—Cerca de Valladolid, en el campo, poseo, como sabes, una pequeña heredad, que formó parte del patrimonio que al morir me legaron nuestros padres. Las tierras á ella anexas, producen lo bastante para asegurar modestamente el porvenir de dos personas. Pues bien, yo pongo esa heredad á tu disposición, para que á la vez la ofrezcas á tu esposa y su padre. Que se retiren á ella, que la labren y administren como si fuese propia y que con su producto vivan allí tranquilamente, alejados del mundo, olvidados de todos, separados de tí, y no obstante bajo tu protección y vigilancia. Es lo único que se me ocurre aconsejarte.

Fué muy del agrado de D. Tomás este consejo, porque contaba que de aquel modo podría visitar de vez en cuando á su esposa; de modo que defendía para con el mundo los fueros de su dignidad, sin renunciar por completo á la que tanto amaba.

La generosidad y esplendidez de su hermano dábanle un medio de salvación.

Entusiasmado abrazó á D. Rodrigo, manifestándole su gratitud, y dijo:

—Ahora mismo voy á proponer á Teresa y su padre lo que me aconsejas. No dudo que consentirán en ello. Espera aquí el resultado de mi proposición.

Y salió presuroso para encaminarse á la cámara de su esposa, mientras D. Rodrigo se quedaba pensando:

—¡Pobre hermano mío! Cuanto haga y decida no será más que paliativos para su desventura. ¡Hay desgracias para las que no existe remedio, y la suya es una de ellas!

* * *

Llegó D. Tomás ante la puerta del dormitorio de su esposa, del recinto que debió ser cámara nupcial en aquella noche de sus bodas.

Llamó y no le respondieron.

Como era ya muy tarde, no le sorprendió.

—Dormirá,—se dijo,—rendida por las emociones del día.

Volvió á llamar sin resultado.

Entonces decidióse á entrar.

La puerta no estaba más que entornada.

La empujó y entró, alumbrándose con una pequeña linterna que había encendido y que llevaba en la mano.

En el fondo de la cámara veíase el lecho, cubierto con sus colgaduras de seda.

Paredes se acercó á él temblando.

Una extraña emoción le embargaba.

¡Por primera vez iba á contemplar dormida, en todo el lánguido abandono del sueño, á la que á pesar de todo era dueña y señora de sus pensamientos!

—¡Quién sabe si soñará conmigo,—pensaba,—y si veré vagar en sus labios una amorosa sonrisa! ¡Cambian tanto mientras dormimos las realidades de la vida!... A veces, cuando somos más desgraciados, soñamos ser más dichosos.

Extrañóle no percibir rumor alguno, ni aun el de la respiración de su esposa.

Cual si de pronto le asaltara un presentimiento, corrió al lecho, descorrió la cortina con mano trémula, y un grito de angustia se escapó de sus labios.

El lecho hallábase intacto y Teresa no estaba en él.

***

La primera impresión de D. Tomás fué de estupor, de asombro.

¿Dónde podía estar su esposa?

La buscó en torno suyo y sus ojos no la distinguieron en parte alguna.

La llamó repetidas veces por su nombre, y sólo el eco le respondió, repitiendo las últimas sílabas de sus propias palabras.

Recorrió las habitaciones inmediatas y tampoco la halló en ellas.

Entonces corrió á la cámara de Leandro para preguntar á éste por su hija.

También la puerta estaba entornada y también llamó á ella inútilmente.

Entró y lanzó un nuevo grito, esta vez de dolor y espanto.

Tampoco el anciano estaba allí; también su lecho permanecía intacto.

¡Padre é hija habían desaparecido!

¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por dónde?

Medio loco, fuera de sí, Paredes se lanzó á recorrer toda la casa, gritando:

—¡Teresa!... ¡Esposa mía!... ¿Dónde estás?

A sus gritos levantóse parte de la servidumbre y acudió su hermano.

A las preguntas que le dirigían, contestaba:

—¡La he perdido!... ¡Me ha abandonado!

Un criado dió la explicación de aquel misterio.

Al anochecer, Leandro y su hija salieron de la casa; él les vió.

No quedaba ya duda de que habían huído.



A pesar de la evidencia de aquella fuga, D. Tomás resistíase á darle crédito y volvió á la cámara de su esposa, como si esperase aún encontrarla en ella.

Su hermano le siguió.

Sin dejar de llamar á Teresa, D. Tomás buscábala, registrando todos los rincones de la estancia.

Al pasar junto á una mesa vió sobre ella un pliego y se apoderó de él con ansia.

Rompió el sello que lo cerraba y leyó su contenido.

Estaba dirigido á él y decía así:

«¡Adios para siempre! No os recrimino por vuestra severidad al juzgarme, pues á ser severo os obligan las leyes del honor. Esperé que al convenceros de mi inocencia me abriríais vuestros brazos y no lo hicísteis así, luego nada puedo ya esperar de vos.

»Como sois generoso, acaso penséis ofrecerme vuestro amparo; pero sin vuestro amor incondicional, yo no puedo aceptar de vos nada; mi dignidad me lo impide.

»Parto con mi padre, sin contar con otro auxilio que el de la Providencia; espero que no nos abandonará; pero si nos abandona, sufriremos resignados los infortunios que el destino nos depare.

»Adios, D. Tomás: sed dichoso y perdonad los males que injustamente os he causado.

»No volveréis á saber de mí; pero tened por seguro, que donde quiera que me halle, vuestro recuerdo reinará en mi pensamiento.

»¡Adios!... ¡Os amo!... ¡Adios para siempre!...»

El pobre esposo no pudo seguir leyendo más.

Rompió en sollozos y cayó en los brazos de D. Rodrigo, diciendo con desesperación:

—¡La he perdido!... ¡He salvado el honor, pero á costa de la felicidad de toda mi vida!





CAPÍTULO XXXVI

El consuelo de un hijo



LA fuga de Leandro y Teresa obedeció á las razones indicadas por la segunda en su carta á D. Tomás.

Puesto que su esposo no era bastante generoso para perdonarla espontáneamente, de todo corazón, no quiso seguir junto á él viviendo de su protección como por caridad.

Su dignidad se lo impedía.

Así lo manifestó á Leandro y éste respondióle:

—Sí, hija mía, tienes razón. ¿Para qué exponernos á sufrir nuevas é injustas humillaciones? Antes la miseria, el hambre, la muerte, todo.

—Por vos lo siento,—replicó la joven, conmovida por aquella nueva muestra de afecto del anciano.

A lo que él respondió:

—Aunque viejo soy, no creas que valor ha de faltarme

para fufrir las vicisitudes. A todo estoy dispuesto y resignado.

Y pensó para sí:

—Si Andrade no estuviera ausente en cumplimiento de la misión reservada que le encomendó la princesa, nada tendríamos que temer; él nos ampararía. Pero la ausencia del conde de Arjona nos priva de todo auxilio. Nadie sabe dónde se halla ni cuándo ha de volver. ¡No nos queda otro remedio que abandonarnos á nuestra suerte y confiar en Dios!

* * *

Antes de abandonar la mansión de Paredes y cuando ya estaban resueltos á ello, la joven dijo al anciano:

—Una gracia tengo que pediros, padre mío; un favor que para vos acaso resulte una violencia, pero que para mí será el único consuelo á que aspirar puedo en mi infortunio.

—Dí qué es ello,—respondió Leandro.

—Que me devolvais mi hijo.

—¿Cómo?

—Al venir al mundo el inocente ser, fruto de mi deshonra, vos, para ocultar mi vergüenza, lo arrancasteis de mis brazos y lo separasteis de mí, llevándolo no sé á dónde.

—Es verdad.

—¿Qué hicisteis de él?

—Lo confié á los cuidados de personas de toda mi confianza.

—Pero, ¿vive?

—Sí, pues de haber muerto, aviso hubiera recibido de ello.

—Pues bien: yo entonces me resigné sin protestar á

aquella separación dolorosa, porque mi decoro, que era el vuestro, así lo exigía.

—Cumpliste tu deber.

—Pero ahora las circunstancias han cambiado. Mi deshonra es pública y notoria y no debo hacer sacrificio alguno para ocultarla. Sería inútil, después de haberla divulgado mi propio seductor de manera tan escandalosa. Pues bien: ¿para qué seguir violentando mis sentimientos de madre? Dejadme gozar al menos del cariño del hijo de mi vida, el cual, aunque representa para mí mi falta, al fin es ser de mi ser y sangre de mi sangre.

* * *

Conmovieron estas razones á Leandro hasta el punto de ponerle casi en el caso de ceder.

Aquella infeliz hablábale en nombre de un sentimiento tan noble y tan legítimo como el amor maternal.

Sin embargo, antes de consentir hizo algunas objeciones.

—¿Y si lo que ahora supones un consuelo,—preguntó,—llega luego á ser para tí una pesada carga?

—¡En modo alguno!—protestó Teresa.—¿Cómo queréis que carga sea para una madre el hijo de su corazón? Al contrario. En todas las vicisitudes de la vida, un hijo es siempre un estímulo para seguir sufriendo y luchando.

—No obstante...

—Rebato vuestras objeciones con el ejemplo mismo de vuestra conducta. ¿He sido yo alguna vez una carga para vos?

—¡Oh, no!

—Pues entonces...

El anciano no cedió aun.

—Piénsalo bien,—insistió,—inspirándote, más que en

el disculpable egoismo de tu amor maternal, en el mismo bien de tu hijo.

—¿Qué queréis decir?

—Es muy sencillo. Al salir de esta casa, volvemos á la miseria, cuyos sufrimientos ya conocemos, á la indigencia, cuyas humillaciones hemos ya devorado.

—Y bien...

—Vagaremos errantes sin hogar, implorando caridad, sufriendo toda suerte de privaciones...

—¿Y qué tiene que ver eso?...

—Por lo mismo que á tu hijo quieres tanto, ¿no te asusta la idea de hacerle partícipe de nuestra suerte, de nuestros sufrimientos?

* * *

Estas palabras impresionaron á la joven, haciéndola reflexionar.

Verdaderamente el porvenir que á su hijo le esperaba á su lado, no tenía nada de halagüeño.

Comprendiendo que vacilaba, el anciano procuró hacerla desistir por completo de su deseo, agregando á sus anteriores razones:

—El niño está ahora bien; no carece de nada. La gente á quien lo confié ocupa una posición modesta; pero vive con desahogo y tiene mucho que agradecerme para que me sean exactamente cumplidas todas las recomendaciones que hice. Tu hijo está allí seguro. No renuncies á él, porque esto no debe hacerlo nunca una madre; pero espera á ver si las circunstancias varían, y cuando puedas ofrecer á tu hijo, aunque no sea más que un pedazo de pan, entonces ve en su busca. Pero ahora, ¿qué puedes ofrecerle ahora?

—¡Cariño!—exclamó con energía la pobre madre.—¡Y

un cariño sincero como el mío, vale más, mucho más que todos los bienes del mundo.

*
* *

El anciano no replicó.

También él opinaba de la misma manera, y sus objeciones no obedecían á otro móvil que la prudencia.

Como en otros muchos, en aquel caso la prudencia estaba reñida con los impulsos del corazón.

Tras una pausa, Leandro preguntó:

—¿Qué decides?

—Vos habéis de decidir,—contestóle Teresa.—Yo estoy siempre en lo mismo.

—¿En ir á buscar á tu hijo?

—Sí.

—¿A pesar de mis reflexiones?

—A pesar de todo.

—¡Así piensa y siente una madre!

—¿Con que es decir que accedéis á mi deseo?

—Accedo.

—¡Oh, gracias!

—Como has dicho muy bien antes, puesto que tu desgracia se ha hecho pública, ya no hay motivo para que sacrifiques tus sentimientos maternales en aras de una honra ficticia.

—Claro que no.

—Iremos en busca de esa pobre criatura, la tendremos á nuestro lado, velaremos por ella, la haremos participar de nuestro destino, y si la adversidad nos persigue, de las privaciones que sufra la compensaremos con nuestro afecto.

—¡Qué bueno sois!—exclamó la joven abrazándole.

—Soy justo. Me pides un consuelo para tu desdicha, lo tengo en mi mano y te lo doy.

Enternecido, añadió:

—También para mí será una satisfacción tener á mi lado aquel ángel. Siempre los niños y los viejos fueron buenos amigos. ¡El distraerá nuestra tristeza, y su alegría infantil será un rayo de sol en la obscuridad de nuestra desgracia!

Aquella noche, el anciano y la joven abandonaron la casa de D. Tomás, del modo que ya sabemos.

A Teresa desgarrábasele el alma al separarse para siempre del hombre á quien amaba; pero consolábase, pensando:

—¡Voy en busca de mi hijo!





CAPÍTULO XXXVII

Huyendo



L amparo de la obscuridad de la noche y burlando la vigilancia de los guardias que custodiaban las puertas, Leandro y Teresa salieron de la ciudad.

El anciano dijo á la jóven:

—Conviene que nos alejemos.

—¿Teméis algún peligro?—le preguntó ella.

—Sí.

—¿Cual?

—Que Paredes, al notar nuestra desaparición, nos busque.

—¿Con qué objeto?

—Con ningún fin malo; seguramente, con el de protegernos aun á pesar nuestro.

—No debemos aceptar su protección y para evitarla hemos huído de su lado.

—Pues por lo mismo debemos alejarnos para que no dé con ncsotros.

—¡Oh, sí!

—Supodrá que nos hallamos en el recinto de la ciudad, y por consiguiente, aunque nos busque, nada tenemos que temer.

—Vamos, pues, padre mío; vamos.

Cuando se vieron fuera de las murallas, alejáronse huyendo de los caminos frecuentados en los que hubieran podido tener algún encuentro.

—¿A dónde nos dirigimos?—interrogó la joven.

—En busca de tu hijo,—contestó Leandro.

Esto reanimó las fuerzas de Teresa y anduvieron toda la noche sin tomar descanso.

Al amanecer hallábanse ya muy lejos de la ciudad y no tenían que temer nada aunque les persiguieran.

* * *

La marcha de los fugitivos duró cuatro días con sus noches.

No descansaban más que algunas horas para reponer sus fuerzas.

Como no tenían dinero mendigaban para comer.

Antes de abandonar la casa de su esposo, Teresa despojóse de las joyas que la sirvieron de adorno para la nupcial ceremonia.

No pudo hacer lo mismo con su rico vestido de brocado, por no tener á mano otro más sencillo con el cual sustituirlo.

También Leandro vestía con lujo, gracias á la fingida munificencia de D.ª Leonor, la cual quiso que el padre de la novia se presentase en la boda con la decencia debida.

Era en verdad un espectáculo extraño ver á aquel respetable caballero y aquella arrogante dama, recorriendo

los caminos á pié y mendigando, ataviados con lujosas galas.

Este contraste despertó en muchos la desconfianza y eran pocos los que les socorrían.

Comprendieron que era necesario cambiar de traje.

Pero esto no era cosa fácil en caminos y ventas.

Por fin al tercer día llegaron á una ciudad cuyo nombre no viene al caso, bastante populosa.

—De fijo aquí habrá algún mercader judío que nos compre nuestras ropas y nos venda otras más en armonía con nuestra pobreza,—pensó Leandro.

Y así fué.

En casa de un judío trocaron sus galas por vestidos más modestos y recibieron además algunas monedas.

Esto les facilitó el llegar al término de su viaje.

* * *

Al cuarto día, cerca ya del anochecer, treparon por la vertiente de una pintoresca colina, desde lo alto de la cual distinguíase y dominábase un fértil valle.

– ¡Loado sea Dios!—exclamó Leandro, dejándose caer rendido al suelo!—¡Ya hemos llegado!

—¿Al sitio donde se encuentra mi hijo?—preguntó Teresa.

—Sí.

—¿Dónde está?

El anciano extendió el brazo en dirección al valle, y dijo:

—¿Ves aquella blanca casita que se distingue allá á lo lejos medio oculta entre los nogales que la rodean?

—Sí.

—Pues allí.

—¿Ahí está el hijo de mi alma? ¡Corramos, padre mío,

corramos en su busca! La distancia que nos separa de esa alquería es corta, y no han de faltarnos fuerzas para recorrerla. ¡Vamos!

Y echó á andar hacia el valle, para descender de la colina por la vertiente contraria á aquella por donde habían subido.

El anciano no se movió.

—¿Os sentís fatigado?—le preguntó cariñosamente la jóven.—Lo comprendo. ¡Hemos caminado tanto...! Pero haced el último esfuerzo, yo os lo ruego. Apoyaos en mí.

Leandro continuó sentado en el suelo.

Teresa le interrogó con la mirada, no explicándose su inmovilidad, y él dijo:

—Hasta que cierre la noche no debemos llamar á las puertas de la alquería. No nos conviene que los trabajadores de ella nos vean.

La joven respetó estas prudentes precauciones, aunque sin comprender su causa, y dominando su impaciencia maternal, se sentó junto al anciano.

*
* *

Obedeciendo á los impulsos de una curiosidad natural, tras breve silencio, Teresa dijo:

—¿Quién habita en esa pintoresca casa, padre mío? ¿Quién es la persona á quien confiasteis mi hijo? Habéisme dicho antes de ahora que merece vuestra confianza y esto basta para que también merezca la mía; pero aún ignoro su nombre.

Leandro tardó en contestar.

—Avecínase el momento,—repuso, al fin,—de que se levante una punta del velo que oculta mi pasado y entreveas los secretos que llegarás á conocer completamente. Revelaciones he de hacerte, que te llenarán de asombro y

que antes no te hecho por oponerse á ello tu propia inocencia. No me habrías comprendido. Ahora es diferente. Las penas y los desengaños hante dado lecciones de experiencia y cuanto decirte pueda estará á tu alcance. Quedan no obstante para más propicia ocasión mis confidencias, y sabe sólo que yo no he sido siempre lo que ves, lo que has creido que era.

Suspirando añadió:

—Hubo un tiempo en que fuí rico y poderoso, en que los grandes me envidiaban y los pequeños inclinábanse ante mí con rendidas muestras de temor y respeto. ¡Mira lo que cambian las cosas! ¡Ahora soy yo el que tengo que humillarme hasta delante de los más humildes!

Y dejó asomar á sus labios una sonrisa triste y amarga.

* * *

Teresa sentíase impresionada y contemplaba con asombro al que creía su padre, sin atreverse á interrumpirle, á pesar de la admiración que sus palabras le producían.

Leandro pasóse una mano por la frente y prosiguió:

—Pues en los tiempos de mi grandeza y poderío, un fiel servidor tuve cuya lealtad fué la única que no me abandonó en la desgracia. Con los dones de mi munificencia, en pago de sus servicios, adquirido había esa heredad, entonces modesta y ahora engrandecida con su trabajo. Su casa ofrecióme para que en ella me refugiase, con la seguridad de ser respetado como señor y dueño. Mi orgullo me impidió aceptar su ofrecimiento. ¿Cuándo un señor pudo avenirse á vivir á expensas de su criado? Pero cuando el triste caso llegó de tu deshonra y una persona de confianza necesité á quien entregar el fruto de tu desgracia, en Claudio pensé al punto...

—¿Se llama Claudio vuestro fiel servidor?—interrumpió preguntando Teresa.

—Ese es su nombre.

—Proseguid.

—Nada más tengo que decirte. Accedió á mi deseo, el niño tomó á su cargo y de él no he sabido desde entonces. Pero sin duda Claudio sigue viviendo ahí y ahí encontraremos á tu hijo.

—¡Dios lo haga!

Y quedáronse pensativos.

* * *

La luz del crepúsculo iba debilitándose poco á poco y los últimos rojizos resplandores del sol, daban al paisaje tonos de incendio.

A lo lejos, las montañas recortábanse sobre el fondo azul del horizonte, y su color violáceo iba obscureciéndose gradualmente, como si se envolvieran en flotante manto de negras gasas.

Los rebaños volvían á sus establos, y el monótono sonar de las esquilas, semejaba el último triste rumor del día, precursor del silencio de la noche.

Pronto la obscuridad sería completa y el silencio absoluto.

Teresa miraba con fijeza hacia el sitio por donde el so se había ocultado, cual si suplicase á la luz que se extinguiese pronto para cuanto antes correr á los brazos de su hijo.

La campana de la iglesia de un pueblecillo cercano sonó, tocando el *angelus*, y el anciano y la joven, descubierta la cabeza el primero y arrodillados en tierra los dos, oraron fervorosamente.

¡Bien necesitaban el consuelo de la oración en el triste estado en que se veían!

Cuando terminaron de orar, Leandro púsose en pié y dijo:

—Bajemos al llano y acerquémonos a casa de Claudio. Cuando lleguemos a ella ya será de noche y podremos llamar a sus puertas sin recelo ni temor alguno.

Teresa apresuróse a ofrecerle el apoyo de su brazo; y los dos comenzaron a descender lentamente de la colina.

La luz era cada vez más débil, y cuando llegaron al valle, la noche había cerrado por completo.





CAPITULO XXXVIII

En la alquería



OS perros de la alquería anunciaron con sus ladridos la proximidad de los dos viajeros aun antes de que éstos llegasen a la puerta.

Asomóse un mozo de labranza a enterarse de lo que significaban aquellos ladridos, y al ver el aspecto humilde de la joven y el anciano, tomándolos por vagabandos que iban a pedir una hospitalidad por aquella noche, les recibió con malos modos.

—¿Qué queréis?—les preguntó, aun antes de que ellos le dirigiesen la palabra—. Os advierto que esto no es un mesón y que aquí no admitimos gente desconocida.

—Aun no te hemos pedido que nos admitas—le respondió Leandro con altanería—; de modo que tus palabras están de más.

—¿Qué deseais, entonces?

—Hablar con tu amo.

—¿Para pedirle lo que yo de antemano os he negado?

Será inútil, porque suya es la orden de despedir de esta manera a todos los que aquí se acerquen.

—Mucho se ha endurecido el corazón de Claudio cuando tales órdenes dicta—pensó el anciano.

Y añadió en voz alta:

—A presencia de tu amo condúcenos o avísale de que hay aquí quien quiere hablarle, y no te preocupes con lo que decirle habemos.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque el amo está comiendo y cuando come no gusta de que se le moleste.

—Pues guardaré que concluya.

Y así diciendo, sentóse con la joven en un poyo que había a uno de los lados de la puerta.

El mozo se encogió de hombros y entróse en la alquería, cerrando y dejándoles fuera.

Con amarga sonrisa, Teresa dijo:

—Mal os reciben en la casa de vuestro antiguo y fiel servidor, padre mío.

—No me sorprende—respondió Leandro—. Como Claudio ignora que soy yo el que a su puerta aguardo... Verás como todo cambia en cuanto me vea y reconozca. Por más que veo todo esto tan cambiado, indicios tales de prosperidad, que a suponer llego que la fortuna sonríe a mi antiguo servidor; y si así es, quién sabe la mudanza que en sus sentimientos habrá habido. Nada trastorna tanto como la riqueza imprevista. Despierta el orgullo y adormece la generosidad.

La joven hizo un gesto de indiferencia.

—Con tal de que conserve mi hijo en su poder y nos lo devuelva—repuso—, lo demás me importa poco.

Callaron.

En el interior de la alquería veíanse luces y notábase el ir venir de gente; pero la puerta no se abría.

Parecía que se hubiesen olvidado de los que allí aguardaban.

Pasado un rato, Leandro levantóse de su asiento y llamó.

Abrió el mismo mozo de antes.

—¿Aún permanecéis aquí?—preguntóles.

—Te hemos dicho que deseamos hablar con tu amo—respondió el anciano—. ¿No ha terminado de comer todavía?

—Sí.

—Entonces...

—Aguardad; le pasaré recado; pero dudo de que os reciba.

Y desapareció de nuevo.

—Indudablemente Claudio debe de estar muy cambiado—dijo Leandro a Teresa—. Todo esto me lo indica. ¡Ah cómo la riqueza trastorna a los hombres!

A poco abrióse la puerta y apareció un viejo gruñón y atrabiliario?

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?—interrogó a los que esperaban.

—Ver al dueño de esta alquería—contestó Leandro, mirándola de arriba abajo.

—Delante le tenéis.

—¡Vos! ¿Sois vos?

—No os digo que sí? ¿Qué os sorprende? ¿Acaso no

puedo ser yo dueño de esta heredad? Pues saber que otras varias poseo que mi fortuna me acreditan. Preguntad a cualquiera y os dirán que Juan Pérez es uno de los propietarios más ricos de esta comarca; y ese Juan Pérez, yo soy.

Hablaba el viejo con una vanidad grosera y ridícula.

—Perdonad—replicóle Leandro con cierta ironía—. No ha sido mi intención ofenderos ni tengo por qué dudar de vuestras riquezas, Si verdaderamente las poseeis, buen provecho os hagan; no temais que ni os las envidie siquiera; pero yo venía buscando a otra persona.

—¿A quién?

—Al que suponía dueño de esta hacienda; a un tal Claudio...

—Mi antecesor.

—¿Luego la alquería no es ya de la persona por quien pregunto?

—No. Es mía y buen dinero me costó adquirirla.

El anciano y la joven miráronse con angustia.

Aquellas palabras eran indicio de que el que iban buscando no estaba allí.

Disimulando su ansiedad mejor que Teresa, Leandro dijo:

—¿Tendríais la bondad de darme noticia del paradero de Claudio?

Juan Pérez sonrió burlonamente.

—Con mucho gusto—repuso—. ¿Veis allá lejos, sobre aquella altura, unas tapias blancas que se destacan a pesar de la obscuridad de la noche?

—Sí.

—Son las tapias del cementerio de la vecina aldea.

—¿Eh?

—Allí mora aquel por quien preguntáis.

—¿Murió?

—Claro que sí, puesto que allí tiene su morada.

—¿Cuándo?

—Hace poco tiempo.

—¡Murió!... ¿Y su familia?

—No tenía más que un hijo.

—Ese hijo...

—Fué la causa de su mnerte. Mozo alegre, galán y pendenciero, dábale frecuentes disgustos. Un día desapareció y no volvió a saberse de él. Su padre, considerándolo perdido para siempre, murió de tristeza.

—¿Y no ha vuelto a saberse del hijo?

—No. Pasado algún tiempo, como esta hacienda había quedado sin dueño, fué puesta a la venta y yo la compré. Esto es todo lo que puedo deciros para satisfacer vuestra curiosidad.

La angustia de Teresa y Leandro habíase trocado en desesperación.

Sufrían uu nuevo e inesperado desengaño.

—Perdonad que aún os moleste con una pregunta, una sola—añadió el segundo.

—Decid—contestó Juan Pérez.

—Antes de morir, ¿no trajo Claudio a esta alquería una criatura recien nacida? ?Qué ha sido de ella.

—No sé de lo que me habláis; no sé nada de ello. Pero aguardad: tengo un mozo que tambien estuvo al servicio de mi antecesor; y quizá él sepa...

Asomándose a la puerta gritó:

—¿Marcos?

Apareció un labriego.

—¿Sabes si al morir, Claudio tenía a su lado una criatura de pocos meses?—le preguntó Pérez.

—No—respondió Marcos—; en esta alquería no había criaturita alguna.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Ya lo oís—dijo Pérez a Leandro—. Y ahora, si no tenéis nada más que preguntarme, me retiro. Dios os guarde.

Entróse sin decir más y cerró la puerta.

Al quedar de nuevo solos Leandro y Teresa, arrojáronse el uno en brazos del otro.

—¡He perdido a mi hijo!—exclamó la joven, rompiendo en sollozos.

—¿Quién sabe?—respondió el anciano, para tranquilizarla—. No te desesperes. El pobre Claudio murió y este es un gran contratiempo. El no haber traído el niño aquí, tiene su explicación: lo entregaría a una nodriza para que le criase.

—Sí, sin duda; pero; ¿dónde está esa nodriza?

—He ahí lo que hemos de averiguar.

—¿De qué manera?

—Mañana veremos.

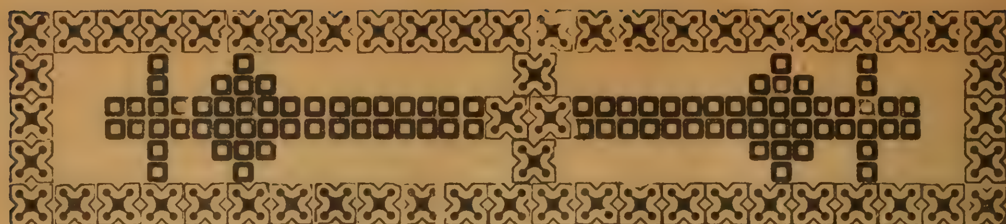
—¡No tengo esperanza!

—Yo sí. Preguntaremos... indagaremos... Pero ahora vámonos de aquí a buscar un sitio donde pasar la noche.

Y cogidos del brazo alejáronse, Leandro muy pensativo, y la pobre Teresa, llorando en silencio.

Su corazón de madre decíale que no recobraría a su hijo.

———— ▫ ————



CAPITULO XXXIX

Crimen inútil

O sabiendo donde refugiarse y sin recursos para demandar albergue en parte alguna, Leandro y Teresa decidiron pasar la noche en el bosque.

No sería la primera qus pasaban al aire libre.

Escogieron el sitio que les pareció más apropósito y sentáronse al pie de un árbol.

—Dormid vos mientras yo velo, padre mío—dijo la joven.

A lo que respondió el anciano:

—No, duerme tú mientras velo yo.

Lo cierto era que ninguno de los dos tenía sueño a pesar de hallarse muy cansados.

Su misma situación les desvelaba.

El porvenir presentábaseles incierto, pavoroso.

Antes, Teresa no pensaba en nada, con la esperanza de recuperar a su hijo.

De todo se sentía capaz.

Ahora, con el último desengaño sufrido, el desaliento habíase apoderado de ella.

Pensaba con fruición en la muerte, como único remedio de su infortunio.

—¿Para qué quiero vivir?—decíase—. Despreciada por mi esposo y sin el consuelo de mi hijo, vale más que muera. Así me libraré al menos de los sufrimientos que el hambre y la miseria me guardan.

Lo mismo pensaba Leandro; aunque no se atrevía a comunicar sus pensamientos.

En verdad su suerte no tenía dada de agradable y risueña.

Su porvenir reducíase a vivir mendigando, solos, sin la compañía y el apoyo de un ser querido.

Silenciosos pasaron gran parte de la noche, entregados a sus tristes ideas.

Tenían hambre y miedo.

La noche era obscura y desapacible.

Habíase cubierto el firmamento de nubes, ocultándose la luna tras ellas.

Soplaba un viento fresco y húmedo, precursor de lluvia.

Los dos infelices acercábanse el uno al otro temblando de frío.

Cerca no se divisaba ningún poblado ni casa de campo.

Estaban en pleno bosque.

—¡Pobre hija mía!—dijo al fin Leandro, estrechando a la joven contra su corazón—. ¿Qué va a ser de ti?

—¿Y de vos?—replicó Teresa.

—Por mí no me apuro. Es tu suerte la que me preocupa.

—No habiendo recobrado a mi hijo, todo me es igual.

—¡Resignación!

—¿Creéis que es posible, contra tantos y tan repetidos golpes de la desgracia?

—¡Quién sabe! Aun puede hacer la casualidad que encuentres a ese pobre niño.

La joven movió la cabeza con aire de duda.

—Sois demasiado bueno—dijo—, y para reanimarme me decís lo que no pensáis. Sabéis tan bien como yo que he perdido a mi hijo para siempre.

El anciano no se atrevió a replicar, porque verdaderamente era aquello lo que pensaba.

Y en último caso, aunque la casualidad hiciese que encontrasen al niño, ¿en qué mejoraría esto su situación?

Antes por el contrario la empeoraría, aumentando sus apuros.

Volvieron a quedar callados.

En brazos uno de otro procuraban inútilmente conciliar el sueño.

De pronto Teresa se estremeció.

—¿Habéis oído?—preguntó en voz baja.

—¿Qué?—repuso Leandro.

—Alguien se acerca.

—¿Eh?

—He oido rumor en la maleza.

—No oigo nada.

En efccto, el silencio era absoluto.

Pasados unos instantes, la joven añadió:

—¿Y ahora?

Entonces sí.

Parecía que alguien se arrastrara por entre las altas hierbas que rodeaban el sitio donde se hallaban.

Sin saber por qué, el anciano se estremeció.

No tenía armas para defenderse de cualquier peligro y sabía cue los campos estaban infestados de malhechores.

Abrazó a Teresa aun más estrechamente, como para escudarla con su cuerpo.

Siguieron prestando atención, llenos de ansiedad.

El ruido que habían escuchado era cada vez más perceptible.

Evidentemente alguien se acercaba.

Acaso fuera algún animal dañino y entonces el peligro sería aun mayor, porque, ¿cómo defenderse de éí?

En la obscuridad no les ere posible distinguir nada.

De repente, dos hombres se alzaron ante ellos, saliendo de entre las hierbas.

Tenían aspecto de foragidos y esgrimían en su diestra acerados puñales.

Teresa lanzón un grito de espanto y trató de esconderse entre los brazos de Leandro.

Este, revistiéndose de valor, preguntó a los desconocidos.

—¿Qué queréis?

No se dignaron contestarle siquiera.

Acercáronse a ellos, y poniéndoles las puntas de los puñales en el pecho, dijéronles:

—Entregadnos cuanto dinero y objetos de valor llevéis encima.

—Habéis perdido el tiempo—repuso el anciano—. So-

mos pobres; vivimos de la caridad y esta noche no hemos cenado.

—¡Mientes!—replicáronle.

Y arrojáronse sobre ellos, con el intento de registrarles.

Al ver Leandro que uno de aquellos hombres ponía sus manos sobre Teresa, no pudo contenerse.

Le pareció que aquel miserable, con su contacto, profanaba a la que quería como a una hija.

—¡No la toquéis!—exclamó.

Y rechazando al bandido con violencia, se colocó resueltamente ante la joven, como para escudarla con su cuerpo.

—¡Hola!—exclamó uno de los bandidos—. ¿Estas tenemos? Señal de que el dinero lo lleva encima la moza. Pero no ha de valerte tu arranque.

E intentó sujetarle.

Como si la desesperación redoblara sus energías, Leandro se defendió tenazmente.

A falta de armas, defendíase a golpes, a modiscos...

Teresa, por su parte, resistíase como le era posible al otro malhechor, el cual decíale mientras luchaba.

—Aunque sea cierto que no llevais encima objeto alguno de valor, no importa. Eres buena presa, porque eres hermosa.

Con lo que aumentaba el terror de la joven.

La lucha prolongábase más de lo que era de creer, dada la desigualdad de fuerzas de los combatientes.

Al fin tuvo un término natural, previsto.

El que luchaba con Leandro cansóse de tenerle contemplaciones.

—¡Diablo de viejo!—dijo—. ¿Conque es decir que no quieres rendirte a las buenas? Pues te rendirás a las malas. Bastantes consideraciones te he tenido.

Y le hundió en el pecho el puñal que esgrimía en su diestra.

El infeliz anciano cayó al suelo, bañado en sangre.

Teresa le vió caer, y lanzando un grito de dolor, perdió el conocimiento.

Los dos malhechores miráronse, como asustados de su obra.

—No había necesidad de tanto—dijo el que luchaba con Teresa.

—¿Y qué querías que hiciese—respondió el otro—, si el viejo no me dejaba en paz?

—Acabemos.

—Sí, acabemos.

Registraron a la joven y el anciano, sin encontrarles encima objeto alguno de valor.

Leandro sólo llevaba algunos papeles, que despreciaron.

Habían perdido el tiempo y esto les puso de mal humor.

—No, pues yo no me voy sin nada—dijo el que había luchado con Teresa.

—¿Qué quieres llevarte?—le preguntó el otro.

—La joven.

—¿Estás en ti?

—Es muy hermosa.

—Aunque lo sea. Su presencia junto a nosotros denunciaría nuestro crimen.

—Es verdad.

—Nos serviría de estorbo.

—¡Es lástima, porque es muy bella!

—Vamos, que mujeres tan lindas como esa no te han de faltar.

—Tienes razón; vamos.

Y se alejaron presurosos, como si temieran que les sorprendiesen.

Los cuerpos de Teresa y Leandro quedaron tendidos inmóviles sobre la hierba.

Los dos parecían muertos.





CAPITULO XL

Uua revelación y un encargo

L cabo de un rato, Teresa recobró el sentido.

Incorporóse trabajosamente y miró en torno suyo.

Al ver el cuerpo de Leandro tendido en el suelo sobre un charco de sangre, recordó lo ocurrido.

—¡Padre mío!—exclamó.

Y arrastrándose, pues no tuvo fuerzas para ponerse en pie, se acercó al anciano.

La inmovilidad de éste la llenó de pavor.

—¡Padre de mi alma!—repitió abrazándole.

Púsole una mano sobre el corazón y advirtió con gozo que latía.

—¡Vive!—dijo—. ¡No le han matado! ¡Gracias, Dios mío! ¿Qué hubiera sido de mí sin él?

La misma gravedad de las circunstancias reanimó a la joven.

Necesitaba ante todo socorrer al herido.

Palpando mejor que viendo, pues la obscuridad era grande, reconoció la herida.

Lo más urgente era contener la hemorragia de sangre.

Teresa rasgó sus vestidos interiores, y con algunas tiras de él, improvisó un vendaje, el cual aplicó a la herida lo mejor que supo.

Hecho esto trató de hacer volver en sí al anciano.

Fué a un arroyuelo cercano, cogió con la manos una poca de agua y roció el rostro del herido.

Este dejó escapar un gemido y recobró el conocimiento.

Los abrazos y las lágrimas de la joven hicieron recordar a Leandro cuanto había pasado.

Estaba muy débil por la pérdida de sangre.

—¡Miserables!—balbuceó, con voz apenas perceptible—. ¡Me han matado!

—¡No digais eso, padre mío!—replicó Teresa—. ¡Morir vos!... ¡Oh, no! ¡Dios no puede cometer conmigo una crueldad semejante! ¿Qué sería de mí entonces?

Y parecía querer reanimarle cou sus caricias.

—¿A tí no te han hecho nada?—interrogó él ansiosamente.

—No.

—¡Loado sea Dios!

—Tampoco vuestra herida tendrá importancia.

—¡Me siento morir!

—¿Qué decís?

—Mi existencia se apaga...

—¡Dios mío!

—¡Vamos a separarnos para siempre!

Estas palabras aumentaron el espanto y la desesperación de la joven.

—¡No moriréis!—dijo—. ¡Yo os salvaré!

Y comenzó a gritar:

—¡Favor!... ¡Auxilio!...

Nadie acudió a sus gritos.

—Aguardad—añadió poniéndose en pie y haciendo ademán de alejarse.

—¿A dónde vas?—interrogó el herido, conteniéndola.

—A buscar socorros.

—¡No me abandones!... ¡No te separes de mí!

—Pero...

—¡Todo es inútil!

—¿Y os he dejar así, sin ayuda de ninguna clase?

—Por estos alrededores no hay quien pueda socorrerme... Cuando volvieras junto a mí me encontrarías muerto...

Teresa miró en torno suyo.

No se descubría ni una luz lejana que denunciase la existencia de una morada.

Convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, dejóse caer otra vez al suelo y prorrumpió en sollozos.

Hubo una pausa.

Leandro cogió una mano de la joven, y atrayéndola hacia sí, le dijo:

—Voy a morir y quiero aprovechar los pocos instantes que me quedan de vida, para hacerte una revelación y un encargo.

Lo joven quiso protestar y él lo impidió añadiendo:

—No me interrumpas y escúchame.

Luego dijo:

—Bien sabes cuanto te he amado siempre y los sacrifi-

cios que he hecho por ti... Sin embargo... ¡no eres mi hija!

—¿Qué decís?—exclamó Teresa.

—¡No, no eres mi hija!

—¡Oh, Dios mío!

—Hace muchos años, en una población fronteriza con tierra de los moros, vivía un noble caballero, casado con una hermosa dama. El caballero fué a la guerra y mientras tanto su esposa faltó a sus deberes. Por las noches un apuesto moro llegaba al pie de las ventanas del palacio de la dama y entonaba amorosas canciones. La dama oía sonriente, el canto de amor del moro.

—¿Aquella dama fué madre?

—Sí.

—¿Y el moro mi padre?

—Eso es.

—¡El esposo érais vos!

—No; yo era un amigo del esposo. Volvió éste, se enteró de su deshonra, castigó con la muerte a la esposa infiel y a ti te entregó a mis cuidados.

—Y él, ¿murió?

—Vive aún.

—¿Quién es?

—No le conoces.

—¡Su nombre!

—No puedo revelártelo.

—Entonces...

—Mis fuerzas se agotan... Sigue oyéndome.

Tras una pausa, Leandro prosiguió:

—Aquí acaban mis revelaciones; pero yo te recomendaré a quien podrá completarlas. Este es el encargo de que te hablé antes. ¿Conoces al conde de Arjona?



La dama oía sonriente el canto de amor del moro.

—La fama de sus proezas ha llegado hasta mí—respondió Teresa.

—Pues bien: cuando yo muera búscale donde quiera que se halle.

—¿Al conde?

—Sí.

—¿Para qué?

—Entrégale un pliego cerrado y a él dirigido, que guardo entre mis ropas. Búscalo.

Lo buscó y lo encontró.

—En cuanto este pliego haya leído, el conde te amparará y completará mis revelaciones relativas a tu origen.

—¿Luego él sabe quién fué mi madre?

—Sí.

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿Y me ayudará también a buscar mi hijo?

—Quizá, si se lo suplicas.

—Pero decidme, al menos, el nombre de mi madre.

—¡No puedo! ¡El conde de Arjona te lo dirá todo, si cree que debe decírtelo!

Las súplicas de Teresa fueron inútiles.

Leandro se encerró en un silencio absoluto.

Sólo habló para preguntar:

—¿Me prometes hacer cuanto acabo de decirte?

—Sí—respondió la joven.

—Entonces puedo morir tranquilo. Aunque yo falte, tendrás quién te proteja.

Y besó a Teresa en la frente, como un verdadero padre.

□ □ □ □ □



CAPITULO XLI

¡Sola!



MANECIO.

El estado de Leandro era cada vez más grave.

La vida se extinguía en él por momentos.

Aún sabiendo que no era su padre, Teresa temblaba a la sola idea de perderlo.

La muerte del bondadoso anciano que tanto la quería era para ella el colmo de la desgracia.

No se atrevía a dejarlo solo para ir en busca de socorros, y por otra parte comprendía que sin auxilios de ninguna clase, se agravaría aun más.

Lloraba arrodillada junto a él, sosteniéndole la cabeza entre las manos y prodigándole las más tiernas caricias.

El esforzábase en sonreir para tranquilizarla; pero sus sonrisas eran cada vez más tristes.

Hasta para ellas comenzaban a faltarle fuerzas.

De vez en cuando cerraba los ojos y entonces la joven decíale aterrada, temerosa de que hubiese muerto:

—¡Padre!... ¡Padre mío!

Y agregaba, estrechándole en sus brazos:

—A pesar de las revelaciones que me habéis hecho, os consideraré siempre como a mi único y verdadero padre; no he conocido otro ni otro ha tenido para conmigo los desvelos de tal.

Entrada ya la mañana, oyéronse en el bosque los sonidos de las esquilas de un rebaño, que sin duda iba allí a pastar.

Teresa corrió hacia el sitio donde las esquilas habían sonado y encontróse con un pastor y un zagal.

—Por caridad!—díjoles—. ¡Acudid en socorro de mi padre moribundo y Dios os lo premiará!

Rápidamente refirió lo ocurrido la noche anterior y el pastor repuso:

—No me extraña. Tiempo hace que una partida de bandoleros cometen por estos alrededores fechorías semejantes.

Ordenó al zagal que cuidase del ganado y siguió a la joven.

Esta le condujo a donde estaba el anciano moribundo.

Le bastó al pastor verle para comprender la gravedad de su estado.

—Conviene llevárselo de aquí—dijo.

—¿Y a dónde?—preguntó Teresa.

—A casa de mi amo.

—¿Está muy lejos?

—Muy cerca de este sitio.

—Anoche busqué en vano una morada a cuyas puertas llamar para pedir auxilio.

—La casa de mi amo se halla oculta en lo más espeso del bosque y no es extraño que no la viérais.

—¿Nos recibirán en ella?

—Seguro. Mi amo es un buen hombre, honrado y caritativo.

—Pues vamos.

—Ayudadme a transportar al herido.

Entre los dos levantaron del suelo a Leandro y echaron a andar.

Teresa daba gracias a Dios por haber enviado al pastor.

Lo triste era que no le hubiese enviado antes.

La marcha, aunque no larga, fué difícil y penosa.

Leandro pesaba mucho y a cada momento tenían que detenerse para descansar.

Teresa no podía más.

Estaba rendida.

Sacaba, no obstante, fuerzas de flaqueza, pensando que se trataba de salvar la vida del noble anciano que era su único amparo en el mundo.

Al fin llegaron ante una pequeña casita, oculta en la espesura del bosque.

Salió a recibirles un viejecito muy afable y muy simpático.

Era el amo del pastor.

Este refirióle lo ocurrido y el viejecito apresuróse a permitirles la entrada, poniendo a disposición del herido su casa y hasta su lecho.

Teresa le dió las gracias con lágrimas en los ojos.

Desnudaron a Leandro, reconocieron la herida, volvieron a curarle y el viejecito dijo, moviendo la cabeza tristemente:

—No hay salvación para él.

En efecto, la herida era grave y aun la había agravado más el pasar tanto tiempo sin curarla, pues la joven no había hecho otra cosa que vendarla para contener la sangre.

En aquella humilde casita, el anciano y la joven recibieron toda clase de auxilios y cuidados; pero por lo que a Leandro tocaba, todo era ya inútil.

Se moría.

Convencida de ello, Teresa no se apartaba ni un instante de su lado.

Lloraba junto a él, y el moribundo, sin fuerzas ni aun para hablar casi, mirábala cariñosamente, como recomendándole que tuviera valor.

Así transcurrió la mayor parte del día.

Al anochecer el estado del herido agravóse de tal modo, que los que le rodeaban comprendieron que había llegado su última hora.

Cuando la obscuridad de la noche tendía sobre la tierra su manto de sombras, Leandro expiró.

Antes de exhalar el último suspiro, reunió todas sus fuerzas para decir a Teresa:

—Prométeme cumplir el encargo que te he hecho.

—¡Lo prometo!—respondió ella.

—Entonces muero tranquilo... Si consigues encontrar al conde de Arjona... ¡él te ampararál

Y murió sonriendo, como si el término de su vida fuese para él un bien, por ser el fin de sus sufrimientos.

La joven se abrazó al cadáver y lloró la muerte del anciano como la de un padre.

El dueño de la casa demostró ser verdaderamente un hombre caritativo.

Cuidóse de costear todo lo relativo al entierro, y gracias a él el cadáver de Leandro recibió cristiana sepultura en el humilde cementerio de un pueblecillo próximo.

Mientras tanto, Teresa recibió de él toda clase de auxilios y consuelos.

La joven no sabía como pagarle y agradecerle tanta bondad, y fué para ella un alivio encontrar en su desventura quien de tal modo la compadeciese.

—De buena gana me quedaría para toda mi vida en un retiro como este—pensaba—. Lejos del mundo, en el que no he encontrado otra cosa que injusticias, infamias y desengaños.

Pero su deseo era irrealizable.

Tenía que volver al mundo para cumplir la última voluntad de Leandro con respecto al conde de Arjona y para buscar a su hijo, al que no renunciaba.

Sus desdichas no habían terminado aún.

*

Al otro día del entierro, el amo de la casa preguntó a la joven:

—¿Y qué pensais hacer ahora?

—Seguir mi triste peregrinación por el mundo—respondió ella.

—¿Sola?

—¿Qué remedio?

—¿Por qué no hacéis una cosa?

—¿Qué?

—Quedáos para siempre aquí conmigo.

—¡Oh, señor!

—Yo no tengo familia estoy solo; vos me prestaréis vuestra compañía en pago de mi protección.

—¡No puedo!

—¿Rehusáis mi oferta?

—Y bien sabe Dios que no por mi voluntad. Se opone a ello el cumplimiento de sagrados deberes.

El buen hombre no insistió.

Al día siguiente marchóse la joven y él la despidió diciéndole:

—Ya sabéis donde quedo. En vuestras necesidades, acudid a mí.

Teresa le besó las manos y alejóse llorando.

¡Volvía sola a luchar contra las injusticas y crueldades del destino!





CAPITULO XLII

Esfuerzos tardíos

IENTRAS a la pobre Teresa ocurríanla todas las desdichas que quedan relatadas, su esposo, el no menos infeliz don Tomás de Paredés, buscábala inútilmente por todas partes.

No podía vivir sin ella.

Pasados los primeros instantes de natural exaltación y cuando por su fuga comprendió que la había perdido para siempre, reprochóse el haberla tratado con excesiva severidad.

—Puesto que la reconocía inocente y la amaba—decíase—, ¿por qué no haberle abierto mis brazos, para' que llorara en ellos sus desventuras? El miedo a la opinión del mundo ha torcido los impulsos de mi corazón, y el mundo, por respeto al cual he sacrificado mis sentimientos, no me devolverá la felicidad perdida; ni siquiera se

compadecerá de mis dolores, y tendré que ocultarlos para que no se burle de ellos. ¡Necio de mí que he atendido la opinión de los demás, antes que mi propia conveniencia! Lo que me sucede y los sufrimientos que me aguardan son el justo castigo de mi crueldad para con la que al fin no es sino una víctima de la justicia. ¡Tarde comprendo que, en asuntos del corazón, sólo la conciencia debe ser juez!

Y lloraba desesperadamente, entregándose a los mayores extremos de dolor.

Su estado llegó a alarmar a su hermano don Rodrigo, quien procuraba en vano tranquilizarle por todos los medios que le sugería su cariño fraternal.

No lo conseguía y don Rodrigo pensaba, con cierto remordimiento.

—¿Habré yo influido en su desdicha, acosejándole que procediera con arreglo a su dignidad antes que a sus sentimientos?

Y como para remediar la parte que pudiera caberle en aquella desventura, ayudaba a don Tomás a buscar a Teresa.

—Si la encuentra—decíase—, les cederé gustoso parte de mis riquezas para que huyan juntos a Portugal, a Francia, a donde quiera que sea que no les conozcan, y allí sean felices gozando libremente de su amor.

Pero estos esfuerzos eran demasiados tardíos y los dos hermanos no consiguieron ni aún indicios del paradero de Teresa y Leandro.

Parecía que se los hubiese tragado la tierra.

Los unos compadecían a don Tomás por su desgracia; los otros se burlaban de él, considerando vergonzosa fla-

queza de su amor a la esposa deshonrada, aunque no culpable.

Entre las personas compasivas contábase la princesa, la cual, compadecida del infortunio de uno de sus más fieles servidores, díjole en más de una ocasión.

—No os avergoncéis de vuestros sentimientos; yo los apruebo y los admiro. Conservadlos en vuestro corazón como un justo tributo a la memoria de una mártir, que no otro calificativo merece aquella cuya pérdida lloráis.



Buscando en quien desahogar su cólera, don Tomás volvióse contra doña Leonor, causante de todos sus pesares.

Ella fué la que astuta y vengativa le arrastró a un casamiento vergonzoso, cuando pudo matar su amor revelándole a tiempo la verdad que le ocultó para después echársela en cara como una deshonra; ella fué la que preparó la escena del templo, que produjo tan gran escándalo.

Pero doña Leonor temerosa sin duda de la venganza del infortunado caballero, había también desaparecido.

La buscó con tanto empeño como a Teresa, pues en su corazón batallaban por igual el amor y el odio; pero tampoco pudo encontrarla.

No obstante, confiaba averiguar su paradero y decíase, hallando en ello un paliativo a sus sufrimientos:

—La encontraré, y cuando la encuentre, su condición de mujer no ha de librarla de mi justo enojo. ¡Pagará con creces la infamia de que me ha hecho víctima!

Y nadie, ni aun sus difamadores condenaban estos propósitos, pues todos estaban conformes en que la conducta de la de Padilla, que él hizo pública, fué inicua.

No pudiendo vengarse en doña Leonor, don Tomás buscó al seductor de Teresa.

A este si lo encontró fácilmente, pues su condición de caballero le impedía huir, aunque quizá le dominase el miedo.

Había lanzado una acusación y era preciso que la sostuviese.

Acaso estaba ya arrepentido de lo que hizo obedeciendo las excitaciones de doña Leonor; pero era tarde para el arrepentimiento y debía sufrir las consecuencias de su conducta, fuesen las que fuesen.

Don Tomás le buscó, pues, y le encontró sin gran esfuerzo.

Envióle un cartel de desafío, proponiéndole este modo de vengar la ofensa de él recibida, y el veto fué aceptado.

El desafío se verificó, no públicamente como era uso y costumbre en aquellos tiempos, sino en secreto y sin otros testigos que don Rodrigo y don Diego Zabala, el poeta, el cual fué en aquella ocasión para los Paredes, casi un hermano.

Era don Diego de los que defendían a Teresa, y al saber lo que doña Leonor había hecho, voluntariamente renunció a su protección, aunque tanto la necesitaba.

La suerte de las armas dió el triunfo al que lo merecía, al que tenía toda la justicia y toda la razón de su parte: a don Tomas.

Su adversario peleó valientemente, pero fué inútil su esfuerzo.

Tras larga y empeñada lucha, el seductor de Teresa perdió la vida.

Aunque el desafío fué secreto, el hecho hízose pronto público y todos aprobaron el proceder de don Tomás, celebrando su triunfo.

Había luchado por los fueros de su honor; la deshonra estaba lavada con sangre, y si en aquellos momentos hubiese aparecido Teresa y Paredes la hubiera admitido a su lado, quizá muchos habrían pasado por ello sin censurarlo.

Pero desgraciadamente Teresa no parecía, y esto desconcertaba a don Tomás, llevándole a la desesperación, casi a la locura.

La muerte del seductor de su esposa no bastó para calmarle y acabó por tomar una resolución desesperada, la cual puso en práctica, sin consultarla con nadie.

Un día desapareció con su escudero dejando una carta de despedida a su hermano, en la que le decía:

«Una injusticia cometí con la mujer a quien dí mi nombre, y quiero repararla: Desde hoy no viviré más que para buscarla, y si no la encuentro, nadie volverá a verme.»

Don Rodrigo hizo pesquisas para averiguar a dónde se había dirigido; pero no lo consiguió.

La desaparición de don Tomás se hizo pública, y muchos de los que antes se burlaban de él le compadecieron, comprendiendo, al fin, lo inmenso de su desgracia.





CAPITULO XLII

Uua revolución a medias

L volver el conde de Arjona de la misteriosa y secreta misión que le encomendó la princesa, lo cual fué causa de que se separase tan precipitadamente de Leandro, enteróse de lo ocurrido, pues en la corte no se hablaba todavía de otra cosa.

La misma doña Isabel fué la primera en darle noticia de ello, diciéndole:

—Me halláis muy contristada, pues acabo de perder de una manera imprevista a uno de mis más fieles y leales servidores.

Y le contó a la ligera cuanto había pasado.

Sólo el respeto que sentía hacia su alteza pudo contener en el de Andrade el deseo de formular algunas preguntas.

Dominó su emoción con un gran esfuerzo de su vo-

luntad; pero a pesar de ello estaba tan agitado, que la princesa preguntóle:

—¿Qué tenéis?

—Nada, señora—contestó él disimulando.

—Os veo pálido y tembloroso.

—La impresión natural producida por lo que habeisme dicho. En verdad es una pérdida para vos el veros privada de los buenos servicios de un tan cumplido caballero, y todo lo que para vos sea contrariedad o perjuicio, a mí no puede menos de interesarme.

Fingió doña Isabel darse por satisfecha con tal respuesta, pues su discreción impedíale meterse en más averiguaciones; pero pensó para sí:

—Algo me oculta el buen conde relacionado con lo que a Paredes de sucederle acaba. Yo lo sabré sin que él de ello se percate, que los asuntos de mis fieles aliados, deben interesarme tanto como los míos propios.

Apenas salido hubo de la presencia de su alteza, la cual le felicitó cumplidamente por el buen desempeño de la misión que le había confiado, el de Andrade dióse a averiguar con todos sus detalles lo ocurrido, cosa que no le fué en verdad difícil, pues era ello cosa pública y por todos sabida.

No satisfecho con lo que supo y ansioso de saber aún más, fuese al mismo don Rodrigo, al que supuso mejor enterado qne los otros.

El mayor de los Paredes no achacó las preguntas del conde a mera y pueril curiosidad, sino a interés que le agradeció en el alma; y como se trataba de un respetable caballero, no vaciló en decirle todo lo que saber quería.

Como a la princesa, a D. Rodrigo le sorprendió la emo-

ción del conde, y menos comedido que su alteza, le preguntó la razón de ella.

El de Arjona vaciló en responderle.

Consideró peligroso decir la verdad y parecióle infame mentir a quien con él se había mostrado tan sincero.

Su silencio y sus vacilaciones interesaron aún mas a don Rodrigo.

El conde decidióse, al fin a decir la verdad sólo a medias.

—Sabed que lo que revelado me habéis me impresiona de este modo, por tratarse de un amigo.

—¿A quién os referis, señor?—interrogó Paredes.

—Al padre de Teresa.

—¿A Leandro?

—Sí.

—¿Vos amigo de un hombre de su humilde condición hasta el punto de emocionaros con la desgracia de su hija?

Sonrió el anciano conde y con acento intencionado dijo:

—Nunca juzguéis las personas por las apariencias, pues os exponéis con ello a grandes y lamentables errores. En ocasiones, el que más humilde parece, es el más poderoso.

—¿Qué queréis decir?—le interrumpió Paredes.

—Que el que llamáis Leandro y tanto os sorprende que mi amigo sea, no es lo que creéis.

—¿Cómo?

—Bajo su aparente humildad se oculta un elevado personaje, cuyo nombre no puede menos de seros conocido.

—¿Es posible?

—Quién es voy a revelaros, confiado en vuestra prudencia.

—Contad con ella.

—A otra persona que a vos no haría una revelación semejante; pero creo que sabréis guardar el secreto que voy a confiaros.

—Estad tranquilo.

—Pues bien, el que llamáis Leandro es...

—¿Quién?

El de Andrade se acercó a Paredes y pronueció a su oido un hombre.

—¡Él!—exclamó don Rodrigo, en el colmo de la admiración.

—Sí.

—Lo creo por ser vos quien lo dice.

—V lo aseguro.

—¡Quien lo creyera!

Y el hermano de don Tomás quedó silencioso, dominado por el asombro.

Pasados unos instantes, don Rodrigo reanudó la conversación, diciendo:

—Muerta creí la persona que decís.

—Por muerta la tuve también hasta hace poco—contestó el conde—; pero impensadamente se presentó a mi cuando menos lo esperaba y pude convencerme de que vivía. Ese convencimiento produjo en mí una verdadera satisfacción, pues más que como amigo le quería como hermano.

—¿Y qué razones pudieron obligarle a ocultar su personalidad bajo un nombre supuesto?

—He ahí una cosa a la que no puedo responderos,

porque lo ignoro. Una orden precipitada de su alteza, que me vi precisado a cumplir sin demora, impidió que mi amigo acabara de confirmarme sus desventuras.

—Lo que decirme acabáis aumenta en mi deseo de encontrarles a él y a su hija.

—¡Ojalá lo logréis!

—Os confieso que en un principio mostré cierta repugnancia a la unión de Teresa y mi hermano, creyendo encontrar luego la justificación a ella en lo que sucedió después; pero al saber quien es el padre de la esposa de Tomás, mi repugnancia desaparece.

El de Andrade sonrió.

Lo que el caballero creía saber era precisamente lo que ignoraba.

El conde suspiró exclamando:

—¡El corazón me dice que no veré más a mi pobre amigo.

Su corazón no le engañaba, pues como sabemos su amigo había muerto.

Los dos nobles pusiéronse de acuerdo para buscar con empeño a los fugitivos.

Don Rodrigo buscaba sin cesar a su hermano.

—Pues buscándole a él—díjole Andrade—, fácil será que déis con los otros, porque indudablemente don Tomás ha desaparecido para consagrarse a buscarlos.

—Es evidente—asintió Paredes.

—Vuestras pesquisas, pues, y las que yo emprenderé por mi cuenta, vienen a dirigirse al mismo objeto.

—Por eso con ayuda de las vuestras yo confío más vencer de las mías.

—Y yo, para las mías, con el auxilio de las vuestras cuento a mi vez.

Convinieron trabajar de común acuerdo.

Aquel mismo día, partieron varios hombres de la absoluta confianza del de Arjona, con el encargo de buscar en todas direcciones, bien a don Tomás, bien a Teresa y Leandro.

Las primeras noticias recibidas de aquellos enviados no eran satisfactorias.

Tampoco lo eran las de los enviados de don Rodrigo.

Ni unos ni otros conseguían hallar el rastro de los que buscaban:

Los dos nobles comuncábanse sus impresiones y decían:

—¡No volveremos a ver a los que con tanto empeño buscamos!



CAPITULO XLIV

Remordimientos



partir de los sucesos que hemos narrado operóse en el conde de Arjona un cambio que sorprendió a cuantos le rodeaban, sin que acertasen a comprender su causa.

El noble anciano, fuerte hasta entonces como si la juventud se hubiese eternizado en él, comenzó a decaer visiblemente de un modo alarmante.

Estaba siempre triste y pensativo y buscaba la soledad como si tuviera necesidad de entregarse a dolorosas reflexiones.

La misma doña Isabel que le tenía en gran estima, no pudo menos de darse cuenta de ello, y un día le preguntó cariñosamente:

—¿Qué tenéis, conde? ¿Por qué vos siempre tan animoso os sentís desfallecido, hasta el punto de mirar con indiferencia mis negocios, que antes os preocupaban más que los vuestros propios? Diríase que un pesar oculto os atormenta, y si es así y me consideráis digna de merecer

mi confianza, quiero conocer vuestras penas para consolarlas, que los que fieles me han servido demostrándome su afecto, son para mi hermanos, cuyas tristezas hago mías.

Conmovieron estas nobles palabras al de Andrade, el cual repuso:

—Acertado habéis en vuestras suposiciones, señora. A otra persona cualquiera que en los términos que acabáis de hacerlo me hubiese hablado, le habría respondido negativamente, pues no son los secretos de mi corazón para ser divulgados; pero con vos fuera casi un crimen la reserva, y confirmo vuestras sospechas, puesto que son fundadas.

—Pláceme que así me respondáis—contestóle la princesa—; y sólo falta ahora que vuestras penas me confiéis para consolarlas.

—Perdonad, señora, que vuestra indicación no obedezca como una orden. Pero son de tal naturaleza mis pesares, que a ocultarlos véome precisado aún siendo vos quien su revelación me pide.

—No insisto ni vuestra reserva me ofende, pues siempre fué la discreción la norma de mi conducta. Guardad vuestros secretos, pues, buen conde; pero no olvidéis, que si alguna vez tenéis necesidad de revelarlos a alguien, para que remedie vuestros males, reclamo el ser yo la primera a quien los reveléis.

—Contad con ello, alteza; pues no otra cosa merece tanta bondad para con el más humilde de vuestros servidores.

Después, como obedeciendo a una repentina idea, el de Andrade agregó:

—Decid, señora: si la muerte me sorprendiera sin haber dado justa solución a los asuntos que me preocupan, cosa fácil, pues tengo ya muchos años, ¿podría contar con vos como depositaria y ejecutora de mi última voluntad?

—¿Qué duda cabe?—respondió doña Isabel—. Y os aseguro que lo que dispuesto dejárais sería cumplido.

—¡Gracias!

—Pero no habléis de moriros, mi buen conde, que aún me es necesaria vuestra ayuda y un verdadero pesar tendré el día que lo pierda.

—Serviros eternamente fuera mi deseo; pero bien comprenderéis que esto es imposible. No obstante mientras viva, mientras aliente, dispuesto me hallaréis en cualquier ocasión a dar por vos la existencia. Un ingrato fuera si así no lo hiciese después de lo que acabáis de decirme.

—Y se retiró muy conmovido, después de besar la mano a la princesa.

A partir desde aquel día, pareció que el anciano conde estaba algo más tranquilo, porque lo que tenía no era otra cosa que remordimiento por el castigo impuesto a la infidelidad de su esposa, y temor de morir sin remediar en lo posible los males que pensaba haber causado.

Las desdichas de Teresa habían herido su corazón, despertando su conciencia.

Parecíale ser en cierto modo responsable de las desgracias de la joven.

—De haber tenido una madre que velase por ella—, decíase—, esa infeliz no habría sucumbido probablemente a las asechanzas de un infame seductor. ¡Para una joven no hay salvaguardia más seguro que el amor maternal! A Teresa fuí yo qnien la privé de los cuidados de la que le

dió el ser, por cumplir mi venganza; luego yo tengo la culpa de todo lo que le ha ocurrido. A no ser por mí, esa desgraciada hubiera llegado pura a los brazos de su esposo y sería dichosa, puesto que ama a Paredes y es por él amada.

No le faltaba en absoluto fundamento para razonar de esta manera:

Con una madre que hubiese velado por ella, quizá Teresa se habría librado de la deshonra y hubiera sido feliz.

Puesto ya a analizar su pasada conducta, examinándola a través del prisma de la rectitud y la imparcialidad más exajeradas, el de Andrade añadía:

—Que mi esposa me ofendió en el honor, en lo más sagrado que tiene el hombre, es indudable; que su ofensa me daba derecho para castigarla, también es seguro; pero ¿debí castigarla quitándole la vida, aunque hiciese de modo que pareciera desgracia fortuita lo que era venganza severa?

Y respondíase a sí mismo:

—No, no la debí matar, porque la existencia pertenece a Dios, que como es quien la da, es el único que puede quitarla. Matando a la culpable, impedí que se redimiera por medio del arrepentimiento. Pude castigarla, pero respetando su vida.

Y como consecuencia de estas reflexiones, exclamaba, indignado contra sí mismo:

—Luego por defender y regenerar mi honor escarnecido, me he convertido en un criminal, en un asesino merecedor de castigo y desprecio. Mi muerte no puede tardar ya mucho, soy muy viejo, y cuando muera y comparezca ante el supremo juez que ha de juzgar mis actos to-

dos, tendré que dar cuenta de la vida de mi culpable esposa, inmolada, no a mi honra, si no a mi cólera y mi orgullo.

Estos eran los pensamientos que atormentaban de continuo al buen conde, que le robaban las fuerzas, que destruían su tranquilidad y hacían nacer en él el deseo de remediar en lo posible tantos males.

—Con respecto a mi esposa nada me es posible hacer—pensaba—, puesto que no puedo devolverle la vida que le quité, sacrificándola a mi venganza. ¡Que ella y Dios me perdonen, como yo a ella le perdono la ofensa que me infirió! Pero las desgracias de su hija, consecuencias de mis errores, sí puedo repararlas y las repararé. Para ello basta que a Teresa encuentre y la reconozca por hija mía, aunque no lo sea. El honor que esto la proporcionará tan grande, que Paredes se reconciliará con ella sin escrúpulo y todos la respetarán olvidando su pasado. aunque así no fuera, mi fortuna le asegurará para mientras viva una existencia tranquila.

De aquí que tuviese más empeño que nunca en encontrar a Teresa; pero ni el paradero de ésta y Leandro ni el de don Tomás era averiguado por los que tenían el encargo de ello, y el buen señor desesperábase, diciéndose:

—¡Moriré sin ver raalizado mi deseo!





CAPITULO XLV

El encargo de un moribundo



NO pudo el anciano conde de Arjona, resistir durante mucho tiempo la lucha que sostenía consigo mismo, y cayó gravemente enfermo.

Desde el primer instante comprendieron los que le rodeaban que su dolencia era de muerte.

No podía decirse, sin embargo, que su enfermedad fuese tal y los hombres de ciencia de aquellos tiempos, famosos en el arte de curar, no supieron cómo clasificarla.

Era mejor un aniquilamiento absoluto de fuerzas.

El caballero de Andrade moríase de viejo, según aseguraban todos.

No porque una causa determinada pusiese fin a su vida, sino porque esta iba extinguiéndose en él poco a poco como una luz que se apaga.

En realidad moría de tristeza, de abatimiento.

Aquella naturaleza ruda, que resistió incólume las fa-

tigas de la guerra, no pudo resistir del mismo modo los embates de las luchas del espíritu.

Si hubiese seguido gozando de la tranquilidad de conciencia de que disfrutaba antes, probablemente aún habría vivido algunos años.

Eran los remordimientos los que acortaban su existencia.

El sabíalo y por eso sonreía cuando se empeñaban en curarlo, diciendo con resignado acento:

—¡Todo es inútil!

Uno de los primeros en acudir junto al lecho del enfermo, fué el hermano de don Tomás, el noble don Rodrigo de Paredes.

El de Andrade le agradeció aquel a prueba de solicitud y afecto.

—Ya lo veis—le dijo, estrechándole la mano—. Una empresa acometimos juntos, la de buscar a vuestro hermano y a su desgraciada esposa y quedáis vos solo para continuarla.

—No digáis eso, repuso D. Rodrigo, manifestando lo contrario de lo que sentía—. Ni el peligro es tan inminente como suponéis ni Dios puede permitir que no seáis testigo del resultado de esa empresa de que hablábais antes. Otro premio merece vuestro generoso interés en ese asunto. Venceremos en nuestro empeño: Teresa y Tomás serán encontrados y vos lo veréis.

El enfermo tornó a sonreir con aire de duda.

—Vos mismo no créeis lo que decís—replicó—, y lo decís por animarme. Dios premie vuestra buena intención; pero es inútil, pues no conseguís engañarme.

Y había tal seguridad en estas palabras, que don Rodrigo no se atrevió ya a seguir hablando del mismo modo.



También doña Isabe lenvió uno de sus caballeros a saber del estado del noble conde, distinción verdaderamente extraordinaria, que aunque merecida por el de Andrade, asombró a todos, pues no era cosa frecuente en aquella época el ver tanto interés en las personas reales hacia sus servidores; pero la princesa comenzaba ya a hacer alardes de una magnanimidad y justicia que más tarde habían de convertir en esclavos de su voluntad a cuantos de ella dependían.

El emisario llevaba encargo de decir al enfermo:

—Recordad lo que un día prometísteis a su alteza. Ella os recuerda vuestro ofrecimiento y os asegura que se halla dispuesta a cumplir vuestra voluntad en todo lo que os dignéis confiarle.

—Responded de mi parte a su alteza que agradezco su bondad—contestó el conde—, que no olvido mi promesa y que la cumpliré, abusando de su condescendencia, si ocasión llega para ello.

Durante la enfermedad, que fué larga y penosa, todos los dias el enviado de la princesa presentóse a saber noticias del estado del buen conde.

Fué aumentando la postración del enfermo y previóse ya, como cosa segura y próxima a un fin funesto.

El mismo paciente fué el primero en comprenderlo y dispúsose a arreglar sus asuntos según le aconsejaba su conciencia.

Empezó por llamar a don Rodrigo, al que habló de este modo:

—Mi suerte está próxima, y para morir tranquilo, os exijo formal palabra de que seguiréis practicando solo las pesquisas que hasta ahora hemos practicado juntos sin resultado satisfactorio. No os desaniméis, que la fé y la constancia vencen todos los obstáculos.

—Mi palabra de caballero tenéis—le contestó el mayor de los Paredes—, de que con igual empeño que hasta ahora seguiré buscando a mi hermano y a su esposa, hasta que los encuentre, tarde lo que tarde.

—Bien.

—También yo confío en que tarde o temprano he de hallarlos.

—Pues cuando a Teresa halléis, escuchad lo que os suplico que hagáis.

—Decid.

Sacó el enfermo de entre las ropas de su lecho un abultado pliego, y lo entregó a Paredes diciéndole:

—Aquí se encierra mi última voluntad, que ha de ser por todos ignoraba hasta el momento oportuno.

—Lo será—respondió don Rodrigo.

—En cuanto yo muera, entregaréis de mi parte este pliego en propia mano, a su alteza la princesa Doña Isabel.

—Está bien.

—Ella será la depositaria de lo que podríamos llamar mi testamento.

—No podíais haber escogido persona más digna de vuestra confianza.

—Después, cuando a Teresa encontréis, si la encontráis...

—La encontraré.

—Llevadla a la princesa, que ella hará lo que yo le encargo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Quedad tranquilo, que el encargo con que me honráis será cumplido en todas sus partes, si lo que Dios no permita, dejáis de existir.

Bien hizo el buen conde en tomar todas estas disposiciones, pues sólo dos días sobrevivió a ellas.

Murió en los brazos de don Rodrigo, recordando a éste el cumplimiento de su encargo.

Apenas hubo expirado, Paredes se presentó a doña Isabel, para notificarle la muerte de uno de sus más fieles servidores y hacerle entrega del pliego que para ella había recibido.

La princesa impresionóse mucho y lloró la pérdida de uno de sus más entusiastas partidarios.

Rompló el sobre del pliego y vió que contenía otro sellado, con una carta adjunta dirigida a ella.

La carta decía así:

«Señora: depositaria os hago de mi fortuna, para que la entreguéis a quien la destino, según mi voluntad, expresa en los documentos que os acompaño.

»Guardad esos documentos sin leerlos, pues encierran un grave secreto; y el día en que don Rodrigo de Paredes os presente la esposa de su hermano, leedlos entonces y obrad como vuestra conciencia os dicte».

Seguían algunas frases de gratitud y respeto.

Doña Isabel guardó el pliego en su joyero, como lugar el más seguro en que guardarlo podía, y dijo:

—Sagrado será para mí este depósito, y en todo cumpliré la voluntad del que me lo hace.

Pronto ocurrieron sucesos para ella muy importantes, como vamos a ver, que solicitaron toda su atención, pero nunca olvidó el encargo del conde de Arjona, como más adelante sabremos.

Supo respetar y cumplir la última voluntad de un difunto.

FIN DEL TOMO PRIMERO